S E N D E R O S   D E   Á G U I L A S

Rafael Medina Ortega

Autor: Rafael Medina Ortega

Santa Cruz de Tenerife, Islas Canarias

Primera publicación: 2016

Todos los personajes que aparecen en este relato son invención del autor. Cualquier parecido con persona que haya existido realmente, es pura coincidencia. Los hechos aquí narrados también son ficticios.

SENDEROS DE AGUILAS

INDICE

A M A N E C E R D E S D E E L T I B I D A B O

PRIMERA PARTE
DE
SENDEROS DE ÁGUILAS

Senderos de Águilas
Primera Parte

AMANECER DESDE EL TIBIDABO

I

Muy de madrugada, aquella mañana de domingo, sonidos de sirena procedentes de las zonas industriales de la ciudad, aunque muy alejadas de su vivienda, acompañadas de vagas explosiones, despertaron a Albert Forn de su apacible sueño y lo incitaron a levantarse de la cama. Algo de sobreaviso estaba, porque durante ese mes de julio del treinta y seis se oían ruidos de sables por todas partes. Es decir, se hablaba de una rebelión de todo el Ejército contra la República. Unos días antes se había producido en Barcelona un conato de sublevación militar en los barrios de Sant Andreu y del Clot sofocándolo rápidamente la Guardia de Asalto... Era ése el preludio de algo mayor que sucedería muy pronto... Sobrecogido por el gemido de las sirenas y del aumento de la frecuencia de las explosiones, perdió el sueño por completo y decidió vestirse y echarse a la calle. Al salir de su habitación, notó que en la casa todos dormían; al parecer, los extraños ruidos no afectaban a su familia, pues sonaban, en verdad, bastante amortiguados en aquel barrio periférico de la ciudad, llamado de Sant Gervasi, muy cercano al macizo del Tibidabo. A pocos metros de su casa, se acababa la ciudad.

Después de pasar por el baño se dirigió a la cocina, donde cogió un poco de pan y algo de chorizo que se los metió en el bolsillo, y luego se dirigió a la puerta de la vivienda, abriéndola con sumo cuidado para evitar que su ruido despertara a alguien.

Al llegar a la calle, llamada Gomis, estaba vacía de gente como era lógico en una mañana de domingo. Las sirenas seguían ululando, cada vez con más fuerza. Entonces fue cuando se dio verdaderamente cuenta de que se trataba de la señal convenida para llamar a los obreros a concentrarse en

las fábricas y lugares preestablecidos donde prestarían resistencia al temido alzamiento militar. Se puso en camino, calle abajo, en dirección al centro de Barcelona, notando que las explosiones se hacían, minuto a minuto, siempre más intensas y frecuentes, señal, ésta última, de que los enfrentamientos se iban acercando. Vio un avión sobrevolando la ciudad y, también, un grupo de palomas que, cual rayos, huían hacia las montañas del Tibidabo. Desde las azoteas se oían ladridos de perros. A su paso, varias puertas se iban abriendo y salían hombres que, como él, tomaban la dirección de la Plaza de Lesseps. Al llegar a ese lugar, se encontró con dos grupos numerosos de personas, formados por hombres en su mayoría, que tenían que ser obreros debido a su vestimenta: unos, delante de la iglesia, y los demás, reunidos en torno a la entrada del metro.

Albert fue hacia el metro, y cuando iba a entrar, un hombre armado con una escopeta y con un brazalete negro y rojo en la manga izquierda del mono, se lo impidió con esta advertencia:

- No se puede bajar al metro. En estos momentos no funciona. No se sabe lo que está pasando por Correos ni por la Vía Layetana...¡Lo mejor es que te vayas a casa, chaval! ¡Si oyes disparos cerca de ti, escóndete donde puedas, y después huye hacia tu casa!..., si tienes posibilidad...

En esto llegó un camión cargado con obreros armados, que aparcó junto a la boca del metro. Desde la cabina alguien gritó:

- ¡Los que tengan armas que suban a la caja del camión! ¡Vamos a la Plaza de Cataluña! ¡Rápido, rápido! Allá las cosas están muy feas!

Varios subieron, y el camión se puso en marcha. Albert siguió camino abajo por la calle Salmerón, donde encontró otro grupo de obreros; algunos de ellos con fusiles. El que hacía de jefe, dijo:

- Tres armados deben quedarse en esa esquina vigilando; los demás que se vengan conmigo a la Diagonal.

Albert siguió a ese cortejo. Uno de los obreros le recomendó, de nuevo, que se fuera a su casa porque aquello no era ninguna broma Los tiros y las explosiones sonaban con más fuerza e ininterrumpidamente.

Al llegar a la Plaza de Maragall y la Diagonal, ¡allí sí que había cantidad de obreros armados y guardias de asalto!, y oyó a alguien gritando a toda voz:

- ¡Esos cabrones se han encerrado en la iglesia, están bien armados y resisten, causándonos muchas bajas! ¡Hay que incendiarla! ¡Así que el grupo que tenga botellas de gasolina, que corra hacia allá!... – añadiendo después de una pausa –: ¡Por la calle Balmes baja una columna de soldados armados!; ¡que vaya ese grupo de ahí con sus armas a interceptarlos! Debemos impedir, a toda costa, que se unan a los de la iglesia!

Albert se dirigió a un sargento de la Guardia de Asalto y le preguntó qué podía hacer, recibiendo por respuesta:

- ¡A tu edad, lo mejor que puedes hacer es irte a tu casa! ¡Esto no es para chiquillos! ¿Saben tus padres dónde estás?

- No

- Pues entonces, o te vas a casa o te pones a ayudar a esos que están ahí curando milicianos.

“Conque ésos son milicianos”, se dijo Albert, sin poderse imaginar la de veces que volvería a oír esa palabra.

Las noticias que llegaban a aquel puesto de socorro durante la mañana sobre los acontecimientos en la ciudad eran alarmantes, y, acompañadas del olor a pólvora y a humo, hacían presagiar lo peor: los republicanos no podían resistir.

Hacia las dos de la tarde, Albert, con mucha hambre, sacó el pan y el chorizo del bolsillo y se los comió. En esto estaba, cuando apareció un motorista con un acompañante ligeramente herido, que dejó en el puesto, mientras decía:

- ¡La Guardia Civil se ha puesto del lado de la República!

Ya bien adentrada la tarde, un par de camiones transportó a los heridos, que permanecían aún en el puesto de socorro por no poder caminar, a una clínica de la calle Aribau. Albert también subió al vehículo para acompañar y ayudar a los heridos durante el traslado, y estuvo el resto de la tarde en la clínica colaborando con un practicante a hacer curas y vendajes. Al hacerse la noche, el practicante le dijo:

-Aquí vamos a estar trabajando casi toda la noche. ¿Tus padres saben dónde estás?

- No, no lo saben. Salí de madrugada, y hasta ahora...

- ¿Has cenado?

- Pues no.

- Corre a tu casa... Es lo mejor que puedes hacer. Allá estarán muy preocupados por ti. Hasta pensarán que te han matado...¡Con todo los sucesos de hoy!...

Al llegar a su casa, ya muy avanzada la noche, Albert recibió una buena reprimenda de parte de sus padres, que estuvieron todo el día en zozobra y temblando de miedo por las explosiones y por la vida de su hijo, del que no sabían dónde estaba ni recibían noticia.

En los días sucesivos se fue conociendo que Barcelona y toda Cataluña estaban del lado de la República; Valencia, Madrid, Bilbao, Santander, Málaga, Cartagena..., también. En otros lugares la situación era confusa, pero de Sevilla, Cádiz, Mallorca, La Coruña, Burgos, Salamanca, Marruecos, se oía lo peor. Los facciosos se consolidaban en esas ciudades y territorios, donde ya se preparaban para hacer ofensivas sobre las zonas republicanas, carentes de un verdadero ejército, pues bien se podía decir que solamente disponían de unas milicias populares formadas sobre la marcha, mal preparadas para hacer frente al ejercito bien organizado que se había alzado, y reforzándose cada día más por recibir gran ayuda del exterior.

- De todos los territorios en poder de los sublevados, el que más me preocupa es el del Protectorado de Marruecos. Allí hice mi servicio militar, y participé en aquella guerra del norte de África. El ejército en esa zona es muy numeroso, muy bien armado, muy preparado, muy duro, y hasta muy cruel. Las milicias republicanas me dan la impresión de que no se dan cuenta de la verdadera gran fuerza del enemigo. ¡Había que ver a la Legión cuando atacaba, a las tropas moras, mías y tabores, y a aquellos temibles oficiales africanistas, tan valientes como implacables! ¡Cuánto más lejos de ellos, mejor! – decía a los pocos días de comenzado el conflicto a sus compañeros de trabajo don Alberto, el padre de Albert, y añadía –: Y para más desgracia, este año de ir en agosto a Jaca, ¡ni hablar! Tengo que olvidarme de esas vacaciones..., y por mucho tiempo...

Fallidos también todos sus planes, a Albert le servía de entretenimiento el ir a la clínica para ayudar al practicante. Heridos no

faltaban. Y así transcurrieron dos semanas, cuando al tercer lunes, al llegar Albert a la clínica, aparte de varios milicianos armados en la entrada, como haciendo vigilancia, se encontró que, en lugar del practicante, en la sala de curas estaba una enfermera de muy buen parecer.

- ¿Quién eres tú? – le preguntó la joven.

-Yo soy Albert, ayudante voluntario del practicante. ¿Colom no ha venido hoy?

-Ni hoy ni nunca más. Anoche llegaron los milicianos y se lo llevaron con tres falsos heridos. Él los ingresó, falsificó sus papeles de enfermos, les puso vendajes, yeso a uno... Eran facciosos de categoría... Como mi novio era el jefe de la milicia que lo detuvo, me colocó en su lugar. Acabé los estudios en junio, y éste es mi primer trabajo... Demasiado para empezar… Con lo de la guerra, hacen falta enfermeras y practicantes en todas partes.

Albert continuó yendo por la clínica y trabando amistad con la chica, De nombre Solé, era muy agradable, aparte de bien parecida, pero por la forma de entrar en el trabajo, uniéndose al hecho tener por novio a un jefe de milicianos, temió, con razón, que la enfermera fuera una exaltada, mas pronto pudo comprobar que no se trataba de una fanática ni tenía malos sentimientos. De su novio Ernest, que venía muchos días a buscarla al finalizar la faena, fue sacando la misma conclusión según lo iba conociendo, suposición bien confirmada cuando, a principios de septiembre, Solé le comunicó:

- Pasado mañana se va Ernest al frente de Aragón y se lleva a Colom consigo.

- Yo creía que lo habían fusilado por lo que hizo.

- Algunos querían hacerlo, es verdad, pero Enest se opuso hasta que estuviese aclarado el asunto. Los tres falsos pacientes eran personas importantes de Barcelona: se trataba de dos empresarios y de un cura en nada relacionados con el alzamiento. Amenazados de muerte por una banda de milicianos, se refugiaron en la clínica con la ayuda de Colom que los hizo pasar por enfermos encamados. Los tres están ahora en un lugar seguro, pendientes de ser evacuados a Francia.

Menos suerte tuvo una vecina de los Forn. A los pocos días de la detención de Colom, al salir de su vivienda, Albert oyó fuertes voces y llantos en la escalera. No utilizó el ascensor, sino que bajó los escalones

más bien un poco rápido, deteniéndose al observar varios guardias de asalto en el rellano del segundo piso. Siempre estos cuerpos de policía en acción imponen respeto, aunque, como en el caso de Albert, nada tuviese que temer... Pero fuerte impresión le produjo ver que se trataba de una conocida la que sacaban de la casa y llevaban presa. Varias mujeres del edificio, muy apenadas, lloraban, presintiendo lo peor para detenida.

- Sí, sí, lloren, lloren – decía el teniente de la Guardia –; pero esta señora ha cometido un delito muy grave.

El señor Sagarra, vecino del piso de debajo de Albert, hombre muy relacionado con el Gobierno de la Generalitat, procuró enterarse de la causa de la detención de la señora, e intentó, para su tranquilidad y de los convecinos, interceder por ella, pero le contestaron que la detenida pertenecía a una red de espionaje del enemigo y que les había pasado, a través de Francia, documentos y planos. A los pocos días fue fusilada.

Albert no podía, en su conciencia, concebir el que se fusilara a una mujer. A un hombre..., ¡está mal!.., pero a una mujer..., ¡no, no y no! Bastante triste fue el presenciar la escena de cuando se obligó a las monjas a abandonar la clínica. Todas, menos una, se fueron a vivir con sus familiares. A la que quedó desamparada, Albert se la llevó a su casa, donde estuvo hasta que pudo trasladarse a Almería, donde residía su familia. Sucesos y hechos desagradables como éstos se repitieron con frecuencia, no siendo lo mismo conocerlos de oídas a vivirlos. Hubo uno, que le fue contado por un soldado ingresado en la clínica, que, pese a las circunstancias, le impactó profundamente; y así decía el soldado:

- Fui de los soldados que permanecieron fieles a la República durante la sublevación. Ya calmada la ciudad, me enviaron al castillo del Montjuic. Era mi obligación vigilar a oficiales presos, condenados a muerte por rebelión militar. La mayoría eran muy jóvenes, y, aunque los odiara, me daba pena verlos llorar porque iban a ser fusilados al día siguiente... En esto se levantó un coronel de ellos, también condenado, y con voz enérgica les gritó: “¡Caballeros! ¿Qué es eso de llorar? ¿Es que no son ustedes hombres? ¡Sabían perfectamente lo que les iba a suceder si fracasaba esta rebelión en Barcelona! ¡Esto ha sido sólo una batalla que hemos perdido, porque la guerra la vamos a ganar nosotros!“...Y dejaron de llorar todos.

Noticias de fusilamientos y de paseos se oían con frecuencia por la ciudad, aunque Albert nunca presenció ninguno. La vida comenzó a valer

muy poco… Las feas y malas noticias se convirtieron en la habitual. Del otro bando, por medio de unos pocos desertores y de prisioneros heridos que fueron a parar a la clínica, se enteró de la brutalidad reinante allá, confirmando las referencias de los periódicos.

Senderos de Águilas
Primera Parte
Amanecer desde el Tibidabo

I I

Durante el resto del verano no faltó Albert ni un solo día de ir a ayudar a la clínica, más por ver y hablar con Solé que por amor al prójimo, aunque bien es cierto que bien disponía, sin expresarlo ni presumir, de esa virtud. Con quince años aún, era consciente de que su admiración por la enfermera se trataba sólo de una cosa platónica pasajera. Siendo una persona muy agradable, en aquella época difícil, hablar con ella era como el pago a aquel trabajo realizado desinteresadamente, pero muy necesario por la continua llegada de heridos de los frentes de combate en torno a Zaragoza, y hasta una compensación por la pérdida de sus vacaciones en el Pirineo Aragonés, a donde viajaba su familia todos los meses de agosto desde que tenía memoria. Su madre era de Jaca, primer destino de su padre cuando entró en el cuerpo de Correos. Allí vivían sus abuelos maternos en un gran caserón, anteriormente pertenecientes a sus bisabuelos, tatarabuelos..., acompañados de un tío y de su familia, encargados de atender el negocio familiar: una tienda de tejidos y zapatos. Este año tenía la intención de hacer un largo recorrido por las montañas con un grupo de amigos de Jaca, hasta llegar a Biesca, pues ya era mayorcito para esos trotes. Pero ahora salir de Barcelona era del todo imposible.

Con cierto retraso comenzó el curso en el Instituto, y Albert se vio obligado a disminuir la ayuda en la clínica, mas no a interrumpirla del todo. Él se las arreglaba para compaginar los estudios con la labor sanitaria, quedándose a estudiar hasta altas horas de la noche. En la clínica, no sólo ayudaba a Solé, sino que también hacía de traductor de francés y de inglés para los brigadistas internacionales. “Trabajas y estudias demasiado; así te vas a enfermar”, le decía su padre.”Solamente estudiar es muy aburrido; en la clínica me necesitan, y en estos momentos difíciles me siento útil”. Casi todos los heridos procedían del frente de Aragón, y la mayoría se trataba de casos complicados con necesidad de larga permanencia, pues ya no se

trataba de un hospital de sangre como en los primeros días de la guerra.” Esta contienda se cronifica como estos heridos”, decía uno de aquellos médicos, que de médicos generales y ginecólogos, dadas las circunstancias, de la noche a la mañana se convirtieron en cirujanos y traumatólogos. Era en los días de bombardeos aéreos cuando la clínica recuperaba, de nuevo, su carácter de hospital de sangre.

Y mientras Albert seguía estudiando y siendo muy fiel ayudante de Solé, la ciudad de Barcelona iba perdiendo el esplendor de la anteguerra. Los comercios y las calles ya no resplandecían como otrora. La escasez de alimentos y de otros artículos se iba imponiendo, obligando a la gente a vestir humildemente y a mostrar signos de demacración. El mismo señor Forn, padre de Albert, que por la extrema elegancia con la que vestía, en parte obligado por su mujer, modista de cierta categoría, era conocido en su trabajo como don Alberto, lo hacía ahora algo humildemente, y no era por carecer de trajes de buena calidad en su casa, sino porque tenía miedo de que alguno de aquellos milicianos, tan abundantes por las calles en esa época, lo confundiera con uno de esos acaudalados burgueses de la ciudad que no había huido aún a San Sebastián. Su esposa que, como modista, ganaba una cantidad algo respetable de dinero, vio reducidos sus ingresos a muy poco, pues la gente rica del barrio, su principal clientela, había emigrado, desaparecido o sufrido una importante mengua en sus ingresos, viéndose doña Pilar Cortina obligada a un relativo descanso.

Haciendo doña Pilar todos sus quehaceres por la mañana, tanto en la casa como en la costura, varias tardes iba al local de un sindicato a confeccionar guerreras y pantalones para los combatientes. Su marido solía acompañarla, empleando ese tiempo en hacer paquetes y cargarlos en los camiones. Ya había don Alberto realizado esas labores de cargar, pero eso fue muy al principio de su empleo en Correos, cuando trabajaba como cartero; luego fue ascendido, dedicándose desde entonces, exclusivamente, a la cuestión administrativa.

El otro miembro de la familia Forn era Laura, hermana gemela de Albert, que en este verano interrumpía sus estudios de bachillerato para dedicarse a la enfermería. Guapa y de buen tipo, cara graciosa y muy activa, en nada se parecía a su hermano, de estatura un poco más alta, fuerte de complexión, más tranquilo, con cara de hombre serio y tinte de su piel más bien moreno. Se podía decir que Laura era de carácter extrovertida, con facilidad de hacer amistades, mientras Albert era lo contrario. Desbordando siempre simpatía, tenía la cualidad de saber contar con la respuesta adecuada a los piropos de mal gusto que, con no rara frecuencia, le dirigían los soldados heridos que llenaban el hospital en que

hacía las prácticas de su aprendizaje, y donde estaba la Escuela de Enfermería. Muchísima práctica y muy escasa teoría. Como muy poco tiempo tenía el profesorado para esas clases teóricas, decían: “Sobre la práctica les enseñaremos la teoría”. Teoría, por lo general, reducida a algunas explicaciones de vez en cuando, pues las prisas en el trabajo no permitían más. Pronto se acostumbró al olor a sudor, a pus, a secreciones y a desinfectantes de aquellas salas desbordadas, y a comerse el plato de algún enfermo que no podía ingerirlo por haber sido operado ese día, o por estar inapetente, si no se lo comía el enfermo de al lado. En el trabajo, la única diferencia con las enfermeras tituladas era que éstas tenían sueldo, aunque fuera pequeño.

En aquella clínica de la calle Aribau, Albert no perdía su tiempo. ¿Adónde, si no, podía ir en aquella ciudad ahora carente de muchos de sus anteriores alicientes? Bueno..., seguía habiendo espectáculos y de todo, pero eran cosas que poco le llamaban la atención, y él no disponía de dinero. En la clínica se encontraba muy a gusto, porque allí podía hablar, entre otra gente, con los brigadistas internacionales, y era reclamado continuamente por los médicos para servir de traductor del francés y del inglés, convirtiéndose esta labor en su principal actividad en el hospital... Y la guerra que seguía su curso con los sobresaltos y disgustos que producían los bombardeos aéreos, las noticias que indicaban las pérdidas de territorios y de ciudades por parte de los republicanos, los rumores sobre barbaridades cometidas por los combatientes, así como de las restricciones alimenticias de la la población, y que Albert, aunque menos que otros, bien lo sentía en su estómago, se llegó a junio del treinta y ocho, cuando el estudiante concluyó sus estudios de bachillerato, siendo llamado a filas, pocos días después, en lo que se dio en llamar la “leva del biberó” – o quinta del biberón – por la que fueron movilizados numerosos jóvenes y adolescentes, casi niños, para hacer frente a la enorme potencia bélica de los sublevados y de las grandes potencias que los apoyaban.

Después de unas pocas semanas de instrucción y de preparación para la guerra, Albert salió para el frente, hacia una batalla en fase de iniciación en la zona del Ebro. La casualidad de que el capitán de su compañía fuera el hijo del señor Sagarra, el vecino del piso debajo de los Forn, llamado Ferran, tranquilizaba algo a sus padres. Ferran era un hombre muy sensato, que había acabado el segundo curso de ciencias exactas cuando comenzó el alzamiento de derechas. Como miembro de las Joventuts de Esquerra, se unió a los gubernamentales para combatir al enemigo desde el primer día, habiéndose pasado casi dos años en los frentes de Aragón: Zaragoza, Belchite, Teruel... Mucha suerte había tenido por salir vivo de tanto combate, habiendo alcanzado el grado de capitán por méritos en los

campos de batalla. Claro que esa confianza era relativa, por lo que la pena no dejó de ser muy profunda. Los padres de Ferran, ya curtidos por los dos años de sobresaltos sobre la suerte de su hijo, se tomaron la despedida con filosofía. Mas doña Pilar lloró durante unos días, mientras don Alberto guardaba silencio con cara de gran tristeza...

Además de ir con él hacia el frente su vecino, el capitán Ferran Sagarra, viajaban cuatro compañeros de su mismo curso de bachillerato en la compañía. Éstos le daban más confianza y seguridad a Albert que su mismo jefe, cuatro años mayor en edad, y que, como es lógico, poco se iba a ocupar de él, debiéndole sumisión y obediencia.

Días antes de la partida de Barcelona, Albert se encontraba débil y con poco ánimo, cosa que atribuía a la intensa instrucción a la que estuvo sometido, esfuerzos físicos a los que no estaba acostumbrado. Pensaba que con el viaje y el cambio de aire se le iba a pasar el malestar. Entre el tren, un trayecto en camión, altos y paradas, y un largo recorrido a pie, tardó su compañía una semana en alcanzar la orilla norte del río Ebro, cruzándolo por un improvisado puente de tablas sobre lanchas. En el transcurso de los días, acampados cerca de la localidad de Flix, muy próximos al frente, donde ya se oían los estruendos de combates, los síntomas que traía, no fueron remitiendo, sino que, al cansancio y a la fatiga, se acompañaron escalofríos, sudoración intensa nocturna y mayor malestar. "¿Será el miedo a tener que entrar en combate?, se preguntaba Albert, intentando dar una justificación a su estado cada vez más penoso.
Al tercer día de llegar, con clara sensación de agravamiento de sus síntoma, al despertarse, en el macuto que le había servido de almohada durante la noche, observó una mancha respetable de sangre... El malestar continuaba, y la tos se incrementó durante el día.

- Un catarro mal curado – le dijo uno de sus compañeros de curso.

A la mañana siguiente observó lo mismo, por lo que se decidió ir al sanitario para contarle su caso. Éste, un estudiante de medicina, sin ninguna experiencia práctica, fue y le explicó el caso al sargento, respondiéndole que ya estaba más que harto de simuladores y que, bajo ningún concepto, le diera la baja del servicio, pues en cuatro días deberían estar en el frente... y disparando.

Al día siguiente, sintiéndose peor, Albert se saltó el orden reglamentario y fue a comunicarle su caso al capitán Sagarra, que al verlo tan demacrado y débil, ordenó llamar al sargento para pedirle explicaciones sobre el asunto.

- Mire, camarada capitán, esos estudiantes están siempre inventándose enfermedades para librarse de ir al frente, o para que los retiren de allí. Cuando tienen dudas de cómo simular, se lo preguntan a algún compañero estudiante de medicina. Los conozco muy bien... No hay cosa que no se les ocurra a esos pequeñitos burgueses para librarse de ir a los frentes– contestó el sargento – . Más a gusto estarían en el otro bando... Bien lo sé.

- ¿Y cuál es la opinión el sanitario al respecto?

- ¿Qué va a decir ese ignorante que dice estar en quinto de medicina y que de nada sabe? Pues que está muy enfermo. Ayer me rebajó del servicio a veinte ¡por diarreas! Me fui a la enfermería, le saqué la pistola, le puse la boca del cañón en la sien, y le dije: "¡O le das el alta a todos esos vagos o te meto una bala en la cabeza y te vuelo los sesos!"... ¡Y hoy me aparece ése conque vomita sangre!... ¿De dónde habrá sacado la pintura roja ese burguesito sinvergüenza?...

Ferran, sin decir nada, se marchó, volviendo poco después en compañía de un médico. Ordenó a su ayudante que trajera al puesto de mando al sargento y a Albert. El médico exploró minuciosamente al paciente, y al acabar el reconocimiento, dijo:

- Reposo, aire puro, buena alimentación... e inyecciones de oro. Evacuarlo rápido. Cuanto antes comience su tratamiento, mejor... ¡Tuberculosis tenemos!

Con un grupo de soldados heridos, en un camión, fue evacuado hasta la orilla sur del Ebro, que volvió a pasar, esta vez junto con heridos, de nuevo a pie, pues todos, aunque fuera con la ayuda de muletas, podían andar. Unas horas después, en otro camión que había traído refuerzos, los llevaron a un hospital de Tarragona, donde, al tercer día de reposo, un médico le dijo:

- Éste es sólo un hospital de sangre; aquí atendemos exclusivamente a soldados heridos. Mañana saldrás en tren para Barcelona, donde ingresarás en una sala o en un sanatorio para estos casos. Aquí, con lo de esta batallita, estamos saturados de heridos.

En esos pocos días en Tarragona, gracias al reposo en cama y algo más de comida, se sintió mejor, pero después de más de un día de viaje, tirado en un vagón mercancía, llegó en un estado muy lamentable al hospital de Barcelona.

Como entró caminando al hospital, sin herida ni síntomas de urgencia, le dijeron que se sentara en un banco y esperase allí hasta la revisión. Al cabo de cuatro horas pasó un médico que le preguntó dónde tenía la herida. Albert le explicó que su caso no era de herida de guerra, sino de tisis.

- ¡Ah!..., entonces debe esperar. Los heridos tienen preferencia, y están entrando a raudales. Que lo acuesten en esa cama desocupada del pasillo y que le den algo de comida, hasta que se le pueda atender – dijo el médico a una enfermera.

Desde esa cama, situada cerca del vestíbulo de entrada, podía observar la sala más próxima, abarrotada de pacientes, y la puerta principal del hospital por donde no paraban de entrar heridos, todos como él de la batalla del Ebro: unos, caminando, y otros, en camillas; unos, quejándose, y otros, en silencio. “¿Dónde los estaban metiendo?”, se preguntaba ¡pues hasta el pasillo estaba bien abarrotado! No podía hablar con nadie...Gritos, quejidos, malos olores...Menos mal que podía levantarse para ir al lavabo de las visitas, que no estaba lejos, volviendo rápidamente a la cama, no se la fueran a quitar si la veían vacía. No se olvidaron, por suerte, de traerle algo de comida y agua... ¡Y calor!.., ¡Pero mucho calor!.. Se dormía, se despertaba, se volvía a dormir, y se volvía a despertar...

Así pasaron más de veinticuatro horas, hasta que reconoció a una enfermera que iba entrando en la sala, y la llamó:

- ¡Laura, Laura!

A pesar del barullo, la enfermera oyó que la llamaban por su nombre y miró hacia la cama de donde procedía la voz.. Extrañada, al reconocer a su hermano, exclamó:

- ¡Pero Albert! ¡Cómo aquí! ¿Te han herido?

Albert le explicó lo de su enfermedad, y que, a pesar de los días pasados, todavía no le habían puesto tratamiento..., si tal posibilidad existía, pues mucho malo había oído de esa enfermedad. Laura le contestó.

- ¡Es horrible! Los heridos llegan sin cesar...; varios médicos y practicantes fueron enviados al frente... Se está trabajando al máximo con el mínimo personal... El Ebro es una masacre... Los padres están bien, pero muy preocupados porque desde que marchaste al frente no teníamos noticias tuyas..., y ahora...

En esto, Albert dio vuelta a la almohada y le enseñó las manchas de sangre de los esputos. Laura, que ya estaba curtida por haber atendido a tanto herido, se dio un gran susto, pues esta vez se trataba de su hermano... Sin decir nada, salió corriendo. A la media hora volvió en compañía de un médico, de muy baja estatura y gran cabeza con poco pelo blanco. Era el doctor Juri, tisiólogo del hospital, que, después de explorarlo durante diez minutos, ordenó que le hicieran una radiografía del tórax y lo pasaran a la sección de infecciosos.

Los padres aparecieron al día siguiente para hacerle la visita y hablar con el médico sobre la situación de su hijo.

- Dentro de unos días le haremos un neumotórax, y poco después podrán llevárselo, porque esto se ha convertido en un cuchitril – dijo el doctor Juri, y preguntó – : ¿Dónde viven ustedes?

- Cerca del Tibidabo, en el barrio de Sant Gervasi – respondió doña Pilar Cortina.

- ¡Muy bien, muy bien, ése es el lugar ideal para este caso! El aire de ese barrio es muy puro, y la altura en que está es excelente para esta enfermedad. Como, por lo menos, deberá permanecer aquí más de tres semanas, y la comida de hospitales deja bastante que desear, convendría que le trajeran algo sustancioso, como carne, pescado, frutas... Si disponen de dinero, y las pueden conseguir, cosa algo difícil actualmente, les doy esta receta para comenzar a ponerle estas inyecciones de oro...; sí, de oro, y lo antes posible, con lo que todo irá mejor... Como según tengo entendido se ha convertido en producto de importación, en estos momentos son difíciles de conseguir. Pregunten en esta farmacia de las Ramblas, si ellos no las tienen, yendo de mi parte, les dirán donde pueden conseguirlas. Lamentablemente, aquí teníamos, pero actualmente carecemos de ellas.

Recorrieron varia farmacias hasta que consiguieron las inyecciones..., en el mismo barrio en que vivían..., y a precio de oro, como su componente principal. La familia Forn se vio obligada a vender sus cosas de valor para poder pagar las comidas especiales y los medicamentos que requería Albert. Se le practicó el neumotórax y se comenzó a poner las inyecciones, de forma que al mes y medio el doctor Juri recomendó seguir el tratamiento en casa, diciéndole a la familia:

- Todavía es pronto para predecir nada. Ha evolucionado bien..., pero cuanto antes se lo lleven de esta locura de hospital, mejor. Con la gran

llegada de heridos y la disminución de los suministros, el hospital está que no resiste más; la comida es infame, y así todo... Si como ustedes dicen, la vivienda es amplia, bien aireada y con sol, y le pueden conseguir alimentos, tengo confianza en que sanará pronto... El muchacho es de buena madera... Su hermana le pondrá las inyecciones en casa, y cada quince días me lo traerán para revisión, o antes si notan alguna complicación.

La casa de los Forn era efectivamente grande, con habitaciones amplias y espaciosas, donde las que daban al este recibían el abundante sol de la mañana. Así Albert pudo disponer de dos cuartos bien amplios y ventilados: uno hacia el levante, contiguo al salón de costura de su madre, dando a un gran patio interior, que disponía de una galería acristalada, que permitía pasar la luz y el calorcito del astro rey, donde pasaba las horas del día reposando en un gran sofá, leyendo, oyendo la radio, y, a veces, el gramófono con discos de zarzuela de la abundante colección de su padre, situación muy envidiable para muchos si no fuera por la grave enfermedad de la que se estaba recuperando; el otro cuarto era el de siempre, en el extremo opuesto de la vivienda, hacia el oeste, con vista a la calle Gomis, en que dormía por las noches y disponía de la mesa para estudiar, con una puerta de entrada por el salón comedor, y otra, para acceder al balconcito . Una amplia puerta acristalada comunicaba el salón comedor con el amplio balcón central. A la izquierda estaba la alcoba de los padres. La vivienda, con algo más de doscientos metros cuadrados de superficie, disponía de otras tres habitaciones además de las mencionadas. Con muy buenos muebles, como la había comprado don Alberto al vender una casa que heredó en Tarragona, de donde era, podía considerarse de lujo. Su primer dueño, un ebanista que había hecho fortuna, la amuebló y decoró con mucho gusto. Digna era de verse la gran lámpara con muchos lagrimones sobre la mesa del comedor. La compra fue una buena inversión por lo barato que salió; los herederos del ebanistas estaban en crisis económica, necesitaban dinero rápidamente, y muy pocos pudientes, por ese entonces. querían irse a vivir a una zona tan alejada del centro; pues preferían el Eixample, en la zona central de la ciudad.

No fue fácil encontrar comida para Albert en una ciudad famélica. Había que recurrir al mercado negro, también muy escaso, porque el racionamiento apenas alcanzaba para nada. Era difícil adquirir alimentos, pero conseguían. Don Alberto se acordó de cuando siendo niño iba a pescar al puerto de Tarragona, se agenció una caña, y algunas tardes se iba a pescar..., pero con muy poco éxito; también consiguió un par de conejos que engordaba con las hierbas que iba a recoger en los descampados cercanos, pero al llegar el momento del sacrificio fue incapaz de matarlos,

dándoles el uso de animales de compañía. Algún domingo se fue al campo a buscar setas y a intercambiar cosas de valor por comida con los “pagesos”. Pocos “bolets” y pocos productor de “massías”, pero algo conseguía.

Lo cierto es que Albert se iba encontrando mejor, y de la misma opinión era el doctor Juri. Lectura no le faltaba, aumentando considerablemente cuando el vecino del piso debajo del suyo, a mediados de enero, vino a comunicar a don Alberto que abandonaba Barcelona con su familia y se iban a Francia, explicándole el señor Sagarra con pesadumbre:

- Los fascistas ya están cerca de Barcelona...; ¡muy cerca, desgraciadamente! El Ejército Republicano se repliega..., más bien huye sin prestar resistencia... Os vengo a pedir que os quedéis con las cosas que no podamos llevarnos, es decir, una gran parte de lo que poseemos; el piso queda abandonado. Huimos en un pequeño autobús, y sólo nos permiten llevar lo puesto y dos maletas. Nos pondremos lo máximo de ropa encima, y, así, en lo posible, evitar el frío. Para que se queden con las cosas, algunas de gran valor, los vencedores, mejor es que os las quedéis vosotros.

- Pero vosotros volveréis, y antes volverá tu cuñado, el cura refugiado en Francia, Mossen Cugat. Según los sublevados tomen Barcelona, se pondrá aquí – dijo don Alberto.

- Para ese entonces la vivienda estará ya completamente saqueada, y, seguramente, ocupada por algún nacional. Aparte de ropa y de algunos efectos personales, llevamos varios objetos de valor, como joyas de mi mujer, una cubertería de plata y tres pinturas: una, de Casas, otra, de Santiago Rusinyol, y otra, de Sert, con la intención de ponerlos en venta según lleguemos a Francia..., pues ya no tenemos otra esperanza: debemos abrirnos camino en el extranjero.

-Pronto estaréis de vuelta, ya lo veréis – volvió a afirmar don Alberto, pero en tono consolador.

- No, eso no lo creo; la derrota es muy fuerte. He podido comprobarlo, y no lo creí hasta que pude verlo con mis propios ojos. El grueso de las tropas en retirada evita pasar por Barcelona...; tal vez sea porque les da vergüenza a sus jefes, o bien porque quieran evitarle esa pena a la población...Por aquí también han circulado algunas pequeñas unidades. Fui

con otros dos amigos, altos cargos de la banca, a ver el espectáculo al Vallés... ¡Así me había imaginado siempre la retirada de la Grande Armée de Napoleón en Rusia!.. Uno de mis amigos exclamó: "¡Esto es horrible! ¡Ahora mismo nos vamos al banco, abrimos las cajas de depósitos, sacamos las joyas y cosas de valor, y huimos a Francia antes de que sea demasiado tarde! Siempre he sido honrado, pero para que se los devuelvan a esos ricachones refugiados en San Sebastián, ¡que nos sirva de utilidad a nosotros!" El otro le advirtió que en el banco había de vigilancia tres hombres bien armados, a lo que respondió el primero: "¿Para qué tenemos pistolas? Dos son buenos amigos míos, y yo los empleé, y en cuanto al otro, dadas las circunstancias y con una parte del botín, no tardará en estar de acuerdo"... Esta mañana salieron los cinco para La Jonquera... Pero la inmensa mayoría huye con lo puesto. Durante estos tres años he visto muchísimas cosas tristes y desagradables, pero nunca pude imaginarme lo de esta retirada. ¡Y ahora nos toca a nosotros seguirlos!

* * *

Aprovechando que la vecina de enfrente de la escalera estaba ausente, una mujer muy conservadora, pues debía atender a su madre enferma por esos días, y que vivía en otro barrio de la ciudad, pues del otro vecino, del rellano de los Sagarra nada tenían que temer por ser republicano, y contribuyendo todos los elementos humanos de las dos viviendas menos Albert, debido a su enfermedad, durante tres días y tres noches aquello fue un trasiego de cosas de abajo hacia arriba: muebles pequeños como sillas, sillones, mesas de noche, mesitas, estanterías, espejos, cuadros de todo tipo, algunos con pinturas de artistas consagrados...; una Enciclopedia Espasa completa, libros de todas clases, la mayoría muy bien encuadernados, no faltando antiguos de cierto valor y de todos los géneros, colecciones de valiosas revistas...; una maravillosa vajilla, cubertería, calderas, sartenes y toda clase de utensilios de cocina ...; un gran acordeón de la mejor marca, un gramófono, un aparato de radio, una máquina de escribir; una valiosa colección de figuritas de Dresde; cuantiosa ropa de mujer, de hombre y de niño....Hasta que don Alberto dijo:

- ¡Basta, basta! ¡Aquí ya no cabe nada más! Nuestro piso ya está atiborrado... Me da mucha pena no poder subir el piano...Pero ¿qué haremos cuando vuelva Mossén Cugat, tu cuñado?

- Él tuvo que irse porque una banda de milicianos lo quería eliminar, y en vez de pasarse a los nacionales, se quedó en Francia. La casa donde vivía, ahí enfrente, es propiedad suya; si viene, la recuperará..., pero cuando vuelva, si lo hace con el espíritu de los vencedores, no le deis nada. Caso de que llegue con espíritu cristiano, de humildad y de ayuda al prójimo, como era, ofrecedle sólo lo más necesario para su uso personal... No le deis mucho, porque entonces será para la Iglesia... Una pequeña parte de lo que aquí dejamos es herencia de nuestros padres, pero casi todo lo hemos adquirido mi mujer y yo con nuestro trabajo. Me queda pena dejar ciertas cosas, sobre todo, tantos libros valiosos.... Aquí abandonamos todos nuestros ahorros.

- ¿Porqué no os lleváis el acordeón? Es un instrumento muy útil y de música preciosa. Yo lo manejo bastante bien y paso ratos muy buenos tocándolo – dijo don Alberto.

- Ya lo sé, ya lo sé... Te he oído tocar varias veces desde mi casa, y lo haces de maravilla. Como me gustaba, quise imitarte, y por eso me compré el mejor acordeón que encontré en las tiendas de instrumentos musicales; me puse con un profesor a recibir clases, pero pronto me di cuenta de que carecía de condiciones... Bueno..., si mi cuñado vuelve, como ya tenéis uno, le podéis dar, de mi parte, el gramófono y algunos discos de música clásica y de sardanas que tanto le gustan... Así que vosotros habéis decidido quedaros... Mira Alberto que eres funcionario, y esos, donde quiera que llegan, mandan a todo el mundo al paredón.

- Me quedaré; probaré esa suerte. Mi cargo en Correos es de menos categoría que el tuyo en Hacienda, aun cuando los dos seamos intendentes mercantiles, nunca pertenecí a un partido político... Sí, es muy cierto, simpatizaba con la República abiertamente... ¿Pero cómo voy a dejar abandonado, o llevarme a Albert, en el estado en que se encuentra?...Hice esas oposiciones antes de que Primo de Rivera diera su golpe.

- Yo también aprobé las mías por esa época, en l920; lo de Primo de Rivera, aun cuando fuera malo, no se puede comparar con lo que se nos viene encima. Es peor que una gran epidemia de peste. Ahora, si me cogen, no me perdonan. Participé muy activamente en la proclamación de la República, en la revuelta del treinta y cuatro, y dos veces ocupé cargos de confianza en la Generalitat... No olvides lo de tu afiliación a la UGT, y que de eso se van a valer para perjudicarte... – y con estas últimas palabras se despidió el señor Sagarra.

Un gran vacío quedó en el alma de don Alberto, pues el vecino con el que mejor se entendía, se marchaba dejando su casa abandonada. Ahora se sentía como viviendo al borde de un acantilado, por donde su casa podía precipitarse en cualquier momento, sensación que aumentó cuando se enteró de que otro vecino había seguido los pasos del señor Sagarra; el de enfrente a su piso. Más abismo aún: tres de sus compañeros de trabajo, de su misma sección siguieron el mismo camino. Ahora sólo faltaba una ráfaga de viento para que su casa se viniera abajo, y esa ráfaga estaba a punto de llegar a Barcelona.

Una noche, no pudiendo vencer la curiosidad, bajó a la vivienda de los Sagarra, más por sentir la sensación de una casa desolada que por otra cosa. Allí, pese a que quedaban el piano y los muebles grandes, percibió la verdadera soledad y el aislamiento completo que se podía sentir perdido en un inmenso desierto. Sí, los muebles grandes eran de primera calidad, y mucha pena le dio no poder subirlos. Se dedicó a recorrer el piso, viendo que en los armarios aún había vestidos de señora, ternos, camisas, zapatos..., y en una gaveta del aparador del comedor, un juego de té y una caja con cubiertos de postre, de plata. Hizo unos cuatro paseos de abajo a arriba y se llevó esos objetos. "¿Cómo habían olvidado la plata?", se preguntaba sin poder comprenderlo.

Lo que la gente veía era, sin que nadie les diera explicaciones, que el Ejército y la Policía abandonaban Barcelona,
en dirección norte, dejando la ciudad desguarnecida y a la buena de Dios, situación propicia para actos vandálicos, que se producían sin duda alguna, pero en muchísima menor cantidad de lo esperado, limitándose casi siempre al saqueo de almacenes de víveres de racionamiento y, en menor cuantía, de otro tipo de tiendas. Como es lógico pensar, el hambre estaba tocando duro a la ciudad, y los Forn no se libraban de esta plaga. Por todas partes había hogueras en las que ardían documentos del Gobierno, de partidos políticos y de otras organizaciones.

El día veinticinco de ese primer mes del año, cuando Don Alberto volvía de Correos a su casa, se encontró con un viejo conocido que le dijo:

- Huele a quemado por todas partes, y el ambiente de la ciudad es desolador... Como en casa ya no tenemos casi comida, me he tenido que unir a los que están saqueando los almacenes. Casi me mato; total..., para conseguir esto: dos latas de sardinas que llevo en la mano derecha, y un

bote de leche condensada, en la izquierda... Mire este chichón en la frente; me lo hice mientras me peleaba por un salchichón, que se lo llevó el otro.

Senderos de Águilas
Primera Parte
Amanecer desde el Tibidabo

III

Aquel día 26 de enero del treinta y nueve, muy de madrugada, aún tardaría en salir el Sol, a don Alberto lo despertó una llamada telefónica; era la de un compañero de trabajo que le decía:

- Alberto, los nacionales ya están acantonados cerca de Pedralbes y se disponen a entrar en Barcelona. En el Prat, sus aviones están preparados para despegar y bombardear los posibles puntos de resistencia desde que haya luz, y así allanar el camino para la entrada de sus tropas... Son muchos los aviones que están calentando motores... ¡Hasta es posible un bombardeo masivo de Barcelona!

Don Alberto, con gran pena, dio las gracias por la información y expresó su pesar por la noticia, porque aun siendo eso lo que esperaba, hubiera deseado otra. Desayunó lo poco que había y se arregló lo mejor que pudo, vistiéndose con su ropa más elegante, costumbre abandonada por razones de la guerra. Cuando se disponía a salir, su mujer le recomendó que se quedara en casa ese día, pero no le hizo caso y se dirigió a la Plaza de Lesseps. Al llegar a la estación del metro, preguntó si salían trenes.

- Hay uno que parece que va a salir. Eso es cosa del conductor – le dijo el de la taquilla.

Había un tren parado en la vía con varias personas dentro a la espera de que se pusiera en marcha. El señor Forn, al subir, preguntó de nuevo si iba a salir, recibiendo un sí por respuesta. Y efectivamente, a los cinco minutos, tras el toque de un silbato, el tren se puso en marcha. Al llegar a la Plaza de Urquinaona, como aún era muy temprano para entrar a trabajar, se apeó para dar una vuelta y observar el panorama del centro de la ciudad en las últimas horas que le quedaban de República. Lamentablemente, aquello era más triste y desolador que el aspecto del día anterior: por doquier restos

de hogueras humeantes que llenaban el aire de olores a quemado; muchas puertas de almacenes y de tiendas rotas, muy poca gente por las calles, y casi ningún vehículo circulando. El ambiente podía definirse como tétrico. A la temida quinta columna que, según la vox populi, debía aprovecharse del vacío de poder por la huida de las fuerzas del orden, no la encontró en su paseo; probablemente estaría organizándose para dar el golpe final y recibir a los vencedores. En cambio, pudo contemplar como un grupo de hombres, provistos de una barra metálica y de un hacha, se afanaban en levantar la persiana metálica de un establecimiento comercial. ¡Urgía aprovecharse bien antes de que llegaran los otros!... Entonces se fijó en que ninguna otra tienda de esa calle tenía puerta o escaparate intacto. Y así, deambulando, sin tener problemas con nadie, llegó a un lugar donde se hallaba una concentración de unas diez personas, todos varones, con sus miradas dirigidas hacia el balcón central de una casa, en que alguien estaba atando la bandera de la República a la cuerda de un asta. Pudo leer en un letrero que se trataba de un ministerio, mas no prestó atención a qué asunto correspondía. Con toda seguridad, los allí presentes eran funcionarios que habían preferido no huir. El hombre del balcón comenzó a izar la bandera, muy despacio, al tiempo que, desde dentro de la sala correspondiente al balcón, se oía la música del himno de Riego tocada por un acordeón. Durante un instante se acercó a la puerta del balcón el madrugador músico; era un tipo alto, delgado, algo mayor, con sombrero y traje negros y con un cigarrillo en la boca. Al llegar la bandera a los más alto del asta, el público comenzó a aplaudir, mientras se daban gritos de ¡viva la República! y de ¡no pasarán!... "Pero ya están pasando, y la ciudad se rinde sin pena ni gloria!", pensaba don Alberto mientras también aplaudía.

Terminado el acto, el grupo se dividió en dos: uno que se marchaba, y otro que entraba en el ministerio. De los que entraban, la voz de uno decía:

- ¡Yo espero a la muerte en mi puesto!

Don Alberto siguió camino de Correos, mientras sonaba a su espalda el acordeón tocando "¡A las barricadas!". Por lo visto, esperaban a los fascistas con música.

Como ya presumía don Alberto, el número de personas que encontró trabajando aquella mañana era muy pequeño; se había seguido la tónica de días anteriores en que iba disminuyendo, paulatinamente, el número de empleados presentados en los puestos de las oficinas. En lo del absentismo, a los huidos se unió la ausencia de los que tenían miedo por lo que pudiera ocurrir en ese día. De buena gana se hubiera quedado en

casa para ahorrarse la desagradable escena de la entrada de los vencedores en su oficina, pero él era el segundo de su sección, y como el jefe hacía días que había desaparecido, y sin decir adiós, le correspondía a él entregar su oficina a los nacionales cuando llegaran, momento que mucho temía, sintiéndolo incrementado, y mucho más de lo esperado, cuando sonaron explosiones procedentes del puerto. Lo sucedido en la puerta de entrada con esa llegada no lo pudo ver al estar su oficina alejada de ese lugar. Por suerte, en su sección la cosa fue menos dramática de lo esperado. Entraron un teniente y dos soldados con fusiles, y se dirigieron a él; el aspecto del oficial era de persona muy tranquila y con cara de cansancio y de haber dormido poco, limitándose a preguntar si alguien tenía un arma allí.

- Aquí nunca hubo ni hay tal cosa – respondió don Alberto.

- ¿Es usted el jefe de esto? – volvió a preguntar el teniente.

- No, pero en su ausencia soy el responsable.

- Bueno, bueno..., sigan trabajando pues... – y se marchó.

“Poco interés mostraba aquel hombre en la conquista”, pensó don Alberto que se había imaginado gritos, reproches, insultos y la obligación de hacer el nuevo y tan temido saludo. Poco después llamaron a los tres de su sección y les dijeron que se podían ir a sus domicilios, pero que al día siguiente estuvieran puntuales a la hora de costumbre; el trabajo no sólo debía continuar como siempre sino, incluso, mejor que antes en la nueva España.

*   *   *

En su casa, doña Pilar sintió una fuerte llamada en la puerta; al abrirla vio a su vecina del rellano de la escalera que, muy emocionada, le decía:

- ¡Pilar, Pilar, vamos corriendo a la Plaza de Cataluña a recibir a la tropas nacionales! ¡Por fin Barcelona ha sido liberada! ¡Todo el mundo corre hacia allá! ¡Alabado sea Dios por habernos permitido ver este día!

-No, no puedo salir; Albert, como bien sabes, está enfermo y hace un rato ha sufrido una indisposición: le ha subido la fiebre y está vomitando.

En realidad, ocurrió que Albert, oyendo la noticia por la radio, se sintió indispuesto, pero pronto se recuperó, y doña Pilar no tenía ningún interés en ver la entrada de esas tropas libertadoras.

*   *   *

Al salir de su trabajo, don Alberto se fijó en un camión, cargado con soldados con boinas rojas, que bajaba por la calle a gran velocidad. Los soldados, con gran alegría, gritaban: “¡España, España, y nada más!” y “¡Franco, Franco, Franco!”.

Poco más arriba se topó con otros dos grupos de soldados: unos con turbantes o algún fez, muchos de ellos con barba, que eran marroquíes, y otros, con la vestimenta caqui y boinas de borla que venían por el centro de la calle gritando “¡Un, dos, tres, Barcelona nuestra es! ¡Arriba España!”, y otras consignas similares.

Dentro del temor que sentía, le tranquilizaba el que fueran dos grupos diferentes de soldados, pues se hacía la falsa suposición de que si uno se metía con él, el otro lo defendería. Siguiendo su camino se encontró con otros grupos que celebraban con mucha alegría la entrada de los vencedores, tanto de soldados como de paisanos. El variado colorido de los uniformes de los nacionales le llamó mucho la atención, que contrastaba con los tristes monos y uniformes de los republicanos, haciéndole recordar las fiestas del carnaval. “Tal vez no fuera el león tan fiero como lo pintaban”, hasta se le ocurrió pensar. Por lo menos, aquella mañana lo dejaron tranquilo, pudiendo regresar a su casa para comer las acostumbradas lentejas,

*   *   *

A Laura, el cuarto miembro de la familia Forn, le tocó vivir la caída de Barcelona en el hospital donde trabajaba, que, debido a las circunstancias de la guerra, estaba bien militarizado y casi del todo ocupado por soldados heridos, y se considera casi, porque la mayoría de los que podían andar habían huido hacia el norte junto con el personal sanitario militar, quedando abundantes camas libres. También se llevaron a varios de los inmovilizados, que, con toda seguridad, corrían riesgos de sus vidas al llegar el enemigo debido a sus graduaciones y filiaciones políticas.

El resto del personal que quedó, todos civiles, estaba aquella mañana nervioso e intranquilo por lo que pudiera ocurrir al llegar los vencedores. Fue poco antes de que Laura finalizara su turno, cuando, desde la puerta de la sala donde trabajaba, una enfermera le gritó:

- ¡Laura, ya están ahí..., ya están ahí! ¡Son dos camiones, y parece que son falangistas! Llevan camisas azules y boinas rojas. ¿El doctor Juri y el doctor Ramírez han ido a recibirlos!

Laura sintió miedo, y los heridos, sin duda alguna, también, pues abandonaron su actitud sosegada y comenzaron a moverse en sus camas, unos lamentándose con quejidos, y otros preguntando qué iban a hacer con ellos... Laura intentaba tranquilizarlos:

-Tened calma. Nada os vas a suceder; ya lo veréis...

En esto se oyeron fuertes gritos – pues la sala estaba muy cerca de la entrada – que ponían los pelos de punta al más pintado y hacían estremecer las paredes, provocando más intranquilidad en los pacientes, oyéndose claramente lo que decían:

- ¡Arriba España! ¡Viva Franco!... ¡Atajo de cabrones!, ¿es que no conocéis este saludo?

-Es, es que no no…, no estamos acostumbrados...; es la primera vez …, vez que lo lo vemos – oyó Laura decir con voz temblorosa al doctor Juri..

Otros gritos e insultos se oyeron, mientras el vozarrón del que mandaba, preguntaba:

- ¡Rojo del demonio!, ¿eres tú el jefe del hospital?

- ¡No, no…! – contestó el doctor Juri – . Los je je... jefes eran los militares, y ésos han huido todos. Nosotros somos personal civil asignado a este centro sanitario.

-Tenemos que proceder a registrar el edificio por si hay armas, y reconocer a los elementos peligrosos entre los heridos. Tú irás conmigo, tartamudo. ¿Cómo dices que te llamas? – volvió a preguntar el del vozarrón.

- En... Enrique Juri Paz es mi nombre y soy el tisiólogo del hospital.

- ¡Ah! – exclamó el del vozarrón como extrañado, mientras Laura se asomaba por la puerta de la sala al no poder vencer la curiosidad pese al miedo, resonando la voz de nuevo –: ¡Empecemos por ahí, donde está esa bonita de cara!. ¡Tú delante..., anda rojo! ¡Y cuidado con lo que haces porque te doy una hostia que te...! – le dijo al doctor Juri mientras le levantaba la mano con tono amenazante, siguiendo una serie de palabrotas y órdenes

Ya iban a entrar en la primera sala, cuando aparecieron tres nuevos militares, oficiales al parecer, de uniformes algo semejantes a los republicanos, con tabardos, gorras de plato, pistolas en la cintura. El de mayor edad, el más grueso de los tres, con pelo entrecano, botas de caña y que parecía el jefe, recibió un saludo del oficial de vozarrón que hacía estremecer:

- ¡Sin novedad en la toma del hospital, mi teniente coronel! ¡La tropa está a sus órdenes!

- Muy bien teniente, pero ¿por qué ese griterío que se oía hasta en la calle?

- Es que estos rojos no saben de modales y de buenas costumbres, y tenemos que recordárselos. Debemos registrar todo este hospital por si han escondido armas aquí, y rodearlo bien para evitar fugas de los prisioneros de guerra que hagamos – le respondió el teniente.

- Deben de tener en cuenta que no todos los pacientes de este hospital son militares. También hay civiles operados y accidentados, completamente ajenos a la guerra. Éste es un hospital civil militarizado – aclaró el doctor Juri, de modo que parecía haber recuperado la serenidad

-Eso ya se tiene en cuenta – dijo el teniente coronel, y añadió –: ¿Y usted quién es?

El doctor Juri le repitió lo ya dicho al teniente.

- Entonces usted colaborará conmigo en la nueva organización del hospital. Pero..., ¿no será usted republicano, doctor Juri?

- ¡Yooo...! ¡De ninguna manera! ¡Siempre he sido un buen católico! Estoy en este hospital porque me obligaron. No me movilizaron para el Ejército Republicano porque ya había pasado la edad. Trabajaba para la sanidad pública y tenía una consulta privada de tisiología. Cuando comenzó la guerra me mandaron aquí para hacerme cargo de los enfermos tuberculosos, tanto de los hospitalizados como de la zona, pero también con la obligación de atender heridos...; era lógico debido a las circunstancias. Al doctor Ramírez, aquí presente, aunque joven aún, no lo movilizaron por sufrir de ataques epilépticos. No hace cirugía, y trabaja de ayudante de tisiología y de medicina interna... Quitando dos sargentos, el resto de heridos son simples soldados. Los republicanos se llevaron a todos sus oficiales por mal que estuvieran. Faltan trabajadores que, aunque no han venido, no han huido; el miedo a lo que pudiera ocurrir hoy los ha retenido en sus casas. Los médicos y enfermeros militares huyeron todos. Hoy no tenemos en el hospital ni el personal correspondiente a un domingo. En el piso de arriba hay cinco heridos que son prisioneros pertenecientes al bando de ustedes.

- Muy bien, muy bien, reúname a todo el personal aquí en el vestíbulo para darles un pequeño discurso ahora mismo – le ordenó el teniente coronel

Laura se fijó entonces en los otros dos miliares. Uno debería tener más de treinta años y era de pelo rubio; el otro era muy delgado, de pelo negro, pareciendo menos serio que los demás, con aire de que aquello ni le iba ni le venía, de talla como su hermano con el que tenía cierta semejanza, pero de piel más pálida y con bigotito. Mirando a aquellos oficiales, a los que consideraba fascistas, se preguntaba cómo podía un joven de cara inocentona, como la de su hermano Albert, ser oficial de semejante

ejército, y sintió más repulsa por ese joven que por los otros de aspectos más curtidos y endurecidos por la vida.

Se reunieron, en total, unos diecisiete trabajadores en el vestíbulo para oír el discurso del nuevo jefe; cuatro no asistieron por no poder abandonar sus puestos. Bien poco era... De los soldados, la mitad se quedaron, mientras los demás procedían a registrar el edificio, y el teniente coronel comenzaba su arenga:

- ¡Trabajadores de este hospital! ¡Españoles todos!... Soy el coronel médico de Sanidad Militar Florentino de las Heras. Los jefes que habéis tenido hasta ahora, ni eran españoles ni individuos dignos de llamarse militares. Eran una banda de facinerosos de la peor calaña a los que habéis tenido que soportar..., pero eso se acabó, y para siempre. A partir de hoy, soy el director médico de este hospital y jefe del servicio de cirugía. Me acompañan el capitán don Federico Miranda, aquí a mi derecha, que será el jefe de la administración del centro, el teniente falangista... – y dirigiéndose al que estaba a su izquierda, le dijo con voz muy baja –: Dígame como se llama que no recuerdo su nombre.

-¡Leandro Peinador, mi teniente coronel, a sus órdenes! – dijo con voz muy alta el teniente.

-Eso, don Leandro Peinador, que será el jefe de seguridad, encargado de la vigilancia y del orden dentro del recinto sanitario, y por último, presento al sargento practicante don Rubén Ripoll que ejercerá la función de jefe de enfermería hasta que puedan venir monjas. Hoy, o mañana a más tardar, llegará un equipo quirúrgico formado por cirujanos, practicantes y sanitarios militares para hacerse cargo de los quirófanos y de las salas. Como podrán comprobar nuestro glorioso mando victorioso lo tenía todo previsto para este acontecimiento... Todo el personal del hospital permanecerá en sus puestos de trabajo hasta que se ordene lo contrario. El que no esté mañana aquí a las ocho, será expedientado y severamente castigado. Advertidlo a vuestros compañeros ausentes. Se establecerá una comisión de depuración para esclarecer las responsabilidades de todos. El que no tenga delito, nada debe temer. Nosotros, ante todo, somos justos al máximo. Suponemos que los culpables están entre esos canallas que huyen para buscar refugio en Francia y así eludir la acción de la justicia. Éste es un hospital militarizado que debe funcionar con orden, disciplina y con gran espíritu de trabajo como lo exige la España grande que vamos a construir. Ya no estáis bajo el mando de las hordas rojas, sino del glorioso Ejército Español. Barcelona, gracias a Dios, acaba de ser liberada, pero la guerra no ha concluido aún, y los cobardes que huyen hacia el norte,

pueden, en su disparatada locura, causar más daños y dolores, por lo que este hospital puede convertirse en un hospital de sangre en cualquier momento, debiendo estar todos preparados por lo que pudiera suceder. He dicho. ¡Viva Franco! ¡Arriba España!

Gritos repetidos por los uniformados y un par de civiles. A continuación, los de camisa azul y boinas rojas comenzaron a cantar el Cara al Sol, poniendo el brazo derecho en alto y obligando al personal hospitalario a hacer lo mismo.

- Buuuf... Usted no me creerá, Doctor Juri, pero es la primera vez en mi vida que doy un discurso – dijo De las Heras.

-Pues lo hizo muy bien.

- ¡No diga tonterías!... ¿Tendré que dar más discursitos...? – exclamó como lamentándose el nuevo jefe militar –. Y en lo de la cancioncita, movía los labios, porque yo no me la sé.

A continuación, el teniente coronel, acompañado de sus dos ayudantes, Miranda y Ripoll, de los doctores Juri y Ramírez y dos enfermeras pasaron a inspeccionar la sala de enfermos más próxima.

- En esta sala todos son soldados heridos menos esos dos a la izquierda de la puerta, que son civiles con fracturas de miembros inferiores debido a accidentes laborales. Anteayer había más de treinta pacientes, hoy quedan diecisiete Los considerados hasta ahora como prisioneros están en una sala del piso alto, donde también están la mayoría de los civiles – dijo el doctor Ramírez que abría la boca por primera vez.

- El típico mal olor, pero sin la sobrecarga de otros hospitales de campaña o de sangre... Camas por doquier; varias vacías, que deben ser de los que huyeron. En poco se diferencian los de uno u otro bando, pero he de decirle doctor Juri, que este hospital, comparado con todos los que he visto durante estos dos años y medio de guerra, unos, de campaña, improvisados sobre la marcha, y otros, comarcales o provinciales, y en los que he tenido que trabajar, me parece una maravilla a pesar de sus deficiencias y defectos – comentaba el doctor De las Heras mientras caminaba por la sala, haciendo preguntas a los heridos y a los doctores sobre los males que padecían y tratamientos que llevaban, añadiendo –: Desde el primer día de la guerra he estado en primera línea de fuego, como se lo puede confirmar el aquí presente sargento Ripoll, mi inseparable acompañante durante toda

la contienda. El inicio del Alzamiento Nacional me cogió en Tetuán, y ese mismo día comencé a tratar heridos…

-Entonces usted se sublevó contra la República desde el primer día... – interrumpió el doctor Juri.

-¡Quia,quia, quia...! Yo no me he sublevado jamás contra nadie; a mí me sublevaron, que no es lo mismo... A los pocos días del levantamiento me metieron en un avión lleno de marroquíes, donde el único pasajero cristiano era yo, cruzamos el Estrecho de Gibraltar, me bajaron en Jerez de la Frontera, y de allí, en camión, me llevaron a Sevilla, donde me asignaron a Ripoll como ayudante, yendo juntos al frente de Córdoba... ¡Estamos vivos de puro milagro!..., como de milagro sobreviví a la guerra de África... – cuando el doctor Juri volvió a interrumpirle:

- Yo también estuve en África durante esa larga guerra; casi dos años..., en Melilla, ciudad de la que, por suerte, no salí nunca, ni estuve en el frente, porque fue cuando lo del desastre de Annual..., haciendo el servicio en el hospital militar de la Plaza... ¡Qué tragedia aquella!...El pánico se apoderó de la ciudad, y de mí también al ver llegar a aquellos pobres supervivientes en tan lamentable estado... Y fue el general Franco quien nos salvó al llegar con los refuerzos que mandaba... Pude verlo en aquella ocasión...

- No cabe la menor duda de que Franco es un gran estratega, y bien lo ha demostrado tanto en la campaña de África como en esta guerra... Lo vi también en aquella época, unos años después que usted. Ahora, en esta guerra, aun cuando en varias ocasiones he estado en su proximidad, no he podido verlo; ya sabe, él a lo suyo, que es el frente, y yo a lo mío, que es el quirófano. Desembarqué en África cuando lo de Alhucemas. Nos llevaron en botes desde los barcos hasta la orilla. A un gran grupo de médicos, sanitarios y capellanes nos pusieron a esperar en un lugar de la playa..., cuando nos cayó encima una bomba que acabó con la mayoría de los galenos y de los clérigos, siendo yo uno de los pocos que salieron ilesos... ¡Menudo trabajo tuve aquel día y los siguientes!...; ¡no daba abasto a curar tantos heridos con tan poco personal.

De las Heras interrumpió sus explicaciones para volver a hacer preguntas a los heridos, que respondían con monosílabos, asustados por ya considerarse prisioneros, mirando a los que pasaban consulta como lo que eran, enemigos. Y haciendo una pausa con lo del interrogatorio a los enfermos, De las Heras continuó:

- Desde entonces me quedé en África, sin volver a la Península, hasta que en julio del treinta y seis me trajeron de nuevo. Ni despedirme de mi familia me dejaron. Deseando volver a verlos estoy, pero en Ceuta están más seguros que aquí; esa es mi principal tranquilidad. Hacía cuatro años que estaba destinado en esa Plaza de Soberanía, y me iba muy bien, cuando el dieciséis de julio, otros dos compañeros y yo recibimos la orden de desplazarnos a Tetuán. La situación era ya muy tensa en la ciudad de Ceuta, pero al llegar a la capital del Protectorado, nos dimos cuenta de que aquello era un polvorín a punto de estallar..., ¡y estalló! Pero, aún así, no nos pudimos imaginar entonces que el estallido iba a ser tan fuerte y de tanta duración... ¡Sí, todo ha sido terrible!...

El teniente coronel hizo otra pausa en su disertación para hablar con los pacientes civiles. Estos tomaban una actitud distinta a los otros, mirando sin tanto temor al jefe y contestando con más palabras a sus preguntas, a los que les dijo De las Heras en tono consolador:

- Todavía tenéis que estar un tiempo aquí hasta que podáis marchar a casa, pero sanaréis del todo, y entonces volveréis a trabajar para esta gran España que se empieza a reconstruir.

El sargento Ripoll había procurado durante la visita a la sala rezagarse de la comitiva para poder contemplar mejor lo único que valía la pena ver en aquel lugar: a Laura. En esto, Lucía, la compañera de sala de Laura, bastante más gruesa y algo mayor de edad que ella, le preguntó:

- Sargento, ¿y a usted no le cayó una bomba encima como al doctor De las Heras?

-No he sufrido esa desgracia, por suerte – contestó Ripoll.

-¡Pues qué lástima! – exclamó la enfermera.

- Pero ¿a qué viene esa inquina? – replicó Ripoll, con una sonrisa en sus labios por primera vez.

- ¡Cállate Lucía, que nos puede pasar algo! Él es un vencedor..., y nosotras las derrotadas... – dijo Laura.

- Dejadme que me ría. Conmigo no hay problema, pero el teniente Peinador puede ser peligroso – dijo Ripoll al abandonar la sala la comitiva.

-El esmirriado ése no te quitaba los ojos de encima. Seguro que las niñas nacionales ni caso le hacían. Es natural, con esa cara de muerto de hambre no se comía un rosco con las burguesitas del otro bando, y ahora el conquistador de Barcelona querrá resarcirse con las vencidas. Ten cuidado con ése si se te acerca. ¡Espántalo!... Con ese bigotito ¡tiene una cara de fascista...!

Estaban todavía haciendo la inspección por las salas los médicos, cuando apareció un camión con quince sanitarios. Así llegaron médicos, practicantes, auxiliares y un capellán, que venían a reforzar el menguado contingente laboral del hospital. El teniente coronel dio entonces permiso a la mitad del personal para que se fueran a sus casas, quedándose unos pocos para orientar a los recién llegados. Laura estaba entre las que se pudieron ir.

A la mañana siguiente aparecieron más trabajadores que el llamado día de la liberación, pero sumados a los recién llegados no alcanzaban ni a la mitad de los habituales.

- Mal asunto, así vamos a agotar al personal muy pronto, pero mi principal preocupación es la escasez de víveres, medicamentos y material médico. Al parecer los rojos se llevaron bastante consigo para poder atender a los suyos durante la huida. ¿Cómo estamos de dinero, Miranda? – dijo el jefe.

- La caja fuerte está, en verdad, llena de billetes de cien, de cincuenta, de cinco, de dos... y hasta de media peseta.

- ¡Perfecto! Ese dinero lo emplearemos para comprar lo más perentorio – exclamó el doctor de las Heras con gran satisfacción.

- Pero resulta que ese dinero es republicano. Ni se preocuparon en llevárselo – afirmó el capitán Miranda – Menos mal que tenemos las viviendas del director y del administrador para dormir los oficiales y suboficiales. Reagrupando a los enfermos, se ha librado una sala para la tropa. No debemos olvidar que el día treinta y uno es día de cobro; esa fecha está muy cerca... ¿Qué hacemos?

- ¡Pues comuníqueme con el general enseguida! ¡Sanidad siempre es lo último!

En esto apareció un médico para informar de que había tres enfermos pendientes de operar.

- ¿Tienen medios suficientes? – preguntó De las Heras.

- Sí, mi teniente coronel. Son intervenciones pequeñas.

- Pues procedan sin mí; estoy demasiado ocupado. ¿Pero qué griterío es ése durante toda la mañana?... ¡Y cada vez más fuerte!

- Se trata del teniente Peinador y de don Ignacio, el capellán, haciendo interrogatorios a los empleados sobre sus pasados políticos, sindicales, creencias religiosas y otras actividades – aclaró el capitán Miranda.

-Pues vaya y dígales que bajen el tono de voz, que nosotros necesitamos el silencio para poder trabajar.

El capitán cumplió la orden, volviendo a los tres minutos, y dijo:

- Allí tienen a una mujer llorando a lágrima viva...; la llamaban roja, indecente y hereje.

A las dos horas de esos interrogatorios con advertencia de silencio, el sargento Ripoll vio a las enfermeras Laura y Lucía esperando para ser interrogadas por el político y el religioso. Unos minutos estuvo hablando con ellas sobre asuntos banales, hasta que la puerta de la oficina interrogatoria se abrió y salió un hombre, trabajador de mantenimiento, con la cabeza gacha y cara de disgusto. Detrás de él venía el teniente Peinador que ordenó pasar a Lucía.

- Por estas dos enfermeras respondo yo – dijo Ripoll que apenas conocía a las mujeres.

- ¡Sargento, usted no se meta en un asunto que no le incumbe! – le gritó el teniente Peinador, con una voz tan alta que hizo salir al mismo teniente coronel.

En este momento, el doctor De las Heras, saliendo de su despacho y sacándose una pipa de boquilla curva de la boca, dijo:

-¡Qué escándalo es éste! ¿Es que no se puede trabajar con tranquilidad en esta casa?... ¿Qué sucede?

- ¡Que el sargento es un insolente y se mete en asuntos que no le corresponden, cometiendo una grave falta de desobediencia al interferir en nuestra labor, mi teniente coronel! – contestó Peinador.

De las Heras pidió explicaciones al sargento, respondiéndole éste que él avalaba a las dos enfermeras.

-Usted, Ripoll, que es de aquí, ¿las conoce bien, así como a sus familiares?

- ¡Sí, mi teniente coronel! – respondió el sargento, mintiendo.

- Pues asunto concluido. ¡No hace falta interrogatorio! Y desde hoy no se vuelva a interrogar a ninguna mujer más si no hay una grave acusación contra ella, y en este asunto quedan completamente excluidos chismorreos, rencillas personales y asuntos menores... ¡Ah!, y en estos casos, yo supervisaré el interrogatorio – y dirigiéndose a las enfermeras, les preguntó – : ¿Quién de ustedes es la más experta en quirófanos?
–
- Lucía – respondió Laura señalando a su compañera.

-Pues Lucía será la enfermera responsable de la zona quirúrgica. ¿Y usted cómo se llama?- preguntó a la otra.

- Laura – recibió por respuesta.

- A partir de hoy, usted, Laura, compartirá su trabajo en la sala con la de ayudante del jefe de enfermería. Infórmele bien de cómo marcha este hospital – y en este momento, el teniente coronel se volvió a poner la pipa en su boca, sacó una cajetilla de fósforos de un bolsillo del pantalón, tomó uno, lo raspó en la parte áspera de la cajetilla y, dando bocanadas, prendió el tabaco, diciendo a las enfermeras mientras volvía a su despacho –: Con la escasez de papel de fumar durante la guerra me acostumbre a fumar en pipa, y así continuaré en el futuro. Me sabe mejor el tabaco...

Lo cierto es que a partir de ese momento comenzó una amistad entre Laura Forn y Rubén Ripoll que se iría transformando en algo más fuerte con el tiempo.

*   *   *

Ya a mediados de abril, una mañana se presentó el doctor Juri en el despacho del director y le dijo:

- Señor director, hoy venía a hablar con usted para ver si podía hacer algo por mis ayudantes el doctor Ramírez y el practicante Nebot... Ramírez con su enfermedad, despedido, lo va a tener muy difícil, y en cuanto a Nebot, ya es demasiado viejo para estar en la cárcel. Son inocentes del todo, nunca han hecho mal a nadie. Además..., con eso de la victoria, un perdón no vendría mal.

- ¡Ay, doctor Juri...!, aquí no se trata de que haya culpables o no culpables, ni de que alguien haya hecho algo bueno o malo, sino de dar un fuerte escarmiento para que sepan quién es el que manda, y que, en el futuro, a nadie le queden más ganas de repúblicas. Me opuse con todas mis fuerzas a que se sancionara a mujeres, y lo conseguí basándome en la tradicional obediencia debida a sus maridos, padres y hermanos. Evité que dos trabajadores fueran expedientados...., pero nada más. Usted debe agradecerle su continuidad aquí a don Ignacio. Peinador quería hacerle un expediente para enviarlo a la cárcel, pero gracias a su presencia en las misas del capellán, y que comulgaba en ellas, se salvó... Con Nebot hay tres empleados más arrestados...; se les pide cinco años de cárcel a cada uno. Con un poco de suerte, a los dos años se los pondrá en libertad. Peor destino tienen los prisioneros hospitalizados; según se les da el alta, son enviados a cárceles o a campos de concentración..., y tres ya han sido condenados a muerte. A uno parece que se la conmutan; por los otros no se puede hacer absolutamente nada. Procuro retrasar el alta de esos infelices para ver si con el tiempo se pasa el ansia de revancha... Por favor, no cuente esto último a nadie. Se lo digo porque confío mucho en usted.

- ¡Pero eso es horrible! – exclamó el doctor Juri.

- Horrible ha sido toda la guerra, pero, para mí, personalmente, los peores momentos han sido estos dos últimos meses de paz. En febrero, el personal no tenía la nueva moneda ni nosotros dinero con qué pagarle; también se agotaban los alimentos, medicamentos, materiales..., y lo que llegaba lo hacía muy escasamente y con mucho retraso... ¡No veía la hora de la llegada de suministros! ¡Y para más desgracia, esos dos cretinos haciendo depuración ante mis narices...!¿Usted cree que yo he dormido en estos meses? Menos mal que pronto pasará el hospital a una administración civil... Me volveré a Ceuta, donde tengo mi familia. Ya he solicitado el traslado – dijo el doctor De las Heras mientras sacaba su pipa y la llenaba de tabaco, diciendo después de encenderla y de dar un par de

bocanadas –: Ya que fuma, doctor Juri, le recomiendo hacerlo en pipa, pues el tabaco huele y sabe mejor; es lo único bueno que saqué de esta guerra.

*   *   *

Mientras estas cosas ocurrían en el hospital, en casa de los Forn las cosas se iban poniendo cada vez más feas. El primero de febrero, a don Alberto Forn se le ordenó que abandonara el edificio de Correos y que no volviera más por allí. Veinte días después recibía una carta comunicándole su cese definitivo como funcionario y que se encontraba en situación de procesado por sus actividades políticas y subversivas contra el glorioso Movimiento Nacional perpetradas por él antes y después del dieciocho de julio de 1936, debiendo presentarse en un determinado lugar para responder de los cargos que contra él había.

Senderos de Águilas
Primera Parte
Amanecer desde el Tibidabo

IV

No fue nada fácil el mes de febrero del treinta y nueve para la familia Forn. Don Alberto, cesado en su cargo, no cobró la paga de lo trabajado en enero, y Laura, la otra persona que ganaba en la casa, tampoco cobró porque su contrato con el hospital era muy dudoso, no pudiéndose distinguir si era civil o militar. Sus compañeras cobraron con cierto retraso, pero a ella la dejaron pendiente hasta que se le hiciera uno nuevo, y eso llevaría su tiempo, como así fue. Gracias a Ripoll y al ya coronel de las Heras, vio sus primeras pesetas a finales de mayo.

Ante esta situación, doña Pilar hizo correr la voz por el barrio de su vuelta a la costura, de forma que la pudieran oír sus antiguas y ricas clientes que habían recuperado sus propiedades y, también, aquellas de vuelta a la Barcelona liberada, procedentes de San Sebastián y de otros lugares.

- Imagínate Pilar– le dijo su primera cliente de posguerra –, yo tenía depositadas mis joyas en una caja de seguridad de un banco, ¡y desaparecieron! ¡Esos rojos malditos!... ¡Ya Dios los ha castigado, y los castigará más aún...! ¡Robarme de esa manera!

La verdad sea dicha, es que, en febrero, hubo pocos encargos de trabajos, y éstos no se podía cobrar hasta que se entregaran. Ya habían sido vendidas las cosas de cierto valor para las medicinas y cuidados de Albert, de forma que, prácticamente, sólo les quedaban algunos pocos objetos para ofrecer al drapaire, que muy a menudo recorría la calle Gomis en busca de cosas de escaso valor y de posibles gangas, no quedando otro remedio, pese a los remordimientos, que vender propiedades de los Sagarra. Doña Pilar hizo una minuciosa contabilidad de todas esas pertenencias y de lo que recibió por ellas para, en caso de que volvieran los vecinos algún día, compensarlos con algo. .

Gracias a la entereza de la mestressa, la familia no se hundió del todo, porque don Alberto durante ese mes no sabía ni qué hacer. Encerrado en su alcoba, se pasaba el día acostado en la cama contemplando el techo como las musarañas, comiendo muy poco y sin hacer caso a su mujer de los consejos de que saliera a la calle, por lo menos a pasear y tomar el aire. No sabía en qué pensar, ni quería. Una nota ordenando a don Alberto el presentarse en la comisaría de su barrio el día veintidós de ese mes, lo despertó de su letargo. Vestido elegantemente como solía hacerlo antes de la guerra, acompañado de su esposa, se dirigió hacia aquel lugar, donde se le hizo firmar varios papeles y le dieron una serie de recomendaciones, debiendo presentarse de nuevo dentro de tres meses, ya que se encontraba en situación de procesado, en libertad, esperando la resolución de su sentencia. Al salir de la comisaría, se despidió de su mujer y se fue a ver a un primo suyo, abogado, que, con su bufete, llevaba también, en el mismo local, una gestoría administrativa, por si podía darle trabajo, recibiendo por respuesta:

- Estoy empezando de nuevo. Poco dinero hacemos aún. Pero, por la buena situación del local, creo que pronto nos irá bien. Por ahora no necesito a nadie; ten en cuenta que también tengo empleados a mi hermano y a mi cuñado. Te anotaré para llamarte más adelante, cuando esto funcione a pleno rendimiento... Los que pueden pagar, ya han regresado.

Temiendo el no, pero muy convencido de que era lo que iba a recibir por respuesta, se dedicó a recorrer los restaurantes del centro de la ciudad preguntando si necesitaban un trabajador, obteniendo negativas en todas partes.”Iba demasiado elegante para esos trabajos; mañana volveré más desaliñado”, se decía.

Al volver, su mujer le contó lo que había sucedido aquella mañana en el inmueble:

- Hoy han venido al edificio guardias civiles y falangistas, entraron en el piso de los Oller, lo registraron todo y se llevaron presos a los dos hermanos. Los llantos de la madre y de la hermana eran desgarradores. Luego registraron el piso de los Ibáñez, pero no encontraron al hombre de la casa porque hacía días que había desaparecido. Por lo visto, había huido a Francia sin su familia. A la mujer la citaron para que declarara lo que sabía en el cuartel de la Guardia Civil... También estuvieron en el piso de los Sagarra, que al ser alquilado, el dueño estaba allí para acondicionarlo y alquilarlo de nuevo, que les dio información sobre los viejos inquilino, huidos antes de la entrada de los nacionales. También lo citaron a declarar. Para uno que buscan, registran a todos...

- Y en el nuestro, ¿no estuvieron?

- Aquí no vinieron. Tal vez fuera porque el portero les dijo algo que no me hizo mucha gracia.

- ¿Qué fue eso?

- Pues que Laura solía venir a casa en compañía de un militar, y en un coche también militar.

- ¿Cómo es posible tal cosa? ¡Yo enfermo por culpa de esos malditos!... ¡Nosotros sin saber nada!... Pero ¿qué conciencia tiene esa chica?... ¡Ya hablaremos cuando vuelva a casa esta tarde!

Esta noticia le cayó peor a Don Alberto que el haber tenido que presentarse en una comisaría. Hasta hubiera preferido un registro del piso. ¡Su hija con un militar nacional!... ¡Eso era el colmo!

Intentado calmarlo del disgusto y del sofocón, doña Pilar le dijo:

- Eso es lo único que queda para las chicas; los otros muchachos han huido a Francia, o peor aún: o están muertos, o en las cárceles. La vida debe continuar; si Laura se ha fijado en él, muy probablemente no es mala persona.

En mala hora dijo estas últimas palabras porque la cólera de don Alberto fue mucho mayor, diciendo entre otras cosas:

- ...¡De ésos no existe ninguno bueno!... ¡Tomar a mi hija como botín de guerra!...

Al llegar Laura por la tarde, a don Alberto ya se le había pasado bastante la indignación, y, pensando en sus problemas, pocas ganas tenía de jaleos, mas algo era necesario decir a su hija, por lo que, para no dejarse llevar por la ira, haciendo un esfuerzo, le preguntó qué significaba eso del coche, pues en su casa, después de lo que le habían hecho, los militares nacionales estaban peor vistos que antes de entrar en Barcelona

- Él no fue a la guerra voluntario sino obligado, lo mismo que Albert; lo que pasó es que estaba por esos días del comienzo de la sublevación en Sevilla..., que cayó en la zona sublevada desde el principio. Sus otros dos hermanos estaban en Barcelona y combatieron del

lado republicano. Uno fue hecho prisionero y permanece aún en la cárcel, y del otro no se sabe nada. Como era practicante lo ascendieron a sargento, y eso es todo. Dice que nunca combatió, y sus opiniones en nada coinciden con las de los que van ganando. Gracias a Rubén no me echaron del trabajo.

Laura dio algunas explicaciones más, con lo que tranquilizó algo a su padre.

A la mañana siguiente, el señor Forn, vestido con su peor ropa, se dirigió al centro de la ciudad en busca de trabajo como el día anterior, preguntando en restaurantes, bares, y en los lugares más diversos, donde pudieran necesitar fuerza de trabajo sin cualificar. Todo en vano.

Ya cansado y desilusionado, serían las dos de la tarde, cuando su cuerpo fue a dar con un mercado, por el que se puso a vagabundear observando lo poco que quedaba en los puestos, más por curiosidad que por otra cosa, pues sin un céntimo, nada podía comprar; y ya se iba cuando uno de los vendedores le preguntó:

- ¿Tienes trabajo?

- No – contestó don Alberto.

- Pues ayúdame a recoger las cajas; te daré algo al acabar. El que tenía que venir..., lleva dos días sin aparecer.

-Sí, se lo llevó la Guardia Civil por ro... – dijo el de al lado

-¡Tú, cállate!..., pues no hace falta pregonar... – le advirtió el primero.

Don Alberto se puso a trabajar, y al acabar, recibió como paga un hueso de vaca con un buen trozo de carne pegado, cosa muy valiosa en aquellas circunstancias, y que le permitía volver a su casa con algo en las manos. El vendedor, al despedirse, le dijo:

- Si estás mañana a las seis aquí, podrás ganar algo. Es para colocar las cajas y otras cosas... Recibirás alguna peseta.

A las cinco y media de la mañana siguiente estaba puntual don Alberto en la puerta del mercado viendo como llegaban camiones y carros tirados por caballos con las mercancías que comenzaban ya a descargar e

introducir en el recinto, pudiendo ayudar en la faena, y recibiendo, después de ayudar en tres puestos, la cantidad de tres pesetas por hora y media de trabajo, recordándole el primer vendedor que no se olvidara de volver sobre las dos. Esta vez recibió, en especie, frutas verduras y un poco de carne.

Desde entonces a Albert no le faltó la carne, pese a las restricciones de alimentos, encontrándose cada vez más fuerte, de tal forma que, a finales del mes de marzo, el doctor Juri ya lo consideraba curado, pero con la condición de seguir guardando reposo durante seis meses más.

- Queda una buena señal o cicatriz en el pulmón derecho, y eso exige el no fumar, cuidarse y llevar una vida tranquila siempre. Dentro de tres meses te haremos una nueva revisión – le recomendó por último el doctor.

Pocos días después fue llamado a filas de nuevo. La guerra ya había terminado, y Albert, con el informe que le habían hecho los doctores Juri y De las Heras fue declarado no apto para el servicio militar, no sin que le recordaran en la oficina de reclutamiento que por haber servido en las hordas marxistas debería hacer algo por la nueva España, como entrar en el partido de la Falange. Pero Albert no hizo caso de ese consejo y continuó con la afición a la que últimamente se dedicaba: a leer los libros de ciencias de Ferrán Sagarra.

El señor Forn, que por causa de su trabajo se veía obligado a permanecer toda la mañana fuera de su casa, aunque su faena sólo durase tres horas, pasaba el resto de ese tiempo paseando o leyendo libros o periódicos sentado en algún banco de una plaza cercana al mercado; no raras veces se metía en una iglesia para oír la misa de madrugada, costumbre olvidada desde hacía tiempo, y así resguardarse de inclemencias del tiempo. Siendo aficionado a la música, frecuentemente se llevaba una partitura musical para silbarla o tararearla, alternando esta afición con la lectura. Una mañana estaba abstraído revisando uno de esos papeles, cuando se acercó alguien que le pareció conocido y lo saludó. Después de rebuscar en su cerebro de quién se pudiera tratar, reconoció a un viejo compañero de curso de la Escuela Superior de Comercio y de oposiciones al cuerpo de Correos. El amigo, entre otras cosas, le contó que estuvo destinado en Tarragona hasta que los nacionales lo depuraron, y continuó:

- … Me vine a Barcelona a probar fortuna. Por suerte, mi madre tiene una casa amplia, con espacio suficiente para mis dos hijos, mi mujer y yo; con eso nos podemos ahorrar lo de pagar alquiler... Estoy viendo que aún sigues aficionado a la música. Muchas veces tocamos juntos entonces:

unas, por diversión, y otras, para ganarnos unas pesetas... ¿Te acuerdas?... Pues ahora el poco dinero que gano se lo debo a la música. Menos mal que no dejé la afición... Cuatro depurados hemos formado una orquestita y actuamos en salas de baile... Así sobrevivimos...Yo, como siempre, toco el piano... ¿Tienes trabajo? ¿Conservas tu puesto en Correos?

Don Alberto le explicó también lo sucedido con él y cómo se estaba ganando la vida; todo muy parecido. Al final de su exposición el amigo le preguntó:

- ¿Tienes acordeón aún?

- Sí, y no uno, sino dos muy buenos.

- Pues con los sábados por las tardes libres, y los domingos también, únete a nosotros y podrás ganar algún dinero. Estamos empezando; con cinco tendremos más ruido y más éxito... Con tanta guerra, tanta cárcel, tanto fusilamiento y tanta miseria, la gente quiere divertirse... Con lo poco que yo saco aún, y con lo poco que gana mi mujer limpiando dos oficinas, vamos sobreviviendo.

Siguieron hablando un buen rato hasta que a don Alberto le llegó la hora de irse al mercado. Y al día siguiente, por la tarde, el quinteto ya estaba ensayando para el próximo sábado en que actuaría.

Con la incorporación de don Alberto, la orquesta ganó mucho, no sólo en decibelios, sino también en calidad, por lo que cada vez era más solicitada, pudiendo sus componentes llevar algo más de dinero a sus casas. Eso bien se notó en la familia Forn.

De dejar el trabajo en el mercado, ¡ni hablar! Allí el dinero que sacaba era poco, pero la comida obtenida compensaba en esos momentos de escasez. Doña Pilar ya cobraba bien por sus trabajos, pues la clientela pudiente del barrio reconocía el mérito de sus costuras. Laura volvía a ganar de nuevo su sueldito. La familia iba marchando con buen pie, y sólo Albert era la preocupación, pero como mejoraba, los temores sobre su salud menguaban según transcurrían los días.

* * *

Con la llegada de los nacionales, el fin de la guerra, y la desaparición de sus calles de aquellos milicianos y soldados republicanos mal vestidos, chusma indeseable para la gente de bien, el centro de Barcelona se recuperaba del aspecto triste y sombrío de los últimos años. La vuelta de los empresarios refugiados en San Sebastián y en otros lugares, el hecho de que la gente pudiente usara ropas elegantes sin temor a que nadie les echara en cara su origen burgués, la restauración de la vida religiosa con sus procesiones, misas mayores, novenas y funciones vespertinas, comuniones y de gentes endomingadas, así como la numerosa presencia de soldados y oficiales mejor uniformados que aquellos milicianos y soldados republicanos, y la reapertura de numerosas tiendas de artículos de lujo contribuían a pensar, aunque todavía estuviera lejos, a un nuevo esplendor de la ciudad, y hasta en la vuelta de una "belle epoque" como la de los años veinte. Quedaban cosas y recuerdos tristes; ahí estaban aún las ruinas de los edificios destruidos por los bombardeos aéreos, y de los barcos semihundidos en el puerto, pero la desaparición de la amenaza de nuevos bombardeos daba confianza y seguridad a todo el mundo, y las brigadas de desescombro ya empezaban a actuar para que se pudieran iniciar pronto los planes de reconstrucción.

Una mañana de finales del mes de mayo, después de descargar y colocar en los puestos del mercado las cajas de comestibles, ya libre hasta la hora de recogida, el señor Forn y el pianista y jefe del grupo se dirigían a ver al dueño de una sala de fiestas para hacer un acuerdo sobre una actuación de la orquesta. Al llegar a la calle de la cita vieron que venían dos coches que precedían a otros dos camiones; el primero llevaba a varios hombres custodiados por guardias civiles, y el segundo iba cargado de rústicos féretros de madera sin pintar ni adornos. Detrás iba un furgón con soldados armados.

- Los llevan a fusilar al Camp de la Bota. Todos los días lo mismo. Hoy llevan retraso. Normalmente suelen hacerlo más temprano... Los condenados vivirán un rato más... ¡Triste comitiva!..; y no se cansan de fusilar.... ¡De la que nos libramos, Alberto!... De momento..., claro. De Barcelona muchos pudieron huir y eludir esa pena, pero de Madrid y de Valencia, casi nadie pudo escapar. Aquí es terrible, pero las noticias que me vienen de allá, son espantosas – dijo el pianista.

Pocos días después a la familia Forn le comunicaron que sus vecinos, los hermanos Oller, habían sido fusilados.

Senderos de Águilas
Primera Parte
Amanecer desde el Tibidabo.

V

Hacía ya más de tres meses que el sargento Ruben Ripoll no oía ruido de cañones, y más de un mes que se había acabado la guerra, por lo que el sargento creyó oportuno dirigirse a su jefe, el ya coronel De las Heras, para preguntarle cuándo lo desmovilizarían, y, entre otras cosas, le explicaba:

-...., y quiero continuar mis estudios, empezar mi vida propia...; ya tengo novia para casarme. La verdad es que mucho deseo salir de aquí. Quiero una vida en lo civil, porque lo militar no es lo mío.

- Los cuarteles tampoco eran para mí, pero... La medicina era mi vocación y mi pasión... Al obtener el título de licenciado, por la falta de medios económicos me vi obligado a ejercer en un pobre pueblo perdido en las montañas, y eso no me hacía ninguna gracia..., por lo que me metí en el Ejército, y he tenido que vivir y sufrir dos guerras. De la de África salí vivo de puro milagro al desembarcar en Alhucemas, ¡y eso fue en el primer día de mi llegada a ese continente!, y de la segunda, en un caso parecido, usted y yo también nos escapamos de chiripa; si no nos hubiéramos ido a comer en el momento en que cayó la bomba en el quirófano, no lo podríamos contar... De los que empezamos en aquel equipo quirúrgico en el treinta y seis, sólo quedamos vivos usted y yo... No se haga ilusiones aunque la desmovilización ya se está iniciando, eso será para los más viejos, y usted es muy joven aún... Tendrá que quedarse aquí por largo tiempo, y por varias razones: primera, porque el Régimen tiene que afianzarse, para lo que necesita mucha fuerza; segundo, existe una amenaza de guerra en Europa, y tercero, España va a ser una férrea dictadura militar, donde sólo los muy adictos al Régimen, como se supone que son los militares, aparte de los ricos, podrán sobresalir y figurar. Usted ya está en el Ejército y tiene su grado...; aproveche lo que ha conseguido. No eche ahora todo por la borda – explicaba De las Heras cuando le interrumpió Ripoll.

- Pues feo me presenta usted el asunto. Con las ganas que yo tenía de irme de aquí y de no soportar más a berzotas como el teniente Peinador.

- ¡Peinadores hay en todas partes...! Pronto vendrán las monjas a este hospital. A mí, por viejo, me permitirán la vuelta a mi punto de partida, Ceuta, y Peinador y los suyos se quedarán aquí como administradores; será un hospital exclusivamente civil. Usted está en su ciudad, con sus padres y su novia; puede darse por contento.

- Pero un hermano está desaparecido, y el otro, mutilado y en la cárcel de Zamora.

- Faltándole medio pie, pronto estará de vuelta. Ya me he informado bien; esté tranquilo por él, que lo tienen trabajando en la enfermería de la prisión y, pese a su defecto, puede valerse por sí mismo... Está bien...,no se preocupe

- Pero el que no lo hayan soltado aún no me hace ninguna gracia.

- Tenga paciencia; no hace aún dos meses final de la guerra, y hay muchos en las cárceles que tendrán que permanecer encerrados.. pero ¡mucho... mucho tiempo...! – y De las Heras levantó la mano derecha haciendo un gesto hacia arriba – . Sé que lo soltarán muy pronto... ¿Qué pasó con el otro hermano?

- Estaba de maquinista de una cañonera republicana que fue hundida cuando intentaba huir a Francia. El barco nacional que la hundió, rescató del mar sólo a tres tripulantes supervivientes.

- ¿Y cómo se pudo enterar de ese suceso?

- Ocurrió en los primeros días de febrero y salió en los periódicos. Pregunté en la Comandancia de Marina y me informaron que su nombre no figuraba entre los supervivientes. Lo supongo desaparecido en el mar.

- Como debe continuar en el Ejército, sería muy conveniente que se fuera colocando lo mejor posible para ascender. Como aquí, en Sanidad, hay pocas posibilidades de promocionarse, y teniendo en cuenta que es bachiller, y muy pronto también será perito industrial, le recomiendo pasarse a Ingenieros. Le recomendaré a un coronel, muy amigo mío, que le facilitará el camino, y le dará toda la información necesaria para su caso.

- Pero eso exige estudiar mucho y hacer exámenes.

- Y serán numerosos los que deberá pasar para poder ascender. Los excombatientes tendrán muchas facilidades para estudios y exámenes; no se preocupe... Ya lo verá... Estudie un poco y no desperdicie la ocasión. Es muy joven aún. No eche en saco roto mis consejos.

* * *

Pocos días después tenía lugar la presentación oficial de Rubén Ripoll, como novio de Laura, en casa de la familia Forn.

Albert, que era la primera vez que lo veía, le hizo una pregunta capciosa:

- ¿Cómo se te ocurrió siendo de aquí pasarte a los nacionales?

- Yo no me pase; a mí me agarraron, mejor sea dicho, me detuvieron y me mandaron al frente. Mi padre era, y es aún, practicante. Éramos tres hermanos, muy seguidos. El primero se hizo maquinista naval, el segundo y yo, que soy el más pequeño, nos hicimos practicantes. Al entrar en la Escuela de Practicantes, continué estudiando, por libre, el bachillerato. No me importaba el tiempo que tardara en hacerlo... Cuando acabé lo de practicante, decidí hacerme perito industrial y me matriculé en esa escuela... Mis padres ya estaban desahogados en materia de dinero porque mis dos hermanos trabajaban y ganaban. Yo, a veces, ayudaba a mi padre en una clínica en la que estaba empleado, con lo que ganaba algo de dinero. Por una carambola, acabé bien el segundo curso de peritaje y el bachillerato en junio del treinta y seis. Para celebrarlo, un compañero de curso, llamado Joan Miret, hijo de un propietario de una fábrica textil de Sabadell, y yo, nos fuimos a conocer Andalucía; Miret, con el dinero que le dio su padre por haber aprobado, y en mi caso, con lo ahorrado de mis primeros trabajos. Cuando comenzó el conflicto estábamos en Sevilla, y a los tres días, mientras dormíamos en la pensión, la Guardia Civil nos sacó a la fuerza de la cama, y a empujones y a punta de escopetas nos llevaron a la cárcel. En una pequeña celda, apiñados con nueve más, nos tuvieron hasta el mediodía. Hacía un calor de justicia... Menos mal que había un grifo con agua. Entonces, con las manos esposadas, varios guardias civiles nos llevaron a una especie de sala de juicios, donde estaban un teniente y un sargento detrás de una mesa y decidían qué hacer con los presos. Había

otros detenidos más, aparte de nosotros. Y la sala se iba vaciando de éstos y de guardias. Mi amigo Miret y yo fuimos los últimos en ser interrogados y juzgados. A los demás, por pertenecer a la UGT o a la CNT, el teniente decidía que se les diera café. Lo nuestro transcurrió, dirigiéndose el teniente a Miret por ser el más alto, así:

–

"A ver, vosotros, ¿a qué sindicato pertenecéis?".

"A ninguno" – le respondió".

"Entonces, ¿a qué partido político?".

"Nunca hemos pertenecido a tales cosas".

"¡Pues muy mal hecho, siempre se debe pertenecer a algo! ¿A qué os dedicáis?".

"Somos estudiantes de la Escuela de Peritos Industriales de Barcelona".

"¿Tenéis relación con la masonería o alguna religión extraña?"

"Somos católicos, y yo pertenezco a la Acción Católica. Y éste también – dijo señalándome a mí, aunque yo llevaba mucho tiempo sin practicar".

"¿Y de dónde sois?".

"Éste, de Barcelona, y yo, de Sabadell – respondió Miret".

"¿Qué hacíais en Sevilla?"

"Hacíamos un viaje de vacaciones por Andalucía – respondí yo,

que hablaba por primera vez".

"Vuestros padres ¿en qué trabajan?".

"Dije a qué se dedicaban, y el teniente dirigiéndose a los guardias

civiles que quedaban, les ordenó":

“¡A estos dos los llevan ahora mismo al cuartel de Infantería y que los movilicen para los frentes de lucha!... ¡Que sepan lo que es bueno!”.

“Por el camino preguntamos a los guardias qué significaba el dar café, y si eso era el desayuno, porque estábamos aún sin probar bocado a esas horas del día. Apuntándonos con el fusil nos contestó que si lo queríamos nos lo daba allí mismo, porque los otros, antes de una hora lo recibirían..., y él ya había dado café a unos cuantos... ¡De buena nos libramos! ¡Por un pelo! En el cuartel, al enrolarnos, lo hicieron como si nos hubiéramos presentado voluntarios. Dos semanas y media después salimos para el frente de Córdoba: Miret, como soldado de infantería, y yo, como sanitario practicante en el equipo del capitán médico Florentino de las Heras, junto al cual estuve toda la guerra, siempre en primera línea, a veces a punto de morir, pero nunca disparé un tiro. Joan Miret cayó a los pocos días, yo sobreviví... Fue muy triste el ir a Sabadell para darle esa horrorosa noticia a sus padres y ver su dolor, que, a pesar del tiempo transcurrido, tenían la esperanza de volver a ver a su hijo con vida; era el mismo dolor que sentí al ir a enterarme de la suerte de mi hermano, desaparecido en el mar. ”

-¿Y cómo estando en primera línea todo el tiempo no te pasaste a los republicanos? Sé de muchos que lo hicieron – le preguntó Albert.

-Y viceversa. Pero eso era muy difícil, y los hospitales de campaña nunca estaban exactamente en primera línea de fuego, sino algo rezagados: casi siempre en hospitales de ciudades o pueblos muy próximos... o en casas adaptadas sobre la marcha; pocas veces estuvimos en tiendas de campaña haciendo nuestro trabajo... Ni se me vino la idea de pasarme, pues era muy peligroso.

- ¿Y sus padres sabían que estaba vivo?, porque deberían estar muy preocupados con la suerte de usted – preguntó doña Pilar.

- Al principio tenía prohibido cualquier tipo de comunicación con mi familia, pero a mediados del treinta y siete se me permitió, a través de la Cruz Roja, el que les comunicara que estaba bien, sin más detalle ni derecho a respuesta. Luego, en el treinta y ocho, envié otra nota. Por eso me esperaban.

* * *

En junio, Albert comunicó a su familia que había encontrado un trabajo en una farmacia no lejos de su casa.

- ¡Pero cómo has hecho eso! – exclamó doña Pilar al saberlo –. Todavía estás convaleciente. Puedes volver a recaer. Te curaste de puro milagro, dice el doctor Juri, y tu padre quiere que estudies una carrera.

- Si tengo que morirme, me muero de una vez ¡y basta! Ya estoy harto de estar en reposo. En cuanto a lo de estudiar, ¿cómo voy yo a tener la cara de presumir de señorito universitario mientras mi padre trabaja de peón en el mercado?

- A pesar de la situación, en esta casa está entrando suficiente dinero para pagarte los estudios. Yo, con la costura, tu padre, con lo de la música y lo del mercado, y tu hermana, con el sueldo de enfermera, nos entra dinero más que suficiente para costearte una carrera, y así lo desea tu padre. Sé que es muy triste que con el buen empleo que tenía en Correos, ahora se vea obligado, y a sus años, a cargar y descargar cajas en un mercado, pero gracias a eso obtenemos alimentos que de otra forma sería imposible. Estamos comiendo mejor que la mayor parte de la gente...

Convencido de que debía continuar estudios, en septiembre dejó la farmacia, y, después de firmar su adhesión al Régimen y otras cosas, llevado por los libros de Ferran Sagarra, se matriculó en la Facultad de Ciencias. Ser profesor de instituto sería su destino.

* * *

En septiembre apareció en su casa Clementi Ripoll, el hermano de Rubén, cojeando de pie izquierdo, que contaba:

- Perdí la parte anterior del pie izquierdo en la batalla de Belchite. Por no poder correr, me hicieron prisionero, y por ser suboficial y tener en un bolsillo los carnés del PSUC y de la UGT me condenaron a diez años de cárcel... Tuve la gran suerte de no ser condenado a lo peor. Como el cojear, aunque sea una molestia, no me impedía ejercer mi oficio, trabajé, sin sueldo por supuesto, año y medio en la enfermería de la cárcel de Zamora, y ya estoy empleado en una clínica privada a tiempo completo; como, debido a mi mutilación del pie, no puedo hacer lo que hace mi padre de estar tantas horas caminando, que, además de trabajar en la clínica, también lo hace en su consulta privada, me dedico ahora a aprender el

oficio de radiotécnico, donde no necesitaré caminar, compaginándolo con mi actual empleo. Ahora me entero de que Rubén también estuvo en Belchite, pero en el bando de los vencedores. Muchos de los que estaban en la prisión conmigo fueron enviados a Andalucía en batallones de castigo para la construcción de carreteras. A mí me excluyeron por mi mutilación, y me liberaron gracias a un amigo de Rubén que intercedió por mí para que me soltaran, si no, me hubiera podrido allá, dentro de la cárcel.

Hacía días que en Europa había comenzado una nueva guerra, que, aunque ya esperada y temida, no dejaba de ser una desagradable sorpresa. Otra vez los cuatro jinetes del Apocalipsis se pusieron a cabalgar.

E L P A S O D EL E S T R E C H O

SEGUNDA PARTE
DE
SENDEROS DE ÁGUILAS

E L P A S O D E L E S T R E C H O

I

A unos 1200 kilómetros de Barcelona, hacia el sur, en Cádiz, en aquel diecinueve de julio del treinta y seis, se repetía de forma muy parecida lo ya descrito en la primera ciudad, y así sucedía por doquier en toda España. En la Tacita de Plata, trabajadores portuarios, de los astilleros, marineros de la base naval, así como obreros de la construcción y de todo tipo salieron a las calles para hacer frente al ejército y a los falangistas sublevados, obteniendo un resultado muy diferente al de Barcelona

Vencidos los trabajadores del puerto, fueron fusilados acto seguido y masivamente en los mismos muelles donde estaban atracados los barcos. Algunos de los detenidos, desesperados, intentaban huir lanzándose al mar para escapar de la muerte, pero desde la altura de los muelles, los soldados les disparaban con sus máuseres y ametralladoras, quedando muy satisfechos al ver que ninguno de los fugitivos quedaba vivo. Transcurridas varias horas de las detenciones, que fueron numerosas, acudían familiares con cestos de comida a la verja de la entrada del puerto entregándoselas a los vigilantes con el nombre a quién estaba destinado..., y las más de las veces volvían con el cesto intacto, lo que significaba que el destinatario ya había sido fusilado...Y los llantos y gritos de desesperación de las mujeres y otros familiares no cesaban durante los días siguientes al inicio del glorioso Movimiento Nacional. Perdón nunca, decía un obispo, y darles café, mucho café, decía un general... Ni la más mínima piedad, pues en eso estaba la clave del éxito de los alzados.

Y ya había amainado bastante la cadencia de aquellos disparos de tremenda justicia vengadora, y numerosos alzados comenzaban a celebrar la victoria, cuando unos aviones se presentaron sobre el cielo de Cádiz. Los tripulantes de los barcos contemplaban aquel espectáculo, algo muy diferente del que acababan de presenciar con los fusilamientos, cuando los aeroplanos, después de dar una vuelta en redondo sobre la ciudad, se dirigieron hacia donde había barcos atracados en el puerto, dejando caer

sus bombas que, por ser de escaso tamaño, produjeron nulo o muy pequeño daño a las embarcaciones, aunque sí provocaron pánico entre sus tripulantes y en los presentes sobre los muelles. Unos abandonaban los barcos, y otros se escondían o escapaban de la zona portuaria, cuyos vigilantes, también presos del miedo, más pensaban en guarecerse de las bombas que controlar a los que corrían.

* * *

El doctor Mateo Morán desde el día quince de julio estaba de vacaciones de su empleo de médico especialista de dermatología y venereología en un organismo oficial, pero permanecía aún en Cádiz a causa de su consulta privada, debiendo salir el día diecinueve, a primera hora de la mañana, en el coche de un amigo, hacia Medina Sidonia, donde lo esperaban su mujer y su hijo, que apenas llegaba a un año de edad, en casa de sus suegros, en la que permanecería hasta el dos de agosto descansando. Esas serían sus vacaciones del año, como lo fueron en los veranos anteriores. En vez del bocinazo desde la calle, recibió una llamada telefónica comunicándole que un alzamiento militar impedía las salidas de la ciudad. Una ciudad unida a su "hinterland" por un estrecho istmo era muy difícil de abandonar; un simple control ya la aislaba, y ése estaba en las Puertas de Tierra. Intentó Mateo Morán comunicarse por teléfono con su esposa, pero fue imposible; lo mismo le pasó con sus padres, residentes en Puerto Real. Al día siguiente, no pudiendo abandonar la ciudad, sin atreverse a salir a la calle, abrió de nuevo su consulta, ubicada en su propio domicilio, y se puso a esperar la llegada de pacientes, o de algún conocido con quien poder hablar. Mas nadie osaba presentarse ni para lo uno ni para lo otro. Nuevos intentos de conectar con Medina Sidonia no dieron resultado. Perteneciente a un partido de izquierda, Acción Republicana, y a la masonería, el temor y el miedo se iban apoderando, justificadamente, de su persona, de tal manera que solamente se atrevía a salir de casa para comprar lo más indispensable en una tienda de comestibles de su misma calle donde vivía, la de la Encarnación. Desde la ventana de su consulta, entre los visillos, veía pasar patrullas de falangistas y de soldados, bien a pie, bien en camiones, que de vez en cuando lanzaban disparos al aire o a donde fuera, como para decir que allí estaban y debían ser respetados y temidos. Ellos mandaban ahora en la ciudad, y así lo repetían por la radio todo el día en numerosas arengas que también proclamaban que España entera estaba en su poder.

Su temor llegó al límite cuando el miércoles por la tarde lo visitó un amigo, con cara descompuesta, y le dio noticias detalladas de lo que acaecía en la ciudad:

- Mateo, esto no puede ser más terrible, están deteniendo a todos los republicanos... Y fusilamientos por todas partes. Acabo de abandonar mi casa, me voy a quedar en la de mi hermana, ahí al lado, muy cerquita. Ahora está vacía, pues ellos se fueron a Sanlúcar. El ocultarme servirá solamente para retrasar un poco mi detención, pero hay que hacerles la puñeta aunque sólo sea en lo más mínimo. Estamos aislados del mundo, no podemos ir a ninguna parte. Cádiz es aún peor que una isla... ¡Una ciudad con sólo una salida!... Control en las Puertas de Tierra, y otros más allá..., no hay escapatoria posible. Vente conmigo; nos esconderemos unos días en casa de mi hermana..., así estaremos juntos cuando nos detengan.

- Escóndete tú si crees que eso es lo mejor. Fuiste muy activo; yo no lo fui tanto. Esconderme, ¿para qué?... ¿Cuatro días, una semana? Al fin me cogerían si eso es lo que desean. Prefiero esperarlos aquí, pendiente de una llamada telefónica de mi mujer desde Medina Sidonia, o de mis padres, desde Puerto Real. Si quieres hacerme compañía, tengo cama disponible.

En esa angustiosa espera, sin ninguna compañía, Mateo Morán se pasó la semana entera solo en su casa, hasta que el sábado al anochecer sonó el teléfono... Muy nervioso, tomó el auricular:

- ¡Dime, dime! – exclamó Morán al tiempo que reconocía la voz de su primo Nicolás, capitán de artillería.

- Soy Nico, tu primo; ¿estás bien?

- Sí, perfectamente. ¿Qué se te ofrece?

- Dentro de media hora estaré en tu casa. ¿Está contigo tu familia?

- No; mi mujer y mi hijo están fuera. ¿Y los tuyos?

- Los míos están en Valencia. Prepara un maletín pequeño con lo más indispensable, y vete poniéndote el uniforme de alférez de cuando hiciste el servicio militar. Todavía lo conservarás, supongo...

- Sí, aún lo tengo

- Pues ya eres un oficial del nuevo y verdadero Ejército Español, y mañana tienes que salir para el frente conmigo – le recalcó con voz alta su primo.

- Pero...

- ¡No hay peros que valgan! ¡Las órdenes son para ser acatadas, no para ser discutidas! Bien lo sabes.

Ninguna gracia le hacía salir para el frente, pero, en su situación, no le quedaba más remedio que obedecer la orden de su primo. Ésa era la única forma de escapar de Cádiz, lo que suponía por la llamada de Nicolás Morán, porque no se hacía a la idea de que su intención fuera detenerlo, aún siendo capitán del Ejército y se hubiera unido a los sublevados. Para eso no hacía falta uniforme. Su primo era militar, nunca se había significado políticamente por nada, y no lo consideraba hombre de malas intenciones, sino todo lo contrario.

Media hora después estaba vestido y hecho el maletín. El uniforme, como había engordado desde 1929, le quedaba estrecho en exceso..., pero pasaba con dos botones desabrochados de la parte alta de la guerrera.

Su primo Nicolás llegó puntual como estaba previsto.

- Ya estoy preparado para el frente, aunque con uniforme estrecho – dijo Mateo Morán.

.- ¡Qué frente ni qué nada! Huimos de Cádiz porque no nos queda otro remedio. Pese a lo que dicen, los facciosos no controlan toda España, aunque lo juren. Mañana temprano salgo para Tarifa a organizar las defensas costeras, según me han ordenado.... Se está librando una batalla naval en el Estrecho... ¡También deben allá estar preparados para recibir a miles de soldados procedentes de Marruecos!.. ¡Ya están llegando los primeros! ¡Es terrible!... Me cogió por sorpresa el alzamiento y, sin desearlo, me vi envuelto en el jaleo. Mañana por la noche embarcaremos en un barquito y huiremos a Tánger... De allí pasaré a la zona republicana. A ti te llamé porque vi tu nombre en la lista de los que hay que detener..., y probablemente..., muy probablemente, !eliminar!

- ¡Si huyo de España tendré que llevarme el título de médico conmigo! – y de tres cuadros que estaban en las paredes de su consulta sacó los documentos, los enrolló y los metió en un tubo de metal que ató al maletín con una cuerda.

- Aquí, en este cajón, tengo siete monedas de oro. Me llevaré tres. Las restantes se las dejaré a Esperanza para cuando vuelva.

- Llévatelas todas, porque desaparecerán cuando vengan los sublevados a registrar la casa. Todo lo que aquí dejas, dalo por perdido. Esos facciosos al registrar casas se incautan de todo lo de valor. En Marruecos te ayudarán a salir de algún apuro.

Con gran pena y dolor abandonó Mateo Morán su domicilio y su consulta, y, a pie, se dirigieron los dos primos por la calle Sagasta a la calle Ancha, donde tenía su piso Nicolás. Después de cenar lo que había, Nicolás Morán sacó un impreso de una carpeta que rellenó a máquina; era el salvoconducto de Mateo. Al acabar dijo:

- Tal vez sea esta máquina de escribir lo que más siento dejar. La compré el mes pasado, es una Remington nuevecita... Bueno, todo me da pena, pero no hay tiempo para lamentaciones. ¡Ah, la radio...! Pongamos Madrid.

Y salió Radio Madrid que se escuchaba mal, pero se oía.

- Madrid no ha caído aún, pese a las afirmaciones de esos facciosos; por suerte, la cosa la tienen difícil – afirmó Nicolás Morán.

* * *

Muy temprano se levantaron los dos primos a la mañana siguiente. Estaban ya acabando el desayuno, y sería sobre las siete cuando oyeron dos pitazos del coche militar avisándoles que estaba en la puerta. Salieron con sus maletines, el chófer, un cabo, les abrió la puerta y subieron a la parte de atrás del vehículo, momento en que Nicolás presentó su primo a los militares que estaban sentados en la parte anterior:

- Aquí el alférez González – dijo mencionando el segundo apellido, signo de que debía ser extremadamente prudente con los ocupantes del coche –, y estos dos señores son el brigada Dacosta, a la derecha, y el cabo De Julio, al volante. De artillería también, como yo.

- ¿Julio, de nombre? – preguntó Mateo por decir algo.

- No, de apellido – contestó el conductor.

Colocados sus maletines en el suelo del vehículo, éste se puso en marcha, teniendo que pasar tres controles militares al abandonar la ciudad: uno en las Puertas de Tierra, y dos más al circular por San Fernando. Luego, en la carretera, a pesar de grupos de soldados que veían caminando, tuvieron vía libre.

- Desde esta noche me duele el vientre, y siento retortijones, malestares y náuseas – dijo Mateo Morán.

- Eso es lógico teniendo en cuenta el ajetreo de esta semana. Yo también siento malestares, como esta jaqueca que me ha vuelto después de mucho tiempo. ¡Cuatro días llevo durmiendo malamente unas dos o tres horas, y eso sentado en un sillón de la sala de banderas! – le explicó Nicolás.

El coche avanzaba hacia el sur; el brigada parecía dormido.

- Lleva toda la noche despierto. Ya saben, patrullando por las calles... Es mejor que duerma y descanse un rato – comentó el chófer.

Mateo y Nicolás continuaron intercambiándose palabras sin que los de delante dijeran nada, hasta que, ya sobrepasado Conil de la Frontera, se oyó un pequeño estampido y el coche comenzó a temblar, despertando al brigada.

- Ha reventado una rueda – dijo el conductor, y frenó el coche –. Hay que bajarse; es necesario cambiarla por la de repuesto.

Era en un descampado, de terreno algo ondulado, con pocos árboles y vegetación. El cabo De Julio se puso a realizar la faena, y el capitán Morán le preguntó:

- ¿Necesita ayuda?

- No; ya tengo costumbre en estos trances; me valgo solo.

- Pues entonces estiremos las piernas durante unos minutos– recomendó el capitán.

Y se pusieron a caminar los tres, hasta que, inesperadamente, Dacosta sacó su pistola y, apuntando a los primos, espetó en voz muy alta a los dos:

- ¡Alto ahí!... ¡Arriba las manos!... ¡Y bien altas las quiero! Creíais que podíais engañarme. Tú eres el médico Mateo Morán, uno de esos que están apuntados en la lista para detener... ¡Qué poco listos sois! ¡Y ya os tengo! Los dos Morán; ¡menudos pájaros!... ¿Es que sois hermanos o qué...? Cádiz es una ciudad pequeña donde todo el mundo se conoce. Tú, médico..., ¿no te acuerdas de mí? Hace tres años estuve en tu consulta tres veces para que me trataras unas ronchas, y ahora me acuerdo bien de tu cara. Al principio no te reconocí porque llevas el uniforme militar..., ¡maldito rojo!, pero durante el trayecto, mientras estaba medio adormilado, oyendo esa voz característica, ceremoniosa, como si fueses un cura, caí en cuenta de quién eres... Dormimos, sí, pero con un ojo abierto para descubrir a traidores como este asqueroso capitán... Nicolás Morán, conque querías ayudarlo a escapar de Cádiz ¡eh!... Pues aquí se os acabó el viaje...

En esto sonó un disparo y el brigada Dacosta cayó al suelo. Los dos amenazados, muy desconcertados, vieron detrás del coche al cabo De Julio con un fusil entre sus manos que les decía a viva voz:

- Lo tenía guardado en el maletero por lo que pudiera suceder; cuando vi apuntándoles, no dudé en sacarlo y disparar. Por suerte, lo llevaba cargado...

En esto Mateo vomitó, y Nicolás se expresó así:

- Era mi intención evitar esto, fuera como fuera... Lo lamento de veras. Quería marcharme con las manos limpias de sangre..., aunque se tratara de mi mayor enemigo...; otra cosa es en el combate.

- Esto también es un combate, mi capitán – dijo el cabo, que ya se había acercado, y añadió –: Había que actuar rápido; los republicanos son muy lentos en reaccionar; por eso hemos perdido Cádiz y Sevilla. Si no hubiera disparado con rapidez y sin apenas pensarlo, ahora estarían ustedes dos tendidos en la tierra, y no él. Y no tenga usted pena; Dacosta no dudó en matar a dos compañeros que se negaron a unirse a la sublevación. Yo estaba presente, y no pude reaccionar porque no llevaba arma en aquel momento.... Después, bajo las órdenes del teniente Menéndez, salimos un grupo a ocupar edificios públicos. Menéndez llegó hace dos meses al cuartel, y desde entonces no hizo otra cosa que conspirar para el alzamiento. Tal vez usted, mi capitán, no se dio cuenta de ello por haber

estado un mes en comisión de servicio en Algeciras... Tenía mucho trato con Menéndez, llegando Dacosta a imaginarse que también era yo un conspirador más que hablaba con él en clave como lo hacían otros...; y como en los complots nadie debe saber más de lo necesario..., nada me preguntó. Mis relaciones con Menéndez venían de cuando estudiábamos bachillerato en el Instituto de Ciudad Real. Menéndez era buen estudiante y tenía medios, por lo que pudo ir a la Academia Militar. Yo, en cambio, era un pésimo estudiante y no tenía dinero, y me vi obligado a abandonar mis estudios en el quinto curso... Mejor sea dicho, mi padre se hartó de mí... Siguieron dos años rondando de trabajo en trabajo, a cual más miserable, hasta que ingresé en el Ejercito como voluntario..., a probar fortuna.

Mientras De Julio daba este pequeño discurso arrastraba el cadáver a una pequeña hondonada detrás de una chumbera, de forma que no se podía divisar desde la carretera.

Mateo Morán volvió a vomitar, y Nicolás le dijo:

- Comprendo que ver matar a un hombre es muy desagradable, pero tenemos que habituarnos a esto y a cosas peores. De Julio y yo teníamos la intención de reducirlo y atarlo bien al llegar a Barbate, para soltarlo en el momento de salir para Tánger. Lo enviaron conmigo porque no se fiaban mucho de mí. Dacosta estaba encargado de hacer listas de personas que debían ser detenidas, y él mismo detuvo a muchos, y a varios los eliminó con su propia pistola.

- Estos vómitos nada tienen que ver con este desagradable suceso, sino con el dolor de barriga – dijo Mateo.

- Lo mejor sería quitarle el uniforme y dejarlo en ropa interior; así cuando lo descubran, pensarán que es un paseado más – dijo De Julio.

-No hay tiempo para eso. Basta con quitarle el correaje y el estuche para que se los ponga Mateo. Aquí tienes su pistola...; parecerás un oficial de verdad – le dijo Nicolás entregándosela –. Si nos encontramos en un apuro, con los tres hombres armados, tendremos más potencia de fuego. Y no dudes en dispararla... No olvidemos que esta huida es un asunto a vida o muerte. Nuestras vidas debemos venderlas caras. ¡Vamos...! ¡A colocar la rueda, rápido!… No perdamos más tiempo.

Resuelto el problema, volvieron a emprender la marcha, sin incidentes. En Vejer de la Frontera se encontraron con un control de la Guardia Civil, que al ver que eran militares, los saludaron sin darles el alto. Entonces, en

vez de seguir hacia Tarifa, tomaron la dirección de Barbate, donde otro control de la Benemérita sí los detuvo, disculpándose por tratarse de oficiales. Los guardias, al revisar los salvoconductos, les preguntaron porqué se habían desviado de la ruta.

A lo que respondió Nicolás Morán

- Tenemos intención de llevar a alguien de aquí... Bueno, es una orden, pero primero necesitamos tomar un café; ¿dónde lo sirven a estas horas?

- Pues ahí, en esa taberna de la esquina. ¿Se les puede ayudar en algo? ¡Estamos completamente a sus órdenes, mi capitán!

- No, no hace falta; no necesitamos ayuda. Continúen vigilando. Es necesario estar muy alerta ahora que estamos entrando en Madrid... ¡No vayamos a perder Cádiz por nuestros descuidos!– les dijo el capitán

Después del café se dirigieron al domicilio del enlace que tenían en Barbate: un amigo del cabo De Julio y organizador de la fuga. No volvieron por donde habían llegado, sino que tomaron un camino muy secundario, y al llegar a la carretera, la cruzaron, tomando la dirección del viejo castillo, y siguieron unos kilómetros más allá, por una pista infernal, hasta llegar a una casa completamente en ruinas, indicando el de Barbate que detuviesen el coche en ese lugar, y señalando hacia el mar, añadía:

- Ahí, a un cuarto de hora a pie, está la barca. Lo mejor es que coloque el coche detrás de la casita para que no lo detecten desde lejos.

- No veo ninguna barca – dijo Nicolás Morán.

- Sí, hombre, sí..., al fondo del acantilado está la playita. Este lugar es muy poco conocido..., y bajar no es nada fácil; ya lo verán.

Al descender del coche, De Julio abrió el maletero, sacó el gato, abrió el capó del motor y se puso a destrozar ese mecanismo a golpes de gato; siguieron los cristales y los faros, y, con una navaja, pinchó las gomas y destrozó lo más que pudo el tapizado del coche. También le dio golpes a la carrocería, hasta que Nicolás Morán le dijo que parase.

- No crean que no me da pena destrozar un magnífico Citroën de esa forma, pero no lo iba a dejar para que lo utilicen esos malditos sublevados.

Lo que llamaban acantilado aquel guía era una pequeña altura cortada sobre el mar en la que el agua se metía ligeramente en tierra formando una caletilla con una playa diminuta sobre la que yacía varada una barca, mitad en tierra, mitad en agua. Desde arriba, si no se acercaban muy al borde, no se podía ver nada del fondo. De detrás de unas piedras salió un hombre que los saludó.

- Es el vigilante. Si vienen enemigos, avisa y echamos la barca al mar rápidamente. Miren, allá enfrente está la escalera para bajar; si se agarran de la pared, la cosa es menos difícil – dijo el organizador de Barbate, que fue el primero en bajar, haciéndolo rápido y sin problemas. Los otros tres lo hicieron muy despacio, sufriendo pequeños resbalones y dándose algunos golpes de menor importancia.

Presentados los recién llegados a los cinco hombres allí escondidos, el que parecía de mayor edad comenzó a hablar:

-Yo soy el patrón; según comience a oscurecer, echaremos la barca a la mar y zarparemos para Tánger. Iremos, casi costeando, hasta la Punta Caraminal, para sentirnos algo protegidos durante un tramo, luego saldremos a mar abierto... A la altura del Estrecho, la mar suele ser mala. Pero en esta época del año no es de las peores, y, frecuentemente, hay bonanzas. Anoche trajimos la barca a la playita, y ya la tenemos aparejada y preparada para partir. Nadie en Barbate la echará en falta al ser mía.

- Se llama “La Victoria”, pero teniendo en cuenta lo revuelta que es la mar en el Estrecho, debería llamarse “Ojalá Lleguemos”..., porque de la mar no se puede fiar uno nunca...; es muy traicionera la condenada – comentó uno que cojeaba.

- No se preocupen, la barca es fuerte, y guiados por la luz del faro de Tarifa y la iluminación de la ciudad de Tánger, llegaremos a puerto seguro – replicó el patrón, mirando a los Morán.

Sentados en la playa, a la poca sombra ofrecida por las rocas, unas veces durmiendo, otras, cantando, y las más, charlando, pasaba el tiempo, y Mateo Morán, después de explicar lo que había sucedido con él, omitiendo, por precaución, el mencionar al brigada Dacosta, concluyó:

- ... porque de Cádiz es imposible salir

- Es muy complicado tanto salir como entrar, pero no imposible. Vivo en Puerto Real… o vivía, y sé de gente que entra y sale. Cádiz sólo

tiene un punto para esas cosas: Las Puertas de Tierra. Actualmente está muy controlado, cosa fácil de hacer, y detienen a todo el que intenta abandonarla sin permiso... Ahora que cuente ése cómo lo hizo.

- Lo sucedido conmigo, estoy seguro que nadie me lo va a creer. Dirán de mí que soy un exagerado y un mentiroso, pero, créanlo o no, así ocurrió, y yo todavía estoy asombrado de cómo pude escapar con vida de aquel apuro... En los muelles fusilaban a todo el mundo..., y a mí también me tocó esa suerte: ya me tenían apartado con un grupo para ser los próximos, cuando cuatro decidimos lanzarnos al agua y... ¡sálvese quién pueda! Desde el muelle nos dispararon los soldados; creo que mataron a los otros. En el agua, yo me zambullí y me alejé de aquel lugar hasta que no pude aguantar más el resuello; al salir para coger aire, volví a sentir los disparos y los zumbidos de las balas a mi alrededor, por lo que me sumergí de nuevo, repitiendo la maniobra, una y otra vez, hasta que llegué a un remolcador... No fue difícil subirme por tener cuerdas colgantes, y los remolcadores son de cascos muy bajitos. Al parecer, nadie se dio cuenta de mi subida al barco; tampoco había ninguna persona a bordo, y me refugié en el puente...Tuve suerte de nuevo, porque en una repisa había pan, ya algo duro, queso, salchichón y una botella de vino, llena. Probablemente, a quién estaba destinada aquella comida ya estaría fusilado, se me ocurrió pensar en aquel momento... En una taquilla encontré un mono y unas botas de agua. Me quité lo mojado y me puse el mono y las botas; lo otro lo tendí para que se secara, De un tirón me comí todo lo que encontré y, poco a poco, me bebí la botella entera... "¡Que cuando vengan a fusilarme me encuentren borracho!", me dije. Quedé medio traspuesto con el vino, y me tumbé en el suelo para dormir la mona, lo que hice durante muchas horas, pues me desperté al día siguiente, no para que me vinieran a ejecutar, sino por los ruidos de un bombardeo de aviones que atacaban el puerto y el griterío de los que corrían por el muelle intentando encontrar refugio. Sorprendido por el suceso, salí a cubierta, y me fijé en que a la popa del remolcador estaba amarrado un bote con dos remos; volví al puente, cogí la ropa y los zapatos, hice un rollo con ellos, agarré la botella vacía, la llené con agua de un grifo que había en cubierta y me metí en el bote. Sin que nadie reparara en mí, gracias a la confusión reinante en ese momento, me puse a remar dirigiéndome al otro lado de la bahía.

- ¡Pero eso es una distancia enorme! – dijo el que cojeaba.

- Sí..., eso lo comprobé ese día. En la mar las distancias son mucho más grandes de lo que aparentan. Remando iba ya un buen rato cuando apareció una falúa que venía hacia mí en sentido contrario. Era de la Marina de Guerra... Ya vienen a buscarme, me dije... Pero no, la falúa pasó

de largo en dirección a Cádiz, sin prestarme atención. Remaba y remaba, y a veces descansaba, dejando que la corriente me arrastrara. Varias horas estuve así, y ya muy cansado me encontraba, cuando vi una barca de pescadores, con vela, acercándose. Pese a estar muy convencido de que no me iban a hacer caso, les hice señales para que me ayudaran. Me preguntaron a dónde iba, respondiéndoles que a Matagorda... Me lanzaron una cuerda y hasta esa orilla me arrastraron.

- ¿No se dieron cuenta de que eras un fugitivo? – preguntó el cojo.

- Por la forma de mirarme y de desearme suerte, me pareció que sí... Mucho les agradecí la ayuda, y me puse en camino a Puerto Real, donde me dirigí enseguida a la casa de Estanislao, ese de ahí enfrente – dijo el fugitivo señalando a uno –, soldador en los astilleros de San Fernando, que casi no me abre la puerta de su casa por causa del miedo. Ya estaba preparando su huida a Barbate, de donde es, y donde también vive su hermano, que es el que vigila ahora. Acordamos ir juntos, caminando día y noche, evitando las poblaciones, y, por el día, además, transitando fuera de las carreteras... Cuando andábamos de noche, si aparecía algún camión o coche, nos lanzábamos a la cuneta cuerpo a tierra. Caminábamos un trayecto largo, descansábamos un ratito, y seguíamos; volvíamos a repetir la caminata, y a descansar otro poco... Y así, no sin sustos ni sobresaltos, llegamos a Barbate. Anoche también se escapó otro barco. Eso me contó mi hermano; pero fue robado, y por esa razón han reforzado la vigilancia.

- ¿Y cómo sabía usted lo de la salida de esta barca?– preguntó Mateo Morán a De Julio haciendo una mueca, señal de que le aparecía un nuevo retortijón.

- Anteayer vine con Dacosta; mientras él hablaba con la Guardia Civil y los falangistas locales, yo aproveché para entrevistarme con Zenón – decía De Julio señalando a un pescador – y planeamos la huida. Ellos querían escapar, pero no sabían cómo ni a dónde, y yo les aconsejé la escapada a Tánger.

Y así, hablando y comiendo lo que tenían, pasaron el tiempo, hasta que el patrón dijo:

-¡Arreando! ¡Que la noche se nos viene encima! ¡Barca al agua!... ¡Felipe baja que nos vamos! – y el vigilante bajó como un rayo y se puso a empujar con los otros.

Senderos de Águilas
Segunda Parte
El Paso del Estrecho

II

Con suficiente luz aún para reconocerse entre ellos, los que huían subieron a la barca y se colocaron en sus puestos como tenían acordado, izaron la vela y comenzaron la navegación con buena mar. Unos iban sentados en las tablas transversales, y otros acurrucados en la parte baja.

- Si la suerte nos acompaña, estaremos en Tánger en ocho horas. Aquí llevo una brújula y una linterna por si nos perdemos – dijo el patrón que estaba al timón en ese momento.

Sin mucho balanceo comenzó su marcha la barca. En verano las noches son cortas, pero esas horas se volvieron interminables para los viajeros, sobre todo para Mateo Morán.

Pasado Barbate se acercaron a la costa, mas no mucho, no fueran a descubrirlos, aunque una barquita de vela no haga ruido suficiente como para delatarla a distancia en la noche. La embarcación comenzó con el zarandeo cuando alcanzó la Punta Caraminal.

-¡Ahora, a mar abierto! Hemos alcanzado la Punta. Vamos más lento de lo que pensaba – dijo el capitán

- ¿Cómo sabe que estamos a esa altura si no se ve nada? – preguntó Nicolás Morán.

- Conozco esta costa como la palma de mi mano. Observe en la oscuridad el contorno del terreno por babor, que se divisa contrastando con el cielo, todo muy débil y borroso, pero lo es, y por estribor veo luces de la otra orilla, mas no detecto al faro; o nos hemos alejado mucho de la costa, o lo tienen apagado por seguridad... Muy poquito se ven las luces de

Tánger aún. Todo el día calor, y ahora comienza el frío de la noche... Sólo nos queda viento y estrellas..., y el oleaje del mar. Mire hacia arriba...

Nicolás se fijo en la gran cantidad de estrellas que cubrían la bóveda celeste. En esto Mateo, que se encontraba acuclillado en el fondo de la barca echó un vómito, y Nicolás le preguntó:

- ¿Estás mareado? Yo, con este balanceo, ya empiezo a sentirme revuelto.

- El vientre me duele mucho y tengo náuseas continuas...; ya lo sabes, desde antes de salir... Hace mucho frío; estoy entumecido en esta posición. Hasta calambres tengo en las piernas.

- Alcánzale la bota y que beba un buen trago de vino y se le pase el malestar – dijo el patrón al compañero más cercano.

- Ya no queda nada – contestó el otro.

- ¡Todavía no hemos alcanzado el Estrecho y ya os bebisteis las tres botas llenas que traíamos reservadas para toda la noche! ¡Y yo, sin probarlo! ¡Atajo de borrachos! ¡Debería dar la vuelta y entregaros a los sublevados! ¡Mala gente! Mira que no dejar ni una gota..., ¡ni para una necesidad como ésta!

A medida que avanzaban, el mar se iba poniendo cada vez peor, y la barca se movía más y más... Según el patrón, se avanzaba despacio porque el viento y la corriente no eran favorables. Cada poco tiempo una pequeña ola les saltaba por encima empapando a todos, mojando especialmente a los que estaban acomodados en el suelo como Mateo Morán, uniéndosele las sensaciones de frío y de humedad a los dolores abdominales y a las náuseas del incipiente mareo, mientras decía:

- ¡Qué dolor de barriga! ¿Cuándo llegaremos?

Nadie contestó, pero oyó la voz de su primo decir entre dientes:

- Menos mal que este aire fresco me quita el mareíllo que traía.

Y también oyó la voz fuerte del patrón que ordenaba al más próximo:

- ¡Tobías, agarra tú ahora el timón que tengo las manos ya agarrotadas! ¡Y ni un trago para desentumecerme! ¡Malajes!... ¡Eso es lo que sois!

Enfrente de ellos vieron las numerosas luces de un barco muy grande, un trasatlántico, cruzándose en su camino en dirección al Mediterráneo... Y mientras iban unos adormilados por efectos del sueño y del alcohol, y otros, despiertos, contemplando las estrella y achicando la barca cada vez que una ola la inundaba, se avanzaba siguiendo rumbo hacia el cada vez más intenso brillo de las luces de la ciudad de Tánger, que comenzó a menguar cuando la claridad que nacía por oriente se fue intensificando y expandiendo.

- Todavía está lejos – dijo el patrón que volvió a tomar el timón, añadiendo mientras señalaba hacia delante con su brazo derecho –: Mirad, un submarino. ¿Será republicano?...No se ve a nadie en cubierta ni lleva bandera. Si no llegamos pronto, ése que está ahí la espichará – y señaló a Mateo Morán.

- Canta algo, Felipe, tú que sabes... A ver si se anima esto, que anda muy aburrido – dijo uno.

- ¿Yo, cantar? Si sólo sé saetas.

- Pues aunque sea eso.

Y cantó tres, hasta que otro dijo:

- ¡Para ya, que si nos oyen, en vez de por rojos, nos van a tomar por miembros de la cofradía del Cristo de los Faroles!

Nicolás, muy intranquilo, y hasta con sentimiento de culpa por haberlo traído en esas condiciones, intentaba reanimar a su primo dándole pequeñas bofetadas, que alguna vez le hacían abrir los ojos y decir ¡ah!, porque ya el pobre Mateo no podía articular palabra. Para Nicolás, las dos últimas horas se le hicieron interminables, preocupado como estaba por su primo y por un oleaje que casi hace volcar la embarcación, expresó sus temores a los acompañantes, respondiéndole el patrón:

- Varias veces en la noche temí que se volcara la barca... El llegar a esta costa ha sido un verdadero milagro... Tal vez hayan sido las plegarias de las saetas de Felipe lo que evitó el vuelco en los últimos balanceos.

Con toda la claridad de la luz del día, los de la barca, convencidos de que el peligro había sido conjurado, pudieron admirar, con esperanza, la indiscutible belleza de la ciudad de Tánger extendiéndose desde la orilla de mar por la ladera del monte hasta su altura máxima... Ahora, la principal preocupación de todos era Mateo Morán.

La barca llegó a una larga playa donde la vararon sus ocupantes, sacando entre cuatro el cuerpo inconsciente del médico. Varios bañistas y unos pocos pescadores, que estaban revisando redes y otros aparejos junto a sus lanchas, acudieron a ver lo que sucedía con aquel cuerpo, aparentemente sin vida, preguntando si el hombre se había ahogado. Al enterarse de que no era ése el caso y que aún respiraba, un bañista con albornoz y gorra dijo:

- ¡Ala, rápido, lo llevamos a mi coche que está muy cerca! La "Clinique du Docteur Moulin" tampoco está lejos...; ahí, muy próxima al Boulevard Renschhausen... – y señaló con el brazo –. Esa clínica es de lo mejorcito de Tánger.

Entre varios transportaron el cuerpo de Mateo Morán al coche, un antiguo Ford negro, descapotable. Nicolás sacó del maletín varios billetes y se los dio a los que se quedaban en la playa para que se fuesen a tomar un desayuno. Al coche subieron el propietario, De Julio y Nicolás Morán.

- No en todas partes admiten ese dinero español actualmente. Muchos no lo quieren porque en estos días, a causa del golpe de estado, se ha devaluado...,¡ y mucho! Son los que negocian con la zona española los que menos reparos ponen. Pero caro les va salir ese café..., si es que se los sirven. Permítame hacer mi presentación: mi nombre es Emidio Rodrigues dos Santos, ferretero de profesión, y portugués, de nacionalidad, – dijo el bañista al poner en marcha el motor del vehículo, respondiéndole el capitán con su agradecimiento y los nombres de los tres.

Aunque durante el trayecto sólo pudo ver una pequeña parte de la zona europea de la ciudad, Nicolás Morán se dio cuenta, por la indumentaria de muchos transeúntes y de vendedores ambulantes pregonando sus productos en diversas lenguas, de que estaba en un mundillo distinto: el de África... Turbantes, chilabas, algún que otro fez, babuchas, en los hombres, y picudos sombreros de ala ancha o velos en las caras con largos vestidos, en las mujeres... También se fijó en los borriquitos con sus alforjas llenas de mercancías... Pero era la salud de su primo Mateo su verdadera preocupación en este momento, pues bien parecía que se le iba la vida.

- Supongo que ustedes son españoles intentando huir de la guerra. Conozco esos uniformes, y, por las divisas y distintivos, los grados y cuerpos a los que pertenecen. Ya han llegado muchos a refugiarse aquí, pero ayer, cerca de donde ustedes estaban, encontraron cuatro cadáveres de ahogados. Su lancha zozobró poco antes de alcanzar la costa... Es muy peligroso lo que ustedes han hecho en una barquita de menos de ocho metros... Fíjense atrás, hay dos barcos de guerra españoles anclados. Son leales al Gobierno... Hay otros más por ahí rondando; ayer estuvieron anclados unos cinco. El Protectorado está todo sublevado... Noticias horribles vienen del otro lado de la frontera.

Senderos de Águilas
Segunda Parte
El Paso del Estrecho

III

El coche frenó delante de la Clínica, se apeó el señor Rodrigues dos Santos, entrando rápido en el edificio, y volvió al cabo de un minuto con dos hombres de bata blanca y una camilla de ruedas. Sacaron a Mateo Morán del coche y, colocado sobre la camilla, lo introdujeron en el centro sanitario, seguidos de Nicolás y de De Julio. Rodrigues dos Santos, debido a su indumentaria playera, prefirió esperar dentro del coche por si lo necesitaban.

- Este hombre está colapsado y deshidratado. Prepare sueros Al – Yamil, ¿Cómo ha sucedido esto? Cuéntemelo mientras lo exploramos – le dijo a Nicolas Morán uno de los de bata blanca y que hablaba con claro acento italiano.

El capitán explicó lo ocurrido durante el día y la noche pasados con las menos palabras posibles, consciente de que la exploración que estaba haciendo su interlocutor, era más importante que sus opiniones respecto a la enfermedad de su primo.

- Esto es una apendicitis como un caballo. Si no ha se ha perforado, está a punto de hacerlo – dijo el de acento italiano, y añadió –: Mi nombre es Oreste Lombardi, cirujano, y el que está poniendo los sueros es Yusuf Al – Yamil, practicante; desde que lo remontemos un poco, lo meteremos en el quirófano. Ahora vamos a resolver los asuntos de la administración. Por la operación, al ser el paciente un médico, no le cobraremos nada, pero por los gastos de clínica, sí deben abonar..., ¡y eso es algo elevado! ¿Traen dinero?

- Sí, en esta cartera hay una cantidad respetable de billetes – y Nicolás mostró lo que debía entregar en la guarnición de Tarifa

- En las actuales circunstancias, las pesetas están muy devaluadas y hay problemas para darles curso. Pero venga conmigo a la administración; ya lo arreglaremos. No se preocupe por lo que le digan.

En la administración se encontraban dos mujeres de buena presencia: una que representaba unos treinta y cinco años, rubia, bastante atractiva, que , aunque sentada, parecía alta, y la otra, bastante más joven, de pelo negro, así como sus grandes ojos, algo más baja, de buen semblante, y de aspecto y belleza en nada inferior a la que parecía jefa. Además, había un jovencito de tinte moreno y pelo negro rizado revisando papeles El doctor Lombardi se dirigió a la mayor y le expuso el caso, contestando la administradora:

- Usted ya sabe que hemos decidido no recibir más cobros en pesetas hasta que se estabilice la situación en España. Que vaya a un banco con esos billetes y que se lo cambien.

- En los bancos alegan lo mismo para evitar el cambio y devaluar más la peseta. El doctor Moulin ya recibió el permiso para viajar mañana a Tetuán y a Ceuta; llevará el dinero para pagar todo el material últimamente recibido de Valencia, más lo que el hermano le pidió por la ampliación del negocio de ferretería y efectos navales, propiedad de los dos.

- Sí, pero el español de Tetuán nos ha exigido realizar el pago en francos. Ellos tampoco se fían de la peseta.

- De España, y menos de Valencia, no vamos a recibir en mucho tiempo ni medicamentos ni material, lo necesitarán todo para sus heridos, por lo tanto, que le pague en pesetas como viene en las facturas, y reserve francos para los futuros pedidos a Francia, de donde nos proveeremos de ahora en adelante, aunque esos suministros sean más caros. Además, este paciente es de los míos y debemos atenderlo como sea..., ¡y ahora mismo! – explicó Lombardi con voz exigente.

- ¡Ay, Lombardi...!, por ser tan comunista va a tener un día un disgusto. Tenga en cuenta que la mayoría de los españoles de Tánger son partidarios de los generales sublevados – dijo la señora.

- Eso es porque usted, doña Rita, sólo se relaciona con los ricos y con retrógrados católicos – le respondió el doctor Lombardi, y dirigiéndose a Nicolás Morán, le dijo –: Ya puede ir pagando, capitán.

Mientras pagaba, apareció el practicante Yusuf Al -Yamil para decir que todo estaba a punto para la operación. Entonces el capitán preguntó al doctor Lombardi cómo hablaban todos tan buen español, que se explayó un poco dando la siguiente explicación:

- Yo llegué aquí hace dos años, soy italiano, y rodeado de gente que sabía hablarlo, no me fue difícil aprenderlo. Yusuf viene de Tetuán y estudió en Cádiz. Doña Rita, la administradora, que es la esposa del jefe, el doctor Moulin, es tangerina, de madre española, y se educó en un colegio de monjas en Sevilla, aprendiendo lo de secretariado. La otra jovencita, a la que oyó intercambiar unas palabras con el marroquí moreno, encargado de los recados, es de Jerez. Su hermana fue compañera de doña Rita en el colegio de Sevilla, y llegó aquí a principios de mes acompañando a su hermana y a su cuñado en un viaje de vacaciones. Ante la situación creada en España, sus familiares prefirieron volverse rápido. Ya sabe, señoritos andaluces, monárquicos, muy reaccionarios y cavernícola, con afán de unirse a ese alzamiento lo más rápido posible; pero Rocío, como se llama la jovencita, no es tan adicta a esas causas, y prefirió quedarse hasta que se tranquilice la situación allá. Como tiene formación de secretariado, se ha puesto a trabajar de ayudante de la señora Moulin. A Rocío no le gustan los generales sublevados.

El doctor Lombardi se fue a operar, Nicolas Morán se quedó en el vestíbulo con De Julio, al que le dijo:

- No se mueva de aquí. Mientras operan, me voy a la playa para ver qué ha pasado con los otros y cómo resolvemos la situación.

Al salir, junto a la puerta, se encontró al señor Rodrigues dos Santos sentado en su vehículo con las manos sobre el volante.

- Esperé en el coche...; con esta vestimenta no me atrevía a entrar en la Clínica. Suba, lo llevaré a dónde usted quiera.

Después de agradecerle una vez más su amabilidad, Nicolás Morán subió al coche, y se dirigieron a la playa donde esperaban sus compañeros. El patrón explicó al capitán:

- Llegaron policías, que aquí llaman gendarmes, y nos dijeron que teníamos que irnos por donde habíamos venido. Nos opusimos alegando lo que nos había pasado. Se marcharon, y al poco tiempo volvieron con este marinero perteneciente a esos barcos de guerra, ahí anclados, y que está en el puerto con una falúa atracada a una escalinata. Nos ha contado que se

está librando una gran batalla naval en el Estrecho, y sólo puede llevar a los barcos a gente con posibilidad de combatir. A Tobías, como cojea, no lo admiten a bordo.

Nicolás Morán y el patrón, después de hacer un trato con los gendarmes, acordaron que se quedaría Tobías.

- Si sólo se queda uno, nosotros no hemos visto nada, pero andando ya hacia la falúa. No queremos espectáculos en la playa. Es verano y viene mucha gente. ¡En una hora, fuera de Tánger! Si no iréis a la cárcel, y después seréis expulsados a la frontera y entregados a las autoridades del Protectorado Español.

En fin, obedeciendo a la autoridad, Nicolás Morán consideró que, para evitar males mayores, lo mejor era dirigirse todos al muelle donde estaba la lancha motora. Al llegar, aparecieron refuerzos de la Gendarmería,

- Ése es un cabo, se llama Monts, un ultrarreaccionario de muy malas pulgas – le dijo Rodrigues dos Santos al capitán Morán señalando al que venía delante.

El cabo, sacando su pistola de la funda y apuntando al grupo, dijo a los gendarmes que estaban en el muelle:

- ¡Veo que todavía no habéis retirado a esa basura de aquí! ¿Para eso se os paga?

Nicolás Morán quiso hacer valer su grado de capitán, adelantándose para hablar con el jefe de los gendarmes.

- ¡Cochon rouge! ¡No des un paso más o te disparo! ¡Hors d´ici! ¡Vite, vite! Allez, allez. ¡Voyous, racaille espagnole communiste!

- Si usted dispara, nosotros también estamos armados, y responderemos – dijo el marinero español sacando su pistola y apuntando al cabo Monts.

Los otros gendarmes sacaron también sus armas apuntando al grupo de españoles.

Dos marineros situados en la cubierta de la falúa sacaron sus pistolas y apuntaron hacia arriba.

- ¡Marchaos de una vez! y decid a vuestros capitanes que si los barcos no desaparecen de ahí pronto, vendrá la flota inglesa y los hundirá. Y eso no es ninguna broma. Conque todos fuera. “¡Allez, allez!”

- Cabo Monts, hemos acordado que se quedaría uno de ellos – dijo el primer gendarme que llegó a la playa –. Sólo deben marcharse seis.

- Con esa gentuza no hay acuerdos que valgan. Que bajen ya, que yo iré contando hasta siete, y al que se quede lo mato en el muelle. Nuestro deber es mantener la ciudad limpia de morralla, gendarme Martín.

Nicolás Morán y sus compañeros, para evitar más incidentes, decidieron bajar por la escalinata, sin decir más palabras, y embarcar en la falúa. Al despedirse, el señor Rodrigues dos Santos estrechó la mano del capitán y le dijo:

- Tome como un elogio los insultos de ese canalla. El doctor Lombardi y yo nos ocuparemos de su primo y de los otros. ¡Ánimo y buena suerte!

- Muchas gracias por todo – le dijo Nicolás Morán al señor Rodrigues dos Santos al comenzar a bajar la escalinata.

La falúa se puso en marcha y el cabo Monts dijo a sus subordinados:

- Vámonos Martín, ya nos hemos librado de esos siete apestosos. Debemos dar cuenta de lo sucedido a los jefes.

Tobías, el cojo, se había colocado en el grupo de pescadores marroquíes que hacían de curiosos, confundiéndose con ellos. Como al alejarse la falúa, los pescadores comenzaron a aplaudir, el cabo Monts dio la orden de dispersarlos.

El señor Rodrigues dos Santos se dirigió a Tobías y le habló así:

- En fin, que tres españoles se quedaron en Tánger, y Monts quería que no se quedara ninguno..., no está mal. Me alegro. Tenemos una organización que se dedica a asistir a refugiados: para encontrarles alojamiento, intentar regularizar su residencia en la ciudad, buscarles, si es

posible, un trabajo, o bien prestarles ayuda para marchar a otros lugares. ¿Cuál es su oficio?

- Soy pescador y dispongo de la lancha que me dejaron... Ya un marroquí quiere asociarse conmigo para pescar.

- Me parece muy bien. Pero tenga cuidado con quién se asocia. Habrá que conseguir los permisos. Intentaremos arreglar ese asunto. Por suerte, no todo el mundo aquí es como Daniel Monts. Venga a mi coche, lo llevaré a la Clínica del doctor Moulin.

Antes de subir al vehículo, Rodrigues dos Santos habló con el posible socio de Tobías y, también, con otros dos pescadores bien conocidos suyos, cerciorándose de que el posible socio se trataba de una persona seria.

*   *   *

El coche se dirigió a la Clínica, que llegó cuando el doctor Lombardi ya había acabado la operación y estaba dando las explicaciones de la intervención a De Julio, repitiéndolas al ver la llegada de Tobías:

- ... Fue una operación muy laboriosa al tratarse de un apéndice a punto de reventar; lo cogimos a tiempo, y esperemos que todo evolucione bien. Vayan a su habitación los dos compañeros, la número diez, para que lo vigilen y me esperen; la enfermera ya les dará instrucciones de lo que deben hacer. También les llevará comida, porque estarán con bastante hambre: la que corresponde al enfermo, al no poder comer hoy, y algo más... Dormirá unas horas aún; eso es bueno... No se preocupen; al acabar mi trabajo aquí, los llevaré a un albergue donde residirán hasta que encuentren otra cosa. Tal vez no les guste, pues se trata de una institución católica, la Misión de los Bienaventurados, pero los curas que la regentan distan mucho de ser reaccionarios. Colaboro con ellos a pesar no ser creyente, como también lo hace el señor Rodrigues dos Santos, que sí lo es, y que hoy debe estar muy contento porque, gracias a ustedes, puede hacer una muy interesante crónica para el periódico de Lisboa “As Horas da Tarde”, del que es corresponsal en Tánger.

- Sí, sí, y me pondré a escribir ahora mismo para que salga mañana en avión – dijo el señor Rodrigues dos Santos, ya vestido con camisa y pantalón, y con la gorra de visera.

Cuando comenzaba a anochecer, el doctor Lombardi llevó a los españoles a la misión, y por el camino les decía:

- Este es mi coche, un Citrën B12. del año veintiséis; me lo vendió el jefe de la Clínica, el doctor Moulin, pues no hace mucho se compró una elegante Limousine Delage, de último modelo. Es mi primer coche; no es que me guste mucho su color negro, pero... es amplio y fuerte, me presta un buen servicio, y puedo ir de paseo al campo. Por donde ahora vamos, es la calle de la Playa, considerada como una de las principales; a la derecha está el cementerio judío. Pasaremos por el Zoco Grande, y luego por la calle Tetuán, límite entre la ciudad vieja, o Medina, y la moderna. Yo vivo en el Boulevard Front de Mer, cerca de la Clínica... Por cierto, De Julio, ¿a qué se dedicaba usted antes de ser soldado?, porque los barcos ya zarparon y habrá que buscarle un trabajo.

- Pues a nada en concreto. Bueno, aparte de algún trabajito de vez en cuando, a jugar al billar y al fútbol, o mejor sea dicho, a holgazanear. Cuando ya no me quedó otro remedio, me uní a camioneros para cargar y descargar, trabajo muy duro y de escasa paga, por lo que decidí probar fortuna en la vida militar, y así he llegado a cabo primera. Tobías es pescador; se ha quedado con la barca que nos trajo y, al parecer, se ha asociado con uno de aquí para continuar el oficio – respondió De Julio.

- ¿Pescar sabe?

- En Cádiz, con un amigo salía algunos domingos a pescar en aquella grandísima bahía. ¿Usted ha visto Cádiz y su bahía?...

- No, pero me figuro que será como Nápoles, y su mar, también... Sin Vesubio, ciertamente.

- En aquellos paseos en barca aprendí a pescar con caña y a remar.

- Aquí en el Marxan, en la camino del Monte, está la Misión. Ahora saludaremos a los curas. Ahí, en la torre de la iglesia, es donde está el albergue para hombres. Una torre muy ancha para un templo tan pequeño. Detrás se encuentra la casa parroquial, a la cual está adosada otra, para un consultorio de medicina, un comedor para los refugiados, personal de la misión y pobres del barrio, cocina, lavandería... Luego viene un patio que

sirve de lugar de recreo y gimnasia para los niños de la escuela, situado al final, con la vivienda de las monjas, que hacen de profesoras y de enfermeras, disponiendo, además, de una habitación para mujeres refugiadas; muy poco utilizada hasta ahora. Yo fui uno de los primeros clientes de este hotel. Hasta hace una semana estuvieron dos alemanes hospedados; los conseguimos enviar a la Argentina como tripulantes de un barco. De Ceuta han llegado refugiados, pero, como son republicanos, no quieren saber nada de la Iglesia. De dinero, ¿cómo están ustedes?

- De eso tenemos tanto como nada – respondió De Julio.

Con el incidente ocurrido en la playa y en el muelle, el capitán ni tuvo tiempo ni se acordó de dejarles nada del dinero que llevaba en la cartera. Nicolás Morán se dio cuenta de esto cuando la falúa llegaba al barco, cosa que lamentó tanto como el no poder enterarse del resultado de la operación de su primo. En los barcos, los recién llegados, por razones de seguridad ante la acogida de desconocidos, fueron colocados: la mitad, en un barco, y la otra mitad, en el otro.

Senderos de Águilas
Segunda Parte
El Paso del Estrecho

IV

Fue a la mañana siguiente cuando De Julio y Tobías vieron al párroco, o Le Curé, padre René Leduc, ya que la noche anterior los había recibido el coadjutor, o L´Abbé, padre Pierre Janet, un cura muy joven, recién salido del seminario de Argel. El Curé René Leduc era un hombre de unos cincuenta años, de estatura media, muy delgado, cara chupada, curtida por su estancia en misiones africanas, y, aparentemente, algo nervioso, que les dio un pequeño sermón al recibirlos, recordándoles algunos principios del cristianismo y dos bienaventuranzas que venían al caso:

- ... Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia porque ellos serán hartos, y bienaventurados los que padecen persecución por la justicia porque de ellos será el reino de los cielos.

Dos días después, el doctor Honoré Moulin, propietario de la Clínica que lleva su nombre, salía para Tetuán y Ceuta con un salvoconducto, dado por los sublevados, que no le permitía llevar su cómodo y elegante coche, debiendo hacer el viaje en un autobús de línea que reunía cualidades muy opuestas. Con resignación aceptó esta contrariedad, como las que se le presentaron en el puesto fronterizo, donde lo registraron de arriba abajo, pusieron muchas objeciones para el paso, y debiendo justificar, minuciosamente, para qué traía todo aquel dinero encima. El llevar francos, además de pesetas, inclinó la balanza hacia que pasara, pues las divisas eran muy necesarias en aquel momento. Dos holandeses también intentaron pasar, pero no lo permitieron a pesar de sus salvoconductos.

- Si quieren ir al Protectorado Francés deberán hacerlo vía Larache, por tren..., o mejor, por barco – dijo un militar a los holandeses.

Al llegar a Tetuán, con el cuerpo molido por el incómodo viaje, sentado en un mal asiento que, donde sólo había cabida para dos, iban tres – menos mal que los otros dos eran jóvenes delgaditos que se iban a presentar voluntarios para la guerra, y que muy falangistas deberían ser por lo que hablaban, pero mareándolo al no cesar de contar las proezas que pensaban realizar en los campos de batalla – , lo obligaron a cambiar en un banco los francos en pesetas, con las que hizo el pago a la empresa de su deuda de material médico-quirúrgico. La suministradora de material médico quirúrgico le recordó que desde ahora no podía suministrarle nada más. A Ceuta no le permitieron viajar, y se le recomendó depositar todo el dinero que aún llevaba consigo en un banco hasta que su hermano viniera a recogerlo. Mucha vigilancia en las calles, en los restaurantes y bares, y en los hoteles. Consignas patrióticas en carteles y pancartas no faltaban en el centro de la ciudad. Al tercer día le ordenaron a volver a Tánger, o al Protectorado Francés, si así lo deseaba, a pesar de poseer permiso de una semana. Únicamente podía retornar con una pequeñísima cantidad de dinero; todo le hacía recordar los tiempos de la Gran Guerra Europea.

* * *

Por suerte, la evolución del enfermo Mateo Morán en la Clínica fue buena, de forma que a los doce días, al ser considerado ya curado del todo a pesar de la gravedad en que llegó, pudo ser dado de alta, yéndose a alojar en la torre de la Misión. Tobías pronto la abandonaría porque ya había comenzado a trabajar con su socio en la pesca, y el mar le quedaba muy lejos, más aún con el defecto de su pierna, por lo que se mudaría a vivir cerca de la orilla. A De Julio, Lombardi le estaba buscando un trabajo, así como intentando resolver los permisos de residencia de los tres, tanteándolo a través de sus amistades.

- Bueno, Morán – le decía Lombardi –, ya estás de nuevo en pie, y aquí me vas a hacer falta... Mejor dicho, voy a necesitar a los tres... Tenemos un proyecto, y necesitamos toda la ayuda posible... El proyecto es el siguiente: hay una cantidad respetable de dinero de la República en un banco de Tánger, y con ese capital debemos organizar una expedición para llevar allá alimentos, medicamentos, armas..., antes de que los gobiernos de las grandes potencias europeas reparen en ello y lo inmovilicen. Según nos cuentan camaradas franceses de Casablanca, en uno de sus muelles está abandonado un pequeño barco portugués de unas trescientas toneladas,

antes dedicado al transporte de sal, al cual, con unas pequeñas reparaciones y una mano de pintura, se le puede poner en marcha.

- Pero yo no entiendo de barcos.

- Ni es necesario que sepas de eso. A De Julio le tenemos ya casi conseguido un trabajo, y a ti, dentro de mes y medio, te tendremos un puesto remunerado en la “Clinique du Docteur Moulin”. El doctor Alí Al – Din vuelve a Árgel, por lo que el cargo de médico principiante queda vacante, y tú lo ocuparás.

- Pero yo de partos y cirugía sé muy poco, por no decir nada. Bien es verdad que al acabar la carrera estuve un año de ayudante en una clínica quirúrgica, pero eso ya lo he olvidado; ahora, lo más que sé hacer, es quitar una verruga....

- Más que suficiente para empezar. Ten en cuenta que sólo serás un ayudante como al principio, y el sueldo no es malo. De medicina general, ¿sabrás bastante?

- De eso sí sé algo porque lo compagino con mi especialidad.

- Pues magnífico. Mientras tanto, vendrás por la Clínica para irte ambientando, aprendiendo y, también, enseñándonos lo que tú sabes, y , si quieres, podrás ayudar en el consultorio de la Misión en la asistencia a los pobres y refugiados enfermos. Los médicos que allí actúan lo hacen de una forma completamente altruista. El doctor Alí Al – Din cubre dos lunes al mes; los martes están libres, podrías ocuparte tú de esos días durante las dos horas que dura; nos ayudan las monjas o los curas, siendo el horario de ocho a diez de la mañana... Se trata de una obra de caridad creada por una fundación benéfico – católica francesa, que, como podrás comprobarlo, ni todos los médicos son franceses ni todos son católicos. Los fundadores fueron los doctores Honoré Moulin, que va todos los sábados, y Marcel Dubois, que le corresponde todos los viernes. A mí me toca los jueves. De los demás, ya te iré informando. Moulin es, además, presidente de la Fundación, que con eso y ser propietario de la Clínica, es una autoridad sanitaria en la ciudad. En la Misión pasa revisión a las damas de los burdeles cercanos, cobrando por ese trabajo una pequeña gratificación, pero debe estar cuatro horas en las mañanas de los sábados. El principal problema con el personal médico del equipo, lo tenemos ahora con el doctor Castro, el dentista, que va dos veces por semana, una hora al mediodía, o mejor dicho, que debería ir, porque falta con mucha frecuencia

por sus borracheras. Estamos pensando en mandarlo a Casablanca para hacerle una cura de deshabituación.

- Y yo pienso en trasladarme a la zona republicana para estar con los míos, y luchar, si es necesario.

- Aquí, uniéndote a nosotros, podrás ser mucho más útil a la República. La guerra va a ser larga... Tu familia está ahí al lado; desde aquí podrás ayudarla, incluso traerla. Desde Málaga o Madrid, eso será imposible y no vivirás tranquilo. Distinto es el caso de De Julio, que, por su profesión, sí debe estar allá. Desde que hayamos resuelto nuestro asunto, lo enviaremos a la zona de la República.

Morán dio su consentimiento y comenzó a llenar el hueco en la Misión en espera del trabajo prometido. Su preocupación crecía según comprobaba que los sublevados iban consolidándose, y hasta ganando terreno. También aumentaba su desazón al no recibir noticias de su familia a pesar de las cartas escritas.

- Con el desastre existente en España, es lógico que el correo no marche. Pero no se preocupe mucho por su familia, pues, aunque Cádiz esté en zona fascista, allí no se combate... Yo que huí de ser cargador de camiones, he vuelto a ser ayudante de camioneros... Ya hemos comenzado a colaborar con el doctor Lombardi en lo del barco – dijo De Julio a Mateo Morán.

A lo que contestó el médico:

- Mi preocupación es que debería enviarle dinero a mi familia, y no lo tengo. Unas monedas de oro que traje, las estoy vendiendo para comprarme ropa, zapatos y otras cosas necesarias**.** No me gusta ir vestido de cualquier manera, y espero un trabajo de médico. Ya estoy comprometido con lo del barco, y hasta me han dado un nombre de guerra francés. Por lo visto quieren que crean, si nos detectan, que somos comunistas franceses de Tánger los organizadores. En Casablanca todos son franceses y marroquíes, pero aquí somos italianos y españoles los comprometidos con el asunto. El fletar el barco y cargarlo es más complicado de lo imaginado en un principio, pero el ánimo de Lombardi es impresionante. Remueve cielos y tierra. Por cierto, hoy ha llegado un jovencito marroquí a la Misión... Viene del Protectorado Español y, al parecer, no quería que lo mandaran a la guerra.

Los días pasaron, Morán fue conociendo a los médicos de la Misión: a la doctora Blanche Rochefort, especialista en niños, que cubre todos los miércoles; al doctor Philippe Monneret, otorrinolaringólogo, que le toca ir dos lunes al mes; al doctor Al – Din, que completa los dos lunes que faltan, y a los restantes médicos ya mencionados. También fue conociendo a las monjas, todas maestras, siendo dos, además, enfermeras, que adiestraron a las otras en este oficio. Los dos curas, asimismo, hacían de profesores en la escuela: el padre o Curé René Leduc era, además, licenciado en ciencias naturales, dando clases de esta materia, así como de las otras ramas de las ciencias, y el Abbé Pierre Leduc, de gimnasia, de latín y de religión. Disponía la escuela de algo más de sesenta alumnos y alumnas. Unos cuarenta y cinco pagaban las clases, en su mayoría europeos cristianos, y el resto eran becarios, casi todos marroquíes musulmanes, por lo que tenían que disponer de un maestro coránico para que les enseñara el Islam y el árabe. Su nombre, Sidi Mohamed Al-Mansur El Hadj, que, con toda dignidad, vestía su atuendo típico, con babuchas, chilaba y turbante blancos, su respetable gran barba, también blanca, y una larga vara que siempre llevaba a clase, siendo el miembro de la Misión en infundir mayor respeto

- No le pegue muy fuerte a los chicos – le dijo un día Lombardi, en presencia de Morán, al pasar hacia la clase.

- Yo no les pego. La vara es sólo para llamarlos al orden y que no falten al respeto que la clase y el maestro merecen, si no, se desmadran y arman jaleo. Si se portan mal, les doy unos coscorrones y los pongo de cara a la pared..., pero esto último no lo hago mucho, porque entonces se pierden las explicaciones de la clase. La vara es sólo para tocarlos desde lejos.

Mateo Morán se sirvió de este maestro para que le aclarara algunas de sus muchas dudas sobre la cultura árabe y la Religión Musulmana.

* * *

- ¿Cómo siendo musulmán viniste a parar a una misión católica? – preguntó Morán al joven marroquí recién llegado.

- Soy de Tetuán, y estudié allí el bachillerato en un colegio privado. Para septiembre tenía el proyecto de trasladarme a Madrid, y así estudiar en la Facultad de Derecho. Grande era el interés de mi padre en que fuera

abogado. ”Así serás una personalidad”, me decía. Durante el verano, como estaba libre de estudios, me dediqué a jugar al fútbol con mis compañeros de curso, la mayoría hijos de militares, todos de ideología falangista, que se entusiasmaron mucho con lo de la sublevación, y un día me dijeron: “Mañana a las nueve en punto, aquí, e iremos todos juntos a enrolarnos para la guerra; como bachilleres que somos, pronto seremos alféreces; no te olvides, Rachid, porque, si no estás, te iremos a buscar a tu casa y te llevaremos a la fuerza. ¡Ya lo sabes! ¡Nuestra victoria está más que segura!”. Como sabía que no hablaban en broma, aquella misma tarde en una bolsa metí lo más necesario y me puse en camino hacia Tánger.... Bueno... Como decía mi padre: “¿Para qué esta guerra estúpida?”. Yo me preguntaba lo mismo, porque mi padre ya me había contado lo mucho que había sufrido en la que él vivió y combatió veinte años atrás.

- Pero ¿no estaba muy controlada la frontera?

- ¡Claro que sí!, pero había huecos, y un pastor me indico uno de ellos, por donde me colé. También aquella noche que pasé en su compañía, y que me invitó a cenar pan con queso e higos, me contó muy interesantes historias que conservaré siempre en mi mente... Más de dos días tardé en llegar a Tánger, yendo a parar al camino de la Barriada. A uno con aspecto de ser español le pregunté donde había una pensión barata para quedarme esa noche, pues estaba molido, llevaba algo de dinero, y después de dos noches de dormir en el suelo, tenía muchas ganas de hacerlo en una cama. Entonces me hizo preguntas, y le contesté que huía de la guerra. “¡Ah, conque eres un desertor!, pues has tenido mala suerte, porque yo soy partidario de los alzados..., pero voy a ayudarte por ser aún muy joven”. Pues bien, aquel señor, me parece que me dijo que se llamaba Cotiño, se portó bien conmigo. Me dio dinero y me trajo a este lugar; al despedirse me dijo: “Yo también deserté de la guerra de Marruecos, hace ya algunos años, y me vine a Tánger”. En aquel momento, él creyó que yo era español, y hace dos días le hice saber que era marroquí.

Mateo Morán trabó buena amistad con aquel muchacho, y juntos recorrieron la Medina y otros lugares interesantes de Tánger.

El Curé René Leduc se puso en contacto con sus padres y le encontró un trabajo en la ferretería “Os Alicates”, propiedad del señor Rodrigues dos Santos. El párroco, el ferretero y el médico lo animaron a que siguiera estudiando, y se inscribió en las clases nocturnas de una academia comercial. Es verdad que en esa academia, Rachid Tahir, como se llamaba el joven, aprendió cosas muy interesantes y útiles, pero pronto comprendió que lo del comercio, o de ser funcionario administrativo, no era lo suyo,

por lo que, y apoyado por el maestro coránico, Sidi Mohamed Al – Mansur El Hadj, inició los estudios del Corán, cultura islámica y de lengua árabe en la escuela de una mezquita de la ciudad, para poder ser maestro de esas materias. Lamentablemente, de su padre no podía recibir ayuda, porque la guerra de España había arruinado su negocio, basado en la exportación a la Península Ibérica de artículos de cerámica, alfarería y diversas artesanías.

- Como eres muy joven, y esta ciudad está llena de peligros que acechan por todas partes, quédate a vivir en la habitacioncita pequeña de la torre, tú solo. Como ya ganas, y es la norma entre nosotros, tendrás que pagar una cantidad mínima por la comida...; mucho menos que en otros sitios – le había dicho el Curé Leduc al recibir el primer sueldo por su trabajo.

Senderos de Águilas
Segunda Parte
El Paso del Estrecho

V

- De modo que dentro de una semana deja el albergue, Doctor Morán. Me lo acaba de comunicar el doctor Lombardi – dijo el Abbé Pierre Janet.

- Así es. Ya me llegó la hora, y les estoy agradecido por todo lo que hicieron por mí en momentos tan difíciles. Empiezo a trabajar mañana y ya me han dado un anticipo, aunque mis papeles aún no están en regla. Continuaré viniendo al consultorio. En doctor Moulin nos lo permite. Desde que pueda les compensaré los gastos que tuvieron conmigo.

- De eso no tiene que preocuparse, los doctores Moulin y Lombardi ya bien pagaron su estancia aquí, en esta humilde casa. Y usted ya nos está pagando con su colaboración.

- No sabía nada de la generosidad de mis colegas, pero, de todas formas, intentaré compensar a ustedes las atenciones que me dispensaron. Eso sí, deberán tener un poco de paciencia; no puedo pagar mis deudas, tanto morales como materiales, de golpe. Pero una cosa quería preguntarle Abbé Janet: “¿desde cuándo está la Misión en Tánger?

- Este complejo religioso ha tenido carácter misioneros desde que se fundó en 1910, pero Misión de los Bienaventurados comenzó a serlo hace cuatro años. Antes era una parroquia y una escuela que languidecían; nosotros la hemos revitalizado, y con éxito. Nuestra Misión surge en Francia a finales de los años veinte para ayudar a desamparados, y, principalmente, a refugiados procedentes, en su mayoría, del este de Europa. El Gobierno francés poco quería saber de esa gente; para no fomentar la inmigración, decían..., muy lamentablemente. Pero alguien

tenía que ayudarlos, o intentarlo, como es nuestro caso; por suerte no somos los únicos empeñados en esta labor. La cosa se agravó cuando el nazismo triunfó en Alemania, porque el Gobierno nada se interesaba por los refugiados alemanes; no los querían en territorio francés. Nuestros fundadores fueron varios; no tenemos una figura que destaque sobre los otros, pero consiguieron un gran apoyo popular en la Metrópoli. Como las finanzas iban bien, creyeron conveniente, dadas las especiales circunstancias de esta ciudad, establecer aquí una misión, en locales que, por así decirlo, se adquirieron a precio de saldo. Nosotros reemplazamos al personal anterior. Bueno..., yo no llegué al principio; estoy aquí desde hace un año, cuando salí del seminario; soy francés de Argelia, y nunca he estado en la Francia propiamente dicha. De los antiguos, sólo queda el señor Pérez, que no se puede jubilar a pesar de sus años, haciendo de sacristán de la Parroquia y de conserje de la escuela, como siempre lo ha hecho. El cocinero y dos mujeres de limpieza son el personal no cristiano de la Misión, además del profesor que imparte clases de árabe y del Islam, al que se le considera un miembro añadido, respetándole su carácter religioso diferente al nuestro.

- ¿Y a cuántos marroquíes han convertido al cristianismo en este período?

- A ninguno. Eso nos lo tenemos terminantemente prohibido. En Marruecos, un musulmán que reniega de su fe, es como un muerto, un especie de alma en pena vagando por las calles, y nosotros queremos que la Iglesia Católica sea viva. El padre Leduc opina que es preferible que cada cual permanezca donde está, a que esté saltando de un lado para el otro sin saber a dónde va.

- ¿Y si alguien tiene mucho interés en convertirse?

- En ese caso le recomendaríamos un pronto traslado a España o a Francia, y observe cómo son allá, verdaderamente, los cristianos, no vaya a ocurrir lo del indio que decía: “Me fui a Europa cristiano, y volví a la India hindú”. Nuestra principal tarea es recuperar a los que se han descarriado, cosa frecuente entre los refugiados. Pero teniendo en cuenta que sería injusto ayudar sólo a los de fuera cuando tantas necesidades hay en la ciudad, hemos construido un comedor para veinticinco pobres, que sumamos a los refugiados, con una comida caliente al día; damos veinticinco becas a niños pobres para estudiar en la escuela de forma gratuita, mientras los restantes, más de cuarenta, pagan, y construimos y mantenemos con la ayuda de ustedes, los médicos, este consultorio. Además de los envíos de dinero de Francia, hay mucha gente que nos

apoya en la ciudad económicamente, tanto feligreses de nuestra parroquia como de otras, incluso no creyentes y de otras religiones. Ahí tenemos al señor Rudolf Lorch, comerciante alemán, a la señora Moulin, esposa del doctor, al señor François Copain, naviero francés..., personas de buenos recursos, y otros no tan pudientes, pero muy valiosos y entusiastas, como el señor Rodrigues dos Santos, el doctor Lombardi, así como otros diversos comerciantes, y no comerciantes, franceses, españoles, ingleses... Como ya ha visto, las monjas no llevan hábitos como en Europa. No tienen tampoco votos perpetuos, pues eso lo harán después, si lo desean; pero tanto ellas como nosotros no paramos en todo el día: escuela, parroquia, consultorio médico, comedor, de ayudantes sociales, labores de limpieza... La máxima de San Benito de “ora et labora”, tan del gusto de los cartujos, vale para nosotros, pero más bien “labora et labora”, pues poco tiempo nos queda para rezar. He oído que es usted masón, doctor Morán; ¿es cierto?

- Sí, lo es.

- Entonces podemos coincidir en muchas cosas..., porque con el doctor Lombardi..., ni de masonería quiere saber...

A los dos días de esta conversación, Morán se mudó a vivir en un piso donde ya residían Tobías, De Julio y un camionero italiano, llamado Filipponi, compañero y jefe de trabajo de De Julio. Y así le habló Lombardi a Morán:

- El asunto del barco ya está en marcha y algo avanzado. Al dinero lo hemos puesto en lugar seguro, a salvo de los carroñeros, y tú serás uno de los encargados de manejarlo. Serás como mi doble. En realidad, una especie de correveidile para ir a tratar con los importadores y llevarles los francos, pues los pagos se harán en esta divisa. También tendremos que visitar oficinas portuarias, consignatarias y otros lugares. El piso en que vives ahora nos lo ha concedido gratis un compañero, así como el garaje del entresuelo, que se utilizará para almacenar el material sanitario y los medicamentos; también para los alimentos que se obtengan. Filipponi y De Julio llevan pistolas para defenderse caso de ser atacados por agentes enemigos, de los que abundan mucho en Tánger... Los dos están bien adiestrados en su manejo y saben que, aun a costa de sus vidas, no pueden disparar sobre los gendarmes... Bueno..., eso es un decir, y esperemos que no se presente una necesidad extrema..., porque eso de no defenderse no se le puede exigir a nadie. La Gendarmería, si no se altera el orden de la ciudad y no se meten con ella, hace la vista gorda, y no hay noticia de que deban actuar de otra manera... Está el caso del incidente con el gendarme Monts en el puerto, que nos indica la necesidad de ser muy prudentes y

estar muy alerta respecto a ese cuerpo. Por lo tanto, no debemos llamarnos a engaño... ¡Tal vez tengamos que portar pistolas hasta nosotros!

- Así que nos podemos considerar en un campo de batalla – dijo Morán como preguntando.

- Eso es. No es el frente de Madrid ni la batalla naval del Estrecho, pero en Tánger, para todos los efectos, eres un combatiente más republicano, y con todos sus riesgos. Yo soy el principal cerebro de la operación e iré haciendo los encargos y las diversas misiones, y cuando no pueda, por estar trabajando en la Clínica o por otro motivo, actuarás tú si estás libre del servicio quirúrgico.... Cuando la cosa esté avanzada, Filipponi y De Julio trabajarán sólo para el cargamento, con sueldo especial. Nosotros no tendremos ni permisos extraordinarios ni remuneración por lo que hagamos.

- ¿Y cómo recalaste tú en Tánger? Eso es una cosa que me estoy preguntando desde que te vi al despertar de la anestesia.

- Como tú, pero en un barco algo mayor y sin apendicitis. Fue el destino el que me trajo, o mejor dicho, una pura casualidad. Al acabar los estudios de medicina en Nápoles, de donde soy, tras unos meses trabajando en un pueblo, lluvioso y con mucha niebla y nieve, de la Umbría, tuve la gran suerte de que, al incorporarme en el servicio militar, me enviaran a Libia, como oficial médico, tocándome el destino en un hospital militar que también atendía a civiles. Mi jefe, un coronel, era un buen cirujano, y me enseñaba todos sus conocimientos y habilidades, permitiéndome suturar, cortar y hacer de toda clase de operaciones. Había mucho trabajo, cosa buena para aprender. Al licenciarme, a los dos años, ya con una buena experiencia quirúrgica, volví a Nápoles, donde conseguí contrato de médico principiante en una maternidad, aunque con sueldo muy ridículo..., pero pronto ascendí. Me hice novio de una enfermera, muy guapa por cierto, y que me gustaba de veras. Como además era hija del director, un fascista de marca mayor, pasé por delante de todos en lo de hacer intervenciones quirúrgicas en muy poco tiempo. Bendición fue ir a Libia, y bendición fue volver a Nápoles. Ya era una autoridad en la maternidad: plaza en propiedad segura, trabajo en la clínica privada de mi suegro y fecha para la boda con la que a mí me gustaba. ¿Te has fijado en Rocío, la ayudante de la señora Moulin?, pues era muy parecida... Pero... ¡ay pero!... Se me ocurrió meterme en una célula comunista..., ¡pues bien odiaba a Mussolini!..., y a los pocos meses, toda la célula cayó... Todos, menos dos: un ingeniero electricista y yo, que conseguimos huir en un barco de carga, cuyo capitán era hermano del ingeniero, y que partía aquel

mismo día de las detenciones con rumbo al Golfo de Guinea. Como ustedes, para el viaje, sólo tuvimos tiempo de recoger lo más indispensable; casi con lo puesto huimos… Al hacer escala en Tánger, el capitán nos aconsejó que nos bajáramos aquí por ser lo otro muy duro y penoso, y allá, hasta lo más probable era que no sobreviviéramos... Fuimos a parar a la Misión de los Bienaventurados, donde me consiguieron trabajo en la"Clinique du Docteur Moulin", y al ingeniero, en una compañía que estaba haciendo instalaciones eléctricas para la ciudad. Ahora está en Casablanca ayudando a reparar el barco. A más tardar volverá en una semana y lo conocerás. Sí, hace ya dos años, que yo, el doctor Oreste Lombardi, soy exiliado en Tánger, aun cuando el doctor Moulin me haya conseguido el estatuto de residente, tanto en la ciudad como en el consulado de mi país, en calidad de normal inmigrante.

* * *

Morán comenzó a trabajar de médico principiante en la Clínica y para el barco casi al mismo tiempo. Nunca le había atraído la cirugía, y hasta sentía rechazo por los quirófanos, mas había que hacer de tripas corazón, y lo hizo. Pero su principal preocupación seguía siendo su familia de la que, pese a las varias cartas enviadas a su mujer y a sus padres, no recibía noticia. Del dinero de las monedas de oro, con los gastos que tuvo que hacer, ya no le quedaba nada, y estaba comiendo del anticipo. Seguramente, toda su familia estaba pasando muchas necesidades, o hasta hambre... o algo peor. Así, desde que vio su primer sueldo, cobrado a los quince días de trabajo, fue al Correo Italiano y preguntó si podía enviar un giro a España.

- Enviar sí se puede, pero como están las cosas allá, no garantizamos el que llegue – le contestó el empleado.

El ingeniero volvió de Casablanca con la noticia de que el barco tardaría más de lo esperado en ser puesto en funcionamiento, aunque dando por sentado que podría navegar, y con buen funcionamiento de sus máquinas. Sin mayores complicaciones se hizo la compra de vendajes, material quirúrgico y medicamentos para ser enviados a una supuesta clínica de La Valetta, en la isla de Malta, de próxima inauguración. Lombardi regateó un poco en lo de los precios, obteniendo unas buenas

condiciones de compra, y también quedando muy contentos los vendedores por la respetable cantidad de mercancía vendida y la probabilidad de seguir siendo suministradores de esa nueva clínica.

Otra cosa fue cuando el doctor Mateo Morán tuvo que negociar con los traficantes de armas. Salió de su domicilio en un camión conducido por Filipponi; al llegar a la puerta principal de la Gran Mezquita, se bajó el italiano y subieron al vehículo dos individuos altos y fuertes con caras de pocos amigos – por lo menos, eso le pareció al médico –. Uno tomó el volante, y el otro le vendó los ojos, diciéndole que, por lo del vendaje, debía ir en el fondo de la cabina. En verdad, no sintió miedo pero sí desagrado por este acto. Después de circular durante veinticinco minutos, notándose cambios de dirección cada poco, frenó el camión, le quitaron la venda, vio lo que parecía un callejón estrecho y de paredes sin pintura, y lo introdujeron, por una puertita, en una casa de muy mal aspecto exterior. Por dentro era bien diferente: bien pintada e iluminada, entrando por un zaguancito, donde otros dos individuos lo cachearon y le sirvieron de guía, haciéndole subir una estrecha escalera que llevaba a una antesala con un tresillo, mesa central, valiosos jarrones de porcelana, un piano, dos plafones, una columna sustentando el techo y buenos cuadros en las paredes. De aquí pasó a un gran salón, pudiendo ver un lujoso despacho donde un hombre, de cara menos amistosa que los otros, estaba sentado detrás de una gran mesa de escritorio, que le indicó que tomará asiento en una silla frente a él, directamente debajo de una gran lámpara de cristal, mientras los dos esbirros se colocaron a su espalda; otros dos individuos estaban ya colocados detrás del que lo recibía, al que le pudo ver una fea cara, con una cicatriz, a pesar de lo tenue de la luz que le hacía perder detalles del lujo allí reinante. Todo parecía una ceremonia bien establecida. “Si Lombardi es italiano, esto es la Mafia o la Camorra”, pensó Morán.

- ¿Trae el dinero? – preguntó el misterioso personaje, que muy bien vestido y encorbatado iba, en claro contraste con su cara embrutecida.

- Aquí lo tiene – dijo Morán sacando de su cartera un grueso sobre con ese contenido, que el otro contó cuidadosamente.

- ¿Está todo correcto? – oyó decir a una voz de mujer procedente de detrás de un precioso biombo chino, situado a la derecha del médico.

- ¡Correcto! – repitió el de la mala cara.

- Pues procedan a la entrega – ordenó la voz femenina.

Sacaron a Morán del despacho, lo hicieron esperar sentado en el salón un buen rato, y al salir de la casa, observó que lo que él suponía calle era un sórdido patio trasero de paredes desencaladas, pudiéndose ver los ladrillos de la casa en varios sitios. Le preguntaron si quería comprobar la mercancía, contenida en ese momento dentro de cajas sobre el camión, respondiéndoles que no era necesario. ¿Qué otra cosa podía contestar en aquella circunstancia?; de armas no entendía nada..., y hasta comenzaba a temer por su vida. Lo hicieron subir a la cabina, le vendaron los ojos otra vez, y el camión se puso en marcha de nuevo, repitiendo las anteriores vueltas hasta que frenó y le volvieron a quitar el vendaje, momento en que pudo reconocer la calle de la Kasba. Esta vez el cambio de conductores se hizo en la plaza de Francia.

Cerca de la Clínica dejó Filipponi a Morán, y siguió camino al depósito especial para armas, situado en un lugar desconocido para el médico.

- Yo no creía en la teoría de tu compatriota Lombroso sobre las caras de los delincuentes, pero después de haber visto a esos tipos, creo que tenía razón. ¡Menos mal que se acabó ese asunto! Jugando a la gallina ciega, hasta miedo sentí – contó Morán a Lombardí.

- Bueno, hay otro traficante en la ciudad, de cara muy sonriente y de mucho prestigio..., pero cobra muy caro, y su mercancía ofrece poca garantía. Esos de hoy son más serios, aunque no lo parezcan. También entre esa gente hay clases. Todavía te quedan dos misiones como ésta – le recordó Lombardi.

- ¡No me digas eso!... ¡Pero cuánto dinero va a ganar esa gentuza!

- El tráfico de armas es el mayor negocio de este mundo, y a ese tipo de mala cara ya lo conocemos. El doctor Moulin y yo lo operamos de un navajazo en el abdomen... Paisano mío, de la Camorra; auténtico gángster.

Transcurrieron los días, y los planes del barco, aunque con retraso, marchaban por buen camino. En la tercera semana de octubre, por fin recibió Morán cartas de su familia, cosa que le levantó el ánimo. Al mismo tiempo, Lombardi le contó:

- La carga de Casablanca ya está al completo, consta de sacos de harina y de armas, adquiridas de forma similar a las de aquí. Nuestros amigos independentistas marroquíes nos han echado una mano, asaltando

un depósito de armas y municiones cerca de Larache, y nos ponen a disposición la mitad del botín. El resto se lo reservan. En cuanto a los dos italianos que llegaron al albergue al marcharte tú, ya les tengo apalabrado, con una consignataria, un barco que los llevará a la Argentina trabajando como tripulantes. Ha llegado un español, desertor del Protectorado; ya veremos cómo es y qué podemos hacer por él. De los cien españoles o doscientos que han llegado a Tánger huyendo de la sublevación, sólo cuatro han ido a parar a la Misión. Como es lógico pensar, desconfían de la Iglesia.

Días después, Morán volvió a lo de la compra de armas, repitiéndose escenas como la vez anterior. El cambio de conductor, con lo del vendaje de ojos incluido, se hizo ante la fachada del Teatro Cervantes, siendo el trayecto mucho más largo. La falta de bullicio le hizo deducir que habían abandonado la ciudad y que circulaban por el campo. La ceremonia de quitarle el vendaje de los ojos tuvo lugar dentro de una casa, no tan lujosa como la anterior, pero bien arreglada y más acogedora, siendo una mujer joven – no la de la voz de la vez anterior – la que recibía y contaba el dinero. Llevaba gafas negras, un gran collar de perlas y una peluca rubia. También había cuatro matones como la otra vez. No le preguntaron si quería comprobar la carga, y no pudo ver las cajas porque salió de la casa vendado. Lo único que le llamó la atención fue oír el meeee de una cabra. Los esbirros entregaron esta vez el camión en el Zoco Chico.

A principios de noviembre Lombardi le comunico a Morán:

- No habrá tercera entrega de armas. La Gendarmería interceptó un cargamento en un yate, y el de la mala cara y los suyos se han visto obligados a huir. Agentes ingleses, especialmente venidos de Londres, intentaron bloquear el dinero en el banco; al no encontrarlo, pusieron de sobreaviso a los Gendarmes. A esto se suma lo de asalto al depósito de Larache, que ha puesto en alerta a las autoridades de Tetuán que, sin demora, han enviado agentes muy bien adiestrados a Tánger para comprobar si hay alguna relación entre los dos hechos. En colaboración con el gendarme Monts, unos y otros están interrogando e incordiando a conocidos republicanos españoles porque temen algo. De los detenidos, a unos los han soltado, pero a otros les espera muchos meses en esa horrorosa cárcel de la ciudad. De nosotros no tienen idea de que existimos como organización. Tú, en los papeles que entregamos, figuras que estás en la Clínica desde mayo, es decir, que no guardas ninguna relación con lo del alzamiento, ni en un sentido ni en otro... Saldré para Casablanca el próximo sábado. Será la primera vez que visite el Protectorado Francés y que viaje en avión. En Tetuán ya estuve una vez, con lo que conocí el Protectorado

Español; ahora me toca conocer el otro. Justificación para este viaje: llevar al doctor Castro, el dentista, a una cura de deshabituación al alcohol en una clínica psiquiátrica de Casablanca para ver si se le puede curar su dipsomanía. Hasta se le ha encontrado un empleo allá para cuando se cure. Pero mi principal objetivo es dar un toque a los camaradas franceses, y que se dejen de más reparaciones y nos manden ya el barco. ¡Ya está bien de hacer filigranas en ese barquichuelo!... Así emplearé la semana de vacaciones correspondiente a este año.

A los siete días volvió Lombardi con el barco, que llevaba el nombre de Pasartesi y lucía una bandera turca. Bien pintado de blanco, parecía nuevo y elegante aquel desecho de embarcación.

- Los franceses, no conformándose en arreglarlo de cualquier manera, lo hicieron concienzudamente, y lo pintaron muy bien, de blanco, como si fuera el yate de lujo de un magnate... ¡Un barco para ser utilizado una sola vez!... Menos mal que viajé a Casablanca y los apremié a ponerlo en marcha de una vez... Un remolcador lo arrastró hasta la bocana del puerto con el pretexto de llevarlo al varadero, a donde no llegó, y nadie lo reclamó porque en ese lugar no lo esperaban. Aunque tenía billete de avión, volví en el barco. Al pasar cerca de Larache, un pesquero nos acercó las armas y las municiones robadas. Hemos de cargarlo y enviarlo lo antes posible. El tiempo apremia, pues en Madrid se está librando una batalla decisiva.

Lo del buen aspecto del barco fue una bendición, porque no hizo despertar ninguna suspicacia. Con papeles, todos en regla, aunque todos falsos, que demostraban que procedía de Lisboa y se dirigía a Malta, su estancia en el puerto transcurrió como la de tantos barcos que hacen escala, sin ninguna novedad ni tipo de sospecha. El barco se cargó con la máxima celeridad, utilizándose entre otros vehículos el furgón de la Clínica del Doctor Moulin y camionetas destinadas al transporte de material sanitario, mobiliario, y alimentos.

Una noche de mal tiempo en el Estrecho y cielo encapotado, y con intensa lluvia y mucha oscuridad, se produjo un apagón en el muelle en que estaba atracado el Pasartesi. A la mañana siguiente el barco ya no estaba en su sitio..., y nadie había comunicado a las autoridades su partida.

- Con el mal tiempo reinante, el fuerte oleaje, lluvia añadida, y lo pequeño que es el barco, ¡cómo se movería ese cascarón de nuez! Ya estará en Málaga, si es que no se hundió... Con Filipponi, De Julio, el recién llegado desertor español salieron otros treinta, entre españoles y brigadistas internacionales, para unirse el Ejercito Republicano. Por cierto, el capitán

era un auténtico turco, que tiene una tienda en Casablanca. Al desertor español, como no le tenía mucha confianza, lo metí en el último momento... Hasta Rocío, la secretaria de la señora Moulin me ayudó llevando tres veces la furgoneta de la Clínica al muelle. Mi buen amigo, el ingeniero italiano, que fue el encargado de hacer el apagón, saldrá dentro de una semana para Barcelona, vía Francia – contaba Oreste Lombardi a Morán la noche siguiente a la partida del Pasartesi.

- De todo este asunto del barco, lo que no me gustó fue el trato con la Camorra... Aunque todavía me duela la espalada de cargar cajas; eso es pecata minuta... Pero jamás imaginé la posibilidad de verme negociando con semejante calaña. Para ti, que eres de Nápoles, tal vez no te cayeran tan mal, pero, para mí, esos mafiosos son como gente de otro planeta – aclaró al respecto Morán.

- A mí tampoco me ha gustado nunca esa gentuza, pero ¿quiénes nos las iban a vender?..., ¿los poderosos fabricantes de armas del mundo?... Esos se las venden a los del otro bando..., y hasta se las regalan.

Senderos de Águilas
Segunda Parte
El Paso del Estrecho

VI

El médico Mateo Morán se iba acostumbrando a su nuevo trabajo y a su nueva vida. Además de noticias de su mujer y de sus padres tras un largo silencio, recibió una carta de su primo Nicolás comunicándole que era combatiente de la República sin entrar en más detalles, y le recomendaba que se quedara en Tánger por tener que sostener a su mujer y a su hijo, y, también, ayudar a sus padres en estos tiempos difíciles. La carta, contenida en un sobre dirigido al doctor Lombardi en la "Clinique du Docteur Moulin", venía acompañando a otra dirigida a ese médico italiano, pidiéndole que ayudara a su primo a encontrar un trabajo y lo retuviera en Tánger el tiempo necesario hasta que se aclarase la situación en España. Ignoraba Nicolás Morán que Lombardi bien se había hecho cargo de ese asunto por considerar a Morán como viejo para guerras y aventuras violentas.

- Ya tenemos noticias del barco; llegó a Málaga – decía Lombardi a Morán una semana después de la partida –. Aprovechando el mal tiempo, y con las luces apagadas, logró pasar el Estrecho sin ser detectado. ¡Cuánto se movía cuando vine de Casablanca!, y eso que hacía buen tiempo. ¡Cuánto se movería con aquella marejada!... Costó todo, y principalmente las armas, mucho más de lo que pudiéramos imaginarnos; sólo nos quedó el dinero de la tercera entrega, que al no recibirla, no se pagó. Con ese dinero, y con el que consigamos de una colecta, compraremos material sanitario y lo enviaremos, vía Casablanca, a Barcelona. A decir verdad, la ayuda que enviamos a la República fue una gota de agua en el océano.

- Pero los océanos se componen de muchísimas gotas de agua... – se le ocurrió decir a Morán.

*   *   *

Como se había comprometido, Mateo Morán solía ir todos los martes, durante dos horas, a atender a los pacientes pobres en el consultorio de la Misión de los Bienaventurados. Su jefe, el doctor Honoré Moulin, se lo permitía y le aconsejaba que siguiera haciéndolo. Como hombre acaudalado y buen conservador, el doctor Moulin no confiaba en lo de la justicia social – más bien, no cabía en su mente –, pero sí en la caridad cristiana, recomendando a sus colaboradores que la practicaran, dándoles horas de permiso en su clínica para ese fin. Para el doctor Moulin, el estímulo de ganar dinero era el motor del mundo y del progreso; y eso lo pregonaba y lo recalcaba siempre, y en todas partes. Respecto a la guerra de España tomaba una actitud neutral, y entre bocanada y bocanada de sus puros, aquel hombre grueso y de estatura más bien alta, le advertía a Lombardi que no se comprometiera mucho con ese asunto, porque tanto España como Marruecos distaban mucho de estar preparados para ser democracias y sentarse en la misma mesa junto a las naciones desarrolladas de Europa. Cuando se enteró de la colaboración de su mujer en la campaña de solidaridad con la República organizada por Lombardi, no puso ninguna objeción.

- Ha llegado un cura español a la Misión – le dijo a finales de diciembre Morán a Lombardi –. No me gusta nada ese asunto. Sospecho que debe ser un confidente de los nacionales. Esta mañana lo vi hablando con el gendarme Monts...; ése que anda siempre controlando a los acogidos en el albergue.

- Nada sabía de eso. Ya me enteraré de qué va el asunto – le respondió Lombardi.

Al día siguiente, Lombardi fue a saludar al nuevo sacerdote, y, sin reparo alguno, le preguntó:

- ¿Cómo es que usted, siendo sacerdote español, no está en el terreno patrio bendiciendo a las tropas nacionales que combaten a esas hordas diabólicas comunistas?

- Mi nombre es Federico Atienza, y ninguna relación mantengo con las hordas en litigio. De Barcelona me marché, o más bien, salí por piernas, porque una banda me perseguía para matarme. Lo mismo ocurría con un buen compañero y un buen amigo mío, Mossén Cugat Verdú. Nos ocultó en su casa el cuñado de Cugat, un buen republicano, y su sobrino, un

jefe miliciano, nos ayudó a salir en un barco el día ocho de septiembre. Muchos de aquellos que huían en el barco llevaban pasaportes falsos, figurando como repatriados extranjeros a causa de la guerra. Cugat y yo llevábamos pasaportes auténticos, pero era falsa la misión que se nos encomendaba en el extranjero: ir a Roma para iniciar negociaciones entre la Generalitat y la Santa Sede... También iban en el barco otros clérigos que continuamente hablaban de venganza, castigo divino sobre el enemigo, revanchas..., comparando a los generales sublevados con el arcángel San Miguel, con Santiago Apóstol y con los cruzados... Pronto nos separamos de ésos, y nos unimos a un grupo de pasajeros menos retrógrados, a quienes no les gustaba los métodos empleados por los republicanos en Barcelona, pero tampoco, o menos, los de los sublevados. Al llegar a Marsella, los otros clérigos y la mayor parte de los pasajeros siguieron ruta hacia la zona nacional, y nosotros, Mossén Cugat y yo, expresamos el deseo de quedarnos en Francia, pues no queríamos bendecir a nadie que hiciera guerras... Nos pusieron en contacto con la Misión de los Bienaventurados. Al unirnos a ellos, nos dieron a elegir entre dos lugares donde podíamos establecernos: a uno le correspondería dirigirse a Perpiñán para atender a españoles que huían de la zona republicana, y el otro, a Tánger, para ayudar a fugitivos de la zona nacional. Mossén Cugat escogió la primera opción, así estaría más cerca de su tierra, y yo, la de venir a África... Y aquí estoy... No soy un declarado republicano como mi amigo Cugat, pero tampoco he sido lo opuesto. Desde jóvenes hemos estado muy unidos Cugat y yo.

La vida continuaba en la Clínica del doctor Moulin y en la Misión de los Bienaventurados como de costumbre. Morán hacía progresos en su nuevo trabajo, adaptándose y resignándose a su destino, no viendo el momento de reunirse con su familia. Refugiados seguían viniendo de diversos países, pero no de forma que agobiaran a los miembros de la Misión, que le dedicaban más tiempo a la escuela, a los enfermos del consultorio y al comedor que al albergue.

- Cada paciente de este consultorio trae una gran carga social consigo, que la mayoría de las veces es más difícil de resolver que su problema médico, influyendo desfavorablemente en sus enfermedades – decía Lombardi, y era cierto.

Morán debía seguir enviando dinero a su mujer y a su hijo, así como a sus padres, que, con una mínima pensión, malamente podían subsistir. Era obligación de los médicos vivir muy cerca de la Clínica, pues se podía decir que estaban de guardia permanente. Morán se alojaba en una modesta pensión, donde, para ganar algo más de dinero, los fines de semana libres, y alguna noche intermedia, hacía de recepcionista, en

sustitución del titular de la recepción cuando éste deseaba descansar. Para compensar esas pérdidas de sueño, aprovechaba para dormir cualquier momento libre de trabajo, haciéndolo frecuentemente en el sillón del despacho donde pasaba consulta las horas de permanencia en el centro sanitario cuando no estaban sus colegas, con la condición de ser llamado si llegaba algún paciente. Unos toques en la puerta bastaban para ponerlo en pie. Enterado Lombardi de esto, se lo comunicó al doctor Moulin, que, después de meditarlo, se expresó de la siguiente forma:

- A los médicos ya se les aumentó el sueldo el año pasado. Había una cuenta pendiente con el personal no titulado, marroquí en su totalidad, que lo hemos hecho este año, sobre todo con las dos auxiliares de comadronas, que están bien adiestradas y se manejan en el oficio como las tituladas. Era muy injusto que trabajando tanto de comadronas como de enfermeras, estuvieran ganando tan poco. En realidad, dadas las circunstancias de este país, debería dárseles la titulación, pero eso no depende de nosotros. Lo único que puedo hacer por Morán es concederle el cuarto desocupado, y situado al lado de la oficina de administración para hacer consultas de su especialidad las dos tardes por semana que tiene libres... Lo que gane será para él, sin dar cuentas a nadie..., y que ponga una placa a la entrada de la "Clinique" anunciando su consulta de enfermedades de la piel, sin mencionar lo de venereología...; la gente lo entenderá. En una clínica obstétrica no conviene recordar la parte más fea de la medicina. A pesar de su internacionalismo, esta ciudad es como un pueblo grande, y hemos de guardar ciertas formas como en el consultorio de la Misión, donde hacemos entrar a las mujeres de los burdeles por la puerta de atrás para sus reconocimientos.

Para Morán, la concesión de esa consulta fue muy beneficiosa. Sus ingresos aumentaron, y a los pocos meses se equipararon a su sueldo. El trabajo era mayor, pero vivía con más desahogo. Mas el intento de traer a su mujer y a su hijo a Tánger no dio resultado, pues las nuevas autoridades les negaban los pasaportes.

- Desde que está la consulta de Dermatología en la "Clinique", he notado un incremento de tumores y otras afecciones de la piel en quirófano – decía el doctor Moulin a Lombardi.

-No sólo de intervenciones de la piel... sino también de otras patologías. Morán ha sido una gran ventaja para la Clínica, y atrae mucha clientela española – aseguró Lombardi.

- Ya lo he notado. Ya oigo hablar tanto español como francés en la "Clinique"... Mientras dejen dinero...; eso es lo importante, que funcione. Pero no debemos olvidar que ésta es una prestigiosa "clinique française", y que Tánger debe su gran importancia a ser el principal puerto del norte del Marruecos Francés.

- Pero aquí el único francés es usted, doctor Moulin – le recalcó Lombardi.

- Y mi esposa, la administradora de la "Clinique".

- No, doctor Moulin, Madame Moulin tiene aún pasaporte español. Usted no se ha preocupado de cambiárselo.

- ¡Su padre era francés, y ella todavía con la nacionalidad de ese desastre de país! ¡Claro, yo con tanto jaleo en la "Clinique"! ¡Tendré que arreglarlo pronto!

* * *

Afortunadamente, la vida, tanto en la Misión como en la Clínica, transcurría maravillosamente, pero Morán, aparte del problema de su familia, se sentía muy preocupado por las noticias de derrotas republicanas en los frentes, y se empleó a fondo con Lombardi en lo de organizar el envío de material médico quirúrgico y de medicamentos a la España Republicana, adquirido con el dinero sobrante por no haber pagado la tercera remesa de armas y por la colecta hecha en la ciudad.

- Si no hubiera sido para España, el gendarme Monts no se hubiera preocupado de incautar la tercera remesa de armas. Él y sus confidentes se dedican a acosar a los refugiados republicanos, y, según cuentan, a algunos los han entregado en la frontera a los sublevados. Ahora pasa con más frecuencia por la Misión para ver si hay españoles. Contigo no se mete, porque, aparte de trabajar para una empresa francesa, no te considera un refugiado – decía Lombardi a Morán.

En lo de recaudar dinero para el envío de la ayuda humanitaria a la España Republicana, participó muy activamente Rocío, la secretaria de la señora Moulin, que no mostraba ningún interés en volver a Jerez, pese a la insistencia de su familia, y cuya amistad con Lombardi era cada vez mayor,

consiguiendo una buena cantidad de dinero para el envío. No hubo necesidad de mandarlo a Casablanca, porque se aprovechó un barco que, saliendo de ese puerto, hacía escalas en Tánger y en Almería. El gendarme Monts no pudo, al ser un asunto de una asociación benéfica, hacer nada para impedir la salida de ese cargamento, a pesar de realizarse sin el secretismo del anterior.

- Con su reciente ascenso, los humos a Monts se le han subido a la cabeza, pero todavía no sabe quiénes hemos sido los organizadores de esas dos expediciones. Tampoco tiene conocimiento del cuarto secreto de la Misión donde duermen los que él persigue por motivos ajenos a la delincuencia común – contaba Lombardi a Morán, y añadía –: Tánger, a pesar de ser una ciudad de fama en el mundo, no es sino un pueblo grande, o mejor dicho, dos: el europeo y el marroquí. La gente de los grandes negocios forman un mundo aparte, y aquí vienen sólo para sus asuntos mercantiles. Los chismorreos y cuentos sobre personas residentes son los temas favoritos de las conversaciones cotidianas... Tú, como vives aún aislado, exclusivamente dedicado al trabajo, así como pendiente de las noticias de tu familia y de la guerra en España, sin apenas contacto con la gente de categoría de Tánger, no te has dado cuenta de eso... Pero alguien vendrá un día con cuentos sobre la familia Moulin y de cómo se hizo esta clínica. Por eso te adelanto esa historia, única versión verdadera sobre lo sucedido:

“Madame Gutiérrez, como se la llamaba aquí a la madre de doña Rita, la esposa del doctor Moulin, era española, que llegó a este puerto acompañando a su padre, un albañil, de esos que pagaban nueve pesetas en el viaje desde Algeciras a finales del siglo pasado. A causa de un accidente, su progenitor falleció. Al quedar sola y abandonada, en su juventud tuvo que ganarse la vida ejerciendo el nada recomendable oficio de la prostitución, que, por ser muy guapa, según se cuenta, le permitía hacerlo sólo con personas de categoría y dinero, y muy selectivamente... De que era prostituta, no es ningún secreto. Sus clientes fueron esos grandes hombres de negocios que visitan la ciudad. Con el tiempo construyó una gran sala de fiestas, “La Flor Escarlata”, donde se acoge y se sigue acogiendo a esos negociantes al amparo de espectáculos musicales y de varietés, salas de juego, y con damas, reservados y habitaciones para después de las funciones. A Madame Gutiérrez no le hizo mella, que se sepa, ninguno de esos grandes negociantes, pero sí un humilde profesor de instituto, francés, y de ese amor nació un niña, la actual doña Rita. Para alejarla de su mundo, la madre la mandó, desde pequeña, a un colegio de monjas en Sevilla para ser educada como una señorita de buenas

costumbres. De su padre, el profesor francés, sólo se sabe que, al conocer lo de estar a la espera de tener descendencia, desapareció para siempre.

“Los años pasaron, la niña se hizo mujer en el internado de Sevilla, tan guapa o más que su madre, como habrás podido comprobar..., y Madame Gutiérrez enfermó de gravedad. El doctor Moulin, que no hacía mucho de su llegada a Tánger, trabajaba entonces en el Hospital de los Muy Pobres, como se lo llamaba entonces oficialmente, y lo seguimos aún llamando extraoficialmente, y también en una consulta privada, y comenzaba a tener bien ganada fama en la ciudad de ser buen ginecólogo, siendo llamado a la cabecera de la enferma cuando ya nada se podía hacer por ella. La señora, consciente de encontrarse en las últimas, pidió que viniera su hija para conocerla de mayor y decirle que le dejaba la herencia: “La Flor Escarlata” y una cantidad respetable de dinero. Siendo una belleza y con cultura, el doctor Moulin se fijó en ella, y viceversa, pues también el joven médico Moulin era de buena presencia.”

“A la pobre Madame Gutiérrez el doctor Moulin sólo pudo recetarle opiáceos para calmarle los dolores del cáncer genital que padecía , y así sedarla y disminuir sus sufrimientos... A poco de morir la señora, se casó su hija con el doctor Moulin. Doña Rita, al recoger la herencia, que nada quería saber de aquel antro de perdición, vendió “La Flor Escarlata”.Con ese dinero adquirió el edificio que alberga esta clínica, y la montó con el material más moderno, convirtiendo a nuestro jefe en uno de los médicos más prestigiosos de la ciudad”.

“He de añadir que, en el colegio de Sevilla, doña Rita hizo amistad con la hermana mayor de Rocío, y en su casa de Jerez de la Frontera fue considerada como un miembro más de su familia aquella muchachita desamparada. Por su simpatía, la familia Nadal la aceptó con sumo agrado, pese a su origen y el ser ellos gente de mucha alcurnia y, por consiguiente, muy conservadora”.

- El origen de toda fortuna siempre es turbio – comentó Morán.

- El dinero dio también para iniciar otros negocios, como el que el doctor Moulin lleva en sociedad con su hermano. Y, a propósito, al albergue de la Misión, o Torre de Babel, como yo lo llamo, ha llegado un chino que se llama Huan Tsing—Tiao, o algo parecido. Viene desde Shanghai, huyendo de la guerra con los japoneses. Se metió en un barco, de polizón, y llegó hasta aquí. Recorrió medio mundo; al ser descubierto, lo hicieron trabajar de lo lindo en el barco hasta que, en Tánger, se pudo escapar lanzándose al agua. Dice que aquel barco llevaba mucho menos

personal del necesario, y a él lo hacían trabajar de sol a sombra, sin pagarle un céntimo. Cuando llegaba el barco a un puerto, lo encerraban en un cuartito, reservado para escobas y otros objetos de limpieza..., y hasta la partida. Aquí, el contramaestre se olvidó de cerrar la puerta con la llave. El señor Wong, propietario de una tienda de productos orientales por el Zoco Chico, y que también hace de médico chino, nos ha servido de traductor, y le está buscando un trabajo. El sargento Monts quería expulsarlo, y Huan Sing - Tiao se rió de él, mientras le decía: “Expulsarme, ¿a dónde? ¿Me vas a pagar el viaje a China?”

La Torre de Babel, con el que Lombardi bautizó al albergue de la torre de la iglesia, debido a la variedad de gente que la habitaba y de lenguas que se hablaban, fue un nombre que tuvo éxito, y así denominaron en el futuro, aunque sin rótulo en la entrada, a aquella casa de acogida

* * *

El año treinta y ocho trajo algunas novedades a la vida de la Misión: el estudiante coránico y de árabe Rachid Tahir se cambió a vivir, junto con un compañero de curso, al garaje que sirvió de almacén para las expediciones organizadas por el doctor Lombardi y su grupo; el sacristán, el señor Pérez, enfermó; llegó, huyendo de su país por motivo racial, un alemán llamado Georg Goldmann, mezcla de judío y cristiana; apareció un oftalmólogo inglés, el doctor Sir Lancelot Pitt, que se comprometió a pasar consulta de su especialidad los dos lunes del mes en el consultorio dejados libres por el otorrinolaringólogo, y el doctor Lombardi se casó con la secretaria de Madame Moulin, Rocío Nadal.

El joven Rachid Tahir que, animado por su patrono el señor Rodrigues dos Santos, inició estudios mercantiles, abandonándolos poco después para seguir estudios coránicos y de árabe en una mezquita, ante la buena perspectiva que tenía de pasar a la Gran Mezquita y de ser maestro coránico y de la cultura y lengua árabes, consideró como una incongruencia el seguir residiendo en una iglesia cristiana y, aun cuando estuviera peor atendido, se cambió de lugar.

- He de confesar que el año de estudios mercantiles me fue de gran utilidad, pero yo no sirvo para eso – le dijo Rachid a Lombardi – . Lo mío es la cultura árabe e islámica, que para mí es lo fascinante.

Georg Goldmann era de un arrabal de Saarbrücken, ciudad alemana cercana a la frontera con Francia, que durante algunos años fue capital de un territorio independiente, el Sarre, bajo protectorado francés. Hijo de un judío, muerto en la Gran Guerra Europea, y de una cristiana católica, desde pequeño se vio obligado a trabajar para sobrevivir, dedicándose a monaguillo en la parroquia de su barrio y, también, a ayudar a un fontanero, del que iba aprendiendo ese oficio. Con el tiempo, ascendió en su primer cargo, llegando a la categoría de sacristán. El Sarre se vuelve a unir a Alemania, y los nazis campean en el territorio haciendo cuanto les viene en gana, de tal forma que un grupo de matones, con sus camisas pardas y sus porras, un buen día le dieron una soberana paliza a Georg, sólo por el hecho de tener sangre judía en sus venas.

- ¡Y la próxima vez te mataremos!... ¡Tú, cerdo judío! – le dijo el jefe de la banda.

El párroco, buen conocedor de que aquellos energúmenos no hablaban en broma, preparó la huida a Francia de Georg Goldmann, dándole una carta de recomendación para un colega de Sarguemines, una ciudad francesa fronteriza. El hermano mayor de Georg ya trabajaba en Francia, en minas de carbón del norte. Así su madre se quedó sin hijos, pero no sola, porque vino a hacerle compañía una hermana, también viuda como ella, dedicándose las dos a la limpieza de oficinas de negocios para ganarse el sustento.

Como en Francia nada querían saber de los que huían del nazismo, y debido a sus buenos conocimientos de asuntos de la Iglesia y de sus templos, pusieron a Georg Goldmann en relación con la misión de los Bienaventurados, que lo enviaron a Tánger, donde fue bien recibido por los misioneros, ya que el señor Pérez, el sacristán y conserje de la escuela, había sufrido un ataque de apoplejía. Este hombre, falto de familia, con medio cuerpo paralizado, carente de seguridad social, porque no la había, era atendido en la misión por las monjas y por los médicos del consultorio.

En la Misión, Georg Goldmann, joven alto y musculoso, de cara alargada, mentón prominente y siempre sonriente, con aspecto de bonachón, pues en él no cabía la malicia, fue encargado de los trabajos del señor Pérez, Como además de ser hombre corpulento y fuerte era muy habilidoso y trabajador, reparaba cuantos desperfectos se presentaban en la Misión, con el consiguiente ahorro de dinero para los misioneros, ganándose pronto la simpatía de todos.

Viendo como trabajaba Georg, el padre Atienza le decía a Lombardi:

- Aquí no paramos de trabajar en todo el día; por las noches caemos agotados en las camas. Gracias a Georg me libraron del cargo de conserje de la escuela; y ahora, a Dios gracias, en lo de enseñanza me limito a profesor de español y de gimnasia para varones; también, como es lógico, a algunas charlas de religión. En el consultorio, aparte de ayudar alguna que otra vez durante las horas de consulta, debo acompañar todos los martes a tres escogidos para análisis de sangre a la farmacia Chagrine, que nos los hace de forma completamente gratuita. Antes pagábamos un veinte por ciento del coste. He tenido que aprender a poner inyecciones y rudimentos de hacer curas.. La labor que ustedes los médicos hacen es encomiable, pero, a nosotros, la población del barrio nos ha convertido en su centro de urgencias. No hay noche ni tarde, ni festivo, que no venga un herido, un niño con fiebre, o alguna persona con dolores... Hacemos cuanto podemos... La sacristía se ha convertido en auténtica asesoría social..., y en una agencia de viajes, gracias a usted, por gozar de buena amistad con las compañías navieras del Boulevard Renschhausen... El número de refugiados que acogemos ha aumentado últimamente...

Así como Lombardi, Morán y Georg Goldmann fueron a parar a Tánger y a la Misión por causas contrarias a sus voluntades, cosa frecuente en aquella época de los treinta, no fue el caso del médico inglés que portaba título de caballero del Imperio.

Ya se ha señalado que el Hospital de los Muy Pobres fue el lugar donde el doctor Moulin comenzó a trabajar, como ginecólogo, a su llegada a la ciudad internacional. Con él llegó también el doctor Dubois, de médico general, y que continuaba en ese hospital trabajando en el servicio de urgencias, con un horario irregular, cubriendo noches, tardes, festivos..., según necesidades. Ese hospital, ahora con otro nombre oficial, ya no era tan pobre, pues la construcción de una sección privada permitió incrementar sus ingresos y mejorar la atención de los enfermos.

- Moulin intentó llevarme a su clínica, donde ganaría mucho más, pero le contesté que la cirugía no era lo mío. No hubiera servido – le comentaba un día el doctor Dubois a Lombardi –. Cuando en urgencias veo que es necesaria una intervención, llamo al cirujano y que él corte. Gano poco en ese hospital, pero me gusta mi trabajo en ese lugar, y me estimula a estudiar. La consulta privada me compensa económicamente; casi todos paisanos míos, bien acomodados.

Fue Dubois el que trajo al consultorio de la Misión al oftalmólogo inglés, doctor Sir Lancelot Pitt.

A Sir Lancelot, un hombre de cincuenta y siete años, con gran prestigio profesional en su país, un reumatismo de la zona lumbar y de rodillas lo había obligado a jubilarse de su trabajo y venirse al sur para ver si el calor le calmaba los dolores de sus huesos y de sus articulaciones. Primero lo intentó en Gibraltar, donde, sin duda alguna, experimentó mejoría, pero fue al otro lado del Estrecho, cuando, con la tierra y los aires auténticamente africanos, comenzó a sentirse como un hombre nuevo. Venía de Edimburgo, ciudad en la que fue director de un importante instituto oftalmológico, habiéndosele concedido el título de Sir, caballero del Imperio Británico, por sus descubrimientos y trabajos en el campo de su especialidad médica.

- Usted, con el título de Sir y con el apellido de aquel célebre político británico que le hacía la vida imposible a los franceses y a Napoleón, debe pertenecer a la nobleza de su país, ¿no es cierto?... ¿No es usted descendiente de William Pitt? – le preguntó Lombardi en uno de los encuentros amistosos de médicos de la Misión en la terraza de un café bar, propiedad de un amigo de los galenos, llamado Farid Mohamed, donde también estaban sentados el señor Rodrigues dos Santos y otro compatriota suyo, también comerciante, y al que asistía, y por primera vez. el doctor Pitt.

- Ni hablar de eso! Nada de parentesco tengo con noblezas ni con casas reales. Soy de una familia de ovejeros de Northumberland, muy cerca de Escocia. Mi padre me pudo pagar la estancia en la Universidad, como era mi deseo, y estudié medicina, en Saint Andrews, Escocia. Luego me hice oftalmólogo. Mi otro hermano, Alfred, siguió la tradición familiar de ganadero. Como con mi trabajo hice algo de dinero, lo he invertido en ovejas. Mi hermano ha ampliado la granja y me envía una buena renta, que me permite vivir con cierto desahogo, porque, cuando me paguen la otra, la que me corresponde por mi trabajo en las cuestiones de beneficencia pública.., ésa no dará ni para los desayunos del mes. Nunca trabajé en universidades, sino en un importante instituto médico privado, del que llegué a ser socio... También en la granja tenemos algunas vacas, pero cosa poca... Con lo suyo y administrar lo mío, mi hermano se ha convertido en un importante ganadero de la comarca.

- Pero el hospital ya tenía oftalmólogo. ¿Cómo lo han contratado a usted?

- Yo no estoy contratado; sólo soy un médico invitado. Me lo pidió el hospital, y, en primer lugar, su titular de oftalmología, el doctor Osler. Él

es de misma edad, y dice que no sabe hacer varias operaciones de las que yo realizo, y que a sus años no las va a aprender. El doctor Osler tiene sueldo en el hospital, yo no... Me limito a operar una vez a la semana: un viernes, gratuitamente, para los pobres, y al siguiente viernes, cobrando, a los que pueden pagar. El doctor Osler, por un sueldo ínfimo, debe operar a los no pudientes, un día a la semana, y a los pudientes, cuando surjan. Si hay urgencias debemos acudir tanto Osler como yo, pero eso es muy raro; una ocurrió hace pocos días, y la resolvió el titular, sin recurrir a mí. Los jueves por la tarde paso consulta privada en mi casa... Como es lógico, debo revisar a los operados en los días siguientes a la intervención. Donde más trabajo tengo es en la Misión; los lunes que me toca ir.

Esta conversación transcurría en francés, ya que los conocimientos del inglés de los médicos eran muy limitados, y continuó de la siguiente forma hablando Sir Lancelot Pitt:

- Durante la Gran Guerra, estuve destinado en Egipto. Me alisté como voluntario, o, mejor sea dicho, antes de ser llamado como me correspondía, y acompañé al Ejército Británico en las campañas de Palestina y Siria. Entonces aprendí bastante árabe, y los entendía, pero ahora me encuentro conque no entiendo a la gente de aquí.

- A mí me pasó lo mismo al llegar, aun sabiendo bastante de árabe aprendido en Libia; ya verá que, con paciencia, lo irá dominando como yo. Dista mucho de ser correcto lo que afirmo, pero pasa... – aclaró el doctor Lombardi.

- Con constancia, todo se consigue..., eso bien dicen. En Edimburgo ya está separada la cirugía abdominal y general de la ginecológica y obstétrica. ¿Cómo es que ustedes siguen haciéndolo todo?

- Aquí escasean los superespecialistas. Estamos en África, y aunque Tánger sea uno de los lugares con mayor desarrollo médico, cuando se abre un abdomen, no se sabe lo que se va a encontrar, y no se va a tener un cirujano o un ginecólogo para ayudar a resolver la papeleta al que está operando. En la “Clinique du Docteur Moulin” hacemos también pequeña traumatología, pero lo grande y lo grave, lo enviamos al hospital de ustedes.

A aquella terraza del bar situada en el Boulevard Front de Mer, en que bien se sentía la brisa marina y el olor del mar, y donde los dos colegas estaban tomando el té moruno, con menta como hierba aromática, llegaron los doctores Dubois y Moulin en compañía de otro señor, alto, delgado, y

muy elegantemente vestido como Sir Lancelot: era el señor Rudolf Lorch., muy amigo de Lombardi y paciente habitual, que consideraba al italiano como su médico de cabecera. El doctor Moulin se disculpó de esta manera:

- Hoy no puedo quedarme sino a tomar el té. Casi siempre me pasa lo mismo. Para esta tarde tengo citados en "La Clinique" a tres pacientes. Lamento no poder quedarme a la tertulia... Cuando no son los pacientes, son las reuniones de la junta sanitaria...

Lombardi se fijo en la gran semejanza entre Sir Lancelot Pitt y el señor Lorch: parecían hermanos gemelos. Los dos vestidos de blanco, con zapatos blanquinegros, sombreros blancos; pero el del señor Lorch era un panamá, y el del inglés, de fieltro. Otras diferencias consistían en que el señor Lorch no llevaba bigote, mientras que Sir Lancelot tenía uno muy fino, casi imperceptible, y mientras que el primero portaba monóculo, el segundo no llevaba lentes, usando sólo espejuelos para leer y ver cosas de cerca... Con pelo rubio entrecano, los dos llevaban raya a la derecha... También los gestos de sus manos y expresiones de sus caras, aunque éstas no fueran muchas, eran similares. Contemplándolos, Lombardi se atrevió a dar su opinión:

- A pesar de ser de nacionalidades diferentes, los dos parecen hermanos, y diría que gemelos; hasta los dos usan bastón y fuman en pipa.

- Tiene razón, doctor Lombardi, y ya tenía noticia del señor Lorch. Dos personas me han saludado en la calle confundiéndome con él. En lo del bastón, no es que me guste llevarlo, pero el reuma de la rodilla me ha obligado a usarlo. Ya no me duele, pero me ha dejado floja la pierna, y aunque pueda prescindir de él, me siento más seguro llevándolo, sobre todo cuando subo una cuesta. Sí, en efecto, fumo en pipa...– dijo sacando una del bolsillo derecho del pantalón, guardada dentro de una bolsa de cuero.

- Ya veo que su bastón es grueso; en cambio, el mío es un "badine", demasiado fino para apoyarse demasiado. Lo uso para llevar la mano derecha ocupada... A veces juego con él; eso es para lo que me sirve verdaderamente: para jugar dándole vueltas, como el que juega al yo-yo. En cuanto a la pipa, ésa es curva, y la mía, recta. Mire... – dijo el señor Lorch sacando una cachimba del bolsillo izquierdo de su chaqueta.

El doctor Moulin se despidió en este momento, y los dos sosias comenzaron a contarse sus historias. Primero el inglés contó de nuevo lo ya narrado a Lombardi, pero con más detalles. Al acabar pasó su turno al alemán:

- Soy de Stettin, puerto del norte de Alemania, a orillas del río Oder, muy próximo al Báltico, donde mi padre estaba destinado como miembro del Ejército Alemán, y, como mi madre, procedía del oeste, de la ciudad de Coblenza, en la orilla del Rhin. Me dio por la Marina, me fui a Kiel para incorporarme a ella, y un año después ingresé en la Escuela Naval. En la Gran Guerra, usted, Sir Lancelot, estuvo en el otro lado del norte de África, y a mí, la mayor parte del tiempo me correspondió en este sector opuesto, como comandante de un submarino, para hundir barcos británicos, franceses, y, si se ofrecía, algún portugués. Acechando, sumergidos la mayor parte del día, y en la superficie, de noche, las aguas de Marruecos fueron nuestro coto de caza. A veces nos atrevíamos a bajar a tierra a estirar las piernas. Algunas veces lo hicimos en España... Bueno, o más bien malo, hundimos algunos barcos...., por así llamarlos, enemigos... La consigna era no dejar pasar a nadie por el Estrecho. Cuando llegó el armisticio, recibimos la orden de entregarnos a los británicos en Gibraltar, pero no lo hice. Desembarqué al grueso de la tripulación en el Protectorado Español, y con tres más, hundí al submarino; llegamos a tierra en un bote. La tripulación se repartió por el norte de Marruecos y España, menos cinco que nos vinimos a Tánger. Todo antes que la vergüenza de ser prisioneros y de entregar el submarino a los ingleses, aunque ese pobre sumergible estaba ya en muy mal estado y de nada iba a servir en el futuro... Ni en la derrota, concesiones al enemigo; ése era mi lema... Poco a poco, la tripulación fue volviendo a Alemania, con la frente bien alta, pues actuamos en las costas de Marruecos, de España, de Portugal, bloqueamos la isla de la Madera, acosamos al enemigo en las Canarias, y casi llegamos a Senegal... Todavía me escriben algunos de aquellos hombres. Actualmente sólo quedamos el radiotelegrafista y yo en Tánger. Era muy duro ser comandante de un submarino, pero era joven en ese entonces.

- ¡Y no ha vuelto más a Alemania?

- No, no he vuelto. A pesar de las veces que estuve a punto de morir durante la guerra, sobreviví. En cambio, mi mujer falleció al acabar el conflicto a causa de una gripe. Me quedé a trabajar aquí en una tienda de ferretería y de efectos navales, propiedad de un compatriota. Poco tiempo después, me volví a casar; esta vez con la hija del dueño. Conseguí hacer de aquel mediano negocio una gran empresa, a la que uní importantes importaciones de todo tipo de Alemania. El radiotelegrafista del submarino es desde entonces mi contable y hombre de confianza. Tengo un hijo del primer matrimonio, y dos, del segundo. En lo de volver a Alemania estamos pensando hacerlo en el verano del treinta y nueve, para así

acompañar a nuestro segundo hijo que irá a estudiar en la Universidad de Hamburgo.

Coincidió que tanto el inglés como el alemán eran muy aficionados a jugar al bridge, por lo que quedaron en contacto para poder emprender con otros conocidos, como los doctores Moulin y Monneret, algunas partidas de ese juego en el club francés Saguere.

- ¿Y no le han propuesto el integrarse a la nueva Marina Alemana, señor Lorch? - preguntó el doctor Pîtt.

- Sí, en el treinta y cinco me lo ofrecieron, pero les contesté que ya estaba viejo para esos trotes, y que mi cabeza se había ido ya por otros derroteros. De barcos, sólo entendía de submarinos, y a ésos no iba a volver. Bien es verdad que entré con mucho entusiasmo en esos sumergibles, pero era joven, y todo en la vida tiene su tiempo.

Pocos días después de esta conversación, Rocío se casó con Lombardi, no sin la oposición de la familia de la muchacha, muy apesadumbrada al ver con muy malos ojos su matrimonio con un rojo, cuando ya triunfaban los nacionales, que muy bien estaban aplastando al comunismo. Y doña Rita, Madame Moulin, le decía:

- Piense Lombardi que esa chica es de las mejores familias de Jerez de la Frontera, muy monárquica, católica y conservadora. Si se casa con usted, la amenazan con desheredarla; no es ninguna broma... Ya su hermana, mi mejor amiga de toda la vida, está muy disgustada conmigo por no haberla obligado a volver a España. Hasta me echan la culpa de ese matrimonio... Usted es un diablo para ellos; reconózcalo. Nunca lo aceptarán en Jerez...; piénselo antes de hacer esa temeridad. Usted bien conoce los problemas que tuve para que, por mi origen, me considerara la buena sociedad de aquí. Gracias al prestigio de Honoré fui aceptada, y hoy soy una respetable dama..., pero las buenas familias de Jerez son mucho más conservadoras que las tangerinas.

- No se preocupe doña Rita..., usted hará de madrina de la boda, y el señor Rodrigues dos Santos, de padrino.

Varias horas del día siguiente de la boda se las pasó Lombardi en el puerto para proceder a embarcar un pequeño cargamento de alimentos y medicamentos en un barco francés que hacía escala en Valencia. La solidaridad de los tangerinos con la República seguía en pie. Un día después, el matrimonio salía en barco para pasar en Gibraltar el resto de la

semana de vacaciones que les correspondía ese año, y así celebrar su luna de miel.

Senderos de Águilas
Segunda Parte
El Paso del Estrecho

VII

Una mañana de principios de abril del treinta y nueve, Mateo Morán no se presentó a su trabajo en la "Clinique du Docteur Moulin". Era la primera vez que faltaba, cosa muy extraña para todos. Lombardi llamó por teléfono a la pensión para preguntar si estaba enfermo. El conserje dejó el teléfono descolgado y fue a su habitación para ver qué pasaba. Volvió poco después de un minuto, y con voz muy asustada, gritó:

- ¡Está muerto! ¡Está muerto! ¡Venga, venga rápido!

Lombardi cogió un maletín, Yusuf lo siguió, corrieron, subieron al coche y, con la mayor velocidad que pudieron lograr, se dirigieron a la pensión.

En su habitación, sobre la cama, yacía, vestido, el cuerpo inerme de Mateo Morán. Y efectivamente, parecía muerto: ojos abiertos, pálido, un brazo colgando, camisa desabrochada... En un santiamén Lombardi lo exploró y, abriendo el maletín sacó una jeringa con aguja, que ya traía preparada y envuelta en gasa, rompió una ampollita, le aspiró el líquido y se lo inyectó a Morán, sin preocuparse de hacer desinfección, mientras Yusuf le daba golpes en el pecho y sacaba de un bolsillo un tarrito, como de perfume, que se lo aplicó a la nariz, provocándole un estornudo y unos estremecimientos del cuerpo.

- ¿Qué es eso? – preguntó Lombardi.

- Un resucitamuertos marroquí – le contestó Yusuf Al – Yamil.

Lo cierto es que, después de esas maniobras, Mateo Morán comenzó a respirar mejor y a mostrar color de vivo.

Sobre la mesa de noche vio Lombardi un tarro de Veronal vacío, y en el suelo, dos comprimidos. “Intento de suicidio”, murmuró.

Llevado en brazos por los dos profesionales de la medicina, el conserje de la pensión y un huésped que se ofreció, lo transportaron al coche de Lombardi, saliendo rápido hacia la Clínica. Horas después, ya despierto Morán, con un suero goteando a su lado, Lombardi le dijo:

- Buen susto nos diste, Sabía lo mucho que te había afectado la derrota de la República, pero no pude imaginarme que llegarías al extremo de quitarte la vida. Habéis perdido, o mejor dicho, hemos perdido una gran batalla, pero la que se avecina será mucho más grande y cruenta. Además, piensa que estamos en Marruecos, y tenemos el deber de ayudar a los luchadores por su soberanía. Ésa es una deuda pendiente.

- No se trata sólo de eso. Saca del bolsillo del pantalón una carta y léela; de ése..., ahí, sobre la silla.

Al leerla, Lombardi permaneció pensativo un buen rato. La carta le comunicaba que su mujer lo había abandonado y se había ido con otro, ahora jerarca de los vencedores y muy bien situado económicamente. Su hijo se encontraba en Puerto Real, en la casa de sus abuelos paternos. Como no se habían casado por la Iglesia Católica, su matrimonio había sido declarado nulo.

La verdad era que Lombardi no sabía qué decir. Y después de un silencio, por intentar consolarlo, le dijo:

- Por lo menos conservas a tu hijo; tienes un deber hacia el chico, y no puedes volver a hacer disparates.

- Me decía una y otra vez que no podía venir porque no le daban el pasaporte..., ¡y hasta me lo creí!... ¡Mira lo que estaba tramando!.. ¡Y yo girándole dinero...!

- Sí, sí; ya lo sé. Prescindiendo de todo para que no le faltara de nada... ¡Pues lo pasado, pasado está! Ya no tiene remedio. Desde que te recuperes, reclama al niño. En lo referente al pasaporte, decía la verdad; allí sólo se lo entregan a los más adictos... Ten en cuenta que en Tánger no figuras como exiliado, sino como inmigrante legalizado. Es muy raro en

una mujer eso de abandonar a su hijo en un caso de separación... Reclama al chico, y rápidamente, antes de que se arrepienta de no haberlo llevado consigo.

- Pero en España estoy procesado, y se me considera como no adicto al Régimen... Y a mi hijo, como natural, es decir, un bastardo..., al que dejé abandonado... No me concederán su custodia.

A la semana, Morán se reincorporó al servicio, y Lombardi y Al – Yamil lo pusieron en contacto con luchadores por la independencia de Marruecos, aunque en esos momentos poca o nula actividad tenían en la ciudad. Al respecto, Lombardi le decía:

- Lo principal de esa lucha se desarrollará en el Protectorado Francés, pero un apoyo, aunque sólo sea moral desde aquí, es muy necesario para que el movimiento continúe en la brecha. ¡Ojo!, que de esto no se entere el doctor Moulin, porque afecta a Francia, y él está muy convencido de que permanecerán en Marruecos para siempre. Han llegado algunos exiliados españoles a Tánger, pero en la Torre de Babel, sólo hay uno alojado: un vulgar desertor de la Legión. Intentaré enviarlo a Sudamérica en un barco, y allá que se las arregle como pueda... Han llegado también dos polacos; estamos intentando su traslado al Protectorado Francés y que se apunten en la Legión Extranjera. Al español lo hemos escondido en la habitación secreta, no sea que el sargento Monts lo detecte y lo devuelva a Tetuán.

Una novedad se produjo en la Clínica del doctor Moulin: llegó una nueva comadrona, de nombre Carmen, sevillana de nacimiento. Su familia residía en Tánger, y ante la grave situación en España la habían mandado a estudiar a Casablanca, donde consiguió su titulación.

Pero el hecho más remarcable y chocante de aquel período de posguerra en la torre de Babel, fue la acogida de dos andrajosos y cadavérico personajes que llegaron a finales de junio. Se trataba de De Julio y de un compañero de la guerra.

Al llegar a la ciudad, aquella pareja de desarrapados se dirigió enseguida a la “Clinique du Docteur Moulin”. Hambrientos como estaban, De Julio consideró que lo mejor era contactar con Lombardi y Morán para que les dieran algo de comer, si es que aún estaban en Tánger. Tuvieron suerte, porque al llegar, a eso del mediodía, aún no habían abandonado la Clínica. Inmediatamente les dieron comida. Luego, en su coche Citroën, Lombardi los llevó a la Torre de Babel, vacía de clientes desde hacía días. Se dieron una ducha, se afeitaron y recibieron ropa usada, pero limpia y en

buen estado. Aunque muy delgados, con la mejoría de su aspecto, eran ya otras personas.

Reunidos de nuevo los antiguos amigos Lombardi, Morán y De Julio, añadido el compañero de huida, en una consulta de la Clínica, a requerimiento de los médicos, De Julio comenzó a narrar sus vicisitudes, sus combates y sus derrotas:

- A usted, Morán, lamento comunicarle la muerte de su primo Nicolás en la guerra. A poco de subir al barco, lo nombraron jefe de condestables, es decir, de los que disparaban los cañones, y allí estuvo hasta que hundieron su barco frente a Almería... Lo sé, porque se salvaron muy pocos y conocí a uno de los supervivientes. Yo tuve más suerte, o mejor dicho, doble suerte: primero, porque me metí en el Ejército para hacer fortuna, y llegué a teniente, cosa impensable para mí, y segundo, por salir vivo de aquello..., de puro milagro, pero sobreviví... Desde mi llegada a Málaga en el Pasartesi, como era de artillería, me pusieron a disparar cañones, y así me pase toda la guerra. Cuando cayó Málaga, abandonamos todo y nos replegamos hacia Almería; más correcto sería decir que huimos como pudimos, y no corríamos por estar la carretera llena de gente pretendiendo salvarse: militares, paisanos..., viejos, mujeres, niños... A menudo pasaban aviones ametrallándonos. Ante esa situación, un grupito decidimos apartarnos de esa vía tan peligrosa y seguir un camino secundario. Pasamos hambre de la buena; caña de azúcar era lo único disponible para comer. Vimos una cabra, la agarramos y la matamos. Ya la estábamos asando, cuando apareció un barco de guerra, de esos grandes, un crucero; unos decían que el Canarias, otros, que el Méndez Núñez, que comenzó a dispararnos, de forma que tuvimos que dejar el asado y huir corriendo para evitar ser alcanzados por las bombas. Poco después, pasado Motril, nos reagruparon para la defensa.

- ¿No estuvo en la batalla del Ebro? – le interrumpió Lombardi.

- No. Siempre estuve en el frente andaluz. Una vez me llevaron a Albacete para participar en un cursillo de unos días; era indispensable porque querían ascenderme. En realidad, aprendíamos sobre la marcha...; bueno, yo ya traía experiencia... Tuve varios aciertos, y por eso me concedieron el grado de teniente. Solamente disparé cañonazos, y con tanto estampido, se puede decir que estoy medio sordo. La rendición me cogió en el sur de la provincia de Granada. Vendidos y traicionados, en vista de cómo venían las cosas, campos de concentración, fusilamientos..., varios de nosotros emprendimos la huida a la sierra de Lújar. Por lo menos pretendíamos retrasar el entregarnos, por si acaso se les pasara la fiebre de

represión. Como éramos demasiados juntos, nos dividimos en grupos de tres. El mío, siempre hacia el oeste; robando para comer por los campos, de lo que había muy poco, ¡y pasamos hambre de la buena!, que unido al frío de las noches, calor del día, cansancio, miedo, podíamos considerar un milagro el seguir con vida... Agotados, llegamos a Málaga, ya de noche, por suerte, y digo suerte porque estábamos tan mal vestidos y sucios, que si nos hubieran detectado a la luz del Sol, nos hubieran detenido enseguida... ¿A dónde nos dirigíamos? ¿Para qué huíamos si no había la menor esperanza?... Llevábamos brújula, prismáticos, relojes, cantimploras..., incluso cuchillos y pistolas... Parecíamos una bandita de facinerosos bien pertrechados, y hasta se nos pasó por la mente la idea de dedicarnos a atracadores. Total, decía éste – y De Julio señaló a su compañero –, hagamos o no hagamos fechorías, nos van a fusilar igual... En una plaza de Málaga encontramos a varios camiones estacionados; dos hombres armados, probables vigilantes jurados, los custodiaban. Oímos a uno de ellos decir al otro: “Este camión sale a las cuatro de la madrugada para Algeciras”. Según se alejaron un poco, corrimos hacia el vehículo, sin hacer el menor ruido, y nos subimos, ocultándonos entre los sacos, que eran de harina. Con los cuchillos, los cortamos y comimos algo de aquel polvo blanco, pues tal era nuestra hambre, y pusimos un poco en bolsas que teníamos. A la hora prevista, el vehículo se puso en marcha; nosotros con las pistolas en las manos por si hubiera necesidad de usarlas, ya que habíamos decidido vender caras nuestras vidas, como cuando huimos de Cádiz. Dos dormíamos, y éste a mi lado, de nombre Fermín Perea, vigilaba; al llegar a Estepona, el camión se detuvo en un merendero de carretera. Yo me desperté, pero el otro que dormía, no: estaba muerto. Le cogimos la pistola y sus balas, y nos echamos a correr.

- ¿Estaban seguros de que estaba muerto? ¿No hicieron nada para reanimarlo? – preguntó Morán.

- Completamente frito. Murió de agotamiento. No había nada que comprobar. Por venirme la idea de que llegando bien al sur, podíamos saltar a Tánger, pusimos ese rumbo, oteando con los prismáticos bien las lejanías antes de dar cada paso. Cuando veíamos guardias civiles o campesinos, nos desviábamos de la ruta. Ya habíamos decidido que fuera Tarifa nuestra meta, desde donde haríamos el salto a África, si podíamos... Atrapando lo que nos venía a mano, avanzábamos. Robando dos pantalones tendidos en una cuerda delante de una casa, nos salió un perro grande, y lo iba a matar con mi pistola, cuando Fermín lo abatió con un palo...; corrimos con el perro a cuesta y nos lo comimos. En fin, que, con pantalones limpios, llegamos a Tarifa. Esperamos a que se hiciera de noche para entrar en la ciudad y alcanzar el lugar donde estaban las

lanchas. Vimos patrullando por las calles una pareja de la Guardia Civil, pero ellos no nos vieron a nosotros. Era una noche oscura, y el silencio era absoluto. El faro brillaba bien claro, así como la luz proyectada por su foco. Oímos a un perro ladrar, pero no hubo respuesta de sus semejantes. Llegamos a un embarcadero. Difícil fue en la oscuridad encontrar algo apropiado para navegar; lo que había, no tenía ni remos ni velas, hasta que oí decir a Fermín: “Esta sirve; está aparejada para salir a pescar de madrugada”. Muy pequeña era, pero tenía vela y cabíamos los dos. La arrastramos al agua, y cuando ya flotaba, una luz se encendió en una ventana de una casa muy cercana. Debía ser el dueño que se había levantado en ese momento. Dos luces más se encendieron a continuación. “Esa gente madruga mucho. ¡Quién verá el disgusto del hombre cuando venga a por su barca y no la encuentre! Cuando eso ocurra ya estaremos navegando algo lejos. Lo siento de verás; le hemos quitado su trabajo..., y su pan “, dijo Fermín mientras nos subíamos... Y en aquel cascarón de nuez cruzamos el Estrecho. Tres veces estuvimos a punto de volcar. No duró mucho la travesía, pero, por lo extremadamente peligroso, nos pareció eterno el trayecto.

- Para los españoles, la situación es difícil. Con cientos de miles de exiliados..., nadie los quiere. La verdad es que no se puede encontrar colocación para tanta gente. Aquí, el que tenga familiares o amigos que lo apoyen, puede quedarse, pero al que carezca de ellos, lo obligan a irse. Habrá que ir pensando en mandarlos a ustedes al Marruecos Francés, aunque tengo noticias de que hay tantos españoles allá, que no quieren más – dijo Lombardi.

A los pocos días apareció la noticia en los periódicos de que siete españoles habían aparecido muertos en la playa, y dos kilómetros más allá, se había encontrado una barca destrozada.

A Fermín se le consiguió un empleo en Casablanca, y se fue. De Julio prefirió quedarse en Tánger.

- Irme yo con los franceses, ¡ni hablar! Nos dejaron en la estacada frente a los alemanes e italianos para que nos mataran como perros. ¡No quiero limosnas de ellos!

- Pero los padres de la Misión son franceses y yo soy italiano – le respondió Lombardi.

- Me refiero a los gobiernos, ¡que malditos sean!... Además esta ciudad ya la conozco. Aquí llegué, aquí me quedo... Más de dos meses huyendo ¿Sabe cómo es eso?

El cine era una actividad cuyo auge en los años treinta no se podía poner en duda. Las empresas dedicadas a ese arte, favorecidas por el sonoro, incrementaban a ojos vista sus ganancias, más y más. Y tuvo la suerte De Julio de encontrar trabajo en una de las mejores salas de proyección de Tánger. Resultó que Lombardi era amigo de un propietario de cines, al que conocía muy bien del club francés al que pertenecían ambos. y también como paciente, y por aquellos días de finales de julio, el portero de una de esas salas, cansado ya de ganar poco, se buscó otro trabajo, quedando la plaza vacante, así que, al enterarse de ese suceso, Lombardi propuso al dueño a De Julio para desempeñar ese empleo.

A la semana de ocupar su puesto, De Julio vio que se acercaba a la puerta, en compañía de una mujer, una cara muy conocida: era el gendarme Monts... Sintió temor, y, por instinto, lo dejó pasar sin pedirle entradas.

- Ese tipo tiene entrada gratuita en este cine. Es gendarme y vive cerca de aquí – le dijo el acomodador que se quedó en la puerta esperando a un próximo espectador, mientras el otro acompañaba al sargento.

Si Monts conoció a De Julio entonces, dos años y medio atrás, mal podía reconocerlo ahora, en uniforme de portero, calvo, y con la cara más delgada, morena y curtida. Muy elegante estaba en aquel uniforme de chaqueta roja, con cordones atravesados, hombreras, entorchados y botones dorados.

- Para tapar la calva sería bueno una bonita gorra de plato – dijo el dueño poco después de este encuentro y se la compró.

“Así parezco un oficial de la Guardia Real”, se decía De julio al verse en un espejo.

Un pasaporte a nombre de Jerzy Saniewsky le fue conseguido por el doctor Dubois, cuando, estando de guardia en el Hospital de los Muy Pobres, una ambulancia trajo, inconsciente, un alcoholizado recogido en la calle. Según sus “colegas”, era un marinero que su barco había dejado en tierra hacía un mes, dado por imposible debido a sus borracheras. Un experto se encargó de cambiarle la foto. El pobre infeliz fue enterrado como indocumentado. Con este pasaporte consiguió De Julio, ya comenzada la II Gran Guerra, el estatuto de refugiado. Lombardi tomó nota

de la dirección que figuraba en el pasaporte para, en un momento oportuno, comunicar el fallecimiento del titular. Pero al figurar la ciudad de Vilnius, en Lituania, como lugar de residencia, ya en otra parte del mundo, y los problemas de la guerra, la decisión se fue retrasando en espera de que las cosas se pacificaran y volvieran a su cauce.

En los meses siguientes, continuaron llegando refugiados a la Misión, que bien se preocupaba Lombardi de buscarles una salida: o bien por traslado a otro lugar, o bien por haberles encontrado un empleo, cosas que cada vez se iban poniendo más difíciles. Pero lo más notorio fue la llegada de dos hermosos perros, conseguidos por Georg Goldmann. Uno se trataba de un precioso pastor alemán, regalo del señor Rudolf Lorch por haberle hecho un buen trabajo de fontanería en su casa, y el otro, de un pastor escocés, obsequio de un comerciante inglés por un trabajo similar. Como los dos tenían cierta fama de ser agentes de sus países, Lombardi comentó al respecto:

- Con un espía alemán y otro, inglés, en la Misión estamos bien controlados.

Goldmann también construyó un gallinero y un corralito para dos cabras en la azotea de la escuela, y trajo dos pajaritos canarios cuyos cantos eran un primor.

- ¡Goldmann, usted se encargará de cuidar y de mantener limpios esos corrales y esas jaulas, porque nosotros ya estamos sobrecargados de trabajo! – le advirtió el padre René Leduc.

Mientras decía esto, viendo como se acercaban dos gatos callejeros, que todos los días venían para comer las sobras de comida que les daba el sacristán, exclamó el Curé:

-¡Y basta ya de traer más animales, que esto es una Misión y no el Arca de Noé!

Muy pronto en la Misión todos se encariñaron con los perros y los pajaritos..., y la leche de las cabras y los huevos de las gallinas no cayeron nada mal. Como los perros, aunque fueran ya algo grandes de tamaño, eran todavía cachorros, Georg Goldmann les enseñó a convivir con los dos gatos.

*   *   *

Lombardi le preguntó a De Julio un buen día:

-¿Cómo se las arregla para sobrevivir con un sueldo tan bajo?

- Bueno..., antes ganaba menos; peores sueldos he ganado, y, por suerte, no tengo familia.

- Pero ahora, siendo de Polonia, ¿cómo justifica usted el desconocimiento del idioma de ese país?

- No hay problema. A nadie le he dicho que soy polaco. Aquí nadie lo sabe, y no conozco a nadie de ese país. El pasaporte es sólo para asuntos oficiales. Aparte del español, estoy algo avanzado en francés..., hasta sé palabras del árabe

ESTUDIANTE Y CLANDESTINO

TERCERA PARTE
DE
SENDEROS DE ÁGUILAS

Senderos de Águilas
Tercera Parte

E S T U D I A N T E Y C L A N D E S T I NO

I

En septiembre del treinta y nueve, mientras en otras partes de Europa los jóvenes se agolpaban en las oficinas de reclutamiento para participar en una guerra que comenzaba, en Barcelona, las secretarías de la facultades de su Universidad se veían acosadas por estudiantes que deseaban comenzar sus estudios, o continuar los interrumpidos por la ya acabada guerra civil. Y allí estaba Albert Forn, con todos los papeles y documentos exigidos por la burocracia para esos casos, que no era pocos, obtenidos después de patear mucho y de hacer muchas colas, haciendo una más para matricularse en Ciencias.

En el primer día de Facultad, en la primera clase, que era de matemáticas, le tocó, a su lado, de compañero de banco, un muchacho grueso, algo más bajo que él, de pelo castaño, cortado a lo amadeo, y pecoso, que le contó que se había pasado toda la guerra en Italia, en la casa de una tía, hermana de su madre, haciendo los tres últimos cursos del bachillerato. "Fascista de Mussolini tenemos", pensó Albert, idea que pronto retiró de su mente al darse cuenta de que ese juicio suyo era incorrecto. El marido de su tía resultó ser un hombre liberal que se preocupó de inculcarle ideas democráticas y progresistas, que bien influyeron en su pensamiento, y que aquel joven, llamado Serafí Sabater, procuraba no disimularlo, evitando, bien es verdad, conversaciones sobre ese tema con el grupo de ex combatientes del curso.

El grupo de los ex combatientes era algo numeroso, pero no homogéneo: unos vestían de paisano, y otros iban uniformados, con

galones de suboficiales o con estrellas de oficiales. Dos de los de paisano mostraban claramente ser mutilados: a uno le faltaban los dedos de la mano derecha, y el otro portaba una pierna ortopédica. Cuando estaban reunidos, la conversación preferida se basaba en los recuerdos de la guerra y de la inmensa actividad vivida en esos días gloriosos, cosa que presumían que no se repetiría. A veces vestían camisas azules. Esta “colla” de veteranos era el conjunto dominante en el curso, de los que hablaban bien alto, y siempre mostraba alegría y ganas de fiesta.

Había otro grupo, el de varones no combatientes, al que pertenecían Albert y Serafí, muy tranquilo, que tampoco era homogéneo, pues unos pocos eran muy amigos de los ex combatientes, y los otros, que distaban mucho de estar unidos, parecía que tomaban muchas precauciones al hablar, siendo dos, antiguos combatientes del bando republicano, faltándole a uno de ellos una oreja y padeciendo sordera de ese oído; recuerdo traído de la guerra por causa de una explosión cercana. Albert no encontró a ningún compañero de bachillerato en el curso, pese a la firme intención de dos de dedicarse a la química, pero sí localizó a uno en la Facultad de Filosofía y Letras que le dio noticias de otros cuatro: uno, al que le unía bastante amistad, había caído en el Ebro; otro estaba prisionero en un campo de concentración; otro más, primo del estudiante de Letras, estaba exiliado en Francia, y el último, se había matriculado en medicina, en cuya facultad estaba haciendo el primer curso. De los más supuso que habían salido mal parados de la guerra, y de los que fueron al Ebro con él, le pareció que no había vuelto ninguno. Albert, al no haber estado verdaderamente en el frente, no se consideraba a sí mismo como ex combatiente republicano.

Luego venía el grupo de chicas, a las que pronto echó el ojo el grupo de uniformados, y viceversa. Sin tardar, dos alféreces se hicieron novios de las de mejor presencia, y como no hay dos sin tres, el que le faltaban los dedos de una mano, se ennovió con otra. Eran mayorcitos y tenían algo de dinero para permitirse ese lujo.

- A esos ex combatientes les dan muchas facilidades para los estudios y para los exámenes. – comentaba Serafí –. Además, tienen uniformes, dinero, novias... Los uniformes deslumbran muchos a las chicas. Y muchos días vienen con camisas azules...

A pesar de que ninguno de los bandos contendientes en Europa había demostrado superioridad hasta este momento – la conquista de Polonia, país pobremente armado, había sido un paseo militar para los alemanes – , Serafí no paraba de repetirle a Albert la gran superioridad de los británicos,

en contradicción con las opiniones de los ex combatientes, germanófilos hasta la médula. Siendo, sobre todo, los que presumían de falangistas los que más alto y con más decisión se expresaban sobre ese tema de la guerra.

Los no combatientes no osaban hablar sobre el conflicto europeo, a excepción de Serafí; Albert se limitaba a escuchar, midiendo sus respuestas no lo fueran a expulsar de la Universidad por rojo. De los ex combatientes, el cojo no se mostraba muy convencido de la superioridad germana ni de las virtudes de esa raza.

El hecho de que Albert, en los pasillos de la Universidad, a la salida de las clases aclarara a Serafí muchas de las dudas sobre explicaciones recibidas de los profesores, hizo que éste lo siguiera como si fuera su sombra, cosa nada desagradable para Albert, pues, poco a poco, se iba haciendo un amigo en aquel ambiente enrarecido de postguerra.

- ¿Cómo puedes tú entender, y con tanta facilidad, estos temas tan difíciles? – le preguntó un día Serafí.

Albert le explicó lo de su enfermedad y los meses en la cama y en la convalecencia leyendo los libros de ciencia de Ferran Sagarra.

La amistad entre los dos se fue fortaleciendo a lo largo del curso, de forma que, como vivían relativamente cerca, estudiaban muchas veces juntos, costumbre que se prolongaría a lo largo de la carrera, y lo hacían unas veces en la casa de Albert, y otras, en la de Serafí. La mayor parte de los días, al finalizar las clases, volvían en el metro juntos a sus casas, subiendo hasta llegar a la estación de la Tibidabo – Bonanova, donde cada uno tomaba una dirección opuesta: Serafí, hacia la izquierda, a la Bonanova, y Albert hacia la derecha, a Sant Gervasi. No hay forma mejor de aprender que enseñando, por eso le gustaba dar explicaciones a Serafí, y así se lo hacía saber.

Lo cierto es que, gracias a Albert, Serafí mostraba cada vez más interés en los estudios, y éste le decía:

- Claro, yo, en Italia, en los ratos libres me preocupaba más de pasarlo bien que de estudiar. Alternaba mucho, con lo que aprendía bien el italiano. Estudiaba sólo lo indispensable para aprobar. Ahora me arrepiento, porque esta carrera es muy dura. Lo reconozco, me falta base... Estudio para dedicarme a la química, porque mi padre es propietario de una fábrica de jabones y de productos para la limpieza. Un día iremos a verla. En verano tendré que trabajar allí... es algo duro...

Bueno, mi padre me obligará como hizo el verano pasado. En verdad, la fábrica ahora anda mal: su maquinaria ya está obsoleta, aunque sirva aún, y las materias primas escasean. Hace tres años se iba a modernizar, pero con lo de la guerra, no fue posible. Y tú, ¿para qué estudias ciencias?

- Porque me gusta, y, también, para dedicarme a la química, pero a la enseñanza en un instituto... Esa es mi intención.

- Lo que es cualidades de profesor no te faltan.

Lo mismo le decía su futuro cuñado Rubén Ripoll, a quien por ese tiempo le dio unas clases para los exámenes de ascenso en su carrera militar.

Albert disponía de una buena vivienda, pero la de su amigo era mucho mejor, y de lujo: casa unifamiliar, de dos pisos, con jardín delantero y bonito patio interior, y muy bien amueblada. Su familia podía ser considerada como "gent molt tocada y posada", pero no arrogante como solían ser los de esa clase superior, la que, en realidad, ganó la guerra. Durante ese conflicto bélico, el Gobierno les había expropiado la fábrica, pero al padre le permitieron seguir de director y de perito técnico. Los vencedores le devolvieron su propiedad, pero lo clasificaron como desafecto al Régimen por la actividad realizada en su fábrica durante ese período: fabricar jabones para los soldados republicanos.

Cualquier éxito de los aliados franco-británicos era comunicado por Serafí a Albert con gran celeridad y alegría, siendo el más celebrado el del hundimiento del acorazado Graf Spee en el Río de la Plata. En verdad, los éxitos aliados fueron muy escasos durante aquel primer curso de carrera, y grande fue el disgusto cuando los alemanes hicieron el gran avance, ocupando varios países y obligando a rendirse a Francia. Menos mal que cuando se firmó la capitulación de Francia y los nazis entraron en París, el curso ya había finalizado. Así que Serafí y Albert se ahorraron de ver la alegría y el jolgorio de los ex combatientes.

Como no podía faltar una mujer en el pensamiento de Albert, ésta se presentó en la casa de su compañero: era una prima, y casi vecina, que venía frecuentemente a ver a su tía y a sus dos primas, que ya entraban en la pubertad. Elvira, o Elvireta como también la llamaban, era de estatura media a alta, de pelo castaño, ojos verdes, de buen tipo, y más que bien parecida, bien guapa, de forma que no podía pasar inadvertida a los ojos del estudiante de la calle Gomis. Si a eso se le añadía el estar acabando el bachillerato y el poseer inquietudes intelectuales, siendo muy activa y de

muy buen juicio cuando hablaba, aparte de su buen carácter, era lógico que deslumbrara cada día más a Albert. También la muchacha estaba intentando escribir una novela sobre sus más de dos años de destierro en San Sebastián, donde se refugió con su familia durante la guerra, como otros muchos ricos de Barcelona, en espera de la tan ansiada liberación. Su padre era propietario de una fábrica textil recién recuperada.

- Allá nos relacionábamos con muy poca gente. Mi padre nos advertía, a pesar de que nos estaban protegiendo, de que no nos fiáramos de aquellos nacionales, y nos decía: "Estos militares, falangistas, requetés, monárquicos..., son gente muy primitiva, conservadoras al máximo, reaccionarios y crueles..., y entre ellos hay personas mucho peores que los republicanos, comunistas y anarquistas que circulan por Barcelona... ¡Pobre España cuando caiga del todo en sus manos!" ¡Y cuánta razón tenía, según he podido comprobar! – contaba Elvireta, que acabó preguntando a Albert – : ¿Tú no serás falangista? – recibiendo el no por respuesta.

Serafí pronto supo, por lo que vio y oyó, que la casa de Albert era también un elegante taller de costura, cosa que le agradó y le hacía entrar con más confianza en la vivienda. Incluso coincidió más de una vez con conocidas de su familia. Una tarde, cuando ya preparaban el último examen del curso, al entrar en la casa de Albert, Serafí oyó el sonido de un acordeón, y comentó:

- Observo que tu casa, aparte de ser un taller de alta costura, también es una sala de conciertos..., porque mira que suena bien ese acordeón..

- Tanto como un Palau de la Música, ni hablar; lo que sucede es que mi padre es músico, y ahora está dando clase a un niño. No te preocupes por eso; ya está a punto de terminar. Pasó un poco de la hora.

- ¿Sabes tocar tú también?

-Supe, pero se me ha olvidado, supongo. La música no se me da bien. Reconozco no tener cualidades.

- Pues yo toco algo el piano. Primero me lo enseñaron aquí, y después en Italia se empeñaron en que, junto con el italiano, aprendiera también ese instrumento..., pero era muy vago para tocar teclas.

* * *

Hecho ya el último examen, Serafí le dijo a Albert:

- Ahora me voy a trabajar a la fábrica de mi padre. Me pagará como un peón, lo mínimo. Llegó parte de la maquinaria, y el suministro de materias primas ha aumentado. Ya sabes, en verano hay más demanda de jabones. Para ti también hay una plaza, si quieres. Será por dos meses... Aparte de ganarnos algún dinero, nos olvidaremos de que somos señoritos universitarios, como siempre me recuerda mi padre, y nos familiarizaremos con productos químicos. Como a mí, te vendrán bien esas pesetas.

Al enterarse de ese trabajo, su madre le advirtió:

- Tú estás estudiando para ser profesor, no para trabajar en fábricas. Tienes un pulmón dañado y puedes sufrir una recaída con esos esfuerzos y productos químicos.

Pero Albert no hizo caso de este consejo y se fue a la fábrica de Serafí.

* * *

Muy bien les fue el primer curso de su carrera a los dos amigos. Y ya en el segundo año, Albert sintió una gran alegría al encontrarse con Elvireta en la Universidad haciendo el primer curso de Filosofía y Letras, viéndola con frecuencia al pasearse por los pasillos de la Universidad, y como tenía algo de dinero ahorrado de lo que trabajó durante el verano, la invitaba a tomar una taza de café de malta que servían en el bar; también le pagaba el metro cuando coincidían de regreso a casa. Pero pronto se le fue la alegría, pues un uniformado de aquellos ex combatientes nacionales no tardó en fijarse en ella. Con su uniforme, su bigote y bien plantado, bastante parecido tenía con cierto galán de la pantalla, considerado como el artista del Régimen, de tal forma que Elvira no pudo resistirse a sus proposiciones.

- Dijiste que no te gustaban los militares nacionales... – le recordó Albert.

- Yo nunca dije tal cosa; sólo insinué la recomendaciones de mi padre, como la de ser prudente con ellos. No todos son iguales. Fadrique comenzó a estudiar en Salamanca, tuvo que interrumpir por razones de la guerra, y ahora continúa los estudios aquí, donde está destinado.

- ¿Ya le has enseñado la novela que estás escribiendo?

- No; todavía no. Ni le he dicho que deseo ser escritora ni que para eso estudio. Él quiere ser profesor como tú cuando obtenga la licenciatura y deje el Ejército.

El hecho de que su contrincante fuera un hombre jovial y agradable en el trato, con dinero en el bolsillo, además de tener buena presencia, le hizo pasar pronto página a ese episodio de su vida. Lo mejor fue que nadie se dio cuenta de su preferencia por Elvira, evitándole el ridículo de esos casos. Además, se trataba de una niña rica y de buena familia, y él, de un pobretón y un don nadie.

En lo académico, el segundo curso resultó más difícil y duro que el primero, pero estudiando más, los dos amigos lo iban sacando adelante. En cuanto a la enfermedad de Albert, según el doctor Juri, no había signos de recaída.

II

Podría parecer que Albert Forn era un hombre que vivía ajeno a lo que estaba pasando en el mundo en aquellos dos primeros años de su carrera – de 1939 a 1941 –, pero nada más lejos de la realidad, la verdad sea dicha. Gracias a sus padres, y sobre todo a los ingresos de su madre, no sufría de los males que padecía el país tanto como otros. Su salud se había recuperado, no le faltaba ni comida ni ropa, buena vivienda, y, también, las restricciones eléctricas en Barcelona fueron mínimas por esa época. Lo de la comida lo solucionaba su padre en el mercado donde trabajaba, consiguiéndole carne y otros productos que escaseaban, y lo de la ropa, su madre, arreglándole los trajes que había dejado Ferran Sagarra. También, usando las camisas que habían dejado padre e hijo, con las corbatas de los dos, y cuatro pares de zapatos del señor Sagarra, Albert iba bien trajeado a la Universidad. Los zapatos de Ferran eran muy grandes para Albert, pero le sirvieron a don Alberto. Muy poco se tuvieron que gastar la familia en la vestimenta de Albert en esos dos primeros años de carrera. En fin, que en aquel ambiente de estudio y de relativa comodidad no era posible captar toda la inmensidad de la catástrofe que se abatía sobre el mundo ni la magnitud de la miseria que azotaba al país, viendo las cosa más como un espectador que como una víctima.

Leía periódicos, pero no todos los días a causa de los estudios, siendo "La Vanguardia", que su padre traía a casa con cierta frecuencia, su preferido. También oía las noticias de la radio a menudo, y era la BBC, en inglés y en francés, la que más sintonizaba, causándole emoción cuando, al principio de la emisión, oía el…– , de la sinfonía de Bethoven, o V de victoria. Así se iba enterando que la guerra se ponía cada vez más caliente en Europa y, al mismo tiempo, extendiéndose a África. Pero seguía siendo Serafí, que cada vez era más anglófilo el que mejor le informaba de los acontecimientos bélicos, ya osando, incluso, contradecir a los ex combatientes, que se consideraban poseedores de la verdad absoluta.

Como el trabajo de doña Pilar aumentó, se vio obligada a emplear una costurera, viuda de un fusilado al caer Barcelona, con un hijo en la cárcel, apresado cuando lo del Ebro, y otro hijo, exiliado en Francia, del que sólo tuvo noticia una vez, conservando en su casa sólo al más pequeño. El negocio de la costura marchaba, y con Laura, ya casada, se podía decir que todo marchaba bien en la casa de los Forn.

* * *

Una mañana en que se suspendió la última clase por enfermedad del profesor, Serafí se fue a arreglar un asunto, y Albert, desde la Universidad, a dar un paseo por las Ramblas, pues hacía tiempo que no merodeaba por ese lugar a pesar de la cercanía. Al detenerse ante un kiosco en que se vendían periódicos para leer sus titulares, vio uno titulado “O Século”, de Lisboa. También vendían otro de la misma ciudad: “As Horas da Tarde”. Costaban bastante más caros que los locales, pero, a pesar de su precio, decidió comprar uno, eligiendo “O Século”. Al leerlo se dio cuenta de que traía noticias no sólo de agencias alemanas e italianas, sino también de inglesas, donde se podía leer que las cosas no eran tan fáciles para los del Eje, de forma que, a partir de ese día, se impuso el comprar todos los jueves un ejemplar de “O Século”; después, una vez leído, se los pasaba a su amigo Serafí. Al otro diario no lo volvió a ver expuesto más, y de “O Século “, poco duró la lectura, porque no tardó en desaparecer del kiosco, con gran pena de los amigos.

- No es que no vengan; sucede que recibimos pocos números, y los portugueses ya los han reservado de antemano – le contestó el vendedor a Albert al preguntarte porqué ya no lo vendía.

Al llegar el cuarenta y uno, todo cambió para peor: la guerra se cronificaba en Europa; los nazis se afianzaban; se combatía intensamente en África; el racionamiento se hacía cada vez mas estricto, y las restricciones de combustible, por disminución de las importaciones, ahogaban la economía nacional. Pero Albert y Serafí poco sufrieron de estas contrariedades, aunque sabían de ellas. Para Albert, la tuberculosis era ya una cosa pasada, por lo que decidió no volver a la próxima revisión. La había vencido, y no quería hablar más de ella, aun cuando fuera una plaga que estaba limitando, incluso, el crecimiento poblacional.

Estando ya a finales de mayo, con el curso casi acabado, y por cierto muy bien llevado, aquel día tuvo una sola clase, y ya había salido de la Universidad, encontrándose aún en la plaza con ese nombre, cuando un voz que le recordaba a cierto amigo, lo llama por detrás.

- ¡Albert! ¡Albert!

Se da la vuelta y ve a un capitán acercándose. A no ser Rubén, su cuñado, no conocía a ningún otro militar, pero según se aproximaba iba reconociendo la cara, exclamando con extrañeza:

- ¡Ferran!...

- Ferran, ya no. Ahora soy Cándido Sánchez.

- Pero ¿qué haces aquí vestido de esa manera?

- Ya te lo explicaré si subes al coche conmigo – y mientras se dirigían a un vehículo aparcado al borde de una acera, preguntó –: ¿Cómo no sales hoy con tu amigo Serafí?

- No vino hoy. Mañana tenemos un examen final y prefirió quedarse en casa estudiando. Te hacía en Francia..., o...

- O muerto... Pero todavía no. Estuve en Francia y en Inglaterra – decía Ferran Sagarra, o Cándido Sánchez, mientras subían al coche, en que un soldado con galón de cabo estaba al volante –. Guarda cuidado, que, aunque esté vestido de militar, ninguna relación tengo con el Régimen, porque ya sé lo que estás pensando: que me pasé a los nacionales y que traicioné a la República.

Efectivamente, eso pensaba Albert mientras se dirigían al vehículo. Según subieron, comenzó a rodar por Barcelona sin rumbo fijo consumiendo aquel precioso y caro líquido llamado gasolina, tan escaso en esos momentos.

- Lo de llevar hoy este uniforme no te lo puedo explicar por ahora..., aparte de que me puede costar la pena de muerte..., pues aún me sigo jugando la vida. Voy a ir al grano. Sé que no perteneces a la Falange ni a nada similar, y tus padres y hermana, tampoco. De tu cuñado sé que está en el Ejército por causa de la guerra, y nada más. Yo, actualmente, soy un aspirante a luchador contra el fascismo, y estoy buscando gente, o mejor dicho, reclutando en Barcelona a los que se quieran adherir a esta causa...

No te asustes; no se trata de disparar tiros, sino de ayudar a los verdaderamente combatientes..., y necesito personas para las labores de apoyo.

- ¿Servir yo? ¿De dónde sacas tú eso?... Estuve en la guerra y no disparé ni un solo tiro... Ni al frente llegué... Me lo impidió la tuberculosis, de la que me curé; y ahora..., intentando abrirme camino en la vida con los estudios de ciencias... ¿Qué puedo saber yo de esas cosas?.. España no está en guerra...

- Toda Europa lo está, y también nosotros mientras impere el fascismo y el terror. Cuando la República, siempre estabas con nosotros...; por lo menos venías conmigo. Y en España hay guerrillas actuando..., pero eso no es lo nuestro. Lo que nosotros pretendemos montar en Barcelona es una red de apoyo a extranjeros fugitivos del fascismo para que puedan luchar de nuevo, unidos a los ingleses. Ya existen redes de ayuda dentro de España, pero funcionan muy deficientemente, sin garantizar a esa gente la seguridad necesaria, abandonándolos, a la buena de Dios, en un pueblo con autobús, en una estación de ferrocarril, o en una calle de Barcelona, si es que no los dejan en los montes o en el campo. Se dice que, después de haber sobrevivido la huida de Francia y el paso de los Pirineos, algunos han muerto aquí. Nuestro principal objetivo es ayudar a los supervivientes de aviones caídos en territorios dominados por los nazis, en Francia, en Alemania o en cualquier otro sitio de la Europa ocupada... Los pilotos de aviones son de lo más valioso en la guerra actual... Mucho cuesta formarlos, y muchas condiciones, tanto físicas como psíquicas, así como conocimientos y valor, se les exige para recibir el permiso de conducir esos pájaros. Los alemanes no pudieron recuperar ni un solo piloto de los aviones derribados sobre Inglaterra el año pasado. Los británicos recuperaron a todos los que cayeron en paracaídas o aterrizaron con sus aviones averiados... Hasta se puede decir que son más valiosos los pilotos bien formados que los aviones, lo contrario a lo que ocurre en tierra, donde consideran más valiosos a los cañones que a los hombres que los manejan... Por otro lado, está el factor que representa para sus compañeros el retorno del ya dado por perdido definitivamente. “No nos abandonan ni aunque nos derriben”, es lo que deben pensar muchos al verlos reaparecer, siendo un estímulo para las futuras acciones de guerra de sus aviones.

- Esto me suena a espionaje, y no debe estar exento de peligros –recalcó Albert –. Además, lo que estoy estudiando es muy difícil y me exige mucho tiempo... Tú bien lo sabes por propia experiencia... Y ahora estoy en fase de exámenes finales y no puedo hacer nada.

- Quien más, quien menos, tiene problemas, lo comprendo, pero nuestra misión nada tiene que ver con espionaje, y hasta hay acuerdos, muy secretos ciertamente, con el Gobierno español sobre este asunto. De forma que, si se hace muy discretamente, los alemanes no notarán la magnitud de la empresa... Si se tratara de salvar a quince o veinte, sería una cosa sin importancia, a la que nadie haría caso, pero se trata de centenares los pilotos a poner a salvo, o tal vez miles, por lo que es necesario mucha discreción, y que el enemigo, bien presente aquí, tenga `muy escaso conocimiento de esa acción. Si te atrapa la Policía, no será por lo que hayas hecho, sino por la imprudencia que has cometido. En cuanto a lo de los estudios, tendrás tiempo para todo si te sabes organizar. Puede ser un estorbo, pero de los pequeños. Además ya tienes acabado el segundo curso; desde ahora, todo marchará sobre ruedas. El trabajo será de mediados de abril, cuando los caminos de los Pirineos, ya libres de nieve, estén expeditos, hasta mediados de octubre, al volverse intransitables de nuevo, y sólo será a tiempo completo durante el verano, ya de vacaciones. Tú no tendrás necesidad de subir a esas alturas, pierde cuidado. Los otros seis meses estarás completamente libre, salvo algunas instrucciones que te dará tu contacto. Los estudios los podrás compaginar perfectamente, estudiando todo el año, no solamente durante el curso como es costumbre entre la mayoría de los estudiantes. Sé que eres capaz y que puedes hacerlo, aunque sea un poco duro; ten en cuenta que cientos de millares de estudiantes como tú han dejado de estudiar en Europa por culpa de esta maldita guerra: unos, para ir al frente, y otros, a los campos de concentración. Yo también he sufrido esa contrariedad..., y, para mi pena, interrumpir del todo mi carrera. Todos tenemos el deber de poner nuestro granito de arena para derribar al fascismo, si no, no se acabará nunca.

- Debe costar mucho esa red, ¿no?

- En cuanto a lo del dinero no tienes porqué hacerte ideas ni preocuparte. No depende de ti ni de mí..., y cuesta muchísimo más de lo que te puedas imaginar. Dinero no le falta a la organización, y tendrás un sueldo. Por cierto, me había olvidado de presentarte al cabo que está conduciendo, que se llama Tomás, y será tu instructor, jefe y enlace dentro de la organización... – y Ferran hizo las presentaciones –. De eso hablaremos más adelante y con calma. ¿Cuándo nos volveremos a ver?

- El martes a las doce y cuarto, si es posible. ¿Te va bien?

- Pues sí.

- ¿En el mismo lugar?

- No.., no conviene delante de la Universidad. Podrían verme y hacerme preguntas indiscretas. Mejor al comienzo de la calle Balmes, en la confluencia con Pelayo y Vergara.

- De acuerdo. Tu casa ya está cerca. Deberás ir a pie el resto del trayecto; precaución muy necesaria porque no es conveniente que me vean y me reconozcan en la zona en que viví. Para aquí, Tomás, en la iglesia de la Bonanova.

Albert, al estrechar la mano de sus amigos, se fijó en lo fornido de Tomás y en su cara redonda y de hombre duro, que bien hacía recordar a un temido sargento.

- Piensa bien en todo lo que te he dicho, pero sin dar demasiadas vueltas a la cabeza, pues debes concentrarte para el examen. ¡Y no nos hemos visto para nada! ¡No lo olvides!... ¡Hasta el martes!

Todo esto le había cogido tan por sorpresa a Albert que le parecía irreal. ¡Ver de nuevo a Ferran! Era como ver a un resucitado. ¿Era posible que él, Albert, pudiera hacer algo contra los nazis? Al parecer sí. Pero sus recelos hacia anglosajones y franceses, que habían dejado en la estacada a la República frente a los nazis, nadie se los podía quitar de encima. Sólo había sido una conversación con Ferran, sin concretar nada. Ahora tenía un examen en puertas, y debía concentrarse en él, exclusivamente... Después decidiría qué hacer... Todo no podía ser estudiar..., y la tarea propuesta por Ferran, le fascinaba... Bueno, ya vería...

III

El martes de la cita acordada con Ferran Sagarra, Albert, según acabó el examen, se dirigió rápido al comienzo de la calle Pelayo. A los tres minutos apareció un coche Fiat azul, que se detuvo junto a él, y subió a la parte de atrás, pues la de delante estaba ocupada por Tomás, al volante, y por Ferran, a su lado, y los dos elegantemente vestidos de paisano.

- ¿Cómo hoy no llevas uniforme? Te sentaba mejor ese nacional que el republicano. ¿Dónde lo has dejado?– preguntó Albert al subir.

- Eso de llevar uniforme no es siempre oportuno, y no está exento de peligros. El hecho de usarlo es un delito, como ya te explique la otra vez... Te respetan más; está más que comprobado..., y no debo decir más. Pero hoy nos vamos a comer a un afamado restaurante para seguir hablando, y conviene que nos tomen por unos industriales bien acomodados, o acaudalados burgueses; como quieran... – y Ferran continuó hablando, recordándole mucho a Albert de la anterior conversación, así como dándole consejos y advertencias sobre precauciones a tomar, mientras el coche transitaba por las calles de Barcelona, dando vueltas como en el anterior encuentro, hasta llegar al templo en construcción de la Sagrada Familia, donde se bajaron para contemplar la obra, en un intento de ser tomados por simples visitantes de la ciudad.

-¿Porqué te fijaste en mí, y no en otros para esta misión? Bien sabías que yo no pertenecía a tu partido ni tampoco a tu organización juvenil – le dijo Albert mientras contemplaban aquellas enormes torres del templo.

- No pertenecías, pero colaborabas con nosotros, y bien nos ayudaste en la campaña del Frente Popular. Por otra parte, los nuestros escasean: o están en la cárcel, o huidos, o muertos en la guerra, o fusilados...; y de los que están en libertad, o están muy vigilados, o andan con el miedo en el alma. A ti te conozco desde tu llegada a este mundo, y sé que no te pasaste al enemigo, además de reunir otros factores y cualidades, como el

conocimiento de idiomas con excelentes condiciones para ello, de lo que estamos muy escasos. Ya he captado a uno, al que no conocerás, porque será para otra red, y estoy intentando enrolar a dos más, de los que tampoco tendrás noticia... De ti, varias personas me han dado informes excelentes.

- ¿Y quiénes son esas personas?, si se puede saber.

- Ahora eso no te lo puedo decir; antes necesitamos hablar de cosas más importantes y de si aceptas o no la misión. No te preocupes, porque no voy a exigirte juramentos protocolarios ni aunque estemos delante de un templo... Te preguntarás porqué los ingleses no lo hacen ellos mismos en lugar de recurrir a nosotros. Ellos ya lo están haciendo, pero necesitan ayuda, entre otras razones: por no tener suficiente personal en España; el llamar la atención como extranjeros en muchos sitios, así como el de estar vedada su presencia en las zonas fronterizas; el control y vigilancia de la Policía española; el acoso de los agentes alemanes... Te repito que, en este caso, en cuanto a la Policía, lo importante es evitar imprudencias. Ten en cuenta que el Gobierno español está nadando entre dos aguas. A los dos bandos les debe agradecimientos, pero más a los alemanes, por los que se inclina en esta guerra, pero sabe que detrás de Inglaterra están los Estados Unidos. Por eso no se meten demasiado con los españoles que ayudan a los ingleses..., y hacen la vista gorda... Estoy muy convencido de que bien saben lo del asunto que tenemos entre manos, y ya te he dado suficientes motivos para que te unas a nosotros en la lucha contra el nazismo, que primero ensangrentó a España, y después, a toda Europa... – otras razones siguieron hasta concluir Ferran su disertación con la siguiente pregunta – :¿Estás decidido a unirte a nosotros?

- Pues sí. Pero no antes de acabar los exámenes; me quedan dos aún

- No te faltará tiempo para eso. Pues ahora, ¡a la Barceloneta, a comer!; por la tarde podrás estudiar cuanto quieras. Te incorporarás a la faena al acabar todos esos exámenes. ¿Cuándo crees tú que se acabará la obra de la Sagrada Familia?

- Este proyecto es demasiado ambicioso, y me imagino que nunca se conseguirá. Si fuera más pequeño, aún...

Volvieron a subir al coche, y Ferran siguió hablando:

- A éste, como ya sabes, se le conoce como Tomás, que no es su verdadero nombre, y será tu jefe, o mejor dicho, tu enlace, tu guía y tu asesor. Aquí no existen jefes. Él te irá enseñando mientras le ayudas, y te

dirá lo que debes hacer... y lo que no debes. Solamente tendrás contacto con dos personas, y no conocerás a nadie más dentro de la organización. Tampoco nadie más sabrá de tu existencia. No debes hacer muchas preguntas, sólo saber lo necesario. Tomás te instruirá en todas las medidas de seguridad, porque tendrá más tiempo para convivir contigo que yo. Nadie debe saber que estás metido en este asunto.

- ¿Se puede saber quién es el otro? – preguntó Albert.

- Ya lo conoces, se trata de un cura.

- No me gusta eso. Siempre he evitado el contacto con ciertas personas, y esas son: falangistas, militares y curas.

- Pues esos no son mucho peores que los de la clase de tu acaudalado amigo Serafí. También tu cuñado es militar.

- Yo no escogí a mi cuñado, y en cuanto a Serafí, ¿cómo sabes de él?

- Debemos informarnos de todo antes de dar un paso. Los británicos así nos lo exigen. Es necesario ir sobre seguro.

- Soy amigo de Serafí porque es un liberal convencido, buena persona, y un anglófilo de pies a cabeza. ¿Porqué no lo escogiste en mi lugar si tan bien informado estabas?

- Porque también me enseñaron a escoger a las personas apropiadas para cada labor.

- Conque eres un perfecto espía. Un Mata – Hari masculino...

- No, eso no lo soy. Soy, más bien, un organizador de saboteadores, para lo que me instruyeron en los últimos meses, basándose en mis experiencias de las guerras de España y de Francia. Por ahora ya no te puedo contar más. En Barcelona, se puede decir, estoy de paso. Organizar la huida de los pilotos es una labor de sabotaje contra el Reich. Tú sabes bastante bien el inglés, pues tus padres te enviaron más años que a mí a aquella academia de la calle Balmes, aparte de otros informes que me aseguran lo de tu correcto dominio de esa lengua, cosa que no puede Serafí. Bueno, ya llegamos a la Barceloneta, ahí está el restaurante.

Frente a la playa, en el segundo piso de una casa no muy alta, estaba el restaurante, con grandes ventanales hacia el Mediterráneo, bien azul en aquel mediodía soleado. Desde la Semana Santa, Albert no veía el mar; tal vez por eso le parecía más atrayente en este momento, influyendo, no cabe duda, la pequeña altura desde donde lo contemplaba y el agradable restaurante donde iban a comer, bien adornado con motivos marinos y pesqueros, como redes, barquitos, boyas, cuadros de marinas, mesas con manteles, servilletas, copas y cubiertos muy elegantes, y, sobre todo, la maravillosa vista del mar, dándole la impresión de que aquel local era lo más agradable de Barcelona en lo referente a gastronomía... La verdad era que no recordaba, por lo menos en ese momento, el haber comido antes en algún local digno de llevar ese nombre. Lo más..., en alguna casa de comidas o merendero, ya hacía años. El restaurante estaba vacío aún, y podían hablar, haciéndolo en voz más bien baja.

- Sólo disponemos de dos platos para ofrecer: uno, de sardinas, y el otro, de filete de cerdo. Elijan el que les agrade más, porque sólo podemos ofrecer uno por persona – les dijo el camarero al presentarles la carta.

- ¿De qué se acompaña el cerdo? – preguntó Ferran.

- De patatas y guarnición. Abundante, por cierto.

-Pues si todos están de acuerdo, tráiganos cerdo para los tres – dijo Ferran, mientras los otros daban su aprobación.

En cuanto a bebidas, mirando la carta, escogieron un vino del Priorato y agua de Vichy.

- ¿Ocurre lo mismo que aquí con lo de las comidas en Inglaterra? – preguntó Albert.

- En cuestiones de vinos y bebidas, actualmente están peor; en lo de restricciones de comidas en restaurantes, por el estilo; pero en lo de suministros a la población, aunque también hay escasez y racionamiento, la cosa está mejor.

En este momento, Tomás que no había dicho nada, a excepción de algunos monosílabos, dijo en castellano:

- Ha faltado de toda clase de comidas, pero de bebidas, tanto de vino como de licores, nunca hemos notado ausencias

- Ahora que estamos en un restaurante, os recuerdo que la comida para los pilotos debe ser de la mejor calidad y abundante, Es necesario comenzar a recuperarlos desde el primer día de su llegada, pues después de tantos kilómetros recorridos, la mayoría de ellos a pie, y mal alimentados en los campamentos de guerrilleros franceses, están depauperados..., flacos a más no poder...

- Actualmente es muy difícil encontrar comida..., y carecerán de cartillas de racionamiento.

- Para eso está el mercado negro y los pueblos y masías por donde tendréis que pasar con el camión que los trae a Barcelona.

Al servir los platos, que, por suerte, llevaban un buen filete con acompañamiento abundante, el camarero les advirtió que aquel día no les habían suministrado pan, aconsejándoles que cuando les correspondiera el café, lo acompañaran con suizos, como postre, y así notarían menos su falta.

- ¿También usted perteneció a la compañía de Cándido cuando lo del Ebro? – preguntó Albert a Tomás, mientras comenzaba a cortar el filete.

- ¡Ni hablar! Yo, durante la guerra, estuve en la Legión; en el otro bando, con los que ganaron.

- A propósito del vino, a los pilotos debéis suministrarles algo de este producto en las comidas, pero no mucho, porque si se emocionan pueden armar escándalos. Como deberán permanecer aquí alrededor de una semana hasta que se consiga su evacuación, tenéis que advertirles de la muy obligada norma de permanecer tranquilos en el piso de acogida, sin levantar las voces ni armar líos ni broncas. Sobre todo a ti te lo encargo, Albert, por hablar bien el inglés... y el francés, pues también vendrán pilotos franceses y de otros países.

En esto aparecieron en el restaurante dos señores bastante obesos, muy bien trajeados, acompañados de dos señoritas teñidas de rubio y muy pintarrajeadas, que tomaron posesión de una mesa al otro extremo del salón. Al contrario de los tres amigos, los recién llegados hablaban alto, sin importarles que oyeran su conversación los presentes en el restaurante, siendo contestados por risas de sus acompañantes femeninos.

- ¡Estraperlistas acompañados de rameras!... ¡Verdaderos cerdos! – exclamó Tomás.

Ferran, alzando un poco más la voz para compensar el escándalo de los otros comensales, le dijo a Albert:

- Tendrás un sueldo, no muy elevado, y que tampoco lo vas a recibir con la regularidad de una semana o de un mes, pero que cobrarás seguro; bastante más que la media de lo acostumbrado a pagar por ahí. En cuanto a tu padre, si le conviene y lo desea, tendrá un trabajo menos duro y penoso que su actual ocupación: el de conserje de un banco, donde hay posibilidad de ascender. Ya recibirá una carta con el ofrecimiento; de momento es lo máximo que hemos podido conseguirle. Hay gente, entre los que se fueron a San Sebastián, muy simpatizantes de los ingleses... Teléfonos, direcciones, nombres..., los aprenderás de memoria; no llevarás contigo ni tendrás en casa agendas con señas de nadie, ni de compañeros de lucha ni de otras personas no implicadas en el asunto... A mí, ni me has vuelto a ver desde la guerra... Este verano trabajarás ayudando a Tomás, que también te enseñará a conducir coches y camiones, de forma que en septiembre puedas presentarte a los exámenes de conducir esos vehículos.

- ¿Y si me suspenden?

- No te preocupes que eso no ocurrirá. Todo está bien organizado para que no te suspendan, y por lo que a nosotros respecta, aprenderás a conducir los coches y camiones con los ojos cerrados. Tomás y otro mecánico te instruirán en lo referente a motores y a reparaciones. También Tomás te irá enseñando todo lo que se debe hacer con los pilotos, indicándote los lugares de recogida, escondites, puntos de entrega, medidas de seguridad... Bueno, veo que está llegando más gente; pues ¡a interrumpir la conversación e irnos de aquí ¿Cuándo tienes el próximo examen?

- El sábado por la mañana.

- Buen día para nosotros. Pues a las doce te recogeremos en el mismo lugar que hoy y hablaremos un tiempo aún más largo.

Ferran – o Cándido – pagó la cuenta y salieron del restaurante.

En el coche, Albert preguntó a Ferran:

- ¿Se puede saber quién es el cura? Me extraña eso de la Iglesia metida ente nosotros.

- Pues bien que lo conoces. Se trata de mi tío, Mossén Cugat Verdú, ese cura grueso y más bien bajo que vive enfrente de tu casa; el hermano de mi madre.

-¡Ah, sí!, ése volvió hace un año. Se fue a Francia al comenzar la guerra. Según decía mi padre, había un grupo que lo quería matar, no quedándole otro remedio que huir. Gente de la Generalitat lo ayudó. Al volver, mi padre quiso entregarle parte de las cosas que tu familia nos dejó; digo parte, porque algunas tuvimos que venderlas para sobrevivir a raíz de la caída de Barcelona. Pero sólo aceptó algo de vajilla, cacharros de cocina y unas pocas mantas y sábanas. Por cierto, el terno, la camisa y la corbata que llevo puestos son tuyos. Mi madre le hizo los arreglos para que me sirvieran. Los zapatos son de tu padre; los tuyos son demasiado grandes para mis pies, que son los que le van bien a mi padre. Gracias a eso voy bien vestido a la Universidad. Toda esa ropa ha sido un gran ahorro para nosotros en estos tiempos difíciles. Si necesitas algo, te lo devolvemos enseguida.

- No te preocupes por esas cosas, puedes quedártelas... ¿A dónde me las llevo?.. Fui yo el que acompañó a mi tío Cugat y a otro cura al puerto para que embarcaran con rumbo a Marsella. Fue el ocho de septiembre de aquel treinta y seis. Mi compañero Ernest acompañaba a otro grupito para sacarlos de Barcelona. Ernest era el novio de aquella enfermera a la que ayudabas durante la guerra en la clínica. ¿Los recuerdas?

- Pues sí, aunque no había vuelto a pensar en esa pareja desde entonces.

-En cambio, ellos sí que se acordaban bien de ti. Sobre todo Solé... De eso ya hablaremos en otra ocasión. En lo referente a mi tío, he de decirte que cuando llegamos al puerto, allí me encontré con varios estudiantes conocidos míos, de buenas familias, muy conservadores y reaccionarios, que estaban esperando los controles de sus pasaportes para subir al barco haciéndose pasar por extranjeros para a ser repatriados por mar a sus países de origen por causa de la guerra. Llevaban en sus sombreros las banderitas de los países por los que pretendían que se les tomase por nacionales: unos, argentinos, otros, uruguayos, otros, brasileños... Yo, vestido de jefe miliciano, no pude menos que reírme, cosa que bien notaron al verme aquellos ultrarreaccionarios, con los que había tenido enfrentamientos, a veces serios, poniendo caras de ábrete tierra y trágame por el miedo de que los fuera a delatar. Pero no lo hice, aunque alguno me cayera muy mal; no era tan canalla como para eso. Ernest acompañaba a tres personas que se habían escondido en la clínica donde

trabajaba Rosé, y a uno más... Abusando de nuestra condición de jefes milicianos, pasamos primero a nuestros protegidos... Ya estamos en la Avenida del Tibidabo, aquí te dejamos. ¡Hasta el sábado!, y no lo olvides, ¡muy importante!, estos encuentros y conversaciones nunca han tenido lugar... Trae contigo dos fotos de tamaño carnet; las necesitamos para un documento que te entregaremos.

Se había metido en un buen lío, de eso estaba plenamente convencido Albert, mas no sentía temor alguno a pesar de no considerarse ni hombre valiente ni echado para adelante, cualidades muy diferentes a las de Ferran, poseedor también de las de locuacidad y de capacidad de persuasión. ¿Qué sentía en este momento en que se embarcaba en una aventura de cierta envergadura? Pues la misma indiferencia que experimentó cuando se dirigía hacia el frente en el tren que lo llevaba al Ebro: ni alegría ni tristeza, pero con la sensación de que lo que no pudo hacer entonces, en el treinta y ocho, lo haría ahora, en el cuarenta y uno.

IV

El sábado, Albert Forn, después de tomar un café para recuperarse del último examen, se dirigió al lugar de la cita, donde a la hora prevista apareció el coche con los dos nuevos compañeros de lucha. Esta vez no fueron a un restaurante, sino a un una casa de la calle Córcega, próxima a la Facultad de Medicina, en la que entró el coche por una puerta de garaje, siendo Ferran el encargado de abrirla y de cerrarla. La mayor parte de la planta baja del edificio la ocupaba un almacén de tejidos de ventas al por mayor.

Ya cerrada la puerta del garaje, por una puertita al fondo, entraron en un pequeño recinto donde subieron por una escalera de caracol que les condujo al piso superior, mientras Ferran decía:

- Por esta escalera solamente podemos subir nosotros y los pilotos. Este piso está completamente aislado del edificio, y será uno de los pisos camuflados como escondites para los pilotos y demás huidos recogidos en los Pirineos, hasta que los ingleses se puedan hacer cargo de ellos. Con eso de que las viviendas están bajo control, aquí vive, oficialmente, alguien, profesional de la marina, que está navegando en viajes de larga distancia. Como verás, es amplio y cómodo, con buen mobiliario, y donde convivirán, aunque quepan más personas y haya más camas, hasta cinco. Superar ese número, no conviene, porque traería problemas de hacinamiento, tanto para la salud mental como física de gente en proceso de recuperación. Esto está considerado como una clínica de lujo también. Aquí tienen dos buenos aparatos de radio con auriculares. Deberán turnarse para escuchar. Si fuera un aparato que se pudiera oír sin auriculares, si el sonido lo ponen muy alto, y en inglés, podrían levantar sospechas ¿Tienes aparato de radio en casa?

- Nada menos que dos. El de mi padre y el de vosotros.

- Esos son de poca potencia. Aquí tienes este vale. Con él, vas a este taller en lo alto de la calle Aribau, donde te entregarán uno mejor y de

mayor alcance para cuando haga falta. A mí, en la escuela de saboteadores también me enseñaron morse, que ya llevaba algo aprendido de España, y a reparar emisoras pequeñas y radios. Seis meses estuve en esa escuela. Aquello eran, bien se puede decir, veinticuatro horas de formación, sin descanso, al día. Por todo lo aprendido en las campañas de España y de Francia, me resultó más fácil que a otros.

En esto apareció Tomás con comida fría: salchichón, latas de sardinas, uvas pasas, pan y vino, y comenzaron a comer.

Mientras comían, Ferran explicaba a Albert pormenores de la misión a realizar en la frontera, que consistía en suministrar víveres y pertrechos a los puestos fronterizos de la Guardia Civil, situados en lugares alejados de poblaciones, con camiones, que al mismo tiempo servían para evacuar a los refugiados.

- Pero..., ¿no hay peligro de guerrillas por esos lugares? Suministrando a esos puestos fronterizos, somos objetivos preferentes para guerrilleros – objetó Albert.

- ¡Qué va!...Esa zona está completamente despejada, y nosotros tenemos el camino libre para actuar. Las guerrillas están en otros lugares haciéndole la puñeta al Régimen para que no se atreva a ponerse del lado de los alemanes...Los guerrilleros tampoco quieren ponernos obstáculos...No les interesa, porque lo que hacemos les es muy útil... Esos camiones tienen un compartimento secreto donde son transportados los huidos. Una vez en Barcelona, se les pone en contacto con los ingleses para que les arreglen los trámites de sus traslados a Gibraltar o a Lisboa... Para ti, ni los ingleses de Barcelona ni el Consulado Británico existen. De esa labor se encargarán otros; por lo menos, de momento. Se intenta acabar con eso que hacen algunas redes de dejarlos abandonados en estaciones de tren o en calles de Barcelona. Los aviadores, como he dicho, son muy valiosos, y bien lo demostraron el verano pasado, de lo que tendrás noticia. Aparte de los documentos legales, que es con lo que se intenta dotar a los pilotos, habrá otros que no lo son, pero son tan perfectos como los anteriores. Los servicios secretos de la mayor potencia de la Tierra, el Reino Unido, son los mejores de este planeta, y se gastan en ellos casi tanto como en cualquiera de sus tres ejércitos..., pero no debes saber sino lo indispensable – en este momento Ferran interrumpió sus explicaciones para sacar un sobre del bolsillo, y entregándoselo a Albert, le dijo:

- Ahí van tus dos primeros sueldos, y, también, dinero para los gastos que te puedan ocasionar los traslados. Esto no significa que te hayas

convertido en un mercenario ni que lo hagas por ánimo de lucro. Cuando Tomás te dé el permiso, podrás llamarlo por teléfono, si es que algún día te lo da. Nunca le telefonearás desde tu casa; tampoco a ningún otro de la organización, ni por muy grave que sea el caso. Siempre lo harás desde un teléfono público, utilizando claves convenidas entre Tomás y tú ; por ejemplo: cuando te diga Plaza de Cataluña, quiere decir Plaza de la Universidad; cuando diga Lesseps, será la de la Bonanova..., y usando tu nombre de guerra cuando no estás en casa, y siempre que las circunstancias lo permitan... Esto lleva tiempo para ponerse al tanto. Ya tendrás todo el verano.

Aquí concluyeron las explicaciones por aquel día, y acabada la comida, la conversación continuó recordando otros tiempos.

- ¿Cómo saliste con vida de lo del Ebro? – preguntó Albert.

- Pues de puro milagro, como he sobrevivido durante estos últimos años, y si salgo con vida de lo que ahora tengo entre manos, acabaré hasta creyendo en ellos... Es un decir... Todos aquellos combates fueron muy duros... Estábamos en una línea defensiva, cuando un bombardeo aéreo muy intenso acabó con casi todos mis hombres... Lo cierto es, y según mis cálculos, que sólo pudimos escapar de aquel infierno cinco: un cabo y yo, y en el otro extremo, al final de la línea, otros tres soldados. A estos tres supervivientes los vi correr como galgos intentando salvarse, y yo me disponía a ayudar al teniente que estaba conmigo, Andrés Sanjusto se llamaba, y que yacía inconsciente y cubierto de tierra, aparentemente muerto, cuando el cabo me agarra del brazo y, con un fuerte tirón, me grita:"¡Corra, corra, capitán, que los legionarios se nos echan encima!". Y salimos huyendo de allí atravesando una barrera de bombardeo, esta vez de cañones, saltando de hoyo en hoyo, de los hechos por las bombas al explotar, por aquello de que un proyectil no cae dos veces en el mismo agujero, y también para protegernos de las ondas explosivas, de forma que el intenso calor de la tierra bombardeada nos quemó las piernas.

- En tu compañía, conmigo había cuatro compañeros de mi curso de bachillerato. ¿Hay posibilidad de que hayan sobrevivido?

- No, no lo creo. Los cuatro supervivientes, incluido el cabo, eran de Reus...; de eso bien me acuerdo, y de sus nombres, pues grande fue mi vergüenza y mi pesar de haber perdido a toda mi tropa... Y poco me importaba que me hicieran un consejo de guerra y me condenaran a lo peor, pero la magnitud del desastre fue de tanta envergadura, que de mí no se ocuparon. Por las quemaduras permanecí encamado veinticuatro días en

un hospital, que fue cuando vino a buscarme Ernest, al que tú muy bien conociste, y me sacó de aquel antro.

.- No lo conocí mucho. Lo recuerdo más bien por lo que me contaba Solé de él. Al principio creí que se trataba de una bestia, luego me di cuenta de que era todo un caballero.

- Así era, y así lo fue siempre. Al acabarse lo del Ebro, nos reagrupamos, y a él y a mí, juntos de nuevo, nos pusieron en una línea defensiva para contener a los nacionales e impedir su avance, pero una mañana, sin ni siquiera decirnos adiós, las dos unidades de nuestros flancos, abandonaron el campo y nos dejaron solos. Hay que decir, y eso es muy triste, que fuimos vilmente traicionados, viéndonos obligados a batirnos en retirada. No voy a entrar en muchos detalles de cómo fue aquella debacle. Completamente desmoralizada la tropa, Enest, que era el comandante, y yo, no lo estábamos menos; muchos soldados, según pasábamos por los pueblos o cerca de ellos, como eran de esos lugares, nos abandonaban y se iban a refugiar a sus casas. Y no los tildo de desertores... Otros cayeron en combates, o consiguieron camiones para huir más rápido, y también vi, desde lejos, como los de un grupo levantaban una sábana blanca en señal de rendición. ¡Qué pena me dio ver a aquellos veinte salir de una masía con los brazos en alto! Temí que los fueran a fusilar in situ, pero se limitaron a darle dos culatazos en la espalda al sargento, el gordo Vidal... En fin, que en la retirada, sólo llegamos a Barcelona Ernest, un practicante llamado Colom, también conocido tuyo de la clínica y que estuvo toda la guerra de sanitario con Ernest, ocho soldados que no se desprendían de nosotros, aunque nada pudiéramos ofrecerles, pero que nos fueron muy útiles en la huida, y yo. Habíamos perdido un batallón en aquella retirada, que es lo que mandábamos. Tanto en el campo como en la ciudad, la gente nos miraba con respeto al ver un grupo armado, que, para impresionar más, Ernest había ordenado llevar la bandera desplegada y las bayonetas caladas, y, al llegar a Barcelona, haciéndolos desfilar en formación. En una calle vimos cómo un grupo de personas estaban tirando una puerta abajo. Se trataba de un almacén de alimentos. Tras un tiro al aire, Ernest paró momentáneamente esa acción, volviendo a los pocos minutos, con la ayuda de los soldados, a seguir golpeando y empujando la puerta. Derribada la puerta, se puso a todo el mundo en fila y se procedió al reparto, ordenadamente, de los víveres allí existentes. Por cada tres paisanos, pasaba un soldado y llenaba su macuto, hasta que nos tocó el turno a nosotros, los oficiales. Antes de una hora, como aquella no era nuestra misión, optamos por retirarnos, momento en que lo que restaba de multitud se abalanzó... En verdad, ya no quedaba mucho por distribuir... Por suerte, salimos de aquel lugar con los macutos llenos de latas y de

paquetes de galletas; hasta tres quesos cogimos. Cereales y legumbres los dejamos para los paisanos. ¿Cómo lo íbamos a cocinar? Reconozco que hicimos trampa. A nosotros nos dábamos un poco más que a los civiles, cuyas caras revelaban las necesidades que estaban pasando... pero nos lo dábamos con disimulo, y hasta nos agradecían el orden que habíamos impuesto. También nosotros traíamos hambre de semanas, y ¿dónde íbamos a encontrar el próximo suministro?

- En resumen, que conseguisteis comer – interrumpió de nuevo Albert.

- Así fue, porque llevábamos tres días de largas marchas, y forzadas, sin apenas ingerir alimentos, y ya no nos quedaban víveres... Ernest nos llevó a la clínica donde trabajaba Solé... Barcelona ya había sido abandonada por el Ejército Republicano y por la Policía. Reinaba el caos en la ciudad; vimos varios saqueos y hogueras, ardiendo y apagadas, en las calles. Aparte de los saqueadores, con poca más gente nos topamos, por lo menos por donde pasamos... Ya no había gobierno en la ciudad... Encontramos a Solé en el momento en que se disponía a abandonar la clínica para irse a su casa, situada muy cerca de allí. Estaba muy asustada. El encargado de mantenimiento nos dijo: "Lo mejor es que salgan pronto de Barcelona, porque dicen que los otros ya han entrado en L´Hospitalet". "Eso ya nos lo imaginamos, pues desde hace tres semanas nos vienen pisando los talones", le respondí. "Detrás de la clínica hay un garaje con un camión dentro; tiene gasolina, y yo, en mantenimiento, dispongo de herramientas para abrir la puerta. Los de la CNT, con las prisas, lo dejaron olvidado", nos comunicó el encargado. Solé, acompañada de Ernest, fue a su casa para despedirse de sus padres y a buscar cosas para el viaje. Al poco rato, cuando ya estaba Ernest al volante, Solé a su lado, y los demás en la caja preparados para la partida, apareció de nuevo el de mantenimiento, muy cargado con varias mantas, y en compañía de un señor demasiado elegante para aquellas circunstancias de huida desesperada, y nos dijo: " Las mantas son de la clínica y les ayudarán mucho para el frío que les espera; por favor, lleven a este señor, que es hermano del doctor Lluis y tiene que escapar...; lo dejó para última hora y no vinieron a recogerlo". El hombre subió al camión, y le preguntamos al que nos ayudó si quería venir con nosotros, pero nos respondió: "Yo me quedo; a mis años, ¿a dónde voy?, ya soy demasiado viejo para irme al extranjero...". Corriendo a toda velocidad, y tocando la bocina, unas veces, por necesidad, y otras, por diversión de Ernest, abandonamos la ciudad que olía a humo por todas partes y parecía desolada. A uno de los soldados se le ocurrió desplegar la bandera republicana, pero no como señal de avanzar, sino como de retirada y despedida.

- Lo que cuentas es extremadamente interesante y deseo conocer toda la historia, pero el martes me presento al último examen, y a pesar de que no es difícil por tratarse de un práctico, debo repasar por lo de puntuar para las notas..., y siempre hacen preguntas capciosas – le dijo Albert.

- Me parece muy bien lo de tu preocupación por los estudios, y te envidio. Los míos los abandoné, como bien sabes..., pero he continuado estudiando y examinándome. Durante el año y medio en Francia, me dediqué a estudiar el francés con bastante interés, de forma que, cuando los ingleses me examinaron de esa lengua, me dieron la máxima nota. Si añadimos lo aprendido con los brigadistas internacionales ya llevaba una buena formación en los idiomas francés e inglés... ¿Por eso me escogieron para esta misión? Probablemente, sí influyeron mis conocimientos de idiomas, y, también una recomendación...; ¿una recomendación para morir?... Ya te iré contando. El jueves volveremos a vernos, conque a eso de las ocho de la mañana, Tomás te recogerá en la Plaza de la Bonanova, junto a la iglesia, para empezar las actividades… Ya que hemos hablado de exámenes, no olvides que en septiembre tendrás otros: los de conducir. No son difíciles, y los examinadores están previamente comprados, pero deberás conducir mejor que nadie y conocer el motor del camión como la palma de tu mano.

En su casa, Albert miró el contenido del sobre. Aquello era muy superior a lo que hubiera podido imaginarse. ¡Ni en tres años lo hubiera ganado trabajando en la fábrica de Serafí!

V

A la siguiente cita, sólo Tomás fue a recoger a Albert, que le condujo a la casa de la calle Córcega, entrando, como la otra vez, por el garaje, la única puerta autorizada para ese fin.

En el piso lo esperaba Ferran, ataviado con un elegante uniforme de jerarca de Falange, con camisa azul y boina roja, y dos señores vestidos con uniformes de oficiales de barco. Eran dos pilotos ingleses disfrazados de marinos mercantes argentinos, a los que debían embarcar en un carguero de esa nacionalidad atracado en el puerto. A Albert se le vistió de falangista… y con carnet, a nombre de Sebastián Molina Pimienta.

- Esta será tu primera misión de riesgo, por así llamarla; aquí tienes un uniforme de falangista, sin rango, una cédula de identificación con tu nombre de guerra, y el carné de ese partido político. Éstos tienen también pasaportes argentinos, hechos por los británicos, por si se los piden a la entrada del puerto o al subir al barco.

Tomás se quedó en el piso, y los cuatro, con Ferran al volante del coche, se dirigieron al puerto. Al llegar a la entrada se detuvieron para que Ferran mostrara su documentación de capitán del Ejército y de jefe de Falange y los pasaportes argentinos de los dos pilotos, cosa que los vigilantes no miraron, cuadrándose y saludando, mientras les decía:

- Llevo a estos oficiales al barco argentino “Salto Grande”, gracias a ellos no nos faltará harina en los próximos meses.

- ¡A sus órdenes, mi capitán, puede seguir! – le dijo uno de los guardias sin más comprobaciones.

-A esos guardias antes los llamaban carabineros, pero ese cuerpo ya ha dejado de existir, según me contó Tomás que aún los sigue llamando así – explicó Ferran.

Durante el trayecto hasta el barco, Albert se fijó en los caparazones y en otras chatarras, herrumbrosas ya, de los restos extraídos del fondo del puerto, pertenecientes a barcos hundidos durante la guerra, y que yacían ahora sobre los muelles. Algunos operarios, con sopletes, intentaban dividir las partes para que se los pudieran llevar los camiones, que iban siendo cargados según los trozos fueran apropiados para el transporte. No recordaba haber estado en los muelles desde antes de la guerra, y le pareció demasiado aquella chatarra.

Al pie de la escala del barco se despidieron de los pilotos. Como el barco estaba a punto de partir, ya los guardias de aquella zona se habían retirado, por lo que nadie pidió documentación en el lugar de atraque. Arriba los esperaba el capitán, al que desde tierra saludaron los dos españoles, correspondiéndoles con otro saludo, mientras daba órdenes de iniciar la maniobra de desatraque y se soltaban las amarras.

- El funicular de puerto parece dañado aún; no debe funcionar. Subí dos veces a él antes de la guerra, ¿y tú? – dijo Ferran.

- Una sola vez, y me pareció una maravilla contemplar el panorama del puerto y de la ciudad desde arriba – le respondió Albert, añadiendo – : Eso de disfrazarse con uniformes, a decir verdad, es una cosa difícil de comprender. La considero hasta un poco cursi.

- Yo tampoco lo entiendo del todo, y hasta me opuse a eso, pero pertenezco a una organización. He tenido que obedecer... Por lo visto hay otras razones difíciles de explicar, o que no debemos saber. Y de otras cosas tendré aún que disfrazarme.

De vuelta, al pasar el control, los saludos de rigor con los carabineros; y ya fuera del área portuaria, Ferran dijo:

- Los uniformes son muy útiles en las circunstancias actuales en que son los militares los que mandan..., y en todas partes y ocasiones infunden respeto... Los ingleses quieren que me habitúe a usarlos con naturalidad; y por eso, este... carnaval, por así llamarlo. Paremos aquí para ver salir el barco – no esperando demasiado, porque apenas tardó en iniciar la maniobra de partida, no retrasándose menos Ferran en arrancar el motor y continuar con la disertación a su discípulo –: Ayer metimos a tres, confundidos con los estibadores, cuestión nada fácil por la fuerte vigilancia que había... Hoy, como no se hacía carga ni descarga, y tal vez porque el barco ya iba a salir, no había ningún guardia en la zona de

atraque... Al pasar cerca de Gibraltar, un barco de guerra inglés lo detendrá y se llevará a los pilotos. Ese abordaje no llamará la atención a los españoles porque lo hacen casi siempre, según tengo entendido. Te he traído conmigo para ver tu reacción psicológica ante la primera misión comprometida de tu nueva vida. Has reaccionado bien, y te doy el aprobado.

De nuevo en el piso, Tomás estaba preparando algo de comer, pero esta vez auténtica comida, y Ferran continuó hablando sobre su huida:

- Mientras se hace la comida te contaré lo acaecido hasta la frontera, aunque no pueda dar todos los detalles de aquel éxodo... o desastre. Por la carretera ya no podíamos ir tan deprisa como en la ciudad. Personas, carromatos, y algún que otro camión o coche retrasaban nuestra marcha. La gente iba a ponerse a salvo donde fuera; no todos se dirigían a Francia como nosotros, pero sí la mayoría. Hacía frío sobre aquella caja de camión y nos cubrimos con las mantas. “¡Recomendados! ¡Ellos, en camión, y nosotros, a pie!... ¡Y son militares! ¡Poca vergüenza!”, nos gritaba la gente que huía, entre otros insultos, que es mejor no mencionar; pero debíamos ir rápidos y alejarnos de Barcelona a toda prisa. Ernest era comandante, y yo, capitán; no nos hacía ninguna gracia ir a un pelotón de ejecución... Al llegar a Moncada i Reisac, nos compadecimos de dos familias con niños y las recogimos. Ahora íbamos muy estrechos, porque el camión era pequeño..., pero marchábamos. Poco avanzábamos, y menos al llegar la noche, en que tuvimos que detenernos porque las luces no se encendían... Nos paramos en el borde de la carretera, y con dos de guardia, que nos turnábamos, menos Ernest que tenía que conducir, debiendo pasar la noche en la cabina, e intentamos dormir en unas posiciones muy incómodas, apretujados unos contra otros y cubiertos con las mantas, ¡que bendito favor nos hicieron...! Al aclarar el día y reemprender la marcha, se encaramaron al camión cinco soldados: dos que iban sobre las estriberas de la cabina, y tres en el hueco entre ésta y la caja. No sé cómo se podían mantener. A la altura de Sant Celoní, nos dio el alto una patrulla, mandada por un teniente, que decía pertenecer a un batallón que estaba cubriendo la retirada, y nos preguntó si quedaban muchas unidades rezagadas. Les contestamos que nos parecía que éramos los últimos, y que mejor era, si no tenían mucha fuerza, que se replegaran, porque llevábamos ya muchos días con los fascistas pisándonos los talones...; desde que aniquilaron a nuestro batallón. Inmediatamente aquel teniente dio la orden de recoger y de retirarse, enviando aviso a los demás para que fueran haciendo lo mismo. Unos diez kilómetros más allá, un avión enemigo nos atacó. Lanzó dos bombas cerca de la carretera que no causaron daño, pero dio la vuelta y comenzó a ametrallarnos, matando al soldado que iba colgado a la cabina

por el lado izquierdo y reventando el neumático de una rueda. Por suerte, había recambio; tardamos una hora en cambiarla. Al puesto vacante sobre la estribera izquierda, se subió otro enseguida, a la que saltó con el camión ya en marcha, que comenzaba resentirse de tanto peso. Entonces lloviznaba, añadiendo la mojadura al frío. Otros camiones salían de caminos adyacentes, con lo que se formó una buena caravana de vehículos rodeada de personas que iban a pie. A bocinazos nos abríamos camino.

En esto Tomás trajo el estofado de carne con patatas y se pusieron a comer. Al acabar, Ferran dijo:

- Ahora me voy a dormir la siesta un rato. Luego continuaré el relato, pues aún queda mucho que contar, y conviene que lo sepas.

Albert, con los auriculares puestos, se puso en el aparato de radio a localizar emisoras extranjeras hasta sintonizar la BBC de Londres que transmitía noticias en ese momento.

Ferran, al despertarse, se fumó un cigarrillo, y mientras los tres tomaban el café, auténtico café de Guinea, que también había preparado Tomás, comenzó a relatar la última parte del viaje:

- Íbamos dejando atrás la sierra del Montseny con su Turó del Home y la Selva, lugares que varias veces recorrí a pie, por un carretera cada vez con más gente, mirando al cielo por si alguno de los aviones que sobrevolaban en las alturas se le ocurría volver a descender para atacarnos, y teniendo cuidado de no atropellar a tanto fugitivo..., cuando antes de llegar a Gerona, una patrulla, con los fusiles apuntándonos, nos detuvo y nos requisó el camión para transportar heridos. Les dijimos que para eso no hacía falta que nos apuntaran, y les pedimos, por favor, que no obligaran bajar a las familias con los niños, a lo que accedieron. En fin..., tuvimos que seguir a pie... ¡Y faltaban muchos kilómetros hasta la frontera! Pero aquella noche pudimos alcanzar Gerona, dormir en una casa, guarecernos de la lluvia y calentarnos algo. La casa era de la familia de uno de los soldados que venía con nosotros. "Ayer se marcharon a Francia; me dejaron la llave por si llegabas...; yo no esperaba que fuera tan pronto", dijo el vecino de la planta baja al soldado propietario. Allí había una saca con lentejas y una lata de carne. Encendimos el fogón con unas sillas que rompimos y cocimos las lentejas, con lo que pudimos calentamos el cuerpo y el estómago. En la sala había una estufa, y como el soldado propietario había decidido pasar a Francia, rompimos otros muebles para calentarla. Agotados como estábamos, preferimos retrasar la marcha dos días. Un poco recuperados, reemprendimos la huida hacia la frontera. Llevábamos

una lechera con las lentejas cocidas sobrantes para comerlas durante el trayecto. Suponemos que las lentejas y la lata de carne, las dejaron los padres por si llegaba el hijo... En fin, tardamos tres días en alcanzar Le Perthus, en Francia. Humillante fue el paso de la frontera, y ver la entrega de las armas. Nosotros no las entregamos porque las rompimos con piedras antes de pasar.

En esto se oyó el ronquido de Tomás, que ya, conociendo la historia, se había quedado dormido.

- ¡Despierta Tomás que esto no lo has oído aún – le gritó Ferran, despertándolo, y continuó el monólogo –: Con aquel tumulto de gente sólo quedamos unidos seis: el soldado de la casa de Gerona, Ernest, Solé, el practicante Colom, el desconocido, cuyo nombre era Genís Lluis, y yo. Los otros se nos extraviaron; ya daba lo mismo... Desde Le Pethus bajábamos en una gran columna, como si fuéramos prisioneros de guerra, custodiados por soldados franceses armados y con sus bayonetas caladas, en dirección a campos de concentración. En verdad, la vigilancia no era mucha, por lo que Genís, que muy poco había hablado durante el viaje, en una curva, nos dijo: "¡Corramos ahora y escondámonos detrás de ese muro!". Luego, agachados, nos alejamos de allí hasta que pudimos erguirnos detrás de uno árboles, siguiendo un camino que nos condujo a un pueblo. Entonces nos dimos cuenta de que se nos había adherido una persona desconocida: un sargento de ingenieros madrileño. "En la zona fronteriza somos demasiados, y la iremos a pasar mal en este lugar; cuanto antes y más nos alejemos de ella, mejor. La gente debe estar asustada con la avalancha, e intentemos ahorrarnos lo del campo de concentración... Allí hay un pequeño pueblo; esperen ustedes aquí escondidos, mientras Solé y yo procuramos encontrar una solución", nos volvió a decir Genis Lluis, que a pesar de la odisea iba aún muy bien vestido, y, acompañado de Solé, entró en la aldea, de donde volvieron a la media hora con una furgoneta que nos llevaría a Toulouse. Según nos contó Solé, le había ofrecido al dueño, el panadero del pueblo, una buena cantidad de dinero francés por el transporte, y gracias a que los dos iban vestidos de civiles, despertaron pocas suspicacias entre la población, encontrando una rápida compresión entre los lugareños. Si hubiéramos ido los uniformados, todo hubiera sido diferente. También nos trajo pan y leche. Muy estrechos íbamos, pues teníamos que compartir aquel pequeño recinto con tres sacos de pan que dejó en dos caseríos próximos.

En este momento, Ferran interrumpió su disertación y encendió un cigarrillo.

-Fumas mucho Ferran – le dijo Albert.

-¡No...!; sólo ocho al día, y éste es el tercero. Antes fumaba más, pero lo voy reduciendo. El mes próximo será menos, y así hasta que lo deje por completo... Pero volviendo a lo que contaba, al preguntar a Genís Lluis sobre el origen de aquel dinero, me respondió que era dinero de la República, procedente de la venta de naranjas a Francia, y que estaba destinado a la importación de medicamentos. "Nosotros somos ahora la República, y tenemos el deber y el derecho de usarlo en nuestro beneficio. Esto nos salvará hasta que lleguemos a París; la tan rápida huida me impidió utilizarlo. A lo largo del viaje he podido comprobar que ustedes son de confianza...", y nos contó más cosas aquel alto funcionario del Gobierno, que tan bien se estaba portando con nosotros en tan difíciles momentos... El sargento madrileño resultó ser un estudiante de peritaje de minas que se había dedicado toda la guerra a colocar explosivos y minas. "Me criticaban el que gastaba mucho en las tan largas mechas que usaba, pero gracias a eso estoy aquí", nos contaba. Amigos franceses tenía Genis Lluis en Toulouse, porque nos alojó en una casa con calefacción, nos consiguió comida y vestido nuevos, y a los cuatro días, ya recuperados del viaje, nos llevó en tren a París, alojándonos en otra casa caliente y con comida. Antes de dos semanas ya estábamos trabajando todos, aunque ilegalmente: los hombres, en un almacén de empaquetado de alimentos, y a Solé le consiguió un puesto de enfermera en una clínica privada. Muchas y muy buenas relaciones debería tener el señor Lluis en la capital de Francia, porque no tardaron en legalizarnos, y él, en ocupar un importante puesto en la empresa de empaquetados. Decían que, en el sur, los españoles no eran bien acogidos, pero, en París, la población, por regla general, nos veía con simpatía, y tenían consideraciones con nosotros. Era natural..., al no ser tantos... ¡Pero no fueron pocos los que murieron en aquellos campos de concentración...! – hizo una pausa, dio un suspiro y continuó:

"El señor Lluis no nos abandonó a nuestra suerte, pues en abril nos dijo que, para que no nos aburriéramos y olvidáramos la pena de la derrota, con el dinero que le quedaba de las naranjas nos costearía unos cursos de seis meses en una academia particular dedicada a enseñanza profesional, en horarios nocturnos, que bien caros costaban; así, aparte del oficio que aprendiéramos, mejoraríamos nuestro francés, con lo que conseguiríamos mejores oportunidades de trabajo, en la misma empresa en que estábamos o en otra. A mí, como sabía bastante francés e inglés, me inscribió en un curso de correspondencia comercial en esas dos lenguas, con dactilografía, cuyo conocimiento ya bien dominaba, además de algo de contabilidad, con lo que, al acabar, daba por seguro el poder ocupar un cargo en la administración de la empresa. A los otros, los inscribió en un curso de

electricistas, menos a Ernest, que prefirió matricularse en uno de dibujo artístico y de pintura al óleo, como decía que era su verdadera vocación, y que no la iba a desaprovechar en París, centro mundial de todas las artes. A Solé, debido a sus horarios de trabajo, no le permitieron hacer un aprendizaje similar, pues las horas lectivas duraban dos horas y media a partir de las siete de la tarde. Según acabaron los cursos, comenzó la nueva guerra, nos movilizaron a los hombres de soldados rasos de infantería, y Solé se vino de enfermera voluntaria con nosotros. Ernest, lamentablemente, cayó cuando lo del desastre de Dunkerque. Solé, Colom y yo conseguimos huir en un barquito de pesca a Inglaterra. Del gironés y del madrileño, no sé qué fue de ellos... De nuestra estancia en la Gran Bretaña, de momento, no puedo contarte nada... Ese curso me fue muy útil para después en ese país, pues el profesor de correspondencia inglesa era un nativo británico, y muy bien me enseñó a escribir cartas comerciales de toda índole, y de traducirlas de uno a otro idioma, y con dictados... En estos días, en Barcelona, no he perdido mi tiempo: he ido al fútbol y he visto jugar al Barcelona; al boxeo; al Palau de la Música, y a un teatro del Paralelo. Y ten en cuenta que sólo te he narrado una pequeña parte de lo vivido y sufrido en aquellas batallas y huidas, porque, si contara todo, tardaría unos tres meses, por lo menos".

Esa tarde se despidieron, sin saber si volverían a verse. Albert supuso, que, ya con su misión cumplida en España, se dirigiría a Francia, el lugar más relacionado con la misión entre manos. ¿Cómo lo haría?

Dos días después Ferran cruzaba la Frontera en tren por Port Bou, con un pasaporte a nombre de un empresario suizo, residente en Barcelona, en viaje de regreso a su país.

Senderos de Águilas
Tercera Parte
Estudiante y Clandestino

VI

A las siete de la mañana, ya estaba Albert esperando a Tomás en el sitio convenido para comenzar las clases de conducir, siendo esta iniciación con un coche Citroën en un descampado del barrio de Horta, clases que se interrumpieron a los tres días para traer de los Pirineos un grupo de pilotos que había llegado. Tomás, esa mañana, muy temprano, recogió a Albert en la plaza de la Bonanova, y lo llevó a un garaje en el Montbau, donde había dos camiones azules, de marca Chevrolet, con cajas cubiertas, de madera, bien cerradas, y con puertas en la parte de atrás. Subieron a la caja del camión que no estaba cargado, y mientras Tomás le mostraba a Albert el compartimento secreto destinado a los pilotos y situado en la parte anterior de la caja, le decía:

- Durante este trayecto te daré las primeras nociones de conducir camiones y te enseñaré el camino a seguir, los lugares indicados para dejar las mercancías, y a dónde hay que ir para recoger los fugitivos. Fíjate bien en todo lo que veas. Los sábados irás a un taller de la Avenida de Montserrat para aprender a reparar motores; presta mucha atención en todo lo que te enseñen allí, porque yo sólo tendré tiempo para mostrarte las diferentes partes del motor. El mismo mecánico también te dará clases de conducir los domingos. Este verano no te aburrirás. En cuanto a tu amigo Serafí, Ferran me dijo que deberías seguir cultivando su amistad, ya que podría ser de utilidad en el futuro... El camión ya está cargado con sacos y cajas. Hoy te has ahorrado ese trabajo, pero la próxima vez vendrás conmigo el día antes para la labor de carga.

Una puertita corredera, muy bien disimulada daba acceso a un estrecho recinto, donde, sentadas en tablas y muy apretadas, tenían que ir hasta cinco personas. En el piso, levantando una trampilla, se encontraba un doble fondo para tres, que debían viajar acostados. Agujeros y rendijas

en la parte anterior e inferior permitían la entrada de aire. Más primitivo e incómodo no podía ser aquello.

- La Guardia Civil registra los camiones. A nosotros, no mucho gracias a los permisos especiales que tenemos, pero debemos tomar todas las precauciones posibles. Nunca nos han abierto la caja, les basta con nuestro permiso, pero con una sola vez que lo hagan, nos echarían a perder el negocio si no tomáramos esas medidas necesarias. Siempre debemos advertir a los pilotos, para su disgusto y mayor incomodidad del viaje, que durante las paradas no deben hablar ni hacer ruidos. Recálcalo bien en sus idiomas cuando los subas. Como no sé idiomas; llevo un libro en inglés, donde eso dice, se los enseño..., y basta, pero es mejor decírselo de viva voz. No se me dan los idiomas... No los estudio... Lo mío es la mecánica y los motores, y de eso te enseñaré algo de lo que sé este verano como ya lo estoy haciendo. Solemos transportar de siete a ocho pilotos en cada viaje que son los que caben.

- Y si son nueve, ¿qué hacemos con el último?

- Si no es alto, lo metemos debajo del asiento de la cabina, caso contrario, ya se verá sobre la marcha... Nunca me ha ocurrido. De la carga, casi toda es para los puestos fronterizos de la Guardia Civil; sólo una pequeña parte es para las poblaciones del trayecto. La compañía tiene más camiones, pero únicamente estos dos son para nuestra misión. Los otros están en el gran garaje. Allí nadie sabe de la existencia de éste del Montbau, y tú nada debes saber de aquellos. A nadie dirás que trabajas para esta compañía; y, oficialmente, no trabajas para ella. Eres una cosa aparte: no existes. Por lo del seguro, lo haces para una empresa de muebles. Ya te lo aclararé.

De esa manera acabó Tomás las explicaciones. Sacó al camión del garaje, y , después de cerrar la puerta, se pusieron en marcha hacia el norte.

Al llegar a Vic, se detuvieron junto a un almacén, donde bajaron dos cajas y subieron dos bultos. “¡Malditas cajas, cómo pesan!”, se decía Albert al alcanzarlas desde lo alto a Tomás, que a su vez decía en voz alta:

- Menos mal que hoy tengo ayuda, porque pesan lo suyo estos condenados muebles.

Ante esta afirmación de Tomás, Albert quedó algo satisfecho, ya que podía atribuir su debilidad no solamente a la falta de costumbre y el de haber realizado en su vida poco trabajo físico. El esfuerzo hecho en la

fábrica de Serafí, era el de llenar botellas y cargar cajas mucho menos pesadas. Un trabajo que en la fábrica de jabones hacían sólo mujeres, de paga ínfima, que Serafí se lo había conseguido, ex profeso, por su condición de estudiante y de la enfermedad que había padecido. Le acomplejaba el hecho de que en aquella sección, aparte del capataz, fuera el único de su sexo... Y, aunque el sueldo fuera mínimo, al no tener que pagar ni vivienda ni manutención, pudo ahorrar algo en ese verano del cuarenta.

- Los llanos, como la plana de Vic, son muy bellos, pero me gustan más las carreteras de montaña con sus paisajes agrestes. Ahora iremos subiendo, y a la derecha tendremos la depresión del río Ter... – y seguía hablando Tomás a pesar de que parecía poco hablador, por lo menos hasta ahora –. Mira allá, al otro lado del río, entre los árboles, una fábrica; ahí fue uno de mis primeros trabajos en Cataluña.

Ya bien dejada atrás la Plana de Vic, subiendo hacia Ripoll, y luego hacia Rivas de Fresser, con la depresión del Ter a su derecha, entrando aire cada vez más fresco a través de la ventana de la cabina, y pudiendo distinguir cada vez mejor la majestuosidad de los Pirineos, con cumbres cubiertas de nieve, haciéndose el paisaje siempre más bello. ¡Cuánta razón tenía un compañero que bien le había hablado de esa belleza!, pues Albert nunca había estado tan al norte de Cataluña, no pudiendo menos que compararla con el Pirineo de Huesca, en las zonas de Jaca, Canfranc y Candanchú. En el treinta y seis tenía programado, con unos amigos de Jaca, hacer un recorrido por la comarca del río Gállego, pero el Alzamiento se lo impidió... Ahora iba ya el camión por la subida de Toses, despacio, por muchas curvas, cuando Tomás decide parar el vehículo y aparcarlo en un pequeño hueco al borde de la carretera, mientras decía a su ayudante:

- Hagamos un alto en el camino para comernos los bocadillos que traje para el almuerzo; son de queso y chorizo. Otro día pararemos en Rives de Fresser para comernos unas truchas, pero hoy vamos con retraso. Ahora entramos en la Cerdaña: a la derecha tienes los Pirineos, y a la izquierda, la sierra del Cadí.

En esto, una ardilla, dando saltitos, cruzó la carretera.

- No estoy de acuerdo conque se llame esquiroles – ardillas – a esos animalitos tan simpáticos – dijo Tomás.

Albert sonrió, pero no quiso dar explicaciones sobre el verdadero origen de esa palabra, y consideraba que Tomás, a pesar de su aspecto de hombre duro tenía cierta sensibilidad.

- Sin auténtico café no podría conducir tantos kilómetros – y sacando de la cabina un termo, vertió un poco del líquido negro en dos vasitos metálicos, que se bebieron, poniendo acto seguido el motor en marcha –. Deberás hacer lo mismo cuando vengas sólo, si no correrás el riesgo de quedarte dormido, cosa muy peligrosa al volante. Desde ahora prestarás mucha atención a todo lo que veas, pues es imprescindible conocer la comarca mejor que el centro de Barcelona. Allí tienes el Puigmal, el pico más alto de los Pirineos en esta zona, de unos tres mil metros de altura – y le siguió mencionando nombres de picos y lugares que no había oído nunca, o que tenía ya olvidados, como Tossa d´Alp, la Molina, Puigllançada..., añadiendo –: Cuando lleguemos a Barcelona te daré unos planos con la descripción de todo el territorio, desde Camprodó hasta la zona de la Seu de Ugell. Estúdialos bien, no te olvides. La zona fronteriza con Andorra es muy importante. Aquí tengo un plano, pero es algo elemental, y faltan detalles, que no deben figurar por motivos de seguridad. Los antiguos contrabandistas andorranos ahora hacen el negocio con personas, y son los mejores guías. Y te repito, presta mucha atención a lo que veas y te enseñe, porque de esa forma lo comprenderás mejor en el mapa.

Así llegaron a una gran llanura donde estaba Puigcerdá, y que se extendía más allá de la frontera, hacia Francia. En un almacén de la ciudad de Urgell descargaron los bultos recogidos en Vic y una caja traída de Barcelona, cargando otras dos para entregar en los destinos finales. Luego continuaron viaje hacia el oeste, y desviándose por caminos laterales, en malas condiciones, llegaban a los diferentes puestos de la Guardia Civil, donde eran recibidos con la natural alegría de quienes viven completamente aislados.

- ¡Caramba, Tomás! ¡Tienes un nuevo ayudante! – le decían los que recibían las provisiones.

- Pues sí, y me es de gran utilidad, y cuando yo no pueda venir me sustituirá; eso será desde que le den el carnet de conducir. Se llama Albert; buen muchacho – y reemprendida la marcha, Tomás seguía dando consejos –: A algunos puestos no podemos llegar. A esos lugares necesitan transportar las provisiones a lomo de mulos. Sé siempre amable con ellos, y procura hacerles los gustos, así como favores si te los piden, como llevar algún paquete a Barcelona, cosa que rara vez ocurre...

Como se metían en terrenos boscosos, Albert podía apreciar la vegetación de la parte baja de los Pirineos que iba reconociendo a pesar de los cinco años de ausencia: chopos, sauces, fresnos, alisos, abetos, hayas...

Ya servidos todos los puestos, casi anocheciendo, volvieron a la carretera principal, donde se encontraron a una pareja de la Guardia Civil que venía patrullando en sentido contrario, a la que saludaron, y Tomás explicó:

- Después de esa curva está el camino que nos lleva a los pilotos. Gracias a la curva, la Benemérita no detectará la maniobra que hacemos de introducirnos en el bosque, porque nos desviamos de la hoja de ruta, y los guardias civiles la conocen. Si nos detectan alguna vez debemos ingeniárnoslas para inventarles una mentira. Piensa en ello, y vete ya buscando esas ocurrencias; lo mejor es una avería. No es corriente verlos por aquí patrullando, y menos a estas horas.

Poco después, el camión torcía a la izquierda, metiéndose por un camino por el que sólo cabía el vehículo, y donde, después de un buen trecho, se detuvo en un pequeño claro.

- Aquí podemos dar la vuelta. Cincuenta metros más allá se encuentran los aviadores, refugiados en una ermita de cuya existencia ya nadie se acuerda. Tiene una imagen de San Antón, de Dios sabe cuándo. Nos quedaremos a dormir la noche aquí, en la caja del camión. Mañana tendremos que cargarla con cajas de embutidos y de quesos en Puigcerdá. Si no volvemos cargados, no nos dan combustible; es lo acordado y es obligatorio, porque Barcelona necesita mucha comida.

Parado el motor, se podía oír el murmullo de un arroyo cercano, que unido al fresco y a la humedad de la tarde, y a la fina bruma que envolvía aquel ambiente, alegró a Albert, recordándole sus anteriores excursiones al Pirineo Aragonés. Entre la bruma, pudo distinguir a un hombre con vestimenta de pastor acercándose.

- Es el guía andorrano – dijo Tomas al tiempo que lo saludaba y lo presentaba a Albert.

Tomás le dio una bolsa con comida al guía, que volvió a ponerse en camino hacia el lugar de donde vino, seguido de los dos camioneros. La bolsa entregada al guía era para paliar el hambre de unos hombres que habían hecho un tan largo, difícil y peligroso trayecto por montañas, vericuetos y territorio enemigo, y que por esas razones viajaban ligeros de

equipaje y con poca comida, para ir más rápido y cansarse menos. El frío de la noche bien se dejaba sentir.

"La próxima vez traeré algo más abrigado", se dijo Albert

Siguiendo un camino, casi imperceptible, llegaron a la ermita, donde estaban ocho pilotos, iluminados por un quinqué, sentados alrededor de una estufa, que, sin afeitar y demacrados, no daban buen aspecto. Con más de cien kilómetros recorridos a pie y mal comidos, mucho agradecieron las provisiones y el coñac que les trajo Tomás. Siete eran ingleses, y uno, francés. Durante la cena, los recién llegados hablaron mucho con Albert, buen conocedor de las dos lenguas, quedando en que a la mañana siguiente saldrían muy temprano. En este momento, Tomás le entregó al guía un sobre con dinero.

A la media hora de terminar la cena, ya cansados y somnolientos todos, el conductor y su ayudante volvieron al camión. Con las gotas de agua de una llovizna, el suelo se había vuelto muy resbaladizo, cosa que se agravaba con la niebla y la oscuridad, viéndose obligados los dos hombres a caminar agarrados a las ramas de los árboles.

- Tienes que ir acostumbrándote a ir a tientas por estos lugares – dijo Tomás al llegar – .¡Huy! ¡Cómo me duele esta rodilla! ¡Con esta humedad! Por algo me dieron el título de caballero mutilado.

- Buena cantidad de dinero iba en el sobre que le entregaste al guía -- dijo Albert.

- Es verdad; así tiene que ser. Es para él y para los que lo ayudaron. Una parte se les paga en Francia, y otra, al entregar la mercancía. Allá, en francos, aquí, en pesetas. ¡Uf..., la pierna cómo duele! ¡Me voy a untar esta pomada a ver si se me alivia!... También me tomaré dos aspirinas.

- Tú te quejas de la pierna, y yo, del frío.

- Pues tápate bien con las mantas; así pronto entrarás en calor.

Y mientras los dos estaban bien tapados en el suelo de la caja del camión, Albert preguntó:

-¿No llevan armas los guías?

-En Francia van armados, pero en España, no. Si los cogen con armas aquí, los considerarían bandoleros e irían a un pelotón de fusilamiento. En Francia, en cambio, un fusil podría salvarles la vida. Se la están jugando. No olvides de advertir mañana a los pilotos que durante el trayecto no deben hablar alto ni armar ruido con sus movimientos, y una vez parado el camión, guardar silencio absoluto, como si nadie estuviera en la caja. No nos detendremos sino en dos sitios convenidos. Lamentablemente, el viaje no les resultará nada cómodo, pero menos peligroso que el de a través de Francia.

Antes de dormirse, Albert se acordó de que hasta ahora no había sentido el menor temor. ¿Cómo sería mañana transportando una carga peligrosa? Oyó que llovía, y con el arrullo de esa lluvia sobre el techo del camión se fue quedando dormido.

Tomás, a pesar del dolor, también se durmió. Al día siguiente dijo que con el calor de las mantas y la pomada se le había pasado el malestar... También el tiempo había mejorado y hacía un sol radiante,

* * *

El traslado de los pilotos a Barcelona se hizo con una única novedad: la de pasar un control. En Puigcerdá cargaron las cajas de embutidos y quesos como era la orden, y también adquirieron, a precio de mercado negro, pero más baratos que en Barcelona, esos productos para alimentar a los refugiados.

- Esta comida no es fácil de conseguirla en Barcelona, por eso aprovecho esta ocasión también para comprarlos yo también. Por el camino hay dos masías en que suelo adquirir mongetas, patatas, butifarras y otros alimentos. Esa es una de las ventajas que tenemos con estos paseos al campo. Tú debes hacer lo mismo para tu familia. Ten en cuenta que ahora escasean, pero pronto se notará más su falta. No desaproveches los viajes– advirtió Tomás a Albert.

Antes de llegar a Rivas de Fresser, un control de la Guardia Civil les dio el alto para comprobar si la mercancía que transportaban coincidía con el albarán. Tratándose de un camión que les prestaba un servicio, al abrir la puerta de la caja y sentir el olor de los embutidos, los guardias no hicieron más averiguaciones. Pasado Ripoll, el camión se desvió de la ruta y fue a detenerse detrás de una masía abandonada y semiderruida, donde los

pilotos bajaron durante una media hora para desentumecerse, estirar las piernas, comer y hacer sus necesidades. Después de pasado Vic, se hizo otra parada pero mucho más corta. Llegando a Barcelona a media tarde.

En Barcelona, a la mitad de los pilotos se les alojó en el piso sobre el garaje de Montbau, y a los otros, en el de la calle Córcega, a donde fueron trasladados en el coche Citroën utilizado para las clases de conducir. A Albert le correspondió el recordarles las normas de comportamiento hasta le evacuación.

- Esto de dos pisos es un error y un trabajo excesivo para nosotros. Ni a ellos les gustará esa división. Yo me encargaré de los del Montbau, y tú, de los de calle Córcega, ocupándote de comidas, suministros, recogidas de basuras, así como de otras necesidades... – dijo Tomás a Albert.

A la mañana siguiente, Tomás, con una cámara fotográfica Leica, les hizo fotografías a todos para los pasaportes y los salvoconductos. Mossén Cugat sería el encargado de hacer los trámites de ese papeleo y de prepararles la evacuación. También Albert se acercaba por el piso del Montbau para ver las necesidades de los allí residentes. Sus libros en inglés y los de la familia Sagarra fueron a parar, poco a poco, a manos de los pilotos.

Era la primera vez que Albert mantenía conversaciones con aviadores, esos hombres que volaban tan alto, de un valor extremo, para los que la palabra miedo no podía existir, y así moverse mejor en el aire, esquivando lluvias de balas y de metralla del enemigo, mientras ellos también atacaban. ¿Qué tipo de reflejos tendrían aquellos hombres?... En verdad, su imaginación no llegaba a comprenderlo. Todos eran muy jóvenes, aproximadamente de su edad, menos uno que debería rondar por los cuarenta, muy poco hablador, y que, por su aspecto, debería ser el jefe. Albert se sentía muy poquita cosa ante aquellos hombres a los que consideraba como superhéroes.

- Parece gente muy tranquila para la misión que tienen entre manos – comentó Albert a Tomás.

- Agotados como están, son tranquilos, pero cuando recuperen las fuerzas lo serán mucho menos, y si toman bebidas alcohólicas, lo serán menos aún; por eso hay que racionárselas. Mañana por la tarde llevaré a los cuatro de Córcega al puerto; saldrán en un pesquero. Me acompañarás y servirás de intérprete, caso de que se ofrezca hablar.

En un furgón, escondidos detrás de redes y otras artes de pesca, llegaron los pilotos a la zona pesquera en compañía de sus dos cuidadores, que iban en la cabina. Los metieron en la pequeña bodega de un barquito de pesca a motor, y Tomás, manejando el timón, se hicieron a la mar. A unas pocas millas de la costa se detuvo, y, cuando ya estaba el día casi oscuro, surgió un submarino, al que se trasladó a los cuatro hombres.

- Esto no ocurre con frecuencia. El mayor de ellos, debe tratarse de un pez gordo. Según tuvieron conocimiento de su llegada, mandaron el submarino. Si hubiéramos dispuesto de un barquito mayor, ya hubiéramos entregado a los ocho – comentó Tomás.

- ¡También sabes llevar barcos! ¡Eh! – exclamó Albert.

- De todo conviene saber en la vida. Ése fue mi primer trabajo: el de pescador en un barquito de pesca a motor. Cosa rara entonces.

Los que habían salido no necesitaron de pasaportes, pero los restantes tuvieron necesidad de esperar varios días hasta que les entregaron papeles en regla, y así poder deambular por el país.

- Hay todavía una red que los trae como hacemos nosotros, pero tomando muy pocas precauciones. De eso ya te habló Ferran, o Cándido, como gustes llamarlo. Los siguen soltando por Barcelona, y algunos van a parar a las comisarías... Incluso los transportan sin documentos y con muy pocas garantías a Madrid, o a Valencia.

En aquel verano, la presencia de los pilotos era una gran suerte para Albert, pues podía practicar el inglés, y, también, el francés. Eran personas muy jóvenes, y, en la mayoría, su experiencia en la vida se limitaba al campo de la aeronáutica – no habían tenido tiempo para mucho más –, tema del que siempre hablaban con gusto, para él completamente nuevo, aunque en las asignaturas de física ya había estudiados los principios por los que volaban los globos, los planeadores, los aeroplanos de hélice y los cohetes, de estructuras de aviones, prácticamente sólo sabía que los había grandes y pequeños, civiles y militares, y que unos tenían dos alas, y otros, una...; hasta los hubo de tres, pero él no había visto nunca de esa cantidad de alas. Por estos primeros pilotos se fue enterando de los diferente tipos de aparatos de guerra, oyendo hablar de vuelos en picado y de mil filigranas en el aire, como de los cazas y cazabombarderos, entre los que se contaban los Spitfire, de los Harrier Hurricane, de los Swordfish de dos alas que salían de portaviones, de los bombarderos Lancaster, de los Stirling de cuatro motores, así como de las marcas de sus enemigos: los

Stuka, los Focke – Wulf, los Messerschmidt, los Heinkel – 111, los Junker, etc...Todos presumían de haber derribado a varios de estas últimas marcas, pero, al final, el enemigo los derribó a todos ellos, menos al francés, que por haber capitulado su país, no tuvo la suerte de seguir combatiendo, estando inactivo desde entonces, y que contaba a Albert:

- Yo pilotaba un Dewoitine – D 520, que sobrepasaba los quinientos kilómetros por hora, y derribé a varios enemigos... Si hubiéramos tenido más aparatos como ése, pues sólo disponíamos de unos pocos, no hubiéramos capitulado. Los Morane, de los que teníamos bastantes, no eran tan buenos. Menos mal que pude huir a la zona libre en el momento de la capitulación, si no, estuviera prisionero en campo de concentración alemán en estos momentos. ¿Sabe qué significa la palabra avión?

- Pues no – contestó Albet.

- Pues es “appareil volante, imitant oiseau naturel” (aparato volador imitando pájaro natural),

“ A este francés le gusta hacer juegos con palabras , y hasta hacía poesías. Tal vez intentara emular a Saint Exuperis”, se decía Albert.

En este grupito había uno muy aficionado al malabarismo, y a falta de medios para demostrar su arte, se conformaba con hacer numerosos trucos con cartas de baraja.

Una mañana, para ayudarlos a vencer la claustrofobia, ya que se retrasaba la fecha de partida, Tomás sacó a dos para darles un paseo en coche por la ciudad, y por la tarde sacó a los otros dos. A los dos días fueron entregados para que, por vía Madrid, los trasladaran a Gibraltar.

Tomás comentaba:

- La idea de Cándido, o Ferran como quieras llamarlo, de llevar lentejas cocidas en una lechera me ha sido muy útil, pues así les he traído los potajes, sopas, cocidos y otros platos... Me ahorra trabajo, y estos hombres pueden comer comida caliente con más frecuencia. Por suerte, esta vez había uno que sabía cocinar algo, por lo que pudieron comer huevos y patatas fritas con cierta frecuencia, porque eso de comer a base de salchichones, de quesos y de latas de sardinas, no es saludable para gente que se está recuperando. También tú tendrás que aprender algo de cocina.

A los dos días de la partida, Albert volvió al piso de la calle Córcega para reponer comida, y se encontró conque todo estaba limpio y arreglado, con sábanas nuevas, y también con nuevas ropas y zapatos de diferentes tallas; todo bien ordenado en los armarios, esperando una nueva remesa. Esta vez hasta habían traído revistas en inglés.

VII

Después de la partida de los pilotos, Albert siguió con la misma intensidad que antes las clases de conducir, y, siguiendo los consejos de Ferran, se dedicó a iniciarse en las asignaturas del próximo curso, inscribiéndose en unas clases particulares de la considerada como la más difícil con un profesor auxiliar de cátedra que impartía esa enseñanza a los que necesitaban examinarse en septiembre, arrastrando también a Serafí, pues al considerar buena la idea, aparte de llevar algo ganado para el siguiente curso, se vería con su amigo, que lo había abandonado ese verano por haber preferido los camiones y el campo a la fábrica.

Como se había producido hacía pocos días la invasión de la Unión Soviética por Alemania, quedaron los dos amigos para verse una mañana de domingo en las Ramblas y comentar el tema. Mientras paseaban, hablaban, dando la casualidad de que se tropezaron con uno de los compañeros de curso, perteneciente a los ex combatientes, y que ya les había superado en un año, encontrándose en el cuarto de la carrera, que les dijo que se había apuntado voluntario para combatir en Rusia junto a otros estudiantes de la Facultad. El hombre estaba muy eufórico y emocionado, y los invitó a tomar café auténtico en una cafetería de categoría, de situación muy próxima a donde se encontraban, y les explicaba:

- Por lo pronto que me he apuntado para ir al frente a combatir al bolchevismo, mi gran suerte sería que yo fuera el primer español en entrar en Moscú, pero me temo que, con lo rápido del avance alemán, vaya a llegar tarde al acontecimiento. Deberíais apuntaros vosotros. Urge acabar con esa peste comunista. Rusia es culpable de todo lo malo que está pasando en el mundo. Pasado mañana, día seis de julio, saldré para Alemania. Serafí, ya te comunicaré la hora exacta por teléfono. Supongo que estaréis en la estación de Francia para la despedida. Os espero... Es necesario arropar a los que se despiden para combatir a los bolcheviques.

- En ese caso, no podrás estar para el comienzo del curso – le advirtió Serafí.

-¡Claro que sí! En octubre ya estaremos en el último extremo de Siberia. Será una lástima porque no conoceré la belleza del invierno ruso, la cual es indescriptible a pesar del frío. En lucha contra el marxismo entré el primer día en Bilbao, también el primer día en Barcelona. Me perdí lo de Madrid, pues estaba herido entonces, pero ahora espero repetir la misma hazaña en Moscú. ¿Qué más puedo desear de esta vida?

- Y yo, lo que yo más deseo, es pasar unas buenas vacaciones en Sitges – se le ocurrió decir a Albert, provocando la risa de los que tomaban el café.

-Te prometo que eso lo haré en el próximo verano, sin falta. Llevo ya cinco años sin vacaciones.

El domingo día seis, media hora antes de la partida, Serafí y Albert llegaron a la estación en la que ya había un buen gentío entre voluntarios, autoridades civiles y militares, familiares, periodistas, simpatizantes de la causa, curiosos... Serafí le dijo a Albert el nombre de algunas autoridades a las que reconoció entre la multitud. Hasta le indicó quién era el general Kindelán. Difícil fue dar con el amigo, pero, poco antes de salir el tren lo vieron alongado en una ventana, y le desearon suerte y que volviera pronto y sano, a lo que contestó el otro dándoles las gracias. El ambiente de esta despedida era alegre y festivo, no faltando emoción y lágrimas de familiares en el momento de la partida del tren.

Éstos eran los primeros, no muchos. Poco a poco irían saliendo más expediciones, y con más voluntarios.

*   *   *

Dos días después de este acontecimiento, don Alberto Forn recibió una carta en la que se le citaba para una entrevista de trabajo en una entidad bancaria del centro de la ciudad el veinte del mes en curso.

- He hecho tantas solicitudes de trabajo que alguna ha surtido efecto..., aunque sólo sea para una cita. Pero no recuerdo haberme dirigido a ese banco – comentó don Alberto al respecto, y añadió –: Ojalá me dieran

algo; ya estoy cansado de cargar tanta caja... Son ya más de dos años... ¡Puñetas!

A la semana siguiente, Albert acompañó a Tomás a otra misión en los Pirineos. Se trataba otra vez de ocho pilotos, todos británicos, con inquietudes similares a los anteriores, aun cuando, como es lógico, tuvieran diferentes aficiones y diversos orígenes profesionales, siendo, como la vez anterior, las charlas favoritas las de hablar de aviones y de proezas en el aire. Mucho le interesaba a Albert el oírles contar costumbres, sucesos, historias, y otros pormenores sobre sus lugares de origen. Con el tiempo, por las conversaciones con ésta y, también, con otras expediciones de pilotos, fue notando que sus conocimientos sobre la Gran Bretaña e Irlanda iban superando a los que tenía sobre España, viéndose en apuros cuando le preguntaban algo de este país, pues escasamente sabía lo poco aprendido en bachillerato, que no era mucho. De esta remesa, dos eran profesionales del aire, y los demás, estudiantes universitarios o recién graduados de especialidades técnicas; más adelante se tropezaría con otros pilotos procedentes de las diversas ramas de la cultura, de las ciencias, de humanidades, de la economía..., es decir, de las más variadas profesiones. Juventud, valor, espíritu de sacrificio, pasión por la aviación, patriotismo... Todo esto sin presumir, es lo que Albert veía en esas personas que se estaban jugando la vida como si no valiese nada.

En esta ocasión, además, tocaba la casualidad que dos de los pilotos eran escapados de campos de concentración alemanes, añadiendo un nuevo factor interesante a sus historias. Derribados en el norte de Francia, fueron hechos prisioneros. Cuatro detenidos pudieron escapar del campo, alcanzar el maquis y, ayudados por los partisanos, atravesar toda Francia hasta llegar a España... Ellos fueron elegidos para ser evacuados, los otros dos tenían que esperar hasta encontrar un momento oportuno.

Don Alberto volvió de la entrevista de trabajo con la novedad de que le habían concedido el puesto de conserje en la oficina central del banco, y explicaba con cierta alegría:

- Lo siento por la comida que conseguía en el mercado, pero a mis años, ya mis huesos no están para cargar más cajas. El primero de agosto comenzaré en mi nuevo empleo..., y se acabaron la carne y otros alimentos que traía.

- Con las butifarras, morcillas, quesos, huevos y otras cosas que nos trae Albert cuando va con el camión a los campos, compensaremos esa

falta. Saldremos adelante; recurriremos más al mercado negro – le dijo su mujer.

*   *   *

Durante el verano, los viajes a los Pirineos continuaron a razón de uno cada dos semanas, que significaba mucho trabajo, no por el hecho de ir, que era una distracción, por lo menos para Albert, sino por las atenciones que requerían los acogidos. Esto último, también el estudiante se lo tomó como un entretenimiento más, por el que podía aprender los idiomas y muchas otras cosas de la vida. La mejor forma de aprender dicen que es instruir deleitando, y eso lo estaban practicando con los pilotos, las clases de conducir y las de mecánica. Un verano bien aprovechado y distraído, por lo que de aburrirse no tenía tiempo. Las clases particulares de la asignatura, le hacían volver a su realidad, y a lo que tenía que dedicarse toda su vida, cosa también muy de su agrado. En los trayectos por los Pirineos tuvo ocasión de observar aspectos interesantes, no solo de la flora, sino también de la fauna de esa cordillera: dos veces vio a martas por el borde de la carretera que intentaban esconderse; otra vez, a un jabalí hembra con varios jabatos cruzando la vía; en diversas ocasiones, ardillas, algún que otro zorro, águilas, buitres, y hasta un rebeco perdido que osó bajar de las alturas... Estos animales, junto a vacas, cabras, mulos, burros y otros domesticados, alegraban los algo solitarios trayectos por donde debían transitar los camiones.

En un viaje a Camprodó, junto a cinco pilotos ingleses venían tres polacos, que no siendo pilotos deseaban unirse al Ejército Británico, asunto del que la organización no tenía conocimiento ni posibilidad de resolver. Sin problemas, en pocos días pudieron evacuar hacia Valencia a los pilotos...; pero de los polacos nadie quería saber nada. Durante más de una semana estuvieron muy preocupados Tomás y Albert sobre este asunto, hasta que Mossén Cugat encontró una solución diplomática: trasladarlos a Madrid en un coche de la Embajada de Polonia y ponerlos bajo la protección de esa legación. Poco después, la organización recibió la orden de acoger también a los huidos de esa nacionalidad, o de cualquier otra, que les entregaran en los Pirineos, aunque no fueran pilotos, con tal de que pudieran estar en condiciones de luchar. Así que en viajes sucesivos aparecían, aunque en número pequeño, personas de diversas nacionalidades sin ninguna relación con la aeronáutica, pero sí como posibles combatientes o agentes. El método de evacuación en coches de embajadas

se empleó en algunas otras ocasiones, pero no más en la de Polonia, sino en coches de legaciones sudamericanas o de la británica.

En el mes de septiembre tuvieron que hacer otro viaje a los alrededores de Camprodó. Los pilotos estaban en una choza de madera, oculta en un bosquecito, y los atendía el guía, un pastor de la comarca. Llevaban cinco días esperando, hacía bastante frío, y los hombres estaban desesperados, porque estaban convencidos de que allí no los iría a buscar nadie. Uno de ellos tenía fiebre, tosía mucho y estaba muy demacrado. Para el traslado, a este hombre lo sentaron en la cabina al lado de Tomás, mientras Albert viajaba sentado sobre la tabla del compartimento secreto, con lo que pudo comprobar en sí mismo lo muy incómodos que eran esos asientos, por lo que le vino la idea de la urgente necesidad de acolcharlos, cosa que comunicaría según llegara a Barcelona, y así evitar ese innecesario sufrimiento a los refugiados.

Un control de la Guardia Civil detuvo al camión antes de llegar a Rives de Fresser.

- ¿Qué le pasa a ése que va tan abrigado? – preguntó el guardia, después de comprobar los documentos, al ver al acompañante tapado con una manta y con una bufanda cubriéndole la boca y la cara, gracias a la cual no se podía ver lo crecida que tenía la barba.

- Pues que el compañero se me ha enfermado. Debe haber cogido una pulmonía o algo parecido... Fiebre muy alta. Estoy deseando llegar a Barcelona para que lo vea un médico – le contestó Tomás.

- Si es eso, ¡arreando para Barcelona! – dijo el guardia sin hacer ningún registro.

Esta vez sólo hicieron una parada, y de diez minutos. En Barcelona, llevaron al enfermo a la clínica de la calle Aribau, donde ayudó Albert durante la guerra, ahora propiedad del doctor Duprez, al que bien conocía de cuando fue ayudante voluntario, que, aunque no muy significado, lo consideraba hombre de ideas progresistas y honrado, que no ocultó su emoción al ver en su clínica a un auténtico piloto de la RAF. También el doctor Duprez se alegró de ver a Albert de nuevo, y le contó:

- En el treinta y nueve me expedientaron, pero de ahí no pasó la cosa. Bueno, tenía dos pacientes que eran altos jerarcas... La adquisición de la clínica fue una ganga, porque al acabar la guerra estaba muy deteriorada y nadie quería saber de ella. Vendí una herencia y la compré... Con esta

sulfamida y este jarabe que aquí receto, en una semana estará recuperado. Me lo vuelves a traer si empeora, inmediatamente; en ese caso, lo ingresaremos. No te preocupes por los costes. De todas formas me gustaría verlo antes de que se marche.

Albert realizó su exámenes de conducir obteniendo los permisos para coches y camiones, por lo que en el futuro ya podría hacer misiones en solitario a las zonas fronterizas, así como otras reservadas hasta ahora para Tomás.

En la última expedición del cuarenta y uno, Albert pudo observar como las nieves habían avanzado montañas abajo.. Fue conduciendo el camión solo a los Pirineos, transcurriendo sin novedades todo el trayecto por las carreteras. Tenía cierto temor, pues, aunque teóricamente supiese arreglar averías y tuviese piezas de repuesto, ¿qué pasaría si éstas se presentasen? ¿Podía resolverlas él solo? En esta ocasión pudo entablar cierta amistad con un piloto, estudiante de comercio que aprendía el español para dedicarse a actividades mercantiles en Sudamérica. En un castellano, entrecortado con palabras inglesas, le contó cómo fue derribado por la artillería alemana cuando volaba en un avión de reconocimiento sobre el norte de Francia. Salvado por el paracaídas, unos campesinos le dieron comida, y hasta ropa, pero otros se negaban porque tenían mucho miedo; si lo ayudaban se exponían a la pena de muerte, por lo que agradecía mucho lo que hicieron los primeros, y no condenaba lo de los últimos, dándose por satisfecho conque no lo delataran. Sus conocimientos de francés, aprendidos para su profesión, fueron de mucha ayuda, como fue en el caso cuando se topó con una patrulla alemana, que al preguntarle sobre un camino a seguir para cierto sitio, no pudieron apreciar su acento inglés al contestarles dándoles la dirección a seguir. El piloto, completamente ignorante de aquellos lugares, les dijo: “Por ese camino de la derecha, a dos kilómetros, tuerzan a la izquierda, y pregunten en la gasolinera, que eso ya queda muy cerca. Los soldados alemanes siguieron mi indicación, y, rápidamente, me interné en el bosque que me rodeaba para desaparecer de aquel sitio”. Cuando logró entrar en contacto con la Resistencia, al sobrevivir gracias a robar verduras por los campos, había perdido unos quince kilos, parte de los cuales recuperó en un campamento secreto en la Zona Libre. En esa zona no es que fuera fácil la cosa para los franceses de De Gaulle, pero era menos angustiosa la vida. Recorrer, casi a pie, toda Francia, fue muy duro, pero lo peor fueron los cien kilómetros del trayecto por los Pirineos, subiendo y bajando cuestas por caminos y veredas infernales, húmedas y resbaladizas, a veces pedregosas, acompañado todo de un intenso frío El guía les contó que hacía quince días

se había caído un fugitivo por aquellos riscos, quedando abandonado en el fondo.

Más días de los previstos estuvieron retenidos en lo pisos los miembros de esta última expedición, por lo que el futuro comerciante pudo aprovechar mejor los periódicos y revistas en español que Albert llevaba al piso escondite. También el Mossén Cugat le hizo una visita para darle una lección del idioma, ocasión también aprovechada para atender a un polaco y a un escocés que eran católicos, y así dijo al despedirse:

- Tendré que venir más por aquí, pues ésta es también mi grey. Con eso de ser ingleses, yo los tomaba a todos por anglicanos.

Todas las historias que contaron fueron interesantes, pero la del piloto polaco le llamó especialmente la atención a Albert, que en francés le refería:

- Soy piloto, pero no he sido nunca derribado, como les ha sucedido a los aquí presente, porque nunca he combatido. Nací y soy polaco; cuando llegué a Francia en 1934 tenía dieciséis años, y era más pobre que una rata. Conseguí un empleo, trabajando, ilegalmente por supuesto, en un aeroclub de la región parisina, y los instructores de pilotos me enseñaron a manejar aviones, convirtiéndome, por ser muy osado y en muy poco tiempo, en un acróbata del aire, y pasé a la fama con el sobrenombre de “El Loco del Aire”. No voy a dar explicaciones de cómo me legalizaron, clases de trabajos que hice en el aeroclub, cómo obtuve la licencia para pilotar, etc... Bueno, hubo un par de pilotos que me ayudaron económicamente al coste de las clases prácticas; eran personas muy pudientes. Así llegué a ganarme bien la vida, y, en corto tiempo, conseguí ser propietario de una casita cerca del aeroclub y de un coche. Al estallar la guerra me pusieron a trabajar, obligatoriamente, en la construcción de fortificaciones, y cuando se produjo la derrota, huí con un grupo de franceses a lo que ahora se llama la Zona Libre, o no ocupada por los alemanes, yendo a parar a Marsella, donde sobreviví, o malviví, trabajando en un restaurante. Al entrar en contacto con un par de antiguos miembros del aeroclub, ahora pertenecientes a la Resistencia, les expresé mi deseo de volver a la zona ocupada para luchar contra los ocupantes, pero decidieron que lo mejor, en mi caso, era unirme a los ingleses para combatir en el aire, y aquí estoy, deseando pilotar uno de esos célebres Spitfire para hacer acrobacias bajo fuego enemigo.

- Pero disparando y recibiendo metralla, ¿no le parece que todo será muy diferente a lo que hacía?... ¿No le da miedo? – dijo Albert.

- Muy diferente no debe ser, pero procuraré estar más al tanto. Seis veces he estado a punto de estrellarme y no he sentido ni el miedo ni el pánico de lo que tanto se habla... Yo tengo la sensación de que el miedo no existe; eso es una invención... A los pilotos de guerra se les exige hacer locuras en el aire, y cuantas más, mejor... Y de eso, sé mucho.

Con documentación británica, en regla, se envió a cinco por tren a Madrid, y a los tres restantes, en un coche diplomático.

Fue en el momento de la despedida de este grupo cuando Tomás le dijo a Albert.

- Se acabó el trabajo por ahora. Por lo tanto, aprovecha para estudiar, pero debes estar atento, porque, según vayan las cosas, eso no lo puede prever nadie, ocasionalmente pueden llamarte para alguna misión en otros lugares... Me hicieron esa advertencia, aunque intentaré molestarte lo menos posible. Durante largo tiempo no nos volveremos a ver, pero si esto se prolonga, que es lo más probable, a mediados de abril, cuando se abran de nuevo los senderos en los Pirineos, reemprenderemos los viajes en busca de refugiados... Los ingleses están muy de acuerdo en que sea el doctor Duprez el médico encargado de atender a los posibles enfermos o heridos. En todos los aspectos es de plena confianza para ellos. Hiciste buena elección... Ya han entrado en contacto con él. ¡Ah!, aquí tienes lo que faltaba del sueldo la vez anterior y el que te corresponde por todo el invierno.

De Tomás, Albert no tuvo noticia hasta la Navidad en que lo llamó para saber cómo se encontraba y desearle felices fiestas. Quedaron en verse, y ese encuentro tuvo lugar en un bar para tomar café y hablar. Tomás le contó que se había acordado que, en el futuro, se usaría un solo piso para ahorrar trabajo, a menos que los pilotos fueran de nacionalidades distintas, al cincuenta por ciento. Pero era necesario evitar el exceso de trabajo, y esa solución no convencía, por lo que expuso bien claro:

-Tres veces han coincidido dos expediciones juntas en Barcelona, porque no se ha ido la una, y ya apareció la otra. Pero eso de separarlos por nacionalidades, no lo vamos a respetar; es una estupidez, y carece de sentido. Un piso usándose, y el otro reservado para la próxima expedición, así será en el futuro. Este invierno he ido dos veces a buscar refugiados a la costa del norte, en Cadaqués. No te he llamado por tratarse sólo de dos personas cada vez. Para eso, es mejor que estudies. Y no eran pilotos; ni siquiera militares. ¿Continúas la amistad con Serafí?

- Pues sí, continuamos estudiando juntos, unas veces, en su casa, otras, en la mía. Fuera de eso, poco nos vemos.

- En ese caso, continúa con esa relación, que alguna vez nos puede ser de utilidad, ahora que la guerra se va poner más caliente con la entrada de Estados Unidos. Me parece que en el próximo verano vamos a tener mucho jaleo.

* * *

Fue a mediados de abril en que volvió a telefonear Tomás a Albert para decirle que debía acompañarle en un viaje a la Seu de Urgell, a donde llevaría y recogería mercancía. Esta vez se trataba de cuatro pilotos ingleses, dos combatientes polacos y un oficial de vuelos francés, de esos dedicados a señalar, con exactitud, las rutas y los lugares que debían bombardear los aviones.

- Aunque nosotros estamos muy endurecidos y tenemos conciencia de que nos estamos jugando la vida minuto a minuto, y lo tenemos bien asumido, ignorando el miedo y el peligro, estos dos meses, sin volar, en un campamento de la guerrilla francesa, han sido una verdadera cura para la tensión nerviosa. Estaba convencido de que yo no padecía de eso, pero el bienestar que siento ahora es una prueba de que el surmenage me estaba afectando. Eso de estar siempre pendiente de que aviones enemigos te ataquen por detrás, por arriba, por abajo, por los lados..., con el tiempo, desquicia hasta al más osado... No se debe olvidar que también en esos campamentos se vivía constantemente en peligro...—decía uno de los pilotos.

A la semana siguiente, tuvo que ir solo a recoger a otro grupo, a Camprodó, no volviéndole a molestar Tomás para cuestión de viajes respetándole el tiempo de estudios, pero sí debía llevarle suministros a los pilotos y atenderlos en los pisos del Montbau y de la calle Córcega.

- Desde ahora te ahorraré la cuestión de los viajes para que puedas estudiar, pero este verano deberás hacer todos los viaje a los Pirineos, tú solo. Yo tendré que ocuparme de otras cosas – le dijo Tomás.

-¿Qué hiciste durante el invierno? – le preguntó Albert.

- Trabajar, pero menos que el año pasado, porque, con la escasez de petróleo, la compañía redujo los viajes, También los repuestos han sido un problema, siendo muy difícil encontrarlos. Por disminución de las actividades, la empresa se vio obligada a despedir a dos chóferes... Por suerte los camiones a los Pirineos tienen atenciones especiales para que no fallen, y no le faltan repuestos. Como ya te conté, me trasladé tres veces a Cadaqués a traer fugitivos: las dos veces que ya sabes, y una vez más, en enero, a recoger dos pilotos. No te llevé conmigo para no interrumpir tus estudios por ser viajes entre semana. Por suerte para mí, a los dos días de la llegada, ya estaban evacuados. En el próximo viaje a la Costa, te llevaré conmigo para que conozcas el trayecto y a los suministradores. Pero, ¡cuidado!, esa gente es muy taimada; se trata de negociantes de pocos escrúpulos y que intentarán darte gato por liebre, como ya pasó conmigo en una ocasión. Siempre negarse a eso, aunque nos duela; no estamos autorizados a acogerlos, y tampoco sabemos dónde meterlos...; sería un peligro para la organización. Argüí el carecer de espacio en la furgoneta, pues con la carga, similar a la que traemos de los Pirineos y los dos pilotos, ya no había espacio disponible... Tener cuidado con ellos, pero no enfrentarse... Los guías de las montañas son más nobles que esos comerciantes de la costa. Fui a Francia dos veces a llevar naranjas. Me hablaron de traer a alguien de contrabando de allá, pero el camión no tenía condiciones para burlar la fuerte vigilancia de esa frontera... Para cortas distancias estamos usando el gasógeno; también para coches, como habrás podido comprobar por las calles...; ya te enseñaré cómo se maneja.

Durante el mes de mayo, Tomás sólo molestó a Albert unos cinco días para que fuera al piso del Montbau a atender a los pilotos, haciendo él los dos viajes que hubo a los Pirineos: uno, a principios de mes, y el otro, al final. En esta ocasión, y por primera vez, conoció Albert a un piloto norteamericano y a otro canadiense.

Como estaba previsto, los viajes del verano los realizaba Albert, siendo a tres por mes, un incremento que se notaba en el trabajo, y en el número de maldiciones que echaba con las cajas a entregar o recoger por el camino, por la mala costumbre de que nadie le ayudara a subirlas o bajarlas. En uno de los viajes de agosto, Tomás lo acompañó, y a la vuelta, conduciendo Tomás, se atravesó un jabalí de buen tamaño, al que atropelló, trofeo que entregaron en una masía, donde solían pararse para comprar, recibiendo a cambio dos quesos y unas butifarras.

- ¿Hasta cuándo te duraron los embutidos y quesos que compraste el año pasado? – preguntó Tomás.

- Pues bien administrados, tanto el queso como los embutidos, nos alcanzó hasta principios de diciembre.

- Entonces, este año procura comprar algo más para que te dure hasta febrero, por lo menos. Para el trabajo que hacemos, debemos estar bien alimentados.

- Yo hubiera evitado el atropello...; porque es peligroso... Además, íbamos despacio y aceleraste – recalcó Albert.

- En esta época, una pieza de ese tamaño no se debe desperdiciar. En el próximo viaje, el "pagés" te dará algo del embutido que haga con su carne. Verás lo bueno que es. ¡Hay que alimentarse, y bien!

* * *

En el siguiente viaje a los Pirineos, que, como estaba acordado, iba solo Albert, recibió una gran sorpresa al reconocer, a pesar de la barba y de lo demacrado que estaba, a su amigo y capitán Ferran Sagarra entre los pilotos, al que le dijo, después de los saludos:

- En cuanto llegue a Barcelona te llevaré a un médico para que te reconozca, porque, verdaderamente, pareces enfermo.

- No es a mí a quien tienes que llevar, sino a ese americano con el brazo roto por una caída durante el camino.

Esta vez, con Ferran, vinieron tres ingleses, tres americanos y un francés.

Al americano lo llevó Albert a la clínica del doctor Duprez, donde le pusieron un yeso y le recetaron unos calmantes.

- Ya alojados en el piso de la calle Córcega, Albert preguntó:

- ¿Cómo tengo que llamarte, Cándido o Ferran?

- El Cándido Sánchez que tú conociste, ya murió

Senderos de Águilas
Tercera Parte
Estudiante y Clandestino

VIII

Cuando Mossén Cugat llegó al piso escondite de la calle Córcega para ver a su sobrino, se quedó asustado al ver lo demacrado y flaco que estaba. Si no tenía la tisis, poco le faltaba, y recomendó:

- Lo mejor sería llevarte a nuestra casa de Sant Genis de Vilasar, en pleno campo, para que el buen aire ayude a recuperarte. Por lo menos has perdido quince kilos desde la última vez que te vi.

- ¡Déjate de aires y de montañas, que de eso ya he tenido más que suficiente en el maquis del Macizo Central francés y en la huida por los Pirineos! Lo que necesito ahora es descansar, dormir en cama caliente y comer. Verás como en una semana estaré dando brincos de nuevo – le respondió Ferran.

Y después de hablar sobre asuntos familiares, de la situaciones en Barcelona y en España, y sobre la guerra en Europa y en el mundo, Ferran comenzó el relato de las peripecias acaecidas en Inglaterra, que dejó inconcluso anteriormente, y, también, de las aventuras en Francia, de donde ahora venía:

- Como ya sabéis el país en que estuve durante este último año, ya el secreto no sirve para nada, por lo menos en gran parte, pues no puedo contar todo, comenzaré a narrar lo vivido en Inglaterra y, después, lo de Francia. Cuando me marché el verano pasado, nada podía deciros de mi destino, aunque sospecharais a dónde iba... Una cosa es suponer, y otra, la certeza... Bueno, sigamos con el relato de mi odisea donde lo dejé, en suspenso, la vez anterior:

“Cuando lo del desastre de Dunkerque, en un bombardeo aéreo hirieron a Ernest. En camilla, otro y yo lo llevamos al puesto sanitario más

próximo, donde ejercían de enfermeros Solé y Colom. Colom no estaba movilizado como sanitario, pero como había tantos heridos, lo pusieron a hacer curas. Ernest y yo habíamos sido oficiales en la guerra de aquí, Colom suboficial..., y en ese momento éramos soldados rasos. A poco de entregarlo, Ernest falleció, y no voy a entrar en detalles sobre..., para mí, tan doloroso suceso. Al parecer, un trozo de metralla en el vientre, falta de medios para operarlo, y se fue en un par de horas... Cuando salí para incorporarme a mi unidad, ésta se había replegado hacia donde estaba el puesto sanitario, cerca de la playa, con la intención de ser evacuada a Inglaterra en los numerosos barcos que estaban por allí anclados o atracados. Pidieron voluntarios para ayudar en el puesto sanitario, pues había que evacuarlo deprisa, y me apunte a esa labor. Cargando heridos hacia los barcos estuve tres días, hasta que se nos permitió que embarcáramos también nosotros. Junto con Solé y Colom subí a un barco de pesca, ya repleto, que no sé cómo podía navegar, de forma que no me fijé en un anzuelo que colgaba de un mástil, y me lo clavé en el brazo izquierdo. Como pudieron, y yo dando gritos, Colom y Solé me lo sacaron y me pusieron un vendaje, hecho de cualquier manera, el cual pronto se manchó de sangre, así como la guerrera y la camisa, de forma que llegué a Inglaterra como un herido más. Los tres fuimos enviados a un hospital: los otros dos, de sanitarios, y yo, de paciente. Tocó la casualidad, de que por allí, para ver a los españoles, apareció un personaje, antiguo alto cargo de la Generalitat, que me reconoció nada más verme, porque con él tuve mucho trato al principio de nuestra guerra. Se puso a hablar conmigo un largo rato, interesándose por todas mis andanzas durante los últimos años, quedando en volvernos a ver tan pronto como abandonara el hospital, dándome su dirección en Londres... También, según me contó, hablaría con los responsables del hospital para que me orientaran y ayudaran en el momento de salir de alta al curarse la herida. Le agradecí mucho su interés, y le pedí si podía interceder por Solé y Colom, respondiéndome que, como sanitarios, no tendrían mayores problemas en Inglaterra, pero intentaría arreglarlo según mi conveniencia y la de ellos, cosa que bien cumplió... El nombre de esa persona no lo puedo decir. Lo llamaremos el señor X. Ya os conté que una serie de milagros me habían ayudado en la guerra y en mi huida hasta llegar a París..."

- Los milagros existen, pese a que los incrédulos los nieguen – interrumpió Mossén Cugat.

- Yo digo milagros en sentido figurado, no como el de "¡Lázaro, levántate y anda...!, y que lo resucitó Jesucristo.

Mossén Cugat hizo un gesto como queriendo decir algo, pero calló, y Ferran continuó su disertación:

- No voy a describirte todo lo sucedido y sufrido en Dunkerque, que mucho me hizo recordar lo del Ebro, y con esto lo he dicho todo... Al darme de alta del hospital, donde estuve una semana, quedé de acuerdo con Solé y Colom para no perder el contacto en esos momentos tan complicados y difíciles, ¡pues Dios sabría dónde iríamos a parar cada uno de nosotros en un nuevo país desconocido y en guerra! En la administración del hospital me dieron ropa nueva, la dirección de la casa donde residiría en Londres, otra donde debería presentarme, un salvoconducto, un billete de tren y una pequeña cantidad de dinero. Todo muy diferente a lo que estaba acostumbrado en España, en que te mandaban a un sitio, y arreglártelas como puedas. Antes de salir, corrí a darle la dirección a Solé y despedirme de nuevo. En la recepción me esperaba uno de Tarragona, portador de las mismas direcciones que a mí me habían dado, habiendo, también, sufrido peripecias similares a las mías, y con el grado de teniente republicano. Él no había sido herido, sino que el señor X, al que no conocía de nada, lo había escogido en un campamento de evacuados franceses cercano al hospital, siendo las razones para su selección el ser los dos de Tarragona y conocer bastante la lengua alemana. Ya en Londres, nos dirigimos a la dirección del señor X, que correspondía a un edificio de oficinas donde había muchos controles, sin poder especificar si aquello era de la Policía o del Ejército. En uno de los despachos nos recibió el señor X que, primero, a mí, y luego, al otro, nos sometió a un interrogatorio bastante exhaustivo. De ahí pasamos a otro departamento, donde un vasco y dos ingleses, yo también primero, me hicieron muchísimas más preguntas, en inglés, en francés y en castellano, sobre los más diversos temas; al otro se le añadió las hechas en alemán, las cuales me contó que contestó bien. Al final, basados en el informe del hospital de que estaba en perfectas condiciones físicas y mentales, del expedido sobre mí por el señor X de haber demostrado gran valor y capacidad en la guerra de España, así como otros conceptos respecto a la de Francia, que no recuerdo, me enviaron a una escuela especial de saboteadores. Al de Tarragona, lo mandaron a otra escuela, supongo que para formación de auténticos espías, porque dominaba, aparte del alemán, el idioma inglés, pues no en vano era estudiante universitario de esas lenguas. En el mismo día de mi incorporación a la escuela, situada a unos pocos kilómetros de Londres, poco antes de salir para la estación, aparecieron en mi hotel Solé y Colom que habían sido destinados a un hospital para soldados franceses en la misma capital. El señor X no faltó a su palabra. Al de Tarragona no lo he vuelto a ver desde entonces".

En esto, Tomás entró en la habitación para avisar que el estofado estaba servido y dispuesto para comer. En el comedor ya estaban sentados los pilotos, y Ferran, Albert, el Mossén y Tomás ocuparon sus puestos. Mossén Cugat bendijo la mesa e hizo un corto rezo al que se unieron los extranjeros.

- Si los republicanos españoles hubieran rezado algo..., tal vez no hubieran perdido la guerra – se le ocurrió decir a Mossén Cugat al comprobar la poca fe de sus compatriotas.

- ¿Para qué íbamos a rezar si los nacionales ya lo hacían por todos? Pero no fue Dios el que los ayudó, sino Hitler y Mussolini, a los que estos señores, aquí presentes, van a triturar – señaló Ferran.

- ¡Oi, oi! Pero esos rezan, y Dios los ayudará.

- Ya lo dice el refrán: a Dios rogando y con el mazo dando. Y buenos mazazos nos dieron aquellos fascistas con la ayuda de sus poderosos amigos fascistas y las bendiciones del Vaticano – aclaró Ferran.

Y por cambiar de tema, aprovechando que ya había comenzado a comer, Mossén Cugat preguntó a Tomás:

- Sí señor, muy buena carne. ¿Dónde la ha conseguido, Tomás? Porque en Barcelona no se encuentra de esta calidad, y difícilmente de las otras...

- En una masía de la Plana de Vic.

-Por lo tanto, del mercado negro.

- Bien negro, porque esta gente no tiene cartilla de racionamiento, y la carne desaparece rápidamente de los lugares autorizados para su venta.

Luego, mientras comían, la conversación transcurrió por el tema preferido de los comensales, el de los aviones y el de las batallas aéreas. Era uno de los pilotos norteamericanos el que más elogiaba a los aviones de su país, así que Albert, ya dominaba bastante ducho en el tema, pudo enterarse de la existencia y de las características de los Douglas O 4º A, de los Curtis 76 D, monoplanos biplaza, y de los maravillosos bombarderos Boeing seguidos de varios números diferentes, prácticamente inderribables, y mucho mejores que los británicos en todos los sentidos...

- Pero a ti te derribaron igual que a mí con un Lancaster – dijo uno de los pilotos ingleses, con acento algo picado – . Los dos estamos obligados a dar gracias al inventor del paracaídas, que no nos fallaron...

- Como Mossén Cugat no entendía el inglés, algo le traducía un piloto británico, estudiante de filología francesa.

- Nunca me he subido a un avión ni creo que lo haré jamás. Si Dios hubiese querido que los hombres voláramos, nos hubiera creado con alas como a los pájaros.

En este momento, Mossén Cugat dijo que debía marcharse porque tenía otras actividades pendientes, pero el inglés que hizo de traductor expresó su deseo de confesarse por ser católico, y pasaron los dos a un cuarto para estar aislados. Al salir, el francés y un americano, que también lo eran, quisieron aprovechar la ocasión, debiendo el Mossén volver al cuarto, de nuevo. Con el francés tardó unos minutos, pero con el americano, como no lo entendía, antes de los sesenta segundos le dijo:

- Si estás arrepentido, te absuelvo de tus pecados cualesquiera que sean... Pórtate bien en el futuro... Mañana temprano vendré a daros la comunión. Hasta mañana si Dios quiere.

Acabada la comida y tomado el café, Ferran continuó su historia:

- A Francia no creo que me vuelvan a mandar... Pues bien, en Inglaterra, para entrar en la escuela de saboteadores me hicieron un fuerte examen, que pasé con todos los honores, según ellos. Como había sido amante de practicar deportes como nadar, jugar al fútbol, esquiar, caminar por montañas, tener buenos conocimientos de ingles y de francés, de matemáticas, química, el saber manejar coches, camiones, motocicletas, bicicletas y la experiencia de la guerra de España, me consideraron como bien calificado para los objetivos de la escuela. Casi seis meses en un curso intensivo, mañana, tarde, noche, y la mayoría de los festivos, me convirtieron en un experto saboteador, perfeccionándome en lo que ya sabía, y adquiriendo nuevos conocimientos. Incluso me enseñaron cosas que podrían serme útiles para la vida civil, como morse, manejo y reparación de radios, tanto receptoras como emisoras, teléfonos, criptografía, electricidad, reparación de camiones como de toda clase de vehículos... También, conocimientos psicológicos, control nervioso para la ansiedad y el terror, memorizar...Y ahí debe estar lo de usar el uniforme en ciertas ocasiones... Muchas nociones elementales de espionaje nos daban. Teníamos unos profesores que ya los hubiéramos deseado tener en la

Universidad. ¡Qué dedicación y qué preparación...! En los territorios ocupados de Francia debía figurar como electricista o como reparador de teléfonos, entre otras cosas, por eso nos daban clases sobre el argot de los lugares en que íbamos a actuar, y nos mostraban películas sobre las costumbres y modales de esos lugares. Me gustó mucho repasar el francés, y, también, el lanzarme en paracaídas... Además, y esta fue una fase brutal pero necesaria, tuve clases de boxeo, lucha libre, luchas orientales, así como otras… Hasta me torturaron para ver mi resistencia y reacción; estuve a punto de soltarle un puñetazo a aquel cabronazo... Y mucho me felicitaron, cuando ya de noche, en un callejón de la escuela, fui atacado por tres forzudos, a los que dejé K.O., tendidos en el suelo. No se podían explicar como un peso ligero como el mío había conseguido derribar a tres pesos pesados.

-Y de España ¿te enseñaron algo? – preguntó Albert.

- Pues sí, incluso de Barcelona me mostraron documentales de cosas que desconocía, y ni podía imaginarme. De lo que hice en Francia no puedo dar detalles; imagínate lo que quieras, que todo será poco comparado con lo que tuve que pasar. Mi salvación fue unirme al maquis... ¡a los siete meses! Ten en cuenta que los agentes extranjeros en territorio ocupado aguantan vivos menos de tres meses. Los nazis me buscaban desesperadamente; a punto estuve de caer varias veces. En el maquis, al sur de Francia, hace un mes, ya me iban a sacar para llevarme a Inglaterra en vuelo nocturno, en un avión tipo Lysander, un pequeño aparato de suministro a los guerrilleros, que aterriza y despega en muy escaso terreno. Ya estábamos saliendo, cuando aparecieron los nazis disparando en la pequeña pista del improvisado aeropuerto, y el avión se estrelló contra un árbol, incendiándose. De los dos ocupantes, yo, aunque bastante confuso y maltrecho, conseguí salir; mejor dicho, un impulso me lanzó fuera del aparato. El piloto se abrasó dentro del avioncito. Salí corriendo desesperadamente, me metí en el bosque, y no me detuve hasta que di con los míos y pude ponerme a salvo de nuevo. Con el enemigo pisándome los talones, esa noche fue infernal... Todo lo demás es confidencial, y no puedo contar nada más si no es al mando. Sólo me queda por decir que, durante el curso de saboteadores, los pocos días libres, un domingo cada tres semanas, iba a visitar a Solé, de tal forma que en marzo ya estábamos comprometidos; pero poco estuvimos juntos. Así es en las actuales circunstancias: tenemos que vivir intensamente y rápido, pues la muerte nos acecha detrás de cada esquina.

Albert, como en otras ocasiones, fue suministrador de alimentos y ayudante de cocina del grupo, continuando sus conversaciones con Ferran y

los otros. Uno de los pilotos ingleses, una noche se puso enfermo de fiebre y de temblores, y dijo:

- Esto es otro brote del paludismo que cogí en Nigeria.

Albert lo llevó en coche a la clínica del doctor Duprez que le recetó quinina, pasándosele el malestar.

Para aburrirse menos, y por necesidad, todos participaron en las labores de limpieza del piso, como ya era costumbre. En esta expedición no había ningún experto en cocina.

A la semana, Albert le dijo a Tomás:

-Ferran ya se ha recuperado bastante. Como veo que no llegan señales de la de partida ¿no podríamos darles un paseo en coche para que no les entre claustrofobia, como hemos hecho otras veces?

- ¡Ni hablar! Este grupo requiere la más alta seguridad. Tienen que aguantar en el piso hasta la orden de salida.

Orden que no tardó en llegar, de forma que a los dos días, ocultos en un camión de los azules cargado de sacos, entraron en el muelle, y un velero los trasladó a alta mar, donde se cambiaron a un submarino. Gibraltar sería su destino.

“Siempre que mandan submarinos se trata de algún jefe importante. ¿Cuál sería de ellos?... Ferran no, por supuesto”, pensó Albert.

En aquella temporada, cuatro veces más viajó Albert a los Pirineos.

- Debemos estar bien en alerta para este otoño e invierno, porque, aunque en menor cantidad, no se va a cortar el flujo de pilotos. Vendrán en barcos, o mejor sea dicho, en barquichuelos, y tendremos que ir a recogerlos a Cadaqués o a donde nos digan, en furgoneta o en coche. No te preocupes que yo llevaré el peso de lo principal. Tendrás tiempo de estudiar. Sé que todo esto te está resultando un poco duro, pero así son las cosas.

Esta temporada del cuarenta y dos fue de mucho más trabajo para Albert que la anterior, pese a las restricciones de carburante y de todo tipo. Hasta tuvo que conducir un camión con refugiados hasta Valencia. En otra ocasión, acompañó a dos pilotos norteamericanos, simulando ser

periodistas procedentes de Suiza en viaje a Madrid, que pasaron los controles sin dificultad, pudiendo así comprobar lo perfecto que eran los pasaportes falsificados. En la estación los esperaba una persona con coche de la Embajada. Era la primera vez que visitaba Madrid, donde se quedó un par de días para conocer la ciudad.

La verdad sea dicha, muy poco descansó ese verano. Recibió clases particulares de una asignatura, pero faltó varias veces a esas clases. “Mucho tendré que esforzarme desde el comienzo del curso para no rezagarme en los estudios, pero si es dura esta misión, también es bastante más interesante de lo que esperaba, y no la dejaré a no ser que me fuercen a ello. ¿Dónde voy yo a tener clases de inglés y de francés gratis?”. Mal no debo expresarme, porque me felicitan por lo bien que los hablo”, se decía.

El curso comenzó, y al encontrarse con Serafí, al que poco pudo ver durante el verano, lo primero en contarle fue que el compañero del que se despidieron en la Estación de Francia para unirse a la División Azul, en julio del cuarenta y uno, había desaparecido en Rusia.

L A   T O R R E   T I E M B L A

CUARTA PARTE
DE
SENDEROS DE ÁGUILAS

Senderos de Águilas
Cuarta Parte

L A   T O R R E   T I E M B L A

I

A finales del treinta y nueve, la guerra entre las grandes potencias europeas, Francia y el Reino Unido contra Alemania – con Polonia ya derrotada –, hizo muy insegura la navegación por el Océano Atlántico, influyendo muy negativamente en el movimiento de barcos y en la economía de los puertos situados en sus costas, mal que se iría extendiendo, con relativa velocidad, y, en mayor o menor grado, a todos los puertos del mundo según se expandía el conflicto. Puertos como Tánger sintieron la crisis desde los primeros días.

En la misión de los Bienaventurados se dieron verdaderamente cuenta de lo que estaba sucediendo en Europa, cuando comprobaron que las remesas de dinero de Francia llegaban muy mermadas. Ahora los de la Misión vieron claramente cuán generosos habían sido los donantes de la Metrópoli en los tiempos de paz, y comprendían la difícil situación en que se estaban metiendo. Pidieron ayuda a los feligreses de la ciudad, que acudieron con generosidad prestando más ayuda monetaria a pesar de las dificultades que se vislumbraban, pero que, al no compensar la disminución de ingresos, obligó a la Misión a reducir sus gastos en todo lo posible, incluso en la cantidad y la calidad de las comidas. Al respecto, el Curé René Leduc decía al doctor Lombardi:

- Penosa es la situación en Europa, y, en menor grado, la que padecemos en la Misión con las economías, no sólo disminuyendo toda clase de gastos, sino también reduciendo los sueldos de los que aquí trabajamos. Nuestra comida es la misma que la de los huéspedes, pero debe pagarla cada uno de su bolsillo. De los huéspedes, el que gana algo por fuera, también debe contribuir; es una norma desde el principio, pero son raros esos casos. Si disminuyen más las ayudas, nos veremos obligados a reducir tanto el número de pobres en el comedor como el de refugiados en el albergue. Una de las dos mujeres de limpieza decidió irse a trabajar a

una casa particular donde le pagan más, y el Abbé Pierre Janet se va al frente como capellán militar. Hemos acordado no sustituirlos; de ese modo nos ahorraremos dos sueldos... Estamos pensando las medidas a tomar con la escuela. El Abbé Janet se marcha porque dice no poder vivir tranquilo en una ciudad en paz, cuando hombres de su edad están muriendo en el frente. Nos era muy valioso su trabajo, y siento muchísimo que se marche. Como ha podido usted mismo comprobar, doctor Lombardi, esto es como una empresa o una industria, donde no se produce nada palpable, y, naturalmente, sin el menor ánimo de lucro, pero, al fin y al cabo, una empresa, y tiene que funcionar con sus altas y sus bajas... Ahora nos comienza una crisis.

- Comprendo perfectamente lo que me ha explicado, y ya lo estaba esperando, aun cuando desconozca toda la magnitud del problema. A nosotros nos está pasando lo mismo con la Clínica. Como corre menos dinero por la ciudad, los pacientes acuden no tanto como antes a las consultas, y hemos notado un descenso en trabajo y en ingresos monetarios, viéndonos también obligados a adoptar medidas ahorrativas... En cuanto al Abbé Pierre Janet, ya "L´Aumônier" Janet, opino que ha tomado una medida precipitada, porque, tal y como van las cosas, alguna de las potencias beligerantes, en un corto plazo ocupará con su flota esta ciudad, presa fácil por encontrarse completamente desguarnecida, y entonces aquí habrá un jaleo similar al de la Línea Maginot.

- En cuanto al consultorio, mientras ustedes los médicos nos presten su ayuda, continuará como hasta ahora. La Parroquia funcionará con un sacerdote menos, y la escuela, con un profesor menos. El padre Atienza y yo tendremos más trabajo. Rezo todos los días para que la paz y la cordura se impongan en el mundo y, también, para que el Abbé Janet vuelva vivo y sano.

*   *   *

En una tarde de la Navidad, se encontraban reunidos, como acostumbraban, en la terraza del café de Farid Mohamed del Boulevard Front de Mer los contertulios doctor Moulin, doctor Sir Lancelot Pitt, doctor Dubois y doctor Lombardi:

- Lamentablemente, en las últimas semanas las reuniones en esta

terraza se han reducido, y echo de menos al señor Lorch, que tampoco va ya por el Club Saguere – dijo el doctor Pitt, a lo que respondió el doctor Lombardi:

- ¿Cómo va a venir si su país está en guerra con los de ustedes? Al Club Saguere también lo considera enemigo por ser francés, y, además, se encuentra muy disgustado porque a principios del mes le volaron su yate por los aires con una buena explosión. Ahora va a tomar el té a un bar cerca de la Clínica, que, por cierto, es de un judío, llamado David, también frecuentado por alguno de ustedes Le pregunté que si la explosión no era un asunto de los agentes británicos, pues era notorio que su yate transportaba combustible a submarinos alemanes. Se rió de mí, y me contestó que con su yate no podía transportar combustible ni para un desayuno de la tripulación, cosa bien cierta dado el tamaño de la embarcación.

- Pero sí se puede asegurar es lo del transporte a puerto a dos tripulantes heridos de un submarino – señaló el doctor Marcel Dubois

- Sí, tiene usted razón, y se lo dije, respondiéndome que eso sólo lo hizo por una cuestión humanitaria al no estarle permitido al submarino acercarse a tierra. También sé que, como proveedor de efectos navales, en ese viaje les llevó una pieza de recambio, pero no se lo mencioné por no molestarlo.

- En ese viaje y en algún que otro más – aseveró el doctor Dubois, y añadió –: Entonces, usted no ha dejado de verlo...

- ¡Claro que no! Suelo ir al bar de David a tomar café, y allí me encuentro con él y cambio impresiones como aquí.

- Pero el señor Lorch sabe que su ideología política es muy diferente a la suya, doctor Lombardi – indicó el doctor Moulin.

- Pero Italia no está en guerra con Alemania – afirmó Lombardi.

En esto apareció el señor Rodrigues dos Santos que saludó de la siguiente forma mientras tomaba asiento:

- “¡Feliz Natal!” a todos, y mi enhorabuena doctor Pitt por la gran victoria de su país en el Mar del Plata.

Aunque la conversación transcurría en francés, cada uno de los presentes respondió al saludo navideño en su propio idioma, y Sir Lancelot Pitt añadió:

- Gracias señor Rodrigues dos Santos, aun cuando las victorias de las guerras no han sido nunca mis alegrías; ya estuve en una, y eso de enuclear ojos y de tratar a ciegos después de las victorias nunca despertaron mi entusiasmo. ¡Pero qué le vamos a hacer! Las guerras, desgraciadamente, existen, y es mejor ganarlas que perderlas. Tanta pena me daba que quedara un turco ciego como cuando le ocurría eso a uno de los míos, y tanta alegría me causaba que un prisionero enemigo recuperara la vista como cuando eso ocurría con un soldado británico.

- ¿Y dónde ha estado usted metido todo este tiempo que no se le ha visto, Dos Santos? – preguntó el doctor Moulin.

- Pues una buena parte del tiempo me lo paso en la azotea de mi casa observando el mar con un catalejo para ver lo que allí sucede, los barcos que lo transitan y poder hacer mis crónicas. Y algo he podido ver, como el rescate de náufragos del barco que hundieron hace unos días. Al doctor Lombardi me lo encuentro con cierta frecuencia en el bar de David, donde coincidimos para tomar café, y al que suelo ir para intentar entrevistar a los marineros que por allí pasan, intentando sonsacarles, con alguna invitación a cerveza, qué han visto y oído por esos mares y puertos por donde andan. Mi periódico "As Horas da Tarde" me apremia al rápido envío noticias y crónicas. Al parecer, esta guerra se está librando, principalmente, en el mar, y muy poco, en tierra

- Perdiendo el tiempo en la azotea y en tabernas debe tener la ferretería abandonada – insinuó el doctor Moulin.

- ¡No, abandonada, no! Lo que sucede es que las ventas han disminuido, y , como consecuencia, el trabajo. Mi mujer se pasa ahora más tiempo en la tienda. Por suerte, Rachid Tahir es muy hábil en eso de vender, y muy buen trabajador. En enero lo acompañaré a Fez, donde sufrirá dos exámenes para pasar a los cursos superiores de árabe y del Corán, con lo que podrá llegar a ser maestro superior de esas materias, y así enseñarlas hasta en institutos y altas escuelas. Aprovecharé para darme un salto a Casablanca y así informarme mejor de cómo están las cosas en esa ciudad y en todo el Marruecos Francés. No es lo mismo hacer una crónica por las historias y rumores que se oyen, que por verlas y sentirlas uno mismo. Muy probablemente, el descenso de navíos en aquel puerto es mayor que en éste, el de Tánger, porque, desde aquí, aunque estemos en el

Atlántico, enseguida se meten los barcos en el Mediterráneo bajo la protección de las flotas francesa e inglesa, y no están tan a merced de los submarinos alemanes.

- Nosotros también hemos sentido el inicio del conflicto. Como circula menos dinero, vienen menos pacientes a la “Clinique”. Algo más de un quince por ciento de descenso. Muchas mujeres han optado por dar a luz en sus casas recurriendo a las parteras tradicionales... Les sale más barato... Y en otras cosas, también. Tendré que hacer una campaña de promoción de la “Clinique”, cosa que nunca había necesitado – refirió el doctor Moulin respecto a su negocio.

- Pues como no hagamos la campaña entre los agentes y espías de los que se está llenando la ciudad, me parece que escaso éxito vamos a obtener, porque de aquellos visitantes de mejores tiempos, como comerciantes y empresarios, ya nada podemos esperar. Los turistas, que aportaban mucho dinero al ser personas pudientes, han sido reemplazados por los refugiados, que, ¡menos mal!, la mayoría prosiguen el viaje al Protectorado Francés...., porque, esos pobres... no traen sino lo puesto – dijo el doctor Lombardi.

En este momento, mientras llenaba su pipa, Sir Lancelot Pitt comenzó a hablar de nuevo:

- He de decir que, en cierto modo, me consuela algo oír esta conversación, pues estoy comprobando que no soy el único que en los últimos meses ha visto descender su actividad profesional. Tanto en mi pequeña consulta como en el número de operaciones, el descenso ha sido preocupante. Lo atribuía a que, por la edad, la gente había dejado de confiar en mí... Para compensar esa mengua, estoy pensando en aumentar a dos días por semana las consultas... Si no vienen más pacientes así, aprovecharé para leer o escribir mientras los espero, como estoy haciendo ahora.

- También podría aumentar los días de operaciones, porque con un día a la semana solamente... – insinuó Lombardi.

- No; eso no es posible; la ciudad no da más de sí. Mi colega de especialidad, el doctor Osler, también opera una sola vez por semana..., a no ser que haya urgencias. Pero mi principal preocupación no está en eso de la disminución del trabajo, sino en que, de Edimburgo, el banco ha dejado de enviarme dinero a Tánger... Lo seguirá haciendo, pero me obligan a desplazarme a Gibraltar a recogerlo, y en cantidad bastante

inferior. Mis ovejas y mis vacas están bajo control del Gobierno... No me las han quitado, pero debo cederle toda la producción, porque sus productos han sido declarados de interés nacional..., y me pagan, religiosamente, a un precio bien fijado. Al residir en el extranjero, solamente me pueden enviar una pequeña cantidad de ese dinero, pues sólo se permite transferir desde la Gran Bretaña cantidades limitadas, y, además, estoy obligado a invertir en el esfuerzo bélico. En fin, que el próximo mes, si Dios y el tiempo lo permiten, me ausentaré de Tánger para viajar a Gibraltar y arreglar mis asuntos con el banco. Estoy notando ese descenso de ganancias; ya no seré el inglés rico por el que me tomaba la gente.

- A mí me ocurre algo similar. He notado un marcado descenso en mi consulta particular, y el hospital paga muy poco por las guardias – dijo el doctor Marcel Dubois.

-Por de pronto vaya leyendo este libro que me llegó junto con la carta del banco; se titula “Tratado de traumatismos oculares”. Está en inglés y me lo acaban de publicar. No se lo regalo porque, lamentablemente, sólo me mandaron cuatro ejemplares. Cuando lo haya leído, usted que comprende bien el inglés científico, se lo pasa a los demás doctores que lo entiendan. Intentaré que me manden algunos más de los ejemplares que me corresponden, pero, con esto de la guerra, no sé si lo permitirán.... Ya sabe, todo está controlado – dijo el doctor Pitt alcanzando el libro al doctor Dubois.

- El que me entregó a mí, ya lo envié a Lisboa. La editorial de “As Horas da Tarde”, con mucha prontitud, ha iniciado los trámites para su traducción a la lengua portuguesa, así como los acuerdos con la editorial británica – dijo el señor Rodrigues dos Santos.

- Muchas gracias, señor dos Santos. Antes, según salía al público alguno de mis escritos, la editorial, acto seguido, se encargaba de traducirlos y publicarlos en Francia y en Alemania. Pero, con lo del conflicto, mucho me temo que eso no va a ser posible ahora. ¿Conoce usted a alguien en Italia que le pueda interesar publicar el libro, doctor Lombardi? No se lo pregunto por el asunto de las ganancias, sino por la posibilidad de aumentar la difusión del libro y que pueda ser útil a los médicos – dijo el doctor Pitt.

- Editorial de libros científicos no conozco ninguna. Tengo un amigo propietario de una imprenta dedicada a imprimir libros de la región de la Campania, pero de poca difusión. También mantengo aún relación con un compañero de mi curso, oftalmólogo, actualmente profesor universitario de

su especialidad... y pudiera ser... Como por escribirles no se pierde nada, haré un intento..., aun cuando ninguna promesa pueda hacer... – le respondió Lombardi.

- Pues quedaremos en contacto. Apremiaré a mi editorial para que me envíe otros tres o cuatro ejemplares más; no deje de hojear el volumen que entregué al doctor Dubois, donde encontrará temas interesantes, aunque usted diga que no domina el inglés lo suficiente... Si se pudiera en diciembre, en Edimburgo, estar sentados en una terraza gozando del aire libre y de una taza de té como aquí... Pero el Sol ya está declinando, y la brisa del norte nos trae el frescor del mar; mis huesos se resienten...Los jóvenes comienzan a llenar el paseo. Ya es hora de que los viejos nos retiremos..., conque, caballeros, "Merry Christmas" y muy buenas tardes y noches – y, mientras sacudía su pipa en el cenicero, el doctor Pitt se levantó de su silla y alzó su mano derecha en forma de despedida.

- Y yo, camino de la Clínica, lo acompaño a su casa, doctor Pitt – dijo Oreste Lombardi levantándose, y durante la marcha comentaba a su colega –: Esta noche me toca guardia. El doctor Moulin está preocupado con la disminución de la clientela, en cambio yo, lo agradezco. Gano algo menos, pero descanso algo más. Nosotros no debemos quejarnos, pues gracias al prestigio del doctor Moulin el descenso de nuestras ganancias es inferior al de otros hospitales y colegas.

- Sin la menor duda el café del bar de David, que usted mencionó, y al cual voy de vez en cuando, y muy de madrugada, es mejor que el que suele dar Farid Mohamed, pero el té de éste supera al de David. Rara vez tomo café, por eso no frecuento aquel bar tanto como usted y no me encuentro con el señor Lorch…; además, ustedes van después del almuerzo. Por cierto, ¿cómo el doctor Morán no se acerca por el bar de Farid para tomar el té? ¿Es que no le gusta ese mentolado? A mí me gusta, pero en casa tomo el té según nuestra costumbre– dijo Sir Lancelot.

- A Mateo Morán no le gustan mucho los bares. Él hace una vida muy recogida, leyendo y estudiando. En este tiempo que lleva con nosotros, se ha puesto a un nivel muy alto en lo de cirugía, y eso que apenas traía experiencia. Es muy trabajador.

- Sinceramente, no comprendo al señor Lorch. Con el problema que tienen los alemanes con los judíos, y se va a tomar el té a un local hebreo; en cambio, ha dejado de asistir a uno musulmán.

- Es para evitar encontrarse con ustedes, como ya les dije.

No le faltaron ganas a Lombardi de explicar a los contertulios de la terraza que fueron De Julio – alias Jerzy Saniewsky – y Tobías, los que, en la barca de este último, una noche, después de la salida del cine, se acercaron al yate del señor Lorch y lo volaron. Pero eso era un secreto que nunca saldría de su boca hasta que fuera muy viejo, en que se lo contaría a sus nietos. Por cambiar de tema, comenzó a hablar al doctor Pitt sobre el estudiante coránico:

- Con Rachid Tahir, el empleado del señor Dos Santos, he hablado varias veces últimamente. Es un muchacho muy inteligente y muy prometedor; está acabando lo de maestro coránico, quiere seguir estudios superiores, y hacerse profesor de lengua y cultura árabes, además de lo religioso. Usted ya lo conoce; le graduó la vista en la Misión. A él y a un compañero suyo, la Autoridad marroquí les ha concedido bolsas de estudios para hacer los exámenes en Fez. Si aprueban, les darán becas para proseguir en grados superiores. Hasta el Menhoud, el representante del Sultán en Tánger, los ha recibido en su palacio.

II

A pesar del conflicto en Europa y de las desagradables consecuencias que significaban para las ciudades ribereñas, la ciudad de Tánger proseguía su vida en paz y tranquila, incluso alegre, muy confiada en que la guerra no le iba a afectar, aun cuando se hubiera incrementado el número de mendigos en las calles por el aumento de trabajadores parados y ya se notara en lo económico de todos los estratos sociales. De la grave situación en Europa se hablaba como de algo muy lejano.

Una mañana de fina llovizna y ventosa del invierno de principios del cuarenta, Oreste Lombardi, ataviado con gabardina y sombrero, se dirigió a la ferretería “Os Alicates”, donde el señor Rodrigues dos Santos vendía, además de herramientas y otros productos de la siderurgia, una amplia variedad de artículos como productos de limpieza, de cerámica y elementos para la pesca, siendo una caña de pescar con rollo lo que el médico italiano deseaba adquirir. Después de lo saludos, y como era la primera ocasión en que veía al dueño desde la vuelta de su reciente viaje, le preguntó:

- ¿Cómo lo pasó en su viaje a Casablanca, Dos Santos?

- Pues ciertamente bien, y ya he hecho una buena crónica sobre el ambiente y la situación de esa ciudad. Los temas de aquí ya los tenía agotados. Al estar exclusivamente abierto al Atlántico, el puerto de Casablanca sufre más el conflicto que el nuestro. Como ya sabe, los barcos, al salir de aquí, rápidamente encuentran protección en el Mediterráneo, y tienen vía libre hasta Francia. Y la verdad sea dicha, allá todo está tranquilo... Ya no voy tanto a la azotea; mi mujer y mis hijos me reemplazan en lo de mirar por el catalejo, y me avisan si ven algo interesante en el mar.

- ¡Eh, Rachid! Y a usted, ¿cómo le fue en Fez? – preguntó Lombardi al empleado que en ese momento estaba colocando mercancía en lo alto de los anaqueles, subido sobre un escalerita de mano.

- Pues tuve bastante suerte, tanto en las materias coránicas como en las de árabe. Sinceramente, mejor no me pudo ir. A partir de ahora me examinaré, exclusivamente, en Fez.

- Como ya se lo he dicho, será un graduado superior en esas materias, pudiendo ser profesor de instituto y de escuelas superiores y de universidades. Además, desde ahora se va a dedicar también al periodismo. En el garaje donde reside había una vieja imprenta minerva abandonada, con caracteres latinos y árabes. Su compañero y él la han arreglado... Así que el mes próximo saldrá el primer número de un nuevo periódico quincenal, en árabe – explicó el señor Rodrigues dos Santos.

- Sí, es verdad, pero será de pequeño formato, lo máximo que da de sí la imprenta – dijo Rachid Tahir.

- ¿Tiene noticias de su familia? – preguntó de nuevo Lombardi al empleado.

- Sí, y bastante buenas. Mi padre me cuenta que ya se ha recuperado del batacazo económico que le produjo la guerra de España al interrumpirse las exportaciones de su negocio de cerámica y de mosaicos.... Mi amigo, al disponer de más tiempo que yo porque no hará los cursos superiores, comenzará, también, a hacer tarjetas de visita, de bodas..., y folletos de todo tipo, tanto en alfabeto árabe como latino. Con la ayuda de mi padre hemos alquilado una habitación en la casa de al lado para dormir nosotros, así dejaremos el garaje para imprenta, exclusivamente.

- Me parece muy bien todo eso, y cuente con mi suscripción desde el primer número del periódico. En cuanto a los papeles impresos, nada puedo hacer porque la Clínica ya tiene contratada, desde sus comienzos, una imprenta para cubrir esas necesidades del papeleo... Usted, señor dos Santos, volvió pronto de Casablanca, pero el doctor Pitt estuvo tres semanas en el Peñón de Gibraltar... Su intención era permanecer allá sólo siete días. Hasta ahora únicamente lo he podido saludar. Esta tarde nos veremos en la terraza del bar de Farid Mohamed. Lo esperamos para tomar el té, señor dos Santos.

- No se preocupe, doctor Lombardi; estaré puntual a las cuatro y media – prometió el señor Dos Santos

*   *   *

Al llegar el señor Rodrigues dos Santos al bar, la acera del Boulevard Front de Mer estaba vacía de gente a causa de la llovizna que caía desde la noche y del viento fresco. Los primeros contertulios habían decidido tomar el té dentro del local, y estaban ya sentados en torno a una mesa, bien protegidos de las inclemencias meteorológicas; muy cerca, varios paraguas escurrían agua. Esta vez los reunidos eran los doctores Pitt, Lombardi, el practicante Yusuf Al –Yamil y un desconocido para el señor dos Santos, pues nunca había visto aquel corpachón, alto y fuerte. Tras los saludos le fue presentado a Dos Santos el nuevo personaje, Mister Edward Carmichael, periodista norteamericano que se alojaba en un pequeño apartamento del mismo edificio donde residía Sir Lancelot Pitt, siendo este médico el que inició la tertulia:

- Lamentablemente, los doctores Dubois y Moulin se han disculpado y no vendrán; en su lugar tenemos un refuerzo en la persona de Mister Carmichael, que habla bastante francés como para seguir una conversación, pudiéndonos contar asuntos muy interesantes de su profesión.

-... Deseaba que me destinaran al frente, pero no me lo permitieron por mi edad, y me enviaron a este lugar, considerado como mucho más tranquilo – dijo Mister Carmichael entre otras cosas, notándose claramente el acento de su país.

"Demasiados periodistas en Tánger. Si todos lo fueran en la realidad, ésta sería la ciudad más conocida del mundo. Pero como supongo, usted viene a trabajar para los aliados, le doy la bienvenida a Tánger, Mister Carmichael", le hubiera gustado decir a Dos Santos, mas, por evitar una imprudencia, se expresó así:

- Es un placer conocerlo; también soy corresponsal de un periódico de Lisboa, aunque a tiempo parcial, por lo que, en cierto modo, soy colega suyo... A lo de la prensa me dedico más por afición que por otra cosa, porque para vivir lo hago de mi negocio de ferretería; mi primera profesión, para la que estudié, fue la de maestro, de donde me vino la afición a escribir. Mi periódico, "As Horas da Tarde", poco puede pagar por las crónicas que le envío... Aquí tiene la tarjeta de mi negocio, con mi nombre y mi teléfono, por si necesita algo. Espero que nos podamos ver con cierta frecuencia para hablar de nuestra común tarea.

- Claro que nos veremos para hablar largo y tendido de lo que está sucediendo en esta parte del mundo, pues para eso me enviaron. En cuanto a su negocio, me parece que también seré su cliente – decía Edward Carmichael mientras leía la tarjeta y se fijaba en el nombre del periódico, “As Horas da Tarde”.

Este periodista, alto y grueso, de aspecto muy fuerte, sentado en su silla, lucía más que el resto de los contertulios. Su pelo pelirrojo, ya con amplias entradas, contrastaba con las cabelleras negro azabache de Lombardi y de Yusuf Al –Yamil. Su cara sonrosada hacía lo mismo con las del color ligeramente moreno de los dos sanitarios. Su mostacho pelirrojo también se diferenciaba claramente del de fuerte color negro de Al- Yamil y del fino bigotito canoso del doctor Pitt. Los espejuelos metálicos que usaba coincidían con los empleados por el médico inglés cuando leía.

- Aquí, donde lo ven, Mister Carmichael fue un deportista de élite en su juventud... Entre otros deportes está el de la lucha libre, si mal no recuerdo... – dijo Sir Lancelot Pitt, como preguntando al periodista.

- Bueno, bueno..., eso de la lucha fue muy al principio, porque pronto me pasé al béisbol profesional, a lo que me dediqué durante unos años y con cierto éxito, hasta que di el salto a comentarista deportivo en periódicos..., y en la radio, también, pero algo después. En el treinta y tres decidí cambiarme a un periodismo diferente, y no voy a decir de más categoría, como se considera en los círculos culturales de Nueva York, ofreciéndome para corresponsal de guerra en la contienda chino – japonesa, y en la guerra civil que también se desarrollaba en la China. Fui aceptado, y aguanté en ese país tres años, hasta que se me llamó para cubrir la Olimpiada de Berlín en el treinta y seis... Sinceramente, la guerra no supera en categoría intelectual al deporte, y fue en ese magno acontecimiento olímpico donde me di cuenta. A la vuelta, como premio a la buena acogida de mis crónicas, y, también, por la forma en que se fueron cumpliendo mis pronósticos deportivos, la empresa me nombró..., comentarista de boxeo..., ¡de los bien pagados!... Mi labor consistía en recorrer todos los Estados Unidos, en trenes y en aviones, para ver a aquellos hombres, de los más variados pesos y categorías, darse puñetazos, y a públicos enardecidos que gritaban continuamente: “¡Pégale fuerte, pégale! ¡Golpea!..¡Duro con él! ¡Más, más! ..., y hasta ¡mátalo, mátalo!... Pero pagaban bien, y sin dinero no se puede vivir. El boxeo es sólo una guerra en miniatura, y para mí..., aburrida. El béisbol era otra cosa muy diferente..., pero no había entonces una plaza de corresponsal adecuada para ese deporte..., pues con mi viaje a China, otros ocuparon esos buenos puestos. En fin, que al estallar este

nuevo conflicto, decidí volver a ser corresponsal de guerra y me mandaron a Marruecos en espera de acontecimientos. “Para el frente de batalla ya es usted un poco mayor...”, me dijeron. Y aquí estoy.

- ¿Cómo es que se conocieron ustedes? – preguntó Oreste Lombardi a Sir Lancelot.

- En una partida de bridge en Gibraltar. Fue una auténtica casualidad, y una suerte, porque faltando el señor Lorch, Mister Carmichael lo sustituirá, al menos durante algún tiempo. Volvimos juntos en el barco, además de dos británicos agregados al consulado, que, como ya saben, funciona como una auténtica embajada. Señor Al – Yamil, ¿entiende usted de bridge?, o si no sabe, ¿desea aprenderlo?

- ¡No, no!.. Yo me quedo con el ajedrez, como el doctor Lombardi, Los juegos con cartas me causan mucho respeto, y por eso los evito.

- Lo comprendo, pero el bridge no es el póquer. Lo jugamos como quien hace un deporte, y no para sacarle dinero al contrario; y organizamos campeonatos como en el ajedrez.

Lombardi escuchaba con gran interés cuanto se decía en aquel local, cerrado y lleno de humo, al que acudía cada vez más gente para guarecerse, con una taza de té o de café calientes sobre sus mesas, del mal tiempo frío, lluvioso y ventoso que reinaba fuera, y compartía la opinión del señor Rodrigues dos Santos, aunque nada se dijeron de que Mister Carmichael se trataba de un agente más de los tantos que estaban acudiendo a Tánger con motivo de la guerra, considerándolo, por su nacionalidad, como aliadófilo, y sintiendo, desde un principio, cierta simpatía hacia el norteamericano.

Rodrigues dos Santos, después de relatar de nuevo lo que ya había contado a Lombardi en su ferretería sobre su viaje a Casablanca, pero con más detalles, preguntó:

-Por cierto, doctor Pitt, ¿cómo le fue en su viaje a Gibraltar? Tenemos mucha curiosidad en oír cómo encontró la ciudad del Peñón, y si pudo resolver sus asuntos, si no es indiscreción.

-Pues todo me salió mejor de lo esperado. Resolví el asunto bancario de las transferencias, y sentí una gran alegría al sentirme rodeado por los míos. Ante la disminución de la cantidad que me envían, para hacer rentables los viajes, procuraré viajar al otro lado del Estrecho cada cuatro o

seis meses, pues la cantidad a recoger equivale a un tercio de las recibidas anteriormente. Pero mi banco de Edimburgo seguirá enviando el dinero cada dos meses...

- Si usted espera tanto tiempo para cobrar, pudiera ocurrir en uno de esos intervalos, que los alemanes, con la ayuda de los españoles, se apoderen de Gibraltar y se queden también con su dinero, doctor Pitt – le interrumpió Lombardi con una ligera sonrisa en los labios.

- Eso no puede suceder. Aquella roca es una fortaleza inexpugnable, y ahora más que nunca... Es como un erizo lleno de púas... Como digo...: antes una armada invencible se apoderaría de la Gran Bretaña que un solo enemigo pudiera poner su pie en el Peñón. Y más no puedo decir, porque procuré no enterarme de asuntos que a mi persona no incumbían.

- Sí, lo comprendemos... ¡Cuidado, el enemigo escucha!, como ponen en los carteles de advertencia en los países en guerra – dijo Lombardi.

- Así es... Difícil me fue encontrar alojamiento, pues llegué sin hacer reserva. Menos mal que, después de mucho indagar, me consiguieron una cama libre en una casa particular, cuya habitación tenía alquilada un maltés que se fue de vacaciones a su tierra por el período de un mes. Como ya había hecho en mi consulado de aquí, me ofrecí a las autoridades por si necesitaban de mis servicios como oftalmólogo, naturalmente, y me respondieron que de momento no les hacía falta y que continuara tranquilamente donde estaba. Ya me llamarían si fuera necesario. Y ocurrió que aquella misma tarde fueron a buscarme por dos motivos: uno, el de un paciente que había sufrido un traumatismo ocular y necesitaba ser operado de urgencia, y otro, el de dar un cursillo a unos médicos y enfermeros que estaban a la espera en Gibraltar para ser trasladados a Egipto y al Oriente Próximo. Gracias a la operación que le practique al traumatizado, se ahorraron su traslado a Londres, a donde, muy probablemente, hubiera llegado demasiado tarde para salvar el ojo. En cuanto al equipo sanitario, estaba constituido por veinticinco médicos y enfermeros llegados al Peñón por diversos conductos: unos, en avión; otros, por barco, y el resto, por tierra. Atravesando Francia y España, llegó un grupo de seis; y cuatro de aquellos sanitarios habían sido rescatados del mar al ser hundidos sus barcos por submarinos alemanes. Convenía hablarles sobre las enfermedades oculares en esa zona oriental, para que aprendieran algo útil y así combatieran el tedio de la espera...

- ¿Porqué los envían al Oriente Próximo, es que se esperan acciones en esa región? – preguntó Lombardi.

- No lo sé ni lo pregunté. No era asunto mío. No iban vestidos de militares, y la mayoría ni tenían aspecto de serlo. Lo cierto es que tanto los participantes en el cursillo como los organizadores quedaron muy satisfechos con mis conferencias. Me advirtieron que estuviese preparado por si se presentaba una situación similar.

- ¿Y le pagaron bien el trabajo? – preguntó de nuevo Lombardi, con picardía.

- Usted bien sabe, doctor Lombardi, que gobiernos y autoridades, en eso de pagar a los médicos, suelen ser muy poco generosos, y aún menos en las actuales circunstancias.

- De eso tengo ya sobrada experiencia, porque durante cinco años trabajé para el mío, y bien poco pagaban. Todavía estoy esperando ciertas retribuciones..., que nunca veré – se lamentó el italiano.

- Me alegra mucho su presencia en esta tertulia, señor Yusuf... – dijo Mister Carmichael como indicando que no recordaba el apellido.

- Al – Yamil – le recordó el practicante.

- Sí, sí..., señor Al – Yamil, porque quería preguntarle a usted, como marroquí y como persona, aparentemente ajena al conflicto, ya que es muy importante para los periodistas conocer las opiniones de todos, ¿cuál es la suya sobre esta guerra?

- La misma que tenía cuando la de España: que a nosotros, los del Magreb, no nos interesa en absoluto, y no nos gusta que las potencias coloniales, que nos dominan, nos utilicen como carne de cañón para resolver sus líos.

- Pero no me negará que británicos y franceses defienden la libertad y la democracia frente al totalitarismo y la intolerancia de los nazis alemanes.

- Puede ser que en Europa sea así, pero lo que es en África, ¡rotundamente, no! Nos llaman Protectorado, pero Marruecos es una colonia, y nada más. A nuestro Gobierno no le dejan decir ni mú... Y eso que vinieron a civilizarnos... ¿Qué ejemplos nos dan España y Francia con tanta guerra? ... Esas no son las lecciones de cultura que necesitamos. Carne de cañón; para eso nos quieren...

- Tiene gran parte de razón, pero debe tener en cuenta que América es una gran defensora de la democracia, y no consentirá, y en primer lugar nuestro `presidente Franklin D. Roosevelt, que el totalitarismo se imponga en el mundo – afirmó muy convencido Edward Carmichael.

- Al principios de este siglo, la marina del tío de su presidente dejó un mal recuerdo en esta ciudad – le recordó Al – Yamil.

- Estoy bien enterado de ese incidente... Fue una cosa menor.

En la calle, la llovizna arreció, transformándose en fuerte lluvia, y el bar restaurante de Farid Mohamed se fue llenando de gente, teniendo que estar apretados unos con otros. Por suerte, el estar sentados junto a la ventana, aunque el cristal estuviera cubierto de vaho, les permitía contemplar el chubasco, cosa que facilitaba Lombardi limpiándolo de vez en cuando con las hojas de un periódico. Muchos clientes fumaban, y, contagiado por el ambiente, el doctor Pitt llenó su pipa y comenzó a fumar. El norteamericano sacó una cajetilla de cigarrillos de su país, e hizo lo mismo, ofreciendo a los demás ese tabaco, que aceptaron Al – Yamil y Rodrigues dos Santos, mientras éste le preguntaba:

- ¿Tiene usted familia, es decir, esposa e hijos aquí, Mister Carmichael?

- En estos momentos estoy solo. Mi familia reside en Norteamérica, en Boston. Mi esposa tiene previsto llegar a Tánger, vía Lisboa, dentro de dos meses. Mis dos hijos se quedarán allá por estar estudiando en la Universidad: el mayor estudia para ser periodista como su padre, y el segundo quiere ser ingeniero de ferrocarriles.

- Pues yo tengo dos hijos haciendo el bachillerato en el Colegio Español, y una hija en la escuela de la Misión de los Bienaventurados – dijo el señor Dos Santos –. Le gano por uno.

- Y yo, con dos, estoy a la par de usted, Mister Carmichael. El mayor es médico, se está especializando en cirugía, y actualmente está movilizado en Francia, ejerciendo en un hospital de campaña. El pequeño es estudiante de derecho. Aún no lo han movilizado, pero está pendiente de que lo llamen de un momento a otro..., si la guerra se prolonga... Francamente, estoy muy preocupado por la suerte de los dos... Yo aquí, y ellos allá con esa guerra. Mi mujer, para poder dormir, toma comprimidos..., y yo, alguna vez que otra. ¡Maldita guerra! ¡Cómo la del

catorce! – explicaba Sir Lancelot Pitt –. ¿Y cómo le fue a la Misión durante mi ausencia, doctor Lombardi?

- En esos días tuvimos que lamentar el fallecimiento del señor Pérez. Un segundo ataque de apoplejía se lo llevó. Me llamaron de noche, pero no pude hacer nada por él. El Abbé Pierre Janet ya salió para Francia. Tenía muchos deseos de conocerla, pero en otras circunstancias. Muy pronto estará en primera línea de frente. También aquí tenemos una nueva novedad, pero en la "Clinique du Docteur Moulin": al señor Yusuf Al – Yamil hemos decidido llamarle en el futuro Don José, ya que se casa con la comadrona española de la Clínica, Carmen. Como saben Yusuf, en árabe, significa, según dicen, José, en español, y los dos repiten los amoríos de la célebre novela del escritor Prosper de Merimé, llevada a la ópera por el compositor Georges Bizet...

- Esperemos que no se maten como ocurrió en el cuento, y les deseamos lo mejor para el futuro. Es una lástima que en este bar restaurante de Farid no se pueda pedir vino para celebrarlo y desear felicidad a la pareja. Vea, Mister Carmichael, ¡en este momento debemos lamentar la ley seca del Islam! – exclamó con cierta pena el doctor Pitt.

- De eso tuvimos que sufrir en los Estados Unidos bastante. Por suerte, ya se acabó la prohibición. Le deseo mucha felicidad, señor Al – Yamil. Doctor Lombardi, ¿cuándo podría yo visitar esa Misión de los Bienaventurados?... Sería interesante hacer un artículo sobre sus actividades... Estoy seguro que interesará en América.

- Desde que usted quiera, Mister Carmichael. El próximo lunes por la tarde, ¿le va bien?

Y quedaron citados a una hora determinada en ese día; y ya agotados el té y los temas de conversación, cada uno fue abandonando el local, y, con los paraguas abiertos, tomaron rumbo a sus casas, mientras la lluvia arreciaba en esa fría tarde de invierno tangerino.

Senderos de Águilas
Cuarta Parte
La Torre Tiembla

III

Afortunadamente, tomadas las medidas necesarias por el descenso de ingresos, la vida y la economía de la Misión de los Bienaventurados transcurría sin mayores incidentes ni problemas, aparte de lamentar a principios de año la pérdida del señor Pérez y la ausencia del Abbé Pierre Janet, por irse al frente. El ritmo de refugiados, pese a la contienda, no se incrementó mucho, quedando siempre alguna cama libre. Con el mes de junio llegó la capitulación de Francia y el consiguiente disgusto de los miembros de la Misión y de la colonia gala de Tánger, no habiendo consuelo para muchos... Mas no se habían recuperado de esta desgracia, cuando un nuevo suceso los cogió por sorpresa: los españoles, utilizando topas de la Mehal–la, o mehalas marroquíes, teóricamente bajo las órdenes del Sultán, ocuparon la ciudad internacional de Tánger, sin previo aviso y de forma súbita, aumentando la amargura y disgusto de los franceses. "¡En Francia, los boches, aquí, los españoles! ¿Qué nos queda por aguantar?", se decían entre ellos.

Al Curé Leduc acudían muchos de sus feligreses a exponerle sus penas y pedirle consejo ante las situaciones que se iban presentando, consolándolos de la siguiente forma:

- Esta ocupación no es que me guste, pero ya hacía tiempo que me la estaba esperando, no por parte de los españoles, sino por parte de los franceses o de los ingleses..., y, en el peor de los casos, hasta temía que los alemanes pusieran el pie aquí. Al ser católicos los españoles, aunque las tropas ocupantes, o mehalas, como las llaman, sean musulmanas, tengo el convencimiento de que nos respetarán, y los roces que podamos tener con ellos serán de menor cuantía, si es que llegamos a tenerlos. No estamos abandonados ni olvidados los franceses de Tánger..., ¡de ninguna manera! El Mariscal Pétain y el Residente General Francés en Marruecos, Nogués, no tolerarán ningún tipo de humillación o avasallamiento a los residentes franceses en Tánger. Tengan en cuenta que, pese a la capitulación, Francia conserva mucho poder aún, tanto en la Metrópoli como en sus inmensas colonias. Siempre he valorado mucho al Mariscal, y lo considero un

hombre honrado y un buen patriota. Tomemos con calma y resignación esta nueva prueba enviada por Dios... La fe y la oración son más necesarias que nunca.

Con esta misma filosofía que el jefe de la Misión, se tomaron con suma tranquilidad el acontecimiento el padre Atienza, las hermanas y los otros miembros de la Misión.

En la ciudad, también se aceptó con resignación este hecho inesperado, cosa lógica entre una población acostumbrada a que no se tomara en cuenta su opinión. Poco a poco, así mismo, los franceses se fueron adaptando a la nueva situación, aunque hubo grupos que no la soportaban ni la soportarían jamás, lo cual no significaba oposición violenta.

Uno de los que peor aceptó la ocupación fue el doctor Moulin, siendo testigo Lombardi, en la Clínica, del enorme enfado de su jefe al enterarse aquel día del suceso, y al que nunca había visto así, tan indignado. En realidad, los disgustos de Lombardi y de Morán fueron mucho mayores, pues nula gracia les hacía ver a sus mayores enemigos, los fascistas, ahora mandando en la ciudad. "¿Qué me harán?, se decía Morán, que pensando también en que a ningún otro sitio podía huir, se resignaba haciendo su trabajo y esperando que ocurriera de un momento a otro lo que tanto temía: la detención y la cárcel. ¿Lo torturarían?... Muchos sucumbían a esos tormentos... Lombardi, que además de ser más fuerte en todos los sentidos, como no tenía cuentas pendientes con los españoles, sentía menos temor; pero su país, muy amigo de España, se había aliado con los alemanes, y allí sí tenía una pequeña cuenta pendiente como Morán. Hasta ahora se había llevado bien con el Consulado de Italia, donde tenía algunos buenos amigos... ¿Seguirían las cosas igual? ¿No le reclamarían responsabilidades por sus antecedentes? En fin, que para no hacer muchas elucubraciones y librarse de dolores de cabeza y de preocupaciones, no considerándose una cosa prioritaria para su Gobierno, que tampoco mandaba en Tánger, aunque dependiera él del Consulado Italiano, procuró olvidarse de todo eso, y reservar sus cuitas para cuando comenzasen lo bombardeos, porque de una cosa estaba muy seguro: que a esta primera ocupación pacífica, le seguiría otra violenta...

Ya muy afectado por la ocupación de Francia, a la que por su patriotismo consideraba invencible, la súbita ocupación de la ciudad por los españoles, fue la gota desbordante de la paciencia y de la indignación contenida del doctor Moulin, expresada con grandes gestos de su manos y de su cara congestionada ante Lombardi, mientras exclamaba a gritos:

- ¡Qué se habrán creído esos mequetrefes de españoles! ¿Con qué derecho han entrado aquí? ¡Esto es un puerto francés! ¡Si tenía un estatuto internacional, es porque a Francia le ha convenido por cuestiones del comercio y otras razones económicas! ¡Aquí el que siempre ha gobernado es el Consulado Francés, y desde que el Mariscal Pétain se recupere de la traición hecha a Francia y a él por esos izquierdistas, los enanos españoles, muertos de hambre, saldrán corriendo como liebres acosadas! ¡Mira que apoderarse de Tánger esos desgraciados, como si fueran buitres carroñeros! ¡Y recuerde Lombardi lo que le digo, que también saldrán de Marruecos, porque fuimos nosotros los que les dimos ese trocito del norte, que no pudieron someterlo hasta que los franceses acudimos en su ayuda! ¡Esos piojosos nada tienen que hacer aquí! ¡España..., la escoria y la vergüenza de Europa!, le aseguro, Lombardi, que pagará cara esta impertinencia. La culpa de toda esta desgracia de Francia la tiene ese medio millón de rojos españoles exiliados en nuestro país al permitirles pasar la frontera en el treinta y nueve. ¡Indeseables bolcheviques!... ¡Menos mal que usted no comulga con el Mussolini, porque hay que ser muy canalla para darnos esa puñalada por la espalda! Nunca lo creí capaz de tal desatino. Sinceramente, lo consideraba un gran estadista... y de buenas intenciones.

Con los ojos desencajados, parecía que le iba a dar algo, por lo que Lombardi intentó calmarlo, diciéndole;

- No olvide, doctor Moulin, que su suegra era española pura.

- De esa señora no quiero saber absolutamente nada. Para mí, como si nunca hubiera existido. Es una cosa borrada.

- Pero doña Rita, Madame Moulin, su esposa, también lo es.

- ¡Ella es francesa! ¡Nació en Tánger, y su padre era francés!

- Esta misma mañana, no hace una hora, me enseñó su pasaporte, completamente en regla, y resulta que es española. Su padre no figura, y su apellido es Gutiérrez. El Moulin no consta tampoco.

- ¡Cómo! ¿Todavía no ha arreglado lo del pasaporte francés? ¡Con la de veces que se lo he dicho! ¡Todo lo tenía ya apalabrado en el Consulado! ¡Hasta me dijo que había ido a eso!... ¡Ya le ajustaré yo las cuentas...!

-Y sus hijos utilizan el español como lengua materna, doctor Moulin.

- ¡Esa condenada..., con tal de llevarme la contraria! ¡Claro, como su madre es española! Pero mis hijos saben hablar bien el francés.

- Sí, es bien cierto, pero gracias a los padres Leduc y Janet que los retenían una hora más en la escuela y se preocupaban de que lo aprendieran bien, porque usted en ese asunto poco interés puso.

- En eso le doy toda la razón. Con el trabajo en la "Clinique" y el de ser, además, asesor sanitario, no me ha quedado tiempo para ocuparme de mi familia como es debido.... ¡Eso cambiará a partir de ahora!...

- No se olvide de que las facturas, libros de contabilidad, muchos informes..., etc, se escriben en español. Y tenga en cuenta que más del sesenta por ciento de los pacientes atendidos aquí son de ese origen.

- Eso ocurre desde que Morán está aquí... Como padecen tantas enfermedades venéreas, esto se está convirtiendo en su refugio. ¡Sí, sí..., permanganato y salvarsán!...;¡eso es lo que necesitan! ¡Zotal, también, para que se limpien como es debido y no desencadenen otra gripe como la del dieciocho...! Antes, casi todos los pacientes eran franceses... ¡Porque esta "Clinique du Docteur Moulin" es francesa! No lo olvide nunca, Lombardi.

- Y así se considera. Pero ahora vienen muchos más pacientes de otros orígenes, dejando buen dinero...

- Cosa bien cierta...; cosa bien cierta... La derrota de Francia y esta ocupación me han sacado completamente de quicio... Ahora que su país está en guerra, a pesar de estar en desacuerdo con su régimen, ¿qué piensa hacer si lo llaman a filas?..., ¿irse con los suyos?

- Eso sería en último extremo, si es que me obligan y acosan mucho, y más ahora que estoy esperando un hijo. Y esta noticia, entre todas las malas recién llegadas de Europa, es una de las buenas del momento. La otra es que Yusuf y Carmen se casan, por si no lo sabía.

- ¡Pues buenos momentos escogen ustedes para meterse en esos jaleos! ¡El mundo ardiendo, y a celebrar bodas y bautizos!... ¿Y cuál es la opinión de Morán sobre la ocupación?

- Muy preocupado se encuentra... Al estar considerado como enemigo político del Régimen, en España, teme lo peor para él. He intentado tranquilizarlo, recordándole que los ocupantes españoles se han comprometido a respetar el estatuto internacional de la ciudad, y que los

consulados vigilarán estrechamente a las tropas ocupantes, no consintiendo intromisiones en los asuntos particulares de los residentes. Esas tropas deben limitarse a mantener el orden en la ciudad, a garantizar su neutralidad, y sólo intervenir en casos de delitos comunes, alteraciones del orden público o similares..., así como rechazar otras intervenciones extranjeras. Eso es lo que me han informado esta mañana mis amigos del Consulado de Italia en conversación telefónica – le respondió Lombardi.

En este momento, una enfermera, después de tocar en la puerta del despacho del doctor Moulin, donde transcurría esta conversación, entró para comunicarles que había ingresado una mujer con signos avanzados de parto, y, acto seguido, los médicos se pusieron en camino hacia el paritorio.

* * *

A los pocos días de la ocupación, tuvo lugar en la Plaza de Francia el desfile de las mehalas marroquíes, para, de esta forma, celebrar el acontecimiento y demostrar, ¡cómo no!, el poder de los ocupantes. Allá acudieron el doctor Lombardi, el señor Rodrigues dos Santos y el padre Federico Atienza acompañando como guía y vigilante a un grupo de niños españoles y marroquíes de la escuela que no ocultaban su alegría por poder presenciar el acontecimiento.

- ¿Que hace por aquí, señor Dos Santos? – le preguntó el sacerdote al verlo.

- Pues intentando hacer una buena crónica para “As Horas da Tarde”. Ya hice la primera sobre la entrada de las mehalas; fue un notición. El editor me felicitó... ¡Mire, mire! Por allí se acercan mi colega Mister Carmichael y el doctor Pitt... Se han hecho amigos inseparables. También vienen sus señoras. La mía no quiso venir porque no le gustan los ejércitos, y eso que su padre fue militar de profesión.

Al llegar los de habla inglesa, Mister Carmichel presentó a su esposa que pocos días antes había aterrizado en Tánger procedente de los Estados Unidos, pasando por Lisboa y Sevilla, a quien dijo el padre Atienza:

- Aprovecho para darle las gracias por el valioso donativo que nos trajo de América, señora Carmichael. Su esposo nos lo entregó anteayer. Su artículo sobre nuestra Misión tuvo un buen efecto en su país, que tan

generosamente ha respondido a nuestra llamada de socorro – palabras dichas en francés que Mister Carmichael tradujo al inglés.

Varios españoles, con claras muestras alegría en sus rostros, se acercaron a este grupo de amigos y saludaron al doctor Lombardi, y uno de esos hispanos le dijo:

- Agradecemos mucho que en estos momentos gloriosos para nuestra patria esté usted con nosotros, don Oreste. España e Italia siempre han sido grandes países hermanos.

- Sí, así es, y así lo será siempre. Esto es lo mismo que la toma de Adis Abeba por las tropas del Duce – respondió muy diplomáticamente Lombardi.

En esto, un señor bajito y con sombrero, se acercó a donde estaban los conocidos y les dijo:

- Soy el funcionario del Ministerio de Gobernación español Rosendo Valgas, y mi jefe desea hablar con los corresponsales de prensa extranjeros. Por favor, acompáñenme, si tienen la amabilidad.

Los dos periodistas siguieron al funcionario, y poco después se les podía ver colocados en un lugar preferente, cerca de la presidencia del acto. De esta forma podían cubrir mejor la información, con la ventaja de ser asesorados por un experto en la materia. Unos toques de corneta indicaron que iba a dar comienzo la parada...

- Fíjese, doctor Lombardi, el señor Lorch ha sido colocado junto a los periodistas. Hacía bastante tiempo que no lo veía – dijo Sir Lancelott Pitt.

- El señor Lorch está muy bien considerado por los españoles. Mucho ayudó a la causa de los nacionales en los tiempos de la guerra, y antes... Observe allí: mi mujer y la señora Moulin nos hacen señales. Se decidieron a venir a última hora, por eso han llegado tarde y ya no pueden cruzar la calzada – dijo Lombardi.

-Veo mucha chiquillería. Es lógico; estos espectáculos entusiasman a los niños. ¿Cómo es que no están aquí los doctores Moulin y Morán? - preguntó el doctor Pitt.

- Les corresponde estar en la Clínica. Tengo estas horas libres, pero, desde que acabe la parada, iré rápido a reemplazar al jefe... Por otra parte,

el doctor Moulin está indignado con lo de la ocupación española; por ser francés la considera un atropello al estatuto de la ciudad, y esperemos que no se entere de la presencia de su mujer en este acto... En cuanto a Morán, no simpatiza con el régimen español actual. No oculta su disgusto..., y hasta siente miedo por si toman alguna represalia contra él – respondió Lonbardi, añadiendo –: Mire allí vienen, muy amistosos, el sargento Monts de la Gendarmería y el funcionario Valgas, que, muy probablemente, debe tratarse de un inspector o de un comisario de policía.

Nuevos toques de corneta indicaron el inminente inicio del acto, y a los acordes de una marcha militar comenzó el desfile.

* * *

Durante aquel verano del cuarenta, más que la ocupación de la ciudad preocupaba a los contertulios de la terraza del Boulevard Front de Mer las desagradables noticias de los bombardeos sobre Londres y, por la cercanía, de los de Gibraltar y Malta, así como sobre referencias de combates navales en el Mediterráneo, hundimiento de barcos en las cercanías del Estrecho y de náufragos que llegaban a Tánger, algunos de los cuales fueron alojados en la Torre de la Misión, mientras esperaban sus repatriaciones o destinos definitivos.

- Cualquier día de estos nos tocará a nosotros, y de pleno, esta guerra– decía el doctor Dubois en una de esas reuniones del bar de Farid.

- A mí ya me ha tocado de lleno esta guerra. Mi hijo mayor, el médico, perdió el ojo derecho y la mano izquierda en la retirada de Dunkerque. Había comenzado a especializarse en cirugía, y pensaba que, con la guerra, iba a adquirir una gran práctica en esa especialidad... Desde que pueda colocarse las prótesis, se irá a trabajar de médico general a un pueblo situado muy cercano a mi lugar de nacimiento; actualmente esa plaza está vacante. Eso me comenta en su última carta, y , francamente, muy apenado estoy por sus mutilaciones – dijo el doctor Pitt.

- Al hijo menor del señor Lorch que se dirigía a Alemania para incorporarse a la Wehrmacht, como llaman al ejército alemán, durante el trayecto Ceuta Algeciras, el barco en que viajaba fue desviado por una cañonera británica a Gibraltar, y, a pesar de llevar documentación con

nombre español, bien falsificada, lo obligaron a bajar a tierra, y se encuentra prisionero en el Peñón – comentó Lombardi.

- ¿Cómo va la Misión últimamente, doctor Lombardi? ¿Llegan muchos refugiados? – preguntó Dos Santos.

- Sí llegan, pero no de forma agobiante. Es un goteo que no se detiene; en la ciudad sucede lo mismo. No somos los únicos en acogerlos; a nosotros sólo nos corresponde una pequeña parte..., ni tenemos capacidad para más. En lo que a mí me corresponde, sigo encargado de conseguirles los billetes y salvoconductos para el Marruecos Francés. Con los franceses no existen grandes problemas, pero con los polacos y de otros orígenes, sí, por lo que nos vemos obligados a encaminarlos clandestinamente en muchas ocasiones, encareciendo los costes de los traslados. El Comisario Valgas, que es el responsable para nosotros en este asunto, procura facilitarnos salvoconductos, y con mucha prontitud. "¡Que se marchen cuanto antes!", es su lema, pero algunos no pueden marcharse, y debemos buscarles un trabajo, aunque sea mínimo, para que puedan sobrevivir, cosa harto difícil en Tánger. Yo lo llamo Comisario Valgas, como ya empieza a ser conocido en la ciudad, pero no sé qué cargo ostenta ni si es un auténtico policía. Va de paisano, no muestra ninguna placa, pero está en el asunto de extranjeros de la ciudad.

- ¿Y cómo va de trabajo en la Clínica, doctor Lombardi? – preguntó el doctor Dubois.

- Lamentablemente, hemos sufrido un nuevo descenso, con la consecuente merma de ganancias. Descanso algo más; así compenso la falta total de vacaciones impuesta por la situación de crisis, y también puedo aumentar el tiempo dedicado a los refugiados.

- ¿De cuantos días de vacaciones disponían ustedes en la Clínica?- preguntó el doctor Lancelot Pitt.

- Pues de diez días al año, más los festivos libres, que, sumados, llegaban a los treinta días anuales. Nuestras jornadas de duro trabajo, por lo general, oscilan entre cuatro y doce horas diarias, siendo de preferencia, más próximas a las doce; muchas de esas horas son nocturnas, pues debemos estar permanentemente al tanto de los acontecimientos, incluso cuando estamos libres de todo servicio. Ahora ese horario anda algo mermado. Los domingos, si no hay intervenciones de urgencia, generalmente nos basta con dos horas.

- En cuanto a mí, que desde hace mucho tiempo no hago vacaciones, ni me ausento de Tánger, y hasta en los domingos estoy de servicio, el trabajo se ha reducido mucho, y dispongo de más horas para el descanso, como Lombardi. Eso, hasta cierto punto, sería bueno, pero lo malo es que va unido a un importante descenso de ingresos, y debo mantener una familia. La paga por las guardias en el hospital es una miseria. Tenemos que hacer muchas filigranas para llegar a final de mes – dijo el doctor Dubois.

- Ese es el mal principal de la ciudad, consecuencia del descenso de la actividad portuaria por culpa de la guerra y de la capitulación de Francia. Vendo mucho menos en mi ferretería: unas veces, porque la gente no compra tanto, y otras, porque vienen a buscar artículos de los que no dispongo, pues no me los suministran. Solamente de Marruecos y de España recibo mercancías..., y en pequeñas cantidades. Pero cuéntenos algo, doctor Pitt, de cómo le fue en el último viaje a Gibraltar – dijo el señor Rodrigues dos Santos.

- A decir verdad, me fue tan bien como en la primera; y esta vez tenía reservado alojamiento, evitando la espera hasta casi la noche para encontrar donde dormir, como me ocurrió la primera vez. Como había dejado transcurrir seis meses desde mi último viaje, recogí una cantidad igual a la que anteriormente recibía por dos meses. No me queda más remedio que seguir reduciendo gastos, para alcanzar su duración hasta dentro de unos meses, cuando volveré, porque el dinero que tenía ahorrado en Tánger, ya casi ha desaparecido. Nunca el dinero me había preocupado, por suerte; pero ahora estoy muy obligado a hacer muchos cálculos para que no nos falte. De momento, nada de lujos ni de cosas superfluas. Y hemos de consolarnos, porque la situación es peor en Europa. Doy vueltas a mi cabeza para ver cómo puedo superar esta situación. En Gibraltar tuve ocasión de operar de ojos a dos heridos, marineros de barcos que combaten en el Mediterráneo, y hasta viví un conato de bombardeo. Dentro de unos días vendrá un médico inglés, procedente de Gibraltar, para presenciar unas operaciones muy especiales, desde hace tiempo programadas. En cuanto a no tener vacaciones anuales, estimados colegas, me parece una verdadera barbaridad. El descanso es absolutamente necesario. Y una pregunta por último, doctor Dubois, si no es indiscreción, ¿cómo es que el doctor Moulin y usted vinieron a parar a este lugar? ¿Es que viajaron juntos, o el uno, una vez establecido, llamó al otro?, porque según tengo entendido ustedes son amigos de toda la vida.

- Efectivamente, así es, nos conocimos cuando hacíamos el primer año del bachillerato, en Toulon, de donde somos, y nuestros padres ejercían

de maestros. Al acabarse la Gran Guerra, de la que nos libramos por ser muy jóvenes aún, fuimos a Montpellier a estudiar medicina, a pesar de disponer de muy pocos medios económicos; con sacrificios y penurias conseguimos ser médicos. Entonces yo me fui a trabajar a un pueblo cercano de la costa, donde se ganaba muy poco, y Honoré Moulin consiguió una plaza de ayudante de cirugía, por un año, con un sueldo ínfimo en la Facultad, que gracias a unas guardias que hacía en una clínica ginecológica privada, también pésimamente pagadas, conseguía malvivir. Así pasamos dos años, hasta que comprendimos que en Francia, para dos médicos sin fortunas de origen ni padrinos, nuestros futuros eran muy inciertos, por lo que decidimos probar fortuna en África. Alguien nos habló de Tánger y del Hospital de los Muy Pobres. Éramos jóvenes, con ganas de trabajar y de aventuras, y después de pensarlo un poco, pero no mucho, hicimos las maletas y aquí nos plantamos. Si no nos iba bien, nos iríamos a Casablanca, donde, por lo menos, en la Legión Extranjera nos admitirían... Pasamos penas al principio, pero nos fuimos abriendo camino... Honoré dice que en Francia no le hubiera sido posible alcanzar la categoría conseguida aquí, cosa bien cierta. El dinero y la merecida fama lo han acompañado... Siempre ha sido un trabajador infatigable. Es tan buena persona como lo duro que aparenta.

Y la conversación continuó sobre las escaseces, uno de los temas preferidos de la ciudad.

* * *

Pese a que la ayuda que recibía de Francia había dejado completamente de llegar, la Misión de los Bienaventurado seguía en pie y funcionando como podía. Los envíos de otros países como Marruecos, Argelia, Canadá, ni el aumento de la contribución de la ciudad compensaban aquella pérdida, y, también, muy poco significó que el padre Atienza renunciara a su sueldo al recibir una renta por las propiedades de su familia, y el que se dejara de pagar un sueldo porque la hermana Evangeline volviera a Suiza para atender a su madre enferma. Al déficit económico se sumó una disminución de la contribución humana, viéndose obligada la Misión a optar por reducir el número de alumnos de la escuela, tanto de pago como de becarios, al suprimir el curso superior. En cuanto al comedor de menesterosos, se decidió dar menos cupones de comidas, o sea, aceptando menos pobres.

En lo referente a la Torre de Babel y a sus refugiados, la Misión no experimentó cambios. El doctor Lombardi bien se preocupó de que siguiera funcionando igual, recurriendo a la fibra sensible de la colonia francesa para que ayudaran a sus compatriotas, fugitivos por causa de una guerra con persecuciones políticas y religiosas, a través de España y Tánger, para refugiarse en África. Marruecos, Argelia y Túnez eran la esperanza de muchos fugitivos de la Metrópoli, pues África no estaba ocupada por los alemanes, y en el Magreb, el Régimen de Vichy era algo más tolerante que en la Zona Libre de la Metrópoli.

La labor del doctor Oreste Lombardi de conseguir salvoconductos para los refugiados se vio muy favorecida por el Comisario Valgas, uno de los principales encargados de controlar, evacuar y expulsar a los inmigrantes ilegales, siendo su frase preferida, al respecto: "¡Cuanto antes abandonen la ciudad, mejor!". No era del mismo parecer la parte receptora, siempre poniendo pegas para acoger refugiados. A Lombardi le hubiera gustado tener largas charlas con algunos de esos fugitivos, que parecían personas muy interesantes, pero su trabajo y el estar ocupado casi todo el día, así como las premuras en la evacuación, le limitaban esas ansiadas entrevistas. En cierta ocasión, un escritor le regaló una novela, y también consiguió que un ginecólogo le enseñara una nueva técnica antes de partir para Casablanca. Para Lombardi, una cosa tenían en común todos aquellos fugitivos, franceses y no franceses: el que contaban hechos horrorosos de la ocupación y de la situación en Francia.

Entre estos refugiados hubo uno, el doctor Marcel Souchet, dentista y ex combatiente, tangerino francés, que consiguió salir de Francia antes de la ocupación de Hendaya por los alemanes, al que le unió una gran amistad al quedarse en la ciudad trabajando de ayudante de un tío suyo, y colaborando en el consultorio de la Misión. El disgusto de Souchet por la derrota de Francia fue enorme. Acabados los estudios de odontología en el treinta y nueve, fue teniente de infantería en la guerra. Herido de no mucha importancia, fue evacuado al sur, y al producirse la derrota, que lo sorprendió en Hendaya, pudo pasar a España y llegar a Tánger.

- Primero estuve en Burdeos recuperándome de las heridas, y al producirse la derrota, poco antes de que se anunciara oficialmente, el Consulado Español me concedió el visado. Tuve esa suerte. A pesar del visado ponían muchas pegas para pasar a España, tanto en un lado como en el otro, pero yo tenía el pasaporte de residente en Tánger, y con la ayuda de un amigo, funcionario de la aduana, conseguí atravesar la frontera y llegar hasta aquí. Los españoles temían una invasión de refugiados franceses tras la derrota, como sucedió en el treinta y nueve con la derrota republicana en

España, pero al revés... En fin, que me libré de un campo de concentración.

En la ayuda a los refugiados, compatriotas y de otros orígenes, la colaboración y apoyo prestados por el doctor Souchet a Lombardi fue muy valiosa... Pero ese hombre siempre le manifestaba su deseo de hacer algo más, como el de volver a Francia para unirse a la resistencia que iba surgiendo.

- De momento quédate aquí, donde ahora nos haces falta ayudando a refugiados. Sin una organización que te envíe y apoye, eso que pretendes, es absurdo. Espera, ten paciencia, ya llegará la ocasión oportuna... – le recomendaba Lombardi.

* * *

Aunque había comentarios para todos los gustos, lo cierto es que la población aceptó, con resignación, eso sí, la ocupación española... Al fin y al cabo, dada la situación mundial, a algún país le correspondía hacerse cargo de ellos y de esa ciudad abandonada a la buena de Dios en medio de un mar de guerras... Algo tranquilizaba a los doctores Moulin y Lombardi el que un colega y amigo de ambos hubiera sido nombrado administrador de la ciudad, aunque fuera la autoridad militar la que realmente ejerciera el mando. En la “Clinique du Docteur Moulin”, aparte de la disminución de la actividad, que bien sobrepasaba el veinte por ciento, todo transcurría tranquilo, notándose una pequeña disminución del personal, porque empleada a la que se le vencía el acuerdo, no se lo volvían a renovar. Pero a finales de noviembre, se presentó el Comisario Valgas preguntando por el doctor Mateo Morán González. Como éste se encontraba en quirófano, junto con el doctor Lombadi, practicando una operación, Valgas fue recibido por el doctor Moulin, que al enterarse del asunto que traía entre manos era una requisitoria por sus actividades políticas, antes y durante el Movimiento Nacional de 1936, por las que debería responder en el departamento indicado en el papel, puso el grito en el cielo, mostrando una indignación muy similar a la exteriorizada cuando la ocupación de Tánger, exclamando a todo gritar:

- ¡Sepa usted que esto es una “clínique française” y que nosotros sólo dependemos de nuestro consulado! ¡Nadie puede molestar a ninguno de nuestros empleados sin el consentimiento de Francia! ¡Y mucho menos por un asunto político!... Además, ¡usted viene acompañado de dos policías!

¡Esto es el colmo! ¡Como si Morán fuera un delincuente mayor! ¡Llamaré a mi consulado ahora mismo! – cogió el teléfono, y mientras esperaba la conexión, pidió que viniera Lombardi para explicarle lo que sucedía, quien, a continuación de la llamada hecha por el doctor Moulin, telefoneó al doctor Pitt y a Mister Carmichael, los cuales, al vivir muy cerca, no tardaron en presentarse junto a un empleado del Consulado de Estados Unidos, también domiciliado en el mismo edificio. No tardando en llegar un representante francés, por añadidura.

En fin, que en unos pocos minutos se armó un conflicto internacional sobre competencias, que se resolvió cuando el jefe de Valgas, por teléfono, lo reprendió porque su misión era sólo el advertir a Morán sobre la obligación impuesta por la superioridad de permanecer confinado en la zona internacional de Tánger, ya que si pasaba al Protectorado Español, sería detenido.

- Pero ¿a la playa, podré ir..., o no? – preguntó Morán.

- A la playa, sí – le contestó Valgas.

Resultó que todo este jaleo se debía a una denuncia del marido de la ex esposa de Morán, hombre bien situado políticamente, y viejo contrincante, en todos los sentidos, de este médico.

Por la Navidad, el doctor Moulin decía a sus colaboradores, Lombardi y Morán:

- Ahora, por un nuevo decreto, incorporados al Protectorado Español, sin Menhoud ni tantos organismos propios de la ciudad internacional, pronto Tánger se convertirá en un pueblo más. Y mi colega está cesado como administrador. Morán ¿a usted le han vuelto a hacer alguna nueva advertencia.

-Pues sí, me han restringido la capacidad de movimiento. Me han ordenado no abandonar la ciudad. El campo lo tengo prohibido.

-¿Por escrito?

-No, Valgas me lo ha dicho de palabra. Ni a Cabo Espartel me dejan ir. En realidad, muy poco he salido de la ciudad en el tiempo que llevo aquí... Un par de veces, a lo sumo, y muy cerca.

- En fin, que de la playa al Marxan, y del Marxan a la playa.

Senderos de Águilas
Cuarta Parte
La Torre Tiembla

IV

- Cada vez entiendo menos este mundo. Europa en llamas, la ciudad en crisis económica, usted recibiendo menos beneficios de la “Clinique”, y ahora me aparece conque se ha comprado un yate. Pero ¿está usted loco? ¿Tiene idea de lo que cuesta mantener eso...? Un yate es como un saco sin fondo, que se intenta llenar y nunca se consigue... ¡Ay, Lombardi, Lombardi..., y usted que tanto presume de comunista...! ¡Qué dirán sus camaradas! ... – exclamaba, con claras muestras de asombro, el doctor Moulin.

- Mis camaradas, como usted los llama, no dirán absolutamente nada, porque se trata de un yate pequeñito, y desde siempre ha sido mi ilusión tener un barquito para salir a pescar; desde muy pequeño, contemplando la bahía de Nápoles. Monsieur Lambert me lo vendió muy barato...; una verdadera ganga. Su negocio se vino a pique, y se marcha a Casablanca a trabajar con su hermano. Tenía un dinero ahorrado, y en algo debía usarlo – le respondió Lombardi.

-¡Vea, vea... cómo están las cosas! ¡La gente arruinándose, y usted despilfarrando su dinero. Además, con la guerra aquí, ¡en el mismo Estrecho!, navegar es muy peligroso. En cualquier momento un submarino o un destructor puede hundir su yate, y vete a saber quién lo hizo.

-Por ese botito nadie desperdiciará ni un torpedo ni un proyectil. Puedo navegar tranquilo, nunca me alejaré de las tres millas.

- Los ingleses se consideran los dueños de los mares, y para ellos ningún país posee aguas jurisdiccionales. Hasta la orilla se aventuran, y nadie se atreve a decirles nada; eso es de sobra conocido. Tenga en cuenta su nacionalidad italiana, y que si lo agarran, se lo llevan prisionero a Gibraltar como le sucedió al hijo del señor Lorch, donde estará preso hasta el final de la guerra... Si es que se acaba algún día...

- Bueno, todo en esta vida tiene sus riesgos, pero tengo la convicción de que nada me ocurrirá. No podemos viajar a ningún sitio... Así, por lo menos, podré practicar mi deporte favorito los domingos libres de guardia: la pesca en barco.

- Para el yate no va a encontrar combustible.

- Usted encuentra peros para todo, doctor Moulin. En eso del combustible no hay problema; el yate también dispone de velas.

- ¿Desde cuándo no tiene vacaciones, Lombardi?

- Estamos en el cuarenta y dos..., que significa algo así como tres años. Usted bien lo sabe.

- Pues le voy a dar diez días de permiso para que usted viaje a Jerez a visitar a sus suegros y puedan conocer al nieto, que sé que están ansiosos por verlo. Morán y yo nos arreglaremos. Él ahora está contento, pese a las restricciones de movimientos, porque ha conseguido traer a sus padres y a su hijo de Cádiz. Según me contó, allá la situación es desesperada; las escaseces, el hambre y la miseria hacen estragos... Aproveche el avión que vuela a Sevilla. Cambie unos días de aire, Lombardi, y vea algo distinto, porque yo no puedo ausentarme en la actual situación. Continuamente hay alertas de epidemias: de tifus exantemático, viruela, tos ferina... Cada dos por tres me llaman para reuniones.

- Gracias por las vacaciones, doctor Moulin. Haría lo que usted me dice, y con muchísimo gusto. Por suerte, pese a los males que padece España, a la familia de mi mujer no le va nada mal...; son de los pudientes y muy adictos al Régimen, aunque un poco disgustados porque aún no se ha reinstaurado la monarquía. Ya me aceptan, como suele ocurrir siempre cuando no se desea a un yerno. Como el niño es aún muy pequeño, es mejor ahorrarle ese viaje... Además, pronto vendrán mis suegros a Tánger... Tal vez vayamos dos días a Tetuán. El resto del tiempo me lo pasaré en la playa pintando y reparando el yate para ponerlo en condiciones de navegar... Ése será mi descanso... Es curioso, todos se quejan del descenso de ganancias menos Morán, que ha visto incrementados sus ingresos por el aumento de enfermedades venéreas en su consulta.

- Venéreas y tuberculosis se presentan actualmente con mucha frecuencia. Ahora Morán se ha hecho amigo del Comisario Valgas, a pesar de aquel incidente a poco de la ocupación. Aunque nada me ha dicho, debió ser una blenorragia lo que lo llevó a la consulta, porque estuvo varios días

yendo..., y, con cierta frecuencia, los veo tomando café juntos en el bar de David... A su vuelta, para que no me consideren injusto, les daré a Morán y a Yusuf una semana de vacaciones a cada uno. Este descenso de actividad en la "Clinique" permite esos reposos.

* * *

En el transcurso de los meses, la Misión vio disminuida la afluencia de refugiados, estando ocupadas solamente dos o tres de las camas que disponía, significando menos trabajo para sus miembros, aunque eran conscientes de que se trataba de una calma en medio de una tormenta. Judíos huyendo del nazismo seguían llegando a la ciudad, pero de ellos se hacía cargo su comunidad, limitándose la ayuda de la Misión a atender a algún que otro de esos creyentes en el consultorio, donde explicaban, con mucho detalle, todos los sufrimientos y horrores que sufrían los suyos en los países ocupados por los nazis.

Una mañana de junio, el padre Atienza habló así a Lombardi:

- Mire, doctor Lombardi, esos locos de alemanes acaban de invadir Rusia; y bien lo sabe usted por estar muy enterado de todo lo que pasa en el mundo... Pero ¿a dónde quieren ir?... ¿Qué pretenden?... Están cavando su tumba... Les pasará lo mismo que a Napoleón... El conflicto se extiende, y pronto nos tocará a nosotros, porque esta plaza es muy apetecible... , y se puede decir que está situada en primera línea de fuego. Vamos de mal en peor... Y me hace gracia, porque esto se lo recordó hace unos días el padre Leduc a Georg Goldmann, cuando le comunicó que se iba a casar. "¡En estos momentos!... ¡Con lo mal que está todo!", le gritó echándose las manos a la cabeza. Y lo peor fue cuando le dijo quién era la novia... Yo ya me lo esperaba, porque hacían buenas migas, y la chica es guapa, agradable en el trato y buena gente... Era lógico que Georg le echara el ojo... Pero resulta que la muchacha es musulmana, y se trata de Fathma, la jovencita de la limpieza... Bufff... ¡Había que ver como se puso el Curé Leduc!... Bajo ningún concepto él administraría un sacramento a una musulmana ni lo consentiría en su parroquia... Había dado su palabra de no hacer proselitismo en Marruecos y lo cumpliría hasta el fin. ¡Que se fueran a otro sitio!... Mucho tuve que esmerarme y esforzarme para convencerlo de que no teníamos ningún derecho a oponernos a los legítimos deseos de los jóvenes, consiguiendo, al fin, que solicitara la dispensa episcopal para esos casos.

- ¿Y cómo van a resolver el problema de la vivienda?, porque los alquileres son muy caros y no creo que, con el sueldo de la Misión, Goldmann pueda permitirse algo apropiado.

- Goldmann gana algo más que el pequeño sueldo que aquí le pagan haciendo reparaciones de fontanería en casas de particulares. Duerme actualmente en una diminuta habitación de cuatro metros cuadrados en la portería de la escuela, y la chica lo hace con las monjas. De momento se les concede el aula que está en el patio, y separada del núcleo central. Con dos profesores menos, hubo necesidad de clausurarla. Así será útil para algo... Además, nos conviene que vivan cerca, pues son muy necesarios para el buen funcionamiento de la Misión. Ahora dejo mi labor de enfermero, ayudante de médico, y me voy a dar la clase de español, después del recreo me espera una de gimnasia para los varones. Hoy tuvo suerte de terminar temprano, doctor Lombardi, porque el martes, la doctora Rochefort, con el asunto de las diarreas de los niños, la consulta le duró hasta las doce.

- Y yo corro hacia la Clínica donde me esperan tres revisiones de embarazadas y dos intervenciones menores.

* * *

La primera salida a la mar del yate de Lombardi la hizo en compañía del pescador Tobías, que de esa forma se convertía en su asesor náutico y pesquero. Y transcurrían sin incidentes las faenas de pesca con resultado algo positivo, cuando vieron que, lentamente, se acercaba un barco pequeño con un cañoncito delante, en el que contrastaba la gran cantidad de humo negro saliendo por la chimenea con la poca velocidad que llevaba. Por la bandera, Lombardi se dio cuenta de que se trataba de un guardacostas español. También llevaba otro cañoncito en la popa. Con un altavoz les dieron el aviso de acercarse a la cañonera; cuando ya estaban juntas, saltó al yate un oficial y un marinero y les pidieron la documentación. El oficial, después de observar los papeles, les dijo.

- Todo está en regla, pero están muy alejados de tierra, retrocedan media milla, por lo menos.

- Pero estamos autorizados para estar a esta distancia.

- Por la autoridad de Tánger, sí, pero resulta que los que mandan en los mares son los ingleses... Si se topan con ellos, pueden tener problemas desagradables. No se alejen de Tánger.

- Bueno..., esos barquitos de pesca están más alejados que nosotros.

-Esos son pequeñas lanchas pesqueras marroquíes, ya bien conocidas de los ingleses..., pero un yate..., siempre les despertará sospechas. No es habitual este tipo de barco en las actuales circunstancias. Los mares ya no son para recreo.

-Y de los alemanes, ¿qué me dice?

- Sus submarinos están rondando por ahí, pero no van a salir a la superficie por ustedes. Posiblemente, ya los habrán observado por el periscopio... Esos buscan presas grandes.

Dos domingos después volvieron a salir de pesca los dos amigos, acompañados esta vez de Georg Goldmann, el sacristán, y de Rachid Tahir, el estudiante coránico, que deseaba conocer algo de la mar y de la pesca para sus escritos. Su pequeña imprenta ya publicaba un periodiquito semanal y algunos cuentos, en lengua árabe.

- Me da la impresión de que le va más la literatura que la religión –le dijo Lombardi.

- Todo es compatible, y a las dos cosas pienso dedicarme.

- El que se empeña, todo lo consigue. He leído su periódico y un cuento suyo. Este relato me costó trabajo entenderlo, pero con la ayuda del diccionario conseguí descifrar lo escrito... Como el cuento es pequeño, lo traduciré al italiano para que lo pueda leer Rocío.

En esto observaron que, desde el oeste, se acercaba un barco de guerra, algo más grande, más veloz y echando menos humo que el guardacostas de la vez anterior. El barco venía directamente hacia ellos, y al pasar, muy rente y rápido al yate, con la ola que levantaba, los salpicó de lleno e hizo balancear a la pequeña embarcación, de forma que casi la vuelca. No pocos fueron los insultos y maldiciones lanzadas por Tobías, que entre otras frases dijo:

- ¡Mirad la bandera! ¡Ingleses tenían que ser!... ¡Cómo nos han mojado!... Es uno de esos barcos dedicados a tirar cargas de profundidad a los submarinos. ¡Y estamos casi en la orilla!

No conformes con el susto que le dieron al yate, el lanzacargas giró en redondo, volviendo a pasar, incluso más cerca, provocando otra ola, otro balanceo y otro chapuzón de magnitud superior a la vez anterior. Esta ocasión pudieron distinguir, claramente, a dos marineros muy sonrientes que, asidos a la barandilla, les hacían saludos con las manos que tenían libres, volviendo los insultos, peor, mayores, y de parte de todos los tripulantes del yate que quedaron bien empapados.

De vuelta en el puerto, contaron el incidente al de la autoridad portuaria presente en el muelle, que les explicó:

- Eso lo hacen para demostrar quiénes mandan en los mares... No se detuvieron por tan poca cosa ya que temen a los submarinos alemanes. Parados son presa relativamente fácil...; pero tenían ganas de gastar bromas.

Al enterarse del incidente del yate, el doctor Moulin le reprochaba a Lombardi:

- ¡Usted se está volviendo cada día más insensato y temerario, Lombardi! ¡Mira que llevar a Goldmann en el yate siendo alemán!

- ¡Pero él es un exiliado como yo!

-¡Poco les importa eso a los ingleses! ¿Cómo se los va a demostrar? ¡Un alemán y un italiano! ¡El barco y su tripulación serían recibidos en Gibraltar como héroes!¡Ustedes no figuran aquí como exiliados! ¡No cometa más disparates, Lombardi! Dense por contentos de que todo haya acabado en un chapuzón, que bien merecido se lo tenían. No sea inconsciente y temerario, que eso nada tiene que ver con la valentía. Y ahora también los americanos metidos en el lío... Cualquier día vamos a tener en este estrecho la mayor batalla naval de la historia, de la que se hablará tanto como de la de Trafalgar, cabo que bien se puede contemplar desde aquí.

* * *

En el cuarenta y dos, ya con la Unión Soviética, Estados Unidos y Japón envueltos en el conflicto, la ampliación de la guerra hizo mucho más interesantes las tertulias de la terraza del Boulevard Front de Mer, a las que acudían todos los que podían, no perdiendo la ocasión de acudir a ellas sino por causas muy mayores, y estando todos muy ansiosos de que llegara el día de la reunión para dar sus opiniones sobre los acontecimientos y escuchar las de los otros.

Fue en el mes de noviembre cuando tuvo lugar la más interesante tertulia de ese año, pues, aparte de la gran importancia del acontecimiento, la cercanía de lo acaecido convertía a los amigos en testigos, pues desde esa orilla del Estrecho veían pasar barcos en cantidad, y hasta se imaginaban que eran protagonistas, pues no era para menos el desembarco aliado en el norte de África, zona geográfica en que residían. Todo se estaba acercando a la ciudad internacional.

Dada la importancia del suceso, se reunieron aquella tarde de otoño un número respetable de personas en torno al aromático té de Farid Mohamed, estando constituida en esa tarde por los doctores Oreste Lombardi, Honoré Moulin, Marcel Dubois, Lancelot Pitt, Philippe Monneret, que poco faltaba últimamente, y los señores dos Santos y Carmichael, y un periodista más, español, corresponsal de un diario de Madrid, a quien Rodrigues dos Santos presentó como don Antonio.

- ¿Cuándo van a ocupar Tánger los americanos, Mister Carmichael?... Después del éxito, con muy pocas bajas, del desembarco de sus compatriotas en el Marruecos Francés y en Argelia, no van a dejar esta ciudad abandonada a la suerte de un régimen pronazi; y espero que no se ofenda por lo que he dicho, don Antonio. – dijo el doctor Lombardi abriendo la conversación.

- No se preocupe por eso, porque aunque sea corresponsal de prensa de mi país, comparto su opinión al respecto. Me alegro mucho del desembarco; lo estaba esperando y deseando– se adelantó a decir don Antonio.

Entonces Mister Carmichael tomó la palabra respondiendo a Lombardi:

- La verdad es que el “Alto Mando” norteamericano no me ha comunicado nada al respecto, ni me lo va comunicar. Cuando vea paseando

a los míos por este bulevar redactaré la crónica que merece el acontecimiento. De momento sólo puedo decir que mañana mismo salgo hacia Casablanca para hacer un reportaje sobre lo sucedido.

Y el señor Rodrigues dos Santos se lamentó de la siguiente manera:

- Sintiéndolo mucho, yo tengo que esperar a que me den los permisos de desplazamiento. Estoy desesperado por ver el ambiente de la ciudad y hacer una buena crónica. Mi reconocimiento, doctor Lombardi, ya me enteré del salvamento que hizo a tres náufragos con su yate.

- Sinceramente, no fue nada. Una lancha de pescadores se volcó muy cerca de donde estábamos. Salimos a pescar porque hacía buen tiempo, pero, súbitamente, el mar se encabritó por una ráfaga de viento, provocando el vuelco de aquella embarcación. Todo el mérito corresponde a Tobías que hizo las maniobras de rescate, porque yo, en ese aspecto, soy del todo un ignorante. Y no sólo se conformó con salvar a los hombres, sino que también recuperó la lancha pese a mis consejos de que la dejara irse al garete... Es una lástima que Tobías deje la pesca, porque es buen marinero y buen pescador, aparte de ser un buen amigo. Saniewsky, el polaco, al que todos ustedes conocen por lo de las entradas de cine, deja de ser taquillero y pasa a ser contable y administrador de la empresa, y su puesto se lo cede a Tobías que, por su cojera, ya está cansado de trabajar en una lancha.

- Lombardi, ¡a quién se le ocurre alejarse tanto de la costa!; no sea usted tan imprudente y temerario. ¡Salir a la mar en estos momentos en que está llena de barcos dispuestos a disparar a diestro y siniestro sobre cualquier cosa! ¡Es una auténtica locura lo que hace! ¡No se atreva a salir más fuera de la zona de la bahía! ¡Ya se lo he advertido varias veces!– le reprochó el doctor Moulin.

- Sí, tiene toda la razón, el mar es siempre peligroso, y más cuando hay un desembarco como éste, pero el suceso ocurrió el domingo antes del acontecimiento – le respondió Lombardi.

- Efectivamente, Lombardi, el domingo anterior, cuando el mar estaba ya plagado de submarinos y de barcos aliados dispuestos a hundir todas las embarcaciones que se les pusieran a tiro. Y antes que me lo pregunten, quiero aclarar que, pese a lo ocurrido en Francia, sigo confiando en el Mariscal Phiippe Pétain igual que antes, considerándolo, después de la invasión de la Francia Libre, como un prisionero de los boches, pero con las manos más atadas que antes, por lo que me veo en la obligación de

aceptar al General Charles de Gaulle y a los suyos como los únicos representantes válidos de Francia..., y, con toda seguridad, esos dos altos jefes militares llegarán a un acuerdo en un futuro no lejano.

Nadie hizo comentario alguno a esta afirmación del doctor Moulin, y el doctor Lombardi preguntó al doctor Pitt:

- ¿Cómo le fue en este último viaje a Gibraltar?

- Pues como siempre, muy bien. Me pagaron los últimos seis meses guardados en el banco, y, aunque en esta última visita a la ciudad no hice ninguna operación, me llevaron al hospital para reconocer a unos pacientes y saber mi punto de vista. Esta vez tardé algo más en ir a recoger ese dinero porque mi situación económica ha mejorado. Con eso de que la ciudad se ha incorporado al Protectorado, ahora hasta me vienen clientes de Tetuán y de otros lugares. Así que tengo más trabajo, pues me vienen más pacientes a la consulta, hago más operaciones..., y, por consiguiente, gano bastante más, dándome para cubrir todas mis necesidades. Lo de Inglaterra es sólo para lujos... y para ahorrar, pues siempre conviene tener una reserva.

- Dichoso usted, porque yo estoy igual que cuando comenzó la crisis. Nadie va a venir desde tan lejos para ser atendido por un médico general –dijo el doctor Dubois, y añadió –: Y de sus hijos de Inglaterra ¿qué noticias recientes tiene, doctor Pitt?

- Hacía tiempo que no me escribían, pero hace unos días recibí carta de uno de ellos; de Alfred, el médico. Ya se ha puesto las prótesis, tanto de la mano izquierda como del ojo. Aunque sigue lamentándose de no poder dedicarse a la cirugía, el hecho de que la gente no repare en él por sus defectos, le ha vuelto a dar confianza en sí mimo. Ya abandonó el pueblo, ahora trabaja en un sanatorio antituberculoso, y dice que, con la ayuda de su prótesis, puede hacer todo lo manual requerido para esa especialidad; afirma que para un médico lo principal es la cabeza. Cuando hace frío, con los guantes puestos, nadie nota por la calle su invalidez, y cuando hace buen tiempo, se mete esa mano en un bolsillo. Y muy importante, su primera novia, al verlo inválido, lo dejó, pero ahora se ha encontrado otra, enfermera de su sanatorio, a la que no le importan sus defectos, con lo que su estado psíquico ha mejorado. En cuanto a mi otro hijo, Perceval, ha sido movilizado para trabajar en una mina de carbón. Al parecer, obtener ese combustible equivale a estar en el frente... Ni hace falta decir que nada le gusta el puesto de picador en una oscura galería, cientos de metros bajo tierra.

En esto Mister Carmichael pregunta a su colega don Antonio:

- ¿Qué piensan los españoles de este desembarco? ¿Les ha gustado?

-A unos les ha gustado, a otros, no, y muchos ni se han enterado. Su principal preocupación es la situación económica y cómo encontrar comida. El hambre reina allá más que aquí, y enfermedades como la tuberculosis están haciendo estragos; también se dan numerosas muertes por inanición. El gran descenso de las importaciones de petróleo viene a agravar la situación, y no está paralizado el país gracias al carbón, los molinos de viento, los barcos de vela, la energía hidroeléctrica, que es más bien escasa, y las bestias de carga. Todo se reutiliza al máximo. Como ya le he dicho, simpatizo con los que están contentos con esa acción

- Y si no es indiscreción, don Antonio, podría preguntarle en qué bando estuvo usted durante la guerra de España y qué hizo en ella.

- Puedo decírselo, por supuesto, y también puede usted preguntarme cuanto desee. Estuve con los nacionales, el bando vencedor. Por mi edad ya no me correspondía ir a los frentes, pero fui como corresponsal de guerra, al igual que usted en China, pues era periodista de un diario católico. No era agradable estar en los frentes, pero la retaguardia me gustaba menos. Si viene un día por el hotel le mostraré un tomo en que guardo recopilados muchos de los artículos que entonces me publicaron. Muchas batallitas podría contarle...

Así quedaron citados el americano y el español para verse un día, mientras el señor Rodrigues dos Santos tomaba la palabra para despedirse:

- El tiempo comienza a refrescar, y cómo de la redacción me apremian, por telegrama, para que le envíe una nueva crónica, debo retirarme. Sinceramente no sé qué escribirles, ya les he contado todo... Bueno, diré que he visto pasar muchos barcos que se dirigen hacia el este. También pondré su opinión sobre el Mariscal Pétain, doctor Moulin, porque corresponde con las de muchos franceses con los que he hablado de ese tema... Vean ustedes: las opiniones pueden ser noticia – y se levantó de su silla seguido de don Antonio que también se despedía diciendo:

- Yo también me voy a escribir una crónica para mi periódico – dijo don Antonio.

- Monneret, ¿has notado incremento en la consulta como el doctor Pitt? – preguntó el doctor Moulin, mientras encendía un puro.

- No, en absoluto ¿Quién va avenir de lejos a verme? Tan famoso no soy. Vienen los de aquí cuando no les queda otro remedio.

- A mí me ocurre lo mismo; me mantengo en el veinte por ciento de descenso de ingresos. De Tetuán tuve un paciente hace unos días, pero fue por haber sufrido el ataque de apendicitis aquí. Estaba hospedado en el Hotel Continental, y cuando ya se iba, le comenzaron los dolores y nos lo trajeron a la “Clinique” – comentó el doctor Moulin.

- ¿Y qué opinión le merece este desembarco en el norte de África, doctor Monneret? – volvió a preguntar Mister Carmichael.

- Pues qué voy a decir: que lo esperaba, lo deseaba, y hasta me alegra. Sobre todo el que se haya prestado muy poca resistencia. Aunque poco hablara del asunto, nunca me gustó el Mariscal como político. Engañarnos desde un principio era su táctica... Colabora con los nazis en todo... Mucho he hablado sobre esto con el doctor Marcel Souchet, el actual dentista de la Misión. Como ya bien saben, estaba movilizado en Francia cuando la derrota, consiguiendo escapar a través de España y llegar aquí, su tierra natal. Por ser tangerino, le permitieron el paso por la Península y el quedarse en la ciudad, ahorrándose el caer prisionero o estar bajo las órdenes de Vichy. Su familia reside en Tánger desde finales del siglo pasado, y es de las más prestigiosas de la colonia francesa. Como ayudante de su tío, ya mayor y también dentista, se ha defendido bien durante estos meses. Éste ha sido su primer trabajo como profesional de la odontología, pues no tuvo tiempo de practicarla en Francia, porque, según acabó los estudios, lo movilizaron y lo enviaron a la primera línea, donde fue herido. No ve la hora de salir para Casablanca y volver al Ejército Francés para luchar por la liberación... Conque nos volveremos a quedar sin dentista... Si yo fuera de su edad, haría lo mismo, pero ya soy viejo para volver a esos campos de batalla, como lo hice en la anterior Gran Guerra, en Verdún, bajo las órdenes del Mariscal, atendiendo a varios miles de heridos y gaseados...; recién salido de la Universidad mucho aprendí en aquellos cuatro años. La guerra fue mi mejor escuela de medicina. El Curé Leduc también gozó de la guerra en esa zona, pero como capitán, y aun cuando fue de ingenieros, tuvo que luchar varias veces cuerpo a cuerpo, siendo herido dos veces, y condecorado varias más, aunque no lo parece ni presuma, fue lo que se considera un verdadero héroe. Al final, según se firmó el armisticio, hastiado de los horrores que presenció y de las miserias de este mundo, se consagró a la Iglesia y se fue a las misiones en

África: primero, en Senegal, y después, aquí. Tanto Souchet como Leduc son hombres de mucho valor.

- Si se quedan sin dentista, ¿quién va a atender a esos pacientes a partir de ahora? – preguntó Mister Carmichael.

A lo que contestó el doctor Monneret:

- Los dentistas duran poco en la Misión. Como de mi especialidad, la otorrinolaringología, poco puedo hacer en aquel consultorio, más me dedico a médico general; a veces me mandan a alguien para la extracción de una muela. Por suerte, tenemos ampollas de anestesia local. Si no, tienen que ir a los dentistas tradicionales, que las sacan a lo vivo...

- Hay uno, llamado Alí Mohamed, que extrae las piezas dentarias, unas veces, en el Zoco Grande, y otras, en la puerta de la Gran Mezquita, ¡con los dedos! Dicen que así duele menos. Y cobra muy poco, por cierto... – aseveró Lombardi.

- Serán piezas que están muy sueltas... – opinó el doctor Pitt.

- ¡Nada de eso! La mayor parte de las piezas que extrae, están tan afianzadas como las que más – remarcó Lombardi.

En esto se acercaron tres mendigos para pedir limosnas. Algunas monedas recibieron, y el doctor Monneret dijo al respecto:

- Parados y mendigos, eso sí ha ido en aumento, y no cesa de crecer el número – y señalando hacia el muro de en frente, añadió –: Fíjense en aquel grupito de sentados en la acera, si fuera en París, serían “clochards” borrachos, pero aquí son unos pobres degenerados por fumar marihuana en exceso.

- Sí, ya los veo, y conozco a dos de ellos por ser viejos clientes de la Misión, a donde van a comer y a consultar sus enfermedades – comentó el doctor Lombardi.

- Bueno, damos por terminada la sesión de esta tarde – dijo el doctor Moulin colocando un billete sobre la mesa, gesto que siguieron los demás; dineros que el camarero que estaba en la puerta recogió rápido, dando cambio a los que les correspondía y agradeciendo las propinas.

*   *   *

- Unos días después de esta reunión tuvo lugar la entrevista entre los dos periodistas Mister Carmichael y don Antonio en el bar del hotel donde se hospedaba el primero, acompañados del señor Dos Santos y el doctor Lombardi. Después de contarse diversas incidencias vividas por ambos en sus respectivas guerras, la de China y la de España, Mister Carmichael preguntó:

- De todo lo vivido por usted en ese período, ¿cuál fue el suceso que más le impactó, don Antonio?

-Desgraciadamente, como a usted le ocurrió en China, hubo muchos sucesos que me dejaron horrorosas impresiones, pero hubo uno al que puedo considerar como el que mayor impacto me causó, y ocurrió así:

"En lo primeros días de enero del treinta y ocho, cuando la batalla de Teruel, caí herido y prisionero, debiendo recibir tratamiento en un hospital, primero, y luego pasar por tres campos de internamiento. A finales de enero del treinta y nueve, cuando la retirada hacia Francia de los republicanos, en Cataluña, nos llevaban también a los prisioneros en columnas vigiladas por hombres armados. Se nos utilizaba para servir de escudos humanos caso de bombardeos de aviones nacionales; sabiendo que íbamos nosotros, disminuirían esos ataques, y ya que morían ellos, que nos tocara algo a nosotros... Íbamos por una estrecha carretera, con abundante arboleda a ambos lados, y llegamos a una curva muy cerrada, con un puente sobre un barranco algo profundo, cuando sucedió lo interesante a contar. El sargento rojo que nos mandaba, era un tipo de malas pulgas, desagradable... y lo considerábamos como déspota, al que despreciábamos y odiábamos los prisioneros nacionales. Al llegar al puente, el sargento estaba algo delante de mí, y no se veía, ni por delante ni por detrás, a los soldados armados, por lo que tres de los nuestros, aprovechando ese momento oportuno, salieron de la columna, agarraron al sargento y lo tiraron al barranco, donde, por la altura y las piedras del fondo, murió de seguro. Por suerte para nosotros, los soldados rojos no se dieron cuenta de la desaparición del sargento hasta la noche. Probablemente, esa desaparición sería considerada como deserción. Conocía muy bien a los que hicieron aquella hazaña, y con uno de ellos sigo manteniendo amistad".

- ¿Y por ser periodista los republicanos no tuvieron consideraciones con usted', don Antonio? Al fin y al cabo no era combatiente – preguntó Lombardi.

- No hicieron distinción conmigo. Al recogerme en el campo herido, me llevaron a un hospital de campaña y allí me trataron como un soldado más; incluso, al principio, se me tomó por uno de los suyos. Cuando el médico que me atendía se dio cuenta de quién era yo, periodista y con carnet de Falange, me desapareció mis documentos y me hizo pasar por un simple soldado nacional, pues lo otro podría traerme consecuencias desagradables en aquella zona, según me reveló.

Y la conversación siguió sobre los más variados asuntos.

E L   G I R O

QUINTA PARTE
DE
SENDEROS DE ÁGUILAS

Senderos de Águilas
Quinta Parte

EL GIRO

I

Una mañana lluviosa de diciembre, Tomás telefoneó a Albert para una cita en la Plaza de la Bonanova, en que le comunicó:

-Debo salir ahora mismo para Valencia a llevar dos refugiados en un camión con material para hospitales. Por lo tanto, a ti te corresponde ponerte en marcha hacia Cadaqués a recoger tres pilotos que esperan su traslado a Barcelona desde hace tres días. Con el desembarco en el norte de África y que la situación se les ha vuelto muy fea en Rusia a los alemanes, en este invierno del cuarenta y dos se está produciendo un giro en la guerra que nos afectará mucho a nosotros. De Francia está llegando más gente de la esperada para esta época. Así que debemos contar con un poco de jaleo. Vas al garaje, y en la nueva furgoneta, que, aunque recién reparada y pintada, dista de ser nueva, te pones en camino hacia esa costa del norte; ya la tienes bien cargada con botellas de champán y sardinas en latas. Allí recogerás a los pilotos y los alojarás, a la vuelta, en la casa de la calle Córcega.

- Pero tengo clases ahora.

- En estos momentos de nada valen las disculpas ni se debe retrasar la recogida. Se trata de pilotos, y eso es lo importante.

Albert cumplió su misión, entregando un grueso sobre con dinero al comerciante que los custodiaba, un perfecto mercenario que sólo hacía aquello por ganar dinero. Entre las cajas y los sacos con alimentos de la zona, ocultó a los pilotos, donde viajaban más incómodos que en los camiones azules.

Como a la semana siguiente tenía examen, Albert se vio en necesidad de pedirle los apuntes de ese día a su amigo Serafí Sabater, que le comentó:

- Me extraña mucho eso de tus faltas a clases en esta época del año con los exámenes trimestrales encima. Si fueras de los poco estudiosos y amantes de las juergas, sería otra cosa... A mí me da la impresión de que estás involucrado en un asunto turbio o raro.

- Yo no me meto en asuntos turbios. Lo que hago siempre es decente – le respondió Albert.

- De tu decencia y honradez no me cabe la menor duda, porque si no fuera así, no serías mi amigo, pero tengo la sospecha de que estás metido en un asunto de la oposición. Hace unos meses te vi conduciendo un coche, y no te dije nada entonces; por la Diagonal... llevabas a tres hombres. Sé que conduces camiones..., pero coches, en esta época..., es un lujo mayor.

- Ya te explicaré. Pero, por favor, no cuentes nada de eso. Ahora no puedo decirte de qué asunto se trata... Ten paciencia.

- No te preocupes, que de mi boca no saldrá nada, pero si necesitas mi ayuda, no dudes en pedírmela. Ya sabes dónde estoy.

- Gracias, lo tendré en cuenta. Por de pronto, si me ayudas en lo de los apuntes, te estaré muy agradecido.

-Pues esta tarde los estudiaremos juntos en tu casa.

El día antes de iniciarse las vacaciones de Navidad, el profesor de la asignatura más difícil preguntó en la clase quién era capaz de traducir durante ese tiempo navideño dos artículos de una revista científica inglesa. El único en ofrecerse para ese trabajo fue Albert.

Cierto es que algunas de las frases, y también de los términos, eran difíciles de traducir correctamente, pero gracias a la ayuda de uno de los pilotos, profesor universitario de ciencias, pudo hacer una versión al castellano muy correcta. Por lo visto, para su suerte, los evacuadores también estaban de vacaciones por esos días de Navidad, y el grupito no pudo salir hasta pasada la fiesta de los Reyes Magos. Estos fueron los únicos pilotos en enterarse de que él era estudiante de ciencias. Los demás suponían que se dedicaba a la filología inglesa, y muchas veces le preguntaban dónde había aprendido tan bien el inglés, si en Belfast o en Dublín.

El catedrático reconoció públicamente el trabajo realizado por Albert, al que consideró muy correcto, dándole la máxima nota en el examen trimestral como recompensa.

- Con lo hueso que es, buena suerte has tenido; ¡date ya por aprobado el curso, y también la carrera...!, porque ése, bien hace repetir a todo el mundo. No será el único favor que te pida... Ya me parecía a mí que tus acompañantes en el coche eran ingleses o americanos... Y te repito, si necesitas mi ayuda, no dudes en pedírmela – le recordó Serafí.

- Ya me la estás prestando. Cuando llegue el momento oportuno, te aclararé todo.

Le gustó el halago de Serafí, pero sabía que con aquel catedrático no podía dormirse en los laureles.

*   *   *

Unos días después de esta última conversación, Tomás llamó de nuevo a Albert para otro viaje a Cadaqués por haber llegado otros tres pilotos. Con la furgoneta cargada de tabaco, medicamentos y material sanitario, se puso en camino hacia la zona costera. Debía volver con embutidos y pieles. Después de entregar aquellos productos en un estanco y en una farmacia, se dirigió al almacén del mismo comerciante de la vez anterior, también suministrador de la mercancía para transportar a Barcelona, además de los pilotos.

Según vio a los tres fugitivos, Albert comprendió que aquello nada tenía que ver con pilotos ni con asuntos de la aeronáutica, tratándose de un hombre, de aspecto nada militar, y de dos mujeres. Su indignación fue enorme, y mayor aún cuando el comerciante le pidió el dinero por aquella mercancía humana, a las que preguntó en francés:

- ¿A qué se dedican ustedes?

- Yo soy dentista, y esta es mi mujer, cuyo trabajo consiste en ayudarme en la clínica y en lo de prótesis – respondió el hombre señalando a la que parecía mayor de las mujeres.

- Y yo soy estudiante de piano en el Conservatorio de Marsella – respondió la más joven, en la que bien se fijó Albert en este momento, porque, a pesar de su pobre vestimenta y de lo desaliñada que estaba, se la veía graciosa y de buen parecer, muy bien proporcionada, y de una altura similar a la suya.

Ante esta situación, Albert espetó al comerciante:

- Pues yo ni puedo pagarle por estas personas ni puedo llevarlas conmigo. El dinero que tengo en este momento es exclusivamente para pagar por pilotos.

- Somos judíos y huimos del nazismo – dijo el hombre en un castellano que le recordaba el acento gallego.

- Pues que se hagan cargo las organizaciones judías de Barcelona, que para eso existen – le respondió Albert.

- No quieren saber nada de gente como ésta. Han venido tantos últimamente que están más que saturados. O me paga y se los lleva, o yo no vuelvo a recoger más pilotos. Usted valore, y escoja lo que más le interese. No me estoy jugando el tipo por nada. Yo no invito a nadie.¡Me los dieron..., y los entrego!... Otra cosa no puedo hacer. Si hubo un error, no es culpa mía sino de su organización – amenazó el mercader.

Albert miró bien a las dos mujeres y al hombre, y sintió compasión por ellos, un sentimiento en todo contrario al mostrado por el comerciante,. Oyó de nuevo las voces de aquellas personas pidiéndole que las sacaran de allí, en francés, y en un castellano extraño para él, y comenzó a hacer consideraciones: “Si los dejo aquí, ése sería capaz de matarlos para no dejar huellas ni pistas, y si me los llevo, me armarán enorme escándalo en Barcelona y me echarán del trabajo, en el mejor de los casos, que no puedo negar que me agrada y que algo me hace falta...; pero ante el bien mío y la desgracia de los demás, es preferible el bien de los otros, razón por la que estoy en esta labor”. Pagó al comerciante por las tres personas, ¡a precio de pilotos!, y se los llevó a Barcelona ocultos bajo cueros y tras las cajas de embutidos.

Por la carretera, no dejaba de pensar en cómo lo recibiría Tomás y lo qué diría al llegar. “Por llevarlos, si me dice algo, será muy poco; pero por lo de pagar aquella cantidad, eso no me lo perdonará”, se repetía Albert varias veces mientras conducía la furgoneta por la carretera, y así autodisculparse por su proceder.

En el garaje del Montbau, ya de noche, Tomás los estaba esperando, y al ver que, con los embutidos y cueros, venía también una mercancía diferente a pilotos, montó en cólera, bien expresada al usar toda clase de insultos y amenazas contra su ayudante en vez de darle la acostumbrada bienvenida:

-... ¡Estás poniendo en peligro la organización, una pieza clave en la lucha contra la Alemania nazi! ¿Es que no tienes conciencia de nada? ¡Un consejo de guerra es lo que te mereces! ¿Te imaginas lo que harán los ingleses contigo cuando se enteren? ¡Esto es exclusivo para pilotos y combatientes! ¡Llévate a esas personas a cualquier parte! ¡No quiero saber a dónde! ¡Nadie debería tener conocimiento de que esto existe!, y tú lo has delatado...¡En menudo lío nos has metido!

El dentista, al ver la indignación de Tomás, sacó una bolsita conteniendo algunas joyas y se las ofreció al camionero, pero éste hizo un gesto de negación con la mano y se fue.

Albert, resignado, bajó las cajas de embutidos y los cueros, puso en marcha el motor de la furgoneta, hizo subir a los fugitivos y se perdió por las calles de Barcelona sin saber qué rumbo tomar. Grande era su preocupación, y también grande la de las tres personas que llevaba: el matrimonio, que deberían rondar por los treinta años, porque eran sefarditas, y entendieron todo, y la jovencita, algo, por los gritos y gestos de Tomás y de alguna palabra que conocía del español de lo poco que aprendió en bachillerato... Dejarlos tirados en cualquier calle era la única solución, pero pronto desechó esa idea por considerarla indigna y canallesca, e, incluso, mucho más peligrosa para la organización... En esto se acordó de Mossén Cugat Verdú y tomó la decisión de dirigirse a su casa..., situada frente a la suya, en la calle Gomis. A esas altas horas de la noche, el hombre fue cogido por sorpresa, pero se ofreció a colaborar diciendo:

- La señora se puede quedar en la habitación pequeña, donde hay una cama turca, y el caballero, en este sillón del salón. Eso será por esta noche; mañana veré qué puedo hacer por ellos. A estas horas y con este sueño, me es difícil razonar. Con la chica, procura arreglártelas como sea. Ya sabrás encontrar una solución..., pues no todo consiste en la vida en hacer una rutina o seguir un protocolo. También es necesario tener iniciativas propias; agudiza el ingenio – y dirigiéndose a los extranjeros, les preguntó –: ¿Se puede saber cuáles son sus nombres?

- Mi nombre es David Cuenca, procedo de Grecia, de la Tracia, y mi mujer se llama Sara, de apellido de nacimiento Zahar, y procedente de Bulgaria, pero al ser originarios de Turquía, cuando era Imperio Otomano, de donde eran nuestros padres, no somos ni búlgaros ni griegos, somos apátridas. Muchas guerras hubo por allá, y de un sitio a otro anduvimos en la niñez y en la juventud. La joven es francesa, de padre judío y de madre cristiana; viene de Marsella, y su nombre es Golib Neumann. Nosotros somos sefardíes, descendientes de antiguos judíos españoles, y el padre de Golib es askenazi, descendiente de alemanes de la Alsacia.

Albert, al salir a la calle en compañía de la muchacha, pensó, ya que se había ofrecido, en pedir ayuda a su amigo Serafí, pero a aquellas horas de la noche era muy inoportuno contactar con él. Ya lo intentaría a la mañana siguiente, y no le cabía la menor duda de que le prestaría ayuda, pero era también cierto que no poseía casa propia, dependiendo en todo de su familia, que, como casi todo el mundo en aquella ciudad, tenían el miedo metido en la sangre, y se asustaban hasta de su sombra. Así, agotados todos sus razonamientos, como bien pasadas estaban las doce, no le quedó otro remedio que llevarla a su propia casa, cruzando la calle.

Ya estaban acostados sus padres, por lo que tuvo que tocar en la puerta de su alcoba para presentarles la huésped a ocultar.

- Éste es el asunto turbio en que vosotros temíais que estaba metido. Sí, es un asunto algo peligroso, pero no indigno: el de ayudar a refugiados procedentes de Francia. Y aquí os presento a una de esas personas: Golib Neumann, una medio judía que se ha visto obligada a huir de Marsella para evitar ser detenida por los nazis. En casa deberá quedarse el tiempo necesario hasta que se encuentre una solución a su problema. Los gastos correrán por mi cuenta.

- Nosotros la acogeremos aunque sea un riesgo... En la vida hay momentos en que no se puede cerrar los ojos a los males ajenos. Ya tuvimos una monja acogida en esta casa al comienzo de la guerra – dijo el padre de Albert, sin esperar a que doña Pilar expresara su opinión.

- Esta noche dormirá en la habitación de Laura, pues la cama está arreglada con sábanas sin usar y mantas; mañana le daremos la definitiva. Laura es nuestra hija, y vive en Madrid con su marido, ¿Hablas castellano?

- Muy poco – dijo Golib en ese idioma.

- Si quieres, ahora puedes pasar al baño. Te alcanzaré toallas nuevas, un camisón abrigado y un albornoz de Laura, que es de tu misma estatura. Lamentablemente, de agua caliente no disponemos a estas horas. Mañana pondré en marcha el calentador y podrás ducharte. Ahora voy a calentar la sopa para que coman algo decente.

- Mañana vendrá Celestina a la costura... ¿Qué dirá cuando la vea? – dijo don Alberto.

- Con el marido fusilado cuando entraron los nacionales, un hijo huido en Francia y otro que fue hecho prisionero cuando lo del Ebro, todavía en un batallón de castigo..., ¿qué va a decir? Hasta se alegrará de enseñarle a coser.

Al siguiente día, Albert se despertó muy temprano y llevó la furgoneta al garaje. Luego fue tan rápido como pudo a la Universidad, donde el profesor de la traducción, el hueso, le llamó la atención por haber faltado el día anterior.

- Estuve enfermo. Tuve mucha fiebre, amígdalas muy inflamadas..., pero ya estoy mejor.

- Bueno, bueno, pero procure no faltar mucho a las clases. No se duerma en los laureles, Forn.

"Lo único que he ganado con hacerle la traducción, es que se fije en mí y me eche de menos cuando falte", se dijo Albert.
.

Al volver a su casa, después del mediodía, se encontró con la gran sorpresa de ver a Golib limpia y vestida con un traje de su hermana Laura, y, además, bien abrigada con un chaquetón de la señora Sagarra, porque era invierno y en la casa no había más calefacción que la emanada por el calor del horno de la cocina y de la estufa del salón de costura. Con su pelo castaño, tirando a rubio, corto y ondulado, con una sonrisa de agradecimiento en la cara, en este día parecía más alta, más estilizada y más guapa que el anterior, quedando Albert prendado de ella, y le vino a la cabeza la idea de que una buena pesca había hecho. Los sinsabores de los reproches de Tomás los compensaba con creces su presencia en la casa.

- Sabe muchas más palabras de español de lo que podía imaginarme... Hasta me ha ayudado en la costura; y cose a máquina muy bien... – dijo doña Pilar.

- En ese caso, tú le enseñarás castellano, y yo, el catalán – se le ocurrió decir a Albert.

- Entonces se va a quedar mucho tiempo..., hasta que se acabe la guerra; me lo imaginaba. Porque aprender dos idiomas lleva su tiempo... Por eso le he arreglado la habitación contigua al salón de costura, donde hacías el reposo durante la enfermedad. Es la más soleada, caliente y aislada de la casa, en la que podrá permanecer sin que su presencia se note cuando lleguen clientas o visitas. Debemos sacar libros de ese sitio; hay demasiados. Desde esta misma tarde nos vamos a poner Celestina y yo a arreglar unos vestidos de la señora Sagarra, de estatura igual a la suya, pero algo más gruesa. Por suerte, también sus zapatos le sirven. Con Celestina se ha entendido muy bien, y ya le he explicado que viene tres días a la semana, empleando los otros para atender a su hijo pequeño, y se lleva a su casa algo de trabajo. Nos ha contado cosas de su familia: su padre, funcionario del Ayuntamiento de Marsella, se encuentra exiliado en Cuba, y su madre, profesora de piano, se quedó en Francia.

- Así son las cosas, desgraciadamente. En cuanto a la ropa, no os esmeréis mucho, porque, por de pronto, no podrá salir de casa. Permanecerá recluida en el piso hasta que encontremos una vía de evacuación, por lo que no os hagáis a la idea de una larga permanencia entre nosotros. Nadie debe saber que está aquí, aparte de nosotros cuatro. Esto es un secreto a guardar muy cuidadosamente, pues nos puede costar muy caro a todos.

- ¿Quién toca el acordeón en esta casa? Veo dos encima de ese armario – preguntó Golib a Albert.

- Yo lo toco, pero muy malamente. Mi padre es un maestro con ese instrumento. Hasta es un profesional, y pertenece a una orquesta.

- ¿Podría yo intentar tocarlo?

- ¡Cómo no! – y Albert le alcanzó uno de los dos.

Así recibió Golib su primera lección de acordeón. Por la tarde, don Alberto le dio otra clase, causándole una gran alegría a Golib, que, a falta de un piano, las teclas del acordeón le recordaban mucho su instrumento favorito.

Preocupado estuvo Albert al no saber nada de Tomás ni de la reacción de sus jefes ante la imprudencia que había cometido. Pasaban los días, y seguía siendo el silencio la respuesta a su preocupación. Tampoco sus visitas a Mossén Cugat pudieron aclararle nada al respecto. El señor David Cuenca, andaba por la casa vestido con sotana, como si fuese un cura. A su esposa, el Mossén la había alojado en una residencia de mujeres descarriadas, regida por monjas.

- Es lo único que podía hacer. Aquél es un lugar tranquilo. Allí tiene cama y comida, y como las internas son las más serenas dentro de su oficio, con afán de regenerarse, hacen labores y trabajos dignos... También las monjas, a las que conozco bien, son muy comprensivas y razonables...; y ya estoy intentando contactar con la comunidad judía para ver qué se puede decidir respecto a estas personas – le explicó Mossén Cugat.

Para los judíos, de momento, las cosas no iban mal, pero, para Albert, todo dependía de cómo reaccionarían los ingleses ante la falta cometida. Al ser un asunto relacionado con el espionaje, le vino hasta la idea de que serían capaces de eliminarlo físicamente...; y sólo por una simple imprudencia. Poca gracia le hacía ese pensamiento, y menos ahora que tenía a Golib como acompañante en su vivienda y para darle clases de idiomas.

Una nueva traducción encargada por el mismo profesor le hizo olvidar algo esta preocupación, y, al estar relacionada con los temas de examen en ese trimestre, no tuvo necesidad de usar tiempo extra. Para este trabajo no necesitó pedir ayuda.

* * *

A los quince días del viaje a Cadaqués, telefoneó Tomás a Albert para citarle en la Plaza de Cataluña.

- La imprudencia que cometiste no se la tomaron muy a pecho. Hasta tenían previsto esos casos. Pero..., ¡ojo! no se pueden cometer más errores... Por el dinero que le pagaste indebidamente al mercader no dijeron absolutamente nada, pues lo que hacemos cuesta cantidades ingentes... Y advertido estás: ¡en lo de la seguridad, no admiten más fallos...! No lo olvides en el futuro. El comerciante te amenazó, y no tuviste otro remedio que hacerte cargo de la mercancía y pagarle por lo que no le correspondía cobrar... Y mira cómo son las cosas: a partir de ahora se le pagará más por cada piloto entregado; pero, eso sí, que se guarde mucho en el futuro de no

darnos gatos por liebres. Eres de su confianza; te has portado muy bien hasta ahora, y por eso continuarás con nosotros... Los informes que han dado de ti los pilotos, tanto en lo referente a los idiomas como a tu comportamiento, son excelentes. ¿Se puede saber dónde has escondido a los judíos?

- Del matrimonio se hizo cargo Mossén Cugat, y de la chica, sólo te puedo decir que se encuentra a buen recaudo y bien atendida. La comunidad judía de Barcelona, según me ha informado el Mossén, ha tomando cartas en el asunto, pero aún sin concretar nada.

- Conque aún sabes de ellos... ¿Cómo son como personas?

- Muy buena gente.

- Bien, pues ocúpate algo de esa gente, pero con mucha prudencia. Si las cosas siguen tranquilas, hasta abril no te volveré a necesitar. Ya hablaré con el Mossén.

A los tres meses de estancia en la casa de Albert, de Golib se podía decir que hablaba bastante el español; lo escasamente aprendido en bachillerato le iba rebrotando, y, también, enlazando a lo que le enseñaban los Forn y Celestina, que era murciana. También sabía algo de catalán, que decía parecerle más al francés. Pero era en lo de tocar el acordeón donde más destacaba, alcanzando casi a don Alberto en tan corto período de tiempo. En lo de su comida, decía doña Pilar que Golib, con la costura, bien se costeaba ese gasto, pues con su trabajo aumentaron los ingresos del taller de confección de vestidos. Ciertamente, se hacía necesario recurrir más al mercado negro, pues se debía alimentar a una persona sin cartilla de racionamiento. Mientras tanto, Mossén Cugat seguía con los trámites para buscar una solución al problema de los tres, y así contaba a Albert:

- Aunque ha sido bastante complicado, gracias a mis amistades, eclesiásticas y civiles, y después de remover el cielo y la tierra, he encontrado una solución para los Cuenca. Al ser sefarditas, se les ha conseguido pasaportes y salvoconductos de tránsito, de forma que dentro de cuatro días saldrán en un barco de carga que va a Canarias, y desembarcarán en Tánger, donde hace escala, debiendo seguir ruta, por tren, hacia el Marruecos Francés, como reza en sus salvoconductos. Allá estarán a salvo, pues ahora mandan los norteamericanos y los franceses libres de De Gaulle. El asunto de la chica es más complicado por tratarse de una medio askenazi... En realidad, no es nada fácil. Tomás tiene la intención de ayudarte en este asunto, y él cumple siempre su palabra. Que

se mantenga oculta y sin salir a la calle, pues hasta la pueden deportar a Francia...

Dos días antes de la partida de los Cuenca, Mossén Cugat decidió celebrar una reunión en su casa para tomar café, en la que participarían el matrimonio, y también Albert, pidiéndole, por favor, que trajera a Golib, pues Sara Cuenca la apreciaba mucho por su ejemplar comportamiento en la huida, y no quería abandonar Barcelona sin despedirse de ella.

- Eso no es posible, Está escondida en un lugar seguro, y de momento no puede salir a la calle. Ésas son las órdenes que me han dado – le respondió Albert.

- Sólo necesitas caminar treinta pasos desde tu casa a la mía. Además, en un domingo, a las tres de la tarde, no hay un alma en esta calle. Si, por casualidad, alguien os ve salir juntos, o entrar, pensará que se trata de tu novia..., que ya estás en edad de eso – le dijo el Mossén.

- ¿Cómo sabe usted que está escondida en mi casa?

- Eso se deduce por pura lógica. ¿Dónde, si no, ibas a encontrar alojamiento, y tan rápido, a aquellas horas de la noche? También vi la furgoneta aparcada a la puerta de mi casa a la mañana siguiente. Tenía que decir misa muy temprano esa mañana. Además, tu vivienda, por ser bastante grande, dispone de espacio suficiente para bien alojar a la chica

Como aquello no era una salida a la calle en el sentido estricto de la palabra, sino más bien atravesar un patio de un edificio, se procedió a dar los treinta pasos entre las dos casas, que a Golib le supieron a gloria después de tres meses de reclusión,

Tras la gran emoción del reencuentro y de los abrazos y alegrías de las dos mujeres, se procedió a servir el café y las pastas. Mientras la conversación entablada avanzaba, el dentista Cuenca, parte en francés, y parte en castellano sefardí, contaba:

- En realidad, nuestro verdadero deseo es quedarnos, a lo que tenemos derecho por ser sefardíes, pero nos obligan a seguir viaje. ¿A dónde? Al Marruecos Francés, un país del que nada sabemos, pero que debe acogernos por haber huido de la Metrópoli al ser perseguidos por razones raciales y religiosas, aunque en ese lugar fuéramos apátridas. Nacimos, o mejor dicho, abrimos los ojos al mundo con un pasaporte Nansen, y así seguimos: ni griegos ni búlgaros; ni turcos ni nadie que quisiera saber de

nosotros. Un tiempo vivimos en la Macedonia yugoslava..., y estábamos establecidos en Bulgaria, cuando una asociación hebrea italiana nos concedió unas becas para estudiar en Roma: yo, odontología, y Sara, lengua y literatura italianas. Las becas eran pequeñas, pero nos permitían sobrevivir. En verano, durante la época de vacaciones y de playas, para ayudarnos en nuestra manutención, trabajábamos en un restaurante de la playa de Ostia, haciendo yo de camarero, y Sara, fregando y limpiando en la cocina. El sueldo era ínfimo, pero, con las propinas, yo ganaba tanto como un tercio de la beca que me correspondía por año, dinero que bien procuraba ahorrar una vez deducidos los gastos de vivienda y manutención; a Sara no le daban propinas, pero su sueldo era algo superior al de los camareros. Comíamos en el restaurante los espaguetis que sobraban en los calderos, que debíamos pagar al precio de un tercio del coste de los clientes; siempre había algo de carne o de pescado añadido, pues en forma de albóndigas comíamos estos productos en aquella Trattoria Caroncari. Un cuarto de hora para el desayuno, otro para el almuerzo, y otro para la cena. Teníamos ocho horas y media para dormir y el aseo diario, y dos horas de descanso por la tarde, que utilizábamos para bañarnos en el mar y entretenernos en la arena de la playa. Así podíamos presumir de que veraneábamos en Ostia, aunque nuestro hotel, tanto el de Sara como el mío, fuera un saloncito con doce colchonetas en el suelo, junto con otros camareros y personal de hostelería, contratados para la temporada veraniega. Gracias a eso no pasamos muchas necesidades durante la época de estudiantes. En el treinta y seis me licencié en odontología, y recibí permiso para trabajar de ayudante de un dentista, en la misma Roma. En el treinta y siete, acabó Sara, pero no obtuvo permiso de trabajo, a pesar de haber sido una estudiante fuera de serie en lo referente al italiano, y también al francés, y de que un profesor pretendía retenerla en su cátedra. Yo, en cambio, me limitaba a estudiar para aprobar; bueno, en mi defensa no debo ocultar que me consideraban muy habilidoso para mi oficio. Nos casamos, y como yo trabajaba de dentista y de protésico, puse a Sara a aprender este último oficio conmigo, junto con el de auxiliar de clínica. Y algo de dinero le daba el jefe. En fin, que nos defendíamos bien..., ¡y mucho dinero ganó aquel hombre a nuestra costa!..

En esto, el dentista hizo una pausa y se sirvió otra taza de café – mitad café de Guinea, mitad malta –, y mojó una galleta en aquella agua caliente.

- ¿Cómo fueron a parar a Francia? ¿Les hicieron una mejor oferta? – preguntó Albert, a quien le estaba interesando mucho la historia.

- ¡No, en absoluto!... en el treinta y ocho nos obligaron a abandonar Italia por vencimiento de nuestros permisos de residencia. Eso es lo que

nos dijeron, oficialmente..., pero, en la realidad, por ser judíos. Por eso nos fuimos a Francia, donde, en Niza, un dentista de nuestra religión nos empleó en su gabinete en condiciones similares a las de Roma, pero siendo los dos inmigrantes y trabajadores ilegales. Nos cedió una habitación de quince metros cuadrados en el mismo gabinete dental, que usábamos para todo, tanto para dormir como para cocina y comedor. "No salgan a la calle sino para lo imprescindible, vayan siempre bien vestidos y no se alejen de esta zona, porque los gendarmes controlan mucho a los inmigrantes ilegales para detenerlos y expulsarlos, sin piedad de ninguna clase", nos advertía nuestro patrono y casero. Por suerte, muy cerca estaban una sinagoga y un cine, y había tiendas para adquirir todo lo que necesitábamos. Organizamos bien nuestra vida, de forma que, moviéndonos en poco espacio, no sentíamos ni claustrofobia ni sensación de persecución. Nuestros amigos, en Niza, eran los miembros de la sinagoga, donde nos reuníamos para los oficios religiosos y charlar. Debíamos ser muy prudentes en lo de salidas a la calle, limitándolas al máximo, yendo siempre a tiro hecho y sin dar rodeos... ¿Cómo conseguimos estar un año clandestinos trabajando en el centro de Niza, y en la Rue de France, sin que nos localizaran los de inmigración? Yo supongo que era por las características de la clientela que, aparte de miembros de nuestra religión, que no iban a delatar al doctor Barthelin como se llamaba nuestro jefe, también estaba formada por un número respetable de turistas y transeúntes de los hoteles cercanos, ya que su hermano era el médico encargado de atender esos establecimientos...; y bastantes clientes eran de Córcega. Muchos hasta me tomaban por el doctor Barthelin. Durante el verano de ese año, todos los domingos corríamos a disfrutar de aquella maravillosa playa como lo hacíamos en Ostia en los tiempos de estudiantes; teníamos la sensación de que en ese lugar nadie nos iba a pedir documentación, como ocurrió. Cuando estalló el conflicto, nos dijeron que nos darían el permiso de residencia si trabajábamos para la industria bélica. Así lo hicimos, y nos fuimos a Marsella a trabajar en una fábrica de explosivos, donde los vapores de aquellos productos químicos me producían dolor de cabeza y mareos con cierta frecuencia. Pero bueno, eso se me pasaba, y, estando legales, podíamos pasear libremente por la ciudad, que recorríamos en las horas y días de descanso, sin la preocupación de que los gendarmes pudieran detenernos, cosa que nos iba muy bien, porque ahora la habitación que nos podíamos permitir era solamente de doce metros cuadrados, y no disponíamos de la sala de espera del gabinete anterior para sentarnos y pasar un rato. A los pocos días de producirse la capitulación, fuimos despedidos de la fábrica, y dos meses después nos declararon nulos los permisos de residencia... Pero tuvimos suerte otra vez, porque un dentista, partidario del Gobierno de Vichy, nos dio trabajo en condiciones similares a las del colega de Niza. También nos facilitó una pequeña habitación en el

gabinete. “Aquí nadie vendrá a molestarlos; pueden estar tranquilos”, nos decía para consolarnos. Como el ambiente se había enrarecido, sólo nos atrevíamos a salir para comprar comida. Y todo se puso más tenso cuando se produjo en el cuarenta y uno una razzia de gente de izquierda y de judíos. Ya sentimos verdadero miedo, pero el jefe bien nos recalcó que permaneciéramos tranquilos, que a nosotros no nos pasaría nada. La cosa se calmó un poco, pero las arengas contra nosotros continuaban a través de la radio. Salíamos, comprábamos y volvíamos a casa a enclaustrarnos; todo muy rápido...

- En esas nuevas condiciones, ¿no sentían claustrofobia en Marsella? – le preguntó Albert a David Cuenca.

- No, no la sentíamos. Trabajábamos bastante, hablábamos con los pacientes, oíamos la radio, y leíamos el periódico que cada tres o cuatro días adquiríamos junto con la compra de alimentos. Por las dificultades, el jefe nos traía paquete de comida también. Algunos pacientes me tomaban por español, y yo no les contradecía sino que les decía frases en el idioma, ocurrencia que les hacía gracia. El temor a que nos metieran en un campo de internamiento fue creciendo en nosotros...; pero el doctor, no debo decir su nombre, nos tranquilizaba diciéndonos que mientras él fuera consejero, no sé de qué rama de la administración pública, nadie se atrevería a molestarnos. A poco de la ocupación de la Zona Libre, se produjo una gran razzia de judíos. Nuestro jefe se portó muy bien con nosotros, porque dos días antes, bien enterado del asunto, nos metió en un camión que, junto con Golib y otro más, bien ocultos, nos llevó hasta Perpiñán. Después, en una playa, unidos a otro grupo de personas procedentes de Toulouse, nos embarcaron en un pesquero y nos trajeron a España. ¿Porqué aquel hombre de una ideología tan conservadora se portó tan bien con nosotros?... Alguno me decía durante la huida que esos petainistas pretendían así ganar méritos para cuando llegaran los aliados... Tal vez sea cierto.

Al final de la reunión, Mossén Cugat les entregó una carta para el padre Federico Atienza de la Misión de los Bienaventurados, al que deberían ver los Cuenca durante su escala en Tánger.

“¿No estaré siendo demasiado duro con Golib en eso del encierro?, se preguntaba Albert comparando su situación actual con la de los Cuenca en Francia. Lo único que veía del mundo exterior era la calle Gomis entre los visillos del balcón del comedor. Era su secuestrada, y él, su carcelero, pero era la orden y estaba en juego la seguridad de Golib y de toda la organización.

Como el piso era grande y alargado, para evitar la atrofia de sus músculos, Golib hacía numerosos paseos de un extremo al otro de la vivienda, así como gimnasia, durando todo ese ajetreo una hora. Con las clases de acordeón y de idiomas que respectivamente le daban don Alberto y Albert, empleaba alrededor de dos horas. Con doña Pilar, las clases de español consistían en las conversaciones de la vida diaria, de la costura y de cocina. En una de las clases con Albert, Golib le reveló que además de la preocupación por sus padres tenía otra, la de su prometido, un letrado llamado Jean Claude Bayle, un joven de buena familia y con un puesto muy importante en la administración pública. Con esta confesión, Albert ya sólo podía esperar de Golib amistad, y nada más.

Senderos de Águilas
Quinta Parte
El Giro

II

Solucionado el asunto de sacar de Barcelona a los Cuenca, quedaba pendiente el de Golib, que ya llevaba más de cuatro meses recluida en el piso de los Forn, paradero del que sólo tenían conocimiento cinco personas. Ni Tomás sabía dónde estaba. A Albert le hubiera gustado sacarla a pasear por Barcelona y mostrarle los puntos interesantes y atractivos de la ciudad, pero las precauciones necesarias en esta población, tan controlada por las fuerzas del orden, se lo impedían.

- Conmigo y con Celestina, el castellano lo está aprendiendo rápido mientras hablamos, pero eso de darle clases de gramática y del uso correcto del idioma y de la escritura no lo puedo hacer. Mejor es que te encargaras tú de darle alguna de esas lecciones a Golib. No te costará ningún trabajo, porque es lista y aprende rápido – le dijo doña Pilar a Albert.

- De eso ya le estoy dando algunas nociones, aunque la gramática nunca haya sido mi fuerte... Le enseñaré lo poco que sé..., pero no garantizo una buena enseñanza. Me acuerdo del piano de los Sagarra; es una lástima que no lo pudiéramos subir. Ahora que nos sería útil, ¡cuánto lo echo de menos!..., pero subirlo hubiera provocado un escándalo en la casa, y todo el trasiego se hizo con mucho disimulo para que nadie se enterase. Por suerte, ni la pelmaza de la señora de enfrente se dio cuenta.

Desde su llegada a Barcelona, la principal preocupación de Golib consistía en saber algo de su madre. ¿La habían detenido los alemanes? ¿Dónde y cómo estaría?... No atreviéndose a escribirle directamente, no fuera que su carta desde España la perjudicara, le envió una postal, sin remite, a su tía, hermana de su madre, residente en Béziers – sur de Francia – comunicándole que se encontraba en Barcelona y gozando de buena salud. También a su padre, en la tan lejana Habana, le envió otra, contándole lo mismo, sin dar otros detalles ni dirección de la remitente. Las

dos postales comenzaban por felicitaciones de cumpleaños, siendo muy escuetos sus contenidos. Golib contaba de su progenitor:

- Mi padre huyó de Francia en junio del cuarenta y uno. Como en mi caso, previamente avisado de una redada que iban a realizar los de Laval, el jefe del Gobierno, contra miembros destacados de la izquierda y judíos en ese mes, abandonó Marsella y se vino a España con documentación falsa, obtenida por amigos y pagando mucho dinero. Él, en la Francia de Vichy, no tenía escapatoria, porque esas dos circunstancias concurrían en su persona: la de pertenecer y ser activo en un partido político, y la de judío, con el agravante de desempeñar un importante cargo como funcionario. Estuvo en Lisboa un tiempo, desde donde nos envió dos postales, pasando, luego, a La Habana. Según nos ha escrito, trabaja en un restaurante llamado La Jícara de Plata. No dice de qué, pero suponemos que de limpiador o de ayudante de cocina; sin un buen conocimiento del idioma, otro trabajo sería imposible. Es graduado en lo más alto de asuntos mercantiles, y ocupaba un importante cargo, como funcionario de carrera, en el Ayuntamiento de Marsella. Para evitarnos problemas y no dar facilidades a los de Vichy, firmaba las pocas cartas que nos llegaron con el nombre de un hermano de mi madre, ya fallecido, y comenzaba en todas con “querida hermana”... ¿Podría yo trasladarme a Cuba para reunirme con él?

A lo que don Alberto respondió:

- Tal y como están las cosas en el mundo, eso ahora es imposible del todo. Cuba está muy lejos, y si hay comunicaciones, deben ser muy escasas. Allá no hay guerra ni sufren de los bombardeos ni de las escaseces de Europa. Escríbele otra postal, o carta no extensa ni comprometedora, para tranquilizarle, diciéndole que estás bien en Barcelona... Ya te buscaremos una persona apropiada para el remite de tus cartas. Por lo de la censura, las cartas deberán estar en castellano, poco extensas, hablando siempre de cosas inocentes, aunque puedan ser importantes, como que trabajas en la costura, aprendes a tocar el acordeón, que Barcelona es una ciudad muy bonita, a pesar de no haberla visto, que todo anda muy bien, que has ido a fiestas... Y nada de poner remite de esta casa ni mencionarnos; debe ignorar por completo nuestra existencia. Yo mismo la corregiré. Pero primero sería conveniente comenzar con tu madre, que está más cerca.

A través de una señora de plena confianza de Mossén Cugat se pudo establecer un contacto epistolar entre Golib y su tía de Béziers. En la primera carta de respuesta de su tía, decía que su madre había sido operada

de apendicitis, estuvo ingresada quince días en un hospital, pero que ya estaba plenamente recuperada, y ahora trabaja en una panadería.

- ¿Cómo es esto?... Mi madre ya fue operada de apendicitis, poco después de yo nacer, y trabaja de profesora en una escuela elemental de piano dependiente del Conservatorio. Nada tiene que ver con panaderías. Después de la partida de mi padre, vivíamos del sueldo de mi madre y del alquiler de un piso de su propiedad... Un día nos llegó un dinero procedente de La Habana, pero mi madre escribió a mi padre diciéndole que no nos enviara más, porque no nos hacía falta. A pesar de la ausencia de mi padre, y de que vivíamos modestamente, no nos iba mal – contó Golib.

-Ya puedes estar tranquila por haber contactado con tu madre y saber que está bien. Lo de la comunicación con tu padre lo estamos arreglando por otro conducto diferente al de tu tía, pues no podemos sobrecargar con cartas del extranjero a la misma persona; eso despertaría sospechas y situaciones que pudieran ser desagradables. No cabe la menor duda de que tu tía escribe en clave, y, descifrándola, quiere decir que estuvo quince días en la cárcel a raíz de tu huida. Lo de la panadería significa que, por ser empleada o funcionaria de un organismo oficial, fue destituida, como hicieron conmigo, y ahora, para vivir, se ve obligada a trabaja en una panadería, que en estos tiempos no es un mal sitio. Ya verás, no pasará mucho tiempo en recibir carta de ella, y de su puño y letra.

Ahora, con la ayuda de Golib, doña Pilar podía aceptar más encargos. Como venía más gente a la casa tenía que encerrarse más en su cuarto para que no la vieran. También ocurría lo mismo cuando llegaba Serafí a estudiar con Albert. Por eso, éste procuraba que los estudios juntos fueran más frecuentes en la casa del amigo. Y Albert, al respecto, intentaba tranquilizarla hablándole así:

- Piensa que, como tú, centenares o miles de personas están escondidas en Europa, y en peores condiciones. Ya viste a los Cuenca, que buena suerte han tenido. Mossén Cugat, haciéndolo pasar por cura, alguna que otra vez, llevó al señor Cuenca a la casa de mujeres recogidas, prostitutas en recuperación, donde estaba refugiada su mujer, como si fuera una más... Para él era muy desagradable ver a su esposa en aquel lugar, y se disgustaba mucho. Sin embargo, para la señora Sara no lo fue tanto... Hasta lo pasaba entretenida con aquellas internas y con las monjas, haciendo las mismas labores que ellas..., e hizo buenas amistades en ese lugar, reconociendo que no eran las peores mujeres de este mundo, como normalmente se las considera, sino víctimas de desgracias. No sabes cómo

lamento que seas la secuestrada de la calle Gomis, pero la seguridad tuya y la de los pilotos así lo exigen.

- Preferible esto a un campo de concentración nazi. ¿Has oído hablar de ellos?.

-Algo he oído y he leído. Deben ser mucho peores que los de aquí – le remarcó Albert, pero queriendo cambiar de tema para no recordarle cosas muy tristes, le preguntó cómo le vino la idea de estudiar piano, pregunta que poco venía a cuento, porque ya bien conocía las especiales dotes de Golib para la música por lo rápido y bien que aprendió a tocar el acordeón. A lo que respondió Golib:

- Mi madre me llevó por ese camino, y yo lo seguí con gusto. Mi padre pretendió llevarme por el suyo, pero las cosas mercantiles y de oficinas no me gustaban ni me interesaban. No nací para eso. Pero me obligó a acabar el bachillerato... Todo el mundo tiene sus sueños, y el mío es el de ser una gran pianista, como Clara Schumann, y dar conciertos en salas y teatros. Tampoco me gustaría quedarme de profesora de principiantes como mi madre. Pero me queda mucho trayecto por delante..., y con contratiempos horrorosos como el de esta guerra. Gracias al acordeón de tu padre, los discos de zarzuelas y a las partituras que me has traído de regalo, he podido seguir practicando lo verdaderamente agradable e interesante para mí... También la radio me ha servido para oír música...; también para aprender algo de español oyendo las noticias de la guerra. Por suerte, ya se ha producido un giro en esta guerra, tanto en Rusia como en África. Especializarme en Schumann y en Chopin es mi gran ilusión.... Bueno, también en algunos otros compositores. Y tú, ¿porqué escogiste la química para estudiar? Era de las asignaturas que menos me gustaron.

- Eso se lo debo a Ferran Sagarra, vecino del piso de abajo y capitán mío cuando fui al frente, cuyo padre fue propietario, y lo sigue siendo, del acordeón que tú tocas. Al marcharse al exilio su familia nos dejaron muchas cosas, entre otras, todos sus libros... Como Ferran era estudiante de ciencias, al estar encerrado por lo de la tuberculosis, en que estuve secuestrado como tú en esa misma habitación, leyendo sus libros me aficioné a las ciencias, y a eso pretendo dedicarme. Mi aspiración es llegar a ser profesor de instituto. Como ves, muy diferente a la tuya. A las artes, las admiro, pero, sinceramente, no se me dan.

Pocos días después de esta conversación, le regaló Albert a Golib unos discos de música de Albéniz y de Falla, así como algunas partituras de diversos compositores. El aspecto de la chica había mejorado mucho,

pareciéndole a Albert cada día más guapa, ejerciendo sobre el estudiante de química una atracción siempre mayor, a pesar de ser de caracteres, tendencias y aficiones muy diferentes. En nada se parecían, pero Albert estaba siempre ansioso de llegar a casa y compartir con ella un rato, temiendo que un día Tomás le comunicara el momento de la despedida. El tener mucho que estudiar le ayudaba a alejarse de ella, y así evitar el enamorarse locamente de algo que le parecía ser del todo imposible. No quería, pero una fuerza mayor lo arrastraba hacia Golib. Poco a poco se fue enterando de quién era su contrincante, por así llamar al prometido de la muchacha, de la buena y rica familia a la que pertenecía, y del alto cargo que desempeñaba, nada menos que en Vichy, en el Gobierno de Pétain... "Sí, las mejores son siempre para esa gente", se decía. Para olvidarla, aunque fuese difícil estando tan cerca, se ponía a estudiar con ahínco, esos estudios de ciencias que se hacían más complicados según avanzaba en la Universidad.

- ¡Maldita química! En otras carreras, aprobados los dos primeros cursos, los demás van como sobre ruedas; en cambio, en ésta, cada nuevo curso es más difícil. ¿Tú crees que para hacer jabones es necesario estudiar tanto?... Pero exigen químicos en la fábrica, y mi padre me obligó a estudiar esta ciencia química – le recordó su amigo Serafí Sabater.

- Con lo aprendido en los dos primeros años en la Universidad, tengo conocimientos suficientes para dar clases de química y de física a todos los cursos del bachillerato... Pero las ciencias son las que mandan hoy día, y hemos de estar preparados para todo lo que nos llegará, que no será poco. Mi cuñado, a quien le di clases de química y de física para el examen de entrada en su cuerpo, me cuenta cosas que yo, sinceramente, ni me podía imaginar...

Aquel invierno, aparte de los dos viajes mencionados, Albert realizó dos más a Cadaqués para recoger otros fugitivos, a los que tuvo que atender en el piso de la calle Córcega, personas nada parecidas a aviadores, según su criterio, dándole la impresión de ser gente más bien dedicada al espionaje. Esos alejamientos de la casa le gustaban porque, también así, se alejaba un poco de Golib, que cada día ejercía más atracción sobre él.

Una vez le preguntó a Golib cómo era su novio y cuál era realmente su trabajo. Le contestó que se trataba de un oficial jurídico del Ejército, que no cayó prisionero por estar en la Zona Libre en el momento de la capitulación. De ahí pasó a ocupar un cargo en el Ministerio de Justicia, en Vichy.

- ¿Y cómo tú, siendo medio judía, eres novia de un miembro de esa administración colaboracionista de los nazis?

- Lo conocía desde dos años antes del comienzo de la guerra. Era hermana de una compañera de curso, y nos prometimos en marzo del cuarenta; dos meses después se produjo la derrota. Era un hombre muy formal, un buen patriota, y presumía, políticamente, de liberal. Sobre el asunto de los judíos me decía que eso se resolvería en cuanto Francia pudiera zafarse de los alemanes. Era una humillación impuesta a nuestro país como consecuencia de la capitulación, de la cual no era culpable el Mariscal Pétain, sino los vergonzosos gobiernos anteriores que nos condujeron a la derrota, y que ellos estaban haciendo todo lo posible, y hasta lo imposible, por mantener a Francia en pie y neutral, y a su imperio colonial, intacto para el futuro. Lo del acoso a los judíos desaparecería tan pronto como el Gobierno de Vichy pudiera recuperar la Zona Ocupada. “Si los alemanes se atreven a pasar esa línea, yo me iré a la Resistencia”, me decía. No sé qué habrá sido de él; desde que los alemanes pasaron la línea de demarcación y ocuparon la Zona Libre, no he vuelto a tener noticias de Jean Claude. Bueno..., tuve que huir...

- ¿Y si no se ha ido al maquis y se queda con los de Vichy?

- Entonces Jean Claude Bayle será un muerto para mí.

Entre un hombre y una mujer no puede haber sino amor u odio, jamás amistad, le había dicho un día su amigo Serafí, y se acordó de esta frase para intentar alejarse de Golib... Pero eso no iba con él, ni Golib se merecía odio porque no aceptase a un tipo como Albert Forn. Era bien consciente de sus limitaciones en esta vida, en todos los sentidos, y era muy lógico que una chica como ésa no se fijara en un vulgar estudiante carente de todo.

*   *   *

Golib escribió una verdadera carta a su padre, comunicándole que su madre estaba bien, poniendo como remitente a una señora que serviría de conexión para recibir respuestas. El señor Neumann, en La Habana, ya sabía de sobra cómo debían ser escritas esas cartas, pues, como don Alberto Forn, era un buen experto en correspondencia comercial, y los dos sabían muy bien lo más conveniente a decirse en la situación del mundo en esos momentos. Este enlace fue conseguido también por Mossén Cugat, y se

trataba de una monja. De ese modo, los tres miembros de la familia, aunque muy alejados, se unían de nuevo. El sello de “censura militar” en cartas y postales les recordaba lo de ser muy escuetos y a reducir lo escrito a asuntos exclusivamente familiares, y las circunstancias y los pocos medios de comunicación obligaban a reducir el intercambio epistolar al mínimo. Con lo de la ocupación de la Zona Libre y de la invasión del norte de África, su madre ya no podía recibir cartas de Cuba ni enviarlas, pues Cuba estaba ya oficialmente en guerra con el Eje, y Francia, plenamente en su órbita.

De su padre, Golib contaba:

- Antes de comenzar la Gran Guerra del catorce, mi padre fue movilizado, y como decía, enviado a hacer el servicio militar a lo que él consideraba como el desierto más seco del mundo, en un extremo de África, llamado Djibouti, Ya había acabado sus estudios, por lo que fue nombrado sargento. Sequedad absoluta, sol, calor, desolación por doquier, sal, y hasta mala alimentación y sed tuvo que sufrir durante cinco años, pasando una parte de su tiempo en una oficina, para llevar las cuentas de una guarnición, y otra parte, cabalgando sobre un camello para vigilar la vía de un ferrocarril en construcción con el fin de evitar robos y actos de bandidaje, o las costas del territorio por si aparecían barcos de guerra alemanes o turcos. A este respecto comentaba que esas cabalgadas siempre le parecieron románticas a pesar de lo duras que resultaban. Al retornar a Francia, en vez de dirigirse a París, de donde era, se quedó en Marsella, consiguió un empleó en el Ayuntamiento, conoció a mi madre y se casó con ella, quedándose para siempre en la ciudad. Ahora, en esta segunda Gran Guerra, se ha visto obligado a refugiarse en Cuba, en el extremo opuesto.

- Al parecer, ése es su destino. No es que sea bueno, pero mejor que el de sufrir directamente las calamidades en los teatros de guerra – comentó don Alberto, un hombre bastante convencido de que todo estaba marcado de antemano en la vida.

Desconocía, y no podía imaginarse Golib en toda su magnitud, las peripecias sufridas por su padre en el segundo gran viaje de su vida. En su huida de Francia, al llegar a Madrid, sobrecargada como estaba la exigua comunidad hebrea, muy escasa fue la ayuda que pudo recibir en un lugar donde eran considerados indeseables los de su religión, pero consiguieron trasladarlo a Lisboa, ciudad donde trabajó en la construcción hasta que le consiguieron un barco para llevarlo a Estados Unidos, pero que lo dejó abandonado en La Habana por una avería, encontrándose de nuevo

desamparado. Después de una serie de incidentes consiguió un empleo de fregador de platos en un restaurante llamado “La Jícara de Plata”, lugar donde debería permanecer aún y al que dirigía la correspondencia su hija...

Senderos de Águilas
Quinta Parte
El Giro

III

- Tengo una buena noticia para ti, alégrate: ¡muy pronto resolveremos el asunto de la evacuación de la chica! – le dijo Tomás a Albert –. ¿Dónde la tienes escondida?

- De momento no te lo puedo decir – le contestó Albert

- Sí, por supuesto. Cuanto menos se sepa de esas cosas, mejor, aunque sea yo el que lo pregunte. Además, con lo del giro en la guerra, lo de los pilotos se va a incrementar, por lo que vamos a tener bastante faena en esta temporada. Estate preparado porque los caminos de los Pirineos ya están transitables. Mañana saldré a recoger al primer grupo, que espera en el escondite desde hace dos días.

- ¿Y quién suministra a los puestos fronterizos durante el invierno? Es una pregunta que me hago con frecuencia. Una simple curiosidad.

- Eso no debes preguntarlo, para no saber más de lo estrictamente necesario. Así como yo no debo saber nada de la chica, tú, tampoco de mis actividades en invierno... Bueno, esos viajes los realizo yo, pues no disponemos de mucho personal, y esos transportes los reducimos a la mitad.

A Albert, la idea de la partida de Golib, como acababa de recordársela Tomás, le acongojó. Muy pronto se había acostumbrado a la muchacha, y la preocupación de ver que se iría de Barcelona no habiendo conocido sino las paredes de la casa en que estaba recluida, le apenaba de sobremanera, por eso vio una solución para ese pesar cuando Serafí Sabater le dijo:

- El domingo celebro mi cumpleaños, No lo festejaba desde el treinta y seis. Bueno..., algo me hacían en Italia y, después, aquí, pero una

verdadera fiesta, no. Te espero el domingo, a las dos, para el almuerzo. Vendrán mis primos y tíos.

- Gracias por la invitación, y la acepto, pero con una condición, tendrás que invitar también a una chica a la que aprecio mucho.

-¡Cómo no! ¿Pero es que tienes novia?

- Nada de eso; se trata de una francesa que vive en mi misma calle, con la que tengo cierta amistad.

Golib vio los cielos abiertos cuando Albert le comunicó lo de salida y la fiesta.

- ¿No será peligroso? – preguntó don Alberto.

Doña Pilar preguntó lo mismo, obteniendo por respuesta de Albert que todo transcurriría como cuando la visita a los Cuenca en casa de Mossén Cugat. Aunque el trayecto fuera bastante más largo, la vigilancia policial era mínima en un domingo al mediodía; y doña Pilar se puso a arreglarle el mejor vestido que había dejado la señora Sagarra.

Muy atareadas estuvieron doña Pilar, Celestina y Golib los siguientes días arreglando el vestido y otros pormenores para la indumentaria de la fiesta. "Parece que se ahogan en un vaso de agua", se decía Albert. Todo quedó a la perfección, la verdad sea dicha, y Golib parecía más radiante y elegante de lo que ella misma nunca se hubiera podido imaginar.

Llegado el domingo, en el momento de poner los pies en la calle Gomis, Golib respiró hondo de alegría, y ganas le dieron de ponerse a correr y saltar, olvidándose de su situación. Albert la llevó calle arriba, hasta la esquina de la manzana, donde eran ya las afueras de Barcelona, bajando luego por la calle de Sant Gervasi, mientras le recordaba consejos que, por la seguridad de todos, no debería olvidar:

- No digas dónde vives ni tu nombre completo. Ni por mucho que te lo pregunten. Estás aquí acompañando a tus padres, porque tu padre, un comerciante a gran escala y hombre de negocios, estará destinado unos seis meses en Barcelona por razones de su trabajo, el de exportar e importar productos entre los dos países; y puedes decir tejidos y comestibles. Vuestra actual vivienda está muy cerca de la mía, y dentro de diez días volverás a Francia, es decir, a Marsella, para proseguir los estudios de piano en el Conservatorio. Procura hablarles de música, de lo

que sabes mucho más de lo esperado, y esquiva preguntas comprometedoras, aunque no creo que te las hagan...

Y así, con estas y otras recomendaciones, llegaron al cruce con la Avenida del Tibidabo, mientras se veía al tranvía de cremallera subir hacia el monte.

- Mira hacia arriba lo precioso que es todo. Se trata de casas de gente muy rica. Me gustaría llevarte hasta lo alto del Tibidabo, donde se puede contemplar la belleza de la ciudad desde arriba. Esa calle en dirección hacia abajo, y que no se ve donde termina, se llama Balmes.

Por la Avenida de la Bonanova, vieron como venían, en sentido contrarío, numerosas personas muy endomingadas. Algunas entraban en una confitería.

- Deberíamos comprarle algunos pasteles y llevárselos de regalo – propuso Golib.

- No es necesario. Mira, aquí le llevo una corbata – dijo Albert mientras sacaba un paquetito de un bolsillo de su chaqueta.

Al llegar a la Plaza de la Bonanova se encontraron con varios grupos de personas aparentemente ocupadas en agradables y amenas conversaciones.

- Se han arreglado con las mejores galas para ir a la misa mayor. Ahora charlan hasta que les llegue la hora del almuerzo.

En la elegante calle de la Bonanova, la casa de Serafí tenía un jardincito delante, y era unifamiliar, con dos plantas. Al entrar, Albert pudo apreciar que los cambios que se estaban realizando en los últimos meses ya se habían completado. Durante todo este tiempo, sólo se podía entrar por la puerta de atrás, por donde lo hacía Albert, yendo directamente a la habitación de Serafí, ubicada en esa parte de la casa, para estudiar juntos. Bien es verdad que ya llevaba más de un mes sin acercare por allí, pues, por los ruidos e incomodidades de las obras, preferían estudiar juntos en la casa de los Forn los días destinados a ese fin. En esas horas Golib se veía obligada a encerrarse en su habitación.

Serafí salió a recibirlos, y, al ver a Golib se vio obligado a decir a su amigo:

- Que tuvieras oculta a una novia tan guapa no me parece nada bien. ¿Cómo no me la presentaste antes? Pasad que ya han llegado todos los invitados. Todos son de la familia... – y dirigiéndose a Golib, le dijo –: A Albert lo consideramos como tal desde hace tiempo.

Lo principal de la mansión se había reformado por completo. De pintura, zócalos retocados, de muebles nuevos y de antiguos reparados y barnizados, y una ampliación del salón principal a costa de una habitación, dos grandes lámparas, apliques, una escultura, un gran jarrón, un gran piano de cola y otras maravillas, hacían que aquello pareciera algo palaciego. Golib deslumbrada como venía por haber visto una tan bella zona de Barcelona, quedó aún más al ver todo aquel lujo existente en la vivienda de la familia Sabater.

Allí estaban los padres, las hermanas, primos y tíos de Serafí. Elvira, o Elvireta, la prima guapa de Serafí, muy resplandeciente de belleza ese día, acompañada de su apuesto novio, vestido con su flamante uniforme de capitán, vivo retrato del más famoso galán del cinematógrafo hispano de la época. "No era de extrañar que Elvira se dejara deslumbrar por aquel elegante militar y no por un feote como Albert Forn", se decía el acompañante de Golib... Pero esta vez, él, el estudiante Albert, iba acompañado de una que no se quedaba mucho a la zaga y que a él le agradaba más.

La elegancia de todos los presentes en la fiesta era bien notoria, pero Golib y Albert no desmerecían en absoluto de la de los Sabater, aunque vistieran trajes de segunda mano retocados. El vestido de Golib deslumbraba a la concurrencia femenina que le preguntaron dónde lo había adquirido, si en Marsella o en París...; Barcelona fue la respuesta que obtuvieron.

Como elemento exótico por ser extranjera, pronto Golib se convirtió en el centro de la reunión, sabiendo contestar a todas las preguntas con mucha inteligencia y tacto, sin pronunciar palabra que pudiera comprometerla. Procuraba decir verdades, respondiendo con sinceridad, como la de ser estudiante de piano en el Conservatorio de Marsella, y a la obligada pregunta de si era partidaria del Mariscal Pétain o del General De Gaulle, no pudo evitar el contestar, pese a la prudencia recomendada, su inclinación hacia el General, sin saber cuáles eran las preferencias de los presentes, cosa que agradó mucho a todos los familiares, pero se negó a dar más detalles sobre la situación de su país, limitándose a exponer algo de lo difícil del momento, pero que a ella y a su familia no les había ido mal en este período de ocupación extranjera.

Durante el almuerzo la madre de Serafí contó a Albert:

- Supongo que le habrán gustado las reparaciones realizadas en la casa. Es obligado decir que, últimamente, a pesar de lo mal que va el país, a nosotros, en la fábrica, nos ha ido muy bien, gracias a Dios... Los pedidos han aumentados de forma extraordinaria y hemos obtenido las materias primas necesarias... En realidad, esta casa es una prolongación de la empresa, y debe ser elegante para atraer a los clientes. Aquí vivimos, y aquí traemos a los más distinguidos de ellos para las comidas de trabajo. Como dice mi marido: "¡Es necesario impresionarlos!". Hemos pintado, barnizado y reparado antiguos muebles; hemos comprado nuevos... Se ha restaurado toda la parte anterior de la casa, pero nos queda un poco de la parte posterior, que, por tratarse de la cocina y unos baños, lo haremos en verano, cuando veraneemos en Calella. Así dejamos la casa libre para las obras, pues ya estamos un poco cansados de convivir con esa actividad en marcha.

Después del almuerzo, que fue servido por elegantes camareras, a Golib se le pidió que interpretara algo en el piano.

- Este precioso piano de cola lo acaba de heredar mi madre de una tía suya, recientemente fallecida. Es verdad lo que te contó del buen funcionamiento de la fábrica, dejándonos beneficios nada despreciables, pero nada dijo del fortunón que se le vino encima con la herencia... Muy diferente hubiera sido si hubieran ganado los malvados rojos, como los llaman algunos... ¡Hasta una torre en Calella! – le dijo Serafí.

En este momento Golib inició su actuación con música de zarzuelas, y luego, aprovechando que había unas partituras de Franz Listz sobre el piano, que utilizaba Roser, una de las hermanas de Serafí, aficionada a ese instrumento, pasó a interpretarlas, produciendo sensación en el público allí presente, y al acabar con la Danza del Fuego del Amor Brujo, de Manuel de Falla, provocó una ovación, con gritos de ¡bravo!...

- ¡Tocas que es una maravilla! ¡Tienes unas dotes extraordinarias para el piano! Yo también lo estudié, pero lo abandoné; ahora me dedico a la enfermería, y estoy en el primer curso. Tengo que presentarte a mi antiguo profesor, que actualmente lo es del Conservatorio. Sin oírte tocar no puedes abandonar Barcelona – le dijo Roser.

- Pues para ese encuentro sólo dispone de esta semana, porque el domingo vuelve a Francia – se le ocurrió decir a Albert para cortar lo de invitaciones y salidas.

- No importa; me llevo bien con él, y seguro que te oirá, y muy pronto. Mucho interés tenía en que yo siguiera con el piano. Para convencerme me comentaba lo de mis buenas condiciones para la música, pero como las tuyas, ¡no se puede comparar!...

Así Roser quedó en llamar por teléfono a Albert para concertar una cita en los próximos días.

- ¿Cómo es que te llamas?... ¿Golib?... Ése no es un nombre francés de mujer – dijo uno de los primos de Serafí.

- No; bien seguro que no lo es, y no será fácil encontrarlo en Francia. Durante la primera Gran Guerra, la del catorce, mi padre estuvo destinado en África, en el desierto, como sargento jefe de una patrulla de camelleros, unas veces vigilando la costa, y otras, el interior. La lavandera de la ropa de los suboficiales tenía una niña, de nombre Golib, que era como una mascota para ellos, a la que mimaban y hacían regalos cuando volvían de patrullar, o en otras ocasiones. A mi madre le hizo gracia ese nombre y me lo puso al nacer. Mi padre nunca ha olvidado esas correrías a camello, y continuó en Marsella montando caballos y aficionando a mi madre y a mí a la equitación. Somos miembros de un club hípico.

- Pues si vuelves en verano, vendrás con nosotros al picadero de Montjuic, y si estás en invierno, ya estás invitada a nuestra boda, la de Fadrique y yo – dijo Elvira, la bella prima de Serafí.

Y siguieron preguntas y respuestas, respondiendo la francesa con mucha inteligencia, para no comprometer su situación... En fin, que gracias a aquella fiesta, Albert se fue enterando de muchas cualidades de Golib desconocidas por él, hasta que interrumpió el entretenimiento de la reunión por el temor a que se hiciera de noche, y así le recordó:

- Prometí a tus padres devolverte a casa al atardecer; ya es el tiempo.

Andar de noche sin documentos podía ser comprometido, y, además, Albert debía preparar un examen esa noche; así que se pusieron en camino hacia la calle Gomis.

A los tres días, en el Conservatorio, tuvo lugar la entrevista de Golib con el profesor.

- Verdaderamente usted reúne condiciones extraordinarias para la música. Tiene un gran talento, pero necesita manos aún...; y se nota que últimamente ha practicado menos de lo debido. Otros no lo notarían, pero yo, sí – le dijo el profesor al finalizar su interpretación.

- Efectivamente, así es, pero con la situación reinante en Francia, y lo de la ocupación de la Zona Libre, el ambiente en Marsella no está para mucha música. Todo está raro por allá – le contestó Golib.

- Pero no ha dejado la música a pesar de las inclemencias. Me hubiera gustado haberla conocido antes para darle algunos consejos..., pero todavía puedo ayudarla en algo si lo desea.

Golib no quiso mencionar lo del acordeón, no fuera que tuviese prejuicios contra ese instrumento.

* * *

Esta tercera salida de Golib, la cual transcurrió sin incidentes como las anteriores, también fue del máximo agrado de la muchacha, y más por haber podido visitar el Conservatorio de Barcelona y, también, dar un largo paseo en taxi por el centro de la ciudad a plena luz del día. Después de esto, Albert tuvo el convencimiento de que ya no podía retenerla más tiempo enclaustrada, así que tenía que apremiar a Tomás para encontrar una solución: evacuarla pronto como a los Cuenca, o procurarle documentos falsos para permitirle circular por las calles. Tuvo suerte, porque aquel mismo día, por la noche, Tomás lo citó para el siguiente en la Plaza de la Bonanova, y le dijo al encontrarse:

- Mañana temprano salgo para los Pirineos a recoger pilotos. Se trata sólo de cuatro. Los atenderás tú en el piso del garaje de Montbau; te corresponderá ir un día sí, un día no. El próximo viaje lo harás tú. Te respetaré en lo de los exámenes.

Al plantearle Albert el asunto de Golib, le respondió:

- En el plazo de un mes saldrá para Tánger otro barco con varios judíos con destino a Marruecos, enviados y pagados por una organización

de ayuda a esa gente. Como no me queda dinero de aquel sobrante que hubo de los pilotos, porque me lo gasté en los Cuenca, tráeme mil quinientas pesetas..., y también seis fotos para el pasaporte y los salvoconductos de la chica. Además, deberás pagar el viaje, pues la organización judía no tiene dinero para ese desplazamiento, aparte de que no la conocen y no saben si es creyente de esa religión... Te quedarás sin ahorros... Tú la hiciste, tú la pagas...

La noticia de tener ya una fecha fija para la partida de Golib entristeció en sobremanera a Albert, aun comprendiendo su necesidad por el bien de ella..., y, también, de él, porque su afecto ya iba mucho más allá de una simple amistad. Si su disgusto fue grande, mucho mayor fue el de Golib, reaccionando de la siguiente forma:

- ¿Qué voy a hacer yo sola en Marruecos? ¿Otra vez volver a la incertidumbre?..., porque allí no conozco a nadie. Aquí me encuentro muy segura, como si fuera en mi propia casa. Me han tratado muy bien...; mejor, ¡imposible! Es cierto, me gustaría salir más, pero sé que debo resignarme y esperar tiempos mejores, que de seguro llegarán.

Viendo las lágrimas de Golib, Albert, también muy triste, le intentaba explicar la necesidad de su evacuación al Marruecos Francés, ya que si la detenían en España, podían, incluso, deportarla a Francia.

A la vuelta de Tomás de su viaje a los Pirineos, a Camprodó en este caso, Albert le entregó las fotos de Golib y las mil quinientas pesetas. Tomás dijo al ver las fotos:

- Es guapa la chica; bien merece el pago de esa cantidad por ayudarla. La pena es que sea para despedirse, y no para quedarse. Tú pagas, y otro se la llevará... Tendrás que hacerte cargo de los cuatro nuevos refugiados, como acordamos. Esta vez hubo mala suerte, pues la Milicia Francesa detuvo a cuatro, y los que traje, escaparon de puro milagro. Ese paso, aparte de muy peligroso, está muy vigilado. No lo dejan de utilizar porque todos los senderos son necesarios... A pesar de ser pilotos de guerra pasaron verdadero miedo en la huida, y llegaron agotados. El próximo viaje te corresponde hacerlo a ti.

A la semana, salió Albert hacia la ermita cercana a la frontera con Andorra. Después de entregar la mercancía y cargar, de nuevo, sacos de carbón vegetal en una carbonera, recogió a nueve pilotos, uno de los cuales venía con una pierna inmovilizada por un par de ramas de árboles y un vendaje, todo de apariencia muy rudimentaria. No le quedó más remedio

que colocarlo encima de los sacos de carbón, con dos compañeros a su lado vigilándolo. Los otros irían, como siempre, en los compartimentos secretos, Procuró hacer una muralla de sacos en la parte posterior, bien alta, para que, caso de control, al abrir la puerta, no se detectara al herido y a sus cuidadores.

A estos cuidadores, Albert les entregó una botella de coñac, lo único que tenía a mano para calmar dolores, bebida que siempre llevaba en los viajes para dar la bienvenida a los recién llegados, y para socorrerlos, en necesidad extrema, como hacían los perros de San Bernardo con los perdidos en la nieve, con la condición de suministrársela al herido, en cantidad moderada, según se quejara durante el trayecto. Al poner el camión en marcha, tuvo que ir sumamente despacio a causa de la niebla, pero al disiparse, aceleró hasta alcanzar las velocidades acostumbradas, procurando evitar zarandeos que produjesen malestares al herido y desplazamientos de los sacos de carbón, así como posibles caídas sobre el herido y sus acompañantes.

De acuerdo con las instrucciones recibidas para estos casos, al llegar a Barcelona, se dirigió primero a la Clínica Duprez, en la calle Aribau, donde hizo la entrega al fracturado. Asombrados quedaron los empleados de la entrada al ver al herido y a los que lo cuidaron durante el viaje completamente negros del polvo del carbón vegetal que transportaba el camión.

-Se trata de un accidente laboral en una carbonería. ¿Está el doctor Duprez? – dijo Albert mientras se colocaba al enfermo sobre una camilla, evitando otras preguntas.

Algunos del personal estaban de sobreaviso de cómo tenían que proceder con los fugitivos ingleses que les llevaran. Pero, por suerte, esta vez, Albert no necesitó dar explicaciones porque, aunque fuera tarde, el jefe estaba allí. Duprez ingresó al traumatizado sin hacerlo constar en los libros de la clínica.

Ya en buenas manos el herido, Albert llevó el camión al garaje del Montbau y subió a los pilotos al piso escondite. Debido a la carga transportada, ducharse uno tras otro fue lo primero que hicieron los pilotos para quitarse de encima el polvo negro acumulado durante el viaje. De que era la mujer de Tomás la que se ocupaba de suministrar lencería limpia, ropas y zapatos nuevos, y de llenar la alacena de comidas para los recién llegados, así como de la limpieza del piso, hasta este momento lo desconocía Albert. En verdad, todo brillaba cada vez que traía una remesa.

Como era ya muy tarde, la carga del camión la entregaría Tomás al día siguiente. Lo malo consistía ahora en que había que limpiar el camión de la suciedad dejada por el carbón. Menos mal que no eran muchas las cargas de ese tipo a transportar.

*   *   *

Fue con este último grupo de pilotos con el que Albert Forn entabló mayor relación de amistad y de confianza, yendo más allá de lo permitido, pues eran muy estrictas las normas sobre estos tratos, debiendo terminar, por completo, en el momento de la despedida. Y fue con uno de ellos, llamado Sean Mac Intosh, con el que, desde el primer día de llegada, entabló esas relaciones. Tal vez por ser de su misma estatura y complexión, evidente signo de ser relativamente bajo en comparación con sus compañeros, pero más pálido que él, con pecas en la cara y color pelirrojo del cabello. No era fumador, bebía muy poco, y parecía un hombre en nada destacable, ni hacía gestos de presumir... “También en Inglaterra hay gente como yo”, pensaba Albert de Sean Mac Intosh, que le contó:

- Siete de mis acompañantes son profesionales de la aviación militar, o RAF, como allá se llama. Pero Samuel Wilkinson, como es el nombre del herido, y yo somos pilotos a causa de la guerra. Entramos juntos en una escuela de aprendizaje para aviadores, no lejos de Londres. Wilkinson era estudiante de ciencias en Oxford, y pertenece a una adinerada e influyente familia de la capital del Reino. Es alto, muy elocuente y de buena presencia, aunque usted no lo haya podido comprobar por lo mal herido que venía. Por esas cualidades referidas, no es de extrañar que haya tenido mucho éxito con las mujeres. Desde hace algún tiempo dice que lo de ciencias ya no le interesa, y que desea dedicarse a la aviación civil cuando acabe este conflicto. Lo mismo ocurre conmigo, que también tengo la misma intención, si no me quedo tieso en la guerra. Le cuento esto, porque los otros se marcharán de aquí dentro de unos días, y yo me quedaré haciendo compañía a Wilkinson hasta que esté en condiciones de viajar..., y eso llevará algún tiempo. Así me lo ha comunicado Tomás.

- ¿Y a qué se dedicaba usted antes de la guerra?..., si se puede saber.

- Bien puedo decirlo. Me dedicaba a algo muy diferente: soy torrero, es decir, cuidador de faros marítimos, o técnico en señales para la navegación marítima. Lo mismo fueron mi padre y mi abuelo. Nací y me crié en un faro, llamado de Oldbrook Point, en las Islas Hébridas, Escocia,

en una de las islas del Oeste, donde la población habla gaélico escocés y es católica, que también son la lengua y la religión de mi familia... En un paraje solitario, con mar, acantilados y largas playas. Desde muy pequeño aprendí a pescar, a cazar aves marinas, a esquilar y ordeñar ovejas, a elaborar queso, y todo lo referente a estos animales, desde el pastoreo hasta el descuartizamiento. Todo eso me lo enseñaba mi padre. Gracias a aquel paraje algo salvaje tuve una niñez muy envidiable. Oldbrook era una antiguo caserío cuyos habitantes emigraron a Canadá en la primera mitad del siglo XIX debido a una mala racha económica; el abandono, el tiempo, el viento, la lluvia y las tormentas hicieron desaparecer al pueblo, quedando sólo la iglesia, edificio de piedra, bien construido, sólido, anchos muros... Cuando se iba a instalar el faro, se consideró que la iglesia, por estar sobre un pequeño acantilado, era el mejor lugar; por eso se aprovechó la torre para colocar encima el faro, que todavía conserva la campana, y la iglesia, propiamente dicha, para vivienda del vigilante... Mi abuelo fue el que lo inauguró, y mi padre le sucedió en el cargo... Mi madre, además de ocuparse de la casa, hacía unos preciosos suéteres de lana, para nosotros y para vender... Sin embargo, mi lengua materna, por así decirlo, no es el gaélico, sino el inglés. Mi padre nos exigía hablar bien el inglés antes de que aprendiéramos el otro, y tanto él como mi madre siempre lo utilizaban con nosotros, aunque entre ellos hablaban el gaélico. Además de mis padres, tengo un hermano y una hermana. Yo soy el mayor. Pues bien, mi padre no dejaba de recordarnos lo mal que lo pasó cuando, con diez años, fue por primera vez a una escuela, sabiendo muy poco del inglés y expresándose con mucha dificultad, con lo que se hizo el hazmerreír de la chiquillería... Tanto él como yo nos criamos en faros aislados del mundo. Pero yo aprendí el gaélico antes de que me lo permitieran, y fue hablando con un pastor que se acercaba por el faro con sus ovejas y, también, oyendo conversaciones a través de las puertas cuando mis padres hablaban entre sí, con el convencimiento de no ser escuchados por nadie. A los ocho años me mandaron a la escuela primaria...; quedaba lejos del faro, debiendo hacer ese trayecto diariamente sobre el lomo de un poney. Mis padres ya me habían enseñado a leer y a escribir. Domino las dos lenguas casi por igual, con predominio del inglés. ¿Cómo ocurre con usted con sus dos lenguas?

- En verdad, esa es una pregunta curiosa porque nunca me lo había planteado. Mi padre me enseñó una, y mi madre, la otra. En mi caso, creo que las domino las dos por igual – contestó Albert.

- En cuanto al inglés, he de decirle que lo habla muy correctamente y con acento irlandés.¿Ha estado en esa isla?... Me da la impresión de que es estudiante de filología inglesa en la Universidad.

- Nada de eso... No me permiten decirles a ustedes a qué me dedico ni otras muchas cosas... Desde pequeño me mandaron a recibir clases de inglés en una academia privada, y eso es todo. Luego, en la guerra, en el hospital donde ayudaba, con los brigadistas internacionales, voluntarios de todo el mundo venidos para ayudarnos, amplié mis conocimientos. Y ahora le pregunto yo: con la profesión que ejercía, ¿cómo es que no lo enrolaron en la marina de guerra, Mac Intosh?

- Es muy correcto lo que pregunta..., y así quisieron hacer conmigo al llamarme a filas... Pero todo a su tiempo; ya se lo contaré. Le puedo decir que, desde pequeño, en la soledad del faro, observando los vuelos de las gaviotas y de los pocos aviones que osaban llegar hasta allí, se me despertó la afición por los aeroplanos, y mis deseos de volar se volvieron enormes... Sé que a muchos niños y a jóvenes les ocurre lo mismo, pues los aviones despiertan muchas ilusiones y fantasías. Mi padre, en su pequeña biblioteca, constituida por unos pocos libros de su profesión, unos treinta tomos de escritos de Dickens y de Shakespeare, las obras completas de esos autores, y de algunos libritos de cuentos y de poesías en gaélico, también tenía, y nunca he sabido cómo lo obtuvo, un grueso tomo sobre aviones y vidas de pilotos célebres. Como hacía mi padre que leía las obras de aquellos célebres escritores una y otra vez, me leí todo aquello, y, especialmente, este último libro sobre aeronáutica, y en varias ocasiones, despertando en mí, cada vez que lo repasaba, un mayor interés por esa actividad, de tal forma que cuando me mandaron a Stornaway, en isla de Lewis, para estudiar en un colegio de enseñanza secundaria, aparte de los libros de texto, solamente leía novela y temas relacionados con la aviación y sobre pilotos y sus hazañas. Lo mismo sucedía con el cine. Nadie sabía en el colegio, ni creo que en la isla, más sobre aviones que yo. Siempre tenía en la cabeza nombres como Wright, Santos Dumont, Bleriot, Lindberg, Saint Exupéry, Bill Barness, el de las novelas..., y tantos otros. Facilitó mi estancia en Stornaway, el que allí residiera una hermana de mi madre, propietaria de una mercería donde también se vendían los suéteres hechos por mi madre, pues los vendidos en la isla de donde éramos los pagaban menos. Es a mi tía a la que debo mi formación católica, porque mis padres, aunque lo fueran, no se preocuparon mucho de formarme religiosamente, siendo muy grande la ignorancia en ese tema, de tal forma, que al llegar a Stornaway, con tanto presbiteriano en mi curso, casi me arrastran a esa religión, pues algo o bastante convencido me tenían. Al enterarse mi tía, que tampoco era muy practicante por ese entonces, le entró una gran preocupación, y me obligó a ir a la iglesia católica y cumplir con todos los preceptos, hacer la comunión, confirmarme e inculcarme el orgullo de ser católico, la más antigua religión de Escocia, de

la Gran Bretaña y de las Islas Británicas; de las otras decía que habían llegado después. Y eso que su marido era protestante muy convencido, de la Iglesia Escocesa por supuesto, un trabajador del puerto... Lo cierto es que, a causa de su preocupación por mí, se convirtió en una beata... Sigo siendo católico aunque, actualmente, considere a todas las religiones por igual. Al acabar la secundaria, mi padre pretendió que me dedicara a la enseñanza, pero le expuse mi verdadera vocación: la de entrar en una escuela militar de aviadores. "Déjate de fantasear con aviones; no pienses en eso, que es demasiado caro para nosotros", me dijo. Me quedé muy apenado, y tan desilusionado, que decidí no estudiar y volver a Stornaway para ser empleado de mi tía en la mercería. Pero mi madre acudió en mi ayuda, sacó de un escondite unos dineros heredados de sus padres y lo ahorrado por los suéteres y los colocó sobre la mesa escritorio de mi padre, inclinando la balanza a favor de inscribirme en la academia preparatoria de pilotos. Mi hermana me reemplazó en el empleo de vendedor, donde aún permanece, y creo que se quedará para siempre porque tiene intención de casarse con uno del lugar, un policía local muy del gusto religioso de mi tía, que, como bien comprenderá, llevó a mi hermana por el mismo camino que a mí, y, como carece de descendencia, será su sucesora en el negocio. El año transcurrido en aquella academia, costó tanto como tres en una universidad. Hice correcto el examen de ingreso, pero me faltó un punto para pasarlo: el de no pertenecer a una familia bien. Había mucha concurrencia, y eran muy selectivos y elitistas... ¡Adiós a mis ilusiones de ser un Bill Barnes!... Sin dudarlo ni consultarlo con nadie, y no esperando los reproches de mi padre, me puse a trabajar en una granja de ovejas y vacas de la isla... Mi padre ya no quería saber nada de mis estudios, pero mi madre se movilizó de nuevo, y por medio de los colegas de mi padre y de su corporación, me consiguió una beca para emprender los estudios de técnico en señales marítimas. Me resigné, y me dije que para eso nací...; y así seguí la profesión de mi padre... En realidad, ya soy más piloto que torrero, pues solamente trabajé tres meses en un faro, cubriendo la plaza, como sustituto, de un compañero que se puso enfermo, en la costa este de Inglaterra..

- Parece que no rompe un plato, pero ese que está ahí – dijo uno de los pilotos, que jugaba al ajedrez en ese momento, señalando a Mac Intosh – ha derribado más aviones y le ha hecho más daño al enemigo que todos nosotros juntos. No en vano lo llaman "Sean sin miedo" y "Mac Intosh el Temerario".

- No seas exagerado. Todos han derribado aviones enemigos y han hecho hasta lo imposible. Vi como te comportaste en Dieppe, haciéndole

aquel destrozo a los alemanes, cuando nosotros huíamos de los Messerschmidt.

- Sí, es cierto, pero tú ya habías hecho el destrozo inicial. Te seguía, y si me hubiera dado cuenta un minuto antes de lo que venía detrás, hubiera lanzado las bombas, precipitadamente, y escapado como una flecha.

Esta conversación transcurría mientras dos pilotos jugaban al ajedrez, y los restantes, al póquer, jugándose ingentes cantidades de dinero, curiosamente bien hechos los billetes sobre papeles blancos, con cifras que significaban libras y chelines.

En esto, uno de los jugadores de cartas se levantó de la mesa, mientras decía:

- ¡Estos tahúres me han desplumado y me han dejado en la ruina...! ¡Mañana tendré que hacer más billetes! Sean, has contado tu historia, pero te has dejado lo más importante: tus acciones en la RAF y las condecoraciones que has recibido, como la Distiguished Flying Cross.

- Eso lo dejaremos para otro momento, y no creo que sea lo más importante porque son los avatares normales de cualquier oficio. Reconozco los méritos de todo lo que se hace en el aire, pero también la vida en los faros tiene su importancia y sus peligros. Al que yo sustituí, una vez lo asaltaron unos malhechores para robarle... Varias veces mi padre tuvo que intervenir en naufragios, con riesgo de su vida... Bueno, pero nosotros también tenemos derecho a saber algo de usted. Cuéntenos algo de su vida y de España, Sebastián – le rogó Mac Intosh, dándole su nombre de guerra, como era conocido por los pilotos.

- Mi vida, comparada con la de ustedes en las alturas, carece de todo interés, es una...; en fin, no merece ni ser recordada, y, lamentándolo mucho, tengo prohibida el contársela a ustedes por motivos de seguridad – les dijo Albert.

No obstante, les contó algo, con muy pocos detalles, sobre su persona, y nada sobre su familia. Era estudiante, sin especificar escuela o facultad, ayudó en un hospital durante la guerra, donde tuvo ocasión de practicar inglés y francés con los brigadistas internacionales, sufrió los bombardeos de Barcelona, y lo mandaron al frente, siendo aún muy joven, del que fue retirado por enfermedad.

- Entonces, usted es ya un veterano de guerra como nosotros – dijo uno de los pilotos.

- No, ni tan siquiera soy eso., pues nunca entré en combate. Y de España ¿qué puedo contar?...poco la conozco: Barcelona, los Pirineos, y, escasamente, algo más; muy de pasada. Si me hacen preguntas, tal vez pueda contestarles; eso sería lo mejor.

Y así, con preguntas y respuestas, transcurrió el resto del tiempo de la visita de Albert a los pilotos aquella tarde.

IV

Dos días después de la conversación en que Sean Mac Intosh contó parte de su vida, Albert Forn volvió al piso del garaje del Montbau encontrándolo casi vacío.

- Tomás vino esta mañana y se llevó a cinco, y únicamente quedamos, Charles, Morgan y yo. Mañana volverá por dos más, quedándome solo durante otros tres días en esta casa. Por lo visto, debo permanecer en Barcelona hasta que Wilkinson esté en condiciones de viajar. Como hicimos el curso de pilotos juntos, ahora quieren que yo sea su apoyo moral, y, al mismo tiempo, reponerme de lo que, según ellos, he pasado, porque, la verdad sea dicha, yo no siento ningún agotamiento. Está en marcha el arreglo de los permisos de residencia por dos meses en Barcelona. Espero que me venga a acompañar hasta que me trasladen a otro sitio – dijo Mac Intosh.

- Pero eso, lamentablemente, es imposible del todo. Mañana volveré a los Pirineos a llevar víveres y otros artículos, y traer otra remesa de aviadores, con la obligación de atenderlos en otro lugar. Luego me esperan otros viajes, y los estudios... He de decir, con mucha tristeza de mi parte, que éste será el último día en que nos veamos... Toda relación con ustedes fuera de estas cuatro paredes está prohibida... Las órdenes son así, y nada se puede hacer para cambiarlas – le explicó Albert.

-A Mac Intosh lo mandarán a un hotel, y será completamente libre. Si le da su dirección o teléfono, eso se resuelve fácilmente – dijo el piloto llamado Morgan.

- No puedo. Está terminantemente prohibido... Debemos velar por la seguridad de la organización..., y por ustedes, en primer lugar, como ya les he explicado. Es mucho lo que está en juego. Somos como los de la Resistencia en los países ocupados – contestó Albert.

Con mucha tristeza pronunció Albert estas palabras, pero después de meditar un momento, consideró que era mucha la confianza que se desprendía de la persona de Mac Intosh, y, después de pesar los pros y los contras, le dio su número de teléfono, aunque los contras predominaran, con la condición de que lo llamaría, exclusivamente, desde un bar o desde un teléfono público; nunca desde su lugar de residencia. No escribiría ese número en ningún sitio, sino que lo aprendería de memoria, y los encuentros se harían secretos. Esto último sería lo más difícil de conseguir, pero él ya llevaba dos años de clandestino, y algo sabía de tales peripecias. Sólo tenía un amigo en Barcelona, Serafí. Sus compañeros de bachillerato habían desaparecido como por arte de magia. En la Universidad desconfiaba de todo el mundo, y mucho temor le causaban los elementos represivos, confidentes de la policía, que en varias ocasiones habían torturado, dentro del mismo recinto universitario, a estudiantes desafectos al régimen, antes de entregarlos a las fuerzas del orden para que los siguieran torturando y los enviaran a pudrirse a las cárceles. Muy agradecido estaba a Serafí, que se le acercó desde el comienzo de la carrera, con el cual podía hablar, confiar y comentar la evolución de la guerra. Probablemente había otros iguales a Serafí, pero no podía ir preguntando quiénes eran. Su hermana y su cuñado, en los que también confiaba, estaban en Madrid. Tenía a sus padres, pero los padres... Menos mal que había llegado Golib, porque la soledad en una ciudad tan grande como Barcelona no es fácil de llevar... Pero Golib se marcharía pronto, y eso sería muy duro... No le quedaba otro remedio que el de buscarse otras relaciones, aunque fueran por poco tiempo, como en el caso de Mac Intosh... Posteriormente vendrían otras, pues buscando se encontrarían .

Después de todas estas consideraciones, y otras no aquí mencionadas, Albert le hizo saber a Mac Intosh:

- Me llamará exclusivamente a las dos de la tarde, y nos veremos en la puerta principal del Palau de la Música a la hora que yo indique. Irá en taxi, y cuidará mucho de que nadie lo siga... Continuamente debemos tomar la precaución de mirar hacia atrás en este oficio.

- A eso ya estoy bien acostumbrado, pues cuando disparamos en el aire a un avión enemigo situado delante, debemos estar también muy atentos por si nos atacan por detrás.

Albert tenía plena conciencia de cometer una gran imprudencia con estas citas. Hasta se le ocurrió pensar que ese interés por los encuentros de

Mac Intosh era una estratagema de los ingleses para comprobar, una vez más, qué clase de persona era y cómo se comportaba... Pero su intuición le hacía rechazar tal idea, y estaba verdaderamente cansado de las tantas normas de seguridad ordenadas por Ferran y Tomás.

*   *   *

A la mañana siguiente, Albert volvió a los Pirineos, y en la ermita se encontró sólo a cuatro pilotos. La expedición salió de un pueblo francés, sin contratiempos, con ocho aviadores más el guía, pero al subir una cuesta rocosa por un estrecho camino, más bien un barranquillo, muy empinado y angosto, obligándolos a trepar, a gatas, de uno en uno, subió primero el guía para así poder echar una mano a los otros en el último metro del trayecto, cuando, súbitamente, apareció disparando y dando el alto la Milicia Francesa. Como entre las rocas surgían árboles, los fugitivos que ya habían llegado al final de tan escabrosa cuestita, pudieron correr y esconderse tras los primeros troncos de los árboles del inicio de un bosque, donde iban a estrellarse las balas disparadas por los milicianos. Bien apostado el guía, con unos cuantos disparos los consiguió mantener alejados. Con pequeñas nuevas carreras, los cuatro fugitivos y el guía alcanzaron el pleno bosque. De los otros cuatro, sólo pudieron contar que los vieron echarse al suelo para evitar las balas. Con toda seguridad fueron apresados por la Milicia.

Durante el trayecto de vuelta, mucho pensó Albert en lo difícil que se estaba poniendo el tránsito por la frontera. Dos casos similares en pocos días, y tal vez alguno más, del que, al fracasar del todo, no pudieron tener conocimiento. Cualquier día de éstos se cerrará la frontera herméticamente y nadie más podrá atravesarla, dándose por terminado su trabajo de rescate de aviadores para el Imperio Británico.

En la parada de descanso, cerca de Vic, uno de los pilotos le contó que se había escapado de un campo de concentración en Alemania. “Carreras, angustias, trenes, hambre, frío..., hasta sed...; estoy vivo de puro milagro... Después, este contratiempo de los Pirineos, creo que ya he tenido guerra para cien años..., ¡y aún queda guerra para rato!”, le confesaba el piloto, un canadiense francés.

A este grupo, que alojó en el piso de la calle Córcega, por razones de un examen, le correspondió atenderlo Tomás, por lo que, después de darles

las recomendaciones de rigor, Albert no volvió a saber más de esos pilotos. Pero a los dos días, en una visita no reglamentaria, pudo reencontrarse con Mac Intosh en el piso del Montbau, al que narró la odisea de los últimos rescatados, que le respondió:

-No me extraña nada ese suceso, y deben pasar muchos casos similares o peores. Muy a punto estuvimos de sufrir esa desgracia en nuestra huida. Son recorridos por más de cien kilómetros de montañas, con cuestas, vericuetos, bosques, malos caminos y de policías persiguiéndonos. Menos mal que no hay fieras peligrosas.

- Hay osos – dijo Albert.

- No vimos a ninguno durante el trayecto.

- Pero son muy pocos los existentes, y se calcula que en pocos años habrán desaparecido... No tienen fama de ser peligrosos como ocurre en otros lugares.

- Cuando se restablezca la paz, volveré a buscar esos osos, y si los encuentro, les haré fotografías. Espero hacer ese recorrido en su compañía.

-Si vuelve, eso lo haría con mucho gusto. Recorrer los Pirineos ha sido una de las pasiones de mi vida. Una vez vimos un oso, pero, asustado, huyó de nosotros muy rápido. Es muy difícil encontrarlos.

Mac Intosh volvió con su historia personal, comenzando por el momento en que la había interrumpido:

- Durante los tres meses mi estancia en el faro del este de Inglaterra, en la costa de Suffolk, mucho me dediqué a pescar, usando las cañas del que sustituía, y con mucho éxito, por lo que gasté muy poco en comida. Con vivienda y todo lo que acompaña gratuitos, me ahorré casi todo el sueldo... Recuperado el titular, al quedarme sin trabajo, me dirigí a la oficina de nuestra administración en busca de un nuevo empleo. "Deberá esperar un poco de tiempo; de momento no hay plazas libres, pero aquí tenemos para usted una carta que nos llegó hace dos días", me dijo el funcionario. Tenía el remite de mi padre, y dentro venía otra carta enviada por el Gobierno, de los asuntos de guerra, en que se me requería para que me presentara en una oficina de reclutamiento de Lochboisdale, en la isla de South Uist, o en cualquier otra oficina próxima a donde estuviera. Por lo visto, la tan anunciada guerra ya era inminente. Algo sospechaba del desencadenamiento, porque dos semanas antes del cese recibí una carta

indicándome el deber de observar el mar por si veía algo fuera de lo normal, para que lo comunicara con la máxima urgencia, y que debía estar muy alerta al respecto. Esa era una orden que teníamos de siempre, pero ahora venía más recalcada. Cuando pescaba lo hacía, y cuando no, miraba por los prismáticos de vez en cuando.

-¿Y observó algo extraño? – le preguntó Albert.

- En el mar, nada en absoluto... Pero en el aire pude contemplar a dos aviones, británicos por supuesto, haciendo piruetas y simulando ataques y persecuciones. Fue un espectáculo maravilloso, que me entusiasmó y despertó mi envidia, y, también, provocó la tristeza de verme atado a aquel faro, pues yo podía haber sido uno de aquellos pilotos... Cuando me presenté en la oficina de reclutamiento, ya la guerra había sido declarada... Muchos jóvenes, como yo, estaban esperando y haciendo colas frente a varias mesas, donde suboficiales tomaban notas de los presentados, apuntando sus nombres, profesiones, direcciones..., y dándoles consejos y formularios para rellenar. Yo iba muy resignado a cumplir con lo que se me ordenara. En realidad, todo me daba igual. En todas las mesas las cosas transcurrían sin incidentes, menos en la mía, porque el sargento que nos atendía, era un mandón y un arrogante, que le gustaba burlarse de los reclutas y humillarlos. Al preguntarme por mi oficio, me dijo que me correspondía la marina, o Royal Navy, haciéndome ver que por mi oficio, en la guerra, ni para eso servía, y, además, se apagaban los faros por razones de seguridad, actitud que me indignó, y le respondí que quería ir a la RAF, o Royal Air Force pues sabía manejar aviones, con experiencia de vuelos pudiéndolo justificar. Aquel chuleta se puso a darme gritos muy fuertes, pues allí mis únicos derechos eran obedecer y callar, y que las insolencias se castigaban en el Ejército, amenazándome con la cárcel si seguía en mi actitud. No me callé, pues sabía pilotar aviones y ése debía ser mi cometido en caso de guerra. Siguieron gritos, cada vez más altos, obligando a salir de su despacho a un mayor, que preguntó:

“- ¿Qué sucede sargento?”.

“- ¡Que este mequetrefe se niega a cumplir lo que se le ordena! – le respondió el sargento”.

“- ¡Yo no soy ningún mequetrefe, y lo que pido es justo! – y le expliqué mis razones al mayor, que me dijo”:

“- Pase conmigo a mi despacho”.

“Y mientras entraba, llamó al sargento, y le susurró”:

“- No olvide, sargento, que aquí no vienen mequetrefes, sino súbditos británicos para a servir a la Nación y al Rey... ¡Y no quiero más incidentes!”.

“Me dio la impresión de que aquel suboficial ya había tenido encontronazos similares al mío, y que el mayor ya estaba al tanto de cómo era”.

Mac Intosh hizo una pausa y volvió a tomar la palabra:

- En su despacho, me hizo sentar frente a él en la mesa de escritorio y me pidió que le contara mi vida, y se la conté, haciendo mucho hincapié en mi preparación para ingresar en la escuela de aviadores. Me escuchó con atención, y al finalizar mi discurso, comenzó a hablarme de los requisitos exigidos y de las pruebas a pasar, algunas muy difíciles, para entrar en la aviación militar... Le contesté que bien conocía las cualidades requeridas para ser piloto de guerra, reuniendo todas ellas, y si estaba destinado a morir, prefería hacerlo como a mí me gustaba. En fin, que el mayor, algo convencido, escribió dos notas: una, para el sargento, y otra que introdujo en un sobre. El sargento, al leer la destinada a él, refunfuñando, se puso a rellenar unos impresos, me los dio, y me dijo que con todos aquellos papeles me presentara en la dirección escrita en el sobre ese mismo día. Era para un coronel de la RAF, que, después de leerla, me entregó otra carta para un mayor, que, así mismo, me hizo otra para una nueva escuela de pilotos recién inaugurada por esos día, muy cerca de Londres, asunto que dejé para el día siguiente al haberse ya agotado los horarios laborales. Como nadie se quedó con las cartas, se las entregue todas al jefe de la escuela. Al leerlas, me dijo:

“Con tanta recomendación no hay quien lo pueda rechazar. Espero que no defraude a quienes lo han enviado... Buenas amistades tiene...; pero, ¡muy buenas! –, y me inscribió en la escuela. Así conseguí lo tan ansiado por mí”.

- Me gusta mucho la charla y encuentro muy interesante la historia, pero dentro de cinco días tendré un examen difícil, y necesito estudiar para aprobarlo. Si ya está libre para ese día, puede llamarme a las dos – dijo Albert, y se despidió.

*   *   *

A las dos en punto del quinto día de ese encuentro, Albert recibió la llamada telefónica de Mac Intosh, quedando en verse a las tres y media en el lugar previamente acordado.

Albert llegó unos veinte minutos antes, comprobando la ausencia de anormalidades en la zona, es decir, nada que se pareciera o que oliera a policías o a agentes, y Mac Intosh, sobre las tres y media, en un taxi. Albert se acercó, y, al saludarlo, le advirtió:

- A partir de ahora, cuando diga a una hora, la entrevista será una más tarde, y en lo del taxi, debe apearse un rato antes de llegar al lugar de destino para mejor observar si alguien lo sigue. Tenga en cuenta que tenemos que lidiar con cuatro toros a la vez: la Policía española, los agentes alemanes, los agentes británicos..., y ¡Tomás!, el más temible de todos.

- De eso soy consciente y lo comprendo perfectamente, pero he podido observar que la vigilancia en este país no es muy intensa. No se puede comparar con la de la Gran Bretaña, y mucho menos con la existente en Francia.

-Eso puede parecer, pero no se confíe demasiado, y los castigos aquí son muy duros. Hasta la pena de muerte nos puede caer fácilmente

- Bueno, bueno... Ahora me acompaña a la clínica a visitar a Wilkinson. Ése es mi deber de hoy, y estoy obligado a realizarlo antes de anochecer. Hágame el favor, venga conmigo a la clínica, a ver si le da ánimos. Está desesperado por caminar y marcharse. En vez de ser paciente, es muy impaciente; no soporta la cama. Ahí viene un taxi vacío... – y Mac Intosh levantó la mano para pararlo.

- Al Centro Quirúrgico Duprez, en la calle Aribau – dijo Albert al subir.

- Bien que conozco esa clínica. Allí me operaron de la vesícula– dijo el taxista.

Al llegar a la habitación donde estaba encamado Samuel Wilkinson, Mac Intosh tocó en la puerta, pero no recibió respuesta, por lo que la abrió y entró en compañía de Albert Forn. En la cama, con la pierna fracturada sobre una férula y unas cuerdas tirando del talón, dormía plácidamente con

una revista sobre el pecho. El amigo que venían a visitarlo, Mac Intosh, lo despertó:

- ¿Para eso te consigo las revistas del Consulado? ¿Para que te duermas leyéndolas...?

- Son muy aburridas; sólo hablan de la guerra, y ponen nada más que la parte bonita, como si tuviera algo de bello... La parte más fea, la que se ve la mayoría de las veces, y que nos toca en suerte sufrir, la evitan. Aburrimiento aquí en la clínica, y más aburrimiento es lo que me traes – respondió Wilkinson, añadiendo –: Lo que no pudieron las balas ni la caída de la montaña, lo va a conseguir el aburrimiento: matarme. Y ése, ¿quién es? – y señaló a Albert.

- Albert, un amigo de Barcelona. Y el resto de las revista, ¿dónde están? ¿Las tiraste a la basura?

- Se las di al doctor Duprez. A ése sí que le gustan. Porque yo las hojeo y las dejo sobre la mesa de noche. Cuando él viene, las recoge, y a la mañana siguiente me las comenta. ¡Duprez sí que tiene interés en una victoria nuestra! ¡Y mucho más que nosotros!... ¡Esto es lo más bello que he visto en mi vida! – exclamó Wilkinson, mientras abría la boca y los ojos en señal de gran sorpresa.

Albert sintió el ruido de abrir la puerta y se volvió para mirar hacia atrás... Entonces, su sorpresa fue mayor que la del piloto, porque la persona que entró, sin previamente llamar, no era ningún sanitario, sino la prima de Serafí: Elvira... “¡Menudo lío en el que me he metido!”, se dijo el estudiante.

No tardó Albert en reaccionar, y rápidamente presentó los británicos a la muchacha, que verdaderamente lucía, incluso, más bella que en el último encuentro con ella, cuando la fiesta de cumpleaños de su compañero de curso:

- Mister Mac Intosh, del Consulado Británico, y Mister Wilkinson, comerciante de Londres, víctima de un accidente con su coche.

Luego, en inglés, les presentó a Elvira, llenándola de elogios y de virtudes, pues al estar cada vez más guapa, convenía sacar del tedio a los ingleses con los adornos que añadía a los muchos mostrados de forma bien visible por su conocida. Hablando un poco rápido para que Elvira no lo captase, por si sabía algo de inglés, aconsejó a los pilotos que, ante la

muchacha, fueran siempre el diplomático y el comerciante como los había presentado. “¡Menos mal que Wilkinson no me reconoció como el camionero!”, se dijo para sí mismo Albert.

En cuanto a Elvira, nada debía temer, pues bien sabía de su carácter noblote y sin malicia. No era el caso de su novio, un militar considerado por él como de los duros y muy partidario del Régimen, como así era verdaderamente.

- Ignoraba que tuvieras amistades en Inglaterra y que hablases tan bien el inglés... Yo sé algo, pero poco. Es raro ver ingleses en Barcelona. Mi padre está ingresado al fondo del pasillo por una hernia estrangulada. Lo operaron anoche, de urgencia, y deberá permanecer ingresado algo más de una semana en la clínica; eso me acaba de decir el doctor Duprez. Te vi entrar y te seguí. Pensé que estaría enfermo alguien de tu familia. Dentro de una hora vendrá a buscarme Fadrique, mi novio, con su coche. ¿Si queréis que os llevemos a algún sitio?... – le dijo Elvira a Abert.

Y Elvira, sin esperar contestación, se puso a hablar con aquel piloto encamado, de buen aspecto, alta estatura, agradable, y que hacía recordar a cierto actor del cine de Hollywood, muy afamado, que figuraba en muchos papeles de vaquero y de militar. La conversación entre el enfermo y la muchacha transcurría en inglés y en francés, bastante mal hablados por Elvira, según observaba Albert, pero con los conocimientos suficientes para entenderse.

Viendo el entusiasmo de los dos recién conocidos con la conversación, y comprendiendo que ellos estaban de sobra en la habitación, Albert y Mac Intosh optaron por marcharse y dejar solos a Wilkinson y a Elvira. Mientras bajaban la escalera de la clínica, Mac Intosh decía a Albert:

- Elvira no es sólo una mujer guapa, sino también máxima belleza hecha realidad. Unas visitas a Wilkinson durante algunos días, le harán mejor efecto que todas las medicinas que le pueda recetar el doctor Duprez.

“Efectivamente – pensaba Albert –, Elvira estaba muy atractiva esa tarde, y ¡cuánto había mejorado desde aquel pensamiento de hacerla su novia! Con lo decidida que era, haría caminar y bailar a Wilkinson mucho antes de que su pierna sanara”.

Una vez en la calle, encontraron un taxi en la puerta de la clínica, y Albert indicó al taxista la dirección de la calle Gomis para así poder presentar al inglés a su familia. Había cometido ya dos graves

imprudencias ese día, conque una más, no tenía importancia. Por suerte, se pudo evitar el encuentro con el novio de Elvira, ahorrándose lo de dar explicaciones a un militar.
.

* * *

Al entrar en la vivienda de los Forn, se dirigieron a la parte de atrás, donde estaba el salón de costura, con su terraza balcón acristalada por la que se colaba aún abundante luz. Golib, al ver a Mac Intosh, lanzó una exclamación de susto. Hasta ahora ninguna de las clientas que frecuentaban el taller sabía de su existencia... Pero esta vez Albert cogió por sorpresa a su madre y a la escondida.

- No te preocupes Golib; éste hombre es de confianza..., y también uno de tus posibles salvadores. Aunque te parezca extraño el verlo aquí, es un aviador escocés de los rescatados en los Pirineos – le dijo Albert a Golib para tranquilizarla.

Después de hacer las presentaciones, los dos pasaron al despachito del padre, que leía en ese momento, y que ya bien admiraba a su hijo por sus innumerables correrías a pesar de no hacerle preguntas al respecto, alegrándose de conocer a un genuino combatiente de la causa aliada.

Todos dejaron sus quehaceres y se pusieron a atender al recién llegado, ofreciéndole, dada la hora de la tarde una merienda cena, transcurriendo la reunión en el salón taller de costura, el lugar más confortable de la casa. Haciendo de traductor Albert, aunque Golib sabía bastante de inglés y Mac Intosh, de francés, se hicieron muchas preguntas y se dijeron muchas cosas sobre los más diversos temas, y, principalmente, sobre la guerra en curso, derivando la conversación hacia lo más interesante: la vida y proezas aéreas de Sean Mac Intosh, repitiendo lo ya contado a Albert, y continuando su relato de la siguiente forma.

-... En Londres me hicieron todas las pruebas necesarias para el ingreso: físicas, reconocimientos médicos exhaustivos, psíquicas, así como exámenes de materias científicas... Admitido para el curso de vuelos, me dieron un pasaporte para trasladarme a la base donde iba a recibir la instrucción. En el tren conmigo viajaban Wilkinson, mi mejor amigo desde entonces, y seis jóvenes más. La mitad ya han muerto... Teníamos que aprender todo muy rápido, en jornadas agotadoras... Muchas veces maldije

el haberme apuntado en aquello. Desde que aprendí bien a pilotar, me pusieron a hacer labores de reconocimiento por la costa, en un avión biplano, y en el verano del cuarenta ya pude entrar en combate, participando en aquella gran batalla aérea de esos meses veraniegos en que derrotamos a la aviación alemana, considerada como una armada invencible del aire. Pilotaba un caza Hawker-Hurricane, y ya había derribado varios aviones enemigos durante un mes de intensa lucha, cuando, en uno de aquellos combates, vi cómo un bombardero alemán se retiraba hacia el mar en dirección a Francia. Lo perseguí, y en el momento en que lo tenía a mi alcance, inesperadamente, aparecieron dos Messerschmidt por arriba, probablemente salidos de unas nubes, que me ametrallaron alcanzando a mi aparato. "Si caigo al mar, estoy perdido", me dije entonces. No me fiaba de eso de que nos recogerían...; no en vano crecí en su orilla y sé lo muy peligroso que son los mares, por lo que di un giro de 180 grados, y dejando una estela de humo detrás de mi, me dirigí a tierra. Era mi única esperanza, aunque me daba ya por muerto, siendo mi consuelo el que ya había derribado numerosos aviones enemigos... Pero vi tierra debajo, y, sin dudarlo, me lancé al vacío. Por suerte, el paracaídas se abrió..., salvando mi vida. Mientras caía, pude ver el humo del avión al estrellarse algo así como unas millas más allá. Me volvieron a dar otro avión similar, y continué combatiendo, como piloto de caza, hasta el final de la batalla...; con nuestra victoria, por supuesto. Con el mismo tipo de avión, el Hawker–Hurricane, con bombas, me enviaban a hostigar al enemigo en el norte de Francia, sirviendo de apoyo a las fuerzas que desembarcaron en Dieppe. También derribé aviones enemigos en esa época. Luego me pasaron a bombarderos mayores, los Lancaster, y así bien introducirnos en el interior de Francia... Íbamos en una misión por la costa occidental para bombardear un puerto y unos astilleros, cuando un cerrado fuego de artillería antiaérea alcanzó mi avión y lo derribó... Los seis tripulantes pudimos saltar en paracaídas, y... ¿salvar las vidas? ... Tres volvimos a reunirnos en tierra; de los otros, no sé nada. A Wilkinson lo derribaron los Messerschmidt. Sólo pudieron salvarse un ametrallador y él.

- ¿No sufrió heridas en las caídas? – preguntó Golib en inglés.

- Sí, pero de menor importancia: contusiones y rasguños por el salto, que no me impidieron correr. En el segundo derribo, los tres que caímos cerca, huimos a toda la velocidad que nos podían dar las piernas de aquel lugar. Los otros tres cayeron muy alejados de nosotros... Yo era el jefe, y, aparte de correr, no sabía qué hacer ni a dónde dirigirme con los tripulantes. Ya bastante lejos del lugar de la caída, tuvimos la suerte de dar con unos campesinos que nos ayudaron y nos pusieron en contacto con resistentes franceses. En el campamento guerrillero, situado en unas

montañas, me encontré la gran sorpresa de ver a Wilkinson, llegado dos días antes a ese lugar... ¡Tremenda alegría!.. Pronto empezaron a hacer planes para nuestra evacuación... Cosa curiosa, a los tres días de estar con los guerrilleros, aparecieron dos españoles que se habían escapado de un campo de concentración nazi aprovechando nuestro bombardeo. Daba pena verlos por lo demacrados y flacos, contándonos cosas horribles de su cautiverio; el aspecto de los dos garantizaba la veracidad de lo relatado. Los obligaban a trabajar en los astilleros que bombardeamos, momento que aprovecharon para escaparse. Cuando huían, oyeron gritos de personas atrapadas entre los escombros, produciéndoles una gran pena, pero no podían detenerse a socorrerlas porque eso hubiera significado su muerte. Eran exiliados españoles de la guerra, del año treinta y nueve... Los del maquis se portaron muy bien con nosotros, y nos prometieron que nos enviarían a Inglaterra bien pronto, cosa que cumplieron, pero sólo para los pilotos, pues tenían esa orden de preferencia para nosotros... Los demás deberían permanecer en las montañas, como guerrilleros, hasta mejor ocasión; y será cuando se produzca la liberación, mucho me temo. A Wilkinson y a mí nos llevaron a una ciudad donde nos reunieron con otros siete colegas, permaneciendo escondidos en una casa, hasta que, ocultos en un camión, nos llevaron a una aldea de los Pirineos. Otros cuantos días alojados en una casita aislada, a la espera del guía para conducirnos a España... Las esperas, el mal tiempo, el mal terreno y el hecho de que estuvimos a punto de caer en las garras de la Milicia Francesa, hizo ese trayecto bastante desagradable.

- Esas esperas, esa incertidumbre y esos temores los conozco bien, porque los viví en carne propia. El paso a España mío fue por barco, y en plena noche nos cambiaron de un pesquero francés a uno español. Los seis que huíamos aquella noche, lo hicimos gracias a nuestros protectores, todos partidarios del Gobierno de Vichy. Por lo visto, sólo nos salvábamos los recomendados. Los franceses cobraron sólo por los gastos, pero los españoles cobraron mucho por nosotros. ¿Porqué nos ayudaron aquellos colaboracionistas? Todavía no lo sé... Vinieron a buscarme dos buenos conocidos de mi padre, me sacaron rápido de casa sin darme tiempo a que volviera mi madre, me dieron dinero, me llevaron a un garaje, donde estaban otros esperando, y salimos en camión. Todo muy rápido y confuso..., como de vértigo – le interrumpió Golib.

- En cuanto a nosotros, los temores de la huida, con todas sus dificultades, comparados con los de los combates en el aire, son cosa de niños. Abajo tienes un suelo donde se puede uno echar o agarrar, una roca o un árbol detrás de los cuales podemos ocultarnos..., pero arriba..., ¡arriba no hay nada!. De todas formas reconozco que por las montañas fue todo

muy duro. Caminábamos deprisa, subiendo y bajando por unos malos terrenos..., pedregosos, unas veces, resbaladizos, otras. También lluvias y fango...; vientos. Y avanzábamos muy poco... "¿No hay otro camino menos malo?", preguntó Wilkinson al guía, que le respondió: "Haber, sí los hay, pero más abajo y controlados por la Milicia y los alemanes; por estas alturas no se atreven a patrullar". A pesar de lo dicho, nos topamos con ellos y tuvimos que permanecer escondidos detrás de unas rocas, en silencio y sin movernos, durante unas tres horas... En uno de los peores tramos, subiendo, supercansados y jadeantes, mirábamos, con envidia, la impavidez del guía. "Hombres como este guía nos prestarían un gran servicio en la guerra", dijo el Morgan, que tú ya conoces, a lo que respondió otro: "Éste ya nos lo está prestando, ¿qué más quieres?". Esa misma noche pudimos dormir en una cabaña, por suerte, porque llovía y hacía un frío horroroso. La comida durante el trayecto era a base de fiambres, y muy racionada. Menos de lo que necesitábamos, pues debíamos ir ligeros de equipaje. Al día siguiente continuamos, y ya avanzada la tarde nos dijo el guía: "Doy gracias a Dios por haber llegado vivo a mi país". "¿En España, ya?", preguntó Wilkinson. "No, en Andorra", respondió, y nos explicó que, aunque muy pequeño, se trataba de un estado soberano como Francia o España, donde, por ser neutral, podíamos estar tranquilos si no nos exhibíamos demasiado. Una vez entraron los alemanes para detener a unos pilotos americanos, violando su neutralidad; por eso era mejor no hacer alardes de nuestra presencia..., pues ellos carecían de ejército para hacerles frente. Lo cierto es que si bien poco sabía de España, mucho menos sabía de Andorra, salvo que estaba marcado en los mapas al sur de Francia. En mi vida, aparte de leer a Dickens y a Shakespeare, sólo me preocupé de leer libros sobre aviones y pilotos. No sé de otra cosa...; esa es toda mi literatura y mi historia. En España sí habían aterrizado aviones, y algo sabía de los tipos utilizados en su guerra, pero en Andorra, ninguno de los personajes de mis libros había puesto el pie ni había aterrizado, ni sobrevolado

- Aparte de esos escritores famosos que ha mencionado, la literatura de habla inglesa tiene otros muchísimos de gran valía, merecedores de ser leídos – le interrumpió esta vez Albert.

- Muy bien lo sé, y siento no haberlo hecho, pero no he tenido tiempo para leerlos. Como ya le dije, mi padre tenía la colección completa de esos dos grandes escritores, y los leía una y otra vez. Yo también los leí todos, pero me aficioné a lo del aire, y aún estoy ahí. Y difícil va a ser que me saquen de ese tema... Bueno, continuemos con el viaje. En Andorra descansamos tres días en una casita, protegidos de la intensa lluvia que caía, durmiendo en camas con colchones, con el calor de una chimenea y

con tres comidas calientes al día. Vinieron a vernos dos españoles, intelectuales por su aspecto, y también organizadores de nuestras huidas, con los que hablamos largo rato, interesándose por nuestra salud y nuestras necesidades. Hasta pudimos darnos un paseo por el pueblo aprovechando unos paraguas para protegernos de la lluvia. A los cuatro días continuamos el viaje por unos caminos peores que los anteriores, pero como íbamos más despacio, se hacían menos agotadores. "Ahora si nos agarran, no lo pasaremos bien, pero nuestras vidas no corren el mismo peligro que en Francia". Ya en el borde con España, pregunté al guía sobre la ruta a seguir, y señalando con el brazo me dijo: "Por esa que sigue ese águila". Y Wilkinson replicó: "¡Senderos de águilas, mal asunto!" Y mal fue, porque en ese preciso momento se desprendió un trozo del camino muy mojado que pisaba, y rodó cuesta abajo fracturándose la pierna. Con ramas de árboles le fijamos el miembro lesionado y le hicimos una parihuela, y así comenzó un verdadero calvario para nosotros. ¡Con aquella carga, bajamos y subimos empinadas cuestas… y presintiendo la muerte de Wilkinson, aparecieron buitres revoloteando sobre nosotros! En un alto, el guía nos contó que el año anterior se despeñó un fugitivo francés, que, al no poder rescatarlo, se lo comieron los buitres. Lo peor fue que tardó en morir y no se le podía prestar ayuda. "Observen esa cabra situada sobre aquella roca, si se cae, será un manjar exquisito para esos pájaros, y también para nosotros si pudiéramos cazarla; pero no vamos de cacería", nos dijo por último el guía.

Llegado a este punto de su historia, Mac Intosh consideró conveniente despedirse, no sin antes aceptar una invitación para almorzar el próximo domingo en la casa de los Forn. Albert lo acompañó hasta la estación del metro más cercana que lo llevaría hasta casi la puerta de su hotel, situado en la parte alta de las Ramblas, no haciéndolo hasta el centro porque esa noche comenzaba la preparación de un nuevo examen.

El domingo de la invitación, Albert fue a buscar a Mac Intosh a un lugar cercano al hotel para traerlo a su casa. En esta ocasión, el piloto británico portaba una caja de bombones como regalo para la familia.

Al acabar la comida, Mac Intosh contó a Albert:

- Mi actividad en Barcelona era muy pequeña, y ahora se ha reducido a la nada. Elvira va a ver a su padre a la clínica, está un cuarto de hora en la habitación de su progenitor, y más de cinco haciendo compañía a Wilkinson. Sinceramente, estoy de sobra aquí, y he pedido ya mi retorno al servicio activo.

Y dirigiéndose a la señora Forn, agradeció mucho la excelente comida familiar a la que había sido invitado, costumbre olvidada desde hacía años, pues ya hacía unos cuantos los pasados sin ver a su familia, y, mientras tomaban café – del auténtico para esta ocasión –, don Alberto y Golib dieron un pequeño concierto de acordeón, que fue muy del agrado de Mac Intosh, al final del cual, Albert propuso ir a un cine del barrio donde proyectaban una película:

- Como a usted le gustan los aviones, cerca de aquí proyectan una película española, titulada "Escuadrilla", de propaganda bélica de los nacionales. Golib nos acompañará. Si está de acuerdo, debemos salir enseguida, porque la sesión comienza a las cuatro y media – y hacia la plaza de Lesseps se dirigieron.

A la salida, Mac Intosh comentó:

- Mucho niño en el cine; lo comprendo perfectamente, es su hora; los aviones son uno de sus temas preferidos, como pasó conmigo, y todavía lo sigue siendo. Por no dominar el idioma, muy poco o, mejor dicho, nada entendí de la conversación, pero varias de aquellas escenas las he experimentado en distintas ocasiones. En cuanto a los tipos de aviones, debo decir que los había muy similares a los que nos daban al principio, cuando iniciábamos el aprendizaje... Si se rompía alguno, que fuera uno de desecho, pues un avión nuevo era, y es, más valioso que un aprendiz de piloto... Según avanzábamos, nos daban aparatos mejores y más modernos... Debo añadir que las dos tardes en la casa de ustedes son las mejores que he pasado en Barcelona.

- Pues venga a comer otro día con nosotros.

- Con mucho gusto, tanto por la calidad de la comida, muy superior a la del hotel, como por oír de nuevo a tu padre y a Golib tocar esa maravillosa música en el acordeón., pero primero deben aceptar una invitación mía a comer en un restaurante.

Y así, el miércoles de esa semana, fueron Golib, Mac Intosh y Albert al mismo restaurante de la Barceloneta en que Albert comió con Ferran dos años antes. Eligieron el mismo menú de entonces, pero esta vez había pan.

En la conversación de la mesa, Mac Intosh recordó lo que dijo días antes:

- Como mi estancia aquí es ya completamente innecesaria y ya lo he comunicado a mis jefes, estoy esperando la repatriación de un momento a otro, aunque en el Consulado me afirmaran que la prolongación de mi permanencia aquí no era sólo por acompañar a Wilkison, sino también, como ya se lo di a entender, para que me recuperara un poco antes de volver a la lucha. Mi labor la está haciendo Elvira, y con gran éxito de su parte.

- He adelantado el examen. ¡Ya estoy harto de estudiar y de pasar noches en blanco! Me da lo mismo aprobar que suspender. ¡Quiero acabar de una vez!... Conque el domingo volveremos a vernos para comer en casa y oír otro concierto de acordeón. Supongo que estará de acuerdo, Mac Intosh – dijo Albert.

El británico dio su consentimiento y volvieron a verse en el día acordado, siendo lo primero que preguntó Mac Intosh a Albert cómo le había ido en el examen, recibiendo por respuesta que le habían dado el aprobado.

- Hoy será mi último día en Barcelona. Mañana temprano salgo para Lisboa, y de allí, a la Gran Bretaña. Todavía me queda un tiempo de permiso. Pasaré unos quince días en mi isla natal, con mis padres, a los que no he podido ver desde antes de comenzar la guerra, pues el faro de Oldbrook – Point queda muy lejos de todas partes. Me tienen aún en fase de reposo y recuperación. Estoy muy convencido de dejar a Wilkinson en las mejores manos, las de Elvira. Pero siento, como si fuera mío, el dolor de la pareja cuando llegue el día de la despedida – dijo Mac Intosh en un momento en que se quedaron solos.

- Pero Elvira tiene novio y se va a casar en diciembre – le aclaró Albert.

- ¡Pero qué cosas dice usted! ¡De eso nada! Está loca por Wilkinson, y él por ella. Lo otro son esos amoríos de juventud, de tener amigo o amiga porque así lo exige la costumbre. Y lo mismo le digo a usted con Golib. Se miran, pero no se dicen nada...

- Ella tiene su prometido en Francia – dijo Albert en voz muy baja por miedo a ser escuchado.

- De acuerdo, pero como lo mira a usted, nunca ha mirado a ningún otro. Se lo puedo asegurar. Desde el aislamiento y la soledad de un faro se puede observar mejor a las personas que desde dentro de una gran ciudad,

donde la gente no deja ver a la gente. Ya sabe que a un bosque hay que mirarlo desde fuera, porque, dentro de él, los árboles impiden su visión. Tenga en cuenta que es una gran artista. Mire cómo toca el acordeón, ¡y en tan pocos meses! Mucho me gustaría oírla interpretar en el piano...

- Precisamente eso; ella es una gran artista, y yo sólo soy un pobre estudiante de ciencias. Vino a parar a mi casa por una mera casualidad, y más aún, por un error.

-Esas casualidades son las que mueven el mundo. Dígale algo y no la pierda... ¡Ah!, y búsquele un piano para que practique. Donde uno menos se lo piensa, encuentra su destino. ¿Quién me iba a decir que la guerra vendría a ayudarme en mi vocación de piloto?... Mucho agradecimiento le debo, aunque perezca en ella.

Albert no le hizo caso en lo primero, pues lo consideraba como un abuso de la hospitalidad que le había dado. En cambio, en lo segundo, se acordó de que la señora Oller, de su mismo edificio, que tan trágicamente había perdido a sus dos hijos al finalizar la guerra, disponía de un piano. Vivía la señora de una pequeña pensión de viudedad, porque su esposo había sido maestro, y su hija, de un sueldo, también muy pequeño, como empleada de una mercería. Unas pocas pesetas no le vendrían mal a esa familia, por lo que fue a proponerle alquilar el piano por unas cuatro horas semanales – dos horas durante dos días –. Pusieron objeciones, pero después de hablarles y explicarles quién era Golib, y de las razones de su exilio, por un motivo religioso y racial, accedieron, tanto la madre como la hija.

- Pero nadie debe saber lo de su exilio, porque aún no está plenamente legalizada y puede tener dificultades con las autoridades y los elementos pronazis. Confío en ustedes porque sé que son personas muy prudentes, y bien saben a qué gente clase de gente nos enfrentamos. Como el piano hace tiempo que está en desuso, los gastos del especialista por afinarlo y ponerlo a punto, correrán de mi cuenta – les dijo Albert

Mal no les venía el dinero a aquellas dos mujeres, y como una bendición eran los conciertos de piano dados por Golib dos veces por semana.

- Nosotras suponíamos que se trataba de una principiante de piano, pero se trata de una gran pianista. Vergüenza nos da cobrarle. Deberíamos pagar nosotras por oírla – le dijo a Albert la señora Oller.

* * *

A los pocos días de la partida de Mac Intosh, Tomás llamó a Albert, no para ir a recoger pilotos, sino para darle un pasaporte y un salvoconducto para Golib, y le contó:

- En un barco, que partió hace una semana, no se le pudo organizar su evacuación, pero el martes saldrá otro en que irán varios judíos. La recogeré donde tú digas para llevarla al muelle. Tendrás que pagar otras mil quinientas pesetas para el coste del viaje. Caro te cuesta el error... Pero como los falsificadores, en atención a nosotros, que tanto les hemos dado a ganar, no te cobran el pasaporte, nada de dinero traerás ese día... Eso lo decidieron cuando les dije quién debería pagar.

Al recibir la noticia, que Albert se la dio con gran dolor de su alma, Golib se puso a llorar, negándose a realizar el viaje, y añadía al respecto:

-... Aquí me ha ido bien, Mucho mejor de lo que pudiera imaginarme, y estoy segura que me seguirá yendo igual. Si fuera para reunirme con mi madre, sí me iría. ¿Qué me espera a mí en Marruecos?... En esta casa me encuentro muy segura, y no me moveré de este lugar si no me llevan atada.

Albert sintió alegría por esta reacción, no obstante, intentó convencerla de lo necesario de su partida, siendo inútiles todos sus esfuerzos y argumentos para hacerla entrar en razón. Tomás montó en cólera al tener conocimiento de la respuesta de la chica.

- ¡Con el tiempo que he perdido tramitándole los papeles y buscándole la forma de huida, ahora me sale con esas pamplinas! ¿Qué se podía esperar de una niña mimada, caprichosa y...? Te compadezco porque tendrás que ocuparte de ella tú solito... Bueno aquí tienes el dinero del viaje; ya no es necesario pagar.

Pocos días después, Tomás comunicaba a Albert la buena suerte de Golib al quedarse en tierra, porque todos los pasajeros de aquel barco habían sido detenidos por la Guardia Civil al embarcar, y en la cárcel estaban haciendo compañía al capitán. Por lo visto, todos llevaban documentos falsos, y hasta mal hechos.

- Con un carnet de la Sección Femenina de la Falange, a nombre de Adela Alonso, debe conformarse. Es lo máximo que he podido conseguirle.. Aconséjale que no salga mucho y que no la vean demasiado.

V

Continuando con el compromiso adquirido, la ocupación de Albert durante el verano del cuarenta y tres fue la misma que la de los dos años anteriores: la de recuperar y atender a pilotos y combatientes aliados huidos. Tomás le recordó que no descuidara las medidas de seguridad por tener conocimiento de que varios refugiados, algunos de ellos aviadores, habían caído en manos de la Guardia Civil debido a negligencias de sus enlaces. En su caso, la principal imprudencia en estos momentos era el tener a Golib oculta en su casa, siendo, asimismo, la gran diferencia con los veranos anteriores. El pequeño trastorno causado por la presencia de la muchacha en su vivienda para los estudios, lo compensaba con la alegría de tenerla cerca, que bien sentía, comprobando que estudiaba con más gusto; y hasta mejoró en las notas de los exámenes, hecho que también debía agradecerlo a la ayuda de Serafí, pues ya hasta lo superaba en lo de los estudios, pudiéndose decir que ahora Albert recibía más aclaraciones por parte de su amigo que al revés.

- Golib ha vuelto – le dijo un día Albert a Serafí –. ¿Podemos ir esta tarde los tres al cine a ver la película “Sangre, sudor y lágrimas”? Te invito; según me han dicho, es fantástica

- ¡Cómo no! ¡Encantado de acompañaros! Además, estaba deseando ver esa película por las trifulcas que armaron los falangistas durante los primeros días de su estreno. Y por haber vuelto Golib, organizaremos otra fiesta en mi casa para que nos deleite de nuevo con su música.

La fiestecita y el concierto se celebraron una tarde entre semana, obteniendo Golib un mayor éxito que en su anterior actuación porque llevó el acordeón a la reunión. Con menor asistencia de personas, esta vez lo de la comida se redujo a una merienda cena. Albert echó de menos a Elvira, por lo que preguntó a Serafí sobre la causa de su ausencia.

- ¿No sabías del escándalo de la familia?...Bueno, no te había dicho nada, y no me es fácil contártelo. Hace veinte días Elvira desapareció, dejando una nota rogando que no la buscaran, pues todo intento de encontrarla sería inútil. Ayer recibieron sus padres una carta urgente de Lisboa comunicándoles que se había fugado con un piloto inglés y se dirigían a Inglaterra. Sus padres están desesperados.

- Y su novio, Fadrique, ¿qué dice?

- El pobre no sabe qué decir; muy triste anda... ¡Un hombre al que se lo rifaban las mujeres!... Nadie lo entiende...¡Con lo bien que se llevaban! Mis tíos apreciaban mucho a Fadrique..., y eso que primero no lo aceptaban por ser militar. A mi tío no le gustan los militares a pesar de haber recuperado sus propiedades gracias al Ejército. Un poco facha sí que es, pero no era mala persona como yo suponía cuando lo conocí.

- Tal vez el otro fuera más guapo – opinó Albert acordándose de Wilkinson.

Albert bien conocía la gran debilidad de Elvira por los artistas de cine. Tanto el primero como el segundo así lo parecían. Elvira, en cuanto a belleza, nada desmerecía de las más famosas actrices de Hollywood. En fin, que se encontraron un astro y una estrella...

Acompañada de Albert, las salidas de Golib, aunque moderadas, continuaron durante el verano. Un par de veces fueron a la playa de la Barceloneta, y hasta los familiares de Serafí, la invitaron una tarde a la hípica del Montjuic, donde pudo practicar su deporte favorito.

Una tarde, la pareja de Albert y Golib fueron a un teatro del Paralelo a ver una zarzuela. A la salida, policías de paisano pidieron documentación a los espectadores. Albert presentó su cédula y Golib, el carnet conseguido por Tomás.

- Veinte años, menor de edad. ¿Qué le es a usted? – dijo el policía

- Es mi novia – respondió Albert.

- Pues devuélvela pronto a casa... No pierdan las buenas costumbres. Sólo falta media hora para las diez... Mi hija también pertenece a la Sección Femenina... Apresúrense.

Como medida de precaución, después de este encuentro, las salidas de Golib se suprimieron. Pero dos semanas después, llegaron de Madrid la hermana y el cuñado de Albert para pasar sus vacaciones en Barcelona, y sacaron de nuevo a la calle a la secuestrada. En compañía de un militar podía transitar tranquila por Barcelona, pudiendo asistir a cines, a cafeterías, a restaurante y a visitar con tranquilidad tiendas de la Rambla de Cataluña y del Paseo de Gracia.

- Ya podemos decir que las cosas han girado en Europa. En Italia han desembarcado los aliados, y las derrotas de los alemanes son enormes en Rusia – le contó un día Serafí a Albert.

- Estoy bien al corriente de todo, y, sin duda alguna, avanzamos en todos los frentes. Por suerte, todo está cambiando.

* * *

Transcurrido el verano, sin que en el transporte por carretera de los fugitivos desde los Pirineos a Barcelona se hubiera producido contratiempo mayor ni menor digno de mencionarse – muy distinto a lo ocurrido en los montes –, comenzó el curso en la Universidad, siendo en el primer día de la clase que Serafí le entregó a Albert una postal de Londres con la vista del Parlamento y el río Támesis, y le dijo:

- Toma, es para ti. Me la envió Elvira junto a una carta pidiéndome los papeles para poder casarse con el piloto inglés con el que se fugó. No se atrevió a escribir a sus padres porque sabe que están muy disgustados con su mal proceder. Pero al mostrarles yo la carta, la han perdonado, y ellos mismos se están preocupando de conseguirle las partidas de nacimiento y de bautismo, así como otros documentos necesarios para la boda, ahorrándome ese trabajo. Verás que, en la postal, la dirección es para Albert, estudiante y buen amigo; la firma un tal Sean Mac Intosh, También te manda un saludo... ¡Conque estabas al tanto de lo de Elvira y su nuevo novio, Samuel Wilkinson...! ¡Y sin decirme nada! Ya decía yo que estabas envuelto en algún lío... ¿Pero cómo arrastraste a Elvira para ese asunto? No sé cuál es ese asunto, y quizás sea mejor que no lo sepa. Primero esos viajes a los Pirineos, después aquellos extranjeros en el coche, luego Golib... Porque Golib ni ha vuelto a Francia ni tiene familia en Barcelona..., y sólo tiene ojos para ti. Si necesitas mi ayuda, no dudes en pedírmela.

- No se me permite decir nada sobre lo que estoy haciendo, pero si quieres saber dónde vive Golib, podemos ir a visitarla a su piso; así sabrás, verdaderamente, de quién se trata y a qué me he comprometido, convirtiéndote en copartícipe de mi secreto.

Aquel mediodía, Albert llevó a Serafí a comer a su casa. Ante la presencia de Serafí, Golib, cogida por sorpresa como cuando la primera entrada en la casa de Mac Intosh, se sobresaltó y corrió a ocultarse en su cuarto, pero Albert la detuvo para que viera bien a su amigo, ya un buen conocido de ella. La muchacha expresó su alegría por la visita, y mostró a Albert una carta recibida aquella misma mañana:

- El Mossén me ha traído esta carta de Cuba, y con una cantidad respetable de dinero dentro del sobre; dólares de Norteamérica. No me dijo quién la trajo desde allá, y no lleva sello. Es la tercera que recibo de mi padre, pero ésta es muy larga y sin sello de censura militar. Las otras eran postales con pocas palabras. Hoy mismo le escribiré a mi madre para darle la noticia. Ahora, con la ocupación de la Zona Libre, la correspondencia con Cuba me parece que está interrumpida. Desde hace meses no sabía de mi padre. Me cuenta que trabaja en la actualidad en las oficinas de una gran empresa y que ha mejorado mucho su situación económica, y enseñando el dinero, añadió – : No sé a cuánto equivale...

- Eso es una gran cantidad de pesetas; si lo quieres cambiar, puedo indicarte una persona que lo hace... – dijo Serafí.

Entonces Albert explicó a su amigo quién era Golib y cómo había llegado a parar a su casa.

- Tú sí que has llevado una vida interesante ayudando a fugitivos... Y yo, al lado tuyo, ¡sin saberlo...!; y con una vida de acomodado burgués...Hoy compartiré la comida con vosotros, pero el domingo vendréis conmigo a mi casa, y espero un nuevo conciertito de piano – dijo Serafí.

*   *   *

Pocos días después de haber recibidos estas cartas del extranjero, Tomás le pidió a Albert que lo acompañara a la zona de Cadaqués:

- Tengo que volver a la costa a traer dos fugitivos, y debes acompañarme para que conozcas el nuevo lugar de recepción. Al otro nos vimos obligados a abandonarlo por estar ya muy vigilado.

No llegaron a Cadaqués, sino a un lugar más al sur, próximo a Sant Feliu de Guíxols, y no se trataba de pilotos, sino de agentes, que muy especiales deberían ser, pues fueron entregados a los tres días de su llegada por el rápido método del pesquero al submarino.

Aprovechando esta ocasión, entre los viajes de ida y de vuelta, ya teniendo plena confianza en Albert, Tomás le contó su vida, o mejor dicho, una parte importante de su biografía:

- Mi verdadero nombre no te lo voy a decir ni tampoco el lugar exacto de mi nacimiento, pero sí que soy de Andalucía. Muy poco estuve en la escuela, pero lo que me enseñaron, tanto allí como en otros sitios, que no ha sido mucho, he procurado no olvidarlo nunca. Se puede decir que soy pescador y marinero en barquitos de remos, de vela, y, sobre todo, de los a motor. Un patrón de pesca me enseñó cómo se manejaban esos pesqueros a motor, y cómo se reparaban. Sabiendo eso, ya iba aprendiendo a reparar otros motores similares, como los de coches, camiones y motocicletas... Las escuelas no lo son todo en la vida como intentan convencernos por ahí. Vino una mala racha y, para mejorar, me mudé a vivir a Barcelona, donde trabajé en un taller de automóviles, adquiriendo una buena experiencia en esa clase de mecánica. Me afilié a un sindicato, y como teníamos conflictos con la Iglesia, me hicieron una especie de parlamentario, por lo que conocí a Mossén Cugat, que, a pesar de ser considerado enemigo, se hizo buen amigo mío. Participé muy activamente en la revolución del treinta y cuatro, y fue el Mossén el que me ayudó a salir de Barcelona... Nunca sabrás mi verdadero nombre, te repito.

- Algún día lo sabré si la Guardia Civil te pide el carnet de conducir en la carretera, y al leerlo, lo dice en voz alta.

- Tú no oyes nada. Y si oyes algo, lo olvidas enseguida. Por Tomás, mi apodo, me conocen todos en el trabajo, Tú no conoces a ninguno de ellos, ni ellos te conocen a ti... Como si no existieras, pues tu identidad está muy bien guardada, Continuando con mi relato, te diré que, en julio del treinta y seis, el Sindicato me envió a Canarias para organizar en aquellas islas a los trabajadores de allá y así abortar la rebelión en ciernes. Al día siguiente de llegar a Sevilla ya comenzó el alzamiento, con una brutal represión, y la resistencia fue tan débil, que no se pudo hacer nada para contrarrestarla. Me oculté unos días en casa de unos tíos, hasta que mi tía

me dijo que había leído un cartel solicitando voluntarios para la Legión, sin importar el pasado del interesado. Por no quedarme otro remedio, me dirigí al lugar de enganche y me inscribí. Mi intención era que, una vez en el frente, me pasaría a los republicanos..., pero siempre pasaba lo mismo, cuando atacaba la Legión, los republicanos huían. Imposible alcanzarlos: o batallas muy duras, o huían desesperados... Una vez estuve a punto de alcanzarlos, pero en el ataque me hirieron en una pierna y tuve que pasarme diez meses en el hospital. Como quedé cojeando, me dieron dos opciones: o desmovilizarme, o la de trabajar en un parque de automóviles del Ejército. Elegí la segunda, y allí permanecí hasta final de la guerra, en que me desmovilizaron definitivamente.... Volví a Barcelona, donde me reencontré con Mossén Cugat, que después me puso en contacto con Ferran, también conocido mío desde la revolución del treinta y cuatro, cuando aún era un chiquillo... Ya vendrán ocasiones para contar más detalles.

En aquella temporada otoño invierno del cuarenta y tres cuarenta y cuatro, Albert se desplazó tres veces a Sant Feliu de Gíxols a recoger fugitivos. Los trámites que hizo Mossén Cugat ante los franceses libres de Barcelona, los contrarios a Vichy, no dieron resultados positivos, pues aún jugaban muy poco papel en la ciudad, de forma que Golib continuó siendo ilegal.

VI

Ya en la primavera, desaparecida la nieve que los cubría, y disminuido el intenso frío invernal, pudieron ser abiertos una vez más los senderos de los Pirineos, reanudándose el tránsito de pilotos. A Albert le correspondió hacer el primer viaje de la temporada en la tercera semana de abril. Se trataba esta vez, como de costumbre, de ocho pilotos, de los cuales, cuatro eran ingleses, y cuatro, norteamericanos, que también contaron historias interesantes sobre sus acciones bélicas y sus huidas, siendo la de un norteamericano la que más le llamó la atención, que refería:

- Me derribaron en el norte de Francia. Muchos kilómetros atrás fuimos alcanzados por la defensa antiaérea alemana, en la zona del Rin; creíamos que, a pesar de los daños, podíamos alcanzar Inglaterra, pero llegó un momento en que no hubo más remedio que abandonar el avión lanzándonos en paracaídas. Los diez tripulantes conseguimos saltar, pero no sé dónde fueron a parar los otros nueve. Un mal menor es que hayan caído prisioneros, como supongo... Nada más tocar tierra, ya libre del paracaídas, oí los gritos de lo alemanes y los ladridos de sus perros buscándonos. Me oculté entre un matorral y un muro de piedras, y cuando ya creía que todos los soldados habían pasado y no había peligro inmediato, se presentó ante mí un rezagado del grupo, que me apuntó con el fusil y me dijo: “Hände hoch!” Sabía muy bien el significado de esas dos palabras porque mi madre es alemana y me enseñó bastante esa lengua, pero en la posición en que estaba, en cuclillas, medio conmocionado por la caída y temeroso, tardó unos cuantos segundos mi cerebro en traducirlas al inglés, que querían decir ¡manos arriba!... Pero mucho menos tardó el dedo de mi mano derecha, que sostenía una pistola, en apretar el gatillo del arma, cayendo muerto el soldado... Nunca llevo pistola cuando vuelo. ¿Para qué?... ¿Cómo la llevaba ese día?... Sinceramente, no lo sé...¿Porqué la tenía en la mano?... No lo comprendo por más que le he dado vueltas a mi cabeza.

- Tal vez fue tu espíritu de vaquero y de rápido pistolero del Lejano Oeste – opinó uno de los pilotos ingleses, y preguntó –: ¿De qué estado eres?

- De Arizona.

-¡Ahí, ahí está la razón! Lo llevas en la sangre eso de ser pistolero.

- Nada de eso, yo soy ingeniero electricista, y mi padre, profesor, y lo mismo mi abuelo y mi bisabuelo paternos. Mi otro abuelo, el alemán, fue ebanista, todo un artista haciendo muebles. Nada tuvieron que ver con armas ni caballos ni vacas... Bueno..., o mejor dicho, malo y lamentable, porque fue la primera vez que disparaba directamente sobre una persona y no sobre un objetivo... También fue la primera vez que vi la cara de un enemigo, la mueca que hizo al recibir el disparo, y cómo cayó al suelo. Era aún muy temprano, me alcé rápido y corrí hacia la bruma, hundiéndome en la niebla. Caminé varias horas hasta dar con unos campesinos que me ayudaron y me ocultaron en un pequeño corral abandonado; unos arbolitos alrededor lo camuflaban. Después, un grupo de la Resistencia, al comunicarles lo del accidente por ser su misión la de estar atentos y preparados para recuperar pilotos derribados, pues aquel lugar es un paso de los bombarderos en su regreso de Alemania, vinieron a recogerme y me escondieron en el sótano de un cobertizo. Posteriormente me transportaron a París en camión, dentro de una caja, colocada entre otras con licores..

“En París estuve refugiado varios días en una casa hasta que me evacuaron hacia el sur, junto con otro piloto, pero inglés...; ese compañero de enfrente – y lo señaló con el dedo –. Nos hicieron atravesar toda la ciudad, un gran trayecto, a pie, y otro, en metro. A pesar de que me imponían temor, me hacía gracia el cruzarme por la calle con soldados alemanes, nuestros tan fieros enemigos. “Mucho cuidado con los alemanes; no los miréis a la cara directamente porque pueden acusaros de mirar mal a un oficial alemán y deteneros...”, nos dijo el guía un momento antes de salir a la calle... Así que me limitaba a observarlos de reojo, porque la curiosidad no la podía evitar. El guía iba delante, y nosotros, unos metros detrás. Como anécdota curiosa, he de relatar, que mi compañero y yo nos sentamos en la terraza de uno de esos bares parisinos, de muchas mesas fuera y pocas dentro, a tomar un Pernod; llegaron tres oficiales alemanes y ocuparon la mesa de al lado. Uno de ellos quiso fumar, pero ninguno tenía fuego, y me lo pidió a mí, que estaba junto a su silla. Le contesté afirmativamente, en alemán, y le presté mi mechero, quedando muy

contento por el servicio prestado y por las palabras en su idioma. Entonces me preguntó a qué me dedicaba y dónde residía. Le dije mi verdadero oficio, y le mentí sobre el lugar de residencia, pues le conté que trabajaba para la compañía eléctrica de Burdeos, como ingeniero, resultando que él y sus compañeros también lo eran, pero de ferrocarriles. Por lo tanto podíamos considerarnos colegas. Continué la conversación, ahora con los tres, y me hablaron de diversas cosas de Alemania, de sus familias y del lugar en que hicieron sus estudios. Yo también les hice un cuento sobre mí y sobre mi compañero que, por suerte, sabía algo de francés, aunque no tuvo necesidad de utilizarlo. Les agradó la conversación conmigo, y hasta yo mismo la consideré entretenida. Cuando nos despedimos, pidió al camarero la cuenta para pagar nuestras bebidas, a lo que me opuse, pero insistieron, no quedándome otro remedio que aceptar ese gesto como una invitación, y le di las gracias. Así pude mirar directamente a la cara de oficiales alemanes sin sentir temor. Ni yo ni mi compañero inglés llevábamos pistolas, pero el guía, que durante todo ese momento permaneció en la barra del bar, sí. El oficial alemán no notó mi acento americano, ni tampoco que el mechero era de esa procedencia. Muy cerca del bar estaba la estación de Orléans, donde tomamos un tren para un trayecto algo largo, siguiendo después hacia el sur, campo a través, a pie, con menos precauciones que ustedes.

- Es nuestra obligación proteger mucho las mercancías que nos encomiendan para que lleguen a su destino en perfectas condiciones – le respondió Albert.

*   *   *

No era usual que Tomás citara a Albert en la calle Conde del Asalto, pero ese día de comienzos de mayo acordaron el verse en ese lugar, con el fin de recoger unas nuevas cubiertas de ruedas y unos recambios para los camiones. Albert venía de la Universidad, y ya había alcanzado esa calle, cuando vio a Tomás que venía por la otra acera. De pronto, éste le hizo un gesto con la mano izquierda, previamente acordado, que significaba no acercarse. Albert obedeció, aminorando el paso, mientras, instintivamente y de forma muy rápida, se dio cuenta del peligro que amenazaba a su amigo. Detrás de él venían dos hombres altos y fuertes, con buenas gabardinas y sombreros. También, de frente, se aproximaba una limusina, de color amarillo, que marchaba muy despacio, pero con velocidad suficiente para adelantar a los dos, para Albert, extraños caballeros, de apariencia extranjera, que se colocó y detuvo al llegar al lugar donde estaba Tomás,

momento en que, desde dentro, se abrió la puerta de atrás, cortándole el paso. En esto, Albert oye cuatro disparos, cayendo los dos hombres que seguían a su amigo – muertos, seguramente –, y vio que éste, en un santiamén, con gran fuerza sacaba a un hombre de la parte de atrás del coche lanzándolo contra el suelo, y abriendo la puerta delantera hizo lo mismo con el chófer. La gente, muy asustada, corrían en una u otra dirección de la calle, o se cobijaban en las tiendas y portales, mientras Tomás se subía al vehículo y lo ponía de nuevo en marcha, marchando a toda velocidad en dirección a las Ramblas.

Albert, ante aquel espectáculo, al cual no eras ajeno como ocurría con los otros viandantes, se quedó inmóvil, casi sin aliento, pálido y como petrificado durante un minuto, asombrándose de la sangre fría de Tomás y de la rapidez de su reacción ante los que pretendían raptarlo, que, sin duda alguna, eran agentes de la Gestapo. Tres de aquellos yacían inermes sobre la estrecha acera, ya sin vida, mientras el chófer se removía y daba gritos de dolor. Albert sintió náuseas...A continuación, vio a varias personas que, con gestos de susto y muy despacio, salían de las tiendas y se acercaban para ver a los caídos e intentar socorrer al herido.

- ¡Que alguien llame a la Policía! – gritó uno.

- ¡Y a un médico! – gritó el que socorría al chófer.

- ¡Ahí, en ese primer piso tiene uno su consulta! ¡Voy a buscarlo! – dijo el comerciante más próximo.

- ¡Corro a las Ramblas a ver si encuentro un policía! – dijo Albert mientras salía corriendo.

- ¡El que los mató huyó en coche! – oyó decir Albert a su espalda.

Ganas le dieron a Albert de desaparecer de su casa y de ir a no sabía dónde. Sus padres eran sus padres, y no creía que les fueran a hacer nada, pero Golib era una refugiada, y corría un gran peligro si iban a su casa a detenerlo... Mucho pensó sobre el asunto, pero como nada tenía previsto para esta emergencia, lo cierto es que fue incapaz de tomar una decisión, dejando las cosas correr durante unos días con la esperanza de que se resolvieran por sí solas, actitud que él mismo consideraba cobarde, pues Golib corría un gran peligro. Se consolaba diciéndose que tardarían unos días en relacionarlo con los hechos, pues nadie conocía sus contactos con Tomás – secreto muy bien guardado –, y en su casa tenía la sensación de de estar muy seguro, aunque era incapaz de concentrase para los estudios.

Aprobó por los pelos el examen que tuvo a los cinco días. Entonces, con la mente más centrada, pensó en recurrir a Serafí para ocultar a la muchacha en Calella..., y hasta él mismo, pues comenzaba a darse cuenta de que podía ser acusado de complicidad en un cuádruple asesinato... Pero antes fue a ver a Mossén Cugat, que le dijo al verlo:

- Te estaba esperando. Estoy bien al corriente de todo, y sé que fuiste testigo de lo sucedido en aquella calle. ¿Has leído lo que escriben los periódicos sobre el asunto?

- No; con lo del último examen, no he tenido tiempo de leer prensa.

- Pues lee estas notas sobre sucesos en la ciudad – y el Mossén le alcanzó el diario "Solidaridad Nacional".

En la página de acontecimientos urbanos pudo leer un comunicado sobre el asesinato de tres personas en la calle Conde del Asalto, a plena luz del día, y que se relacionaba con un asunto de arreglo de cuentas de los bajos fondos y de gente de mal vivir. Más abajo venía otra noticia sobre el incendio de un garaje en la zona del Montbau, perteneciente a una conocida compañía de transportes de la ciudad, del que no había quedado nada en pie. No se establecía relación entre los dos sucesos. Albert le explicó la razón por la que Tomás le había citado en aquel lugar para contarle el asunto de los repuestos, respondiéndole Mossén Cugat lo siguiente:

- ¡No, hombre, no!; de eso, nada. El citarte Tomás fue para comunicarte que un joven camionero de la empresa de los camiones azules, para la que trabajabais, fue brutalmente asesinado cuatro días antes, cerca de la Seu de Urgell, robando la carga. La Guardia Civil sospecha de bandidos, atracadores de caminos, y comienza a temer, también, de que se trate de guerrilleros que han extendido su radio de acción hasta los Pirineos. Pero por aquellos lares no hay ni lo uno ni lo otro..., y los guerrilleros, caso de que lleguen, no suelen matar a los camioneros, pues no son su objetivo. Según los ingleses, al que querían matar no era a aquel pobre muchacho, sino a ti, por lo que puedes estar tranquilo, pues los agentes nazis ya te consideran bien muerto... Ten en cuenta que no figuras ni en la nómina de la empresa ni nadie sabe allí quién eres ni dónde vives...; y no existías para ellos, y ya no existes para los alemanes. La empresa para la que trabajabas oficialmente, y en la que tenías el seguro de accidentes cuando viajabas, era una dedicada al transporte de muebles. Los agentes nazis estaban muy preocupados e indignados con lo que sucedía en los Pirineos. Aquello era una coladera, y la vigilancia fronteriza española ha dado muestras de clara ineficacia en controlar la zona, por lo que

querían dar un escarmiento a los que más daño les hacían: a vosotros, que ayudabais a pasar pilotos y combatientes. Iban a por ti, un muchacho joven, porque por aquella zona de los Pirineos, de la compañía, sólo transitabais tú y Tomás, con los camiones especiales... Pero se presentó una urgencia en el transporte. Tomás no estaba en Barcelona, y enviaron a ese pobre muchacho, que para ellos no podía ser otro sino tú, por fuerza. ¡De buena te libraste!...

- En fin, que he vivido durante años sobre un volcán, y ahora explotó. ¿Sospechan de alguien que haya podido dar el chivatazo?

- Pues sí, porque tanto los alemanes como los británicos tienen agentes merodeando por aquella zona desde hace tiempo. Lugareños, generalmente. Hace un mes Tomás despidió a un camionero, un mal cumplidor. Oriundo de la zona de Urgell, allá retornó al quedarse sin trabajo. Al tener noticia de la presencia por esa zona de vuestros dos camiones azules, no pertenecientes al garaje común, y advertido por familiares pastores que le contaron de la extraña ruta que seguíais, y de los pasajeros que tomabais, lo cual, supongo, hicieron sin ninguna malicia, y odiando ese camionero a Tomás con toda su alma, dio conocimiento de lo que teníais entre manos a los agentes alemanes, quienes agradecieron esa correcta información con una buena recompensa. Los ingleses ya estaban al tanto de que algo iba a suceder, pero no podían interrumpir el tráfico a pesar del peligro que corríais. A esos contratiempos los llaman riesgos del oficio... Por llevar pistola, algo se olía Tomás, considerado como el principal objetivo, y al que pretendían raptar para sacarle, bajo tortura, todo lo que supiera. Allá, en Andorra, está ahora retenida otra expedición de pilotos.

-Y a ese canalla ¿qué le harán los ingleses?

- Según tengo entendido, absolutamente nada. Ya están en conversaciones con él para traerlo a Barcelona de portero de una fábrica, cargo muy apetecible, y así alejarlo de la zona. Los ingleses son muy diplomáticos, y, para ellos, lo mejor es evitar conflictos con los españoles; aunque no puede uno confiarse demasiado en eso. Piensa en lo que pasó contigo con el asunto de Golib... Ellos perdonan una vez, pero a la segunda... Mejor es no pensarlo... La compañía cesa en su servicio a los Pirineos, otra se hará cargo del transporte, y tú te quedas sin trabajo. Si se hubieran enterado dónde ocultaste a Golib, no hubieran tenido tanta contemplación con tu persona, porque tú eras un empleado de ellos...Aquí tienes un sobre con la liquidación. Caso de necesidad, te volverán a llamar,

según me dijeron..., cosa que no creo. Por lo que a mí respecta, esta guerra se acabó definitivamente...

-Y para mí, también – dijo Albert, añadiendo –: Con Tomás, ¿qué ha sucedido?

- Huyó Dios sabe a dónde. Es un gran experto en eso de fugarse y esconderse, y sabe defenderse bien como pudiste comprobar. Espero que pueda escapar a la persecución que le han tendido los nazis. Estuvo aquel día aquí..., y no digo más.

Después de esta conversación, Albert se tranquilizó bastante, pudiendo continuar sus estudios para los exámenes con cierto sosiego. Nadie en su casa notó su preocupación ni se enteró del terrible suceso.

* * *

A finales de mayo, un gran disgusto y temor embargó a Golib al enterarse del brutal bombardeo aéreo que realizaron los aliados sobre Marsella, causando más de dos mil víctimas entre heridos y muertos.

- ¿Y dicen que vienen a liberarnos? ¡Pensar que algunos de esos pilotos fueron ayudados a huir por ti!

Sí, era difícil comprender y justificar aquella descomunal acción bélica sobre una ciudad, y no pocos esfuerzos tuvieron que hacer los Forn para consolar a la joven, cuyo pesar se agrandó al enterarse de que la calle donde vivía su madre, La Cannebiêre, había sufrido grandes daños, derribándose numerosos edificios.

Esta zozobra de Golib no se vio amainada por la noticia del éxito del desembarco aliado en Normandía, que significaba la próxima liberación de Francia así como la gran victoria final, pena que duró hasta finales de junio al recibir una postal de su madre comunicándole que estaba bien. Esta alegría se vio agrandada por una carta de su padre desde La Habana, y por haber logrado Albert su licenciatura en Ciencias.

- ¡Ya somos respetables licenciados! ¡Todo va viento en popa! ¡Pronto se liberará París! ¡Hay que celebrarlo! Primero os invito al cine a ver “El Escándalo”, y después, a cenar. No importa que Golib esté ilegal. Yo

responderé por ella. Cuando llegue la orden de su expulsión, Francia entera será un país libre – dijo Serafí.

Albert aceptó la invitación y le comunicó que Golib, tan pronto como Marsella estuviese liberada, empezaría a hacer los trámites de repatriación, y eso no tardaría mucho

- Bien; y en lo que pueda ayudarte, cuenta conmigo. Pero. ¿a qué te vas a dedicar este verano? Yo comienzo a trabajar de químico titulado en la fábrica de mi padre. ¿Vas a seguir con lo del camión?

- Eso ya se acabó. Todo ha cambiado, y este verano entro de lleno en el paro. Soy el parásito de mi familia. Todos trabajan menos yo. No sé por dónde empezar ni a dónde dirigirme. Intentaré dar clases particulares para los que deben recuperar en septiembre. Así, por lo menos, obtendré una mínima ganancia – le replicó Albert haciendo un gesto de fastidio.

- Pues vente conmigo a la fábrica para hacerme compañía y aprender lo del laboratorio, porque en octubre comenzará a funcionar una nueva planta y necesitaremos un químico ayudante. Entonces tendrás un sueldo. Te lo garantizo; se trata de jabones perfumados.

* * *

Durante ese verano del cuarenta y cuatro, la inclinación hacia Golib de Albert Forn fue en aumento. Pero era muy consciente de sus limitaciones, tanto laborales como económicas, que no le permitían meterse en aventura amorosa seria, ni con una extranjera ni con una española. Pronto Francia sería liberada del todo. Quedaría tan mal como España, pero Francia era un imperio y con una poderosa industria, y pronto se recuperaría. En cambio, en la Península Ibérica ya se hablaba de guerrilleros introduciéndose por la frontera y extendiendo su campo de acción a la zona de los Pirineos; incluso a Barcelona.¡Buena se venía encima!

Los representantes de la Francia liberada, de De Gaulle, ya andaban por Barcelona con la cara bien al aire libre y eran los verdaderos representantes de ese país, desplazando a los de Vichy en todas partes, por lo que Golib se acogió a su protección, y en octubre, a la alegría de comenzar su trabajo de químico, se unió la tristeza de la despedida de la que había sido su amiga durante esos dos últimos años, y que tanto le había

ayudado a soportar las dos responsabilidades con las que se había comprometido: la de los estudios y la del tráfico de aviadores.

Para no comprometer a la familia Forn, hubo necesidad de inventar una historia, de la que se encargó Mossén Cugat, haciéndola entrar por Blanes mucho tiempo después de la fecha real, en que cayó en manos de una red de proxenetas, de la que logró escaparse, encontrando refugio en una casa de madres solteras regentada por monjas, por lo que el último mes en Barcelona lo pasó en ese albergue. De la obtención de sus documentos de evacuación se encargaron los franceses libres de Barcelona. Protegida por la Iglesia, todo corrió con más facilidad.

Las promesas de Golib de que escribiría según llegara y de que volvería tan pronto como pudiera, no lograron calmar la tristeza de Albert, considerando esas palabras como de mera cortesía empleadas para quedar bien en momentos de despedidas. Llegada a Marsella, su mundo la absorbería por completo, y, poco a poco, iría borrando de su mente la estancia en Barcelona... Un reencuentro con Jean Claude Bayle, y todo volvería a ser como antes...

Pero Golib escribió tan pronto como pudo; mucho antes de lo que se podía imaginar Albert. Aunque con retraso respecto a años anteriores, el curso en el Conservatorio comenzó para la muchacha, siendo admitida como alumna oficial, y su madre recuperó su puesto en la escuela preparatoria, con la promesa de que, para compensarla por los sufrimientos y la humillación recibida, sería ascendida pasando a ser profesora del Conservatorio. En las cartas, y comenzando por Golib, se decían cosas que cuando estaban juntos no se atrevían a decirse. La pena de Albert era el miserable sueldo que cobraba, gran impedimento para tomar cualquier iniciativa. ¿De intentar trasladarse a Francia?...; ni dinero, ni visado. Aunque tuviese dinero, la peseta no la admitían en Francia, y en España no le daban divisas. En cuanto a los visados, ninguno de los dos países se los concedería caso de solicitarlos.

LAS ÁGUILAS VUELAN MUY ALTO

SEXTA PARTE
DE
SENDEROS DE ÁGUILAS

Senderos de Águilas
Sexta Parte

LAS ÁGUILAS VUELAN MUY ALTO

I

El goteo de refugiados que llegaba a la Misión de los Bienaventurados se incrementó después del desembarco aliado en el norte de África. Constituido este aflujo, principalmente, por franceses, y, en menor cuantía, por personas de otros países ocupados, causó gran sorpresa en los miembros de la Misión el que se presentara un alemán solicitando ayuda por ser desertor. De nombre Günter Schneider, era de complexión fuerte, claramente atlética, y de alta estatura. Al llegar enseñó un carnet que mostraba ser suboficial de la Wehrmacht alemana en el ejército de tierra, oriundo de Leipzig, donde residía y trabajaba en el momento de la movilización, y técnico ferroviario de profesión. Cuando desertó pertenecía a una unidad destinada en Bayona dedicada a la vigilancia de la estación de ferrocarril y de las vías de su proximidad. Su huida se produjo aprovechando un permiso de soldados alemanes en España para descansar unos días en San Sebastián. Consiguió atravesar toda la Península y llegar a Tánger.

¿Qué hacer con este hombre? El asunto era difícil, y más por ser necesario resolverlo con urgencia. Si los españoles lo descubrían, lo entregarían a los alemanes, donde le esperaba un consejo de guerra y la ejecución. Debían movilizarse para enviarlo rápido al Marruecos Francés, en que, por lo menos, su vida podría estar a salvo internado en una cárcel o en un campo de concentración hasta el fin la contienda. De que no se trataba de un agente alemán al que se le quería infiltrar en la Misión, el Curé Leduc estaba muy convencido al entregarle una nota, que portaba bien oculta en un vuelto del pantalón, de un tal Monseigneur Beauchamp,

de Bayona. Beauchamp debía su título de monseñor, no a ser obispo, sino por ser un alto cargo en una orden nobiliario – benéfica. Como antiguo compañero de seminario y uno de los fundadores de la Misión de los Bienaventurados, de la autenticidad de la carta el padre Leduc estaba plenamente seguro por unas frases previamente acordadas para estos casos complicados, escritas en idioma serer del Senegal, donde coincidieron como misioneros y profesores en una misión por los años veinte.

Por sus convicciones progresistas, Monseigneur Beauchamp pertenecía, además, a una organización pacifista europea, por lo que entró en gran amistad con un profesor de Historia, de Leipzig, que fue quien lo puso en contacto con Günter Schneider, ferroviario y sindicalista de esa ciudad, al ser destinado a la estación ferroviaria de Bayona como sargento de las tropas ocupantes. Tanto Schneider como el profesor fueron encarcelados en el treinta y tres, a poco de tomar el poder los nazis, conociéndose en la prisión. A los seis meses de la reclusión, el profesor se decidió a firmar un papel que se le ofreció renunciando a sus antiguas ideas y acatando los principios del nacional socialismo, y convenció al ferroviario a que hiciera lo mismo para así no podrirse en la cárcel, pues en ese lugar sólo les esperaba el olvido y la muerte en vida. Mejor era organizar la resistencia al nazismo desde la calle... Puestos en libertad, como técnico especialista, pronto fue Schneider reincorporado a la Reichbahn – la compañía ferroviaria alemana – , mas no así el profesor, al que no se le readmitió en su actividad docente, viéndose obligado a conformarse con un trabajo de distribuidor de libros en una editorial, pero continuaron su amistad al realizar, conjuntamente, una mínima labor clandestina en pro de la democracia en su país, o mejor sea dicho, muy insignificante, pues con la fuerte represión a la que estaban sometidos los alemanes, muy poco se podía hacer.

Unas veces, en un mal francés, y otras, en alemán traducido por Georg Goldmann, Schneider contaba de esta forma su huida:

- En San Sebastián me puse en contacto con una red de ayuda a refugiados, a la que iba recomendado `por Monseigneur Beauchamp, de donde me sacaron a los pocos días oculto en un vagón mercancía unido a un tren de pasajeros. Las instrucciones sobre los pasos a seguir en la huida me las daban sobre la marcha, pues la labor de mis salvadores ni era fácil ni estaba exenta de peligros, realizándola con pocos medios económicos. En Madrid permanecí casi una semana escondido en un piso del centro de la ciudad. En un tren mercancía, después de tres días de viaje, llegué a Algeciras, donde se me ocultó durante otros cuatro días en una casa, cerca del puerto, desde la cual se podía ver aquella preciosa y gran bahía con el

Peñón de Gibraltar al fondo. Por lo menos tuve la suerte de disfrutar de una bella vista..., porque de comer durante todo el trayecto y en la casa escondite, fatal; es mejor no hablar... ¿Pero qué otra cosa podía esperar en esa situación? No había amanecido el quinto día, cuando me despertó mi anfitrión, ordenándome el ponerme la ropa, y salimos a la calle, donde esperaba un camión cargado con cajas, entre las que me colocó y me ocultó. Él era el conductor. Me llevó al muelle, y ayudando a subir las cajas, que debían ser de cosas frágiles por el cuidado con las que debíamos manipularlas y transportarlas, entré en el barco; y así, viajando de polizón, con la ayuda de un tripulante, llegué a Ceuta. Bajé como entré, cargando una de aquellas delicadas cajas y colocándolas, con sumo cuidado, en un camión. Alguien debería esperarme, pero, si vino, no lo supe localizar, viéndome obligado a pasar el control del puerto escondido entre los sacos de otro camión. Así me encontré en África, prácticamente sin dinero. Anduve por la ciudad en busca de un lugar por dónde pudiera salir, ya que el puesto fronterizo de la carretera estaba muy vigilado. Después de tres días, a pan y agua por supuesto, me di cuenta de que muchos marroquíes lo hacían usando unos caminos que ascendían por unas cuestas. En un mercado, a un vendedor de ropa usada le cambié una pitillera de plata y un reloj de bolsillo `por una vieja chilaba y un turbante, ya bien usados, y, disfrazado de esa manera pareciendo un pobre hombre, conseguí salir de la ciudad confundido con los marroquíes sin que nadie reparara en mí. Conservé este otro reloj de pulsera; aquí en la muñeca derecha – y lo mostró a los de la Misión –. Robando frutas por los caminos, y hasta una gallina, pude llegar a Tetuán sin contratiempos, pero la barba me había crecido y estaba ya impresentable. Deambulando por la ciudad, me fijé en una cola en la que gente pobre esperaba para recibir un plato de potaje, y me puse en fila por si me daban algo. Al principio me pusieron pegas, entre otras cosas por carecer de un recipiente, pero, al final, se compadecieron de mí y me dieron el último plato de judías del caldero. Como todos esos días, también dormí esa noche en la calle, y a la mañana siguiente me puse en marcha hacia Tánger. Mal se pasaba por aquel camino, pues el calor era fuerte, y de comer y beber apenas encontré durante la caminata. Sería a mitad de ruta cuando hice señas a un camión bien cargado de sacos por si tenía a bien llevarme. El conductor me permitió subir a la estribera derecha de la cabina, y bien agarrado a la puerta, llegué hasta cerca de esta ciudad, dejándome en un cruce, porque el camión seguía otra dirección. Para evitar controles no entré por la carretera, sino por una vereda de tierra; preguntando a varias personas, di con la Misión, cuya dirección la había aprendido de memoria…

Entonces, el doctor Lombardi, como responsable de las evacuaciones, le dio la siguiente explicación:

-Pasar al Marruecos Francés nunca ha sido difícil desde aquí, pero en su caso, al haberse reforzado mucho los controles en las últimas semanas, la cosa se pone algo más complicada..., ¡y bastante caro! Si aquí lo agarran, le espera la deportación a Francia y el fusilamiento por desertor. No nos queda otro remedio que pasarlo rápido al otro lado, donde como ya debe estar al tanto, su destino será un campo de concentración hasta el final de la guerra, pero preferible esto a lo otro... ¿A usted no se le ocurrió pensar en lo que le puede suceder a su familia por haber desertado, señor Schneider?

- Por mi familia no siento el menor temor. Mis padres ya murieron, mi mujer se separó de mí hace dos años, y mis dos hermanos están destinados en el frente ruso... ¿Qué mayor castigo se les puede aplicar? Tampoco tengo descendencia. Por lo tanto, vivo sin preocupaciones familiares... Nada de lo que veía en la Europa de los nazis me gustaba, y mucho menos lo que oía; por eso me escapé... Prefiero el cautiverio a seguir luchando por tanta repugnancia nazi...

Hospedado Schneider en el cuarto secreto de la iglesia, reservado para casos especiales, donde el Comisario Valgas no pudiera husmear, Lombardi hacía los planes para su evacuación con la ayuda de Al – Yamil y de sus amigos nacionalistas, a pesar de la muy poca simpatía sentida por éstos hacia la causa aliada. Hubo una buena rebaja al amigo en la cuestión de costes, pero lo suficientemente caro para que Lombardi, después del desembolso, se viera obligado a decir:

- Otro como éste, y la Misión se ve abocada a la ruina,

- Y como usted siga siendo tan generoso, los arruinados seremos dos – le replicó el padre Atienza.

* * *

A los dos días de la partida del alemán, se dirigía el doctor Sir Lancelot Pitt, con un acompañante, a la tertulia del café bar de Farid Mohamed, del Boulevard Front de Mer, para la acostumbrada tertulia alrededor de la taza de té, cuando en una esquina se encontraron con el señor Rodrigues dos Santos que venía también acompañado de dos personas, una de ellas ataviada con traje tradicional marroquí, con chilaba y fez.

- A Al – Yamil ya lo conoce usted, doctor Pitt, y el otro caballero es mi ex empleado, el señor Rachid Tahir, ya convertido en todo un licenciado en lengua árabe y en el Islam, a pesar de su juventud, ejerciendo de profesor de estas materias en la escuela de la Misión – dijo el señor dos Santos.

Entonces el doctor Pitt presentó a su nuevo amigo:

- Aquí el doctor William Kelly, oftalmólogo británico, de Londres, cuya presencia en Tánger se debe a estar de paso en su viaje a Casablanca. Y hoy, señor dos Santos, debemos darle las gracias por enriquecer la tertulia con dos auténticos marroquíes... Ya era hora de que usted nos acompañara en la tertulia después de tanto tiempo, señor Al – Yamil. Sobre todo para hablarnos algo de la medicina tradicional marroquí, de la que, según tengo entendido, es un gran conocedor.

- Tanto como gran conocedor... sería exagerado decirlo. Algo sé, y la aplico, pero no toda ella es eficaz, y también sería un grave error, como hacen algunos por ahí, de no seguir los consejos de la medicina científica europea. Le prometo que en alguna próxima tertulia estaré presente, y así les contaré un poco de esa medicina, considerada como exótica, pero hoy tengo prisa porque comienza mi turno en la Clínica. Si lo desea, el domingo, Farid prepara cuscús con cordero. Mi mujer y yo ya tenemos la reserva. Si usted se apunta, podremos hablar largo y tendido sobre ese tema. También viene el doctor Morán, Estaremos a la una.

- Mi esposa y yo no faltaremos. Según lleguemos, haremos la reserva. El doctor Kelly, como ese día lo tenemos invitado a comer, nos acompañará – dijo el doctor Pitt.

- Nosotros también iremos..., y aprovecharé su charla para una de mis crónicas publicadas en “As horas da Tarde” – dijo Rodrigues dos Santos.

-Y yo intentaré aportar algo sobre ese tema de las enseñanzas recibidas en las mezquitas – prometió Rachid Tahir.

Al llegar estos cuatro amigos al café de Farid, ya los esperaban, sentados en la terraza, los doctores Lombardi, Monneret y Dubois. Después de los saludos y presentación del nuevo contertulio, el doctor Kelly, Oreste Lombardi preguntó al doctor Pitt:

-¿Cómo le fue esta vez en Gibraltar, Sir Lancelot? ¿Qué novedades nos trae de allá?

- Siempre me ha ido bien cuando he visitado el Peñón, y esta vez mejo aún, porque he visto cómo el optimismo se ha apoderado de la ciudad por los indiscutibles éxitos de los aliados, y, sobre todo, por los obtenidos en el Mediterráneo. Como la suerte nunca viene sola, me acompañó en este viaje de regreso el doctor William Kelly, que se hospeda en el Hotel Continental. Así, y durante unas semanas, tendré una valiosa ayuda en mis operaciones

- Lo correcto sería decir que he venido para aprender cómo hace esas intervenciones Sir Lancelot, y, además, ir entrando en contacto con la oftalmología norteafricana, en un intento de no llegar a Casablanca con ignorancia total del tema, a donde me dirijo a trabajar en un hospital militar por encargo de mi gobierno – aclaró el doctor Kelly, y añadió – : Sobre todo una nueva técnica operatoria suya.

- En lo de esa técnica no le niego que precise aprenderla, por ser nueva, pero en lo otro, no sea tan modesto..., ¡que usted es todo un maestro en la materia y mucho puede enseñarme a mí! – le replicó el doctor Pitt.

Y continuaron hablando del tema preferido de la época: las buenas noticias llegadas de los frentes de lucha, siendo el señor Rodrigues dos Santos el mejor conocedor del asunto – no en vano era periodista –, por lo se podía decir que dirigía esta parte de la tertulia.

- Hace una tarde espléndida, soleada, clara, y con esta brisita que nos refresca. Hasta las gaviotas se dan cuenta. Mírenlas revoloteando, dando una vuelta tras otra – decía el doctor Pitt.

- Claro, los pescadores han regresado, y algunos están tirando agallas y tripas al agua. ¡Buenas golosinas para ellas! – le aclaró Lombardi.

- Pero también las primeras golondrinas que veo este año giran y giran cerca de la orilla, señal de que a las aves les gusta la tarde tanto como a mí. La guerra está cerca, pero nosotros no estamos en ella..., aunque he de lamentar que mi hijo haya perdido una mano y un ojo. Ahora ya no lo llaman el médico manco y tuerto; se ha puesto las prótesis, con lo que ha aumentado la confianza en sí mismo. Para disimular la prótesis de la mano se la cubre con un guante marrón, por lo que el personal del hospital le ha puesto un apodo: el Médico del Guante Marrón.

- Y a su otro hijo, doctor Pitt ¿ya lo han cambiado de sitio? – preguntó el doctor Dubois.

- Sigue trabajando en la mina, de picador, sacando carbón. Sin esa materia prima el país no se movería. Se valora igual el trabajar en una mina de carbón como el estar en un peligroso frente.

- Doctor Kelly, ¿cómo es que siendo usted médico militar, los suyos le dieron permiso para venir aquí, y cómo los de aquí le permiten la estancia al ser hostiles los dos países? – preguntó Lombardi.

- En primer lugar, yo no soy militar, aun cuando esté contratado por el ejército de mi país. Bien me cuidé de eso, pues la cirugía que practico no la puedo realizar en cualquier hospital de campaña improvisado. Puse también como condición el que pudiera atender civiles ajenos al conflicto. No pusieron objeción a esto, pero me advirtieron que así tendría más trabajo y sería más penosa mi tarea. En cuando a lo de los permisos para estar en Tánger, no hubo mayores problemas, pues aunque los gobiernos no sean muy amigos, tampoco son oficialmente enemigos. Hay relaciones diplomáticas normales..., así como comerciales, derecho de tránsito, de estancia..., bien es cierto, todo con ciertas limitaciones debidas al conflicto. ¿Porqué no voy a estar yo en este lugar?

- Pero dígame, doctor Kelly, ¿cuál ciudad le gusta más, Gibraltar o Tánger? – le preguntó el doctor Philippe Monneret.

- A decir verdad, Gibraltar hoy día es una fortaleza. En el Peñón, actualmente, se puede decir que sólo quedan militares... Todo aquello es tedioso, monótono, aburrido... Uniformes por todos lados..., y eso, a mí, ni me gusta ni me convence. Tánger es una cosa bien diferente. Aquí hay bullicio, vida, actividad comercial y lugares donde pasar el rato y divertirse, como salas de fiesta, teatro, y hasta toros... Ahí está La Flor Escarlata, con unos espectáculos de música y baile que nada tienen que envidiar al mismo Londres...

- Entonces usted no va a Casablanca como militar sino como personal civil contratado. Deben pagarle muy bien por ese trabajo, ¿no es cierto? – le insinuó el doctor Monneret.

- ¡No, no, no...! ¡Nada de eso! Me pagan como si fuera de un grado menor al que me correspondería yendo de militar... Pero eso de usar uniforme, ponerme firme, saludar, decir a sus órdenes..., no va conmigo..., ¡no lo soporto! Era un deber ayudar a esos pobres heridos, y por eso me vine. También, como ya comenté, atenderé a civiles cuando me necesiten.

- En lo del bullicio, el colorido y la alegría de la ciudad, comparto completamente su opinión, doctor Kelly – comentó el doctor Pitt, añadiendo –: A mí me fascinan esas personas vociferando por las calles las mercancías que venden, esas mujeres con sus grandes sobreros y vestidos tradicionales, al igual que los hombres ataviados con sus chilabas y turbantes... Y no digamos nada de la música de aquí, que llega al alma... Especialmente me emociona los llamamientos a la oración desde los minaretes de las mezquitas... De madrugada me despiertan, los oigo con sumo placer y, como si me arrullaran al mismo tiempo, me vuelvo a dormir.. En ese momento yo rezo una oración también..., pues el llamamiento es para todos... Es como mi juventud en El Cairo, pero más hermoso por ser en Tánger todo más pequeño...., todo más a mano, lo que es más cómodo y agradable... Es verdad, falta el Nilo, pero en cambio tenemos ese maravilloso mar con su gran playa.

- ¿Se está convirtiendo al Islam doctor Pitt? – le preguntó Monneret.

- No; he sido siempre anglicano y sigo siéndolo, pero mi experiencia me ha enseñado a considerar a todas las religiones como verdaderas y merecedoras del mismo respeto y consideración.

- ¿Cómo es que no ha venido hoy mi colega el señor Carmichael? – preguntó el señor Rodrigues dos Santos.

- Llegó una personalidad norteamericana, un alto diplomático, y tiene un compromiso con él – le respondió el doctor Pitt.

- A propósito, señor Tahir, ahora que se ha graduado ¿qué planes tiene para el futuro? – le preguntó Monneret.

- Como ya sabe, hace un mes, Sidi Hohamed Al–Mansur El Hadj cesó de profesor en la escuela de la Misión y me encargó que le sucediera en su cargo. También tengo una imprenta, con caracteres latinos y árabes, donde mi compañero y yo publicamos un periódico, y en eso estamos; ¡a ver si prosperamos!... Sidi Mohamed Al–Mansur El Hadj ya se siente viejo para dar clase a tanto pequeño, y va a dedicar sus actividades, exclusivamente, a la mezquita. Mi compañero ha escogido el camino de ser imán y se irá pronto a Alcazarquivir. Dejará la imprenta, y vendrá mi hermano de Tetuán a sustituirlo. Montaremos una mejor imprenta, con lo que tendremos más trabajo, aumentando el tamaño y las tiradas de nuestro periódico, el semanario “Al Ras”. Mi padre, un vendedor de cerámica que vivía de exportar esos productos a España, se arruinó con lo de la guerra

del treinta y seis... Poco a poco se ha ido recuperando, y ahora es capaz de comprarnos una nueva impresora..., usada, pero en buen estado..., y que se puede obtener a muy buen precio. Estoy muy convencido de que trabajo no nos faltará.

- Será un gran periodista y un gran escritor, Rachid – comentó Rodrigues dos Santos.

- Me conformaría con ser un periodista más – dijo Rachid Tahir.

En este instante, Lombardi se levanta de su asiento y alza su brazo derecho en señal de saludo para que se acercara alguien que caminaba un poco alejado. Se trataba de Saniewsky – o De Julio, como era su verdadero apellido –. Al acercarse, Lombardi lo invitó a tomar un té con los reunidos, mientras el recién llegado saludaba a los conocidos y era presentado a los doctores Pitt, Monneret y Kelly.

- A usted ya lo conozco del cine – dijo el doctor Pitt

- Yo también, pero llevo algún tiempo sin verlo por allí – comentó el doctor Monneret.

- Desde hace seis meses no trabajo ni en la puerta ni en la taquilla, sino de contable y administrador de la empresa. Mi último puesto, el de taquillero, se lo cedí a Tobías, que, por cojear de una pierna, tenía grandes deseos de dejar el oficio de pescador. Ahora mi jefe, o patrono, me envía a Casablanca como administrador de las tres salas de su propiedad en esa ciudad, hacia donde saldré dentro de quince días con mi mujer y mi hijo. En Casablanca tendré más futuro. Ustedes se preguntarán cómo fue ese ascenso..., pues fue así de sencillo: era portero del cine Normandie, me casé con la taquillera, que es sobrina del jefe, me ascendieron a taquillero, y después, a contable. Mi mujer sigue vendiendo entradas, pero en la otra sala, La Rochelle.

En esto, un fuerte ruido de motor interrumpió la conversación. Se trataba de un avión monomotor que, en vuelo rasante, cruzaba, de sudoeste a nordeste, la zona norte de la ciudad y el puerto.

- ¡Llevaba una estrella blanca de cinco puntas, y hasta se podía ver al piloto! Verdaderamente volaba demasiado bajo. Se trata uno de esos cazas norteamericanos que patrullan por el Estrecho intentando detectar submarinos alemanes... Con el telescopio los observo con frecuencia. Debe dirigirse a Gibraltar, donde estará su base – comentó el señor dos Santos.

- Con frecuencia, esos aviones violan el espacio aéreo que no les corresponde, así como sus barcos lo hacen con las aguas jurisdiccionales. Los aliados anglosajones lo hacen más bien por mostrar su prepotencia que por otra cosa... No dejan barco sin detener y registrar en esta zona del Estrecho. Y hasta se llevan a personas. No se cansan de demostrar que son los dueños de los mares – dijo Lombardi.

- Lo mismo hacen los otros en los mares que dominan. Si no fuera así, perderíamos todo el Mediterráneo. El Estrecho es la puerta de este mar, quien lo posee, domina sus aguas y sus costas... Ya fuimos testigos de uno de esos registros de barcos. A poco de salir de Algeciras, una corbeta británica obligó al barco en que viajábamos a poner rumbo a Gibraltar. Registraron toda la embarcación, bajaron los sacos de correo y obligaron a desembarcar a una pareja; parecía un matrimonio. La mujer se resistía, y los marineros se vieron obligados a sujetarla fuertemente y arrastrarla. El hombre, en cambio, bajó tranquilamente por la pasarela sin decir nada – explicó el doctor Kelly.

- La tarde comenzó buena y soleada, pero las nubes que se asomaban por el oeste, ya están sobre nosotros y empiezan a soltar sus primeras gotas. Como comienza mi turno en la Clínica, pago y me despido hasta la próxima reunión. Si me acompaña Saniewsky, le daré un par de direcciones de buenos conocidos míos en Casablanca. Le pueden ser de utilidad – decía Lombardi según se levantaba de su asiento.

* * *

A los cuatro días de esta tertulia, alrededor de las once de la mañana, varios hombres trajeron en brazos a la “Clínique du Docteur Moulin” un herido en estado muy grave... Se trataba del señor Rudolf Lorch que había sido tiroteado en la calle, según testigos, por un hombre con atuendo tradicional marroquí – chilaba y turbante – que también llevaba barba. En el cercano Boulevard Renschhausen le disparó, casi a bocajarro, con una pistola. Pronto comprobaron los médicos que se trataba de una bala dentro del abdomen, asunto sumamente grave, y de otra, no de tanta importancia, alojada en un brazo, e inmediatamente lo pasaron al quirófano. Movilizado todo el personal médico y auxiliar de la Clínica, se tardó unas cuatro horas en la intervención, siendo necesario extirparle una porción del intestino delgado y hacerle dos transfusiones de sangre: una, al comienzo de la operación, donada por Rocío Nadal, y la otra, al final, de Mateo Morán.

Muchas personas, sobre todo alemanes, y, por supuesto, también policías, acudieron a la Clínica para interesarse por el paciente. Hubo alemanes que pretendían llevarse rápido al herido a otro centro sanitario por considerar a esa clínica como aliadófila y partidaria de De Gaulle.

- Cuando haya mejorado y esté fuera de peligro, se lo podrán llevar al hospital que más les guste, pero el señor Lorch está aún inconsciente y no reúne condiciones para un traslado – les respondió el doctor Moulin.

Al recuperar el conocimiento, el señor Lorch se negó, rotundamente, a irse de allí por ser el lugar que más confianza le merecía en Tánger para el tratamiento de sus lesiones.

Para aplacar la indignación de los alemanes, las autoridades detuvieron a cuatro agentes aliados, dos ingleses y dos norteamericanos, y después de tomarles declaración y hechas las investigaciones pertinentes, a las dos semanas decretaron su expulsión acusados de hacer actividades diferentes a las permitidas en sus permisos de residencia. Los americanos fueron el periodista Carmichael y su esposa.

- Me extraña mucho este atentado porque con los espías suele ocurrir como entre lobos y zorros, que no se atacan – decía al respecto el doctor Moulin.

- Nunca he visto a lobos y zorros juntos, por lo que no puedo dar una opinión al respecto, pero bien sabemos cómo destruyeron los ingleses aquella emisora de radio alemana haciéndola volar por los aires, el hundimiento del yate del señor Lorch, y aquel otro atentado, o explosión en el puerto, causante de varias víctimas marroquíes – le recordó Lombardi.

- Eso es distinto. Volar instalaciones del enemigo es una de las acciones favoritas de los espías... Cosa que hacen con sumo placer. Pero hacerse daño entre colegas no entra en sus intenciones, por lo menos aquí. Los agentes ingleses o norteamericanos hubieran preferido raptarlo y llevarlo a Casablanca. En realidad, la Policía sospecha de dos grupos: el de los judíos y el de los republicanos españoles. Al primero..., lo descarto por completo, pues son demasiado pacíficos los judíos tangerinos, y no cabe en su mente el hacer acciones de ese tipo. En cuanto al segundo grupo, se debe tener en cuenta que el señor Lorch apoyó mucho a la causa nacional durante la guerra civil, y desde el primer día... Además, esos republicanos son muy belicosos y peligrosos.

- Sí, de todo eso que ha dicho tengo buen conocimiento. En la casa de campo del señor Rudolf Lorch se reunían militares españoles, de los del bando con intensión sublevarse, con representantes nazis para hablar de la ayuda a prestar en barcos, aviones y armamento en el norte de Marruecos desde el inicio del alzamiento. También participaron ingleses de Gibraltar en esas reuniones para que la flota inglesa del Peñón no interfiriera esa ayuda, y, caso de necesidad, que intimidara a los republicanos e impedirles tomar acciones contra ella... A su tienda van varios agentes alemanes a llevarle información, que luego el señor Lorch tramita a sus superiores, y, también, a cobrar sus salarios. Al simular ser clientes, pasan desapercibidos... A pesar del bajón de ventas, al señor Lorch se le observa tan floreciente como siempre..., como si nada hubiera ocurrido.

- En cuanto a la guerra de España, él me comentó que lo hacía porque lo obligaban. Representaba a firmas alemanas...; o colaboraba, o se arruinaba. Lo cierto es que tiene muy buenos amigos en Madrid, y se ha dado la orden de capturar pronto a los culpables, sea como sea. Y según Valgas, se les echará el guante muy pronto. Ya lo sabe, Lombardi, si no cogen al culpable, agarrarán a un inocente, y pobre de él, porque confesará el haber hecho de todo lo que se le acuse... – concluyendo con estas palabras el doctor Moulin la conversación.

Gran disgusto produjo al doctor Pitt la noticia del atentado, y expresó su deseo de hacerle una visita en la Clínica, aunque fuesen enemigos debido a las circunstancias, pero Oreste Lombardi le advirtió que, por motivos médicos y de seguridad, las visitas no estaban permitidas sino a sus familiares y a un diplomático de su consulado que lo visitaba todas las mañanas para comprobar su evolución. Una vigilancia policial impedía el acceso a su habitación.

Si grande fue este disgusto para el doctor Pitt por lo del atentado, mucho mayor fue el causado por la expulsión de sus mejores amigos en Tánger, Mister Carmichael y su señora, que de la cárcel saldrían, únicamente, para trasladarse al Marruecos Francés, sin permitirles despedirse de nadie. Muy indignado el oftalmólogo, así protestaba:

- ¡Qué disparate! ¡Considerar a Carmichael agente de una potencia extranjera! ¡Él es, a la vez, un intelectual y un gran escritor capaz de tratar todos los temas! Estaba siempre ocupado en escribir... Tengo todas sus crónicas para el periódico del que es corresponsal. Además ha escrito un libro sobre leyendas marroquíes y está acabando otro sobre costumbres de

este país. ¡Trabaja sin descanso! No tenía tiempo para otra cosa. Tal vez fuera porque en cierta ocasión osó escribir algo no del agrado para ciertas personas, y desde entonces lo tenían entre ceja y ceja. Pero bien se ocupaba en sus crónicas de sólo referirse a los asuntos de la corresponsalía para lo que se le envió... ¡Cubrirlo con la infamia de la expulsión!

- Para un periodista la expulsión de un lugar suele ser, y no con rara frecuencia, un honor más unido a su curriculum profesional, señal inequívoca de su valor y entrega. Además, ya me había dicho que la editorial de su periódico le había conseguido los permisos para ser corresponsal de guerra en los frentes del norte de África, saliendo en dos semanas con destino a Argel. En esta ciudad se quedaría la señora Carmichael un corto tiempo hasta completar un libro sobre arte en el norte de África – le aclaró Oreste Lombardi.

- Pues de eso nada me había comunicado.

- No lo había hecho porque sabía que usted se disgustaría con la noticia, y prefería retrasar la tristeza de la despedida hasta el último momento...

II

Al llegar David y Sara Cuenca a Tánger, tanto ellos como sus otros compañeros de viaje, también judíos sefardíes, tuvieron que pasar los puestos de control del puerto. El comisario Valgas, allí presente, les advirtió:

- La comunidad hebrea de la ciudad se hará cargo de los que les vienen asignados, y se encargarán de su evacuación lo más rápido posible. Los otros dos, David Cuenca y su esposa, advertirán al padre Leduc, en la Misión de los Bienaventurados, que deben tener los billetes para Casablanca antes de una semana. Ése es el tiempo máximo permitido para permanecer en la ciudad.

No hubo sorpresa en la Misión al recibir a la pareja, porque Mossén Cugat ya había acordado con el padre Atienza, por cartas, lo pertinente a hacer con ellos, y bien estaban al tanto de la llegada por un telegrama enviado el día de la salida del viaje de los Cuenca a Tánger, recordando que los acogieran y ayudaran en todo lo posible. Se alojó a David Cuenca en la Torre de Babel, y a Sara, en la habitación dedicada a mujeres, junto a las monjas.

Lombardi, como encargado de evacuaciones, después de conocer a los recién llegados, así como sus problemas, les dijo a los padres Leduc y Atienza:

- Nada puedo prometer, pero si ya están cansados de correrías y de aventuras, es probable que este matrimonio pueda quedarse aquí. Una prolongación de sus permisos de estancia no me es difícil conseguirlo, entre otros motivos porque a Valgas y a su familia, recién llegada a la ciudad, los atendemos gratuitamente en la Clínica cuando se ven necesitados de un médico. Como el doctor Cuenca tiene el título de dentista italiano, los consulados pueden apoyarlo, no como judío, sino como

español, aunque no tenga esa nacionalidad. El doctor Moulin no dejará de echarnos una mano con sus influencias, el doctor Pitt con las de los ingleses, y hasta el señor Lorch con sus numerosas amistades en altas esferas de Tetuán y de Madrid. Después de estar de un lado para otro, trabajando ilegalmente, que si le dan permisos de residencia, que si se los retiran..., lo que más desean esas dos personas es un sitio donde poder permanecer largo tiempo. Tienen temor de su futuro en el Marruecos Francés. Desde Tánger podrán recabar la nacionalidad española, a la que tienen derecho por ser sefardíes, aunque sea difícil, y aquí el doctor Cuenca podrá trabajar de dentista.

Como Lombardi procuraba tomarse a pecho todo lo prometido, removió el Cielo y la Tierra hasta que consiguió la ampliación de permisos de estancia en Tánger de los Cuenca. A la semana, el doctor David Cuenca ya cubría la plaza de dentista voluntario en la Misión, dejada vacante desde hacía algunos días por el doctor Souchet al trasladarse a la zona francesa de Maruecos para unirse a las fuerzas de la Francia Libre y combatir a los del Eje. Un par de semanas después, sin permiso de ejercer aún, también ocupaba su puesto de dentista ayudante y de técnico de prótesis en la consulta de su tío, y su mujer, como aprendiz de técnico y de auxiliar de consulta. El doctor Souchet, tío, comentaba que con tres horas al día de trabajo, a su edad, ya le bastaban para estar activo y en pie. Todo transcurrió muy rápido, pero aún sólo tenían permisos muy provisionales, por lo que no podían dejar la Misión, donde permanecerían hasta que estuviera a su alcance el alquilar una vivienda. De ese modo, los dos sefadíes no tardaron en vestir y vivir mejor.

*   *   *

Acompañando al doctor William Kelly, Sir Lancelot Pitt viajó a Casablanca, y pasada una semana de su vuelta, tuvo lugar otra reunión de la tertulia en la terraza del café de Farid Mohamed. Esta reunión, convocada por Lombardi, estaba constituida, además, de los dos médicos mencionados, por los doctores Moneret, Dubois, el señor Rodrigues dos Santos y una nueva persona, el dentista David Cuenca, que fue presentado a los no conocidos de esa reunión, iniciando la tertulia el doctor Lombardi de esta forma:

- Está hecho un gran viajero, doctor Pitt. Ese viaje a Casablanca es el segundo realizado en este año. Ansiosos estamos de conocer los pormenores de su desplazamiento y de las buenas noticias traídas de la

capital económica de Marruecos... Hoy contamos con la presencia del doctor David Cuenca para darnos cuenta de lo vivido por él en Italia, en Francia en España y de las calamidades sufridas por el pueblo de Israel en la Europa ocupada por los nazis. Con experiencia profesional en Roma, Niza y Marsella, creo que sería una buena adquisición para la ciudad si pudiéramos obtenerle los permisos para quedarse. Todos debemos movilizarnos para eso, y usted también, Doctor Pitt, debe mover sus influencias en su consulado y en la colonia británica. Hasta el señor Lorch, en su lecho de enfermo, está empeñado en ese objetivo.

- No lo ponga en duda; desde hoy mismo moveré mis escasas relaciones en esta ciudad para intentar ayudar en ese asunto... Ya veré, ya veré... Aun cuando tenemos bastantes noticias de los grandes sufrimientos de los judíos en Europa, siempre nos será de gran utilidad oír los relatos de quienes han padecido en su propio cuerpo esas barbaridades. De su llegada a la Misión y del haber comenzado a trabajar en la consulta de odontología, ya tenía conocimiento. Por cierto, ¿cómo sigue el señor Lorch? Desde una semana antes de mi viaje no he vuelto a tener noticias sobre su estado.

- Su evolución es favorable. Pronto le daremos el alta, pero sigue bajo custodia de la Policía y sólo se permiten visitas de familiares. Ahora está más animado porque, a través de la Cruz Roja, ha recibido una carta del hijo, el que está prisionero en Inglaterra, comunicándole que se encuentra bien de salud. Pero cuéntenos algo de su viaje a Casablanca, doctor Pitt, pues ya estamos muy impacientes por oírlo – dijo Oreste Lombardi.

- Todo transcurrió como estaba previsto... o, la verdad sea dicha, mucho mejor de lo esperado... Acompañé al doctor Kelly al hospital, militar norteamericano, como es de suponer, y donde yo también tenía que impartir el cursillo de intervenciones oculares. Nos alojaron en un hotel muy próximo, carente de todo lujo, pero con lo esencial para dormir y el aseo. Comíamos en el hospital las más de la veces, o en restaurantes, como ocurrió en los días finales de mi estancia... Ante todo, debo recalcar que los americanos mostraron más interés por mis charlas que mis compatriotas de Gibraltar... Probablemente se debiera a que todos eran especialistas y entendían más del asunto, y hasta participé en tres intervenciones quirúrgicas... También me enseñaron varios adelantos científicos hasta ahora desconocidos por mí... Temo que aquí, en Tánger, me estoy quedando atrás. La cirugía, con la guerra, está experimentando grandes progresos... Incluso en oftalmología... ¡Qué instrumental tenían! Actualmente, nosotros no podemos importar nada de eso. No voy a detallar

todo lo visto y vivido en Casablanca..., pero saqué la impresión de que el cursillo fue más útil para mí que para ellos. De que tomaron buena nota de lo expuesto en mis conferencias, lo demostró el que me pidieran permiso para hacer una nueva edición de mi tratado sobre los traumatismos oculares, con la intención de distribuirlo entre sus médicos a lo largo y ancho de todo el mundo. Además, unos oftalmólogos franceses se ofrecieron a traducirlo a su lengua, y un empresario editor de Casablanca, propietario de varios periódicos de Marruecos, está dispuesto a publicarlo tan pronto como se concluya la traducción. Por motivo de esas publicaciones me vi obligado a permanecer una semana más de lo previsto. En este desastre de guerra, tengo la impresión de ser yo el único afortunado. De nuevo ofrecí mis servicios para ayudar en cualquier parte en que les pudiera ser de utilidad, pero me volvieron a recordar la recomendación de no moverme de Tánger, donde les estaba prestando un buen servicio; ya me llamarían si fuera necesario. En fin, que todo fue un viaje triunfal y lleno de satisfacciones.

- Y yo tengo una alegría más para ofrecerle, doctor Pitt. Aquí tiene su libro traducido al portugués y publicado por la editorial "As Horas da Tarde". La mitad se desea vender en Portugal, y la otra se enviará a Brasil. Lamentablemente, si quiere disponer de las ganancias, deberá viajar a Lisboa y gastarlas allá. En las circunstancias actuales, sacar dinero del país es muy complicado – le comunicó Rodrigues dos Santos mientras le mostraba el tomo, encuadernado en cartón.

Al tomar el libro en sus manos, el doctor Pitt se emocionó. Parecía que le temblaban las manos, hasta casi le salen lágrimas, y exclamó:

- ¡Ésta sí es una sorpresa! ¡Y muy grande! Ya había perdido la esperanza de verlo publicado en Lisboa. Antes, según salía al público en Londres algún libro mío, como ya les he dicho, la editorial se encargaba de traducirlo inmediatamente a los idiomas francés y alemán y publicarlo para los países de esas lenguas. Ahora eso no es posible. Si la cantidad recaudada en Lisboa es respetable, en mi próximo viaje a Gibraltar aprovecharé para acercarme a Portugal y dar buen uso a lo ganado... Muchas gracias señor dos Santos, le compensaré sus esfuerzos....

- De España, aunque el libro ya se encuentra traducido, no puedo darle buenas noticias, pues problemas burocráticos están retrasando su publicación. Un oftalmólogo, amigo de Morán, lo tradujo, y está esperando el apoyo de un catedrático de Universidad, condición necesaria para su publicación. En cuanto a lo de Italia, le diré que, con eso de la guerra, su libro no ha sido publicado, pero un capítulo, no sé cuál, apareció en una

revista oftalmológica. Por lo visto, esa parte fue considerada muy útil para el tratamiento de los actuales heridos.

- ¿Cuánto le pagaron por su trabajo, doctor Pitt? – preguntó el doctor Philippe Monneret –. Según dicen, los americanos pagan muy bien por esas conferencias.

- Usted siempre tan interesado por tales mezquindades.., y no se lo voy a decir, pero, por lo que me pagarán por el libro, supera con creces lo que yo pudiera esperar. Mi intención era servirles en algo teniendo en cuenta el gran sacrificio que están haciendo. Los americanos quedaron en depositar esa cantidad en un banco de Tánger, y los franceses, en uno de Casablanca. Serán cantidades fijas, sin porcentajes en las ganancias.

- Por lo tanto, pronto deberá emprender otro viaje a Casablanca.

- Eso parece, y no me disgusta, doctor Monneret.

- Su buen amigo, el doctor William Kelly, tampoco perdió su viaje a Tánger, e hizo un buen negocio aquí, algo así como usted en Casablanca. En el Club, mientras ustedes jugaban al bridge, él desplumaba en el póquer a incautos acaudalados españoles, negociantes dedicados al estraperlo. Dineros que a la noche siguiente se los gastaba en la sala de fiestas “ La Flor Escarlata” cortejando a ese monumento de mujer con su maravilloso cuerpo de guitarra, una verdadera hurí, y bailarina de danza del vientre, a la que llaman El Fuego del Atlas. Un domingo lo vi con ella en los toros, y al martes siguiente, día de descaso de esa gran diva, en la representación de una zarzuela en el Teatro Cervantes. Lo ganado en el juego en un día, lo perdía al siguiente con ese fuego de la cordillera. Usted, doctor Pitt, lo llevó al Club para hacerle compañía en el juego del bridge, pero muy pronto descubrió a los del póquer y les sacó cuanto pudo para cortejar a la dama– chismorreó el doctor Monneret.

-Que no es del Atlas ni marroquí, sino malagueña – aclaró Lombardi.

- Alta, morena, tanto de pelo como de piel, bien contorneada..., la suponía oriunda de este lado del Estrecho. Dos veces la he visto actuar; es una maravilla bailando esa danza del vientre... – opinó el otorrinolaringólogo.

- Pero el doctor Kelly no todo se lo gastó en ese fuego de cuerpo de guitarra... Una buena cantidad me lo dejó para la Misión, y yo se la entregué al Curé Leduc un día antes de mi viaje a Casablanca.

Y con estas palabras del doctor Pitt se dio por concluido el tema de los juegos y amoríos del doctor Kelly, y se pasó al turno de preguntas al doctor David Cuenca, que, como se esperaba, constituiría el plato fuerte de la tertulia de aquella tarde. Pero en este preciso momento apareció Rachid Tahir con una bolsa colgada al hombro, cuyo contenido era de números de su periódico para repartir entre suscriptores, dejándole uno a Farid Mohamed sobre el mostrador del café, y entregando en mano un ejemplar a cada uno de los contertulios, que pagaban con una moneda; hasta a David Cuenca que nada entendía del árabe. Luego, Tahir se sentó y pidió un vaso de té.

David Cuenca comenzó a narrar su vida desde su nacimiento en el Imperio Otomano, pasando por sus diferentes épocas de refugiado a consecuencia de las no pocas guerras que azotaban a los Balcanes en los comienzos del siglo XX, en que siempre fue un apátrida, como seguía siéndolo. Lo mismo sucedía con su mujer: que si turcos, que si búlgaros, que si griegos...; total, que nada. Luego pasó a lo vivido en Italia y en Francia:

- ... En conjunto, en estos dos países no lo pasamos mal, y, en numerosas ocasiones, francamente bien. Aunque continuáramos siendo apátridas y víctimas de persecuciones y no se nos pagara el trabajo como nos correspondía, encontramos solidaridad y comprensión por parte de mucha gente, y pudimos trabajar y vivir unos años en ellos. Mucho nos acordamos de lo bien que lo pasamos en Roma siendo estudiantes, y de los baños que nos dábamos en la playa de Ostia, a diario, durante los meses de julio y agosto, y en la playa de Niza, todos los domingos, en el verano del treinta y nueve, aunque fuéramos ilegales; teníamos la idea de que en la playa no nos iban a pedir documentación, como así sucedió. Cuando nos legalizaron en Marsella, durante nueve meses circulábamos tranquilamente por las calles sin ninguna preocupación, y eso a pesar de la guerra. Ganábamos en la fábrica de armamentos mucho menos que en Niza, y nuestra vivienda era la mínima expresión de semejante cosa, pero vivíamos despreocupadamente. Una pequeña habitación con derecho a cocina era lo máximo que nos podíamos permitir... Ahí tenemos esa gran playa de Tánger; algunos domingos hemos venido a pasearnos, y estamos ansiosos por la llegada del calor, pues entonces vendremos a bañarnos los días de fiesta, como hicimos en Ostia y en Niza. Nos disgustamos mucho cuando nos expulsaron de Italia, y mucho temor pasamos en los últimos meses en Marsella. Pero una cadena de solidaridad nos ha acompañado desde Italia hasta aquí.

Después de esto, pasó a referir lo que estaba sucediendo con los judíos en Europa, así como lo oído sobre los campos de internamiento, con la paulatina labor de exterminio, haciendo poner los pelos de punta a los miembros de la tertulia.

- De todo lo que ha contado, teníamos ya noticia, pero, lamentablemente, la información ofrecida por los periódico y las emisoras de radio de la Europa libre se queda muy corta... ¡Demasiado corta!..¿Porqué?.. A cualquier persona no docta en nazismo la explicación de usted le parecería una exageración difícil de creer - dijo el doctor Dubois.

- De exagerar nada, aun cuando eso podríamos pensar de lo referido por las víctimas, como es el caso del doctor Cuenca, y decir que es un exagerado y un embustero, pero eso mismo que hemos acabado de oír, lo he escuchado de bocas de los que podemos considerar como verdugos, por su nacionalidad... ¡Incluso peores horribles cosas me han narrado!– dijo Lombardi sin hacer mención del señor Lorch ni del desertor Günter Schneider, que ya debería estar en un campo de concentración de los franceses en su zona de protectorado.

- La prensa de los países democráticos tiene por costumbre ignorar lo que no le conviene, y así como silenció mucho lo del ascenso del nazismo en Europa, calla sobre los sufrimientos de los países coloniales bajo el yugo de las metrópolis – aseveró Rachid Tahir.

- Lamento dejarlos, pero debo reintegrarme al trabajo – dijo Lombardi levantándose – . Me llama la “Clinique du Docteur Moulin”.

- Y yo también me voy, porque tengo tres visitas a enfermos encamados en sus domicilios, y debo comprobar como han evolucionado. Uno es un francés de Casablanca, y está hospedado en el Continental – dijo el doctor Dubois poniéndose en pie y despidiéndose de los otros cuatro, que se quedaron para continuar la conversación.

A poco de ponerse en marcha los dos galenos, un señor, al pasar, se quitó el sombrero saludando a Dubois, y éste le dice a Lombardi:

- Se trata del doctor Nováldez. No hace mucho que llegó de España. Va por el hospital, donde está relacionado con la administración, y parece buena persona...; por lo menos es muy amable. El profesor español, al que le tenemos alquilada una habitación para compensar la bajada de ganancias, es del mismo pueblo en que ejercía Nováldez como médico titular antes de

venir a esta ciudad, y me hizo unos comentarios sobre esa persona, dignas de ser tomadas en cuenta. Allí era muy apreciado y lo querían mucho, pero en esa zona actuaba una guerrilla, y alguna relación debería tener con ella, porque una noche llegaron al pueblo guerrilleros en busca de suministros, sin obtener éxito en su intento, pues la Guardia Civil les había tendido una emboscada, consiguiendo herir y matar a algunos de ellos, obligando a los demás a huir. Entre el estruendo de los disparos y los gritos de unos y otros, se oyó la voz de un guerrillero que decía: “¡Nováldez, traidor, prepárate, ya te cogeremos...!”. Lo cierto es que a los tres días hizo las maletas y se marchó a Madrid. Y de la Capital lo mandaron aquí, muy lejos de aquel lugar. Sólo se lo cuento a usted, no para divulgar la noticia, sino para que tome las precauciones necesarias correspondientes a estos casos, pues va a sustituir a la doctora Rochefort en su consulta de la Misión. La doctora se marcha con su marido a trabajar en un hospital de Port Lyautey. El doctor Nováldez se ha comprometido a cubrir su vacante, pero solamente una vez cada dos semanas. Yo podré ir una vez más al mes para cubrir esa falta.

- Sí, no cabe duda, y lo repito una y otra vez, que cada persona que llega a la Misión trae consigo una muy interesante historia, o turbulenta... Gracias por esa información. Advertiré mañana mismo al Curé Leduc, no vaya a tratarse de un submarino introducido por el comisario Valgas para sus planes. Siento de veras la partida de Blanche Rochefort; es muy buena pediatra, siempre servicial, con gran sentido de responsabilidad en su trabajo, y lo más importante: jamás pierde el ánimo. Pero, como muchos franceses, no soporta la dominación española de Tánger.

-¿Qué noticias tiene de su amigo Saniewsky?

- Sé que llegó a Casablanca, aun cuando no haya escrito. Ha tenido suerte casándose con la sobrina del jefe, así ha podido ascender, y más ahora que el empresario va a comprar dos nuevas salas en Rabat, con lo que pronto se convertirá en una figura de los negocios en esa zona. Aquí temía ser reconocido por los españoles, porque cerca de su casa viven dos tenientes que eran suboficiales en el mismo cuartel de Cádiz en que estaba destinado al comenzar el alzamiento. Por la calva y el bigote hasta ahora no lo habían reconocido, pero sabía que, tarde o temprano, eso ocurriría. También me dio a entender que allá, en Casablanca, procuraría recuperar su verdadero nombre y sus apellidos. .

III

Con la llegada del verano, se notaba en la ciudad la presencia de veraneantes procedentes de Tetuán y de otros puntos del norte de Marruecos, así como algunos de España, para disfrutar de su playa y de otras ventajas que ofrecía Tánger, pero su número no alcanzaba, ni mucho menos, al que solía venir en los tiempos de paz. Seguían también llegando refugiados, pero no en exceso, que, procedentes de Francia, continuaban camino hacia ella zona del Protectorado de ese país, alojándose una pequeña parte en la Misión de los Bienaventurados. No cesaban las buenas noticias de la guerra con la consiguiente gran alegría de los contertulios del café–bar de Farid Mohamed. A pesar de adversidades y penurias, la ciudad distaba mucho de estar paralizada; de eso bien se encargaban los comerciantes que, venciendo restricciones y escaseces, se preocupaban de conseguir artículos para vender, fuera como fuera. Los vendedores ambulantes, que nunca habían dejado de vociferar sus productos por las calles, ahora parecía que lo hacían con más fuerza.

- Por mucho que se la haya obligado a ser como una capital de provincia, esta ciudad no ha perdido su carácter internacional – comentaba el señor Rodrigues dos Santos en una de aquellas charlas de café.

Y el doctor Lancelot Pitt añadía al respecto:

- La verdad es que esta ciudad, a pesar de la ocupación y de los avatares de los últimos años, no ha perdido sus rasgos pintorescos y exóticos ni sus peculiaridades cosmopolitas. Y para mí no ha menguado, en absoluto, su alegría de siempre.

- Para usted, no, pero para muchos trabajadores forzados a ir al paro y para otros, que han visto reducir sus salarios y ganancias de forma sustancial, la alegría se ha reducido de forma permanente. Eso lo veo en la Clínica, donde sus empleados deben renunciar a aumento salarial si no quieren reducción de plantilla. Ante ese dilema, se ha considerado como más oportuna la primera opción. Todo ha subido de precio, y los empleados, bien se puede decir, ganan para comer y poco más...; están

callados y resignados, sabiendo que si pierden eso, se quedarían sin comer; es decir, que pasarían de la actual pobreza a la miseria absoluta. Sigue el comercio con los dos Marruecos, pero dista mucho del nivel de antaño. Hasta la sala de fiestas “La Flor Escarlata” estuvo a punto de cerrar. Ha habido un aumento del comercio con España, bien es cierto, pero no compensa al que se hacía con Francia. De todas formas, nuestra situación es mejor que la de otras ciudades de los alrededores – aclaró Lombardi

- Los comerciantes, como bien saben ustedes, hemos sufrido grandes mermas en nuestros negocios. En mi ferretería, prácticamente sólo vendo productos españoles...; pues alemanes, franceses o ingleses no se ven. Hace pocos días vino un barco portugués, con sus grandes banderas portuguesas pintadas en el casco, señal de su neutralidad, como vemos a los españoles; trajo una carga de productos alimenticios, que desembarcó, y se llevó otros, pero de lo que yo vendo en mi tienda, no vino nada. Me invitaron a comer a bordo y me regalaron un par de botellas de vino de Oporto... Hace dos días me encontré con el señor Lorch; me pareció que estaba restablecido.

- Ya está completamente recuperado y haciendo vida normal– afirmó Lombardi.

Con la llegada de otros médicos, la conversación continuó sobre los temas preferidos de la época. Charlas iniciadas por el doctor Lombardi, ya hacía algunos años para vencer el tedio de las tardes que tenían libres, pero que luego, por disponer de más tiempo y por tener más interés, eran convocadas por el doctor Pitt. El conflicto mundial y las victorias de los aliados mucho contribuyó a continuar esas tertulias, adquiriendo, cada vez, más interés y relevancia.

Pocos días después de esta conversación se presentó Tobías en la Misión de los Bienaventurados para consultar a Lombardi sobre un fuerte lumbago.

- Eso es de estar tantas horas sentado en la taquilla. Cómprese estos sobres y este ungüento..., y repose en cama el mayor tiempo posible; ya verá como se le pasa en unos pocos días el malestar– y mientras Lombardi rellenaba la receta, le preguntó – : ¿Sigue pescando aún?

- Algunas mañanas me voy con la caña a la orilla. Lo que obtenga es para el almuerzo. Siempre se saca algo de la mar, aunque sea poco. Pero de hacerlo con barca, ni tiempo ni ganas.

- De De Julio, ¿tiene noticias?

- Me envió una postal desde Casablanca, donde ya administra tres cines. Por lo visto, su jefe va ampliando el negocio, que pronto se incrementará con dos salas más en un sitio llamado Rabat. Al parecer, aquello le gusta y desea quedarse allá para siempre. También me cuenta lo de estar a la espera de otro hijo.

- He oído decir que algunos españoles están todavía detenidos por el asunto del atentado al señor Lorch. ¿Sabe algo de eso, Tobías?

- Sí, algo he oído. Se trata de gente llegada no hace mucho, y, aunque tuvieran antecedentes políticos, nada sabían de la existencia del señor Lorch. La mayoría de ellos dicen que vinieron a Tánger sólo para trabajar... De antiguos residentes españoles republicanos, interrogaron a varios, pero no los detuvieron.

- De Julio veía con malos ojos a Lorch, ¿no es cierto?

- Así era; como ayudó a los nacionales durante el Movimiento, lo consideraba como uno de los máximos culpables de la guerra, y una vez le oí decir que algún día lo pagaría caro. De Julio es un hombre muy comprometido con la causa republicana..., ¡y muy valiente!. Una vez me comentó que de joven no se sentía identificado con esas ideas, pero que al ser testigo de cómo se preparaba el alzamiento, se fue volviendo republicano, y poco a poco..., para cuando comenzó el conflicto, ya era algo socialista, pero sin afiliación a ningún partido político o sindicato, y la guerra lo fue convirtiendo en un auténtico revolucionario. Verdaderamente, era un hombre admirable, y yo lo ayudaba, con gusto, en el reparto de propaganda y otras cosas entre los republicanos de Tánger... No podíamos hacer mucho... ¡Con el ejército y la vigilancia que hay!... – le confió Tobías.

- Entonces fue De Julio el que disparó al señor Lorch.

- Yo no he dicho tal cosa; y si lo hizo, no lo sé...

- Pero usted lo ayudó en la voladura de su yate, ¿no es cierto? – le recordó Lombardi.

- Eso fue destruir una cosa a quien se lo merecía... Pero atacar a una persona..., de eso soy incapaz. Él lo sabía, porque nos llevábamos muy bien, y así, cuando un mes antes de marcharse me mostró una carta de los suyos, o de su jefe, en que se ordenaba pasar a la lucha armada, sólo me la

leyó sin insinuarme nada más... Sabía que yo, por la cojera de mi pierna, no podía hacer esas cosas, y por mi forma de ser, tampoco.

- Bueno..., estamos en Marruecos, y nuestros verdaderos jefes deben ser aquí los marroquíes, siendo nuestro principal deber prestarles ayuda en la lucha por su independencia. Esa campaña, actualmente, es pacífica..., pero ya veremos.

*   *   *

Había transcurrido un período de más de cinco meses desde la partida de Günter Schneider, cuando este hombre apareció de nuevo en la Misión de los Bienaventurados. Sorprendidos quedaron sus miembros al verlo otra vez, sobre todo Lombardi, que bien convencido estaba de que el alemán estaría disfrutando de unas largas vacaciones en una cárcel o en un campo de concentración del Marruecos Francés. Al pedirle explicaciones sobre lo acaecido en su huida, Schneider hizo el siguiente relato:

- Al llegar a Larache me tuvieron alojado dos días en una casa, de donde me trasladaron a otra en el campo, permaneciendo en ella otros dos días más, momento en que apareció el guía para pasar la frontera; era un hombre bajito, con barba, muy delgado, nervioso e intranquilo, y me hablaba como si yo pudiera comprenderlo. Nos pusimos en marcha antes de la salida del Sol, a lomos de burros. Por primera vez en mi vida montaba en ese animal... Bueno, tampoco había montado en ningún otro tipo de bestia, aunque sí en coches y carros tirados por caballos...; y de eso hace ya mucho tiempo. Íbamos muy despacio. El guía, al subir al burro, dejó los nervios atrás, yendo casi a paso de tortuga, sin azuzar al animal. Sólo dijo arre al principio de la marcha, parándose cada poco rato por razones muy nimias. Yo, como contemplaba el paisaje, sin eso de cansarme, porque no caminaba, ni me aburría ni decía nada, dejándome llevar. Ya por la tarde, el guía vio una serpiente, se apeó, y con el palo que llevaba en la mano para arrear al burro, la mató, y se la comió a la cena. Mi vestimenta era similar a la que llevo hoy, con chilaba, turbante y babuchas, como cuando me presenté aquí la primera vez. Con la barba, que ustedes me recomendaron dejarla crecer, y como tengo el pelo negro, en poco me diferenciaba de un campesino marroquí... Bien sabía aquel guía regatear cuando compraba comida...., pues, aunque lleváramos suficiente, algo más no venía mal. Pasamos por un lugar donde había unas plantitas de hojas alargadas, y me dio a entender que se trataba de marihuana. Se bajó del burro y cortó unas ramas... Pero no se las vi fumar.

“ A los dos días de camino, y de pernoctar al aire libre, llegamos a una casita de campesinos, al parecer muy amigos del guía, blanca, con tres puertas, un horno delante, dos corrales de piedras, sin revestimiento, y una era, situados a unos dos kilómetros de una hilera de pequeñas montañas, donde dejamos los burros a buen recaudo y seguimos a pie, explicándome durante ese trayecto, con palabras y signos, que la frontera estaba justo detrás de la sierra. Aquello era más empinado de lo que podía imaginarme. Se eligió aquel camino porque los lugares de fácil acceso estaban muy vigilados... Subimos por aquellos vericuetos resbaladizos y peligrosos, y, cuando llegamos a lo alto, pudimos contemplar, al otro lado, las partes bajas infestadas de soldados. También en las montañas los había apostados detrás de rocas. Observé la cara de susto del guía al ver aquel despliegue, y me indicó que debíamos retroceder..., ¡y muy rápido!, como lo hicimos. Él se olvidó de lo malo y resbaladizo del terreno. Un soldado, con un fez rojo, nos divisó y nos dio el alto, pero no le hicimos caso, por lo que nos disparó, al tiempo que otros, con turbantes, se pusieron a perseguirnos, dando alaridos... El guía, hombre avispado y buen conocedor de la zona, consiguió burlarlos, pero con la mala suerte, a causa de la prisa en huir, de dar un resbalón y torcerse un pie. Mucho esfuerzo debió hacer el pobre hombre para no lanzar el grito que correspondía al dolor expresado en su cara. ¡Cómo en pocos minutos se hinchó aquello y qué color morado apareció en aquel pie y tobillo! Me pidió que lo llevara un poco más allá, donde había una oquedad, muy disimulada, en la que nos escondimos, mientras oíamos los gritos de nuestros perseguidores. Con agua le limpié los rasguños y las pequeñas heridas, y con un trozo de la chilaba le hice un pequeño vendaje; así el dolor se aplacó algo”.

“Esperamos en la cueva hasta el anochecer, cuando aprovechando la luz del cuarto creciente de la luna y de las estrellas, y el guía apoyándose en mí, no sin dificultades, descendimos de aquella altura, muy despacio, hasta llegar al llano. Coloqué al herido sobre mi espalda, ¡menos mal que era bajito y de poco peso!, y a caminar en la noche hasta llegar a la casita del campesino. Como aún faltaba algo para el día, nos detuvimos cerca a esperar la luz, no nos fuera a ladrar el perro, cosa que podría delatarnos a nuestros perseguidores, aunque estuviéramos seguros de que ya habían abandonado la búsqueda. Al verse de nuevo los dos amigos, comenzaron una discusión, con tales gritos, que parecía que iban a liarse a tortazos o sacar navajas. Poco a poco se fueron apaciguando. El campesino, disculpándose y como pidiendo perdón, parecía decir que él no había visto nada, y si los soldados habían llegado, era por la carretera, situada muy lejos de su casa... Al final, después de tan violenta discusión, se apaciguaron y quedaron tan amigos como antes. De nuevo, montados en

los burros, volvimos a Larache por el mismo camino, quedando el guía en su casa al cuidado de su familia".

"En la calle, sin dinero y sin trabajo, sólo con las provisiones que me dejó el guía y con la chilaba rota, me puse en camino sin saber a dónde dirigirme. El instinto me llevo a salir de la ciudad por una carretera, la que llevaba a Tetuán, y al cabo de unas horas de caminar me encontré con unos hombres trabajando en su reparación: eran civiles y militares. Me acordé en ese instante, aunque ya lo hice sin pensar en ello durante el viaje de San Sebastián a Tánger, de cuando siendo aún muy joven actué en un teatro de aficionados interpretando el papel de sordomudo..., y hasta me felicitaron por los gestos y las expresiones. Como hicimos varias representaciones, no me había olvidado de una escena en que solicitaba trabajo, por lo que me dirigí al jefe de la cuadrilla de trabajadores, sin duda alguna un sargento, y le pedí trabajo repitiendo aquella escena tan ensayada y representada. Le hizo mucha gracia la forma de expresarme, y me indicó que agarrara una pala y comenzara a trabajar. Era el sordomudo de la obra, y no miraba hacia atrás ni aunque sonara un barreno. Los otros trabajadores me gastaban bromas por ser sordomudo, pero me reía de esas jocosidades. Me pagaban, por día trabajado, al final de la jornada. A la mañana siguiente, cuando me presentaba, el jefe me decía al señalarme el instrumento de trabajo: "¡Mohamed, buen trabajador!". A algunos les decía, según podía yo comprender por los gestos, que no volvieran más por allí porque los consideraba muy vagos. Cerca había una aldea donde compraba algo de comida, y dormía debajo de una carreta abandonada. A los veinte días se acabaron las reparaciones, y a caminar de nuevo y a hacerme el mudo, porque sordo ya lo era al no entender el idioma. Durante el camino trabajé durante dos días para unos campesinos, solamente por la comida, alojándome en una especie de cobertizo. Y así, andando, llegué a la ciudad de Tetuán, en la que, después de mucho buscar, encontré trabajo en una casa en construcción, luego en otra, y, por último, reparando una calle... Cansado ya de deambular, dormir tirado a la intemperie con las estrellas de techo, debajo de puentes, carretas y otros nada cómodos lugares, decidí venirme a Tánger y presentarme en la Misión otra vez. Haciéndome el sordomudo sobreviví más de cinco meses..., y puedo seguir fingiéndolo. La idea de un campo de concentración francés ya no me hace ninguna gracia...; la evitaré mientras pueda. Para ellos sería un boche más, pese a mis ideas; de eso estoy muy convencido".

Si bien quedaron satisfechos con las explicaciones los padres Leduc y Atienza, a Lombardi le quedaron dudas por aclarar, y cuanto antes las disipara, mejor. De Larache no había recibido ningún comunicado de ese incidente, y, por razones de seguridad, se decidió enviar a alguien con el fin

de conocer la versión de lo sucedido según la opinión de los nacionalistas. Escogió a Yusuf Al – Yamil para realizar ese desplazamiento en un fin de semana. Lo del permiso del doctor Moulin lo arregló inventando el cuento de que su padre, residente en Tetuán, se había puesto enfermo de cuidado y debía ir a verlo urgentemente. Al – Yamil viajó a Larache, en un viaje rápido, yendo un sábado y volviendo el domingo con la información requerida.

Confirmado que lo dicho por Günter Schneider era verdad, y que no lo habían comunicado los del movimiento nacionalista por no considerarlo necesario, dadas las cualidades que tenía para hacerse pasar por sordomudo y al no tener el alemán ningún interés en ir a la otra zona, Lombardi comenzó en la ciudad a buscarle una actividad para ganarse la vida.

El señor Rodrigues dos Santos, desde la ida de Rachid Tahir del negocio, ya no tenía empleado en su ferretería, y tanto él como su mujer estaban cansados de cargar cajas con herramientas y de colocar esos utensilios en las estanterías. Es verdad que sus hijos los ayudaban, pero necesitaban emplear casi todo su tiempo en el instituto o estudiando, y la señora, además, tenía la responsabilidad de las labores de la casa con cinco personas para atender, pues la sirvienta marroquí no era suficiente para mantener la casa limpia y con decoro. También era cierto que se ahorraban un sueldo no teniendo empleado, pero ya eran un poco mayores para tanto ajetreo, y una ayuda no les vendría mal, por lo que emplearon a Schneider, un hombre fuerte y que les inspiraba confianza desde que lo conocieron... Como tenían una pequeña habitación en la parte trasera de la tienda, se la concedieron para dormir, y de esa forma compensarle el poco sueldo que podían pagarle. Para la cuestión de la alimentación, al mediodía iba Schneider al comedor de la Misión, donde, por estar trabajando, debía pagar el almuerzo. Así comía barato y caliente una vez al día, y podía charlar, en su lengua, con su compatriota Georg Goldmann, entablándose una buena amistad entre los dos. El sacristán, a escondidas, le facilitaba las cervezas, pues al simular ser musulmán, la adquisición de esa bebida, muy probablemente, levantaría sospechas sobre su origen, siéndole, además, imposible obtenerla en la mayoría de los puntos de venta. Bastantes domingos, en las tardes, los dos alemanes iban juntos a pescar, y otros, andaban al campo a recoger hierbas para los animales de la granja de Goldmann en la Misión.

Como hizo con De Julio, el doctor Dubois le consiguió a Schneider, al mes de su segunda llegada, un documento de un indigente, sin familia, que llegó ya fallecido al hospital, y que, como el anterior caso de De Julio

fue enterrado como un desconocido, convirtiéndose el desertor alemán en un marroquí en toda regla.

* * *

El goteo de refugiados que acudían a la Misión se incrementó sensiblemente durante el año, y abundó entre ellos el de jóvenes franceses con deseos de unirse a las fuerzas de la Francia Libre en el norte de África. Un par de polacos y un par de belgas pasaron con el mismo objetivo. Lombardi, como encargado de las evacuaciones, aprovechaba esta circunstancia para enterarse de cómo iban las cosas en la Europa ocupada, y después transmitir esas novedades a los amigos de la terraza del Boulevard Front de Mer.

Este año, la última reunión en el café– bar de Farid Mohamed tenía lugar en la víspera del día de San Silvestre. El doctor Dubois llegó con retraso, pero con la cara más alegre de lo acostumbrado, y se apresuró a comunicar a los asistentes:

- Hoy el té corre de mi cuenta. Me he ganado una cantidad nada despreciable de dinero en la lotería de Navidad y quiero celebrarlo. Unas treinta mil pesetas... ¿Para qué me servirán esas pesetas?… Para compensar en algo la mengua de ganancias por la crisis. No es que me haya hecho rico de la noche a la mañana, pero aliviarán mi situación económica. Georg Goldmann y yo compramos el mismo número; por tanto, la alegría es doble. Yo le di el dinero, y él eligió y compró el número que resultó premiado.

Todos felicitaron al doctor Dubois por su buena suerte de fin de año, agradeciéndole la invitación al té, acompañado esta vez de unos panecillos dulces que ese día se exhibían en la vitrina. Pero Dubois no venía solo, sino que traía a una persona consigo, para unirla a la tertulia, presentándola como Abraham Bodel, maestro de escuela francés, un buen amigo, comentando el docente al respecto:

- Amigo y paciente... Durante el curso pasado sufrí la rubeola..., y también de parotiditis, y de varicela, en este orden. ¡Qué cansancio me dejó la rubeola! ¡Qué dolores con las paperas! ¡Y con la cara toda embadurnada con aquella pomada negra, mal oliente y pegajosa que nada calmaba! ¡Qué picor con la varicela!... Y cuando ya creía que no me quedaba ninguna otra enfermedad por sufrir, este verano, ya en agosto, cuando daba clases

particulares a un grupo de niños que debían recuperar para exámenes extraordinarios, se me presentó una mañana uno con conjuntivitis. Al día siguiente me aparecieron los dos ojos rojos, y estuve ciego durante dos semanas. Estoy vivo de puro milagro... ¡Y yo huyendo de los desastres de la guerra!

- Esa es la desgracia de los maestros que no pasaron esas enfermedades infantiles durante su niñez; ahora se las contagian sus alumnos. Por cierto, yo le atendí una noche en la Clínica del Doctor Moulin por unas fiebres... Fue hace algún tiempo, y no he olvidado su cara – dijo el doctor Lombardi

- Efectivamente. Vivo al lado de un cuartel; allí se desencadenó un brote palúdico afectando a casi cien soldados. Alguno de aquellos mosquitos pasó a mi casa y me picó... Con la quinina que me recetó, se me pasó la fiebre y el malestar, y... hasta ahora. Eso sólo fue cosa de tres días. Me toca de todo.

- Por barrios y zonas se desencadenan brotes infecciosos cada cierto tiempo. Unas veces tifoideas, otras, infecciones urinarias, venéreas casi todas, así como de tracoma, tifus exantemático, diarreas... En alerta máxima estamos – comentó el doctor Dubois.

-Pero usted, siendo joven, ¿no estuvo movilizado cuando comenzó el conflicto, o ya vivía aquí por ese entonces? – preguntó el doctor Lombardi.

- Sí, lo estuve, y en primera línea, y cuando el avance alemán y la rendición, tuve que correr desesperadamente para no caer prisionero. Escondiéndonos y huyendo, llegamos a Bayona, donde, a punta de pistola, un grupito nos apoderamos de un pesquero, que se movía a motor y a vela, y huimos hasta aquí, donde, ya cansado de tanto viaje, me quedé. Los otros, en aquel cascarón de nuez, siguieron a Casablanca, con la esperanza de encontrar más posibilidades para salir adelante. El doctor Souchet me propuso volver a la guerra con él, pero preferí no precipitarme..., porque estaba muy seguro de que la guerra llegaría hasta aquí. De eso estoy muy convencido... Mal lo pasé en el frente, peor en la huida a través de Francia, mal en la travesía en barco, durante la cual sufrimos una tormenta de aúpa, y muy mal lo pasé durante los primeros meses en Tánger, hasta que me concedieron ese empleo en la escuela..., muy distante de ser una solución para mis pesadumbres. Cuando me recupere de tanta enfermedad infantil decidiré si ir a la guerra o quedarme.

- Y yo le recomendaría esperar aquí la evolución de los acontecimientos, un poco tranquilo, no sea que males peores le afecten en esos campos de batalla. Tenga en cuenta que durante esas enfermedades usted sólo reposaba algo más de una semana. Es fuerte, pero no debe abusar ni confiar demasiado en sus fuerzas. Le he recomendado descansar los domingos no dando clases particulares en días festivos... – dijo el doctor Dubois.

- Soy maestro sustituto, menos que interino, y cobro según el número de clases impartidas, muy pobremente pagadas. Carecemos de vacaciones, y ni festivos ni días de descanso están contemplados en mi acuerdo de trabajo, por eso estoy obligado también a trabajar durante los meses de descanso de los otros y hacer horas extraordinarias con clases particulares. Es difícil llegar a final de mes con algo de dinero en el bolsillo.

Siendo la novedad de esa tarde el maestro, otras preguntas de diversa índole cayeron sobre él, destacando las hechas por el doctor Pitt que consideraba muy insuficientes los días descansados por las enfermedades sufridas, preguntando al respecto a los médicos:

- ¿Cuándo tienen ustedes intención de tomar vacaciones?, porque, desde mi llegada a esta ciudad, no he visto que ninguno haya abandonado la ciudad.

- Eso no es cierto del todo. Yo me he ausentado de la ciudad en cuatro ocasiones desde que estoy en Tánger, siendo la primera vez en el treinta y seis; aunque por pocos días. Sí..., las vacaciones no están incluidas en nuestros acuerdos de trabajo. Nos conformarnos con los días y horas libres de actividades en la Clínica... Y, muy importante..., el descenso de trabajo de más de un quince por ciento me ha supuesto un buen descanso..., bien es cierto. Lástima que vaya unido a una bajada de ingresos. Pero estoy lejos de pasar necesidades. Mi mujer también trabaja en la Clínica, y tiene un sueldo, aunque pequeño... Aquí, en Tánger, por lo menos, no hemos oído cañonazos, aunque hayamos podido ver resplandores de los bombardeos sobre Gibraltar – aclaró Lombardi, añadiendo –: ¿A dónde vamos con las cosas como están? Mejor es permanecer tranquilos y sin movernos de este lugar en espera de tiempos mejores.

- Pero sus suegros sí han viajado, y están pasando las Navidades en su casa – dijo el doctor Monneret –. Ya conozco al señor Nadal.

- Él puede hacerlo al ser de un país no beligerante, pero a mí me han desaconsejado cruzar el Estrecho por ser italiano, y así evitar ser apresado como ocurrió con el hijo del señor Lorch. Mis suegros, por mi ideología, no querían saber nada de mí, y se disgustaron mucho cuando me casé con su hija, pero el tiempo borra todas la heridas..., y ya me aceptan tal y como soy. Han venido a vernos y a conocer a su nuevo nieto...

- ¿Qué ha sucedido con el señor Al – Yamil? Hace unos días lo vi por las calle vestido de militar. Es que ya no trabaja en la Clínica – preguntó el doctor Pitt al doctor Lombardi.

- Sí, aún continúa... Lo único que le pasa es que está movilizado cumpliendo el servicio militar.

- Pero ¿no están exentos de esa obligación los marroquíes residentes en Tánger?

- De eso no estoy seguro. Para nosotros, en la Clínica, Al – Yamil figuraba como marroquí, pero resulta que nació en Algeciras, y por eso es español a todos los efectos. Su padre se dedicaba a la exportación de pieles en ese entonces, se trasladó por razón de su negocio a Algeciras con su mujer, y allí nació su hijo, donde lo registraron con el nombre hispanizado de José Alyamil Yabuqui. El comisario Valgas se presentó un día en la Clínica con la requisitoria. El doctor Moulin quiso hacer valer todos los acuerdos del estatuto de la ciudad y de los pactos consulares, pero Valgas le hizo saber que todo eso no servía para ese caso, pues no se trataba ni de un asunto político ni de una detención. El Ejército le exige estar un número determinado de horas en el cuartel como encargado de la enfermería, más los días de servicios especiales en que debe permanecer las veinticuatro horas. El resto del tiempo lo dedica a la Clínica. Debe estar en todo momento localizado, porque a esta ciudad se la considera como de primera línea de fuego... Ahora es cabo, y pronto será cabo primera; así disfrutará de un sueldecito más decente que el actual – explicó Lombardi.

- De esa forma, cuando usted lo llamaba don José por haberse casado con la comadrona sevillana Carmen, en recuerdo de la novela de Merimé y de la ópera, le decía su verdadero nombre. Veremos si se convierte también en un desertor como el protagonista – dijo el doctor Philippe Monneret.

- Así resultó, y su vida trascurre ahora entre el cuartel, la Clínica del doctor Moulin y su casa. No osa ir a ningún otro sitio, pues debe estar siempre próximo a un teléfono por si lo requieren. Sus paseos se reducen al trayecto entre los tres edificios: casa, clínica, cuartel. Es decir, C C C. Por

suerte, como dice, el trabajo en la enfermería del cuartel no es mucho, quedándole tiempo para hacer trabajos y guardias en la Clínica, sin agotarse demasiado.

- Esperemos señor Bodel que nos acompañe muchas tardes en esta reuniones – dijo el doctor Pitt.

- También lo desearía, pero, como ya dije, me encuentro en la necesidad de hacer muchas horas extraordinarias, y así poder ganar algo mínimamente decente para vivir. Es muy raro el día con horas de tarde libres.

IV

- ¡Pero qué alegría el verlo de nuevo por nuestro banco, Sir Lancelot! – exclamó el director de la sucursal del Sandy & Lot Bank de la Main Street, en Gibraltar, al entrar el doctor Pitt en este establecimiento, añadiendo –: Hace una semana registré en su cuenta el último envío recibido de Londres... Supongo y espero que no hayan sido motivos de salud la causa de ese gran retraso en visitarnos.

- Yo también me alegro de volver a verlo, Mister White, y, por suerte, no fue la salud la causa de esa ausencia, sino todo lo contrario, mi buena estrella. Los norteamericanos publicaron una nueva edición de mi libro "Tratado de Traumatismos Oculares", y me pagaron muy generosamente. Bien sabe usted la importancia que tienen en medicina los traumatismos actualmente... Médicos franceses de Casablanca lo tradujeron a su lengua; fue el mismo editor, el señor Delage, quien vino a traerme el cheque a Tánger. Un aumento de mi consulta por enfermos particulares procedentes de Tetuán y de otros lugares de la zona del Protectorado Español ha incrementado mis ganancias... En fin, que me he encontrado con más dinero del necesario para mis gastos. ¿Para qué venir?... ¿A exponerme a nuevos bombardeos como sucedió en aquella ocasión, aunque sólo fuera un conato sin consecuencias mayores?

- Bueno... ¡Eso ya pasó! Aún hay alarmas, pero son más bien de advertencia... Dominamos toda esta zona, y los enemigos no pueden ya llegar hasta aquí..., y no nos podemos quejar, pues comparado con lo que han tenido que sufrir los habitantes de Londres o de Malta, esto no ha sido nada. Lo malo es que hubo necesidad de evacuar a casi toda la población civil. A mi esposa, que es llanita, y a mis hijos los enviaron a Belfast, y a varios de sus familiares, nada menos que a Jamaica. A mis cuñados, los dos hermanos de mi mujer, los tienen movilizados en la flota del Mediterráneo... Así que de civiles, sólo hemos quedado cuatro incautos y veinticuatro monos. Los envidio a ustedes, los de Tánger, por no haber tenido que sufrir bombardeos.

- Pero hemos tenido que soportar la ocupación española – comentó al respecto el doctor Pitt.

- ¡No me hable, no me hable...! ¡Antes que eso, prefiero los bombardeos! – exclamó Mister White en voz alta echándose las manos a la cabeza.

Y mientras recogía su dinero, el doctor Pitt le dijo al director:

- Quedamos esta noche para una partida de bridge en el Honey Club.

- ¡Cómo no! Un par de militares, que están recuperándose de heridas provocadas durante el desembarco en Sicilia, nos acompañarán en esa batallita. Buenos jugadores...; es una lástima lo de su próxima partida, en dos semanas, para reincorporarse a su regimiento.

Con esa cantidad, el doctor Pitt, que esta vez viajaba acompañado de su esposa, iba a emprender un viaje a Granada para conocer la Alhambra y la ciudad, pero se sintió muy halagado cuando sus colegas del Peñón le solicitaron de nuevo el impartir unas conferencias sobre infecciones y traumatismos oculares a un grupo de médicos jóvenes que esperaban una pronta partida para el norte de África e Italia. En Gibraltar ya poco o nada existía el temor de bombardeos, y por la cuestión económica no tenía tampoco porqué preocuparse. Así prolongó, en siete días más, sus vacaciones, previamente programadas para tres. "Una semana de charlas es mi contribución a la guerra", se decía como en forma de consuelo.

Como no podía ser de otro modo, el tema principal de la conversación de la tertulia de la terraza del Boulevard Front de Mer a la vuelta del doctor Pitt fue su viaje al sur de la Península Ibérica, sobre el que tuvo que responder a las más diversas preguntas de personas que sentían hastío de estar siempre en el mismo sitio. Por suerte, la buena descripción de las maravillas que vio, les hizo olvidar por una tarde esa pena, y mucha gracia les causó el contemplar una fotografía que les mostró, en que el doctor Pitt y su esposa aparecían ataviados con vestimentas de reyes árabes, de su visita a la Alhambra.

- Esas conferencias dadas en Gibraltar debe repetírnoslas. Conoce suficiente francés como para que podamos entenderlas – le dijo al doctor Pitt el doctor Monneret.

-Sí, pero con la condición de que ustedes den otras charlas sobre sus especialidades y conocimientos Con conferencia cada una o dos semanas, la espera por la victoria se nos hará más soportable.

Contestándole el doctor Monneret al respecto:

- Acepto el desafío. Usted comienza, Sir Lancelot, y yo me comprometo a dar la siguiente. Y tú, Dubois, vete ya preparando algo. A Al – Yamil le pediremos que nos hable de la medicina tradicional marroquí, aunque se queje de no tener tiempo para nada al estar controlado las veinticuatro horas del día. Cuartel, Clínica y casa; de ese triángulo lleva meses sin salir. La semana pasada me tropecé con él; estaba contento porque lo ascendieron y gana ahora un poco más. Al estar todo el día ocupado, no tiene tiempo para aburrirse, pues esa variedad de frecuentar tres sitios le hace muy soportable su falta de libertad. El trabajo en la enfermería del cuartel, al parecer, es más bien poco, por lo que es muy descansado y no lo agota; además, la mayoría de sus pacientes son paisanos suyos, pudiendo charlar con ellos sobre asuntos de su país, conversaciones que les son muy provechosas y entretenidas, cosa que rara vez puede hacer en la Clínica, donde los pacientes son casi todos europeos... Y usted Rodrigues dos Santos, debe ya ir sacando temas interesantes de su archivo de periodista.

-¡Si no soy médico ni sé nada de sanidad! – exclamó el señor Dos Santos.

- ¡Mejor que mejor! Háblenos de algo curioso y entretenido: de cultura, de literatura, de música, de pintura...

- ¡Ahora que me lo recuerda!..., podría hablar de mis pintores favoritos, Delacroix y Matisse, franceses los dos, como bien saben ustedes, muy relacionados con Marruecos. Tengo varias láminas de ellos, y podría comentarlas...

- ¡Eso sería magnífico!..., y pase lo que pase, esa charla no me la perderé... Pero del doctor Morán ¿qué podemos esperar? – dijo Sir Lancelot Pitt.

- Ya encontremos una ocasión para hablar con él, pues por aquí no viene para que pueda venir Lombardi... Como le ordenaron al principio de la ocupación que no abandonara la ciudad, no le gusta mostrarse en un lugar descubierto y tan a la vista como éste donde tan abiertamente hablamos de la guerra... Como no somos españoles, a nosotros nos respetan, a pesar de nuestras opiniones aliadófilas, pero él, como hispano,

tiene ciertos reparos, y teme verse envuelto en una situación comprometida. Seguro que no se negara a hablarnos de algunos de sus conocimientos sobre enfermedades de su especialidad... Lombardi nos disertará sobre su tesis: parasitosis y cirugía – dijo el doctor Monneret.

Y la tertulia continuó concretando puntos, acordando temas, buscando soluciones para los problemas planteados, así como un lugar para las reuniones, siendo elegido, después de varias consideraciones, el salón de actos del Hospital de los Muy Pobres. Y en Francia se produjo, por fin, el tan ansiado desembarco aliado...

* * *

Desde la ocupación de la ciudad en el cuarenta y uno, el que aparecieran españoles en la Misión pidiendo ayuda no era cosa rara, pero jamás por una razón de persecución política, tratándose siempre de pobre gente llegadas a la ciudad en busca de trabajo y, también, de marginados de la sociedad que vagabundeaban de un lugar a otro sin saber el porqué de su peregrinaje. Así que el hecho de que llegara uno de esos hispanos por un asunto relacionado con la política, bien les extrañó, y no fue pequeña la sorpresa cuando el padre Atienza comprobó que se trataba de un recomendado de Mossén Cugat, su gran amigo de Barcelona. No traía ninguna carta ni nota, sino unas frases y un recuerdo, sólo conocido por ellos, y que serían usados únicamente para casos como éste. No le dio nota escrita por evitarle complicaciones al fugitivo, al no ser su destino Tánger y no estar en su itinerario el pasar por la ciudad internacional, pero, por si acaso, Mossén Cugat le dio esas consignas para el padre Atienza, que éste tomó por seguras al ver colgado en su cuello un crucifijo, haciéndole exclamar:

-¡Se trata del Cristo de la Victoria, de Vigo! Eso sólo se lo pudo haber dado mi buen compañero Cugat.

Durante sus estudios en los seminarios, los dos fueron seleccionados para dedicarse a la enseñanza: al padre Atienza, en el de Bilbao, se le ordenó que estudiara Magisterio, y a Mossén Cugat, en el de Barcelona, que se licenciara en Filosofía y Letras; estudios que debían compaginar con los del seminario. Los dos eran de la misma edad, diferenciándose en que Atienza era alto y delgado, y el Mossén, bajo y grueso. Para estudiantes corrientes, eso de hacer dos estudios al mismo tiempo hubiera sido muy difícil, pero, para ellos, encerrados en un seminario y con mucho ánimo de estudios, no fue ni pesado ni difícil. Mossén Cugat se licenció y se ordenó

en el mismo año, y el padre Atienza se hizo maestro dos años antes de ordenarse sacerdote. Al acabar, los dos fueron destinados a un colegio religioso de reciente creación en Vigo. El padre de un alumno, orfebre de profesión, les hizo esos crucifijos, en plata, y se los regaló. Desde entonces los llevaban consigo, colgados al cuello, y prometieron no quitárselos jamás. Luego, los dos amigos pasaron a Barcelona para trabajar en otro colegio religioso. En el caso del Curé Leduc, fue al revés, pues acabado el bachillerato se hizo licenciado en ciencias, trabajando primero en la educación, después participó en la Gran Guerra, y al terminar la contienda, por una crisis de conciencia debido a los horrores presenciados y sufridos en aquellos campos de batalla, ingresó en un seminario donde se hizo sacerdote, y desde entonces siempre había estado en misiones, en África, sin volver a Francia; era lo que se consideraba una vocación tardía.

- Mucha confianza debía tener en usted mi compañero Cugat para desprenderse de esa cruz – le dijo el padre Atienza, desabrochándose los botones superiores de su sotana y enseñándole una similar que llevaba consigo.

- No se preocupe por eso, Mossén Cugat conserva aún la suya. Ésta la sacó de una cajita. Yo no quería cogerla porque nunca he llevado esas cosas encima, pero me convenció al decirme que esa cruz podría ser un atenuante caso de una detención durante mi huida, pues al llevarla en el cuello, tal vez no me tomaran por un rojo empedernido.

El padre Atienza, al valorar las pruebas mostradas, consideró sincero al recién llegado, pero el Curé Leduc, dudando aún, le preguntó si conocía a alguien en Tánger.

- Sí, al dentista David Cuenca y a su mujer

El doctor Cuenca no tardó en llegar, pues ya estaba camino de la Misión para pasar la consulta, y al ver al nuevo refugiado, no pudo ocultar su sorpresa y su alegría, dándole un abrazo y exclamando:

- ¡Si es Tomás, el hombre que tanto nos ayudó y a quien tanto debemos!..., ¡y a tantos ha salvado!

A esto siguieron otros elogios que bien convencieron a los miembros de la Misión de que se trataba de un hombre cabal en todos los sentidos. David Cuenca le preguntó por Mossén Cugat, Albert y Golib; estos dos últimos desconocidos para el padre Atienza.

Al tratarse de un refugiado político de esa clase, fue llamado, de urgencia, el doctor Lombardi, responsable de las evacuaciones, entrando en el salón de la reunión en el momento en que David Cuenca pasaba al consultorio donde lo esperaban cuatro pacientes, mientras decía:

- Hoy he tenido dos alegrías: la de haber vuelto a ver a Tomás, y la de recibir una carta de Tetuán con la autorización para ejercer mi profesión en Tánger... Bueno, ya venía ejerciendo, pero a partir de hoy, lo haré legalmente del todo. ¡Ah..., Tomás!, mañana volveré con mi mujer para hablar largo y tendido..., y prestarle toda la ayuda posible dentro de nuestras posibilidades. Esta tarde, desde aquí me voy al gabinete del doctor Souchet, donde trabajo de dentista ayudante.

Como Tomás aún no había comido, se le trajo algo de embutido y pan, y mientras lo ingería, convencido de que aquellos tres lo iban a ayudar, comenzó a dar explicaciones de su vida, de cómo conoció a Mossén Cugat, y, someramente, sobre el asunto en que estaba metido de ayuda a refugiados procedentes de Francia, así como algo del encontronazo a tiros con los agentes alemanes, viéndose en la obligación de huir, describiendo el suceso sin grandes detalles, pero sin preocupación, pues ya el Mossén le había bien aclarado que la gente de la Misión era de entera confianza. “Muy probablemente, de aquellos cuatro agentes no quedó ninguno con vida. Vinieron a matarme a mí, y yo actué primero, en mi propia defensa..., quede bien claro”, dijo por último al hacer una pausa para comer un poco más y pasar a la segunda fase de su relato, la referente a la huida desde Barcelona hasta Tánger. Decidió omitir el hablar de su mujer y de su hija si no se lo preguntaban. Menos mal, se decía a sí mismo, que el asunto de su matrimonio lo llevaba con el máximo secreto, y nadie sabía en Barcelona de su mujer.

Así Tomás entró en la fase de contar lo sucedido en su fuga. Después de lo ocurrido en la calle Conde del Asalto, se puso en contacto con Mossén Cugat, y luego, con sus auténticos jefes, los agentes ingleses en Barcelona, que, como primera medida, lo ocultaron en un piso, dándole la noticia de la llegada de unos agentes especiales de Alemania, de esos que no fallan nunca cuando buscaban a alguien, para perseguirlo por toda España hasta dar con él, viéndose, por lo tanto, obligado a permanecer oculto y desaparecer de Barcelona y de España. Al preguntar si las policías españolas también lo perseguían, la respuesta fue no, pues los alemanes no confiaban en ellas, y, en su persecución, estaban muy convencidos de que sólo les servirían de estorbo. Eliminar a Tomás era un asunto prioritario para el III Reich.

Con la disculpa de que los pilotos y otros huidos tenían preferencia para la evacuación, estuvo encerrado en el piso de Barcelona más de un mes, donde se enteró del desembarco aliado en Francia, dándole a pensar que su organización de ayuda a pilotos, al no tener ya razón de existir, desaparecería, como así ocurrió en el mes de julio. Fue evacuado a Madrid en un coche diplomático de un país neutral y encerrado en otro piso, esta vez interior, caracterizado por muy poca luz, y donde sólo venían a verlo cada pocos días para traerle algo de comida. Como entretenimiento sólo disponía de tres novelas en español, de Pío Baroja, y de varias revistas en inglés, pero con muchas fotografías, por suerte. Uno de los ingleses le contó que los alemanes tenían en su poder un perfecto retrato robot de su persona. Por lo tanto, el único sitio seguro para su persona, en Madrid, era aquel lóbrego piso.

Pasado un mes, cuando ya muy grandes los deseos de escaparse de aquel encierro, pues consideraba que los alemanes, con las derrotas en Francia, tenían asuntos más importantes de preocupación que de un simple Tomás, los ingleses lo vistieron de cura y lo enviaron a Algeciras, de paso para el Marruecos Francés, con un billete de tren de primera clase, y con documentos falsos, por supuesto. Esos papeles no necesitó usarlos durante el viaje porque los policías, al pedir la documentación a los de su compartimento, a él no se la exigieron por la vestimenta religiosa. Tenía que presentarse en Algeciras en una casa de una calle llamada del Río, donde le darían nuevo salvoconducto, billete de barco e instrucciones, pero, al llegar, se encontró que su única puerta estaba cerrada con dos candados, y ninguno de los dos pisos tenía ventanas abiertas. En verdad, de aquel inmueble no se desprendía ningún aliento de vida. Allí debían hacerle la entrega de un billete para el barco a Ceuta y de un salvoconducto hasta Tetuán, de donde lo pasarían al Marruecos Francés. Siguió caminando, y, al pasar por una calle, vio un almacén abandonado en el que entró para quitarse el atavío de cura. De nuevo sin ropa de clérigo, volvió a la calle del Río por si la puerta de la casa estuviera ya abierta, pero seguía igual. Entonces se fijó en que los candados estaban herrumbrosos al máximo; lo mismo pasaba con las bisagras y con cerraduras de la puerta y de las ventanas. Buena falta de pintura tenía la pared de la casa, así como las maderas de la fachada...; y debería hacer años que no había sido abierta, en la que nadie entraba y de la que nadie salía, a no ser ratas o gente del hampa; era una propiedad condenada, sin duda alguna. Paseando se fue hasta el puerto, donde, contemplando el Peñón y la ciudad de Gibraltar, se le ocurrió pensar, y era lo más probable, que, debido al avanzado proceso de liberación de Francia, al no haber más necesidad de rescatar aviadores por el método de pasar los Pirineos, los ingleses, a él, Tomás, en vez de mandarlo a Casablanca, lo mandaron a la porra..., y ya absolutamente

nada podía esperar de la organización de ayuda a pilotos, muy probablemente, ya extinta.

Hasta aquí, el fugitivo Tomás había narrado la parte pasiva de su viaje de huida; ahora le correspondía contar cómo se las arregló para, por sus propios medios, llegar hasta la Misión, pero antes de continuar pidió un pequeño favor:

- Esta rodilla derecha, por culpa de un mal salto dado desde una altura en el muelle de Algeciras, me está doliendo mucho. Cojeo algo de ella a consecuencia de una vieja herida de guerra. ¿Tendrían ustedes algún calmante a mano?

El padre Atienza se levantó y salió del salón, volviendo a los pocos minutos portando una bandejita con un vaso de agua y dos comprimidos para dolores, que ofreció a Tomás, ingiriéndolos de inmediato. Seguidamente entró Georg Goldmann portando una bandeja grande con varios vasos de té y pastas para que se sirvieran los presentes, y se sentó a escuchar la continuación del relato del recién llegado, que continuó así su narración:

- Anduve toda la tarde por las calles y callejones de Algeciras, por la zona del puerto, por la plaza del mercado y por la plaza de la iglesia, muy bonita, por cierto, entrando en bares y tabernas, pidiendo café, un vaso de vino o algún refresco, mientras pensaba en cómo salir de la ciudad... La verdad sea dicha, no se me ocurría nada..., y ya empezaba a desconcertarme, cuando vino a mi memoria que un primo mío tenía una carpintería en una calle llamada del Ahorcado..., o del Ahogado. Pregunté, y me dijeron que ya le habían cambiado el nombre a ese callejón, pero me indicaron el lugar en que se encontraba, dirigiéndome allí, pero no pude ver ningún establecimiento relacionado con la madera. Entré en un colmado de esa calle y compré algo de comida y una bota de vino; al preguntar al vendedor si se acordaba de una carpintería, me respondió que su dueño, mi primo, se había trasladado a San Roque hacía tres años... Pues bien, se hizo de noche... En el puesto de venta de billetes de barco del puerto ya me había enterado de que a las ocho de la mañana del día siguiente salía un vapor de carga y pasaje para Ceuta.

“Carente de salvoconducto, como estaba, no me venderían billete, por lo que no me quedaba otro remedio que intentar saltar la verja del puerto para poder viajar de polizón. Por la mañana, ya sabía lo que me esperaba si no lo hacía de ese modo: control a la entrada del muelle, control al subir al barco... Me puse a recorrer la verja para encontrar el sitio más

oscuro y realizar el salto al otro lado. Iba a entrar en un bar, situado frente a la parte con menos claridad de esa verja, cuando un camión se detiene junto a ella. El camionero entró en el local, y yo, no desperdiciando la ocasión, me subí, rápidamente, a la caja y a su carga de sacos, lancé la bolsa que llevaba con la sotana, el sombrero de cura, otras pertenencias y lo que había comprado de comida aquella tarde por encima de la verja, agarré las puntas de lanza de dos barrotes y me coloqué, colgando, al otro lado. Maniobra muy peligrosa por lo afilada de las puntas. Me deslicé como pude, haciendo un gran esfuerzo para sujetarme bien a los barrotes, llegando un momento en que tuve que desprenderme, por llegar al muro de mampostería en que se sujetaba la verja, y dar un salto para pisar tierra, sintiendo un fuerte dolor en la rodilla derecha, previamente lesionada por una vieja herida de guerra, y ya muy mejorada gracias al tratamiento de un curandero, porque, al principio, en el parque de automóviles, cojeaba y dolía de verdad. Mucha vigilancia en la puerta, pero dentro del muelle, nada. El mal salto casi me impide ponerme en pie".

Tomás hizo un alto en su disertación para beber unos sorbos de té y comer un par de pastas, mientras el padre Atienza le ofrecía también la bandeja con queso y chorizo, sirviéndose también algo, y siguió hablando:

- Si bien me dolía la rodilla, cojeando pude caminar por aquel muelle casi en tinieblas, y llegar hasta el barco, lo único verdaderamente iluminado: unas cuatro luces encendidas, para mi suerte. Al pie de la escala no había ninguna vigilancia, y, sin complicaciones, subí a cubierta, donde se oían voces procedentes de una puerta abierta hacia la popa. "Debería ser la cocina", pensé... Corrí hacia la proa, llegando a donde estaba la tercera clase, bajé una escalera estrecha y, por último, entré en un gran camarote con muchas literas, distinguibles por la muy tenue luz de una bombilla piloto. Me coloqué debajo de uno de aquellos camastros y me dormí... Desperté cuando estaban subiendo los pasajeros al barco y la luz del Sol penetraba por los ojos de buey. Salí de mi escondite y pasé a cubierta, donde estaban acomodados, o mejor dicho, sentados en el suelo, muchos legionarios, mientras otros subían aún por la escala. Me coloqué entre ellos, también en el suelo; como se disponían a desayunar lo que llevaban, pan con chorizo, yo saqué también lo mío, pan de maíz con queso, y la bota con vino comprada, como los alimentos, el día anterior, ofreciéndosela a los más cercanos legionarios, presentándome también como antiguo legionario y caballero mutilado. Temas para hablar había suficientes, pues algunos, como yo, estuvieron en la guerra, y agradecían el vino porque así el chorizo les sabía mejor. Ya el barco estaba en alta mar y daba algunos bandazos, pues el tiempo distaba de ser bueno, cuando apareció un sargento para comprobar cómo estaba la tropa. Al ver una

oveja negra entre tantas blancas, se fijó en mí...; en su cara expresó extrañeza y pronunció mi nombre como preguntándome si así me llamaba. Había sido compañero mío de la Legión durante la guerra. Él había llegado a sargento, y a mí, en el parque de automóviles me ascendieron a cabo, ascenso conseguido por el capitán del parque automovilístico para que pudiera cobrar algo de sueldo. Junto con mi amigo, pasé la travesía sentado en el salón de segunda clase; el sargento me invitó a café, y yo invité a coñac a él y a otro compañero suyo, que se bebieron como si nada una botella. Les expliqué a los dos que venía de Madrid, donde había trabajado desde el final de la guerra en un taller de reparaciones de vehículos, y que, por cierre del negocio, me trasladaba a Tetuán para emplearme en lo mismo con un primo mío. Al llegar a Ceuta, como vinieron camiones a recoger a los legionarios, mi antiguo amigo me metió con él en la cabina del camión que lo llevaría a su destino, consiguiendo salir de la zona portuaria en el convoy de legionarios sin pasar controles... Pues bien, me llevó hasta Tetuán, donde nos despedimos; los camiones siguieron a no sé dónde. Ése debería ser el lugar donde los agentes ingleses me recogerían para pasarme a la otra zona...; pero ahora, abandonado, ¿qué ruta seguiría? Era ya tarde, en el zaguán de una casa volví a vestirme de cura, y me aventuré a entrar en una pensión, donde me inscribí con los papeles falsos y pasé la noche. Decidí dirigirme a Tánger al siguiente día, de acuerdo con la recomendación de Mossén Cugat caso de que fallara el proyecto de los ingleses. Salí de la pensión y tomé el autobús para Tánger, cuya parada estaba muy cerca de la pensión; todos los pasajeros eran marroquíes, menos yo. Un policía de paisano pidió salvoconductos a los viajeros, y al llegar a mí y verme en hábito de cura, mientras yo me disponía a enseñarle mis falsos documentos, poniendo por delante la credencial de sacerdote, y ya tenía inventada una historia por si me pedía el salvoconducto, alegando prisas por la enfermedad del párroco de la iglesia de San Elías, cuando me dijo:

“- No se moleste, padre, mi hermano se ordenó sacerdote este año”.

“A lo que le contesté”:

“ - Me alegro, y que Dios lo bendiga, y a ti, también, hijo – y le hice la señal de la cruz con la mano –. Sí..., muchos controles por todas partes”.

- Pues perseguido como está por esos agentes especiales, cómo se le ocurrió venir a meterse en una guarida del lobo como es esta ciudad, porque aquí hay más agentes extranjeros que en toda España. No deseo asustarlo, pero en Tánger se encuentra usted como un ratón encerrado en

una habitación con diez gatos. En fin, como siempre he dicho, cada refugiado llega a la Misión con una historia a cual más interesante... También esos problemas influyen más en los pacientes atendidos en las consultas que la enfermedad que los lleva a ver al médico... En este caso, la evacuación es un asunto de suma urgencia... – dijo Lombardi.

- En eso le doy toda la razón, doctor Lombardi, pero, muy probablemente, esos agentes pensarán que éste sería el último sitio al que lo enviarían sus amigos ingleses. Para los alemanes, esto es un lugar aparte de España, y sus agentes están aquí por otros motivos, y con todo lo que está sucediendo ahora en Francia, y también en Alemania, el asunto que lo obligó a huir ya ha pasado a un último rango. Ya no es necesario pasar pilotos por los Pirineos, porque los retenidos en Francia, o están liberados, o a punto de serlo – comentó el padre Atienza, y añadió –: A usted lo alojaremos en una habitación especial, oculta, para que ni policías ni agentes alemanes puedan detectarlo. Tal vez se sienta un poco preso, mas es necesario. Pero no se preocupe, no le cerraremos la puerta con llave, y se podrá ir cuando quiera. Será hasta que encontremos una solución a su caso.

- Por el coste de la habitación y de la comida no debe preocuparse – dijo Tomás mientras exhibía un fleje de billetes, y enseñándoles la sotana y el sombrero de cura, les comentó –: A los ingleses de Barcelona les gusta disfrazar a la gente. Ustedes no se lo pueden imaginar. ¡A mí, de cura, con esta cara que tengo...! Si necesitan una sotana, ahí la tienen. Es de la mejor calidad...

- Con esa cantidad, aquí puede aguantar más de un año viviendo muy bien, pero en la otra zona, la francesa, no vale absolutamente nada – le aclaró Lombardi.

V

Con la presencia en Tánger del matrimonio Cuenca y de Tomás ya se podía decir que se establecía un lazo entre la red de ayuda a pilotos de Barcelona – aunque completamente desaparecida – y la Misión de los Bienaventurados de Tánger, lugar de acogida para desamparados de todo el mundo, unos y otros fugitivos con necesidades de ayuda. Como el asunto de los Cuenca se había resuelto satisfactoriamente, ahora correspondía resolver de forma similar el de Tomás, y se debía encontrar una rápida solución dada la gravedad del caso. Urgía sacarlo de Tánger y ponerlo a salvo en el Protectorado Francés, fuera como fuera.

Se barajaron tres opciones. Una de ellas, la de evacuarlo por tierra a pie, atravesando las montañas, pero, después de lo sucedido con el alemán Günter Schneider porque la vigilancia de la frontera se había vuelto muy intensa, se desestimó pronto esa vía de huida. En lo de enviarlo por tren, con un pasaporte falso, como propuso el Curé Leduc, tampoco resultó, pues el documento que le hicieron, quedó tan mal, que hasta el más ignorante se hubiera dado cuenta de su falsedad... ¡Y con lo caro que costó!... Por lo visto, la falta de tintas apropiadas fue la causa.

- ¡Tantos pasaportes que entregué yo!... ¡Todos perfectos! ¡Y miren lo que me dan a mí!…, una chapuza– exclamó Tomás al verlo.

- Así ocurre siempre. Y eso que en Tánger hay falsificadores perfectos..., cosa bien comprobada por nosotros en nuestra ayuda a refugiados. Solamente nos queda salir de la zona española por mar. Usted irá a Larache en coche, y desde ese lugar, los del Istiqlal lo llevarán en un velero hacia el sur, a algún punto del Marruecos Francés – le comunicó Lombardi ante la imposibilidad de las otras opciones –. Los del Istiqlal son buena gente. Devuelven favores a quienes se los hacemos.

Tomás no entendió la palabra Istiqlal ni se preocupó de preguntar su significado, y tampoco Lombardi trató de explicárselo. A las tres semanas, el médico Lombardi llevaba a Tomás en su coche camino de Larache, de donde se haría a la mar en un barquito de pesca hacia la zona francesa.

- Hacía cuatro meses que tenía el coche paralizado en el garaje, con dos neumáticos y dos cubiertas rotas. He conseguido una cubierta recauchutada y un neumático reparado. Sólo llevamos cuatro ruedas, pero carecemos de repuesto. Si falla una..., a caminar. La gasolina para este largo trayecto tampoco fue fácil conseguirla, pues sólo nos dan un chorrito al mes, y eso cuando la hay, cosa no muy frecuente... Sé que me arriesgo mucho; saldremos por una vía secundaria para evitar controles, aunque llevemos salvoconductos: el mío, auténtico, y el suyo, falsificado. A veces, a la salida, son muy meticulosos en lo de controles – contaba Lombardi cuando ya estaban en camino y se metía en una pista de tierra, un sábado por la tarde, correspondiente a un fin de semana libre de trabajo en la Clínica.

Entregado Tomás a quienes deberían pasarlo, en la tarde del domingo volvía Lombardi a Tánger acompañado esta vez de dos miembros del Istiqlal, que le aseguraron que el método elegido de evacuación, el del barco de pesca, en la noche, era el mejor para aquella zona, siendo, asimismo, el más utilizado por su organización para pasar de uno a otro protectorado. Lo de pasar la frontera por tierra se había vuelto ya muy difícil, como se había comprobado con Schneider.

* * *

Ya en la Misión consideraban como resuelto el problema de Tomás, cuando, después de una semana, se presentó este hombre de nuevo en la Misión.

- Salimos a la mar según se hizo de noche. No había luna y la oscuridad era completa. Durante las primeras horas de viaje todo fue bien, pero entonces se presentó, súbitamente, un viento intenso levantando olas que se hacían verdaderamente peligrosas para aquel barquichuelo, de forma que el patrón y su ayudante decidieron dar la vuelta e intentar salvarnos. Ya llevábamos una hora con lo del retorno, y algo amainaba el vendaval, cuando una fuerte ráfaga de viento rompió el mástil y quedamos al garete en aquel oleaje... Así nos vimos obligados a agarrar los remos y remar hacia la costa... Estando ya cerca de la orilla, constituida por una playa

larga, la barca volcó. Nadamos hacia tierra haciendo no pocos esfuerzos, pero sí ayudados por las olas que nos empujaban unas veces, y otras, que nos impedían avanzar; así pudimos alcanzar la arena, no sin lastimarnos con algunas piedras pequeñas. Rendidos y empapados, estuvimos largo tiempo tendidos en el suelo mientras nos decíamos palabras en señal de estar aún vivos. No había donde guarecerse, pero, a pesar del viento, el frío no era intenso. Nos despojamos de las ropas mojadas y esperamos a que se hiciera de día y se secaran..., y también nosotros, claro. Al despuntar el día vimos la barca destrozada sobre unas rocas. Ya con la ropa seca, emprendimos el camino de retorno a Larache. Por suerte, el dinero que llevaba en los bolsillos del pantalón, lo pude salvar.

- ¿Qué hizo toda esta semana allá, Tomás? – le preguntó Oreste Lombardi.

- Pues hacer el vago y pasearme. Había perdido el temor a exhibirme, porque, después de un naufragio como aquél, todo mal que me viniera, me parecía pequeño. Alquilé una habitación en casa del patrón, al que le daré algo del dinero que dejé aquí al padre Atienza para enviárselo cada mes a mi mujer, en Barcelona, y así compensarle la pérdida de la barca.

- No se preocupe por eso... El Istiqlal tiene previsto esos casos, y le conseguirán una nueva.

-Bueno, yo ya le di algo..., y también al muchacho que lo acompañaba. Mal no les irá ese dinero... He decidido que no me voy a quedar escondido en la Misión. Me buscaré un trabajo y saldré a la calle como cualquier otra persona. Soy chófer y mecánico; algo encontraré... Con las derrotas sufridas últimamente, los alemanes tienen asuntos más importantes de preocupación que de un simple Tomás.

- Puede ser que tenga razón, y hasta yo opino lo mismo... Pero no se exhiba mucho por la ciudad y no se confíe demasiado. ¿Cómo hizo el viaje de retorno?

- Esta mañana, muy temprano, me metieron en la cabina de un camión que transportaba sacos de judías y de trigo.

- ¿Y cómo le fue con los controles?

- Sin novedades dignas de mención. Al llegar a Tánger, uno de los vigilantes preguntó al conductor qué pasaba con su ayudante habitual, y le respondió que estaba enfermo y yo lo sustituía... No me pidieron

documentos. Esta ciudad me gusta; aquí llegué y aquí me quedo. Por lo menos, para un año tengo dinero. Al otro lado ¿qué me espera?...: la cárcel o un campo de concentración..., pues con los brazos abiertos no me van a recibir. Que el destino decida aquí.

Lo cierto es que Tomás se quedó a vivir en Tánger. El dentista David Cuenca le consiguió un trabajo de mecánico en el taller de un correligionario suyo, ya mayor, necesitado de un mecánico ayudante porque veía cómo sus fuerzas se debilitaban ante el duro trabajo del taller. El viejo Leví Benamor pronto pudo comprobar que en vez de compartir sus ganancias, ésas se vieron incrementadas, pues al ser Tomás un gran maestro en la mecánica de motores, enseguida su fama se extendió por la ciudad, y de todos los barrios acudían vehículos para reparar. Aun cuando el parque automovilístico estuviera muy reducido, los dos socios hacían buen negocio, ingeniándoselas para conseguir piezas de repuesto, que unas veces eran obtenidas de la chatarra, y otras, encargando a artesanos locales las piezas diseñadas por Tomás. Así paliaron bastante las necesidades de esos recambio tan necesarios para que el menguado número de vehículos de la ciudad pudiera seguir funcionando. A las preguntas hechas al maestro sobre quién era su nuevo ayudante, el viejo Leví contestaba que se trataba de un sobrino suyo recién llegado de Ceuta.

- Este caso de Tomás, tanto en su primera llegada como en su retorno, es muy idéntico al del alemán Günter Schneider. Todo refugiado trae una gran historia consigo, y ésas, muchas veces se repiten, Curé Leduc. Menos mal que al ser los dos hombres fuertes y de mucho temple, poco parece que han repercutido esos acontecimientos en su salud – le dijo Oreste Lombardi al responsable de la Misión.

* * *

Con la liberación de Francia, el número de refugiados de ese país que acudían a pedir ayuda a la Misión de los Bienaventurados se redujo casi a cero, y no del todo a cero, porque aparecieron dos que, sin duda alguna, eran partidarios del Gobierno de Vichy. Tan pronto como pudo Lombardi los puso en contacto con un comerciante, abiertamente de esa tendencia, que tampoco tardó mucho en encontrarles colocación: a uno, de profesor, como era, y al otro, de contable de una empresa, como también correspondía a su profesión. Bastantes colaboracionistas, en su huida, no

necesitaban llegar a sitios más lejanos porque eran acogidos, más o menos bien, en la Península Ibérica. Pero también los había pretendiendo alcanzar Marruecos y Argelia, con la esperanza de que la represión contra ellos en esos países fuera menor que en la Metrópoli; y personas de esas tendencias llegaban a la ciudad donde eran socorridas por familiares, amigos, o instituciones de carácter conservador. Con las victorias aliadas, la Misión ya dejó de ser lugar de refugio de defensores de la causa de la libertad. Pero no fue este hecho el determinante del cierre definitivo del albergue de la Torre de Babel, sino un suceso extremadamente desagradable: la detención de un peligroso criminal en su recinto. Bien es verdad que la policía ya había hecho allí algunos arrestos de delincuentes comunes, pero siempre se trató de rateros o estafadoras de poca monta... Y el suceso transcurrió así: en una madrugada, sin previo aviso, el comisario Valgas se presentó con sus guardias uniformados en el albergue y detuvo a un huésped español. Resultó que aquel hombre había violado y asesinado a dos menores, casi niñas... El Curé Leduc hizo el siguiente comentario al respecto:

- ¡Es la pena de muerte la que le espera a ese insensato...! Ya no podemos más..., cerramos la Torre de Babel. Al borrachito español con el que compartía habitación ese delincuente, lo enviaremos a dormir a otro lugar hoy mismo. La Misión, a partir de ahora, concentrará todos sus esfuerzos en la Parroquia, en la escuela, en el consultorio médico..., y, mientras podamos mantenerlo, en el comedor, que también lo cerraremos en cuanto acabe la guerra, y que otra organización se haga cargo de eso... Con lo de continuar con la Misión no nos hagamos ilusiones, pues tengo la impresión de que tiene sus días contados

Fue por esa época cuando Lombardi se encontró por la calle a un viejo conocido, al cual no veía desde hacía unos cuatro años: el sargento Monts de la Gendarmería.

- Pero ¡qué sorpresa, sargento Monts! ¿Dónde ha estado metido todo este tiempo que no lo hemos visto por la ciudad? – le preguntó el médico.

- Ya me ascendieron; ahora soy capitán. Cesante, claro está... Cuando se suprimió la Gendarmería, como nada de trabajo tenía en Tánger, me fui a Francia, donde ocupé un cargo en asuntos de la seguridad nacional. Al organizarse la Milicia Francesa por el legítimo Gobierno de mi patria, ingresé en ella, y, por méritos, fui ascendiendo, hasta llegar al grado de capitán. Me destinaron al sur de Francia, muy cerca de los Pirineos, para combatir a las guerrillas, a sus apoyos, y, también, evitar que esos delincuentes y otros pudieran escapar a España... Así que, ascendiendo por

méritos, llegué a ser capitán. Por nuestras decisivas acciones, en ese sector teníamos bien controlados a los comunistas, pero, con la invasión norteamericana, recibieron grandes cantidades de armamento, llegando el momento en que eran más fuertes que nosotros, y consiguieron cortarnos los suministros, viéndonos forzados a replegarnos hacia el sur. Con gran heroísmo, la mayoría consiguió romper el cerco y unirse al grueso de la Milicia, pero a un pequeño grupo, en el que estaba yo encuadrado, ante la gran superioridad enemiga, se vio obligado a cruzar la frontera y refugiarse en España. Como no éramos cobardes, queríamos volver a Francia por otro sitio, pero los españoles nos lo desaconsejaron, prohibiéndonoslo después. Porque nosotros, los de la Milicia, de cobardes..., ¡nada! Ante nuestro deseo de seguir combatiendo, arguyeron que la neutralidad de España sólo permitía acogernos por motivos humanitarios, y nos dispersaron por la Península para alejarnos de la frontera. Expresé mi deseo de venir a Tánger, y me pagaron el viaje hasta aquí. Mi buena y vieja amiga, Madame Tael, me ha empleado en su restaurante, y así he vuelto a mi primer oficio, el de camarero... Pero pronto volveré a ser capitán; de eso estoy muy convencido. Ya lo verá... Gane quien gane, antes de tres años me llamarán para ocupar ese cargo en algún lugar de las colonias: Madagascar, Vietnam, Guayana... Los que ya tenemos experiencia colonial, somos imprescindibles para Francia. Venga conmigo al restaurante, doctor Lombardi, lo invitaré a un café.

- Se lo agradezco mucho, capitán Monts, pero tengo prisa, el trabajo en la Clínica me reclama. En otro momento pasaré por su local y hablaremos algo más. Le deseo suerte en su retorno.

Lombardi tuvo ocasión de conocer a otros partidarios del Régimen de Vichy que se refugiaron en Tánger, tocándole muy de cerca uno de esos casos. A pesar de las dificultades, la “Clinique du Docteur Moulin” estaba adquiriendo el mismo nivel de trabajo de anteguerra, y las bajas laborales producidas durante esos últimos años no habían sido cubiertas, por lo que se vio obligada a emplear una nueva enfermera, siendo la elegida una francesa recién refugiada, no tardando Lombardi en comprobar, a pesar de sus prejuicios contra los petainistas, que se trataba de una mujer muy eficiente y tratable. Un buen día le preguntó si era partidaria del Gobierno de Vichy, recibiendo la siguiente respuesta:

- En realidad, ni estaba a favor ni en contra; en verdad, sentía indiferencia total hacia ese asunto. A mi marido lo ascendieron los de Vichy en su profesión de profesor por participar activamente en propaganda del Estado Francés. Me limité durante todo ese tiempo a trabajar de enfermera en un hospital, atender a mi marido, a mis dos hijos

y, algunas veces, en ayudar en una obra social de atención a la infancia, que, he de reconocer, sí era utilizada como propaganda del Régimen..., pero al ser una cosa de beneficencia, yo no la consideraba como tal, o, mejor sea dicho, no me importaba que lo fuera. Hemos vivido bien en Francia en esos tiempos difíciles; mejor que el término medio de la población y que buena parte del profesorado. Pese a las escaseces, a nosotros no nos faltaba de nada... Había cosas que no me gustaban, pero ¿qué podía hacer una mujer como yo aparte de ver y callar? Cuando las cosas se pusieron feas, mi marido no dudó ni un minuto en huir a España. Ahora está empleado en una tienda de tejidos, propiedad de un hermano suyo; por eso vinimos a Tánger. Tiene puesta la solicitud para trabajar en un colegio, con grandes posibilidades de conseguir ese empleo.

* * *

Era ya abril del cuarenta y cinco, y los contertulios del café bar de Farid Mohamed del Boulevard Front de Mer daban por segura la victoria aliada sobre el III Reich, cuando, reunidos en la terraza en torno a los vasos del té aromático una tarde más, se presentaron los doctores odontólogos David Cuenca y Marcel Souchet, de vuelta este último tras haber participado en las campañas de Túnez y de Italia. Souchet venía con bastón y cojeaba de la pierna derecha, dando la sensación de arrastrarla ligeramente. Después de los saludos y de desearle todos la bienvenida a Souchet, el doctor Monneret le preguntó:

- ¿Qué le pasa en la pierna, Souchet?

- Pues que me la dejé en el frente. En Italia se quedó. Ahora llevo una prótesis. Me apoyo en el bastón porque me da seguridad... Bueno, mejor sea dicho, para evitar desagradables caídas.

- Bastante lo lamento... Sí, la guerra nos trae esas desgracias, y yo como ustedes bien saben, tengo que lamentar la pérdida de una mano y de un ojo de mi hijo mayor, Alfred. También porta prótesis como usted, Souchet, para disimular esos defectos; dos en su caso. A la mano la cubre con un guante... Por eso le han puesto en el hospital el apodo de Médico del Guante Marrón, que en vez de disgustarlo, a él le hace gracia. En la calle nadie nota sus defectos... Tuvo que cambiar su especialidad inicial, la cirugía, por la de tisiología y neumología..., y me comenta lo de estar muy satisfecho con esa suerte. En cuanto a su ojo dice parecer un poco bizco cuando se mira al espejo; pero nadie lo nota.

-A mí me sucede igual que a su hijo. En la odontología siempre trabajaba de pie; eso ya no lo puedo hacer... Por suerte, me han concedido un puesto en la administración sanitaria de Casablanca, en la que el mayor tiempo del trabajo se hace sentado. No será solamente burocrático, como muchas veces ocurre en esos casos, porque también tendré horas de laboratorio.... Pues bien, esta pierna ya parecía condenada, con tres heridas, una por cada campaña: primero, en la de Francia, cuando iba en un camión y una explosión lo volcó, fracturándome tres costillas y un tobillo; en la campaña de Túnez, estando de paseo por el campo, la pistola, que llevaba colgada en el cinto, se me disparó sola, y me entró la bala por la parte alta del muslo, haciendo una herida en sedal, y me salió por cerca de la rodilla, y en la campaña del sur de Italia, una ráfaga de ametralladora, me la destrozó por completo. Estaba oculto tras un parapeto, pero la pierna no estaba al cubierto. Se complicó la cosa, y la única solución fue amputarla. Cuando lo de la herida en sedal, nada comuniqué porque me exponía a un consejo de guerra..., y a lo peor. ¿Cómo iba yo a demostrar que se trataba de un accidente? Yo mismo me hice unos vendajes con unas camisetas. Mi jefe, al verme cojeando un poco, me preguntó el motivo, y le respondí que se trataba de una vieja ciática debida a la humedad de la Bretaña, que rebrotaba después de un tiempo de calma.

- Yo me escapé de ir a esta guerra de puro milagro. Querían llevarme a ella dándome un grado más del que tuve en Libia y perdonándome mis antecedentes políticos, pero me aferré a los acuerdos de la ciudad y lo evité. No sé aún exactamente cómo pude librarme con esta ocupación, pero tuve suerte. ¡Yo defender las estupideces de Mussolini!... ¡Ni pensarlo!... A las desgracias mencionadas, hay dos más por añadir, y que nos tocan muy de cerca: la del Abbé Janet, de la Misión, y la del hijo del señor Lorch, cuyas muertes en los frentes ya han sido confirmadas – dijo Lombardi.

Todos quedaron sin hablar como si guardaran un minuto de silencio por la muerte de los dos conocidos, hasta que Souchet lo rompió:

- Y hay quienes quedaron peor que muertos. No me refiero a mí – y se dio una palmada en la prótesis –, sino a los afectados por graves trastornos mentales, paralíticos..., o por grandes deformidades. Tu puesto, Lombardi, estaba aquí, ayudando a tanta gente, como has hecho, y por iniciativa propia, sin nadie que verdaderamente te apoyara ni te diera consignas, corriendo los gastos de tu propio bolsillo muchas de las veces, o casi siempre.

- ¿Cómo le ocurrió eso si le correspondía estar en la retaguardia de sanitario, doctor Souchet? – preguntó el señor Rodrigues dos Santos.

- Yo no estaba en puesto sanitario ni en hospital de campaña, sino de capitán en una compañía de tiradores argelinos... A poco del desembarco en la Península Italiana..., durante un ataque, como he dicho, una ráfaga me destrozó la pierna... Yo nunca fui sanitario militar, ni en la campaña de Francia ni en esta última.

Y siguieron preguntas al doctor Souchet sobre todo lo vivido en los combates. De algunas respuestas tomaba nota Rodrigues dos Santos para sus crónicas, y al agotarse el tema, preguntó Souchet a Dubois qué sabía de su amigo el maestro Abraham Bodel, a lo que contestó:

- Hace un año, ya cansado de lo mal que estaba pagado en el colegio, se fue a Casablanca y se metió en la Legión Extranjera. ¡Un hombre débil como él!.. Me dijo que prefería morir de un tiro a morirse de hambre, pues aquí malvivía con su profesión. Hace dos meses recibí una postal suya. Me la envía de Lyon. Me daba a entender que estaba bien... No sé más. Su puesto lo ocupa ahora un profesor colaboracionista que estuvo alojado en la Misión. Este hombre también se queja de lo exiguo de su paga.

Vinieron después las acostumbradas preguntas al doctor Pitt sobre su último viaje, prolongado esta vez hasta Lisboa para cobrar el dinero allá retenido por la publicación de su manual de traumatismos oculares. Dio sobradas respuestas a todas las preguntas, y puso por los cielos a la capital portuguesa, concluyendo:

-... Con el dinero ganado con el libro pagamos todos los gastos de estancia en el hotel, así como los de restaurantes con fado, ópera, y otros espectáculos musicales de diversa índole, excursiones... No tuvimos tiempo para aburrirnos. También compramos ropa y zapatos para algún tiempo, pero esto último con la ayuda del dinero llevado desde Gibraltar.

- Y del dinero del Brasil ¿qué sabe?

- Ése ya me lo enviaron al banco de aquí, donde aún espera que disponga de él.

Al terminar, Lombardi le pidió a David Cuenca una cita para hablar sobre un asunto importante, pero con calma, quedando fijada para el día siguiente al finalizar el trabajo del dentista, a las siete y media de la tarde, en el gabinete dental.

*   *   *

Puntual estuvo Lombardi en el lugar de la cita, y a los tres minutos, según salía el último paciente, entraba en la consulta del dentista; y así transcurrió la conversación:

- Su señora también debe estar presente porque la cosa le va a los dos, o mejor sea dicho, a nosotros tres – dijo Lombardi, y Cuenca fue a buscar a su mujer.

Ya los tres reunidos, Lombardi comenzó a hablar:

- De dos cosas quiero hablarles. La primera se trata de la posibilidad de que nos convaliden los títulos académicos en España aprovechando el que estamos bajo su dominio. Conozco a una persona muy influyente que nos puede ayudar en esa tarea. Está en Madrid, y como siente agradecimiento hacia mí porque le hice una operación, de la que salió bien cuando ya se le daba por muerto, está dispuesto a remover el cielo y la tierra para ayudarnos. Además, según me ha dicho, los trámites no nos costarán casi nada. Por de pronto no les puedo dar el nombre ni decirles el alto cargo que desempeña en un ministerio. Aquí está la lista de lo necesario, y debemos hacerlo rápido, porque pronto esta dominación española se acabará, y entonces ya no se podrá hacer nada. ¿Están ustedes interesados?

- ¡Por supuestos! Todo lo que sea dejar de ser interinos, de trabajar con permisos especiales expuestos a no ser renovados y de ser simples ayudantes, nos interesa muchísimo. ¿Y cuál es la segunda?

- ¡Ay!... La segunda es mucho más delicada, y no crean que me resulta nada fácil exponerla. La verdad es que me he fijado en ustedes porque no tienen hijos... y ha surgido un problema en la Clínica. Una de las muchachas ayudantes, soltera y sin pareja, ha quedado embarazada, encontrándose en una situación desesperada. Quiere volver a su pueblo, y si llega con una criatura, su familia y sus paisanos la rechazarán... Y repito que no me es nada fácil el hacer de intermediario, y no sé si digo lo correcto para estos casos, pues muy confuso ando..., por eso les pregunto directamente: ¿estarían ustedes dispuestos a adoptar un niño... o lo que sea?

Los Cuenca permanecieron un rato sin contestar, mirándose el uno al otro, sin saber qué decir y con las bocas entreabiertas, hasta que el dentista dijo:

- Nos suelta usted eso tan de sopetón... ¿Adopción...? – y puso cara de extrañeza –, nunca se nos había ocurrido pensar en eso... Para nosotros el tener un hijo de nuestra propia sangre es la cosa más importante de nuestras vidas. Dadas las dificultades y penurias que hemos padecido, la espera no nos ha preocupado mucho. En eso de los hijos, es la mujer, y sobre todo en nuestra religión, la que tiene toda la palabra. A ella le corresponde la parte más difícil y dura de esa responsabilidad. Por lo tanto, que hable Sara, pues su decisión, será también la mía.

- Tener un hijo sería la mayor alegría de mi vida. Es algo que siempre he deseado pero que no se ha producido... Tal vez sea una consecuencia del enorme ajetreo vivido en estos años de casados... Lo de la adopción es mejor que nos lo deje meditar un poco, aunque con los dos años de tranquilidad gozados aquí últimamente, mis esperanzas de ser madre se van evaporando. Permítanos reflexionar bien sobre los pros y los contras, y dentro de cuatro días le daremos una respuesta... Usted comprenda..., una decisión como ésta no se puede tomar en un momento... Debemos considerarla y valorarla nosotros, a solas...

- Es muy razonable, y eso mismo esperaba de ustedes al decírselo .. Medítenlo con calma, y, si están de acuerdo, me lo confirman. Tengan en cuenta que lo dicho no significa compromiso de ningún tipo. Yo ya tengo dos hijos... No es la primera vez que me toca hacer de intermediario en un caso similar... En las otras ocasiones ya tenía padres adoptivos apalabrados, y con la liberación de Europa, ya hay parejas a la espera de huérfanos procedentes de Francia... Existe una organización con una lista de solicitantes, y que entregará los niños, valorando cuidadosamente las condiciones familiares, y según el orden de antigüedad con el que se apuntaron.

A los dos días de la entrevista, los Cuenca se presentaron en la Clínica para dar la conformidad en lo de la adopción. Lo habían meditado bien, y deseaban obtener la criatura. Sara Cuenca dijo al respecto:

- Al igual que la hija del faraón salvó de las aguas del Nilo a Moisés y lo adoptó, nosotros haremos igual. Si es niño, se llamará Moisés, y si es niña, Ruth.

- En ese caso, he de decirles, que el parto está previsto para finales de julio, Lo conveniente sería que el niño naciera en España, así sería español, significando para ustedes una facilidad más para obtener la nacionalidad. Nos trasladaremos a Cádiz unos diez días antes de la fecha prevista para el parto; incluso antes. Al nacer, lo inscribiremos como si usted hubiera sido la madre auténtica. Será un hijo legítimo. En cuanto a lo otro, lo de la convalidación, aquí está la lista de lo exigido para presentar. Cuando lo completen todo, lo enviaremos a Madrid. Conviene hacerlo rápido, sin perder tiempo. No es difícil obtener esa documentación; yo ya la he conseguido.

Sobre el asunto de la convalidación de los títulos universitarios, conviene adelantar que David Cuenca recibió a los dos meses del envío la negativa de su solicitud. Los otros dos obtuvieron el silencio como respuesta. "No me preocuparé en preguntar, así me ahorraré el pequeño disgusto del rechazo", comentó Lombardi al respecto.

* * *

Los miembros de la tertulia alrededor de los vasos de té aromático en la terraza del café – bar de Farid Mohamed, del Boulevard Front de Mer, celebraron la victoria aliada en Europa por todo lo alto, Para esta solemne ocasión se reunieron los doctores Pitt, Dubois, Monneret, Souchet – que pronto marcharía a Casablanca –, Cuenca, el señor Rodrigues dos Santos, el doctor Moulin, que arrastró consigo al doctor Morán, que a su vez arrastró a su compatriota Tomás. Es esta ocasión, se podía decir que el doctor Honoré Moulin llevaba la voz cantante de la reunión, pues consideraba ese acontecimiento como el gran triunfo de un equipo de fútbol; sólo le faltaba que comenzase a cantar el alirón. Alguien le preguntó por Lombardi, contestándole:

- No quería venir. Se lo dije, pero prefirió quedarse en la "Clínique" rumiando el amargo sabor de la derrota, porque Italia... ¡también ha sido derrotada por todo lo alto! ¡Y deberá responder por todo el mal que hizo!

- Pero el doctor Lombardi ha demostrado durante todos estos años ser un gran demócrata, y es de nosotros el mayor contribuyente, por no decir el único, a esta gran victoria, ayudando a tantos combatientes franceses a que fueran a luchar en las filas del General De Gaulle, así como a otros refugiados... También debemos tener en cuenta el mérito y el sacrificio del doctor Souchet, que, sin duda alguna, lo superó – dijo el doctor Pitt.

- No quito ninguno de sus méritos, pero Lombardi, al cual aprecio de todo corazón, es un especialista en embarcar a la gente y quedarse en tierra. Tanto Italia como Alemania deben pagar muy caro los desmanes que hicieron. De la misma forma que los italianos nos querían arrebatar Córcega y Niza, nosotros exigiremos que nos entreguen el Valle de Aosta y Cerdeña... Y a los alemanes, que se olviden de le la orilla occidental del Rhin – recalcó con voz fuerte el doctor Moulin.

- Amigo Moulin, lo mejor es que celebremos hoy la victoria y, al mismo tiempo, olvidemos el pasado, construyendo un mundo nuevo, sin nada de revanchas. Más dolor, ¿para qué? ¿Qué vamos a ganar con los sufrimientos de los otros? – opinó el doctor Monneret, asintiendo sus compatriotas Dubois y Souchet.

- ¿Qué opinan los neutrales de esta victoria? – preguntó el doctor Pitt dirigiéndose a los españoles y al portugués.

- Pues que nos alegramos más de lo que ustedes se pueden imaginar, pero que será exclusivamente para ustedes, los vencedores. Nada podemos esperar de ella. No les interesamos en absoluto – se apresuró a decir el mecánico Tomás, asintiendo Morán y Rodrigues dos Santos.

- Y tengan en cuenta que se trata de la opinión de una persona comprometida, pues, sin duda alguna, fue una figura como Lombardi en el norte de España – aclaró Mateo Morán, no dando más explicaciones por motivos de seguridad –. No todo se ha acabado, todavía queda el Japón por rendirse.

En esto, el doctor Moulin sacó una botella de vino, de una de las mejores marcas de Francia, y fue vertiendo su contenido en los ya vacíos vasos de té. Al verlo hacer esta maniobra, Farid Mohamed, situado en la puerta del local, exclamó

- ¿Qué hace doctor Moulin? ¡Me está poniendo en un compromiso! ¡Éste es un café – bar musulmán que se atiene a las más estrictas normas de nuestras creencias! ¡Retire eso, retire eso! Por favor, ¡ahora mismo!...

- Hoy es un día muy grande y hay que celebrarlo bien, Farid. Y no seas mojigato... ¿Es que ya no te acuerdas de cuando eras enfermero en el hospital y hacías las guardias nocturnas conmigo? Buenas copas de coñac Martel nos tomábamos juntos..., ¡y cómo te gustaba! Ven aquí y tómate un vaso de este Bourdeaux especial que tenía guardado para esta ocasión.

- ¡Se lo ruego de veras, doctor Moulin, no me ponga en evidencia ante los clientes! – dijo por último Farid mientras entraba en el local huyendo de esa falta de respeto de los clientes en la terraza.

De todas las carencias que se sufrieron durante los cinco últimos años pasados, que no fueron pocas, la falta de vehículos y de sus repuestos, fue, según se deducía por la evolución de la tertulia, la más lamentada por los amigos, porque pronto se olvidaron de la victoria y de otros temas de actualidad que merecían ser tratados, bombardeando con preguntas sobre coches a Tomás. Tenían deseos, más bien hambre, de nuevos coches, como si eso fuera la cima de la felicidad y de la civilización humana. Por suerte, al ser Tomás un gran experto en esa materia, pudo satisfacer, más allá de lo esperado, las numerosa preguntas que le hicieron. Todos ansiaban un coche de último modelo según se consolidase la paz y se restableciese el estatuto internacional de la ciudad.

- Porque esos que van por ahí – decía el doctor Moulin señalando a dos oficiales españoles que pasaban en ese momento por el Boulevard Front de Mer –, durarán menos en Tánger que una caja de caramelos en la puerta de una escuela.

L A S   Á G U I L A S   S E   P O S A N

SÉPTIMA PARTE
DE
SENDEROS DE ÁGUILAS

Senderos de Águilas
Séptima parte

LAS ÁGUILAS SE POSAN

I

, Cuando Golib llegó a Marsella, se encontró con una ciudad que, aunque alegre por su reciente liberación, mostraba claros signos de deterioro y de destrucción por el fuerte bombardeo de los aliados del último mes de mayo, y, también, por la voladura de uno de sus barrios por los ocupantes, el del Vieux Port. Las bombas del ataque aéreo no respetaron la calle donde residía la familia Neumann, La Cannebiêre, salvándose su vivienda de puro milagro. ¡Tan bella calle bombardeada! Lo que contaba Albert de Barcelona, ahora le había tocado a su ciudad, Masella.

La alegría y la emoción que producen el reencuentro de una madre y una hija, que una vez se consideraron separadas para siempre, tantas veces descrita en obras de literatura, se volvió a repetir en el caso de Golib y su madre. En realidad, y por razones de seguridad, pocas cartas pudieron dirigirse en ese período. Ya sólo quedaba por resolver la ausencia del padre, que lejos estaba, en La Habana, pero dispuesto a retornar tan pronto como las condiciones lo permitieran.

En su vivienda, Golib se encontró con la sorpresa de que tres muchachas estudiantes también la habitaban. Perdido el trabajo en la escuela de música, el alquiler de las habitaciones fue la fuente de ingresos principal de su madre durante estos últimos años. Sin habitación propia, Golib se vio obligada a dormir en la alcoba de su madre

- Cuando me liberaron de la cárcel, volví al piso, que, milagrosamente, aún era mío. Tanto mi libertad como la conservación de la vivienda debo agradecérselo a Monsieur Jacques Duchenne, el vecino del segundo.

- ¡A ese petainista...! – exclamó extrañada Golib.

- Así es. Que dista mucho de ser lo que tú crees. Él también ayudó a huir a tu padre..., como a otros muchos judíos y no judíos, que salieron para España y el norte de África, antes y después de la ocupación de la Zona Libre. Me aconsejó que alquilara las habitaciones a estudiantes, así evitaría que me metieran otra clase de gente en la casa, y ganaría dinero para comer. En el curso pasado tuve cuatro muchachas. Cuando salí de la cárcel trabajé como vendedora en una panadería, pero un mes solamente. Dos tardes a la semana voy a la casa de un niño a darle clases de piano, y así gano algo más, porque el inquilino del piso que tenemos alquilado, ya pensionista, puede pagar tan poco, que eso es tanto como nada. Monsieur Duchenne fue detenido por los nazis unos días antes de la liberación de la ciudad, y nada se sabe de él hasta ahora. Quiénes fueron los que te ayudaron a huir, no lo sé aún; sospecho de unos amigos de Jean Claude Bayle.

Reincorporada a la escuela de música la madre, y al Conservatorio, Golib, iban las dos saliendo adelante, lo mismo que la ciudad, principal puerto de entrada de los productos del norte de África, y que iniciaba ya las labores de desescombro, cuya reconstrucción se iniciaría tan pronto como se dispusiera de medios suficientes.

Emocionante fue, también, el reencuentro de Golib con su antiguo maestro y tutor en el Conservatorio, el viejo profesor Dieudonné Chalbeau , buen conocedor de las extraordinarias cualidades de su discípula y de las grandes penalidades sufridas en estos últimos años, causándole mucha alegría el verla de nuevo, y, sin ambages, le ordenó:

- Siéntate al piano y ponte a tocar antes de decirme nada. Por cómo te comportas interpretando, descubriré tu trayectoria musical durante estos dos años de ausencia. Primero enséñame las manos de un lado y de otro...¡Um...! Bien las conservas.

Eran las muecas de desagrado expresadas por el profesor Chalbeau en su cara, muy características de su persona, cada vez que alguno de sus alumnos cometía una disonancia o error de cualquier tipo, lo que más recordaba Golib de su maestro. Temiendo el número de muecas que mostraría ese día, Golib se sentó en el taburete, colocó los dedos sobre el teclado y comenzó a tocar.

Para su asombro, el maestro no hizo ningún guiño ni movió un solo músculo de su cara, exclamando al final:

-¡Magnífico! ¡Magnífico! ¡Bravo!... Mereces un aplauso. Se nota que no has dejado de practicar, pero te faltan horas de piano, y eso necesitamos corregirlo, y lo corregiremos muy pronto... Añades un factor nuevo, un no sé qué, para mí difícil de comprender... Bueno, ahora cuéntame lo que has hecho durante todo ese tiempo lejos de Marsella.

Golib, después de hacer el relato de su huida y de dónde y cómo se había ocultado durante los dos últimos años, continuó con lo relacionado con la música, comentando sus prácticas de piano en casa de la familia Oller y el encuentro con el profesor del Conservatorio de Barcelona...; pero en mala hora pronunció la palabra acordeón, obligando al maestro a poner el grito en el cielo:

- ¡Acordeón! ¡Cómo se te ocurrió tocar ese instrumento! ¡Es lo último que debe hacer un pianista que se precie! ¡Destroza la elegancia necesaria para tocar bien el piano! Con el peso del acordeón, la columna vertebral se tuerce hacia un lado, las articulaciones de los hombros, de los codos y de los dedos se modifican, tomando actitudes viciosas que, aunque pequeñas, unidas a las modificaciones de músculos y de tendones, en que unos se hacen más fuertes y otros, más flojos...; unos que se alargan, otros que se acortan..., ¡qué sé yo...!, impiden la agilidad y ligereza necesaria en todo momento para un buen pianista. ¿No te has fijado en el aspecto desgarbado que van adquiriendo con el tiempo los acordeonistas? ¡Con tanto peso!... Un buen pianista no sólo debe serlo, sino parecerlo... ¡No olvides nunca este consejo!

-Pero su música es muy linda, y el acordeón que yo tocaba, era de teclas, pudiendo ejercitar los dedos.

- No niego que sea bella... Toda música lo es, pero la de ese instrumento en nada está relacionada con el piano, lo verdaderamente tuyo, ¡y para lo que tanto me he esforzado en enseñarte! A ver..., ¿qué tocabas en el acordeón?

-Pues mucha música española...; zarzuelas, entre otras cosas...

- Ya me imaginaba algo de eso. A la zarzuela la llaman ellos el género chico, y yo siempre la he llamado el género ínfimo. Alguna vale algo..., no lo niego.

- También tocaba sardanas

- Eso es otra cosa, pero, a partir de ahora, te concentrarás en la música europea de calidad, a la que deberás dedicar toda tu vida, y te olvidarás de otras que te pueden perjudicar en tu carrera. Para que veas que no hablo por hablar ni por manías mías, te voy a contar un caso que ocurrió en mi propia familia. Mi hermano mayor era un hombre de buen oído, con muchas buenas condiciones para la música, superándome a mí, siendo el violín su instrumento preferido, y estudió en el Conservatorio de la ciudad de donde éramos. Yo tuve la suerte de ir a París, donde los profesores se fijaban en los más mínimos detalles de cómo teníamos que interpretar las partituras musicales al piano. Buenos consejos me dieron, y siempre me he preocupado de transmitirlos a vosotros... Pues bien, cuando acabó mi hermano en aquel conservatorio, es decir, cuando se graduó, se trasladó a París para hacerse un virtuoso del violín, pero fue rechazado de plano. “A usted le han enseñado a tocar el violín de una forma que lo hace muy mal, y no solamente eso, sino que le han estropeado la articulación del hombro derecho, de tal manera que le será imposible tocarlo bien en su vida”, le dijo el célebre maestro Sandro Lantini... Y tuvo que ganarse la vida actuando en orquestas de barrios pobres y de pueblos.

Sin duda alguna, el profesor Dieudonné Chalbeau era un gran maestro, y de muy buenas intenciones, por lo cual Golib solía seguir muy a rajatabla todos sus consejos en lo referente al piano, como continuó haciéndolo durante ese curso, mas en el asunto del acordeón siguió lo que le dictaba su nueva afición y gusto, adquiriendo un ejemplar de ese instrumento, de la marca Hohner, de teclas, de segunda mano, pero en excelente estado. Con un regalo de dinero de su madre, pues el inquilino del piso alquilado le pudo pagar atrasos, más algunos de los dólares enviados por su padre a Barcelona, pudo pagar el instrumento.

* * *

Fue a mediados de abril del cuarenta y cinco cuando se presentó en Barcelona un hombre procedente de La Habana. Según desembarcó en el muelle, aún sin saber dónde pernoctar, se dirigió a la dirección utilizada para enviar las cartas a Golib Neumann desde Cuba. El lugar era también la casa de acogida para madres solteras que había servido de residencia a Golib en sus últimos días de estancia en Barcelona, y así evitar que figurase la dirección de Albert en su proceso de deportación. Para asegurarse bien

de que aquel hombre era lo que decía ser, el padre de Golib, la monja que había servido de conexión, le habló de la siguiente forma:

- Vuelva mañana, y si las personas que la acogieron están dispuestas a recibirlo, le daré la dirección. Yo no la sé. Solamente he sido un contacto, y sólo la conocí en los últimos días de su estancia en Barcelona. Comprenda que esa buena acción que hicieron les puede acarrear complicaciones en este país. Por mi condición de monja, mi deber es ayudar a los necesitados, y no temo a lo que puedan hacer conmigo por esa razón. Pero, y eso bien lo comprendo, no todo el mundo está en condiciones de actuar como yo, sin temer a las represalias.

Mossén Cugat, después de comprobar que efectivamente se trataba de Joseph Neumann, padre de la francesita, lo llevó a la casa de la calle Gomis donde fue muy bien recibido Monsieur Neumann, encontrándose con la sorpresa de que allí había llegado, hacía pocos días, una carta de su hija comunicando a los Forn su decisión de trasladarse a Barcelona, según acabara el curso del Conservatorio, para casarse con su hijo Albert.

- Es muy tenaz, constante y trabajadora, pero también me salió caprichosa y testaruda. Lo que se propone, lo hace. La carta que me envió al salir de Barcelona para Marsella, me llegó hace dos meses, cuando estaba haciendo los preparativos para mi vuelta al tener noticia del barco que me podía traer. Es muy difícil viajar en las presentes circunstancias – dijo el señor Neumann en un castellano bastante bueno, con mezcla de acentos francés y sudamericano, según apreciaron los Forn, siendo el primero más marcado que el de Golib.

- Su hija tiene condiciones excepcionales para la música. Su gran deseo es convertirse en la Clara Schumann del siglo XX, y lo conseguirá. Aquí también podrá estudiar piano en el Conservatorio, considerado como de máxima categoría. Ya está en trámites lo de su admisión, y, con toda seguridad, la aceptarán. A tocar el acordeón lo aprendió en un tiempo récord, ¡y qué bien lo toca! – aseveró don Alberto Forn.

Los Forn y el señor Neumann continuaron hablando de los asuntos de la familia, sacando a relucir, como es lógico, las persecuciones que padecieron los dos por razones de las guerras, algo de la odisea del viaje a Cuba, y de lo contado por Golib sobre la larga estancia de su padre en África durante la primera Gran Guerra, con sus correrías sobre un camello, un formidable mehari blanco, por el desierto de Djibuti.

En el transcurso de la conversación, don Alberto, llegó a la conclusión de que los dos futuros consuegros, en diferentes momentos de su vida, habían sufrido de peripecias similares, y mientras tomaban café, creyó oportuno contarle lo siguiente, mientras esperaban a Albert, cuya llegada estaba calculada para las siete:

- Me doy perfecta cuenta de las penurias que ha sufrido, y para hacerlo en las condiciones en que hizo esos dos grandes viajes, tal vez hasta hubiera preferido quedarse en Francia...; sobre todo en el segundo, realizado a La Habana. ¿Pero hubiera sobrevivido en su país? ¡Cuántos cayeron en los frentes, en la Resistencia, en los campos de concentración, por penurias de todo tipo...! Cuando era joven, leyendo cuentos y novelas de aventuras, de Emilio Salgari, de Julio Verne, de historias y biografías de descubridores, viajeros, conquistadores, así como narraciones sobre países exóticos, mi gran ilusión era hacer lo mismo...: ver el mundo, que para eso fue creado, para que lo viéramos y lo disfrutáramos. Soñaba con viajar lejos, hasta que un día me tocó hacerlo a un país considerado como exótico, y con aventuras de las buenas: me mandaron a la guerra de Marruecos. Eso fue cuando finalizando los estudios en la Escuela Superior de Comercio de Barcelona, donde ya había alcanzado el título de profesor mercantil, y llevando muy avanzado en un más alto grado, me llamaron para hacer el servicio militar. Al llegar a Melilla, el sargento preguntó a los reclutas: "¿Quién es de vosotros el que más sabe de lecturas y de escrituras?", y uno de los soldados me señaló a mí. "Ya lo sabes, desde hoy eres el cartero", me dijo el suboficial. Y eso ocurrió por la misma época en que usted estaba por el otro extremo de África haciendo lo mismo y cabalgando a camello, entre el diecisiete y el diecinueve.

- Pues entonces, en la oficina de correos se ahorró lo de pegar tiros… – comentó Monsieur Neumann.

- ¡Nada de eso! Me dieron un fusil, una gran cartera de cuero para llevar las cartas en bandolera, y una mula más testaruda que la..., para llevar los paquetes y montarme en ella..., si le parecía bien al animal. "Si pierdes el arma, la mula o la bolsa de la correspondencia... ¡consejo de guerra! ...", me advirtieron. Y ya se lo puede imaginar: ¡arrastrando aquella bestia, que pocas veces quería andar, a través de caminos solitarios y difíciles de transitar...! "Esas zonas están ya pacificadas", me decían para tranquilizarme... ¡Y a caminar kilómetros hasta llegar a los frentes! ¡Qué miedo pasé muchas veces!, y ¡qué temor me acompañaba continuamente! En ocasiones, y siempre en situaciones desesperadas, me obligaban a disparar. Estando en una posición, recuerdo que comenzó un tiroteo; por eso de ser el cartero, pensé que aquello no iba conmigo, y me escondí, pero

el sargento me vio y me gritó: “¡Alberto, o sales a disparar... o te fusilan, escoge!”.... Y elegí el disparar. Por los caminos, con la mula y el correo, no faltaron tiros de fusiles, bombas que explotaban muy cerca, y, hasta una vez, un grupo de rifeños intentó capturarme..., pero, milagrosamente, apareció un pelotón de los nuestros y puso en fuga a los enemigos. ¡Y decían que aquella zona estaba pacificada!... A los dos años me licenciaron, y entonces me dijeron que si hubiera hecho mención al principio de los estudios realizados, me hubieran nombrado suboficial, y, posiblemente, hasta oficial, y si me reenganchaba, me ascendían rápido. Di el no por respuesta..., pues ya tenía bastante de ejército y de recibir órdenes... Al alistarme me preguntaron cuál era mi profesión, y respondí la de empleado de comercio, como hacía durante las vacaciones en el pequeño negocio de mi padre, omitiendo lo de estudiante. Calor, frío, chinches, piojo y pulgas fueron males menores.

A lo que respondió Joseph Neumann, aumentando lo dicho en los primeros momentos del encuentro:

- De esos parásitos e inclemencias también tuve que sufrir algo, o bastante, en África. En el trece, acabé mis estudios en la École de Hautes Éstudes Commerciales, de París, de donde soy, y a principios del catorce me llamaron para el servicio militar. Me dieron un cursillo y me nombraron sargento, y, acto seguido, me enviaron a Djibouti, una colonia pequeña y aislada del conjunto del vasto imperio colonial francés, en el extremo oriental de África, donde estaría destinado algo menos de dos años..., a la cual llegué después de un largo viaje haciendo escalas en varios puertos y pasando por el Canal de Suez. En esto estalló la Gran Guerra, ¡y tuve que permanecer allí un lustro! Pero nunca entré en combate ni me vi forzado a disparar contra personas, ni me dispararon. Fui asignado a una compañía de fuerzas nativas, donde, por mi profesión, me pusieron en las oficinas haciendo de contable; eso fue al principio. Junto conmigo venían otro sargento y un cabo con estudios similares a los míos, pues, por lo visto, estaban muy necesitados de personal enterado en asuntos de escritorios. Luego me enseñaron a cabalgar en camello, y desde entonces tuve la obligación de compaginar la labor burocrática con la de vigilancia de una vía de ferrocarril en construcción y de fronteras, que, con lo de la guerra, se extendió, también, a la de costas, por si aparecían por el mar barcos alemanes o turcos. La tónica era: dos o tres meses en la oficina, en la ciudad, haciendo números, y otros tantos cabalgando en una silla sobre la joroba del camello, mandando una patrulla de seis hombres por aquel desolador desierto. Durante esas correrías dormíamos en almacenes de la compañía ferroviaria o en rudimentarios fortines, o, como ocurría las más de las veces, al aire libre... De comida, mucho pescado, fresco o seco, y

poca carne, leche, frutas y verduras. La carne era de camello o de cabra, así como la poca leche que bebí en ese tiempo. Por el desierto cazamos dos gacelas y nos las comimos; las serpientes eran muy pequeñitas, por lo menos las que vimos, y no valía la pena sacrificarlas. Los hombres a mi mando soportaban muy bien la sed, pero yo, no, teniendo que sufrir muchas veces ese martirio por ahorrar el agua en aquellas correrías. Como norma, perdía entre tres y cuatro kilos en cada salida a patrullar. En cierta ocasión estuvimos casi a punto de entrar en combate. Se había producido un atraco a mano armada en unos almacenes de la vía férrea en construcción, y los ladrones se llevaron material, víveres y dinero, causando heridos en la refriega. Mi pelotón recibió la orden de perseguirlos, capturarlos y recuperar lo robado. Seguimos sus huellas hasta que dimos con ellos a los tres días de búsqueda. Al vernos, desde lejos nos dispararon, señal de que iban a prestar resistencia, pero no les respondimos por estar más lejos del alcance de tiro de nuestras armas. Los bandidos aceleraron su carrera, y nosotros, también. Ellos iban cargados con lo robado, por lo que no podían acelerar, y ya estábamos cerca, y a punto de darles alcance, cuando el guía me gritó:

"- ¡Alto ahí! ¡Deténgase, no siga! ¡Pare el camello!".

"- ¿Porqué? ¡Ya casi los tenemos! – le respondí también a gritos".

"- ¿No ve esos mojones?".

"- Sí..., ¿y qué?".

"- Territorio etíope; no podemos pasar".

"- ¡Pero si no se ve a ningún guardia ni soldado!"

"- ¡No importa! ¡Los etíopes se esconden debajo de las piedras! ¡Y pobre de nosotros, franceses, si cruzamos la línea!"

"Nos detuvimos, y pudimos observar a los bandidos que se burlaban de nosotros aprovechando la lejanía".

"- Y a ésos, ¿no les hacen nada?

"- No; no los consideran enemigos".

"- ¿A pesar de que hirieron a dos hombres en el atraco...?

“Así que tuvimos que dar la vuelta sin conseguir nada, ni el botín ni los malhechores”.

“Mi patrulla de camelleros detuvo algún que otro contrabandista procedentes de la Somalia, pero como se trataba de cosas pequeñas, y, en Djibouti, debido a la guerra, escaseaba de todo, no los deteníamos, y los dejábamos pasar... Y seguíamos nuestras patrullas por el desierto, días y días, y por la también desértica costa, no encontrando más que calor, sudor, sed y dolores lumbares. Por las noches, hasta que me entraba el sueño, escuchaba a aquellos issas contar cuentos, cantar.., o, las más de las veces, a la luz de la hoguera o de una vela..., en aquel silencio, me ponía a estudiar los libros de las oposiciones a ministerios, y así poder establecerme en París algún día, el objetivo de toda mi vida, y para lo que estudié... Estudiar era, en verdad, una forma de no embrutecerme en aquel ambiente y de tener la mente ocupada. En semejante silencio y soledad ¡cómo se me quedaba todo lo que leía! También de noche y de día hacía lo mismo en Djibouti. ¿Qué otra cosa podía hacer allí, aparte de aprender algo una de las dos lenguas vernáculas, que de tanto oír el issa, aunque no lo estudiara, lo entendía? Esta lengua era la de los soldados a mi mando. Hasta en un cuaderno me hice un pequeño diccionario a mano de ese idioma somalí con las palabras más usadas, pero no con su alfabeto, sino con el nuestro... Hasta mi huida de Francia en el cuarenta y uno conservaba ese manuscrito. A decir verdad, lo de las patrullas llegó un momento en que lo prefería, porque, en el desierto, no tenía a nadie sobre mí dándome órdenes todo el día, y como con los nativos me llevaba bien..., en conjunto, no lo pasé mal en ese desierto”.

Don Alberto le interrumpió el discurso a Monsieur Neumann:

- Pues yo tenía una idea similar a la suya. Al no tener mi familia ninguna empresa importante, como eran las intenciones de varios estudiantes de mi curso que estudiaban lo mercantil para dirigir empresas familiares o dedicarse al comercio en gran escala, mi esperanza consistía en conseguir un cargo en la Administración Pública, por lo que, como usted, debía hacer una oposición para poder ocupar un puesto en un organismo oficial. Al volver de África obtuve un empleo interino en Correos, de lo que ya traía experiencia, acabé lo de intendente mercantil, y entonces se convocaron las oposiciones a ese cuerpo, las aprobé y me convertí en funcionario hasta que me expulsaron en el treinta y nueve, acusado de republicano y de rojo. En fin, que los dos hicimos estudios mercantiles y ejercimos en las administraciones públicas, porque usted era, y pronto volverá a ser, alto funcionario en Marsella.

A esta exposición, respondió el Monsieur Neumann lo siguiente:

- Usted ya traía su destino marcado desde África, Correos, y a mí me lo marcó al poner pie en tierra, cuando retorné en el diecinueve. Volvía conmigo desde Djibouti un sargento de la Marina, marsellés. Los otros dos que fueron conmigo, prefirieron quedarse ante las promesas de ascenso, y así hacer carrera en la vida militar de las colonias. A mí, en Marsella no me esperaba nadie, porque era parisino, pero al marino, en el muelle, lo vinieron a recibir sus padres, su hermana y una prima. Mi intención era continuar el viaje a París al día siguiente de la llegada a Francia para meterme de lleno en el mundo de las oposiciones, pero en cuanto me fijé en la prima, que se llamaba Chantal, me enamoré de ella, y, con los ahorros de los cinco años en África, prolongué mi estancia en ese puerto. Primero, un empleo de bajo sueldo en el Ayuntamiento, que me permitió casarme a los pocos meses... Luego vinieron unas oposiciones para un puesto de más categoría, que, con lo que sabía, pues mucho había estudiado en aquel desierto, aprobé fácilmente... Llegó un ascenso, otras oposiciones, concursos..., y así alcancé la máxima categoría en la administración del Ayuntamiento, que me hizo olvidar para siempre París y sus ministerios. Mis padres venían a Marsella a verme, y nosotros íbamos a París para lo mismo. Llegó Golib, y entre esas dos ciudades y sus alrededores transcurrió nuestra vida de entreguerras. Después de aquel largo viaje en que estuve cinco años fuera de Francia, con casi un mes de navegación de ida y otro de vuelta, no me quedaron ganas de volver al extranjero. Muy cómodo nos sentíamos en Marsella y sus alrededores, y en Francia, pues todos los años hacíamos un viaje a París, como ya le he dicho. Bueno, del extranjero..., fuimos un día a Mónaco..., y fuera del continente, nos aventuramos, en cierta ocasión, en un viaje de dos semanas a Córcega. Cuando era estudiante estuve durante dos meses, correspondientes a vacaciones, en Londres para perfeccionar y practicar el idioma inglés.

- En lo de viajes y aventuras, a mí me ocurrió algo similar. Después de lo vivido en Marruecos, se me quitaron los deseos de alejarme de Barcelona. Una vez tuve que desplazarme a Madrid para las oposiciones, luego vino mi primer destino en Jaca, Aragón, donde conocí a mi mujer y nacieron mis dos hijos. A continuación conseguí mi cargo en Barcelona. A Jaca íbamos todos los años de vacaciones, hasta que llegó la guerra – contó don Alberto.

- Sí..., mucho calor y mucha sal había en aquel desierto, y para mí, África, fue, ante todo, sal y sol... Admito que fue un poco romántico y exótico lo de las cabalgadas en camello, y mucho me acuerdo de aquel gran mehari blanco, con el que me encariñé – afirmó Monsieur Neumann.

- Y para mí, cada vez que me mencionan África, me viene el recuerdo de una mula a la que tenía que llevar arrastrando, tirando de la brida para que se moviera. Usted, un camello, y yo, una mula.

En esto llegó Albert, con lo que se conocieron los futuros suegro y yerno, y Monsieur Neumann se enteró de la profesión del novio de su hija, pasando a contar lo de su segundo gran viaje, que podía considerarse como una verdadera odisea:

- Como ya sabrán, al firmarse la capitulación, Marsella quedó en la llamada Zona Libre, o no ocupada por la Alemania Nazi. Al principio, la vida transcurría igual para la población, como si nada hubiera sucedido. Y verdaderamente, no sentíamos el peso de una ocupación extranjera, cosa que ocurría en la otra zona. Pero, poco a poco, el ambiente se fue enrareciendo, y en junio del cuarenta y uno se produce una gran razzia de personas destacadas de izquierda y de religión judía. Avisado previamente, pues en mi concurrían esas condiciones para ser detenido, radical de izquierda y judío, agravado, además, por ser funcionario municipal de cierta categoría, se me ocultó en un lugar hasta que me consiguieron un pasaporte para trasladarme a Portugal. Llevaba unos dólares y unas joyas conmigo. Entré en España por Port Bou, luego Barcelona, y desde aquí, me enviaron a Madrid, encomendado a la exigua colonia judía, muy ahogada por la falta de dinero y de medios para atender a tanto refugiado, en un país donde no éramos deseados y sólo se nos admitía de paso, muy a regañadientes. Con las prisas de la huida, únicamente llevaba el permiso para España; a las tres semanas me consiguieron el visado y el billete para Lisboa, pues mi pasaporte no era falso del todo, sino el de un comerciante francés, residente en Lisboa, al que se le había cambiado la foto con mucha maestría.

"En Lisboa, la comunidad judía, bastante mayor, mejor organizada y con más medios que la de Madrid, pero también desbordada por la afluencia de refugiados, me ayudó, encontrándome un trabajo en la construcción, en la ampliación de un cementerio; esfuerzo demasiado duro para mí, acostumbrado a lo burocrático..., aparte de la edad. Como estaba pendiente de ser trasladado a un país en que me aceptaran, y eso costaba dinero, tenía la imperiosa necesidad de ahorrar a pesar del miserable sueldo, por lo que dormía en un cuarto, aún sin acabar, destinado a servir de oficina administrativa de aquel camposanto. Me decía el compañero de habitación y de trabajo, un refugiado belga, no judío, que allí teníamos la ventaja de estar en un lugar donde no solían acercarse los de inmigración.

Me encontraba del todo ilegal en Lisboa porque tuve que devolver el pasaporte a su dueño legítimo”.

“A los dos meses y medio, ya cansado de cargar cestas con piedras y sacos de cemento, me consiguieron, dando casi todo mi dinero, una plaza de pasajero clandestino en un barco cerealero mexicano con destino a Nueva Orleáns, en Estados Unidos, ciudad a la que llegaría como inmigrante ilegal. Me dijeron que los judíos de allí, gente bien situada económicamente y con influencias, me ayudarían con los trámites de legalización. Este largo viaje en barco resultó más movido que los anteriores, pues la mar estuvo muy revuelta y con mucho oleaje casi todo el tiempo, y hasta sentí mareos. Al pasar cerca de Cuba, la máquina del barco sufrió una avería, y, arrastrándose muy lentamente, parecía que se iba a parar del todo, llegó a La Habana. Al atracar en el puerto, un tripulante me dijo”:

“- El barco tardará mucho tiempo en repararse; por lo tanto tienes que desembarcar aquí, Se acabó el viaje... No creo que esta vieja chatarra vuelva a caminar jamás”.

“- Supongo que me devolverán la parte del dinero del viaje que corresponde al trayecto no realizado, La Habana – Nueva Orleáns..., todavía un buen tramo. Es lo justo – le repliqué”.

“- ¡Ja, ja,ja...!Aquí nadie devuelve nada, y mucho menos de dinero. Tú te vas a la cochina calle como me iré yo en cuanto hayamos desembarcado toda la mercancía, que se venderá en La Habana por causa de esta escala imprevista, y no en los Estados Unidos. A bordo quedará un retén para cuidarlo, hasta que los consignatarios se cansen y lo dejen abandonado del todo. Dentro de tres días abandonaré el barco... No te preocupes, te ayudaré a salir del puerto...; sé cómo hacerlo. Luego, como yo, a vagabundear por las calles y a encontrar un trabajo para comer, y, en mi caso, procurar ahorrar algunos pesos para pagarme un pasaje hasta Veracruz. Ya me ha ocurrido esto mismo un par de veces”.

“Pasé con el mexicano el puesto de control del puerto, oculto en un camión, y nos separamos. Me puse a deambular por las calles en busca de trabajo, cosa nada fácil. Me vi en la necesidad de vender para comer lo último que me quedaba: el reloj de pulsera y el anillo de boda. Al fin encontré una casa en construcción donde me aceptaron. Dormía bajo techo en la obra, repitiendo lo de Lisboa; antes lo tuve que hacer en un carro abandonado en un solar. A los quince días, a poco de comenzar la faena, huí de la obra precipitadamente porque llegó la Policía. Por suerte, me

había cambiado de ropa aquella mañana, era muy temprano y no me la había ensuciado aún. Me puse a recorrer calles buscando empleo, y, ya por la tarde, di con un restaurante llamado “La Jícara de Plata”, que tenía un letrerito en la puerta con el aviso de necesitar ayudante, donde me emplearon de fregador de platos, cubiertos y calderos; también, con cierta frecuencia, me obligaban a pelar papas, boniatos y otros alimentos de cáscara..., y a cargar cajas. De esos cacharros, los calderos, me acuerdo mucho, porque bien me preocupaba yo de recoger lo que sobraba en el fondo para comerlo, porque, como pueden suponer, el sueldo era muy pequeño. Lo que más me dolía de aquellos trabajos era el usar la escoba para barrer; sinceramente, me sentía herido en mi amor propio de acomodado burgués y de alto funcionario en lo de agarrar la escoba, pese a mi ideología progresista...; pero, con el tiempo, me acostumbré también a eso... El ayudante de cocinero, un moreno dominicano, aún en situación ilegal como la mía, me decía”:

“- Aquí tienes la ventaja de que si te detienen por entrar ilegal en Cuba, el jefe te saca, como en cierta ocasión pasó conmigo. Ya habrás podido observar que, por estar cerca de una comisaría, vienen a comer y a tomar café gran cantidad de policías, y se han hecho amigos del dueño. Yo, gracias a su intervención, estoy a punto de ser legalizado. Ten confianza y paciencia, pues contigo hará lo mismo”

“Mi trabajo duraba en el restaurante diez horas diarias: de once de la mañana a cuatro, y de siete de la tarde a doce de la noche. Menos mal que las horas de intenso trabajo eran sólo seis. Entre las ventajas de aquel trabajo estaba que el dueño nos daba gratis dos veces al día, cuando comenzábamos cada sesión, una taza de café cubano, bien fuerte y bien dulce, para evitar la somnolencia en el trabajo, y que podíamos, los de cocina, comernos los restos sobrantes en los calderos. De arroz, frijoles o potajes, siempre quedaba algo; de lo otro, unas veces había de una cosa, otras veces, de otras, como carne, yuca, algún postre...,; así, el dominicano y yo no teníamos necesidad de gastarnos los pesos en comida. El jefe nos permitía comer las sobras, pero nada de llevarlo a casa. Vivía cerca del lugar de trabajo, en una pequeña habitación alquilada de una casa particular. No podía hacerlo en una pensión por no estar legal. Muy próxima al restaurante estaba una lavandería, en que se limpiaban trajes de caballero, donde compraba mi ropa, perteneciente a personas que la entregaban y no pasaban a recogerla; así vestía elegantemente gastando poco dinero. El dueño de ese negocio, cliente habitual del restaurante y muy amigo de los camareros, me hacía un precio especial, y decía al respecto que, con cierta frecuencia, esa gente se trataba de norteamericanos adinerados que entregaban sus ternos, o lo que fuera, para limpiarlos, se

volvían a los Estados Unidos, y en la lavandería se quedaban para siempre. Gran tranquilidad me producía el recibir carta o tarjeta de mi familia, aunque fueran muy pocas y llegaran con bastante retraso, y ese día lo celebraba con ron, invitando a mis compañeros a una ronda. Y me acostumbré a beberlo, como hacía en Francia con el coñac: dos copitas al día, que me daban ánimo y me reconfortaban. Algunos domingos, en las tardes, cuando únicamente cerraba el restaurante, me vestía muy elegantemente y me iba a una terraza de bar para gente de categoría a tomarme un café o un refresco, después, al cine, y alguna vez, al teatro, haciéndome la ilusión de volver a ser el burgués acomodado de antes en Marsella... La ciudad de La Habana es preciosa, y mucho me hubiera gustado conocerla en otras circunstancias no tan penosas, sin apenas saber de mi familia. Yendo bien vestido por la calle, con sombrero, chaqueta y corbata, con aspecto de yanqui, evitaba que la Policía sospechara que fuese un inmigrante ilegal".

"Por necesidad, y para entretenerme también, me dediqué a estudiar español, intentando imitar mi preparación para las oposiciones en Djibouti. Hasta me hice a la idea de que estaba haciendo una licenciatura de español en la Universidad de La Habana. Aparte de la necesidad de aprenderlo, ese empeño me evitaba caer en la apatía y en la tristeza. Mis compañeros de trabajo, y principalmente el dominicano, fueron mis primeros maestros, aun cuando fueran personas muy distantes de ser catedráticos, pues el nivel cultural de esa gente no pasaba del grado primario. El segundo lugar de maestro se lo debo agradecer a un camarero español, alto y fuerte, que me contaba: "Cuando llegué a Cuba me empleé de soldado, y me pagaban cuarenta pesos al mes, buen sueldo en ese entonces, pero se presentó lo que llamaban la moratoria, una horrorosa crisis, y me bajaron el sueldo a veinte pesos; menos mal que pude dedicarme a camarero, porque eso de cortar la caña... no iba ni va conmigo". He de decir, que yo, aunque poco lo había practicado y tenía mucho olvidado, estudié bien el español en la "École des Hauts Études Commerciales", y me hacía gracia cómo me iba rebrotando con la práctica y al estudiarlo de nuevo, pues para eso me compré un diccionario y una gramática de las usadas por los alumnos de instituto. Al llegar a La Habana ya llevaba algo adelantado por emplear palabras españolas para entenderme en Lisboa y lo practicado en el barco mexicano. Al periódico "El Diario de la Marina" estaba suscrito el jefe, que siempre lo dejaba sobre una de las mesas para que lo leyeran los clientes; por las noches yo lo recogía, lo leía y aprendía muchas palabras, enterándome así de los sucesos en Cuba y en el mundo. Leía también otras publicaciones que los clientes dejaban ocasionalmente abandonadas sobre sillas o mesas, como la revista "Bohemia", gustándome mucho, y de la que compré bastantes números en mi segunda etapa en La Habana, y los

diarios “El Imparcial” y “La Prensa”. Así estaba bien al corriente de la evolución de la guerra, pudiendo comentar con mis compañeros esas noticias mientras lavaba los platos. En fin, que, con poco dinero, me las iba arreglando. Calor en Djibouti, calor en La Habana; ¡menos mal que había un ventilador en la cocina encima mismo del fregadero!, pero, muchas veces..., eso ni hacía efecto. A la Embajada Francesa no me atrevía a ir; aquello lo consideraba un nido de “petainistas”, cerdos capaces de hacer lo imposible para deportarme a Cayena..., el infierno de las cárceles francesas. De los judíos me dije, que no siendo creyente, no estaba bien que fuera a incordiarlos, pues deberían estar saturados de refugiados... Paseos por el Parque Central, por el Prado, por el Malecón para ver el mar, la enorme bahía habanera y la maravillosa vista del Morro y de la Cabaña, así como de La Habana Vieja, no me faltaron; sobre todo en la segunda fase de mi estancia en Cuba, cuando ya podía hacerlos a cara descubierta”.

- Notaría bien el contraste entre el desierto de África y la frondosidad de Cuba. En un sitio, sin nada de lluvias, y en el otro, donde cae el agua a raudales – lo interrumpió Albert.

- Eso muy bien lo noté, pero había más diferencias que no pude apreciar en el primer año de mi estancia en La Habana, sin poder ver el campo. En nada se parecían las ciudades... Djibouti era muy pequeña..., un pueblo algo grande. Eran dos mundos muy diferentes. A La Habana, con toda razón se la podía llamar el París del Caribe... Para mí esa estancia en el restaurante la consideré como si hubiera estado un primer curso en la Universidad estudiando español; y lo digo de veras, porque aprendí mucho de ese idioma, con su gramática y su ortografía, copiando lo que escribían los periódicos y , también, leyendo en voz alta cuando estaba sólo en un parque o en una plaza. Sinceramente, pese a mi edad, no me faltó voluntad para estudiar. Y creo que mis esfuerzos fueron recompensados... Hasta muchas veces pienso en español.

-¿Y cuándo se presentó en la Embajada Francesa? – preguntó don Alberto.

- A los pocos días de la invasión del norte de África, y ver que las relaciones de Cuba con el Gobierno de Vichy se habían ya más que enrarecido, me presenté en la Embajada mostrando mis credenciales de funcionario de primera línea del Ayuntamiento de Marsella, donde se me recibió, por así decirlo, con todos los honores. O eran todos golistas, o deseaban congraciarse con los enemigos de Vichy. Lo cierto es que me arreglaron rápido lo del pasaporte y la residencia en La Habana, y un diplomático, jurista marsellés, y otro, un egresado de la misma escuela

que la mía, la "École des Hauts Études Commerciales" de París, pero mucho más joven que yo, me consiguieron un muy buen empleo en una importante empresa dedicada a la elaboración de bebidas espumosas, de esas que refrescan las vidas de quienes las consumen... Y de la noche a la mañana todo mejoró. Ahora era un administrativo contable, con un trabajo algo similar al desempeñado en Marsella, sentado en un sillón con una mesa escritorio delante. Volvía a ser un señor respetable. Es verdad que al principio, en el primer mes, tuve algunas dificultades de adaptación y con la interpretación exacta de las palabras mercantiles del idioma, pero al mes siguiente ya lo dominaba por completo y no venía a ser más difícil que mi trabajo en la contabilidad de Djibouti. Y, sinceramente, muchísimo más sencillo que mi labor en el Ayuntamiento de Marsella, sin tanta responsabilidad.

En esto, doña Pilar interrumpió la explicación del señor Neumann:

- Dos primos míos, para no ir a la guerra de África, emigraron a La Habana, donde se quedaron y se casaron con cubanas. Sé que tienen allá un negocio de zapatos.

- He de decir que en esa empresa trabajaban conmigo dos españoles, pero nunca me dijeron porqué emigraron; lo mismo digo del camarero alto y fuerte del restaurante. Una fábrica de refrescos en un país caluroso siempre es un buen negocio. Nos pagaban buenos sueldos, nos trataban bien, y el ambiente entre compañeros era muy agradable. Hasta me hubiera gustado tener a mi familia conmigo; en aquel país la gente es más alegre, y se toman la vida con más filosofía que entre nosotros. Por lo menos, eso me parecía a mí. Así le hice saber estas opiniones mías a uno de los españoles, dándome por respuesta que no dejara de tener en cuenta que la fábrica de refrescos se trataba de una empresa racista, en la que, hasta fecha muy reciente, no había ni un solo moreno trabajando, y en la actualidad había unos pocos destinados a recoger las basuras y a limpiar los retretes, sin poder pasar de ahí... Eso me hizo recordar mi condición de víctima de una persecución racista, y por primera vez me di cuenta de que a mi alrededor, en la oficina de distribución, no había sino gente de tez clara, así como entre los distribuidores en camiones, que al iniciar y retornar de su andadura debían informarme detalladamente de los repartos de refrescos a realizar, o hechos en la ciudad, diariamente. En el restaurante "La Jícara de Plata", aunque no se tratara tan bien a los trabajadores, no existía racismo, pues los otros dos empleados de la cocina eran morenos, y, también, un camarero.

El señor Neumann hizo una pausa, bebió un poco de agua y continuó su disertación:

- Con mejor situación económica, me cambié a una buena pensión, con una habitación amplia y cómoda, yendo más a menudo al cine y al teatro. El año anterior sólo frecuenté pocas veces esos espectáculos. Y hasta salí de La Habana, por llevarme el diplomático con estudios mercantiles, en su coche, a Matanzas, y otra vez, a Artemisa, ciudad natal de su mujer, cuya familia tenía un rancho con caballos, pudiendo practicar la equitación. El recibir las cartas de mi hija, desde Barcelona, supuso para mí una gran tranquilidad al saber que estaba a salvo, pues ese pesar siempre lo llevaba conmigo. Para no rumiar demasiado mi intranquilidad por la familia y, en cierto modo, resignarme a lo que el destino me deparara, continué estudiando y perfeccionando el español, y comencé a leer libros sobre Cuba y literatura de autores cubanos, comenzando por "Cecilia Valdez", de Cirilo Villaverde, y obras del Libertador, José Martí. Hasta me puse un profesor para que me corrigiera errores, que eran muchos, y los tengo aún; eso duró un par de meses. Seguía leyendo periódicos y revistas. La cosa era tener la mente ocupada todo el tiempo. No, no pretendo de ninguna manera ser considerado como un gran experto en lengua y literatura española, ni algo parecido, pues no tenía tiempo, y, muy probablemente, tampoco condiciones para eso.., pero lo intenté, y aprendí lo bastante para entenderme y hacerme comprender bien. Por dos veces me dieron vacaciones de quince días, que aproveché para practicar la equitación: una vez, en Cienfuegos, y la otra, en Pinar del Río... Con sus innumerables palmeras con un pico bien afilado hacia arriba, las inmensas plantaciones de caña de azúcar, de tabaco, de café, de cacao..., ¡qué diferente todo aquel verde al paisaje desértico de Djibouti!. Según tuve conocimiento de la liberación de Marsella, puse en marcha el plan de retorno, cosa nada fácil por la escasez de barcos civiles que se atrevían a cruzar el Atlántico. Mi impaciencia crecía, pero todo el mundo me desaconsejaba el emprender el viaje, y que esperara al ya próximo final de la guerra, hasta que, en marzo, un barco español procedente de Nueva Orleáns, transportando cereales, recaló en La Habana para cargar algo de azúcar. Los compañeros de trabajo y la empresa se empeñaron en pagarme el viaje, a lo que me opuse, pues tenía lo suficiente ahorrado para ese gasto, pero insistieron diciendo que eso me haría falta para reconstruir mi vida en Francia..., e hicieron una colecta. Como el anterior barco, llevaba dos grandes banderas pintadas en cada costado para mostrar su neutralidad. Por el día, con buena claridad, podría ser de alguna utilidad, pero en el crepúsculo, la noche o al alba, mal se podían distinguir esas pintadas en el casco del buque. Como en el viaje de ida, se pasaban los tripulantes todo el

tiempo pendientes de si había alguna mina con la que se pudiera tropezar. Uno de los marineros me contó que durante la estancia en Nueva Orleans se habían quedado diez colegas en tierra. Habían desertado.

“Bueno, tuvimos suerte durante ese cruce del Atlántico y llegamos a Tenerife, que, aunque una isla, era ya parte del Viejo Continente. Se descargó un poco de la mercancía, y se nos dijo a los cuatro pasajeros que traía que una avería retrasaría la partida unos días, conque a pasearnos por la ciudad, por sus calles y plazas, sentarnos a tomar café o cerveza en las terrazas, ir dos veces al cine..., y hasta nos aventuramos un día a internarnos en un tranvía a una ciudad cercana a la capital, llamada La Laguna. En Cuba había algunas carencias a consecuencias de la guerra, pero ya en esa isla, a pesar de su neutralidad, por la proximidad a la guerra, las escaseces eran mayores, afectando a su economía de manera fuerte. Me llamó la atención lo montañoso del terreno para un territorio relativamente pequeño. Un día estuvo el barco cargando plátanos, y por la noche partimos para Cádiz, donde también desembarcó una parte de la carga, y se nos volvió a decir que necesitaban acabar la reparación de la avería, reteniéndonos otra vez cinco días más. De nuevo a pasear, contemplar la ciudad con sus monumentos, sentarnos a tomar vinos..., y otras dos veces al cine... Esta ciudad me hacía recordar en mucho a La Habana, tanto por sus calles como por la avenida marítima circundante, muy parecida al Malecón habanero, todo muy llano como el Centro Habana; no salí de su núcleo para ir a otros lugares. Un día volvió a cargar mercancías, y por la noche salimos para Barcelona. Un mes tardamos en llegar. En fin, que me he pasado nueve años de mi vida fuera de Francia”.

Así, hablando, se llegó a la hora de la cena, despidiéndose al acabar Joseph Neumann, y rechazando la invitación a quedarse a dormir en la casa aquella noche por tener su tren la salida al día siguiente, muy temprano. Albert lo acompañó hasta la estación del metro del Tibidabo, pero tuvo la suerte, en ese corto trayecto, de encontrar libre un taxi que lo llevó a la pensión donde se quedaba, muy próxima a la Estación de Francia. De aquella casa, el señor Neumann sacó la impresión de que en mejor sitio no pudo estar refugiada su hija durante su exilio, y que en la persona de Albert se encontraba la más idónea como compañero.

* * *

Al llegar Monsieur Joseph Neumann a su casa después de cuatro años de ausencia, se encontró conque su hija ya tenía muy adelantados los

trámites de la boda así como todo lo concerniente al pasaporte y al visado para viajar a España. Consciente de que poco podía hacer para impedirle esa aventura, le recordó a Golib lo del mucho tiempo perdido en sus estudios y que ese año en Barcelona no se lo iban a reconocer en Francia. Lo mejor sería traer Albert a Marsella, que ya se le colocaría donde fuera. Además, la situación política y económica de España era muy difícil, y empeoraría en los próximos meses. A lo que respondió Golib:

- Aquí también todo es muy duro. Os aseguro que no perderé nada en cuanto a mis estudios, sino que más bien lo ganaré, y me lo reconocerán en Francia. El profesor, con el que voy a estudiar, es único en el mundo. Me oyó interpretar, me acepta, y no voy a perder esa ocasión. Depende de cómo nos vaya; si nos va bien, nos quedamos en Barcelona, si no, nos venimos a Marsella.

En el Ayuntamiento, a Joseph Neumann pronto se le reincorporó en su antiguo puesto, y a las preguntas de algunos de porqué había tardado tanto en volver, respondía:

- Regresé tan pronto como pude. La Habana no está en Córcega, nada fácil resultaba la vuelta, y hasta era peligrosa... Gracias a las dos grandes guerras he viajado mucho y he aprendido cosas muy interesantes: en la primera, a cabalgar en joroba de camello, y en la segunda, a fregar platos y cacerolas. También en la primera, la lengua de los issas, y en la segunda, el español. El issa, sólo hablarlo y entenderlo, y medianamente, pero no a leerlo ni escribirlo. Del segundo idioma alcancé un alto grado en todas sus facetas, puedo afirmarlo, y si necesitan un traductor, aquí estoy. Había una cosa que sí tenían en común aquellos dos lugares tan diferentes: que no sonaban las bombas.

* * *

La boda de Golib y Albert se realizó por poderes para así facilitar la concesión del visado, y por el rito católico, ciertamente.

Al llegar a Barcelona, Golib intentó compaginar el estudio con un trabajo remunerado, el de la costura, como la otra vez, pero doña Pilar se lo desaconsejó rotundamente, y le explicó:

- Ahora debes concentrarte exclusivamente en el piano; para eso viniste. No pierdas el tiempo en otras cosas. Ya lo perdiste bastante cuando lo de tu exilio. A poco de marcharte dejé el taller de costura. Todo ha cambiado: mucha competencia, pretendíamos que nos declaráramos como una industria textil, que nos sindicáramos, y más cosas... Los trabajos de la casa, la costura..., demasiado para mí. Ya tengo algunos años... Me decidí por la casa. Y no es que haya dejado del todo la costura, pues sigo haciendo trajes de niñas para una gran empresa. Me dan casi todo preparado, y yo los acabo de arreglar y coser. La verdad sea dicha, hago pocos, pero Celestina hace muchos en su casa...; así se gana la vida Las Oller se dedican, para ganar algo más, a coser corbatas. Están deseando que vuelvas a tocar en su piano, y ese poco dinero que ganarán, les vendrá, sin duda alguna, muy bien... Ciertamente, el sueldo de Albert es bajo, pero no paga vivienda, y con las clases particulares a los alumnos que lo necesitan, compensa ese pequeño sueldo. El pluriempleo se impone para sobrevivir; mira a mi marido, con el banco y la música. Con los dólares de tu padre, de cuando estuvo en Cuba, podrás comprarte cuantos caprichos quieras durante este curso, y serás la envidia del Conservatorio.

Con todos sus papeles en regla, Golib podía ahora andar y sentirse a gusto por las calles de Barcelona, aunque el recuerdo de cuando era ilegal le surgía a veces al deambular por la vía pública, entrándole un súbito temor de que la detuvieran."Ya se me pasará ese complejo", se decía. Lo cierto es que ya podía ir a clases, a tiendas, a las colas del racionamiento, al cine, al teatro, a conciertos en el Palau..., sin ninguna clase de temores.

Serafí Sabater le organizó una velada en su casa para que sus amistades, todas personas de alcurnia de Barcelona, pudieran oír un nuevo concierto de esa gran promesa del piano.

- Ya va siendo hora de lanzarte a dar conciertos en serio – le aconsejó Serafí en esa ocasión.

- Aún es muy pronto para eso, pero en el próximo enero el Conservatorio organiza un gran festival con los mejores alumnos, y yo soy una de las seleccionadas

Uno de los familiares de Serafí invitó a Golib a tocar en una fiesta en el Club Hípico con motivo de la Navidad. Serafí le exigió que fuera cobrando. Así tuvo Golib su aguinaldo de esas fiestas de fin de año.

Y también fue por esos días cuando Serafí comunicó a Albert que su prima Elvira se había quedado viuda, y le contó:

-Su marido salió con el avión para una misión de combate, eso sería hace unos diez meses..., y no volvió. Tenía la esperanza de que Wilkinson hubiera caído prisionero. Pero, acabado el conflicto, se comprobó lo de su desaparición definitiva. Tiene una niña que no conoció a su padre. Apenada por lo ocurrido, no se decidió a escribir hasta ahora. Dentro del sobre venía también una nota para ti. Aquí la tienes... Mis tíos le recomiendan su retorno a Barcelona, pues aquí contaría con el apoyo de su familia y podría continuar sus estudios. ¿Qué va a hacer sola en Inglaterra?...

Se trataba de una carta del piloto Sean Mac Intosh notificándole la muerte de su mejor amigo y que Elvira se encontraba bien, dentro de su pena, con un trabajo de empleada en el almacén de su suegro, conocido importador de productos de todo el Imperio Británico, que estaba empezando a recuperarse del duro golpe económico sufrido durante la guerra... La carta seguía de esta manera:

“Al terminar la guerra me pusieron a pilotar un avión de carga. Volvía de Alemania, cuando, al tomar tierra, el tren de aterrizaje falló y me fui fuera de la pista... Tuvimos suerte porque salimos todos vivos, pero me fracturé los tobillos del pie y el codo izquierdos. Cuatro meses estuve en el hospital. Mi esperanza, y mi ilusión, era que, al desmovilizarme, debido a mi gran experiencia, que hasta tres accidentes tuve, me contrataran como piloto de la aviación civil, pero fui rechazado por tener el codo anquilosado; son muy exigentes esos de las líneas aéreas, ¡y con tanto piloto que ha quedado sin trabajo...! Gracias a Dios, el pie me quedó bien. “Olvídate de los aviones; así no te admitirán nunca”, me dijo un amigo... Con tanta desmovilización, la cuestión de trabajo anda mal por aquí... Mas conseguí un faro en las Islas Orcadas, todo al norte de Escocia, en una pequeña isla, de muy pocos habitantes, de clima muy frío, ventoso, lluvioso y tormentoso, pero fascinante. Llevo quince días ya en el faro. En el hospital me dediqué a escribir una novela basada en mis experiencias en el aire y en lo que me deparó el destino en tierra, y aquí la estoy continuando. Si la termino y la publico – pues tengo esa posibilidad – se la enviaré. Durante mi hospitalización, la única persona que venía a visitarme era Elvira, a quien estoy muy agradecido por los detalles que tuvo conmigo “.

Terminaba la carta con la felicitación navideña y con los mejores deseos para el año cuarenta y seis.

Albert no tardó en contestar la carta, comunicándole su boda con Golib, y pidiéndole que no olvidara la buena costumbre de escribir.

- Trabajas demasiado; después de la fábrica, clases particulares. Debes descansar más – le dijo un día Golib a Albert.

- No es tanto. Sólo son dos horas tres veces por semana, para cinco alumnos. Necesitamos ese dinero, pues una buena parte de la comida debe ser adquirida en el mercado negro, a precios muy altos... Además, necesito mantener mis conocimientos teóricos y acostumbrarme a dar clases para cuando pueda pasarme a la enseñanza, pues con ese fin estudié – le respondió Albert.

- Sí, lo comprendo, pero te pasas entre tres y cuatro horas con los alumnos.

- Hasta que no les haya metido bien en la cabeza los temas y los hayan completamente entendido, no los puedo dejar ir. Tienen que aprobar, pues para eso vienen.

- ¿Para qué están los dólares que mi padre trajo de Cuba y me regaló? ¿Son para podrirse? Quedaron en que vendrían por la Semana Santa y que me traerían más dinero.

- Parte de esos dólares los empleaste en la matrícula del Conservatorio, ¿y aún te queda?

- Eso fue una cosa mínima. No he pagado prácticamente nada desde mi llegada.

- Tiempo habrá para gastarlo – y Albert concluyó la conversación.

II

No cabía la menor duda de que, con la llegada de la paz, aquella ciudad, puerta del Estrecho de Gibraltar y del Mediterráneo, veía cómo se incrementaban todas sus actividades, encontrando trabajo muchos de los condenados a la inactividad, y llenando, en mayor o menor cuantía, los bolsillos de una buena parte de la población.

- En estos tres últimos meses he notado un buen incremento de las ventas. Es una lástima el no disponer de más mercancía. Los suministros en materia de ferretería tardarán todavía algún tiempo en alcanzar el nivel del treinta y nueve – le decía el señor Rodrigues dos Santos al doctor Moulin, que le contestó:

- Mi “Clinique” ya alcanzó ese nivel de ocupación, y si sigue así, me veré obligado a ampliarla y contratar más médicos y personal auxiliar. Hace ya años que adquirí el solar de atrás con miras a la ampliación. Pero eso lo dejaré para cuando se marchen los ocupantes y vuelva a ser Tánger internacional como entonces..., o mejor aún, francesa del todo, como tenía que haber sido siempre. No veo la hora en que esos españoles se marchen de aquí. ¿A qué esperan los aliados para echarlos?

Los rumores de la pronta partida de los ocupantes, poco a poco se fueron transformando en la certeza, incrementándose la alegría del doctor Moulin, que se vio alterada por lo que le dijo un día el doctor Mateo Morán:

- Doctor Moulin, mi agradecimiento hacia usted es enorme. Esta clínica me salvó la vida, y a reiniciarla de nuevo, sacándonos de la miseria a mí y a mi familia, es decir, a mi hijo y a mis padres, pero voy a casarme de nuevo y deseo vivir tranquilo y algo más a mi gusto, por lo que abandono definitivamente la cirugía y la obstetricia.

- ¡Pero cómo!... ¡Qué me dice!... Usted es imprescindible en la "Cinique"... ¡Ya está a la altura de Lombardi y mía!; incluso me supera... ¿Y dice que se marcha! ¿Qué vamos a hacer sin usted ahora que comienza una fase de gran actividad?... Cuando llegó Lombardi, resultó ser ya todo un experto, tanto en cirugía como en obstetricia... Sinceramente, era un fuera de serie, y por eso lo ascendí pronto. Usted, en cambio, llegó con muy pocos conocimientos de esas especialidades quirúrgicas, pero me asombró lo pronto que iba aprendiendo todo... Lamento mucho que, dadas las circunstancias desfavorables que hemos atravesado, no haya sido posible ascenderlo como se lo merecía. Gracias a Dios, la época de las vacas flacas está pasando... Olvídese de eso de irse, y tan pronto como pueda, lo ascenderé. ¿Es que se quiere volver a España con lo de la retirada?

- No se trata ni de ascensos ni de retiradas..., ni pienso volver a Cádiz. En mi caso, los quirófanos fueron una cosa para tiempos conflictivos y de guerra, y esas salas sólo dan sustos y disgustos...,¡se acabó!... Para mí, es lo otro, la dermatología, que es donde me encuentro verdaderamente a gusto. Pero, si usted lo permite, seguiré prestando servicios en la Clínica hasta que aparezca otro cirujano para sustituirme. Con lo de la desmovilización, no faltarán expertos en la cirugía.

- En la cirugía y en la traumatología, sí, pero no en la obstetricia..., ni tampoco comparable con usted en lo de la calidad humana. Gran disgusto me da, pero... ¿qué puedo hacer? ¿Dónde pondrá la consulta?

- Alquilaré un piso.

-¡No, no y no! Por favor; continúe en su consulta a la entrada de la "Clínique", donde siempre ha estado. Eso nos da prestigio en la ciudad y nos ha aportado muchos pacientes. Será un socio más de la "Clinique". La ampliación, en proyecto, lleva consigo el convertirla en una sociedad – le pidió el doctor Moulin.

También Lombardi y Al- Yamil lamentaron mucho la súbita e inesperada despedida de Morán, aunque sólo fuera del entorno de los quirófanos. Pero no fue Morán el único médico en hacer un anuncio de despedida. En una de aquellas charlas de café, el doctor Pitt comunicó a sus amigos su pronta jubilación.

- Como ya tengo mis sesenta y cinco años cumplidos, considero bien llegada la hora de jubilarme del todo... La gran seguridad que tenía en mis manos, ya no es la misma... ¿Qué les digo de la movilidad de los dedos?

Miren este anular izquierdo – y colocó la mano correspondiente a ese dedo sobre la mesa.

El doctor Monneret agarró la mano afectada durante un par de minutos, y dijo después de observarla bien:

- Efectivamente, el anular está ligeramente en resorte, y algún nodulito artrósico se observa en las articulaciones interfalángicas de los dedos segundo y tercero... Ahora muéstreme la derecha, doctor Pitt.

El doctor Pitt se la mostró, y después de observarla más tiempo que la anterior y ordenarle el cierre y la apertura del puño varias veces, así como el separar y juntar los dedos otras tantas, el otorrinolaringólogo llegó a la siguiente conclusión:

-Le aseguro que todavía puede trabajar, por lo menos en lo que respecta a la mano izquierda, tres años más, y como la cabeza y la mano derecha las tiene perfectas, me parece que vamos a tener oftalmólogo para rato.

- ¡Me quiere usted muy mal, doctor Monneret, pretendiéndome condenar a trabajos perpetuos! – exclamó el doctor Pitt, añadiendo –: Para septiembre tengo ya organizado un viaje a Inglaterra. Veré mi patria..., y a mi familia. También pondré en orden mis asuntos de allá, abandonados durante todos estos largos años. Estaré dos meses ausente de Tánger. Lo del banco ya está resuelto, pues me enviarán el dinero aquí, y no más a Gibraltar. Y el doctor Lombardi ¿cómo no ha venido hoy? ¿Es que no se interesa por las noticias de la paz en Europa y de las victorias en el Pacífico?

- Esta tarde tiene dos posible cesáreas. Está de guardia... Por cierto, ha llegado un nuevo ginecólogo francés a la Clínica del Doctor Moulin. También hay otras dos noticias: el doctor Morán se casa con una profesora, compatriota suya, y mi tocayo, el doctor Souchet, se casó ya – dijo el doctor Marcel Dubois.

- Y nada menos que con la célebre bailarina del vientre El Fuego del Atlas de la sala de fiestas "La Flor Escarlata" – dijo el doctor Monneret con una sonrisa en los labios –. Sin duda alguna es, con su conocido cuerpo de guitarra, todo un tipazo de mujer. Una noche Souchet fue con unos amigos a ver el espectáculo, y al finalizar la actuación de la artista, ésta se le acercó y le preguntó si era ginecólogo, y él le contestó: "Soy odontólogo; ¿porqué me hace esa pregunta?". Entonces El Fuego del Atlas le contó que sufría de una cierta molestia en el bajo vientre desde hacía un par de

semanas, y, aprovechando lo de ser dentista, también le consultó sobre la presencia de una caries en un molar...

- Vieja costumbre esa de aprovecharse de los médicos donde quiera que se encuentren. A mí eso me pasa casi todos los días, tanto aquí como en Inglaterra; sobre todo cuando juego al bridge, evitando concentrarme en las cartas... – le interrumpió el doctor Pitt.

- Muy cierto es, y lo sé por propia experiencia, pero déjeme terminar la historia... Souchet la citó a la mañana siguiente en el gabinete dental de su tío. Si bien hace tiempo que no practica la odontología, le empastó el molar, y más aún, le recetó unos medicamentos que le curaron el dolor del abdomen, con el consiguiente agradecimiento de la muchacha... Y después de este suceso, se enamoraron y se casaron.

- ¡Me deja asombrado, doctor Monneret, porque ese tipo de mujeres perdidas corresponde a hombres de mala nota, y el doctor Souchet es todo un caballero, perteneciente a una familia muy católica y de muy buenas costumbres! ¡De lo mejor de Tánger! – exclamó el señor Rodrigues dos Santos – . Mala fama tiene esa "Flor Escarlata", y peor aún sus bailarinas...; mala, de verdad...

- Bien cierto es lo de su familia, y por esa razón me correspondió hacer el papel de padrino de la boda, y Rocío Nadal, la esposa de Lombardi, el de madrina. Los Souchet se negaron a asistir a la ceremonia. Debemos de tener en cuenta que El Fuego del Atlas no es una mujer maltratada ni horriblemente traumatizada por el sucio negocio del sexo. Bien es cierto que no careció de amigos, y no tantos como algunos se imaginan, pero, ante todo, era una bailarina. Primero de flamenco, que, como no le iba bien en España, se vino a Tánger, cambiándose, poco a poco, a lo de la danza del vientre, donde, gracias a su tipo y a sus movimientos, consiguió una gran fama en su trabajo. La familia Souchet ha sentido más esa boda que la pérdida de la pierna de su hijo. Su tío, el dentista, también lo lamenta, pero, al revés de sus padres, siente más lo de la amputación. Tenía la intención de cederle la clínica dental al sobrino, así como su herencia – acabó de aclarar el doctor Monneret.

- Yo le advertí de todos esos problemas, pero Souchet me dijo que, con aquella pierna partida, El Fuego del Atlas era muchísimo más de lo que él podía aspirar. La muchacha tenía otros admiradores, y de mucho dinero, pero prefirió a un médico destinado a vivir con un sueldo de funcionario. El nombre verdadero de ese Fuego, a la que aquí sus amistades llaman Zahr, es Eva Tormes. Había un comerciante español, muy rico por cierto,

uno de esos estraperlistas, llamado don Carlos del Puente, que andaba loco por ella, acosándola continuamente con valiosos regalos, de joyas, pieles, bolsos y otros atuendos de tanto gusto entre las mujeres..., y, vean ustedes, eligió a Souchet... Al parecer, sentía debilidad por los médicos – explicó el doctor Dubois.

-Jamás he tenido trato con bailarinas ni con cantantes ni con personas del mundo de los espectáculos, excluido lo estrictamente profesional. En Edimburgo asistía con relativa frecuencia al teatro, y muy rara vez, al cine; aquí me he acostumbrado a lo contrario. Al Teatro Cervantes he ido un par de veces a ver zarzuelas. A "La Flor Escarlata" no he ido nunca. Tales espectáculos no me han interesado jamás. En cambio, siempre me han gustado el ballet clásico y la ópera. A veces me hubiera gustado hablar sobre sus escritos con los autores de las obras literarias que he leído o que he visto en teatros, pero no he tenido ocasión ni tiempo para ello. Mi vida social se reducía a jugar al bridge en un club de Edimburgo, pero mi esposa me impuso la obligación de ir una vez al mes, por lo menos, al teatro... Al cine, con cuatro o cinco veces al año tenía suficiente. Aquí he ido muchas más veces a ver películas – dijo, por último el doctor Pitt.

* * *

El nacimiento del hijo de los Cuenca transcurrió según lo previsto por Lombardi, viajando todos a Cádiz. Lombardi, que los acompañó, tenía el parto apalabrado en la clínica de un amigo de Mateo Morán, y, también, de forma que figuraran los Cuenca como padres legítimos.

- Ahora, el asunto de la nacionalidad, con un hijo español, será más fácil. Un trabajo, una vivienda y una residencia en Ceuta, en gran parte todo ficticio, facilitarán los trámites. Así cambiarán de aires durante unos días.

-Y mi trabajo en Tänger, ¿cómo voy a dejarlo si es mi fuente de ingresos?

- Allá tendrá que ir sólo de vez en cuando, pero la madre deberá permanecer un tiempo algo mayor. Déjelo todo de mi cuenta. Conmigo, usted entrará y saldrá de Ceuta varias veces sin que conste el haber abandonado la ciudad. Para eso está mi yate... y la lancha de un pescador de allá, buen conocido mío, haciendo el transbordo fuera de los puertos.

Oficialmente, usted y su esposa serán empleados del almacén del hermano del doctor Moulin, persona de cierta influencia en esa ciudad.

-Si resido en Ceuta, ¿cómo residiré aquí al mismo tiempo?

- Como antiguo residente en Francia y perseguido por el nazismo, usted está ahora en Tánger bajo la protección del Consulado Francés, y su nombre no figura apenas, por ser aún un ayudante del doctor Souchet. Los españoles ya están haciendo las maletas, pronto se marcharán, y no se van a ocupar de que si usted ejerce o no odontología en la calle de la Marina. Debemos usar todos los trucos.

* * *

La aparición en la casa de David Cuenca y en la Misión de los Bienaventurados, en aquel mes de agosto, que pasaría a la Historia por la alegría de la victoria aliada sobre el Imperio del Sol Naciente y por el terror del lanzamiento de bombas atómicas sobre las ciudades de Hiroshima y Nagasaki, del teniente español Rubén Ripoll y de su esposa Laura, hermana de Albert Forn, establecían un nuevo contacto entre dos organizaciones de ayuda a refugiados en ciudades tan alejadas, aunque la de Barcelona ya hacía más de un año de su desaparición. Venían los Ripoll Forn con dos cartas de presentación de Mossén Cugat Verdú: una, para el doctor David Cuenca, y otra, para el padre Federico Atienza. También traían una carta de Albert para el dentista en que le comunicaba su próximo matrimonio con Golib Neumann:

- En nuestra odisea fuimos testigos del encuentro en que se conocieron. Por mi fe, que nos alegramos mucho de esa boda y les deseamos que sean muy felices. Muchísimo debemos a su hermano y a Mossén Cugat. He de decirles que mucha confianza tenía su hermano en usted y en su esposo; así nos lo dio bien a entender, y por eso sé que son personas cabales. Albert y Golib nacieron el uno para el otro, y el destino así lo quiso – dijo David Cuenca comentando la noticia de la boda.

- Fue muy cauto con nosotros en lo referente a su labor de socorro a fugitivos. Algo nos contó, muy sutilmente, cuando ya sospechábamos que estaba metido en un asunto poco claro; fue al aparecer Golib el momento en que nos dimos cuenta de la magnitud de su compromiso. Pero todo eso ya pasó, y salió bien parado... Tanto Rubén como yo nos alegramos de que haya podido ayudar a gente como ustedes – aclaró Laura Forn.

Aunque Rubén Ripoll no pudiera dar detalles de su misión en Tánger, sí dio a entender su relación con instalaciones eléctricas y telefónicas, que significaban su desmantelamiento y la próxima retirada española de la ciudad.

Para Tomás no llevaban carta, pues Mossén Cugat, aunque presumía su presencia en Tánger por las referencias del padre Atienza y de David Cuenca, siendo éste el que comunicó al mecánico la llegada de la pareja, comentando al respecto:

- Rubén Ripoll es de plena confianza. Él no era solamente el cuñado de Albert, sino familiar de uno de nuestros principales colaboradores, un buen técnico de transmisiones. Antes de asociarnos con alguien, nos asegurábamos bien de todo su entorno, tanto de amistades como familiares, y a Rubén lo teníamos calificado como que no era de los nuestros, pero que no estaba contra nosotros, y si no hubiera estado donde estaba, podía muy bien estar con nosotros... Bueno, también teníamos colaboradores entre militares... Quiero conocerlo.

No especificó Tomás que ese técnico era el hermano con cojera de Rubén Ripoll, técnico y socio de un taller de radios en la calle Aribau, facilitando esos aparatos y otros servicios a la red de fugas. El trabajo de practicante requería muchas horas de pie, y con ese otro empleo, podía ganar algo más de dinero mientras permanecía sentado.

David Cuenca y el padre Atienza pronto pusieron en contacto a Rubén Ripoll con Oreste Lombardi, haciendo los dos amistad de forma muy rápida, pues la forma de ser de Lombardi, hiperactivo, extrovertido, servicial y de poseer conocimientos superiores a la mayoría de los mortales, rápidamente atrajeron la simpatía del teniente, y como Rocío, su mujer, aunque no tan hiperactiva, era de su misma madera, ocurrió lo propio con Laura. Tomás y Cuenca ya habían informado al médico de la colaboración del hermano de Laura en lo de ayuda a los pilotos, y la que también el dentista y su mujer habían recibido de Mossén Cugat y del estudiante de ciencias, de forma muy discreta, pero lo suficiente para darse cuenta de que Albert Forn había sido un buen colaborador de la causa aliada. Además, Lombardi percibió la presencia en la organización de Barcelona de un personaje clave, pero no preguntó ni se enteró de quién se trataba, pero que andaba entre Inglaterra y Francia. Ante la inminente marcha de los españoles, el temor a hablar se iba disipando en la ciudad, habiendo sido en Tánger siempre ese temor mucho menor que en España o en el Protectorado. Los ocupantes, prácticamente, ya sólo se preocupaban

de mantener el orden hasta que la Gendarmería, de nuevo reconstruida, pudiese hacerse cargo de la ciudad. Lombardi, tal vez pensando en que en un futuro pudiera ser de utilidad, intentó, a través de Laura, informarse mejor de su hermano, cosa que aprovechó invitando a los Ripoll a su casa y a un paseo en su yate un domingo, y así obtuvo más información de Albert Forn y su forma de ser, sacando la deducción, de que si se pudieran ver alguna vez, podrían ser buenos amigos.

Un día Lombardi llevó al teniente Ripoll a la Clínica y lo presentó al doctor Moulin, que después de una charla le vaticinó:

- Tenientito, sabe lo que le digo, que desde que ustedes se vayan, esto pasará a ser un puerto francés como Casablanca y Argel. Lo de internacional ya toca a su fin. Nosotros seremos aquí los amos, y nadie más.

Ripoll no le contradijo por no estar lo suficientemente informado sobre el asunto, pero Lombardi sí lo hizo:

- Eso no lo consentirán ni los ingleses ni los norteamericanos, a los que ustedes tanto deben por haberlos librado del nazismo, y que, sin la menor duda de mi parte, desde ahora mandarán en el mundo... Ustedes, a obedecer y a callar, y también váyanse olvidando del idioma francés como lengua diplomática...

Y con un refunfuñeo del doctor Moulin se terminó la conversación.

* * *

En la terraza del café de Farid Mohamed del Boulevard Front de Mer tenía lugar una nueva reunión de la tertulia de los médicos, a la que concurría el teniente Rubén Ripoll, invitado por Oreste Lombardi, que sería, por su condición de militar profesional, la figura principal de la conversación, que debiendo dar respuesta a las numerosas preguntas sobre el mayor conflicto bélico de la Humanidad serviría para resolver las no escasa dudas de los contertulios.

Abrió la sesión de aquella tarde, como ya se había hecho costumbre, el doctor Sir Lancelot Pitt, mostrando su satisfacción por la presencia del teniente Ripoll y por la gran victoria de su país y sus aliados en el Extremo Oriente, y continuaba:

- ... Dentro de unos días saldré para la Gran Bretaña, donde permaneceré, aproximadamente, dos meses. Estoy ansioso por ver a mis dos hijos y a mi hermano, y conocer a mi nuera y a mi nieto... Son ya muchos años fuera del territorio patrio; comprendo que la situación del mundo impedía viajar... Mi nieto se llama como yo, es el hijo del médico mutilado, al que llaman el Médico del Guante Marrón, nombre con el que ahora me pone el remite de sus cartas. Me escribe que, en su hospital, hay ya otros tres médicos mutilados como él: a dos les falta un brazo, y al tercero, una pierna. A mi otro hijo, Perceval, el destinado a trabajar de minero en lugar de mandarlo a los frentes, ya lo han licenciado de la mina; muchos deseos tengo de su reincorporación a la Universidad para completar los estudios. Por mi despedida, y también por la victoria, esta ronda de té me corresponde pagarla a mí, y por no poder traer bebida alcohólica como hizo el doctor Moulin cuando celebramos la victoria en Europa, pues no tengo tanta confianza con el dueño, les puedo añadir los suizos que se encuentran en el mostrador de la barra... Y mientras nos sirven, teniente Ripoll, usted, como militar, podría decirnos algo de su opinión sobre esta victoria...

-¿Qué opinión puedo tener yo que ustedes no hayan más que valorado? ... De militar, en realidad, tengo muy poco...; soy un simple perito técnico, exclusivamente dedicado a instalaciones eléctricas... Me metieron a la fuerza en el Ejército, y ¡bien a la fuerza!, cuando comenzó la guerra en España. Al acabar, obligado por las circunstancias, pues encontrar trabajo decente y bien remunerado era muy difícil, continué en lo militar. Supongo que ustedes están de sobra informados de lo mal que anda todo por España, que nos obliga a muchos a endosarnos este uniforme... Estoy intentando encontrar algo en la vida civil... De esta gran guerra, de lo único que estoy contento es el habérmela ahorrado, no participando en ella... Perdí a un hermano en la nuestra..., y el otro perdió medio pie. Tuve la suerte de no perder la vida ni ninguna parte de mi cuerpo.

De todas formas, a pesar de su alegada ignorancia sobre los sucesos acaecidos en la guerra, las preguntas cayeron sobre Ripoll, que demostró no ser tan ignorante sobre lo acaecido, y, como técnico, dio, también, buenas señales de tener sobrados conocimientos sobre nuevos adelantos científicos; no en vano había salido recientemente de una alta escuela de especialistas, pasando, finalmente, a contar lo sucedido cuando lo detuvieron en Sevilla junto con su amigo Miret, donde casi a punto estuvieron de ser condenados a muerte, y acabaron siendo enviados al frente, suceso que, a pesar de lo trágico, hizo mucha gracia a todos.

- Así que usted y su amigo fueron los únicos en salvarse de ser fusilados. ¡No fue mal negocio!, no... – dijo el doctor Monneret.

- El próximo domingo, un grupo de británicos tendremos una comida con fiesta para celebrar la victoria total sobre nuestros enemigos, y en honor a nuestro soberano. Ustedes, por haber sido fieles a la causa y por haberla ayudado, están todos invitados – dijo el doctor Pitt.

- Agradezco mucho la invitación y me alegro enormemente de la victoria, pero no asistiré – dijo Oreste Lombardi.

- ¿Pero, cómo? ¡Usted, Lombardi, que fue el alma de todo aquello y que tanto dinero dio para la causa! Deberían darle una condecoración por su altruismo y por su valor – comentó Sir Lancelot, y añadió –: Tal vez sea por ser italiano y considere a Italia un país derrotado..., ¿no es así?

- No; ésa no es la causa, aunque pueda que algo influya... Quizá se deba a que, con esta victoria, todo ha cambiado... Por lo de la bomba atómica y por otros numerosos detalles, los aliados, y me refiero a los más próximos a nosotros, ya no son lo que eran, o lo que suponíamos que eran. En cuanto a lo del soberano, no siento el menor respeto ni por el mío ni por ningún otro sobre la Tierra. Lo que hicimos, que fue bien poco, no fue por ganar méritos. Ahora ha llegado el momento de pensar, y muy seriamente, en los países que van a quedar arrinconados como Marruecos, España, Portugal... – dijo Lombardi.

- Marruecos, como parte de Francia, gozará de las mismas ayudas que ha comenzado a recibir la Metrópoli desde América. Y desde que Tánger vuelva a ser internacional, no sólo tendrá el mismo esplendor de antes, sino mucho mayor. Miren lo que ocurre actualmente: nuestras consultas médicas reciben más pacientes; las tiendas tienen más productos y atienden a más clientes; los muelles, más barcos, y hasta los vendedores callejeros vociferan más alto sus mercancías, porque pueden ofrecer más a más gente con posibilidad de comprarlas, pues ya disponen de mucho más dinero. Todo se debe al incremento del comercio con Francia y su protectorado de Marruecos. Demos gracias a la paz. Tiempos de bonanzas económicas nos esperan. ¡Imaginémonos cómo será esto cuando Tánger vuelva a ser de nuevo ciudad libre e internacional! – dijo el doctor Monneret con mucho ánimo.

Opinión a las que se sumó Lombardi dando esta explicación:

- Sí señores, y miren cómo cuenta cuentos aquel cuentacuentos de la esquina, rodeado de personas, y cómo se insultan y pelean el conductor de aquel autobús con una señora, posible pasajera. Más de un cuarto de hora llevan dándose gritos; durará todavía un buen rato..., hasta parece que van a llegar a las manos y, en algunos momentos, hasta matarse...; y total, que sólo discuten una tontería... Miren, por ahí viene Günther Schneider... ¡Eh, Schneider! ¡Tómese un té con nosotros!

- No; no puedo. Vuelvo de entregar un encargo en el taller de Tomás, y debo reincorporarme a la ferretería – contestó aquel hombre que portaba chilaba y fez rojo.

- Pero ¿no es ese hombre su empleado sordomudo, señor dos Santos? – preguntó el doctor Pitt poniendo cara de asombro – . ¿Cómo es que ha comenzado a hablar?

- Porque nunca ha sido sordo ni mudo; tampoco es marroquí como aparenta por su vestimenta. Se trata de un desertor alemán al que teníamos camuflado para evitarle su deportación a Francia y una posible condena a muerte. La paz le ha devuelto la voz como a muchos vendedores ambulantes... Hasta hay más ruidos de camiones, y el sonido de sirenas de barco en el puerto se ha incrementado. Schneider no podía ser menos, y antes de que me lo reclame, le he aumentado el sueldo... Bueno, acompaño a Schneider, pues el negocio me necesita. Nos veremos en la fiesta, doctor Pitt – le respondió el ferretero.

Pasados dos días de esta última reunión en la terraza del café bar de Farid Mohamed, en la madrugada, cuando comenzaba a aclarar el día y el almuecín lanzaba el llamamiento a la oración desde lo alto del minarete de la Gran Mezquita, el teniente Ripoll y Laura, con sus maletas, esperaban en la puerta de la casa en que habían residido durante su estancia en Tánger, donde fueron recogidos por un camión cargado de cajas conteniendo material eléctrico y telefónico, vigiladas por dos soldados armados con mosquetones, que les subieron su equipaje y lo colocaron entre el cargamento, mientras se acomodaba al matrimonio en la cabina del conductor.

- Nos despiden con oraciones.... ¡Bella despedida! Y me gustó la estancia en Tánger... Ahora, ya resuelto el asunto que traía, podremos

visitar en Ceuta a nuestro viejo amigo el coronel De las Heras – dijo Rubén Ripoll mientras se ponía de nuevo en marcha el camión.

A la salida de la ciudad, uniéndose a una columna de coches y camiones, tomaron dirección a Tetuán, comenzando así la evacuación. A los pocos días, Tánger volvía a ser internacional.

* * *

A los cuatro meses del nacimiento del hijo de los Cuenca, Sara Zahar acudió a la consulta del doctor Lombardi, debido a que sufría desde hacía dos semanas de una serie de molestias inespecíficas y ciertos dolores en el bajo vientre. La acompañaba su hijito para hacerle un reconocimiento rutinario y comprobar si su desarrollo era normal. Después de las preguntas que correspondían al caso y de las exploraciones necesarias, el médico le dijo a la paciente:

- Me parece que debo felicitarla, señora Cuenca, porque, según todos los indicios, usted está embarazada... Tal vez sea..., y es sólo una suposición mía, que el instinto maternal, aparecido al adoptar al pequeño Moisés, le haya despertado la función reproductora, inactiva por los contratiempos que han tenido que sufrir.

Después de expresar su alegría por la noticia recién recibida, y aprovechando que la enfermera salió de la consulta, Sara Zahar – Cuenca le dijo a Oreste Lombardi:

- ¿Porqué nos ocultó que el doctor Moulin es el padre natural de Moisés?

- Pero ¿quién les dijo tal cosa?

- Nadie. Yo misma lo he descubierto.

- ¿Y cómo lo descubrió?

- Por el lunar en el cuello, muy semejante al de su jefe. Fue apareciendo a los pocos días de nacer ¿No lo notó al explorarlo?

- Claro que sí; ya me di cuenta... ¿Están a disgusto con lo que han descubierto? No les dije nada porque no me lo preguntaron y no quería

complicar más un asunto que ya era muy difícil y penoso de resolver para mí... Si tienen aprensión hacia el niño por ese motivo...

- ¡Ni hablar! ¡Nada de eso! ¡Todo lo contrario! Cayó en nuestras manos como Moisés fue recogido del Nilo por la hija del Faraón, y ya nadie ni nada nos lo puede quitar... ¡Qué dirá David cuando le dé la buena noticia!

Senderos de Águilas
Séptima Parte
Las Águilas se Posan

III

Un domingo de enero, muy temprano aún, y a poco de levantarse de la cama, Albert recibió una llamada telefónica, reconociendo enseguida la voz del que estaba al otro lado del hilo: se trataba de Ferran Sagarra. Después de los saludos y de decirse cosas sin importancia, Ferran preguntó:

-¿Te parece bien que nos veamos a las once en la Plaza de Lesseps?

Al no ser ya Albert clandestino, Ferran no le hablaba en clave como hacía Tomás.

- Estoy ya casado. ¿Puedo llevar a mi mujer?

Pareció que Ferran dudaba durante unos segundos, pero al fin dijo:

- Pues sí; te recogeré junto a la boca del metro... ¡Sé puntual!

Unos diez minutos antes de la hora indicada, ya esperaban Albert y Golib en la acera indicada de aquella ancha y alargada plaza, y, como acordado, puntual se detuvo junto a ellos un coche Peugeot negro, de donde, por una ventanilla, el brazo de Ferran les indicó que subieran al vehículo.

Se saludaron de nuevo los dos amigos, expresando la alegría de verse otra vez y se hicieron las presentaciones, y Ferran dijo:

- Veo que desde nuestro último encuentro no has perdido el tiempo, escogiendo lo mejor.

-A ti te debo el haberla conocido

- ¡A mí! ¿Qué tengo yo que ver con eso? ¡Jamás te presenté a ninguna mujer! ¡Ni directa ni indirectamente! Lo que sí hice con hombres de gran valor: los aviadores que te encomendamos. Y ahora te acabo de presentar a uno de un valor insuperable, éste aquí sentado a mi lado, de nombre Andrés Sanjusto. Junto con Ernest hicimos gran parte de la guerra juntos, siendo los dos mis mejores compañeros y amigos durante esa época... Y mira la canallada que le hice: ¡dejarlo abandonado y enterrado en el Ebro, mientras yo huía después de haber perdido toda mi compañía!...

-Yo era teniente entonces – interrumpió Sanjusto –. Comencé la guerra en el Quinto Regimiento. Todos los combates en los que estuve, fueron duros, pero los del Ebro superaron todo lo imaginable, y aún me cuesta creer que salí vivo de allí. A causa del bombardeo artillero quedé sin conocimiento y con varias heridas y fracturas; pero muerto, no. Me hicieron prisionero, de lo que me enteré cuando me desperté, todo vendado y con yesos, en un hospital del enemigo, donde permanecí seis meses. Al darme el alta, me juzgaron y me condenaron a veinte años de prisión. A la mayoría de los suboficiales y oficiales republicanos juzgados conmigo los condenaron a muerte, y los ejecutaron poco después; ¡tuve mucha suerte a pesar de la condena a veinte años!... Hace seis meses, sin darme razones, me pusieron en libertad, y he vuelto a mi antiguo oficio para ganarme la vida: el de mecánico. También en la sala del hospital había cuatro soldados heridos de la compañía de Ferran. A uno le amputaron una pierna, y a las pocas semanas, según cicatrizó la herida, le dieron unas muletas y lo mandaron a su casa; a los otros tres, cuando se recuperaron, los enviaron a batallones de trabajadores, como castigados.

-Eso de oír que cuatro soldados de la compañía bajo mi mando, a los que yo ya daba por muertos, sobrevivieron, aunque sea un número muy reducido, me satisface algo.., o bastante. Siempre es gratificante saber que han sobrevivido algunos más de los calculados en un principio... Hace cuatro años fui a comunicar a los padres de Sanjusto la muerte de su hijo en el frente del Ebro, llevándome la sorpresa de que estaba preso en la cárcel de Zaragoza. ¡Un enorme chasco me llevé! ¡Con lo convencido que iba!... Ahora, mientras llegamos a Badalona, me vas explicando cómo conociste a...

- Golib, así es como se llama; es francesa, y estudia piano en el Conservatorio. También sabe tocar el acordeón, pero eso lo estudió por libre, en casa, con mi padre – comenzó a contar Albert, explicando que, aparte de los viajes que realizaba a los Pirineos para recoger pilotos, también Tomás lo obligó a hacer algunos a los alrededores de Cadaqués, donde le metieron el gol de tres judíos civiles en lugar de pilotos o

combatientes, cosa terminantemente prohibida, viéndose envuelto en un gran lío dadas la dificultades para librarse de ellos, no quedándole otra solución sino la de alojarla en su propia casa durante dos años.

- ¡Alojarla en tu casa! ¡Esconderla en tu misma casa! ¿Estabas mal de la cabeza? ¿Cómo hiciste tal cosa? ¡Si se hubieran enterado!...., ¿qué hubieran hecho contigo? ¡Esa fue la mayor imprudencia que podías haber cometido!... ¡Y yo que confiaba en ti, y te recomendé expresamente!... También me pregunto, como responsable de haberte contratado, qué hubieran hecho conmigo... ¡No me cuentes más!... Lo de siempre cuando hay mujeres de por medio, que no te quedó otra solución sino la de casarte con ella...

- ¡No, hombre, no! Yo no tuve que casarme con Golib; yo quise, y me casé con ella hace cuatro meses... Se fue a Francia cuando se liberó Marsella, y volvió para estar conmigo... Ya soy licenciado en ciencias y trabajo en la fábrica de Serafí Sabater. Aún no esperamos hijo.

- Pues Solé y yo ya tenemos uno... Bueno, ocurrió lo que suele suceder; no estamos hechos de piedra..., y con lo que anduviste, te casaste. Siempre ocurre lo mismo. Pues bien, ahora me corresponde felicitarte por haber acabado la carrera y por la boda. Guapa de verdad ¡y pianista de Conservatorio! Me parece que pronto nos volveremos a ver en Francia...

En este momento pasó Albert a contarle lo sucedido con Tomás en el incidente de la calle Conde del Asalto, la desaparición de la organización de ayuda a pilotos, así como de la desaparición y el exilio de Tomás en Tánger, de lo cual tenía ya conocimiento por lo contado por su tío Mossén Cugat...; pero unos detalles más le fueron de utilidad a Ferran para tener una mejor idea del asunto.

Ya en Badalona, cerca del mar, Albert pudo observar bien a Ferran que parecía diez años más viejo de lo que en realidad era. Dos grandes entradas indicaban una pronta consideración de calvo, que unido al color casi blanco del cabello y del bigote, así como una cicatriz en la mejilla izquierda y las gafas, le daban el aspecto de un señor respetable. De kilos de peso, no parecía ni haber ganado ni perdido desde aquel encuentro en la plaza de la Universidad, en el cuarenta y uno, pero claramente más repuesto que cuando lo vio la ultima vez, al recogerlo en los Pirineos. Mientras se paseaban, Ferran tomó la palabra:

-Te preguntarás cuáles fueron mis andanzas durante estos tres años y a qué he venido esta vez. En lo que a ti respecta, no voy a pedirte ni

colaboración ni ayuda. Aquello ya se acabó, y supongo que aquel dinero ganado te fue útil. Lo que observas en mí, por lo de la falta de pelo, es un asunto que no me preocupa en absoluto; la cicatriz en la cara es un recuerdo de mi tercera estancia en Francia; lo del color blanco, es teñido, para camuflarme, lo mismo que las gafas, innecesarias del todo, adornos que desaparecerán según se acabe la última misión que me han encomendado, de la cual tendrás conocimiento cuando me parezca oportuno.... Bueno, pues aquí paso a contarte mis peripecias desde mi evacuaron en el submarino, como recordarás de la última vez que nos vimos:

“ Al llegar a Gibraltar, los otros compañeros de fatiga fueron enviados a sus destinos antes de los diez días, sin problemas de ninguna clase, pero a mí me mantuvieron incomunicado desde la llegada, y durante algo más de tres semanas; al ser español temieren que fuera un agente doble, por lo que tomaron esa precaución conmigo. Aquel lugar no era el que me correspondía. ¿Un error?... Me sometieron a interrogatorios muy intensos, durando muchas veces todo el día, y hasta me despertaban de noche para comprobar si bajo los efectos del sueño, del cansancio y de la nocturnidad podían obtener alguna palabra que me delatara. No había cosa que no me preguntaran, una y otra vez; luego venía el responder por escrito, y siempre buscando el más mínimo error que pudiera cometer. Por lo visto, cansando a la gente se obtiene mejor el delatarse a sí mismo. Me preguntaron sobre todo lo que vi, oí, y hasta lo que sentí y olí, y , también, lo que no vi ni oí, ni lo que no sentí ni olí, así como mis pareceres y opiniones sobre esas percepciones y las de otros... Mañana, tarde y noche..., sin permitir recuperarme, pues aún estaba en mal estado por los padecimientos en Francia... Pero como, según dicen, no hay mal que dure cien años, pasadas ya las tres semanas de mi aislamiento y de torturas, súbitamente, todo cambió, y de la gran hostilidad hacia mi persona, se pasó a la máxima amabilidad, pues hasta me llevaban a dar paseos a la Main Street, e, incluso, un día me subieron a La Roca para contemplar el paisaje de la bahía, el Estrecho y ver los pocos monos libres existentes en esos momento... No tenía libertad absoluta, porque me tenían recluido en un fortín, del cual no podía salir sino con escolta, durante algo más de una hora, tres días a la semana. Y cosa buena..., con derecho a una invitación a tomar una cerveza en un local de la calle principal, pues nada me daban de dinero. No me permitían hablar con los transeúntes... El resto del tiempo me lo tenían reservado para clases de perfeccionamiento en sabotajes y en asuntos de espionaje junto a seis ingleses y dos franceses. Objetivo: lanzarnos en paracaídas sobre el norte de África para hacer esas labores con vista a la invasión aliada de ese territorio.

“No cabe la menor duda de que me enseñaron algunas cosas interesantes durante aquellos días, porque de la mayor parte ya estaba ducho en la materia..., entre ellas, nociones del árabe marroquí; los otros eran casi novatos, por no decir del todo, y con escasa experiencia en el oficio. Bueno, me refrescaron un poco las teorías del sabotaje y del espionaje. Junto a dos ingleses me lanzaron cerca de Casablanca... Los restantes fueron lanzados en otro lugar de Marruecos. Eso fue a mediados de octubre... Temía que aquello fuese igual a lo de Francia, pero fue muy diferente: En Marruecos, los franceses lo hacían todo..., y, como en Francia, también los apoyaban los españoles allí exiliados. Sí, nuestro grupo de saboteadores los ayudamos.... ¡Y había represión!, pero con un ambiente muy diferente al de la Metrópoli, que, para mí, acostumbrado a lo otro, era una bendición. Un día, con gran sorpresa de nuestra parte, porque no lo esperábamos tan pronto, recibimos la noticia del desembarco aliado, por lo que, con muy poca actividad, los dos meses y medio de mi permanencia en Marruecos, se convirtieron en un tiempo de vacaciones. Al considerarse concluida mi misión, me enviaron de nuevo a Inglaterra, donde me dieron mes y medio de permiso, pudiendo así conocer a mi hijo, al que Solé le puso el nombre de Darío – aún no le he preguntado la razón de esa admiración por un emperador persa –. Recibí esta vez toda clase de elogios y reconocimiento por mi trabajo, y hasta me nombraron, durante un corto tiempo, instructor en una escuela de formación de saboteadores, de donde me pasaron, como aprendiz, a un curso superior de espionaje, reservado para agentes muy especiales. Ya no me consideraban un extranjero..., y me valoraban más de lo que yo me consideraba... A los tres meses, con otros dos británicos, fui lanzado de nuevo en paracaídas sobre el noroeste de Francia. Nuestra misión consistiría en dar informaciones exactas y otros detalles sobre el enemigo en esa zona, datos necesarios para la invasión en ciernes. De que se trataba del peor sitio al que se puede enviar una persona, ya te lo `puedes imaginar. Los dos compañeros de lanzamiento fueron capturados a las dos semanas... Haciéndome pasar por campesino, camionero, basurero, mozo de almacén, cartero, minero etc..., trabajando verdaderamente duro, y cambiando de lugar de dormir casi todos las noches, huyendo como una liebre en muchas ocasiones..., conseguí sobrevivir tres meses. Lo cierto es que, al ser tan difícil las condiciones existentes en esa zona, apenas pude enviar dos informes. Y así transcurría el tiempo hasta que un buen día, en Reims, me llevaron a dormir al apartamento de un jefe de la Resistencia, llamado Julien Bechard, que exclamó al verme: “¡Tres meses de espía inglés en esta zona..., y aún sigue vivo! ¡Huyamos de aquí ahora mismo!”

“Huimos hacia el tejado, y bajamos a la calle por una casa contigua. Desde lejos pudimos ver cómo los soldados rodeaban la zona. Me habían

utilizado los alemanes como guía para conducirlos a la guarida de los resistentes. Salimos de la ciudad, y después de mucho caminar, alcanzamos a partisanos del campo. ¡Sabotajes, atentados, voladuras de trenes..., y huir..., mucho huir!. ¡Y represalias horrorosas! Así hasta que llegó la liberación de Francia, la cual me tocó disfrutarla cerca de Reims. Julien Bechard y yo nos presentamos en el mando libertador... A Bechard, como francés, no tardaron en reconocerle el grado de capitán, que era en esos momentos el ostentado en la guerrilla. Yo, como saboteador y espía, no tenía grado alguno, y al no figurar en ningún sitio para nada, quedaron en pedir información a Inglaterra sobre mí. Lo hicieron por telégrafo, pero como mi organización era tan clandestina, que ni tan siquiera existía – por lo menos oficialmente –, no recibieron respuesta... A las dos semanas nos preguntaron a Julien Bechard y a mí si sabíamos manejar explosivos y si éramos expertos en su transporte.. Julien respondió que, al ser químico, comenzó la guerra como teniente de una sección de productos químicos y de explosivos, teniendo experiencia en su manejo y transporte. Entonces a él se le nombró capitán de una columna de camiones que transportarían esos productos siguiendo al Segundo Ejército Británico para suministrarle ese material en su avance hacia el norte de Alemania, y a mí me emplearon como su chófer, de soldado raso. Así, por lo menos, tenía derecho a comer. Para darnos ánimos, el comandante que nos enganchó, nos contó que nuestros predecesores habían volado por los aires cuatro días antes; aún se desconocía la causa. Así que Bechard y yo continuamos la guerra en aquella columna hasta el final... ¡Ah! ¡Muy interesante!..., antes de que se me olvide: Julien Bechard me tiene prometido un trabajo en la empresa de su familia cuando me licencie. Me ha asegurado que será un muy bueno e importante cargo. Por lo visto, la formación que recibí en Inglaterra, como saboteador y espía, era la más idónea para un cargo de relaciones públicas en una industria de productos químicos y farmacéuticos”.

- También la que llevabas de Barcelona por los estudios en la Universidad influiría en esa decisión – opinó Albert

En esto, se había llegado a la hora de la comida, por lo que entraron en un restaurante con vista al mar, como el de la Barceloneta, pero no tan lujoso, momento en que Ferran le dijo a Golib:

- Antes de irme me gustaría oírte tocar el piano; ¿sería posible?

- Tal vez, si Serafí estuviera de acuerdo, un día de esta semana podríamos organizar una velada musical en su casa. Mañana se lo preguntaré en el trabajo – contestó Albert ante la expresión de duda

expresada por la cara de Golib –. Llámame mañana después de las nueve de la noche y te daré la respuesta.

Mientras comían el plato único, estofado de carne, Ferran continuó hablando, pero limitándose a una anécdota:

- Como los viejos, yo puedo contar muchas batallitas, pero me voy a limitar a una, y con eso dejo de aburriros, y luego os daré el turno a vosotros para que me contéis lo que queráis. Lo más bello será lo que nos pueda decir Golib, cuyo idioma, el de la música, lo entiende todo el mundo. Es una lástima que no pueda ser hoy ese concierto en casa de Serafí... Bueno, volviendo a mis aventuras que, repito, no fueron pocas, y a las que sobreviví gracias a un sexto sentido que íbamos desarrollando, voy a relatar una acaecida a Julien y a mí en los primeros días de mayo, cuando ya no se oían estruendos de combate y todo estaba decidido, pues hasta se había firmado la rendición, ya camino de Hamburgo, yo conduciendo el vehículo, mientras hablaba con Julien y le comentaba:

"¿Has observado cuántos campesinos jóvenes hemos encontrado trabajando, o haciendo que trabajan a un lado y al otro de la carretera durante estos últimos días? Si te fijas en el espejo retrovisor, una vez que hemos pasado, se echan la pala o el azadón al hombro y se ponen en camino. Se trata de soldados que intentan llegar a sus casas para refugiarse y así evitar el ir a los campos de concentración de prisioneros... Los campos de internamiento que hemos visto están abarrotados, y las condiciones de vida en ellos deben ser horrorosas – y fue al decir estas palabras cuando el camión tuvo una avería en el motor y se paró –. En aquel momento formábamos una columna de tres vehículos, y estábamos a la entrada de un pueblo. Bajamos de la cabina, levanté el capó y miré el motor. A los otros dos camiones, Julien les ordenó seguir la ruta hasta el próximo pueblo, que era nuestro destino, donde nos encontraríamos de nuevo. A unos cuarenta metros por delante de nosotros estaba apostado, de vigilancia, un soldado norteamericano negro, cosa que no olvido. Y mientras estaba arreglando el motor, vi venir en sentido contrario, desde el fondo de la calle hacia nosotros, una carreta cargada de paja acompañada de seis campesinos. A pesar de la orden de no confraternización, según la cual los soldados aliados no podían dar signos de amistad a la población alemana, aquellos hombres le pidieron, por medio de señas, cigarrillos al soldado norteamericano, que sacó un paquete de un bolsillo y se los dio, indicándoles, también por señas, de que se quedaran con el paquete. Se detuvieron un momento, encendieron sus cigarrillos, y, muy satisfechos, se despidieron del americano y siguieron su camino acercándose a nosotros. Advertí a Julien Bechard que sacara los fusiles, y cuando llegaron a donde

estábamos, los encañonamos, gritándoles en alemán: ¡Alto ahí! ¡Arriba las manos!... ¡Colocándolas bien altas!”

“Se trataba de hombres jóvenes. No llevaban armas. Les pedí sus papeles...; tenían toda su documentación y salvoconductos en regla. Eran campesinos de la zona, autorizados por las fuerzas de ocupación a desplazarse para su labores dentro de un radio de pocos kilómetros..., pero agarré la horquilla que llevaban en la parte de atrás de la carreta y me puse a levantar la paja, mientras Julien seguía apuntando... ¿Sabéis que había debajo? : ¡toda una imprenta de primera clase con las insignias del Partido Nacional Socialista,, y con tinta, papeles, sellos y otros efectos necesarios para falsificar cualquier documento!”

- En fin, que los detuvieron y se los entregaron a los norteamericanos que ocupaban el pueblo – interrumpió Albert.

- ¡Ni hablar! Eso quería Julien, pero a mí me hizo gracia el ingenio de aquellos nazis, casi imberbes, y me opuse, pese a mi odio contra los nazis. Verdaderamente eran unos artistas en lo de la falsificación de salvoconductos... Estuvieron durante los últimos meses de la guerra ocupados en la sección de prensa y propaganda de la sede del Partido Nacional Socialista, o Nazi, de Hamburgo. Dos eran impresores tipógrafos, dos, dibujantes, uno, maestro, y el último, granjero. Apunté sus nombres y direcciones: eran de Maguncia y de dos lugares próximos, uno llamado Bingen, y el otro, con un nombre un poco raro para mi entender, Johannisberg, o algo así; no sé si lo pronuncio bien... Los tipógrafos tenían la intención de quedarse con la imprenta para iniciar un negocio, y el granjero, con la carreta y el caballo, que bien fuerte y de buena raza parecía... “Mejor es que empiecen sus vidas de nuevo; son muy jóvenes aún, y debemos tener en cuenta que los americanos, desde el cruce del Canal de la Mancha y del desembarco en Normandía, se olvidaron de que estábamos en una guerra de liberación “, le dije a Julien. Esta suposición mía bien se vio confirmada en los meses siguientes a la gran victoria aliada. Entre los ingleses se impuso también la idea de que sólo se trataba de una guerra de hegemonías, y nada más. Los vencedores ya eran más superhombres que los alemanes. A los jóvenes les dimos unas latas de carne y unos paquetes de cigarrillos, y siguieron su camino... Pocos días después nos separamos Julien y yo: él fue destinados a las tropas de ocupación francesas, en la que permaneció hasta octubre, y a mí me reincorporaron de nuevo en mi vieja organización para detectar nazis y detenerlos, permaneciendo en Alemania hasta hace dos meses. Aunque ya había perdido todo interés en la labor de espionaje y de policía, ¿a dónde podía ir?... En septiembre visité aquella zona de Maguncia, e intenté

localizar a tres, pero sólo pude ver al campesino, que conservaba el caballo y la carreta, y me dio razón de uno de los impresores, que se había trasladado a un lugar llamado Mainz Kastel, donde trabajaba con la imprenta nazi. Había muchas casas destruidas, como por toda Alemania... Demasiadas ruinas, tanto en Maguncia como en Bingen... ¿Para qué buscar más entre tanto escombro?

- Ahora cuéntanos lo que te trae por aquí – le dijo Albert.

- Pues mi último trabajo para los ingleses. Una misión bastante estúpida... Bueno, del todo estúpida, según mi parecer. Y hasta vergüenza me da hablar de ella.

Terminado el almuerzo, el paseo en coche continuó hasta El Masnou, hablando sobre los más diversos temas. Entre otros asuntos, Ferran le preguntó a Albert cómo le iba a su padre en el banco.

- No le va mal, pero sigue de conserje a pesar de la promesa de ascenso.

-Procuraré hablar con su jefe de ese asunto. De las mejores familias de Barcelona, antiguo refugiado en San Sebastián, fue uno de los organizadores de las redes de ayuda a los pilotos y refugiados, y no cobraba por eso. Veré si puedo resolver algo. Ya te informaré de la gestión.

-Y de tus padres y hermanos, ¿qué sabes de ellos?

- De una información por aquí y otra por allá, algo me he enterado, aunque no los he podido ver desde el treinta y ocho, cuando salimos para lo del Ebro. Mi tío Cugat sí pudo verlos en Narbona, ciudad del sur de Francia, donde mi padre trabajaba de conserje de un pequeño hotel, y mi madre, de gobernanta, en otro cercano. Me escribí con ellos, pero ir a visitarlos me resultó imposible. Movernos, para nosotros, no era fácil en la Francia de aquella época. Mis dos hermanos, no recuerdo si ya te lo conté, fueron evacuados a México en el treinta y nueve. Como eran muy jóvenes, una organización de ayuda a refugiados les costeó estudios en una academia comercial, en Guadalajara. Cuando América entró en guerra, el pequeño, siendo aún menor de edad, se fue a Estados Unidos y se enroló en un barco que formaba parte de los convoyes del Atlántico para llevar suministros a Europa. Su barco desapareció en el mar como tantos, y de él no se ha vuelto a tener noticia...; muerto, lo más probable. El mayor trabaja en unos grandes almacenes de la misma ciudad en que estudió. A mi padre no le fue mal, hasta que en noviembre del cuarenta y dos se produjo la

ocupación de la Zona Libre por los nazis. Según me he enterado, en Narbona, los de la Gestapo fueron a detenerlo al hotel. Esos señores pretendían arrestarlo por sorpresa, y entraron por la puerta principal, mientras él, de sobreaviso, salía por la de atrás. Pagando con unas joyas que tenía, huyó a Bayona, y desde allí, en un pesquero, viajó a un lugar cercano a San Sebastián. Oculto en un camión, consiguió llegar a Portugal, de donde lo llevaron por barco a Marruecos, trasladándose después a Argel, donde consiguió un empleo en una tienda de tejidos, propiedad de la familia de un compañero en la huida. Sé que está bien, aunque su vida transcurre con bastantes restricciones económicas; un hombre siempre acostumbrado a vivir con desahogo y comodidades, no como yo, que me fui a la guerra con veinte años. Todas las joyas que llevó se las gastó en ese viaje de huida. A mi madre no intentaron detenerla, y permaneció en Narbona hasta que enfermó de cáncer y murió; hace unos seis meses de eso. Por lo visto, todo fue muy rápido. Según mi tío Cugat, los nazis no relacionaron a mi madre con mi padre, que, al ser una gobernanta de un pequeño hotel, se la consideraba como una sirvienta carente de todo valor político.

* * *

La velada concierto en honor de Golib en casa de Serafí Sabater se celebró el jueves veinticuatro de diciembre, al atardecer. Aparte de los padres y hermanas de Serafí, estaban algunos primos, un tío y una tía, un par de amigos de la familia y, acompañando a Albert, Ferran Sagarra, que se presentó de nuevo como Cándido Sánchez, profesor de inglés e intérprete, y del también agente británico Clement Fenton, acompañante de Ferran en esta su última misión de espionaje, conservando su verdadero nombre, de profesión periodista y corresponsal del diario “The Orbit”, de Londres, como en realidad lo era en la vida civil, y bien pagado en los dos empleos. Había menos gente que en los conciertos anteriores, siendo el ambiente más tranquilo. Albert intentó convencer a Serafí de que los gastos del ambigú corrieran de su cuenta, pero éste se opuso rotundamente:

- Este concierto ya lo tenía previsto, Es un honor para nosotros la actuación de Golib en nuestra casa. Por otro lado, la empresa está en deuda contigo por tu labor. Ten en cuenta que esos dos amigos de mi padre son, al mismo tiempo, clientes; también mi tío lo es. Por lo tanto, ya que va a hacer negocio, que pague mi padre... Ya te he explicado lo mucho que mi familia te valora; y lo mismo ocurre ahora con Golib. Para mis padres eres

uno más de la familia, y te consideran como mi ángel guardián durante la época de estudiante

El concierto superó esta vez, con creces, al anterior, con Schumann y Chopin en el piano, concluyendo con música de zarzuelas y sardanas. Como es lógico pensar, los aplausos se oyeron desde la calle, y los elogios a Golib no fueron pocos.

Mientras comían y bebían lo abundante y bueno ofrecido en el buffet, caían un gran número de preguntas sobre Golib, Fenton y Ferran. Golib ya no tenía ningún reparo en contar su verdadera historia, y no ocultando su origen, eso sí, evitando dar respuestas que pudieran ser comprometedoras para su marido. Contó las huidas de su padre y la suya, en que estuvo refugiada en Barcelona, sin mencionar los sitios de alojamiento, y sin explicar cómo, que conoció a Albert y ya se casaron. Ciertamente dejó muchas lagunas en este relato, pero sin mentir. Respecto a la música, bien demostró al piano, un vez más, ser una alumna aventajada del Conservatorio de Marsella, y ahora, del de Barcelona. En cuanto a Fenton, éste se defendió diciendo toda la verdad como periodista, contando que desembarcó en Normandía en junio del cuarenta y cuatro, como corresponsal de guerra, acompañando a los aliados en sus campañas hasta Berlín, donde permaneció un tiempo, y que en la actualidad estaba haciendo un reportaje sobre Barcelona – cosa muy cierta –, debiendo seguir viaje a Filipinas y Japón en un barco que zarparía el próximo sábado. A los reunidos les hacía gracia el castellano con acento inglés, y les causó admiración el que supiera japonés, siendo, además, graduado universitario en ese idioma. En el Imperio del Sol Naciente había vivido dos años para perfeccionar su lengua. Ferran, como tercera estrella de la fiesta, se defendió contando algunas mentiras, como que se ganaba la vida haciendo de intérprete para hombres de negocios y dando clases particulares de inglés, idioma que estudió en la Universidad de Dublín..., lugar donde nunca había estado, y sólo conocido por referencias. Respecto a las preguntas de si había vivido peripecias similares a las de Golib y Fenton, contestó que en la guerra estuvo destinado como simple soldado, de intendencia, en el bando ganador, dedicándose en ese cuerpo sólo a suministrar alimentos a los destacamentos, no habiendo estado, propiamente, en los frentes. Por lo que de combates y de sufrimientos muy poco sabía.

Respecto al concierto de Golib, Fenton hizo el siguiente comentario:

- No soy crítico de artes, aunque fue el amor al arte lo que me inclinó a estudiar el japonés y la cultura de ese país, y mucho me gusta la música,

habiendo frecuentado algo el Albert Hall, el teatro del Covent Garden y otras salas de Londres, así como de varias ciudades. Lamento mucho el no haber frecuentado más esos establecimientos; unas veces, por falta de tiempo, y otras, humildemente debo reconocerlo, por falta de dinero... Sobre este concierto de Golib, de todo corazón, con la verdad en la mano, he de decir que sólo le faltaba una cosa para ser considerado sublime: ¡el que estuviera prohibido escucharlo!... Mencionaré a Golib Neumann y a este concierto en mi crónica de Barcelona, y la tendré en cuenta para el futuro, y cuando vaya a Londres iré a oírla tocar. Porque estoy bien seguro de que actuará allá, y no en fecha muy lejana.

Como Golib y Fenton eran los que acaparaban la atención de la fiesta, siendo acosados por todos con preguntas sobre música, Francia, Japón y Londres, destacando en este último tema los hermanos de Elvira al saber que bien conocía la empresa de los Wilkinson. Aprovechando ese interés Albert y Ferran se apartaron del grupo y comenzaron a hablar de sus asuntos.

- Lo de tu padre ya lo he solucionado; por lo menos, en parte. Desde febrero pasará a ocupar un cargo en las oficinas. No es el que le correspondería por su titulación y experiencia, pero será mejor que el de conserje, y con mayor paga. Su actual puesto lo cubrirá otro represaliado recién salido de la cárcel. El director me dijo que no había podido ascender a tu padre porque en el consejo de administración había oposición debido a sus antecedentes, y ahora, imponiéndose a contracorriente, le ha conseguido este nuevo destino... – dijo Ferran a Albert.

- Mejor sería que vinieras a casa y se lo explicaras personalmente. Así sabrá mejor de dónde viene el favor. Mis padres se pondrán muy contentos al verte.

- No es oportuno volver a la casa. Alguien podría reconocerme. Además, mañana mismo me marcho. El motivo de mi venida a Barcelona ya no existe. Era una misión estúpida desde mi punto de vista, como ya te dije..., pero que acepté porque no tengo un trabajo seguro aún. Ya me correspondía estar desmovilizado, pero el verme en la calle y sin haber ahorrado lo suficiente..., o mejor dicho, ni tan siquiera lo insuficiente, no me hacía gracia... Se trataba de localizar a dos nazis que viajan con maletas cargadas de joyas y otras cosas de valor, producto de saqueos perpetrados en los países ocupados de Europa por el III Reich. Al parecer, esos fugitivos intentaban viajar a Filipinas dentro de unos días, donde blanquearían lo robado, aprovechando un barco que sale desde Barcelona hacia Manila para transportar, entre embajadores japoneses, cónsules,

personal de embajadas y familiares, a una trescientas personas... Los repatrían a Japón por haberse terminado la guerra. Por la amistad existente entre los dos imperios derrotados, también se sospechaba de una posible relación de algunos de esos honorables personajes con lo fugitivos alemanes. La labor de Fenton y la mía era detectar a los nazis, a las maletas, y a sus posibles contactos durante el viaje... Bueno, ayer recibimos la noticia de que a los dos caballeros los han localizado en Lisboa, siendo Sudamérica su destino final. No sé si ya los han detenido. Ahora lo que más preocupa a organizaciones como a la que pertenezco, y tú también perteneciste, es localizar tesoros de los nazis. Están locos por dinero. Probablemente tienen comisión por las requisas. Me voy a París, y allí presentaré mi renuncia a la organización, que, por ser tan secreta, no tiene ni nombre como ya te he explicado, y comenzaré a trabajar en la empresa de la familia de mi amigo de la Resistencia Julien Bechard, donde desempeña el cargo de publicidad, propaganda y relaciones públicas. Según me dice, yo seré su mano derecha. En realidad, él es el todo de la Firma, pues su padre anda ya muy mal de salud. La empresa se llama la BENCHEPHARM, que significa: Industria Química y Farmacéutica Bechard. La industria la fundó su abuelo hace casi cien años.

- En resumen, que ya dejas de ser saboteador y espía.

- Por completo y definitivamente. Clement Fenton continuará su viaje a Filipinas para ver cómo se comportan esos diplomáticos durante la travesía, y luego hacer una crónica sobre la situación en Manila. Continuará su labor periodística acompañando y notificando sobre el viaje de los diplomáticos de Filipinas a Japón, y haciendo una serie de reportajes sobre la reconstrucción de este último país, donde permanecerá unos meses como corresponsal. Según comenta, es al periodismo a lo que se dedicará exclusivamente en el futuro, siendo lo del espionaje un asunto en el que se vio metido por razones de la guerra como cualquier otro soldado obligado a lucha en los frentes. Puede ser cierta su afirmación, pero al ser inglés y deberse a su patria... El ganar dos sueldos por hacer lo mismo es muy tentador. En cuanto a mi nuevo cargo, tal vez sea se una cosa muy apropiada para los que, como yo, se dedicaron durante todos estos años a disparar, hacer actos de sabotaje, manejar explosivos, artes de espionaje, así como otras actividades... ¿Qué puedo entender yo de la viada civil?... Mi misión será organizar y formar a los representantes de la empresa. Como a la Universidad, a estudiar matemáticas de nuevo, no volveré, creo que mi vida se la dedicaré a esa industria, si me permiten continuar. Solé, con el niño, ya está en París trabajando en la enfermería de la BENCHEPHARM. Al practicante Colom le propuse venir a París, pero como se casó en Inglaterra, prefiere quedarse en Londres Como me debía

esperar unos tres meses para el nuevo empleo, acepté este último trabajo de la organización... La verdad es que ya estoy ansioso por marcharme. Antes, cuando venía clandestino del todo, me sentía más seguro, pero ahora, en un hotel, me encuentro en un estado de zozobra permanente. Hasta presiento que me siguen por todas partes. A pesar de tener un pasaporte en regla y estar bajo protección de un consulado, ¡no veo la hora de irme!

* * *

A poco de marcharse Ferran, llegó a Barcelona Rubén Ripoll con su familia, formada ahora por tres personas al haber nacido un hijo hacía menos de un mes. Ruben venía destinado a una fábrica de suplementos armamentísticos, y Laura, a trabajar en un ambulatorio de la Seguridad Social. Habían permanecido en Tetuán desde que abandonaron Tánger, y traían un regalo de boda de los Cuenca para Albert y Golib.

Laura y Rubén hablaron a Albert de la Misión de los Bienaventurados y de la ayuda a los refugiados que prestaba, y le contaron de todas las personas que allí conocieron además de los Cuenca: Tomás, Mateo Morán, los padres Atienza y Leduc, el doctor Pitt, el doctor Moulin..., y, sobre todo, del doctor Oreste Lombardi y de su esposa Rocío. No tuvieron tiempo de aburrirse en Tánger, donde mejor lo pasaron en Marruecos. De Lombardi contaba Laura:

- Es una persona que hacía allá, lo mismo que tu hiciste en Barcelona. Un médico infatigable y de una gran calidad humana. Con nosotros, tanto él como Rocío se portaron muy bien. Deberías conocerlo.

- Pues como no venga él a Barcelona, eso será imposible, porque a Tánger no puedo ir. En mi caso, difícil es conseguir un visado, e imposible el obtener divisas.

Con la llegada de está familia, la animación producida por la música de los acordeones se incrementó por la presencia del niño. Gracias a lo grande de la vivienda, podían vivir tres familias, cómodamente, bajo el mismo techo.

Ruben Ripoll viendo cómo se procedía otra vez a una desmovilización masiva, le entraron deseos de dejar lo de militar. Diez años llevando uniforme, ¡ya era más que suficiente!, y fue a consultarlo a su inmediato superior, un antiguo buen amigo, que le contestó:

- Tú no puedes irte del cuerpo así como así. Te convertiste en un militar de carrera y de academia. Por fuera las cosas no andan nada bien; los peritos ganan muy poco. En el Ejército, aunque nos quejemos de la baja paga, estamos mejor que la mayoría de la población, tenemos ventajas sociales..., y buena consideración. Dices que viniste a parar a lo militar por causa de la guerra, y que por un mal consejo te quedaste...; pues agradécelo a quien te lo dio. Yo llegué aquí por la misma razón que tú, pero obligado. Ya era perito industrial, y me movilizaron. Dime, ¿a dónde vamos ahora?... Pronto ascenderás. Tienes un historial envidiable: voluntario nada menos que desde el dieciocho de julio del treinta y seis...; yo fui llamado a filas unos meses después, en octubre. Siempre estuviste en primera línea, con un comportamiento valiente e ideal en toda tu trayectoria. La única mancha, y es una lástima, es la de tus hermanos, que sirvieron como suboficiales con los rojos durante la guerra. Pero el primero está considerado como muerto, y ya no cuenta, y el segundo, un mutilado republicano, lleva una vida tranquila y dedicada a su trabajo. Lo malo es que se casó con una pasionaria de las bien fichadas, incapaz de olvidar a sus antiguas amistades... Eso de la mujer decente, la pierna rota y en casa, solamente se le puede aplicar a tu hermano... Como tiene dificultad para caminar, apenas sale, y emplea todo su tiempo en trabajar...; eso bien lo sabemos. Eres de plena confianza y, no lo dudes, progresarás con nosotros si te quedas. Por último, a partir del próximo mes ya me llamarás comandante.

- Pues mi enhorabuena por el ascenso.

* * *

Avanzado el verano, cuando ya Albert y Golib tenían medio hechas las maletas para trasladarse a Marsella, donde Monsieur Joseph Neumann le había conseguido un empleo a su yerno en una fábrica de jabones y productos de limpieza, Serafí Sabater entregó a Albert un libro y una carta que le llegaron de Inglaterra, enviados por su prima Elvira. La carta era de Sean Mac Intosh, y el libro estaba escrito por el mismo piloto, como rezaba en la portada, y se titulaba “El Sendero del Águila”.

En la carta, Mac Intosh, el piloto y torrero, le contaba que seguía trabajando en el faro donde terminaba el mundo, pero ahora, por suerte, tenía compañía: la de Elvira y su niña. Quedó sorprendido Albert de la noticia, de la cual Serafí nada le había comunicado, y después de hacer una

pausa para meditar sobre ese asunto, continuó leyendo la carta, que decía textualmente:

"A Elvira le había escrito un carta invitándola al faro del último rincón de las Islas Orcadas, sin la menor ilusión de que aceptase. Pero dejó su trabajo y la familia de Wilkinson y se vino a hacerme compañía, con lo que mi vida se ha hecho más agradable y humana. Considero que la publicación del libro se debe a una pura casualidad..., y a una buena suerte. Pero, ¿no todo en esta vida no son sino casualidades o suertes cuando todo va bien? Mi buena estrella en este caso consistió en que, entre los pilotos, había bastante gente pudiente, fascinada por los aviones y las aventuras en el aire; casi todos con mucho más dinero que yo. Aclarando bien las cosas, yo no tenía un penique. Como ya le conté, en un hospital estuve internado varios meses a consecuencia de mis fracturas, y me tocó de compañero de habitación al hijo del propietario de la editorial Barony–Cort, muy conocida en este país por la publicación de novelas de gran difusión popular: policíacas, del lejano oeste, de aventuras, amorosas, etc..., es decir, de fácil lectura y distracción. Mucho le gustaba lo que según escribía le iba leyendo, tanto, que me dijo al despedirse, porque sanó antes que yo: "Cuando acabes esa novela me la envías, y ya veré qué puedo hacer; aquí tienes mi dirección". Según terminé de escribirla, se la mandé por correo, y al poco tiempo apareció publicada."

Continuaba la carta con otras consideraciones y hablando del proyecto de una nueva novela, basada en los combates sobre el Canal de la Mancha. Elvira le ayudaba a pasarla a máquina, y entre los dos hacían las tres ilustraciones que suelen acompañar a ese tipo de narraciones. Por último, daba la dirección del faro y le pedía que le escribiera directamente.

En cuanto al libro, se trataba, efectivamente, de una edición popular, con tapas de papel, mostrando en la cubierta un dibujo en colores, en el que se veía, en la parte baja, como primer plano, unos hombres subiendo por una montaña riscosa, y en la parte superior, como en un segundo plano, con un cielo nuboso de fondo, un avión ardiendo y unos paracaidistas en descenso. Al principio, a Albert, le pareció estar leyendo a Saint-Exupéry por las consideraciones poéticas sobre los aviones, aeropuertos, pilotos, mecánicos, etc... ¡Bien se notaba que bastante había leído a ese escritor francés! Pronto el libro se transforma en una interesante novela de una aventura bélica, aérea y terrestre, perfecta descripción novelada del accidente sufrido por Mac Intosh en Francia, su caída en paracaídas, su huida hacia el maquis, su estancia en el campamento guerrillero del Macizo Central, y su fuga hacia España atravesando los Pirineos hasta llegar a Barcelona, donde el protagonista, herido, se enamora de una muchacha.

Luego viene el viaje a Lisboa y a Londres. Reconoce a varios de los personajes, de los que hace una perfecta descripción: a Wilkinson, a quien llama Willy, principal personaje de la novela; a Tomás, con el nombre de Juan; a Elvira, con el nombre de Carmen, y a sí mismo, Albert Forn, a quien reconoce con el nombre de Alfonso. En cambio, al autor, no lo detecta Albert en ninguna página. Pero sí localiza a Golib, una muchacha judía, refugiada, a la que no da nombre.

Dado el tema que trataba, y habiendo sido testigo de los hechos narrados, la novela le gustó mucho a Albert, de forma que se puso a traducirla según acabó su lectura, por si alguien de su entorno estuviera interesado en esa historia; seguramente, a Serafí le gustaría. A finales de septiembre, cuando la pareja salió para Marsella, la novela ya estaba completamente vertida al castellano.

Senderos de Águilas
Séptima Parte
Las Águilas se Posan

IV

Cuando el doctor Sir Lancelot Pitt volvió a Tánger después de su largo viaje a la Gran Bretaña, notó enseguida que la ciudad, gracias a la paz y a la recuperación de su estatuto internacional, había ganado mucha vitalidad, y que la población, por lo menos la europea, parecía más satisfecha y contenta debido al notable incremento de sus ganancias. El aumento del tránsito rodado era buena prueba de ello. Echando de menos las tertulias del café bar del Boulevard Front de Mer, llamó a sus amigos para convocarlos a una reunión en torno a las tazas del aromático té.

La ausencia de Sir Lancelot, desaparecidos los temas de la guerra y de la ocupación de la ciudad y la mayor actividad laboral de los contertulios fueron las causas de que los amigos no se reunieran durante esos dos meses; por eso y por estar deseosos de las noticias que el oftalmólogo pudiera traer de su país, ya con el síndrome de abstinencia de falta de reuniones, aceptaron de sumo grado la reanudación de esos eventos. Se debía echar un poco la culpa de ese olvido al doctor Lombardi que, ocupado como estaba en el nuevo jaleo del movimiento de liberación marroquí, ahora consideraba más justo dedicar su tiempo libre a esa sagrada causa.

Sentados en la terraza del Boulevard estaban, al comenzar la tertulia, los médicos Pitt, Monneret, Dubois y Morán, el practicante Al – Yamil, y el señor Rodrigues dos Santos. El doctor Pitt abrió la conversación:

- Me alegra mucho la presencia aquí de nuestros buenos amigos Al – Yamil y Morán, que pocas veces, por razones de su trabajo, nos pueden acompañar en este cónclave. ¿Ya dejó el Ejército señor Al – Yamil?

A lo que contestó el practicante:

- Por suerte, dos días antes de que el batallón al que estaba asignado abandonase la ciudad, me licenciaron... Como no tenía intención de irme con los ocupantes, pensaba desertar.., no presentándome en el momento de la partida. Por otro lado, debo comunicarles el nacimiento de mi segundo

hijo, hace una semana, por lo que esta tarde, la ronda de té me corresponde pagarla, incluyendo los rosquetes especiales que Farid muestra hoy en su vitrina.

Después de recibir las felicitaciones de los presentes, y las gracias por la ronda, el doctor Pitt pregunto al doctor Mateo Morán:

- Me he enterado de que usted ya no trabaja en la Clínica, doctor Morán. ¿Dónde está ahora?

- Continúo en la Clínica, en mi consulta de dermatología, pero como una cosa independiente, no en el equipo del doctor Moulin. Colaboro con la Clínica, pero no más quirófanos. Me fui de ese lugar y, para cubrir mi vacío, llegaron dos médicos nuevos. Muy bien preparados, por cierto...

- Me marcho, y cuando vuelvo..., todo ha cambiado. Y todo son novedades... Ahí está el aumento de vehículos circulando por las calles.

- En cuanto al aumento del tránsito rodado, se debe, en su mayor parte, a que han vuelto a salir a las calles los antiguos coches y camiones que estaban inmovilizados en sus garajes por falta, no solamente de combustible, sino de piezas de repuesto y de neumáticos y cubiertas. Ya han reaparecido esas piezas que faltaban, procedentes de vehículos accidentados o desechados del Ejército Norteamericano..., o robadas, en muchos casos. La mayoría de los coches y camiones nuevos, que son muy pocos aún, tienen el mismo origen... Ahora, doctor Pitt, cuéntenos algo de su viaje a estos desterrados y confinados en esta esquina de África, pero ansiosos de tener noticias de Inglaterra, de Edinburgo y del mundo – dijo el doctor Monneret.

- Lamentablemente, vi numerosos escombros en Londres y en otras ciudades por donde pasé, pero el país se mantiene en orden y se está empezando a reconstruir, y con brío... Los aún pocos medios conque se dispone, son sustituidos con voluntad, esfuerzo y tesón. Lo mismo observé en mi hijo, el llamado Médico del Guante Marrón, que se desenvuelve de maravilla a pesar de sus mutilaciones, y cuyo ánimo es asombroso. En cuanto al pequeño, Perceval, me dio un disgusto al comunicarme el abandono de los estudios de leyes, porque, después de cuatro años enterrado en una mina sacando carbón, no se volvía a encerrar en ningún otro sitio, y menos para estudiar. ¡Y yo soñando con verlo en los tribunales con su toga y su peluca! Buen estudiante era, sí señor..., pero prefiere dedicarse a la granja y a la ganadería como su tío, cuidando vacas, ovejas, y hasta caballos... Vivir al aire libre, con la naturaleza, es su ilusión.

¡Hasta utilizó una buena parte de mi dinero para comprar un caballo y una yegua! Dice que no son solamente para correr sino, también, para criar caballos de carrera, y que, pese a su elevado coste, fue una ganga la adquisición de esa pareja..., pues sus crías se cotizarán por todo lo alto. Por lo visto esa actividad se cotiza muy bien. Un encargo que traigo de Edimburgo es el de colaborar con un nuevo tratado de oftalmología... No pude negarme, y hasta me gustó la idea.

- Pero nada más llegar, y usted ha comenzado a trabajar en el Hospital pese a sus deseos de jubilación total – le recordó el doctor Dubois

- Efectivamente, así es. Me lo han pedido por enfermedad del doctor Osler, y no pude negarme, viéndome obligado a trabajar de nuevo en un hospital. Allí pasaré también mi consulta privada. Sinceramente el trabajo no es mucho. En fin, aún tengo por delante uno o dos años más de actividad. Un nuevo oftalmólogo recién llegado a la ciudad, el doctor Servier, que trabaja en otro hospital, vendrá a ayudarme en algunas operaciones.

En esto apareció Oreste Lombardi en compañía del profesor y escritor Rachid Tahir.

- Perdonen mi retraso. A pesar de tener la tarde libre, un acontecimiento inesperado me ha impedido llegar antes: he sido el intermediario en la donación de una monotipia a la imprenta de Rachid Tahir. Data del año diez, está en perfectas condiciones, y era propiedad de un consulado, con la que hacía propaganda para todo el norte de África en los idiomas francés, árabe y español. La iban a tirar a la chatarra, me enteré a tiempo, y ya se le puede dar un mejor uso. Viene con todos lo aparejos, además. Un técnico en su manejo, que pronto abandonará Tánger, enseñará todos los trucos a Tahir y a sus colaboradores en la imprenta – comentó Lombardi.

- Ya me imagino el país de procedencia – dijo Monneret.

- Felicitemos a Tahir por la imprenta y por la publicación de su primera novela “El Cabrero de Ashila”. El que desee leerla, en árabe, la puede comprar en la librería La Nave Azul. Aquí tienen el periódico “España” , con una muy buena crítica de la obra.

Y siguieron otros comentarios sobre la obra de Rachid Tahir, hasta que Al – Yamil se levantó de la silla y dijo:

- Yo me retiro, voy a la barra a pagar. Ahora servirán dos vasos de té más, con rosquetes... Debo reintegrarme a la Clínica, se acabaron mis horas libres de esta tarde. De paso, compraré la novela... Conque buenas tardes, y mis felicitaciones, Tahir.

Un buen rato más duró la reunión, atosigando al doctor Pitt con preguntas sobre su viaje al Reino Unido.

* * *

La ciudad hacía progresos a ojos vistas. El movimiento de barcos en el puerto iba in crescendo, como también el de camiones y trenes que traían productos del Marruecos Francés, y viceversa. Ocurría lo mismo con empresarios, hombres de negocios, comerciantes y otros profesionales que llegaban para tomar posiciones ante los grandes negocios que se iban a realizar al amparo del recuperado estatuto internacional, entre los que se mezclaban, como ya había ocurrido en las anteriores épocas, gentes de pocos escrúpulos en busca dinero demasiado fácil. Ya estaba el doctor Moulin haciendo el proyecto de ampliación de la Clínica, cuando el padre Leduc le dice:

- A partir del primero de enero cerramos el comedor. Otra organización benéfica se hará cargo de los pobres que atendemos. Las cosas han cambiado mucho, y estos pequeños comedores distan mucho de prestar un servicio apropiado; es mucho mejor concentrar a los usuarios en algo más grande, de esa forma la comida sale más barata y hasta mejor. También debo reconocer que el dinero ya difícilmente nos alcanza, y ha sido enorme el esfuerzo que nos hemos visto obligados a realizar para llegar hasta aquí. Nos conformaremos con la escuela y el consultorio. No nos queda otro remedio... A los donantes para lo del comedor, desde ahora les aconsejaremos entregar sus donativos a la otra organización, con lo que poco ahorraremos al desprendernos de eso. Ya se habrá enterado de la completa desaparición de la Misión de los Bienaventurados. Volveremos a ser la parroquia de antes. Siempre hemos tenido roces con las jerarquías eclesiásticas y las administraciones públicas debido al carácter innovador y un poco revolucionario de la Misión, pero antes de la guerra nos toleraban y tenían conciencia de que prestábamos un buen servicio a la comunidad. Vichy no nos prohibió, pero nos ahogaba, y sus amigos alemanes, por aquello de que se ayudaba a perseguidos por el nazismo, hizo desaparecer a varios de nuestros miembros. Sangre de mártires..., aunque no se reconozca. A un grupo de miembros se le ocurrió socorrer a mujeres a las

que se les rapó el pelo por ser amigas o novias de los soldados alemanes, porque necesitaban ayuda al ser despreciadas por toda la sociedad, y de esa forma evitar su caída en las garras de la delincuencia o de la prostitución... Un misionero ayudó a huir a su hermano, colaborador de Vichy, consiguiendo refugiarse en España. El deber de toda persona es ayudar a su hermano, haya hecho lo que sea, aún siendo culpable de algo o muy reprobable su conducta... Eso fue suficiente para que toda la incomprensión del mundo cayera sobre nosotros, ¡que a tantos ayudamos durante la ocupación!, mientras la mayoría de los auténticos colaboradores son escaqueados de la acción de la justicia, o perdonados o sobreseídas sus causas cuando los juzgan... Sin la menor duda, esta Europa liberada va a ser muy buena para los que se están haciendo ricos con eso de la reconstrucción..., y solamente para ellos.

- Curé Leduc, está usted dejándose influenciar por el buen amigo Lombardi, que también critica a esos nuevos empresarios, los verdaderos artífices de la reconstrucción de Europa, ¡y ha vendido su yate, por considerarlo pequeño, para comprarse otro mayor!... No lo entiendo... Con el cuento de otra ganga... – le replicó el doctor Moulin.

- Es muy cierto, pero ahora puede ir más lejos. Antes, cuando la guerra, apenas le permitían salir de la bahía. Desde que lo divisaba el guardacostas, le ordenaba volver para atrás y navegar rente a la orilla, con el pretexto de los peligros que corría. Tenía grandes deseos de salir a alta mar, bien alejado de la orilla, para así pescar más. Un día me llevó con él, y estuve pescando, pero muy cerca de la costa. Me hubiera gustado llegar hasta Tarifa..., o Gibraltar. Déjelo... No le quite esa afición.

- Y yo me pregunto si no la utilizará para transportar a esos nuevos amigos marroquíes, de los que se ha hecho..., ¡pero demasiado amigos!, últimamente, y que tanto predican la independencia del país.

- De eso no me ha contado nada – le respondió el Curé.

Ignoraba del todo el doctor Moulin que en su clínica se había constituido una célula de apoyo al movimiento de liberación marroquí, cuyo jefe era Al – Yamil, con objeto de recaudar fondos para la causa y de distribuir y repartir propaganda y escritos impresos en la imprenta que Rachid Tahir había desechado. También ese personal debería estar preparado para atender, como sanitarios que eran, a los posibles heridos y enfermos de esa lucha de liberación. A tal efecto se adquirió una granja, donde, junto a vacas, cabras y ovejas, agricultura, y todo lo correspondiente al campo, se ocultaba una clínica con camas y un quirófano, que, al

comenzar la guerra, había pertenecido a los alemanes para refugio, descanso y tratamiento de tripulantes de sus submarinos en los primeros años de la guerra, hasta que se consideró conveniente construir otra fuera de Tánger por protestas y amenazas de los aliados. Poco después de ser abandonada, fue adquirida por un acaudalado marroquí, simpatizante de la causa, que mejoró todo, incluso la parte hospitalaria de la granja, en previsión de probables futuras luchas por la independencia. Lombardi fue el médico elegido para atender a los que venían a descansar o a reponerse de ambos protectorados, así como a los necesitados de curas y operaciones. Todavía eran pocos los pacientes y los convalecientes, y escaso trabajo daban.

Lombardi, como luchador incansable que era, consiguió asociar a la célula a varios extranjeros, entre otros, a Mateo Morán y a Tobías.

- Estamos en Marruecos y a este país nos debemos. Su pueblo merece y necesita nuestro apoyo. Y esta labor no es un favor, sino un deber. Es imperioso prestarles ayuda en su lucha. No hemos venido solamente a vivir bien – les recordaba Lombardi continuamente.

* * *

La bonanza económica y los cambios producidos con la recuperación del estatuto internacional no disolvieron las costumbres y la amistad entre los viejos conocidos, y así, reanudadas las tertulias del café– bar de Farid Mohamed, por iniciativa del doctor Pitt, continuaron con el mismo interés de antes, a pesar de no haber conflictos comparables a la Guerra Mundial, reapareciendo el señor Rudolf Lorch, que volvía a hacer las paces con sus antiguos amigos después de seis años de enemistad, al igual que lo hacían sus países. A estas reuniones se sumó un alemán más, el señor Günter Schneider, al que algunas veces el señor Rodrigues dos Santos le permitía ausentarse de la ferretería "Os Alicates" para tomar el té. Un importante aumento salarial, correspondiente al incremento de las ventas, ayudó a Schneider a salir de la relativa pobreza en que vivía, permitiéndole alternar con gente pudiente, y entre otros, con su compatriota, el señor Lorch.

- ¿Cómo siendo usted europeo, viste con atavío marroquí, señor Schneider? – le preguntó un día el doctor Pitt.

- Me acostumbré cuando la clandestinidad me obligó a ocultar mi identidad, y ahora me siento más cómodo con esta ropa; más fresca, en verano, y más abrigada, en invierno – respondió Schneider.

Y llegó el día en que el Sultán Mohamed V se dignó, o más bien, le permitieron los franceses visitar la ciudad de Tánger. Rachid Tahir, como notable periodista y propulsor y defensor de la lengua y la cultura árabes, así como del Islam, tuvo el honor de ser recibido por Su Majestad, como una alta personalidad de la ciudad. El llamamiento que hizo en Tánger el Soberano al pueblo marroquí por la unidad y dignidad del país causó gran impacto y admiración en sus súbditos, siendo considerado como un hito decisivo en la lucha por la independencia.

- Pensar que a ese muchacho, Rachid Tahir, lo vi llegar a la Misión con una mano delante y otra detrás... ¡Que ni el Sultán ni nadie se hagan ilusiones, porque Marruecos es territorio francés, y siempre lo será!... ¡Usted Lombardi no se meta ya en más líos, dedíquese a trabajar y a ganar dinero, que para eso vino! – le decía el doctor Moulin a Lombardi a raíz de esa visita real.

- No se olvide de cuando usted estuvo invitado, allá por el cuarenta y uno, a recepciones oficiales por las visitas del Alto Comisario Español, Orgaz, y del Jalifa.

- ¡Sí, sí, es cierto! Era una orden y una necesidad el llevarnos bien con los ocupantes, y no podía negarme a su invitación, pero no me recibieron en privado como dicen que lo hizo el Sultán con ese muchacho. Ni con el coronel Yuste hablé nunca en privado

-Yo también llegué igual que Rachid, más pobre que una rata – le respondió Lombardi.

- ¡Usted ya era un cirujano bien formado....! No tiene ninguna necesidad de estar frecuentando a esos revoltosos marroquíes. Mire que Francia es muy fuerte, ¡un gran imperio! Lo conozco bien, Lombardi; no le eche a nadie la culpa de que me ha venido con los chivatazos. Sé todo lo que hace y piensa sin necesidad de verlo. Si no, no lo hubiera escogido como mi socio.

Lombardi se rió con ganas de esta afirmación de su jefe. Era ya su socio, y ganaba bastante dinero en una clínica floreciente que había sido ampliada últimamente, y en un tiempo récord. Una buena parte de esas

ganancias se las gastaba ayudando al movimiento de liberación marroquí. Con su yate, se acercó un día al Protectorado Francés y trajo a Tánger a un importante dirigente de ese movimiento, convirtiéndose en persona muy apreciada entre esos revolucionarios, aprecio que se fue incrementando al repetir en diversa ocasiones acciones similares, salvando a esas personas de ir a la cárcel y de torturas que hasta les podían causar la muerte. En ciertas ocasiones Tomás lo sustituía capitaneando el barquito.

Como ya abundaban los coches nuevos en la ciudad, un buen día, y mientras se lavaban las manos para hacer una operación, el doctor Moulin le comentó a Oreste Lombardi:

- Nuestros coches ya están viejos, y los años de falta de repuestos les han perjudicado mucho, hasta el motor del mío no suena como antes, como pidiéndome que lo jubile; ya va siendo hora de que adquiramos sus sustitutos, ¿no lo cree usted, Lombardi? ¿No pasa lo mismo con el suyo?. Monneret y yo le hemos encargado a don Carlos del Puente, gran hombre de negocios, importador de coches americanos, de esos grandes, elegantes y de líneas aerodinámicas, que nos reserve dos para el próximo envío que recibirá. ¿Se apunta con nosotros? A su Citroën ya le queda poco de vida..., pienso yo; pues con los años que tiene...

- Cuando llegue el suyo, le compro su no tan vieja limusina, que está aún en muy buen estado, según mi opinión. El mío ya tiene veinte años y no es de tan buena calidad; temo que un día de estos se pare y que sea para siempre. Pero el suyo, con doce, años y de tanta categoría, con unos arreglos, quedaría perfecto. Tomás sería la persona indicada para eso.

Sí, conversaciones como ésta, sobre coches y sobre otros artículos considerados de lujo se fueron convirtiendo en los temas preferidos de la ciudad, sustituyendo a las de los lamentos sobre carencias de todo tipo.

Un par de semanas después de finalizada la visita real, el consultorio médico de la Parroquia fue cedido a una gran organización benéfica tangerina, que consideró obsoleto el método seguido hasta ahora, acabando con el sistema de médicos voluntarios y contratando, en su lugar, a dos facultativos con paga. Los doctores elegidos fueron Morán y Dubois, a razón de tres horas diarias cada uno. También se contrataron enfermeras.

Poco tiempo después le tocó el turno a la escuela, que pasó a ser filial para primera enseñanza de un gran colegio. Los padres Leduc y Atienza siguieron siendo profesores, con un sueldo. En cuanto a las

monjas, ante la evolución de los acontecimientos, todas, menos una, prefirieron volverse a Francia. . A la que decidió quedarse, se la retribuía como una maestra más, sin vinculación de carácter religioso.

Coincidiendo con esta última transferencia, el doctor Sir Lancelot Pitt consideró que ya había llegado el momento de colgar el oftalmoscopio y el bisturí, definitivamente, y así explicaba esa decisión a sus amigos de la terraza del Boulevard Front de Mer:

- Mire como han aparecido más nodulitos reumáticos en mis manos; cuando estoy operando un tiempo largo, me acaban doliendo. Temo que un día el dolor me agarrote la mano, y en vez de mejorar el ojo del paciente, lo pueda perjudicar. A partir del próximo mes: a pasear, a leer, a jugar al bridge, a viajar... ¡Dos meses, en la Gran Bretaña, y un mes, en cualquiera otra parte! En realidad, a pesar de tantos años en este país, poco conozco Marruecos...

- Eso nos pasa a todos; nos encerramos aquí a trabajar, y lo más que hacemos, es ir una vez en la vida a Casablanca..., como el que hace un peregrinaje a la Meca. ¿Y de Francia, qué?..., casi olvidada. ¡Desde hace trece años no la veo! – explicó el doctor Philippe Monneret.

Algunos de los asistentes a la reunión expresaron un parecer similar a este último, pero el doctor David Cuenca expuso lo siguiente:

-Yo, como hasta cierto punto me puedo considerar un recién llegado a la ciudad, después de un largo recorrido por la costa mediterránea, y unas pequeñas escapadas a dos ciudades cercanas, no echo de menos los viajes. Usted, Lombardi, tiene la suerte de ser de una ciudad maravillosa, Nápoles, y de un país envidia de la Humanidad en cuanto a belleza. Era mi deseo quedarme en Italia para siempre cuando llegué en el treinta y uno. De estudiante, pude ver bien Roma y el Vaticano, que me encargué, con mis amigos y mi novia, de conocer a la perfección, visitando todos sus monumentos, museos e iglesias; era nuestro trabajo, por así decirlo, en las mañanas de los domingos, cuando no había exámenes a la vista... Y también conocí Ostia, a donde nos desplazábamos los veranos durante dos meses para trabajar en un restaurante: yo, de camarero, y Sara, de fregadora. Así podíamos presumir de hacer nuestros veraneos en la playa de Ostia, aunque durmiéramos doce apiñados en el suelo de un salón, y nos dieran sólo dos horas libres al día para disfrutar de la playa. Tuvimos la suerte de hacer una escapada a Nápoles, de cuatro días de duración en una excursión organizada por el curso, pudiendo contemplar esa maravillosa ciudad, su bahía, el Vesubio y las ruinas de Pompeya. Luego,

trabajando en mi profesión de odontólogo, no teníamos vacaciones, y nos contentamos con visitar los domingos algunos pueblos cercanos a Roma, y durante el verano, también en los festivos, nos desplazábamos a la playa de Ostia. Y porqué no decirlo: vimos y disfrutamos de varios desfiles militares y civiles de los fascistas..., con toda su pompa. Los largos viajes en trenes, a la llegada de Trieste a Roma, y a la partida, de Roma a Vintimiglia, nos permitieron contemplar toda la belleza de sus campos. Incluso podemos presumir que veraneábamos, a pesar de ser inmigrantes ilegales, en la playa de Niza, que frecuentábamos los festivos, pues muy convencidos estábamos de que, sobre la arena, no nos iban a pedir documentación, cosa bien aprovechada al vivir muy cerca del mar y de la elegante zona hotelera. Ahora estamos muy contentos por veranear en Tánger, disfrutando los domingos, asimismo, de su maravillosa playa. En Marsella, aunque fuimos algún día a su playa..., no pudo ser mucho, pues la guerra, aunque nos legalizó al principio, después nos devolvió a una peligrosa ilegalidad.

V

La pareja de Albert y Golib llegó a Marsella un día antes del comienzo del curso en el Conservatorio de Música. Una semana después, Albert iniciaba su trabajo en la fábrica de jabones,

Aunque nunca hay dos ciudades iguales del todo, Albert observó mucha similitud entre las dos granes urbes portuarias mediterráneas, las de Barcelona y la francesa, consistiendo las principales diferencias en que las escaseces eran menores en Marsella, y que el sueldo, aquí, era sensiblemente mayor, y hasta se podía vivir de él con cierto desahogo.

Se alojaron en la casa de los padres de Golib que, al no tener ya estudiantes hospedadas, disponían de una amplia vivienda, con espacio suficiente para dos familias y, además, con un buen piano para practicar. Situada en la vía principal de la ciudad, gozaba de muchas ventajas correspondientes a un núcleo central urbano, como la cercanía de cines, buenos comercios, salas de espectáculos, cafeterías..., correspondientes al centro de una gran ciudad, y, sobre todo, de la proximidad al mar y al puerto, situados casi a mano, muy al contrario de lo alejado que los tenía Albert de su casa de Barcelona, añadiéndose una ventaja más para Golib, el quedarle muy cerca el Conservatorio. Desventaja: que la fábrica de jabones a Albert le quedaba a unos pocos kilómetros hacia el norte, en la carretera Toulon – París, viéndose obligado a levantarse muy temprano y hacer un largo trayecto en el transporte público. Junto a las bellezas de la ciudad, como Notre Dame de la Garde, El Palacio de Longchamp, el castillo en la isla de If, la Catedral, el Ayuntamiento, la iglesia de Saint Victor..., también se podían contemplar ruinas, no de pasados lejanos, sino de muy recientes bombardeos y de la destrucción por los ocupantes del barrio del Vieux Port. Incluso la Cannebière, donde estaba el domicilio de los Neumann y vía principal de la ciudad, estaba muy afectada, a propósito de lo cual contaba Chantal, la madre de Golib, a Albert:

- Las estudiantes, entonces aquí hospedadas, habían ido a la Universidad; estaba sola haciendo la limpieza y preparando la comida,

cuando sonaron los tristes lamentos de las sirenas. Como tantas veces habían sonado por falsas alarmas o por ejercicios de alerta, no hice caso hasta que comenzaron a oírse las detonaciones, y me puse en fuga. Ya en la escalera, esos estruendos fueron horribles; me tiré al suelo en un rellano, llena de pánico y paralizada, como esperando el fin... Cuando acabó todo, temblando y con la cabeza dándome vueltas, regresé al piso...Los cristales de las ventanas estaban todos rotos, regados por el suelo, así como trozos de las figuritas y jarritas de porcelana, que estaban hechas añicos. Los cuadros..., todos caídos... Al asomarme al balcón, vi un panorama desolador, con la casa de enfrente completamente derruida. Puedes ver aún el hueco donde estaba... Se calcula en más de doscientos los muertos en esta calle...

A los pocos días de llegar, Albert envió una copia traducida de la novela “El Sendero del Águila”, de Sean Mac Intosh, a Ferran Sagarra, en París. El padre de Golib también leyó la novela, y comentó al respecto:

- He leído mucho sobre la II Guerra Mundial, pero es la primera vez que leo una novela sobre esa contienda. Me recuerda mucho lo padecido durante mi huida. Cuando volví de Cuba, tenía la ingenua idea de que la gente me iba a tomar por un héroe, pues estaba en la firme convicción de que entre los dos largos viajes había realizado una proeza algo así como la de Ulises, pero me llevé un chasco, resultando todo lo contrario: en mi entorno de trabajo todos envidiaban mi suerte de haber estado en el segundo viaje tan largo tiempo en La Habana, muy lejos de la ocupación y de los bombardeos. Un viejo colega mío, también funcionario del Ayuntamiento, donde entramos a trabajar al mismo tiempo, al contarle mi segunda aventura me respondió que no me podía quejar, pues siempre había tenido suerte y que había nacido con una buena estrella, hasta consiguiendo un puesto superior al suyo en el Ayuntamiento, mientras a él le había ocurrido algo muy diferente, y me seguía diciendo:

“- Durante la primera Gran Guerra, a mi me mandaron a la región del Marne, soportando aquella larga y horrorosa batalla durante años Sí es verdad que tuve siete meses de permiso, pero los pasé en un hospital... No te puedes imaginar lo terrible que fue aquella batalla. En cambio, tú..., tú te fuiste al otro lado del mundo, lejos de aquel desastre..., a contemplar la inmensidad del desierto con sus caravanas de camellos cargados de sal, y el mar, por donde nunca venían barcos enemigos”.

“- ¡Alto ahí! – le dije –. Yo no fui voluntario, me mandaron. Me movilizaron antes del comienzo del conflicto; yo no escogí el destino”.

"- Tienes razón en eso. Pero en la Segunda Gran Guerra no sufriste directamente la ocupación, disfrutando en La Habana, y ahorrándote el bombardeo del veintisiete de mayo. ¿Porqué se ensañaron con nosotros de esa manera los aliados? Al día siguiente del bombardeo me enviaron de inspección a una zona afectada; aquello parecía Verdún... Has conocido mundo, Joseph: Messina, Suez, Adén, Djibouti, Madrid, Lisboa, Cuba, las Canarias, Barcelona... Y yo nunca he salido de Francia".

"Al llegar a este punto, para no entrar en polémicas sobre quién había sufrido más en un sitio o en otro, me callé, aunque..., bien tomando en cuenta esa opinión y los testimonios de otras personas, llegué a la conclusión de haber tenido suerte en las dos grandes guerras, durante la cuales, en determinados momentos, hasta fui un auténtico burgués gentilhombre, como me apodaban en el trabajo por mis convicciones políticas".

No obstante estas reflexiones, el señor Joseph Neumann escribió un exhaustivo relato sobre sus largos viajes en las dos guerras, dando muchos detalles sobre sus estancias en Djibouti y en La Habana, que dio a leer a Golib y a Albert. También algunas veces se lo prestaba a algún amigo para que conociera su historia, con la condición de devolverlo una vez leído.

Antes del mes del envío de la traducción, Albert recibió respuesta de Ferran en la que le decía, además de alegrarse de su llegada a Francia, que la novela de Sean Mac Intosh le había interesado mucho y si era capaz de traducirla al francés, continuando así la carta:

"Es necesario dar a conocer a la gente lo acaecido con esas redes de la Resistencia. La Firma BENCHEPHARM dispone de una editorial científico – técnica con el objetivo de hacer propaganda de sus productos, y, también, para publicar una revista y libros científicos, empeño que da prestigio a la empresa y hace aumentar sus ganancias, el aspecto más interesante para los directivos. Eso estaba paralizado, y recientemente la he relanzado, con cierto éxito; y al igual que hacemos con lo científico, lo podemos ampliar a lo literario y a lo humanístico".

Albert no tardó en darle el sí por respuesta, y le envió la dirección de Mac Intosh para que se pusiera en contacto con él y la editorial británica y arreglar lo de los derechos de autor con los permisos necesarios, recordándole que él, Ferran, conocía a la familia de la mujer del escritor, en cuya casa, la de Serafí Sabater, participó en la fiesta del concierto de Golib. Sin esperar la respuesta, se puso a traducir la novela al francés con la ayuda de Golib y de su padre.

Estaba en esta labor de traducción cuando recibió una nueva novela de Mac Intosh, de título “Sobre el Canal Británico”, como debería ser la traducción literal, que, en francés, sería más correcto “Sobre el Canal de la Mancha”, obra referente a los combates aéreos en ese brazo de mar durante la batalla de Inglaterra, contando de forma novelada sus propias experiencias interceptando aviones alemanes. Y ya cuando había entregado la traducción de “El Sendero del Águila” y estaba en imprenta, con la segunda comenzando a traducirla, le apareció otra, titulada “Desde el Faro de las Tormentas”. Trataba de un naufragio ocurrido cerca de su faro, contado por pescadores y pastores de la isla, de la que comentaba el escritor: “Creía que no me la iban a admitir los de la editorial Barony – Cort por no tratarse de un tema de aviones, pero me la publicaron, y con buen acogida por el público; sinceramente, aunque no fuera de mi asunto preferido, no podía despreciar el describir ese tema”, le decía su amigo en la carta.

Un buen dinero recibió Albert por la traducción, bastante más de lo esperado. Quiso compartirlo con su suegro por la ayuda prestada, pero éste se negó a aceptarlo por no necesitar esa guita. De la edición, la mitad fue destinada, como regalo, a clientes de la empresa – a médicos, especialmente –, y la otra mitad, se envió a librerías para la venta, resultando todo un éxito. Pronto se agotaron las existencias, y los libreros de Francia, de Bélgica, de Suiza, de África, de las Antillas... y hasta del Québec, reclamaron más ejemplares, debiendo hacer la Editorial Científico – Técnica una segunda edición, de mucha mayor tirada que la primera y, también, mejor presentada, con tapas de cartón.

Al ver los libreros anglocanadienses el gran éxito de las ediciones francesas, y comprobar que la inglesa era completamente desconocida en Canadá, pidieron permiso para hacer una edición en su país, en la lengua original, obteniendo también un buen éxito de ventas, siendo aun mayor en los Estados Unidos. El dinero afluía en gran cantidad a los bolsillos de Mac Intosh con la consecuente alegría de Elvira y de él, comentando al respecto: “Ya que no me permiten pilotar aviones en el aire, lo haré sobre la máquina de escribir”.

Al intento de publicarla en una editorial de Barcelona, se obtuvo por respuesta que la censura no permitiría esa novela por dejar en mal lugar a la guardia fronteriza y por otras consideraciones de índole político. En cambio, una editorial de Buenos Aires se la publicó, consiguiéndola difundir por todas las repúblicas hispanoparlantes, ganando así cada vez más dinero Mac Intosh y, en menor cantidad, el traductor... Así se podía

decir, sin lugar a dudas, que Mac Intosh se iba convirtiendo en un hombre rico,

Antes de que transcurriera un año de su llegada a Francia, Albert fue llamado a París para trabajar en el servicio de publicaciones de la empresa BENCHEPHARM, con un sueldo mucho mayor que el de Marsella, encargado de las traducciones de artículos científicos. Sería mucho trabajo, pero debía intentarlo, y de esa forma Golib prosiguió sus estudios en París, significando una gran ventaja para su formación musical. Como Albert continuaba siendo el traductor a dos lenguas de las novelas de Sean Mac Intosh, la amistad entre los dos se fue reforzando, de forma que, después de la Navidad del cuarenta y ocho, se presentó el escocés en París, junto con su familia: Elvira y la hija de Wilkinson. Y así le contaba a Albert:

-Vivir en un faro alejado del mundo, reconozco que puede ser aburrido y triste, sobre todo para Elvira y para la niña, pero es la tranquilidad y la belleza del paisaje, cambiando continuamente según la meteorología y las horas del día, mi principal estímulo para seguir escribiendo. Estamos siempre ocupados: yo, con mi trabajo y la escritura, y Elvira, con la casa y los dibujos. En verdad, no tenemos tiempo para aburrirnos, y a mí, pese a las desventajas, me gusta vivir en un faro..., pues en uno me crié. A partir del próximo año..., o tal vez de éste mismo, pediré permisos sin sueldo de dos a tres meses para irme a una ciudad, buscar nuevos temas para narrar y hacer prácticas con aviones en un aeroclub, pues dinero no me falta para eso. Hasta el faro se desplazó el periodista del diario londinense “The Orbit”, Clement Fenton, aconsejado por Ferran Sagarra, para hacerme una entrevista. Quedó muy asombrado de encontrar conmigo a Elvira, pues conocía a casi toda su familia de Barcelona, circunstancia no advertida por Ferran. Vino por un par de días, y se quedó seis. Escribió varias crónicas sobre la isla, sobre mí y sobre Elvira. También me envió el ejemplar de su periódico donde hizo, unos dos años atrás, un gran elogio de Golib Neumann, a la que había oído en la casa de los tíos de Elvira, cuando realizó un reportaje sobre la ciudad de Barcelona a principios del cuarenta y seis. Cerca del faro hay una casa del departamento gubernamental dedicado a la flora y fauna, y suelen venir, no con rara frecuencia, inspectores, científicos y simples excursionistas; también la Marina hace por aquellos lugares, una o dos veces al año, maniobras con desembarco. Podemos decir que no estamos tan solos ni dejados de la mano de Dios; toda esa gente nos visita, y compartimos ratos con ellos, teniendo interesantes pláticas, también muy útiles para mis escritos.

*   *   *

Todo iba bien para la pareja Albert– Golib, cuando, al llegar junio, le dice Ferran Sagarra a su amigo:

- El mes próximo acompañaremos a Julien Bechard a Marruecos para inaugurar una nueva planta industrial en Casablanca y un centro de distribución en Tánger. La empresa crece y se extiende. Mejor no puede ir Estaremos tres semanas en cada ciudad, con todos los gastos pagados, incluyendo los de llevar a nuestras familias. Luego, si queremos, podemos prolongar nuestras estancias allá por las vacaciones reglamentarias. Me quedaré tres semanas más en Tánger, y así disfrutar de la playa y solearme. Julien está muy contento por lo bien que llevas lo de la sección editorial y confía plenamente en ti. Esta es una forma de reconocerte tu trabajo, pues le estás dando buenos beneficios y prestigio a la empresa.

Muy satisfecho quedó el señor Joseph Neumann cuando vio impreso en la revista médico – farmacéutica de la BENCHEPHARM el relato sobre sus viajes a tierras lejanas. “Estas cosas no se deben olvidar”, decía Ferran; y lo repetía con frecuencia, no ocultando su alegría por el éxito de las novelas de Mac Intosh, que, en lengua francesa, las publicaba todas la editorial de la empresa dejando buenos ingresos a todos. Lo mismo sucedía con su jefe Julien Bechard que también veía con buenos ojos ese tipo de narraciones, y expresaba su gran satisfacción por haber extendido, con gran éxito, el campo editorial a lo literario, pues, poco a poco, se fueron sumando a estas publicaciones novelas de otros autores, así como tratados de arte, historia, filosofía... Además, la revista, desde que apareció el relato de Joseph Neumann sobre sus dos largos viajes, sumó a sus números una sección literaria y humanística, con gran acogida por los lectores, que se veía confirmado, aparte de las ventas, por la gran cantidad de cartas que les enviaban.

El contacto epistolario entre Mac Intosh y Albert Forn continuó, no solamente por el lazo laboral que ahora los unía, sino, más bien, por la amistad entre los dos que se iba fortaleciendo. Mac Intosh le escribía relatándole sus escapadas del faro para hacer sus vuelos de aeroclub, y así decía en una de sus cartas: "En el aire me siento como ave en las alturas, o como un pez en el agua. Acompáñeme, y le enseñaré a volar". Albert le contestó, que lo máximo que había aprendido era a conducir automóviles, y de ahí no pasaba. “Pues a mí me da más miedo conducir un coche que un avión. No obstante he adquirido un viejo Citroën, biplaza, con lo que ya

podemos desplazarnos fácilmente al pueblo de la isla, situado a cinco kilómetros, no necesitando más alquilar una carreta para llevar los suministros al faro", le contestó Mac Intosh.

Respecto a Elvira le contaba que estaba muy contenta con su destino, y él, con los dibujos que ella le hacía para ilustrar sus novelas, sentándole muy bien el clima de Escocia a su belleza. En cuanto a su novela sobre su estancia en San Sebastián durante la Guerra Civil Española, comentaba que en la Gran Bretaña ese tema carecía de interés, y, por lo tanto, no procedía publicarla. En España tampoco era aceptada, por razones muy obvias. Ferran Sagarra decidió publicarla, previa traducción al francés por Albert, en la sección literaria de la revista médico–farmacéutica de la BENCHEPHARM.

Golib fue llevando a la afición por la equitación a Albert, y también a Solé, y a Ferran Sagarra, que ya bastante sabía manejar a esos animales por lo aprendido en la guerra de España, y después, por las prácticas en la escuela de saboteadores de Inglaterra, actividad pronto abandonada por no encontrar ambiente adecuado, falta de tiempo y, también, por desinterés en ese asunto.

.

VI

Si bien es verdad que después de siete años de vacas gordas, suelen suceder otros siete de vacas flacas, raramente ocurre lo contrario. Pero esta vez se vio de forma bien clara que las vacas iban engordando a ritmo acelerado en la ciudad internacional, habiendo personas con pretensiones de engordar a un ritmo más acelerado que los demás. Así, por ejemplo, tenemos la conversación en que el doctor Honoré Moulin pregunta al doctor Oreste Lombardi cómo le iba con el vehículo Limousine Delage, del año 34, que le había vendido:

- Perfectamente, Tomás me lo revisó y, después de haberle hecho una buena reparación, me lo dejó en perfectas condiciones, con lo que tendré coche para rato. ¡Mucho mejor de conducir que el viejo! Por cierto, al viejo Citroën le ha hecho otras reparaciones mayores y lo ha dejado tan bien como en sus buenos tiempos. Lo guardo en el garaje para cuando se me estropee la limusina, y como fue el primero que tuve, pienso conservarlo para siempre.

- Pues debo confesarle que ha tenido mucha más suerte que yo con mi superamericanísimo modelo. ¡Todas la semanas al taller desde que lo adquirí hace dos meses!... Y no sólo el mío, sino también los otros catorce que llegaron. Pregúntele a Monneret... ¡Buscando estamos a don Carlos del Puente para tirarlo desde el puente de uno de esos barrancos! Esos coches estaban, en Marsella, apartados y desechados debido a unos defectos de fabricación en sus motores. El señor Del Puente los adquirió a precio de chatarra y nos los vendió a precio de oro. Ahora nadie sabe donde está ese granuja. También lo están buscando unas personas que le compraron viviendas en un nuevo edificio; por lo visto, una misma vivienda se la vendía a tres. No se dieron cuenta porque estaban aún en construcción. Anteriormente había traído diez coches en perfectas condiciones, y por eso confiábamos en su persona.

- Desapareció, no por el asunto de los coches, sino por el de la penicilina. Se dedicó a enviar penicilina falsa a diversos países, entre ellos, a España, hasta que fue detectado. Su laboratorio, o mejor dicho, guarida, estaba en esa calle de detrás de la Clínica. Detuvieron a uno de sus compinches; los otros consiguieron huir. No se sabe si a Brasil o a México... – le explicó Lombardi.

- ¡Eso es terrorífico! ¡Significa asesinar a centenares o miles de personas!... Los coches, las casas, la penicilina... ¿Qué más habrá hecho ese hombre? – exclamó asombrado el doctor Moulin.

-En otro negocio se metió con el sargento Monts, pero fue de menor envergadura...: un asunto de contrabando de medias de plexiglás y de bolsos de piel para España. Por suerte para Monts, en este último feo asunto no pudo estar metido porque actualmente está de capitán de la Legión Extranjera en Vietnam. Vea usted: pese a sus antecedentes petainistas, ha sido readmitido en el Ejército Francés.

- Eso es muy comprensible. Allá hay una guerra por ganar y, como es lógico, necesitan gente preparada, con experiencia...; lo comprendo – aseveró el doctor Moulin.

-A propósito de la penicilina, nuestro compañero Morán deja definitivamente la Clínica.

- Pero ¿qué tiene que ver eso con la penicilina?... ¿Y cómo es eso? ¿Es que no le va bien aquí? – preguntó extrañado el doctor Morán.

- Los dermatólogos –venereólogos vivían, y bastante bien por cierto, de la sífilis y de la gonococia, es decir, de aplicar el salvarsán y el permanganato durante largo tiempo... Ahora, con unas pocas inyecciones de penicilina, ese trabajo queda reducido a unos días, con la consecuente merma de las ganancias de esos especialistas. Morán, para compensar, se va también a dedicar a la medicina general en su consulta privada, y como nosotros hacemos también bastante de eso en la Clínica, no quiere hacernos la competencia en nuestra propia casa. Dado que su actual vivienda es grande, ha adaptado dos habitaciones para sala de espera y consulta. Por lo visto, la dermatología ya no es tan rentable... Su decisión es irrevocable

- Nosotros, amigo Lombardi, gracias a Dios no tenemos ese problema, pues partos y operaciones siempre habrán..., ¡y bien nos hemos recuperado de aquella crisis! – opinó el doctor Moulin.

*   *   *

Las reuniones en torno a la lo vasos del té mentolado de la terraza del Boulevard Front de Mer continuaron durante todo el cuarenta y ocho, compareciendo los de siempre en una de esas tertulias, celebrada ya casi a finales de año, en la que se presentaron esta vez Günter Schneider y Georg Goldmann acompañando al viejo capitán de submarinos Rudolf Lorch. Schneider hacía tiempo que no se presentaba por allí, y del sacristán Goldmann, nadie recordaba si alguna vez estuvo, por lo que el doctor Pitt, que siempre se alegraba de ver caras nuevas en la tertulia, le preguntó:

- ¿Cómo tardó tanto tiempo en acercarse a este cónclave, Señor Goldmann? Sea bienvenido al té aromático de Farid Mohamed. A partir de ahora, ya que conoce el camino, esperamos verlo con frecuencia en la tertulia. Y usted también, señor Schneider, que desde hacía tiempo nos tenía olvidados.

- Eso no será posible, porque pasado mañana Schneider y yo nos vamos a Alemania. Volvemos a la patria: él, a su tierra natal, Leipzig, y yo, a la mía, Saarbrücken, en el Sarre. Hoy hemos venido a despedirnos. Me dedicaré en el futuro, exclusivamente, a la fontanería, pues allá se está reconstruyendo a ritmos acelerados. Ya mis dos perros murieron: Crety el pastor escocés, y Forgan, el pastor alemán. Ocurrió hace tres meses; ya saben..., el moquillo. Entonces decidí la vuelta – dijo Georg Coldmann.

- ¿Tiene alguna familia en Alemania?...¿Y casa? – le preguntó el doctor Marcel Dubois.

- Sí, a mi madre, a la que le he enviado dinero cuando he podido, que, por suerte, dispone de una buena vivienda para alojar a nosotros cuatro: a mi mujer, a mis dos hijos y a mí. Así podré comenzar mi nueva etapa.

- Y usted, Schneider ¿cuál va ser su labor en Leipzig? – le preguntó el doctor Pitt.

- Vuelvo a trabajar en los ferrocarriles. Le escribí a la Reichbahn y aceptaron mi propuesta. Los dos volvemos en calidad de repatriados por razones de exilio.

- Pero Alemania está dividida, y cada uno vuelve a una zona distinta. ¿Cómo les sienta eso?

- Como a la gente de Marruecos que también lo están. Yo me iré al Sarre, que, como Tánger, no se sabe a quién pertenece – respondió Goldmann.

- Pues lamento esta despedida. Les deseo la mejor suerte del mundo, y esperemos que no se olviden de nosotros, escribiéndonos de vez en cuando. Yo volví hace dos semanas de mi país, donde estuve dos meses con mi familia – dijo el doctor Pitt.

- Y para mí ya no existe lugar en Alemania, porque mi ciudad natal, Stettin, ahora pertenece a Polonia. De mis dos hermanos de allá, no he vuelto a tener noticia desde el cuarenta y cuatro; supongo que desaparecieron bajo los escombros – comentó Rudolf Lorch.

- Lo mismo me sucede con mis dos hermanos, combatientes en Rusia, de los que tampoco tengo noticia... Se los tragó la guerra – comentó Günter Schneider.

En esto apareció Rachid Tahir con un rollo de periódico bajo el brazo izquierdo y un maletín negro en la mano derecha, como solía ir de costumbre. Sacó varios libros del maletín y los colocó sobre la mesa. Se trataba de su nueva novela, “La Kasba y el mar”.

- El tema no se puede decir que sea original. Se trata de una historia de amor como la de la ópera “Madame Butterfly”, pero, eso sí, bastante modificado y adaptado a la realidad de Tánger, referente a los amores entre una marroquí y un capitán de barco español – dijo Tahir.

- Veo que la encuadernación es mucho mejor que la de su anterior novela, y el dibujo de la portada me gusta. También ha mejorado su semanario. Debe estar ganando ya buen dinero – le dijo Lombardi.

- No...; sólo me da para cubrir gastos y pagarle a mi hermano y a los otros dos empleados de la imprenta. La encuadernación del libro no la hemos hecho nosotros; es un encargo. Vivo exclusivamente de mi sueldo de profesor. Si hay algún beneficio en mi trabajo de periodista y literato, es para la cultura árabe.

Todos compraron un ejemplar del libro y del periódico, muy baratos de precio, y el doctor Philippe Monneret le dijo:

- Compro la novela, aunque los caracteres árabes no los entienda. Tradúzcala pronto al francés.

- Lo intentaré..., y ya lo estoy haciendo al español, que lo domino como el árabe, pero si vendo poco en árabe, apenas cien volúmenes, ¿quién me lo va comprar en otro idioma?

Y Günter Schneider y Georg Goldmann y su familia salieron para Alemania en barco, vía Marsella, para continuar en tren hasta Alemania.

*   *   *

Ante el viaje de Albert y Golib a Marruecos, Sean Mac Intosh y Elvira se pusieron de acuerdo con ellos para hacer coincidir sus vacaciones en la ciudad de Tánger. Este encuentro se produciría a continuación de la estancia en Casablanca para la inauguración de la planta industrial de la BENCHEPHARM, que se realizaría con la presencia de Julien Bechard, Ferran Sabater y Albert Forn y sus familiares. La estancia en esta capital económica del Protectorado sería de tres semanas. Después vendrían otras dos para la puesta en marcha de los almacenes distribuidores de la Firma en Tánger, seguidos de las vacaciones reglamentarias anuales de los parisinos. Continuaría una semana más de vacaciones para visitar en Barcelona a los padres de Albert y de Elvira

Los viajes fueron hechos en avión, dejando atrás aquellos largas travesías en trenes y en barcos, que se iban haciendo impropias para viajes de negocios y de vacaciones.

Desde el aeropuerto, los miembros de la expedición fueron llevados a un nuevo y elegante edificio del centro de la ciudad, propiedad de la BENCHEPHARM. Asombrados quedaron Albert y Golib de la elegancia del apartamento en que les tocó alojarse, de más de doscientos metros cuadrados, al que estaban asignados tres sirvientes

- Nosotros no necesitamos ayudantes... Nunca los hemos tenido. Puede decirles que se vayan – le dijo Golib a Julien Bechard.

-¿Pretendes dejar sin trabajo a esas personas? Cobran mejores sueldos que el término medio de la población, y viven mejor que los empleados franceses de su misma categoría en París. Son tan empleados de

la BENCHEPHARM como Ferran y tu marido. De mí no dependen para nada; ni los empleé yo, ni los puedo despedir. Son muy eficientes, y el cocinero es una maravilla..; un hombre del sur, muy del sur, del Sáhara, y formado en París. El protocolo del edificio así lo exige – le respondió Julien Bechard.

-Aquí somos como ricos. Debes ir acostumbrándote para cuando seas una pianista famosa. Lo malo, entonces, es que deberás pagar tú al personal – le dijo, con sorna, Albert a Golib al respecto.

A decir verdad, poco paraban en el apartamento, pues de reuniones, visitas de trabajo, espectáculos y otras actividades no faltaban ni daban tregua para el aburrimiento. Que trabajar tenían, verdaderamente, Julien y Ferran, correspondiéndole a Albert el acompañarles en alguna que otra entrevista de negocios para irse ambientando en cuestiones de administración y dirección de la empresa, pues más adelante le correspondería hacer viajes, en solitario, a Casablanca. Respecto a Julien Bechard, le decía Golib a Ferran:

- Me parece un hombre demasiado serio y bastante duro. ¿Es que no se ríe nunca?

- No es tanto como te parece. Ahora está preocupado por la puesta en marcha de la nueva planta industrial de Casablanca, que arrastra consigo muchos problemas. Desde que la inaugure, verás como cambia. Debes tener en cuenta que fue jefe guerrillero en una de las zonas más peligrosas de Francia, acabando la guerra de capitán de una sección de explosivos. Mucha disciplina se exigía a sí mismo, y a todo el personal bajo su mando, pero siempre actuando de forma muy justa... No comprendo cómo ha depositado tanta confianza en mí, que no he sido más que un simple saboteador..., y poco amante de las disciplinas. Su empresa es familiar, pero él es realmente el que la lleva, consiguiendo que de mil trabajadores que tenía en el cuarenta y cinco, hoy sean más de tres mil. Con la nueva ampliación, superará los cuatro mil..., y unos cuantos más. No te arrepentirás de haberlo conocido.

Al día siguiente, Julien Bechard le espetó a Golib lo siguiente.

- Para la inauguración de la planta industrial, el domingo, deberás dar un pequeño concierto, de media a tres cuartos de horas. También sería muy bueno que acompañaras al piano a un violinista marroquí durante un cuarto de hora. Uno de nuestros objetivos, además de los científicos, es fomentar

la cultura y las artes...; también entre los de aquí. Eso dará realce a la fiesta. Conque prepara algo rápido para ese día… Procura que guste.

- Pero... ¿cómo? ¡En cinco días y sin tener donde ensayar! ¡Usted cree que todo es tan fácil!...

- Lo tenemos todo previsto. Nada debes temer. Ya te he oído tocar..., y lo haces de maravilla. Sabes para eso y mucho más. Enfrente tienes una academia particular de música donde podrás ensayar dos horas al día, o más si lo necesitas. Ya está contratado el piano y un asesor, profesor de la academia. Al violinista marroquí, una joven promesa del violín, también lo encontrarás ahí... Y no te preocupes si no sale lo perfecto que tú desearías, pues el público que asistirá, formado por empresarios, funcionarios y algunas autoridades, no se puede comparar ni es tan exigente como el de París. Eso sí, ésta será tu presentación en África... Y a partir de hoy te prohíbo que me vuelvas a tratar de usted.

Llegó el domingo y se celebró la gran fiesta de la inauguración. Para Albert y Golib había mucha más gente de la que se hubieran podido imaginar; entre ellos, muy altas personalidades de la Administración del Protectorado y representantes del Majzen, así como del mundo del arte y de la cultura de Casablanca. La comida fue de primera clase, y entre los discursos, el menos corto y el más aplaudido lo dio un escritor famoso de la ciudad. Después vino el espectáculo de música y de bailes típicos de la región, seguido de la actuación de unos acróbatas, de un encantador de serpientes y de un escupidor de fuego... Por último, le tocó el turno a Golib con un concierto a base de Schumann y Chopin, que concluyó acompañando al violinista en dos partituras. Los aplausos fueron tan fuertes y de tanta duración, que tuvieron que cerrar la sesión musical con la Danza del Fuego, del Amor Brujo de Falla, y la Sonata del Trino del Diablo, de Tardini. Las felicitaciones sobre los dos intérpretes cayeron como a raudales, convirtiéndose Golib en la estrella de la fiesta. Un periodista local le hizo una entrevista sobre la marcha.

- Sabía que ibas a gustar, pero no pude imaginarme tanto. Has sido la sensación de la fiesta, y he tenido que cambiar mi opinión sobre los conocimientos musicales de los habitantes de Casablanca. Desde hoy tienes todo el apoyo de la BENCHEPHARM para tu carrera. Antes de que se me olvide, en este sobre está lo que te corresponde por tu trabajo. Si estuvieras en nómina, cobrarías a final de mes – y Julien Bechard le entregó el sobre.

- ¡Pero esto es una barbaridad! Yo no pensaba en cobrar, y aquí hay una fortuna – dijo Golib mientras miraba el contenido del sobre, en el

que sólo esperaba encontrar una propina –. Actué más bien como correspondencia a las múltiples atenciones que has tenido con nosotros en este viaje... Estoy aún comenzando el virtuosismo.

- Eres un genio de la música y me he quedado corto al pagarte, pero eso fue lo acordado. Vete acostumbrándote a cobrar caro por tu trabajo, pues esa hora ya ha llegado

Después de esta estancia triunfal en Casablanca, todos salieron en tren hacia Tánger, menos Ferran Sagarra, Solé y su hijo, pues al ser exiliados políticos no debían pasar por el territorio español del Protectorado, viajando a la ciudad internacional en avión.

*   *   *

Al llegar a Tánger, la expedición de los parisinos fue alojada en el Zarpa Grand Hotel, un establecimiento de gran lujo situado frente a la playa, porque aquí la poderosa empresa químico farmacéutica no disponía de un edifico de apartamentos para sus directivos y huéspedes. En el mismo hotel, ya los esperaban, desde hacía dos días, el piloto y escritor Sean Mac Intosh, Elvira y la niña. Por tratarse solamente de la inauguración de unas naves de almacenamiento para distribución de los productos de la BENCHEPHARM, la duración de la estancia en esta ciudad sería más corta que en la otra, siendo de dos semanas, quedándose, pero pagando los gastos hoteleros por su propia cuenta, los que quisieran permanecer más días para así aprovechar el mes reglamentario de vacaciones correspondiente a ese año.

El trabajo de Albert en la ciudad internacional fue muchísimo menor que en Casablanca, y quedaba reducido a una visita a los depósitos y a una reunión con las autoridades, que muy interesadas estaban en el proyecto, pues convertiría a la ciudad en una gran suministradora de productos químicos y de medicamentos para el norte de África y otros lugares del mismo continente

En el primer encuentro de Albert con Mac Intosh, mientras éste le exponía los proyectos que tenía en mente, entre otras cosas, le dijo:

- Por favor, procuren que aquí nadie me invite a dar conferencias, y tampoco quiero entrevistas sobre mis novelas. Todas mis ideas y opiniones

están escritas en mis libros, que más dinero me están dejando del que pudiera imaginarme. Además, yo no soy ningún gran pensador como el de la estatua de Rodin, ni pretendo serlo. Mi principal propósito, en Tánger, es descansar, calentar mis huesos y pasarlo bien... Después de la visita del periodista Fenton, amigo de Ferran, se aventuraron a venir, a aquella islita, algunos otros periodistas para entrevistarme. Una isla de unos doscientos habitantes, donde solamente había pastores de ovejas y pescadores. Primero llegó el director de una hoja local de Kirkwall, en la Mainland, la mayor isla del archipiélago, que me entrevistó y me invitó a dar una charla en esa ciudad, no pudiendo oponerme; después llegó un periodista norteamericano de un importante diario de Nueva York, que también me invitó a dar unas conferencias en los Estados Unidos, compromiso no realizado, siguiendo aún en pie la invitación, y debo cumplir por ser de ese país de donde más me mandan dinero... A mi paso por Londres, Fenton, aparte de volver a entrevistarme y de ensalzarme en sus críticas, me obligó a dar dos charlas. De la Universidad de Saint Andrews, en Escocia, llegaron, también, un profesor y dos periodistas a entrevistarme, viéndome en la obligación de ir a esa ciudad para impartir dos lecciones sobre aviones en su Universidad. Lo que más admiré en esa gente es el coraje que tuvieron en viajar a una isla tan mal comunicada, y, únicamente, para hablar conmigo. De vacaciones, de paso para visitar a mis padres en su isla, me detuvieron los amantes de la lectura de la isla de Lewis, y me obligaron a darles una charla en su capital, Stornaway... No puedo negar que estas actividades las hacía con gusto, sintiéndome muy halagado por las acogidas que me dispensaban y por los inmerecidos aplausos recibidos, pero prefiero concentrarme en la escritura, y dejar lo otro para cuando sea más viejo y disponga de más experiencia... En realidad, con lo que escribo, nada más me queda por decir; ahí está todo mi pensamiento. Ahora me voy a la playa, a aprovecharme, que las aguas de las Orcadas son muy frías y sólo me sirven como fuente de inspiración y para pescar.

Al día siguiente de la llegada, por la mañana, Albert, Ferran y los demás acompañantes fueron a visitar a los Cuenca y a los padres Leduc y Atienza, que grande fue la sorpresa y alegría de éste último al reconocer en Ferran Sagarra a su salvador de Barcelona, sobrino de su gran amigo y compañero Cugat, en cuya casa estuvo oculto hasta que ese jefe miliciano lo ayudó a huir. Inmediatamente los pusieron en contacto con Tomás y con el doctor Oreste Lombardi. Como regalos entregaron a los misioneros ejemplares, en francés, de las novelas “El Sendero del Águila” y “Sobre el Canal de la Mancha”, de Sean Mac Intosh. Muy poco tardó Lombardi en leerlas, que enseguida tuvo la idea, como Ferran Sagarra, de darles la máxima difusión posible, traduciéndolas a otros idiomas, comenzando por la primera novela. Había dos personas conocidas capaces de hacerlo por los

buenos conocimientos de sus idiomas maternos y de disponer de imprentas y editoriales a su alcance: Rodrigues dos Santos, para el portugués, y Rachid Tahir, para el árabe. ¿Cómo solucionaría el asunto del italiano?... Después de darle vueltas a su cabeza, se acordó de sí mismo, que se convertiría en traductor de la novela, siendo del francés al italiano. La idea se la comunicó a Ferran Sagarra, que le pareció muy bien, y le ofreció el apoyo económico y moral de su editorial científico – técnica.

Lombardi convocó a sus amigos a una nueva tertulia en la terraza del café – bar de Farid Mohamed, del Boulevard Front de Mer, para presentarles a los recién llegados de París y al autor de las novelas para tratar el asunto de las traducciones de las obras literarias del escocés a diversos idiomas. Acudieron varios de los habituales, como el doctor Pitt, recién llegado de su viaje de dos meses a Inglaterra, el doctor Monneret, el doctor Dubois, el señor Rodrigues dos Santos y el convocante, Lombardi, acompañado a sus nuevos amigos, Albert, Ferran, Golib, y Sean Mac Intosh. Al doctor Pitt, muy sorprendido y contento por la presencia de un compatriota, además, héroe de la RAF, y de dos miembros de la Resistencia, pues a Albert como tal lo consideraba aunque su colaboración fuera sólo en España, le agradó muchísimo más la presencia de Golib Neumann, una mujer pianista, y así expresó su satisfacción:

- Hoy hemos roto con dos atavismos anacrónicos: el de los clubs británicos de no permitir mujeres en sus salones, y el de estas tierras del sur de relegar a las mujeres a un segundo plano, después de los hombres. Es un gran día para esta tertulia del café de Farid Mohamed.

Lombardi, después de echar de menos la ausencia de Rachid Tahir, con el que quedó para las cuatro, fue directo al asunto principal de la reunión, explicando al señor dos Santos sus intenciones de dar amplia difusión, y de forma rápida, a aquel libro, “El Sendero del Águila”, que tan bien reflejaba la lucha y los sacrificios de los que combatieron en el aire, en la Resistencia y en las redes de evasión, y continuaba:

- ...Hasta hoy ha sido traducido a dos idiomas: el francés y el español, con gran éxito... Ahora se pretende traducirlo a tres más: el portugués, el árabe y el italiano... A usted le correspondería hacerlo al suyo, Rodrigues dos Santos.

-¡Cómo yo! ¡Esta novela está escrita en inglés, y apenas conozco ese idioma!... Únicamente para defenderme en la ferretería, pues aparte de decir tachas y tenazas en ese idioma, poco más sé. ¡Mis conocimientos de

esa lengua no pasan de un grado muy elemental! – exclamó Dos Santos, como desconcertado.

- Eso no importa.... Lo traduce del francés, que conoce a la perfección, o del español, también bien hablado por usted, y lo publicará en su periódico de Lisboa "As Horas da Tarde", a razón de dos páginas por día, como folletín, al final de una hoja del periódico.

- Lombardi, sabe lo que le digo, ¡que usted ha bebido mucho hoy o que está loco de remate! ¡Usted pretende disponer de mí y de "As Horas da Tarde" como dispone de su coche o de su yate! ¡Los libros hay que traducirlos directamente de su idioma original, porque los traductores siempre cambian algo!: unas veces, por desconocimiento suficiente de la lengua extranjera o de la materia, otras, por ideas preconcebidas, por gusto, y ¡hasta por maldad!... ¿Qué digo yo...? – y el señor Dos Santos se encogió de hombros en señal de estar muy extrañado con la proposición.

En este momento Ferran Sagarra tomó la palabra e hizo la siguiente propuesta:

- Durante la traducción usted tendrá un ejemplar de la novela en inglés, así como un diccionario de ese idioma a su lado para comprobar que es correcto lo escrito. El tipo de lectores que tiene su periódico, según me han informado, aunque no sea grande, constituido por académicos, empresarios industriales, agricultores y comerciantes, todos con inquietudes intelectuales, es la clientela que interesa a mi empresa... Sí, esos que presumen de nunca leer los anuncios en diarios o revistas, pero que bien se fijan en ellos y tienen dinero para comprar. Si la traduce y la publica, a usted se le pagará como corresponde por su trabajo, y su periódico tendrá una página diaria para los anuncios de la BENCHEPHARM. La publicación de la novela correrá, en gastos, como un anuncio más. Su periódico no perderá nada, y ganará mucho... Ya lo verá... No lo dude...

Ante estas razones y otras más expuestas por Oreste Lombardi y Ferran Sagarra, y apoyadas por los doctores Monneret y Dubois, al señor Rodrigues dos Santos no le quedó otra solución que decir:

-Tal y como me plantean la cosa, me veo en la obligación de aceptar la oferta. Expondré el caso, exactamente, como me lo han planteado... Veremos la respuesta de la editorial de Lisboa...

- En el caso de convencer a la editorial, cuente con el apoyo de nuestra representación allí, que es importante, y tiene una pequeña planta industrial y distribuidora.

El doctor Pitt, que durante todo este tiempo hablaba en inglés con el piloto Mac Intosh, preguntó a Golib dónde habían quedado las compañeras de Mac Intosh y de Ferran, contestándole:

- Como tienen hijos pequeños, han ido a una fiesta infantil en la casa de la señora Cuenca.

-¿Y cuándo podremos escucharla al piano?

- El próximo domingo, en la fiesta de la inauguración de la planta de almacenaje y distribución de la firma BENCHEPHARM, a la que están todos invitados. Aquí están las invitaciones – dijo Ferran sacándolas del bolsillo y repartiéndolas, y añadió –: Los señores Bechard no han podido venir porque están invitados hoy por una alta autoridad de la ciudad. Sus hijos también están en la fiestita de los Cuenca.

En esto apareció Rachid Tahir con su chilaba, su fez y su rollo de periódicos bajo el brazo, pidiendo disculpas por su tardanza, debido a razones de un retraso en la publicación de su semanario, a quien se le expuso la traducción al árabe de la novela. La reacción en contra fue mucho mayor que la de Rodrigues dos Santos, porque desconocía el inglés por completo, y así razonaba su oposición:

-¡Eso es una aberración! Está completamente desaconsejado, y debería estar terminantemente prohibido traducir una obra literaria a través de otro idioma. Suponga usted: una obra se escribe en noruego, se traduce al alemán, de éste al italiano, luego, al árabe, de ahí, al amárico, del amárico al suahili..., cuando llegue a África del Sur, en su traducción al sotho, ¿qué queda del pensamiento original del autor?... ¡y de su mensaje, después de haber pasado por tantos traductores!

Los otros, como hicieron antes con Dos Santos, intentaban convencerlo, pero Rachid Tahir argüía:

- Mi imprenta es pequeña. Apenas tengo personal. Publicamos muy pocos libros, y esos tienen que ser de autores árabes, de Marruecos.

- Pero una edición de dos mil ejemplares si podrá hacer...– opinó el doctor Monneret.

- ¡Eso es del todo imposible!... Pero ¿quién le dio a usted semejante información? Cien.., a lo máximo doscientos, es lo que podemos hacer, y siempre quedan ejemplares por vender... Tenga en cuenta que en esa guerra, los aliados no contaron con la simpatía de los árabes, y se nos utilizó, al igual que en la de España, como carne de cañón barata. No creo que ese libro tenga mucha aceptación en Marruecos. Y no pongo en duda que entre nosotros hubiera partidarios de la causa aliada..., que los hubo, y no pocos.... Y me cuento entre ellos.

- Respecto a los libros que tenga usted sin vender, los compraremos todos y los repartiremos en París entre personas de lengua árabe o con conocimientos de ese idioma. ¿Ha estado usted ya en La Meca?

- No; no he tenido dinero para eso

.

- Pues si traduce la novela y la publica, le garantizamos el viaje a usted y a su familia – le aseguró Ferran Sagarra.

Desde este momento, la oposición de Rachid Tahir se vino abajo; no obstante, hubo un problema más que sortear cuando se habló de colocar propagada de los productos de la BENCHEPHARM en los libros a repartir entre los clientes, pues no le parecía bien eso en una novela, pero se resolvió cuando oyó lo de la cantidad a cobrar.

- Bueno, el idioma que falta es el italiano, y eso, si están de acuerdo Sean Mac Intosh y Ferran Sagarra, lo puedo resolver yo. Me pongo en contacto con un viejo amigo propietario de una editorial y de una imprenta dedicada a publicar libros de carácter regional de la Campania, en Nápoles, y sí él acepta, como supongo que lo hará, me pondré a traducirlo, o mejor sea dicho, continuaré traduciéndolo, porque ya comencé... Vamos a ver si hay suerte, ahora que no hay guerra, y espero que no surja el problema de entonces con el tratado de oftalmología del doctor Pitt que no se pudo publicar. Otra cosa, el martes tendrá lugar un concierto de música clásica en el Teatro Cervantes a beneficio de un hospital, organizado por estudiantes de conservatorios, de aquí. También actuará Golib Neumann. A los interesados les puedo facilitar las entradas; cuestan, en verdad, un poco caras por ser para una obra de beneficencia – dijo Oreste Lombardi.

- Además, si usted está de acuerdo, señor Tahir, su novela la “Kasba y el Mar”, de la que tan bien me ha hablado el doctor Lombardi, si ya la ha traducido al francés, como afirma, se la publicaremos en la Editorial Científico – Técnica BENCHEPHARM; así se podrá presentar en París,

que sigue siendo uno de los centros de la cultura mundial... A su periódico lo pondremos en la lista de los anuncios de prensa de la empresa... Así son los negocios... Ya lo verá... – dijo por último Ferran Sagarra.

Senderos de Águilas
Séptima Parte
Las Águilas se Posan

VII

La fiesta de la inauguración de las instalaciones de almacenaje y depósitos de la BENCHEPHARM en Tánger transcurría a la perfección, y se desarrollaba tal como estaba previsto, siendo el programa muy parecido al de Casablanca, pero con menos participación de público, entre las que también había autoridades e importantes hombres de negocios que absorbían el tiempo de Julien Bechard y de Ferran Sagarra, En cambio Albert Forn, al no considerarse directivo, prefirió unirse al grupo de la tertulia del Boulevard Front de Mer y de la "Clinique du Docteur Moulin", cuyo propietario, con picardía, le preguntó:

- ¿Cómo es que no está usted con sus jefes atendiendo a las altas personalidades?

-Ya estoy atendiendo a usted y al grupo de médicos del entorno de su "Clínique", importante clientela para el laboratorio farmacéutico. Por cierto, por allí viene Ferran acompañado de Tomás, del doctor Lombardi y de otro señor, hasta ahora desconocido para mí.

- ¿Lo están pasando bien? – preguntó Ferran Sagarra al llegar.

-Mejor de lo que esperábamos. Con este suculento buffet y barra libre con sos pasando mejor que en el café de Farid – contestó Sir Lancelot Pitt.

- Aquí les presento a dos nuevos miembros de la BENCHEPHARM: al señor Félix Salguero, que será el jefe encargado de los camiones, y al señor Dominique Monneret, técnico comercial, desde hoy representante del laboratorio farmacéutico de la empresa para hacerles las visitas y mostrarles nuestros medicamentos y productos sanitarios. Hay otra adquisición más, como contable de la empresa, y al que ustedes deben conocer bien; se trata de un hermano del señor Al – Yamil, practicante de su "Clinique", doctor

Moulin... ¡Ah! Allá lo veo con un grupo de empleados. Lo de jefe de camiones no es ninguna broma, porque disponemos de unos veinte, bien modernos, de marcas Dodge y Commer, más otros pequeños vehículos, para poder suministrar, no sólo a la ciudad y al puerto, sino también a todo el norte de Marruecos, tanto español como francés – decía Ferran en el momento en que llegaban los padres Leduc y Atienza, a los que saludó dándoles la gracias por su asistencia.

- No pudimos llegar antes, pues las misas de la mañana del domingo acaban algo tarde – dijo el Curé Leduc mientras saludaba a los demás, que también le dieron la bienvenida.
–
- Conque ustedes se han lanzado, no solamente a la conquista de Marruecos, sino a la de todos y cada uno de nosotros. Tomás..., tu hijo, Monneret..., el hermano de Al – Yamil... ¿Quien será el próximo en caer en las redes de la BENCHEPHARM? – preguntó con algo de sorna el doctor Moulin, sin obtener respuesta de Ferran.

- Se olvidó de mencionar a Dos Santos y a su diario de Lisboa – le recordó Lombardi.

- ¡Sí, sí! ¡Hasta Portugal! – exclamó el doctor Moulin.

"Así que el nombre de Tomás es Félix Salguero; por fin me entero", se dijo Albert.

Después del espectáculo folclórico, verdaderamente magnífico, con músicos y danzarines locales y acróbatas, pero sin encantadores de serpientes ni escupidores de fuego, le tocó el turno de actuar a Golib Neumann, que varió algo el programa introduciendo a Franz Liszt, obteniendo un éxito similar al de Casablanca. También, al final del concierto, le acompañó un violinista local, francés. Julien Bechard volvió a pagarle la misma cantidad, ante la protesta de Golib, a la que contestó:

- Todo el que trabaja en estas fiestas, cobra; esa es la norma. Tiempo de no cobrar tendrás el martes, cuando actúes en el concierto benéfico. El doctor Lombardi me ha dicho que se han vendido todas las localidades... Haces una buena obra de caridad.

Mac Intosh se acercó a Lombardi y le dijo que, pese a sus deseos de no hacer entrevistas, en la fiesta había concedido dos: una, al periódico árabe de Rachid Tahir, y otra, a un diario español local.

Ya comenzado el baile, y sólo en presencia de Solé y de Albert, Lombardi preguntó a Ferran cuál era actualmente la actividad de un hombre como él que, con tanta fuerza y coraje, había luchado durante tan largo tiempo en pro de la democracia.

- Actualmente no hago nada, ni nada he podido hacer durante estos últimos cuatro años... Tenga en cuenta los nueve años de guerra a mis espaldas, y siempre en primera línea... Me dieron este cargo para reiniciar mi vida como civil, debiendo adaptarme a un empleo, careciendo de la preparación necesaria, en el que nunca había ni pensado. Mi puesto se lo debo exclusivamente a la gran confianza puesta en mí por Julien Bechard. No he hecho nada de lo que usted supone, por un lado, porque no he encontrado dónde pudiera actuar, y por otro, y es lo más grave, por haber estado en el servicio en que estuve... Me tienen aún controlado. Con los que me gustaría estar, no me admitirían; desconfían de mí por haber estado donde estuve, y por eso doy por descartado el ser incluido en sus filas, y lo considero muy lógico. Solé se limita a colaborar con el sindicato CGT en labores de solidaridad, sobre todo con la Indochina; un asunto candente en Francia... Cuando abandoné el servicio secreto al que serví, en febrero del cuarenta y seis, se me advirtió que durante cinco años estaría controlado, debiendo hacer solamente lo que ellos me permitiesen. En mi caso, lo único permitido, es trabajar para le empresa BENCHEPHARM. Estoy aún en cuarentena.

Largo rato hablaron, hasta conseguir Lombardi convencer a Ferran de la necesidad de ayudar a los movimientos de liberación del Magreb, y le recomendaba:

- ¡Mándelos ya al cuerno...! Aquello ya se acabó, ahora comienza una nueva lucha que a esos de Londres les gusta menos que la pasada guerra, porque la temen perder; y empujando todos un poco se la haremos perder de verdad. Como con la primera Gran Guerra, en la segunda, hubieran preferido más un armisticio que la victoria. Con los problemas existentes en las colonias, a usted ya lo han olvidado.

Hubo algunas fiestas más en honor de los parisinos. Una se celebró en el chalet del doctor Moulin, y Lombardi los invitó a dos paseos en yate aprovechando buen tiempo: el primero, hacia el oeste, en que llegaron hasta Ashila, y el segundo, hacia el este, alcanzando la isla del Perejil. Todos lo pasaron muy bien en esas fiestas y excursiones, y de ninguna manera los parisinos y acompañantes se pudieron imaginar los agasajos que les dispensarían los que disfrutaban de la nueva “belle époque” de Tánger. Pero, sin duda alguna, el que más disfrutó de esta visita

a la ciudad internacional fue Sean Mac Intosh al descubrir un aeroclub donde podía alquilar aviones, ocasión aprovechada para hacer vuelos, la gran pasión de su vida. Con el buen dinero de los libros bien podía permitirse ese caro deporte..., pues mucho había ganado, y seguía recibiendo importantes ingresos, sobre todo, en dólares, desde América... Hasta se aventuró a llegar a Gibraltar, pues volando alrededor de esa diminuta península, le vino la idea de que aquel paisaje le parecía muy apropiado para ser el escenario de una nueva novela, y esa ciudad y aquella roca debería conocerlas por dentro, y así ubicarse mejor para un nuevo relato. Una mañana temprano, en compañía del doctor Pitt, de su esposa y de un funcionario del Consulado Británico, con todos los permisos en regla, realizó el salto sobre el Estrecho, pasando el día en el Peñón. Como un as de la aviación fue acogido en la colonia, con la suerte de encontrarse con dos antiguos compañeros de escuadrilla, de cuando las batallas. Como no era muy grande ni la ciudad ni el territorio, en un día pudo ver lo principal y todo lo necesario para su propósito, subiendo a donde estaban los monos, así como a lo más alto que se podía llegar del Peñón. Entre lo que vio y le contaron de los bombardeos durante la pasada guerra, a la vuelta, al atardecer, ya tenía en su mente la idea de lo que iba escribir sobre Gibraltar y el título de su quinta novela: “Alerta en el Peñón”. El doctor Pitt, como estuvo varias veces durante ese período en Gibraltar, y buen conocedor de lo sucedido con los bombardeos y sabotajes submarinos, le dio en Tánger más información. También fue de gran valor la dada por Ferran Sagarra al narrarle lo vivido por él durante el tiempo de su permanencia en Gibraltar y en Marruecos, tomando buena nota de ello.

- Según llegue al faro, me dedicaré a escribir, sin descanso, el proyecto en ciernes, que ya he comenzado haciendo un guión de su argumento. El año próximo volveré. Para entonces, solicitaré tres meses de permiso... Así que será, la mitad del tiempo aquí, disfrutando del Sol y de la playa, y la otra mitad, en los Estados Unidos, haciendo un cursillo de piloto de helicópteros, pues doble interés tengo en esos aparatos: el de saber manejarlos y el de escribir una novela sobre ellos... Espero que la racha de buena suerte y de dinero no me abandonen para poder sufragar esos gastos... – contaba Mac Intosh a Albert y Lombardi.

-¿Y no les produce aburrimiento el vivir tan apartado del mundo, sin nada alrededor? – le preguntó Lombardi.

-¡Nada de eso! Como bien se lo he explicado a Albert, con lo de cuidar el faro, la casa, la niña, la pesca, los animalitos, el escribir yo, y lo de dibujar Elvira, no nos queda tiempo para pensar en aburrirnos. Además,

no estamos tan solos. En la isla viven doscientas personas y muchos más centenares de ovejas, que con cierta frecuencia se acercan por el faro. Si no hubiese estado allí, no hubiera podido escribir; eso lo puedo decir bien alto. Yo me crié en uno, y todo lo que veo en esa tierra me recuerda a mi niñez; lo que no entiendo aún es cómo Elvira, procediendo de una gran ciudad y de una buena familia, se ha adaptado a aquello... Muchas veces pienso que fue el trauma de la trágica muerte de Wilkinson lo que la llevó a esa decisión de aislarse del mundo. Muy bien se ha portado conmigo, y parece haberse habituado a mí. Ni ella ni yo podemos olvidar a Samuel, y de él hablamos frecuentemente, recordándolo con el cariño y el aprecio que sentíamos hacia él. Su foto cuelga en el salón comedor. Con un antiguo coche Citroën, de dos plazas, vamos al pueblo a buscar los suministros dos veces por semana, tiempo que aprovecha la niña para jugar con los de su edad... La luz del faro, el mar, ver pasar barcos, el viento, la lluvia, las tormentas..., me incitan a escribir. Por la niña, debo buscar un nuevo faro donde haya mejores escuelas que en esa isla... Desde el próximo año lo intentaré. Para la hija de Wilkinson tengo que procurarle lo mejor en su mundo: el de las ciudades. Si no lo consigo, procuraré dedicarme a otra cosa. ¿Lo de escribir exclusivamente?..., tal vez.

-Y con los animales que tienen allá, ¿qué hicieron al venir? –preguntó Albert.

- Las gallinas, el gato y el perro se los dejamos al cuidado de una familia de pastores que vive separada del pueblo, no lejos del faro. Les pagamos una pequeña cantidad por el cuidado de los animales. No tengo ovejas como mi padre. Mi hermano pequeño ha seguido el mismo camino de la familia, y ahora está en un faro de una isla de las Hébridas; su deseo es conseguir el faro de mi padre cuando éste se jubile, y continuar con sus ovejas..

- ¿Cómo resuelven ustedes el problema de la asistencia médica? –volvió a preguntar Lombardi.

- A dos millas de nuestra isla está una isla, doble de grande, de unos treinta kilómetros cuadrados, y con cuatro veces más de habitantes. Dos veces por semana venía el barco de los suministros y de las exportaciones, también dedicado al transporte de pasajeros; pues en ese barco venía el médico que pasaba consulta las cuatro horas que duraba la carga y descarga. Caso de urgencia, un pesquero a motor llevaba al enfermo a esa isla o a la otra mayor, la Mainland, donde había un hospital, pero que tampoco quedaba muy lejos.

En los otros seis vuelos que hizo Mac Intosh, aparte del descrito, llevó por turno a los parisinos, a Lombardi y Rachid Tahir a sobrevolar Tánger y la zona internacional para que pudieran contemplarlas bien desde el aire, así como las aguas del Estrecho, acercándose, en uno de esos vuelos, a Tarifa y a Ceuta. La vuelta a casa de Mac Intosh y su familia, y de Albert y Golib, se hizo por avión, yendo de Tetuán a Madrid, y de ahí a Barcelona, para permanecer unos días: Elvira, con sus padres, a los que no veía desde hacía desde hacía seis años, y que se pudieran conocer nieta y nuevo yerno con sus abuelos y suegros, y Albert, con los suyos, aunque no fuera tanto el tiempo de ausencia, pues se veían todos los años. Este viaje de vuelta estaba pagado por la BENCHEPHARM, y grande fue la sorpresa de Albert, cuando fue a pagar en el hotel, al enterarse que también la Firma había pagado los quince días de estancia por vacaciones, y eso que Julien Bechard había abandonado Tánger a los dos día de acabarse el trabajo por haber sido llamado por la oficina central. Lo mismo ocurrió con los otros amigos en el momento de pedir las facturas.

* * *

Por esos días, el doctor Oreste Lombardi recibió una carta con la sorpresa de una citación para presentarse al examen de convalidación de sus estudios, en Madrid, en el plazo de tres meses. La misma sorpresa se la llevó Sara Zahar, la esposa de David Cuenca.

En cuanto a la traducción a tres nuevas lenguas de la novela “El Sendero del Águila”, no se debe pasar por alto lo acontecido con cada una de las realizadas.

Con la versión al portugués del señor Emidio Rodrigues dos Santos, ocurrió que el periódico “As Horas da Tarde” vio ampliada sus ventas en más de un cinco por ciento gracias a la publicación de la novela, nada despreciable ganancia que se unía a una más sustanciosa producida por la publicidad de la BENCHEPHARM, quedando la editorial muy agradecida a su corresponsal en el norte de África. La empresa BENCHEPHARM vio incrementada sus ventas y ganancias en una cantidad mucho mayor que la del periódico, tanto en Portugal como en sus colonias. Hubo discusiones en las altas esferas de esta firma sobre el origen de ese notable incremento de ventas, tanto en este primer año, como en los sucesivos, pero, al fin, se llegó a la certeza de que se debía a haber escogido el sitio adecuado para

hacer la publicidad. En un periódico de mayor tirada, los lectores sólo buscan las crónicas deportivas y los sucesos morbosos.

En lo referente a la edición en árabe, la imprenta y la editorial de Rachid Tahir obtuvieron muy buenos beneficios con la publicación del libro y por la publicidad en su semanario, y su dueño adquirió mucho prestigio entre sus compatriotas al presentarse en París su novela "La Kasba y el Mar", pasando su nombre a ser parte de la literatura árabe contemporánea, y lo más importante para el autor: se hizo realidad su peregrinación a La Meca. Por haber tenido la idea de incluir propaganda en el libro, las ventas de la BENCHEPHARM en el Magreb aumentaron de forma significativa, pero no tanto como en Portugal.

En Italia, el amigo de Lombardi publicó la novela, y vio cómo este libro, al contrario de los otros que publicaba, que sólo se vendían en Nápoles y en la Campania, traspasaba los límites regionales y sus ejemplares se podían adquirir por toda la República, viéndose pronto obligado a hacer una segunda edición. Mac Intosh, sin duda alguna, notó un incremento de ingresos con estas tres nuevas ediciones, ganancias que distaban bastante de la obtenidas en Estados Unidos, Reino Unido, Canadá, Francia, Argentina y otros países de la Commonwealth, pero que se vieron incrementadas por otros acontecimientos posteriores, constituyendo una cadena de ganancias

Una editorial de El Cairo, de mucha venta en el mundo árabe, solicitó hacer una nueva edición de "El Sendero del Águila", y el derecho a publicar, en árabe, las sucesivas obras de Sean Mac Intosh, como ya lo hacían otras editoriales de Europa y de América, con lo que las arcas del piloto escocés se llenaban con los dineros procedentes del petróleo del Oriente Próximo.

En Brasil, un diario de Sao Paulo, de gran tirada, compró los derechos de la primera novela de Mac Intosh para publicarla de la misma forma que el diario lisboeta, pagando una fuerte suma por eso. Una editorial del mismo dueño del periódico se encargó, en el futuro, de la publicación de las nuevas novelas según iban saliendo.

En Italia, la editorial napolitana siguió publicando las sucesivas obras de Mac Intosh, pasando a ser de una editorial regional a una nacional.

Traducciones a otros idiomas se hicieron, siendo la crítica cada vez más favorable al autor, así como la aceptación por el público, considerando a Mac Intosh: unos, como el Charles Dickens de la aviación, y otros, como

un nuevo Saint Exupery, pues no era tan sólo un escritor dedicado a narrar aventuras en el aire. Lo cierto es que la misma acogida obtenía cuando osaba escribir sobre temas diferentes a los de la aeronáutica, como fue el caso de "Refugio", basada en sucesos ocurridos en la Misión de los Bienaventurados.

* * *

El doctor Oreste Lombardi, su mujer, sus hijos y la familia Cuenca volaron a Madrid para presentarse los dos citados a los exámenes de convalidación. Y así contaba Lombardi:

- Aquello fue: vini, vidi, vici... Todo me salió bordado, mucho mejor de lo esperado. Tuve la gran suerte de tener como miembro del tribunal a uno que conocía de aquí, por haber estado de médico militar durante la ocupación española. Era el encargado de la parte práctica; me llevó a la sección maternal, donde me presentó a una mujer a punto de dar a luz. Se trataba de una placenta previa; le hice una cesárea, y todo salió bien. En la parte teórica, al saber que venía de Marruecos, me llovieron preguntas sobre el paludismo, la lepra y el tracoma, respondiendo según podía. Por último, por variar de tema, me pidieron que hablara de la epilepsia, y diserté sobre ese tema durante casi una hora, basándome en la experiencia de un paciente al que venía medicando desde hacía varios años, siempre empeñado en que yo fuera el único médico en tratarlo a pesar de no ser internista y de mis pocos conocimientos de neurología, obligándome a estudiar esa enfermedad... Lo cierto es que me aprobaron... De la señora Cuenca, aunque no estuve en su examen, sé de la brillantez de su exposición, con muy buenas respuestas a cuantas preguntas le hacían, pasando muy bien la prueba. Por lo visto es una mujer fuera de serie en lo de lingüística y literatura, a pesar de no presumir de nada. En fin, que ya estamos convalidados y homologados.

VIII

Cada cual en su lugar de origen, en sus residencias habituales, todos continuaban sus vidas como de costumbre: Mac Intosh, con la valiosa ayuda de Elvira, cuidando su faro y escribiendo una novela más; Albert con la dirección de la revista científica, y un pequeño trabajo en el laboratorio central de la BENCHEPHARM, tenía su tiempo muy ocupado, aunque le sobraba algo para traducir la última novela de su amigo escocés al francés y al castellano; Golib empeñada en ser una virtuosa del piano, y, dando algún que otro concierto, comenzaba a ganar algo de dinero; Julien Bechard y Ferran Sagarra seguían trabajando duro para expandir la Firma, consiguiéndola colocar entre los primeros puestos de Francia y de Europa... En cuanto a la ciudad de Tánger, se debe decir que continuaba su buen desarrollo al amparo de su estatuto, progresos bien notados por los médicos de la tertulia del café de Farid Mohamed.

En el verano siguiente al de la inauguración de las instalaciones en Marruecos de la Firma, Ferran, Albert, Mac Intosh y sus familias volvieron de vacaciones a Tánger, con la particularidad de la ampliación de las familias de Mac Intosh y de Albert Forn, cada uno con un hijo varón. Mac Intosh contó a sus amigos lo siguiente:

- El niño no nació en el faro, sino en el hospital de Kirkwall, en la isla Mainland; el parto se adelantó unas semanas, y tuvimos que trasladarnos de urgencia en el barco de suministros, que desvió su ruta habitual, marchando a toda máquina, para poder atender la emergencia. El médico nos acompañó desde su consulta, en el pueblo de la isla, hasta el hospital. Por suerte, todo salió bien. Al acabar el mes de estancia aquí, me trasladaré a los Estados Unidos para hacer un cursillo de pilotaje de helicópteros. También firmaré la autorización para llevar al cine dos de mis novelas, e impartir las dos conferencia, pendientes allá desde hace más de dos años, pues, a pesar del tiempo transcurrido, siguen muy empeñados en oírme. En mi país me hablaron de esa posibilidad de llevar las novelas a la pantalla, y yo, por eso del patriotismo, me entusiasmé con la idea, e intenté, con unos estudios cinematográficos que se hiciera realidad ese proyecto,

hasta que me aconsejaron el olvidarme de eso... Por lo visto, la producción de ese tipo de películas cuesta mucho dinero... Más elogios y billetes he recibido del extranjero que de los míos, la verdad sea dicha

- Está escrito: nadie es profeta en su tierra. Mire ahí enfrente, lo bien que se ve España. Usted puede visitarla, yo no – dijo Ferran Sagarra señalando al otro lado del Estrecho.

- Pero usted la visitó tres veces desde que se exilió.

- ¡Ah!... Entonces tenía un gran padrino para protegerme, del que carezco ahora. Además, debía ser muy clandestino en todo momento. Y no debe olvidar que fue en su tierra, y no en ningún otro país, donde le publicaron sus primeras novelas, y aún se las siguen imprimiendo.

Mac Intosh, inducido por el doctor Pitt, tuvo que dar dos conferencias en ese verano: una, en Gibaltar, y otra, en Tánger. Para la primera se desplazaron en avioneta al Peñón Mac Intosh, que la pilotaba, Albert, Golib y el doctor Pitt, firmando muchos libros al final de la charla. En Tánger, habló de lo mismo en el Club Saguere, lugar de encuentro para las partidas de bridge, siendo también el doctor Pitt el que hacía la traducción al francés después de cada párrafo.

Respecto a la pianista Golib Neumann es necesario hacer un comentario aparte. Durante ese año del cincuenta, en que se pusieron de moda los platillos volantes, después llamados ovnis, Golib, continuando aún sus estudios de virtuosismo, se lanzó a la fama de la mano de la BENCHEPHARM, habiendo sido contratada por esa firma, o más en concreto por Julien Bechard, y llevada a las ciudades de Glasgow y de Milán para dar sendos conciertos con motivo de la inauguración de nuevas plantas industriales en esas ciudades. Ante el gran éxito obtenido, en la primavera de ese año, la empresa químico- farmacéutica le patrocinó, como joven promesa del piano, otras actuaciones en Lyon, Marsella, Amsterdam, Mónaco y Viena, con lo que ya iba adquiriendo fama nacional e internacional. De la mano del periodista Clement Fenton actuó, asimismo con gran éxito, en Londres y en Manchester; y bien se preocupó el periodista de ensalzarla en los periódicos londinenses. Y en ese mismo verano, Oreste Lombardi le organizó, en el teatro Cervantes, como la vez anterior, otro concierto en compañía de un violinista local a beneficio del Hospital de los Muy Pobres, pero con el cincuenta por ciento de las ganancias para repartir entre los dos músicos que actuaron. Sir Lancelot Pitt, aprovechando el ya mencionado vuelo que este año Mac Intosh realizó a Gibraltar, hizo que los acompañaran Golib y Albert para que la

pianista diera un concierto en esa ciudad, pudiendo oírla sus compatriotas, por lo que el salto sobre el Estrecho fue doblemente provechoso. A las seis de la tarde, la charla de Mac Intosh, con la presentación del libro “Alerta en el Peñón”, y a las ocho, el concierto. Por hacerse de noche, el regreso se hizo a la mañana siguiente. El niño había quedado en Tánger al cuidado de Elvira y de una niñera.

- El próximo año, forzosamente, deberé encontrar otro faro cerca de una ciudad, porque los abuelos de la niña, me apremian a que la ponga en un colegio de categoría, y allá en la isla sólo hay una escuelita. A la niña, a pesar de su corta edad, ya le hemos enseñado a leer en casa. Cuando le corresponda ir a la escuela, o me dan otro destino, o dejo el cargo y me dedico a escribir solamente... Ya veré lo que hago...; probablemente, lo último, pues no veo otra solución – contaba Mac Intosh

Los conciertos de Golib en Casablanca estaban garantizados, pues en ese año, y en los sucesivos, Albert debía viajar a esa ciudad para inspeccionar la planta industrial. La fama de la pianista iba en aumento, y Albert decía, al respecto, que se había convertido en el príncipe consorte de la reina del piano.

En cuanto a Ferran y Albert, se puede decir que cumplieron sus compromisos de apoyar y solidarizarse con los movimientos de liberación del Magreb, y cuando marroquíes y argelino se dieron bien cuenta de quién era Ferran, y de su formación y experiencia, habiendo estado en las mejores escuelas de saboteadores y de espías, con casi diez años de actividad en primera línea, fue nombrado instructor de instructores para sacarle, al máximo, todos sus conocimientos, trayéndole a París, ex profeso, combatientes del norte de África. Mucho les enseñaba y les insistía en las formas de bien camuflarse, escabullirse, saber huir... “¡Poco sacamos con dar un buen golpe si vamos a perder los hombres de gran experiencia que los dan!”, les recordaba con insistencia a sus alumnos. En cierta ocasión tuvieron que salir todos, y como de estampida, del lugar donde daba las clases, Muy contentos quedaron los combatientes, porque, gracias a sus consejos, pudieron escabullirse de la Policía.

Rachid Tahir prosiguió con sus labores de profesor y de periodista y literato, pero ganando muchísimo menos que Mac Intosh, aunque vivía muy holgadamente, pudiendo ser considerado como un hombre pudiente. Como los dos eran escritores, y el británico hacía vacaciones en Tánger, trabaron buena amistad, y un día le comentó Rachid Tahir a Mac Intosh en presencia de Albert Forn:

- En su novela “El Sendero del Águila” se describe un situación que me recuerda mucho a un suceso parecido que le acaeció a mi padre durante la guerra contra la ocupación española, allá por el año diecisiete, en las montañas del Rif. Su grupo guerrillero, formado por hombres de su misma cabila, había sufrido una dura derrota en una pequeña batalla; muchos perecieron, y se dispersaron los restantes, Mientras la mayoría escogía para huir vías fáciles, mi padre y un compañero eligieron una muy difícil, cuesta arriba, bastante empinada, abrupta, y extremadamente peligrosa por lo fácil de resbalar, pero en las que rocas salientes hacían que se estrellaran la mayoría de las balas disparadas por los españoles, y con cuevitas y oquedades donde podían esconderse de vez en cuando. Desde la altura, con gran dolor, podían observar cómo caían la mayoría de sus compañeros... Algunos soldados españoles los persiguieron sin poder darles alcance, pues resbalaban más fácilmente que ellos. Al llegar a lo alto, como ya se estaba acabando el día, decidieron huir hacia donde se ponía el Sol. En aquella huida hacia lo desconocido, pues no sabían ni dónde estaban ni a dónde iban, pasaron hambre, sed, calor, frío y toda clase de miserias por aquellas montañas. Encontraron una casa de campesinos, pobres como todos los de aquellos lugares, que les dieron algo de comer, con lo que pudieron continuar la huida, Les dijeron que siguieran por montañas, porque los españoles merodeaban por los llanos en busca de derrotados. Entonces comenzó lo peor, pues ya estaban completamente agotados y exhaustos, cuando vieron a un grupo de buitres revoloteando en círculo sobre ellos, esperando su muerte para comérselos...

- Sí, ya me acuerdo. Las heridas de Wilkinson, su mal estado y la esperanza de que alguno de nosotros se desriscase en aquellos montes Pirineos, atrajo también a esas aves. Pero, esa vez, los carroñeros no pudieron tener suerte con nosotros. Días antes, según nos contó el guía, sí la consiguieron al comerse a uno que se resbaló y cayó. Si mal no recuerdo, el desafortunado fue un francés – le interrumpió Mac Intosh.

- Pues mi padre, un hombre extremadamente duro, me contó que nunca había sentido ni había vuelto a sentir mayor miedo en su vida; ni siquiera en los momentos de mayor peligro en los combates había sido presa de ese pánico... En esto vieron un conejo, su amigo lanzó una piedra y lo mató. Se lo comieron crudo por no tener fuego ni medios para hacerlo; así recuperaron fuerzas, permitiéndoles llegar a otro pueblecito, donde les ofrecieron algo de comida y unas ropas para cambiarse los andrajos que llevaban encima como vestimenta...

- También mi padre estaba por esa época en el Rif, en el otro bando, como es lógico pensar. Y según me contó, en cierta ocasión, salvó su vida

gracias a la mala puntería de los rifeños – interrumpió esta vez Albert, testigo de la conversación.

- En ese caso, hasta es posible que se hayan enfrentado... Bueno, uno de los campesinos le dijo: “Seguid ese camino hacia el norte, hasta Tetuán; allí hay muchas obras en construcción y podéis encontrar trabajo". Siguiendo ese consejo tomaron esa dirección, y en ese lugar se quedaron para trabajar y, al mismo tiempo, descansar de cuatro años de guerra a sus espaldas. Al poco tiempo, los dos decidieron volver a la guerrilla, pero les desaconsejaron hacerlo al estar los caminos muy vigilados, por lo que escogieron permanecer en Tetuán y montar sus negocios: el otro, de zapatero, como era, y mi padre dedicándose a la venta de cerámica y de mosaicos.

- Usted debería escribir eso contado por su padre..., porque le habrá relatado muchas historias, y no conviene que se olviden. Son una parte de la historia de Marruecos y debe saberse..., opino yo – le aconsejó Mac Intosh.

- Puede ser, y tal vez lo haga algún día, pero, hoy por hoy, prefiero escribir sobre costumbres, amores, y si acaso hay violencia, que sea lo menor posible, limitándome a una riña, un atraco, y, a lo máximo, un crimen pasional. Nunca me dedicaré a escribir novelas policíacas. Los delitos, crímenes y desafueros realizados por esos medio gángsteres y bravucones, que de diferentes partes de mundo vienen aquí para aprovecharse del especial régimen de la ciudad, no me interesan en absoluto, tampoco sus costumbres depravadas. Para mí son una inmundicia, no merecedores de que la verdadera literatura gaste tinta en ellos. ¿Guerras...?; para eso son las tristes noticias de las primeras páginas de los periódicos, lamentablemente... Dirijo un periódico que debe hablar sobre ese horroroso tema, ¡muy a mi pesar!

- En mi opinión, considero que ése es un aspecto muy interesante de la ciudad, sobre el que se ha escrito mucho y muy exageradamente, siempre buscando la parte más morbosa del tema para atraer los bajos instintos de los lectores. Pero es un tema que está ahí y merece ser abordado desde diferentes puntos. Vengo a Tánger, me encuentro con ese problema, y no puedo dejar de tratarlo, como estoy haciendo con la novela que tengo ahora entre manos, aunque nada relacionada con la aviación; no sólo para describirlo sino, también, para sacar la moraleja. Se trata, en mi caso, del asesinato de una mujer, ocurrido en un yate... Ahí, en esa bahía tan bella; yo añado un hidroavión, e, hilvanando con otros sucesos, saco la novela..., que para eso me enseñaron a amerizar. Dentro de poco me

trasladaré al sur de Inglaterra. Pese a mis intentos no he conseguido un faro apropiado, por eso pido excedencia, y me iré a Portsmouth, donde la niña, ahora, y después, el niño, puedan ir a un buen colegio y no a la escuelita de la isla, aunque me gustara llevarla todas la mañana, temprano, en mi anticuado Citroën de dos plazas para así convivir con los hijos de pescadores y de pastores de la isla, como yo lo hacía de pequeño en mi isla de la Hébridas. Pero he de complacer a sus abuelos, tanto a los de Londres como a los de Barcelona, pues me exigen, con insistencia, el mejor colegio para la niña, cosa que bien comprendo; debo inclinarme ante esa necesaria exigencia y darles la razón... Aunque me he aventurado a escribir sobre otras asuntos, el tema de los aviones no lo dejaré nunca, y ya tengo en proyecto, para cuando acabe la novela policíaca de Tánger, otras dos: una, sobre los aviones escoltas de los convoyes del Atlántico, y la otra, sobre aviación civil. Desde hace unos meses estoy colaborando en una historia de la aviación en el Reino Unido. En fin, que, después de dejar el trabajo del faro, no me faltará entretenimiento... Además, ya tengo el permiso de manejar helicópteros, obtenido en los Estados Unidos, y pensando estoy en utilizarlo para tema de una de mis novelas.

- Cuando escriba sobre Tánger, procure no olvidarse de los problemas sociales existentes en la ciudad como hacen los escritores foráneos cuando tratan sobre nosotros – le recordó Rachid Tahir a Sean Mac Intosh.

- Pues mi labor literaria se reduce a dirigir la revista científica de la BENCHEPHARM y a traducir artículos, también científicos, para la revista, tanto al francés como al castellano. Para descansar de tanta ciencia, traduzco las novelas de Mac Intosh... De mi propia cosecha sólo puedo decir que este año presentaré mi tesis doctoral, sobre un tema de jabones... – dijo Albert Forn.

*   *   *

En la ciudad internacional, la vida de los años cincuenta fue de verdadera “belle époque” y de “dolce vita” para la población europea, o, por lo menos, así aparentaba ser, y ese bienestar que comenzó después de la guerra, se notó claramente en la “Clinique du Docteur Moulin”, muestra de lo cual fue la ampliación del edificio y de la plantilla de médicos, de enfermeras y de personal en general. El doctor Oreste Lombardi bien notó en sus bolsillos esa bonanza económica, permitiéndole hacer con largueza su labor de solidaridad con los movimientos de liberación de Marruecos y de Argelia: unas veces, dando dinero; otras, participando en las labores de

propaganda y captación de simpatizantes; otras, tratando y haciendo operaciones a enfermos y heridos del movimiento de liberación en la clínica secreta de la granja, o donde fuera preciso, y, en ocasiones, utilizando su yate para el transporte de gente comprometida entre el Marruecos Francés y Tánger, en uno y otro sentido.

Bastante dinero le costaba a Lombardi ese compromiso; también a Mateo Morán y a Yusuf Al – Yamil les costaba lo suyo la lucha por la independencia.

Ante la sospecha de que la Gendarmería estaba tras la pista de la clínica de la granja, se la trasladó a una casa de la Medina, de forma que, cuando los gendarmes llegaron al primer lugar, sólo encontraron depósitos para piensos. En la casa de la Medina también se produjo otro allanamiento por parte de los agentes de la Autoridad, encontrando un garaje para un camión y un almacén para guardar tejidos, porque previamente había sido trasladada la clínica a una casa del Boulevard Pasteur, ocurriendo, de nuevo, que al localizarla, resultó ser la vivienda habitual de un importante hombre de negocios suizo. Así, ante la reiterada falta de pruebas, se llegó a la conclusión de que todo se trataba de un bulo, y que tal establecimiento sanitario no había existido nunca..., dándose por cerrado y concluido el caso, mientras una nueva clínica secreta se instalaba en una casa contigua a la "Clinique du docteur Moulin", a la cual accedían Lombardi, Morán y Al – Yamil por la azotea, pudiendo entrar y salir de ella sin ser detectados.

Si bien en el asunto de Marruecos, el yate de Lombardi se empleó para el traslado de personas, propaganda y dinero, en lo de la lucha de Argelia se utilizó también para el traslado de medicinas, de material quirúrgico, de armas y de municiones, aventurándose el médico, personalmente, en uno de esos viajes, a la vuelta del cual Rachid Tahir le lanzó la siguiente advertencia:

-¡Basta ya de viajes! El yate debe estar ya más que detectado, y los franceses no perdonan nunca..., ni a nadie. Limítese a lo suyo: a tratar, curar u operar a los que vengan enfermos o heridos... La guillotina no es nada agradable.

Y la ciudad seguía feliz, floreciente más que nunca, con muy buen ritmo económico, y los parisinos y los Mac Intosh venían anualmente a disfrutar de sus vacaciones. Golib Neumann, muy merecidamente, se iba haciendo, según pasaba el tiempo, más famosa, pues hasta en Montreal y en Buenos Aires había ya actuado, y siempre que llegaba a Tánger daba un concierto. Pero llegó el momento de la independencia de Marruecos; todo

el mundo decía que el estatuto de la ciudad iba a continuar igual al favorecer mucho al Reino aportándole gran cantidad de divisas. Mas no fue así, porque, poco a poco, las cosas comenzaron a cambiar para los europeos; bien es cierto, lentamente y sin traumas, desapareciendo aquellos privilegios de antaño, por lo que comenzaron a marcharse de la ciudad, mientras marroquíes acudían a sustituirlos en sus trabajos, en sus negocios y en sus viviendas. De forma que, a los dos años del magno acontecimiento de la independencia, el doctor Moulin decidió vender su clínica a dos de sus médicos empleados marroquíes, dejando de llamarse, "Clinique du Docteur Moulin". Aunque dinero no le faltaba, ya que bien invertido lo tenía, más por matar el tiempo que por el pequeño sueldo que recibía, el doctor Honoré Moulin siguió trabajando, a tiempo reducido, en la Beneficencia marroquí, lugar poco atrayente para médicos jóvenes que comenzaban a llegar con ánimos de ganar buenos billetes y de situarse bien en su profesión.

Algún tiempo después, Oreste Lombardi y Mateo Morán González comprendieron que sus compromisos con Tánger ya habían llegado a término, y se trasladaron a Cádiz ateniéndose a la condición de repatriados, por lo que no les fue difícil conseguir plazas de sus especialidades en la Tacita de Plata. Al año siguiente de esta despedida, el dentista David Cuenca también abandonó la ciudad internacional, pasando a ocupar un buen puesto en la división odontológica de la firma BENCHEPHARM, en Barcelona. Su esposa, ateniéndose, como los médicos, a eso de la repatriación, por ser licenciada en Filosofía y Letras, y ya que había trabajado en un colegio de Tánger, obtuvo una plaza de profesora de francés en un instituto. Según los Cuenca llegaron a Barcelona, los abogados de la BENCHEPHARM comenzaron los trámites para la convalidación del título de odontólogo, basándose en que a otros se les había concedido ese grado sin necesidad de la licenciatura en Medicina, ganando la causa a los tres años, lo que hizo exclamar al doctor Cuenca:

- ¡A buena hora me llegó la convalidación, cuando ya no me hacía falta!, porque, lo que es yo, el bueno de Cuenca, no volveré a sacar más muelas en mi vida.

Los doctores Monneret y Dubois volvieron a Francia, donde fallecieron al poco tiempo: el primero, en un accidente de tránsito, y el segundo, de un infarto. El doctor Sir Lancelot Pitt, al ver que se quedaba solo, tanto en el café de Farid como en el Club donde jugaba al bridge, se trasladó a Gibraltar, donde encontró un club de su gusto y compañeros para ese juego. También el señor Lorch se fue de este mundo por esa época.

En cuanto a la Parroquia de los Bienaventurados, fue su destino, ante la falta de fieles, el cerrar a poco de la independencia, marchándose el padre René Leduc a Burdeos, para vivir en una residencia de sacerdotes jubilados, y el padre Federico Atienza, a Bilbao, donde tenía propiedades y familia.

De la gente de París, ya sólo venían, con regularidad, a Tánger, Ferran, por asuntos de la Firma BENCHEPHARM, y Sean Mac Intosh que, como había adquirido una buena casa en esa ciudad, pasaba buenas temporadas de invierno y de verano, reforzando su amistad con su colega Rachid Tahir, a quien la independencia le había sentado muy bien, ya que, gracias a la ayuda de un jeque del petróleo, había transformado su semanario en un importante diario de Marruecos, donde Mac Intosh pudo ver publicada, en árabe, su novela sobre los gángsteres de la ciudad de Tánger, al mismo tiempo que en Inglaterra y Francia. Albert Forn y Golib seguían visitando la ciudad después de la independencia, pero por pocos días. Julien Bechard, delegaba esa responsabilidad de inspeccionar las instalaciones de la Firma en Marruecos en sus dos colaboradores.

Fue en agosto del sesenta, en las últimas vacaciones que pasaron juntos los Forn y los Mac Intosh en la ciudad de Tánger, un mes antes de la partida para Québec de Sean y su familia, cuando Albert se atrevió a preguntarle a Elvira cómo siendo una belleza como fue, y seguía siéndolo, de las buenas familias de Barcelona, acostumbrada a lo mejor de este mundo, y a vivir tan sólo en ciudades elegantes como Barcelona, San Sebatián y Londres, y pasar vacaciones en lugares de categoría como Sitges, La Molina, Palma de Mallorca..., había dejado atrás todo aquello para vivir en uno de los últimos lugares de la Tierra, con un hombre que, por aquel entonces, poco futuro podía ofrecerle. Seguro que en Londres o en Barcelona tendría un número de pretendientes similar al de Penélope en Itaca. Lo de dejar a Fadrique por Wilkinson, aun cuando la decisión fuera dura y difícil, lo entendió, pero lo de irse con Mac Intosh, sin aún estar enamorada de él, le era difícil de comprender, pese a lo mucho que valoraba a su amigo escocés.

Elvira se rió con ganas de la pregunta de su antiguo amigo, ya que le hizo mucha gracia, y le confió.

- Cuando me enamoré de Wilkinson, aquello fue algo tan extraño en todos los sentidos, que me pareció imposible que se hiciera realidad, pero se hizo gracias a un conocido, funcionario del consulado inglés, familiar algo lejano de Samuel, y miembro de los servicios secretos con mucha

responsabilidad en todo el norte de España, que sabía perfectamente quiénes eran mis familiares, a los que consideraba anglófilos al cien por cien. Algún servicio le había prestado mi padre a los ingleses, según me confió después, al acabarse la guerra y verme en casa de mis suegros, sin darme explicaciones sobre el asunto, como es lógico pensar al ser cosas secretas a guardar durante largo tiempo... Lo cierto es que me consiguió un pasaporte británico con el pretexto de que un miembro de esas redes de ayuda a pilotos refugiados había caído en manos de la Guardia Civil, suceso acaecido realmente por esos días, y yo corría el mismo riesgo de ir a la cárcel por ser su novia y colaboradora; en todo, una falsa afirmación. Con Wilkinson, convertido en falso diplomático, figurando yo como su esposa, además británica de nacionalidad, nos trasladamos en coche diplomático a Madrid, y de esa ciudad, por tren, a Lisboa. Así que pude subirme a un avión por primera vez en mi vida, pero en vuelo nocturno para evitar ser detectados por aviones alemanes, y volamos a Londres. El negocio de la familia Wilkinson, de importación y exportación, más un comercio al detalle, había caído de más de setenta a diez empleados, pero seguía funcionando, y, al llegar, daba ligeras muestras de recuperación, por lo que me emplearon con un sueldo mínimo, pues mucho no podían pagar. Para mí, lo importante era hacer algo, pues estando ocupada, se me pasaba la ansiedad por la espera mientras Wilkinson realizaba sus acciones en el aire. Mis compañeras de trabajo me decían que, con mi buena presencia y mi tipo, debería ser modelo o artista de cine, no una simple empleada de almacén; me reía de esas sugerencias, pero participé en dos desfiles de modelos luciendo elegantes vestidos, y en dos obras de teatro, de papel corto, pronunciando unas pocas palabras, aun cuando el inglés poco lo dominaba aún... Como verás, también en los tiempos sombríos, la vida debe tener sus alegrías, y seguir igual, pese a las dificultades.

- ¿Al darte el pasaporte no te relacionaron conmigo, ni te preguntaron nada sobre nuestra red de ayuda a los pilotos?

- Nada en absoluto. Sólo tuvieron en cuenta quién era mi padre, y al comprobar que estuvo quince días hospitalizado, cerca de Samuel Wilkinson, se dio por sentado lo casual de nuestro encuentro. Para algo eran familia Samuel y el diplomático... Luego, en el consulado, me hicieron pasar a otros como la novia del detenido, no tardando en darme el pasaporte y los permisos necesarios para los desplazamientos. Parece una explicación muy simple, pero así ocurrió. Y se acabó la guerra: yo, embarazada; Wilkinson, sin retornar; el negocio, que comenzó de nuevo a florecer, y, entre los nuevos empleados, apareció un primo de Samuel, con estudios comerciales superiores, recién desmovilizado y ocupando el segundo cargo en la empresa, que comenzó a abordarme, aún embarazada,

y sin tener la confirmación de la muerte de mi marido. Para buscar sosiego de ese acoso, iba frecuentemente a visitar al hospital a Sean, del cual me hacía cada vez más amigo, y con el que me entendía muy bien. Era su sencillez en el trato y su humildad lo que más me atraían de él. Además, su familia estaba muy lejos, en el norte, por lo que yo era su única visita, causándole gran alegría mi presencia. El primo, hijo de una hermana de mi suegro, no es que fuera mala persona y mal parecido, sino todo lo contrario, siendo hasta bien apuesto y de carácter alegre, además de buen trabajador, convirtiéndose en poco tiempo en el alma de la empresa, pero yo, con aquel gran pesar..., y un embarazo..., y después la niña, ningún deseo tenía de compromiso amoroso... Francamente, aquel hombre no me gustaba. Me abordaba e insistía, una y otra vez, y, sinceramente, no lo quería a mi lado... ¿Volverme a Barcelona viuda de un piloto y con la niña? Eso sería una prueba del fracaso de mi aventura con Wilkinson... En fin, que mi situación en la empresa no me gustaba ya nada, pues hasta el abuelo de la pequeña, ya confirmada la muerte de Samuel, me insinuó el matrimonio con el primo; así conservaría a la nieta a su lado. Le escribí a Sean al faro rogándole ayuda y consejo, y me invitó a la isla, aunque muy poco pudiera ofrecer a una mujer como yo. A la semana, dejando una carta a mis suegros, y con la niña, un par de maletas y mis ahorros, me puse en marcha hacia el norte, llegando a aquel lugar donde sólo había pescadores y pastores de ovejas, muy pocos árboles, por no decir ninguno, y apenas agricultura. De lo demás, podemos contar una sola tienda, una taberna restaurante, una pequeñísima iglesia presbiteriana cerrada, que se abría cada dos semanas cuando aparecía el predicador, un ministro de la Iglesia Escocesa, que venía de la otra isla; lo mismo sucedía con el médico, que solía hacerlo dos veces por semana para pasar consulta cuatro horas, el tiempo que permanecía en el muelle atracado el barco de suministros; una escuelita, y un policía que, asimismo, junto con su mujer, era el panadero del lugar. Sin embargo, todo era bello, muy tranquilo, pero sobrecogedor. Como sabía algo dibujar, allí me fui perfeccionando al hacer los dibujos para las novelas de Sean. Ahora la Editorial Bartony – Cort me solicita dibujos para otras novelas de amor y de aventuras. Incluso pinté paisajes de la isla. No tenía tiempo para el aburrimiento; y hasta Sean me enseñó a pescar, y así obteníamos el pescado, principal base de nuestra alimentación en el faro, Carne fresca, sólo había de oveja, y, en algunas ocasiones, de gallina; las otras eran de lata..., que muy rara vez comíamos. Así, todo. La otra isla, que visité algunas veces, me parecía un mundo: varias tiendas, restaurantes, tres hoteles pequeños..., hasta un cine, pues era un centro comercial para el pescado y la lana de las islitas cercanas. Hice una buena opción dirigiéndome hacia Escocia, y me hace gracia cuando Sean me dice que él es mi tercer hombre.

- A mí eso me hace gracia, porque yo me considero el príncipe consorte de la reina del piano. Y a propósito, de tu primo Serafí Sabater recibí una carta, en la que me da una gran noticia: ya es catedrático de Universidad. Sigue yendo por la fábrica de jabones como asesor y como copropietario.

- Sí, y él me decía que gracias a ti continuó esos estudios, porque en el segundo año estuvo a punto de abandonarlos para matricularse en Filosofía y Letras.

- No lo pongo en duda; lo ayudé durante los dos primeros años de la carrera, pero él esa ayuda me la devolvió, con creces, en los dos últimos cursos, porque, con lo de socorrer a pilotos, no podía seguir el ritmo necesario. Gracias a él superé aquel problema, con éxito. Así es el destino: él, de catedrático, y yo, de traductor. Serafí pretendía dedicarse sólo a fabricar jabones, y yo, a profesor de instituto,

E P Í L O G O

Una tarde de otoño, unos años después del traspaso de la “Clinique du Docteur Moulin”, sentados en la terraza de un café de la Alameda de la Apodaca, de Cádiz, cuatro miembros de aquel equipo quirúrgico de la Clínica y de la antigua tertulia del Boulevard Front de Mer, del otro lado del Estrecho, recordaban los viejos tiempo de la “belle époque”, y a veces no tan bellos, vividos en la ciudad internacional de Tánger. No era té aromático lo que tomaban, sino café, acompañado por una copita de coñac, para unos, y, por un vaso de vino, para otros, con lo que ayudaban a calentarse del fresco que traía la brisa del mar, que arrastró hacia la mesa tres hojas secas caídas de un árbol próximo, mientras el doctor Honoré Moulin decía:

- No me explico cómo ustedes tres – y señaló con el dedo a Oreste Lombardi, a Yusuf Al – Yamil y a Mateo Morán –, que lo dieron todo por la independencia de aquel país, mereciendo ocupar puestos de honor en aquella sociedad, lo abandonaron sin que nadie los obligara. Yo no hice nada por eso, y, sin embargo, sigo en Marruecos. Un poco solo me encuentro..., es verdad.

- Nosotros dos no somos marroquíes – contestó Lombardi refiriéndose a su persona y a Morán –. Éramos refugiados en Tánger, y no estábamos arraigados en el país, sino integrados en su “Clinique” y en la comunidad europea, la dominante, a la que verdaderamente servíamos, pues así era la mayor parte de la clientela por tratarse de gente pudiente, con medios para pagar las facturas, y como miembros de tal comunidad siempre fuimos considerados. Muy poco teníamos que ver con los marroquíes...; ni de tiempo disponíamos. Nuestra labor por la independencia, fue como un deber hacia el país que nos acogió cuando huimos. Al cambiar de dueño la Clínica y plantearse otras condiciones de trabajo y de vida, consideramos que ya nada nos quedaba por hacer y sobrábamos en Tánger. Desde la proclamación de la independencia hasta nuestra partida, transcurrieron dos años calculando los pros y los contras, mientras pensábamos a dónde dirigirnos... Y hasta nos pidieron que nos quedáramos; pero ya éramos demasiado mayores para estar bajo otros jefes.

- Y usted, Al – Yamil, ¿cómo es que se vino a esta orilla, siendo musulmán y marroquí?

- Yo no me vine; salí de estampida..., y me salvé por los pelos. Desde que se comenzó a hablar de la enfermedad del rey Mohamed V, el ambiente político del país se fue enrareciendo; eso usted bien lo sabe. Y la cosa se puso insoportable para los elementos progresistas desde su desaparición. Viendo como marchaban los acontecimientos, embarqué a Carmen y a los hijos para España, y así ponerlos a salvo de posibles represalias. Lombardi le encontró una colocación en la clínica particular donde hace su pluriempleo. Me quedé, arriesgándome, con la intención de vender el piso, y lo conseguí en el último momento, cobrando en francos, pero a mitad de su precio real, Como tenía a la Policía pisándome los talones, tuve que salir una noche, como Morán lo hizo en el treinta y seis, en un barquito pesquero, pero con motor, que me llevó hasta Tarifa. Por suerte, el pescador sólo me cobró el gasoil. Como conservaba la nacionalidad española, me acogí a la condición de repatriado y me concedieron plaza de practicante en el ambulatorio donde ejerce Lombardi. También trabajo en un consultorio particular de urgencias, con lo que, económicamente, me defiendo bien. Desde que usted vendió la Clínica, aquello cambió demasiado. Los nuevos dueños se convirtieron en seres arbitrarios, con deseos de hacerse ricos rápidamente... Aumentaron los costes de las prestaciones y disminuyeron los sueldos a los empleados; suprimieron los beneficios... En conclusión, que consiguió disminuir la calidad de la asistencia y la clientela. La Clínica ha continuado funcionando..., pero malviviendo. También la ciudad ha experimentado un retroceso... Esa es mi opinión.

- Efectivamente, la situación económica ha empeorado un poco, aunque la ciudad sigue creciendo, y todavía es floreciente y conserva bastante de su carácter internacional. Tomás, el de los camiones, que piensa lo mismo que usted, Al – Yamil, dice que no se marchará de allí si no lo echan a la fuerza. Rachid Tahir, hombre muy comprometido, y lo considero en este aspecto incluso más que ustedes, con su periódico en la lista negra de revoltosos, me dijo que bajo ningún pretexto se iba de Tánger; ni muerto... – comentó el doctor Moulin.

- Los dos tienen padrinos internacionales muy fuertes como protectores: Tomás, a la industria químico – farmacéutica, y Rachid, a magnates del petróleo – le contestó Al – Yamil.

- En cuanto a mí, que aún continúo en la ciudad, puedo decir que estoy en la incertidumbre de si irme o quedarme. Mi ilusión era que mis

hijos estudiasen para colocarse en Marsella, donde tengo vivienda y propiedades, para yo trasladarme allí y hacerles compañía, pero los dos varones, por el temor a que los movilizaran para las guerras de Vietnam o de Argelia, se opusieron a estudiar en Francia, y por el deseo de la madre de que estuvieran cerca de casa, se vinieron a Cádiz: el mayor, a estudiar medicina, y el pequeño, náutica. El médico, después de pagarle la carrera, más tres años de especialidad en ginecología, se va a Barcelona y se pone a trabajar en los laboratorios de la BENCHEPHARM. El náutico, en vez de estar navegando en los barcos del Estrecho, se buscó un empleo de representante farmacéutico de esa firma, en Cádiz, y dice que pronto será el delegado para Andalucía. ¡Y todo por culpa de aquel tenientito, cuñado de Albert Forn, que dejó la milicia, para trabajar en esa BENCHEPHRM, donde gana mucho más...! Y ayer me enteré, para más desgracia, que el mayor se casa con la hija de ese tenientito... En Barcelona, no se le ocurrió otra cosa que alquilar, junto con otros compañeros, el piso debajo del de los padres de Albert Forn, ¡y allí le encasquetaron a la chica! Y lo peor viene ahora con mi hija, que se casó, según acabó los estudios de secretariado, con un musulmán, directivo de la BENCHEPHARM de Casablanca..., y ahora se convierte al Islam. ¡En mi familia, católicos fervientes de siglos! ¡Una musulmana! ¡Es una vergüenza y una deshonra muy difícil de digerir!... Ustedes me comprenden... ¡Un hombre de mi posición y de mi prestigio!...

Iba a seguir hablando el doctor Moulin, pero Al – Yamil lo interrumpió:

- ¡Alto ahí! ¡Alto ahí!... Usted se escandaliza porque su hija se convierta al Islam, y permitió que su hijo fuera judío. ¿No es eso un anacronismo para un cristiano?

-Pero ¿de qué judío habla usted? ¿Está burlándose de mí? – exclamó el doctor Moulin.

- ¡En absoluto!; me refiero al que se supone ser hijo del dentista David Cuenca, que es hijo verdadero de usted y de la auxiliar de la Clínica. ¡No se escandalice por el tema de las religiones, y más, cuando ya tiene un precedente en la familia!

- ¿Está usted loco, Al – Yamil, o es que el vino se le ha subido a la cabeza por no estar acostumbrado?

Entonces Lombardi respondió:

- Ni lo uno ni lo otro, doctor Moulin. Al – Yamil y Morán estaban ya al corriente del embarazo de la auxiliar antes de que usted me lo dijera. La chica, desesperada, y sin saber qué hacer con su embarazo, pidió consejo a Morán y a Al – Yamil, que le recomendaron que se lo dijera a usted, por ser el padre natural de la criatura, para resolver el problema... También, como secreto profesional, me lo dijeron a mí. Cuando usted me llamó a la mañana siguiente con aquella cara descompuesta, que bien pudieron ver estos dos, le prometí encontrar una solución, aunque en aquel momento no sabía cuál podía ser... Hasta pensé, in extremis, adoptarlo yo, pues no estaba dispuesto a dejar al niño abandonado a la miseria. Pero me acordé de una familia muy formal, seria y carente de hijos: el matrimonio Cuenca. Y en mejores manos no pudo haber caído, pues bien que lo quisieron y lo educaron, y hoy estudia en la Universidad de Barcelona, creo que en la Facultad de Medicina. Para qué contar más...

Honoré Moulin se quedó cabizbajo y casi sin hablar, hasta que, con voz de avergonzado y muy baja, preguntó:

- ¿Y saben los Cuenca que yo soy su padre?

- Sí, lo saben; no porque se lo dijéramos, sino al presumirlo por un lunar en el cuello, muy similar al suyo, que le brotó a poco de nacer. El chico lo lleva tan marcado como usted, por eso la madre siempre le ponía el cuello alto.

- También mi hija lo tiene. ¿Y alguien más tiene conocimiento de eso?

- También su hermano de Ceuta, que hizo figurar a los Cuenca como empleados en su comercio para lo de la nacionalidad. Bueno, sólo estuvieron a medias en esa ciudad... Pero ése no dirá nada. El chico no sabe nada, ni nunca lo sabrá.

- ¡Menos mal..., Dios mío! – dijo el doctor Moulin dando un suspiro, y, por cambiar de tema, preguntó –: ¿Qué saben del doctor Pitt? Hace mucho tiempo que no tengo noticias suyas.

- Pues anda muy bien, a pesar de sus años, y vive cerca de aquí, en Jerez de la Frontera, en una granja dedicada a la cría de caballos de carrera, propiedad de su hijo y del hermano de Rocío, que se han asociado con ese fin... Sí, de aquel hijo que abandonó los estudios de leyes para dedicarse a la ganadería.... Ganan una fortuna con esos caballos de carrera. El domingo iremos a hacerles una visita. También veremos el cortijo de los padres de

Rocío. ¿Viene con nosotros? – le propuso Lombardi al doctor Moulin, y añadió –: Allá, en un garaje entre las cuadras, podrá ver su antiguo Citroën, de 1926, y su magnífica Limousine Delage, de 1934, que me los traje de Tánger. Los conservo como curiosidad, y bien cuidados, pintados y relucientes, como obras de arte que son. Aunque sirven aún, sólo los uso para ocasiones; normalmente utilizo un SEAT grande. Si viene conmigo el domingo, le daré un paseo en la limusina

- Por supuesto que iré, y me agradará mucho volver a ver a ese gran amigo y señor, de los que ya pocos se ven... Por cierto, el otro inglés, el escritor Mac Intosh, todavía conserva su casa en Tánger. Estuvo dos años en Canadá trabajando de piloto de helicópteros y de avionetas al norte de la Provincia de Québec, prestando servicios de salvamento, socorros, urgencias de enfermos y heridos y traslado de pasajeros por comarcas inhóspitas, así como de correos, hasta que tuvo un percance, y su mujer lo obligó a abandonar esa actividad. Su helicóptero sufrió una avería debiendo permanecer cinco días perdido en el islote de un lago. Eso ocurrió al año y medio de su estancia en aquellas tierras. De allá trajo una novela que hace recordar a “Colmillo Blanco”, de Jack London. Esa novela, sí que me gustó; hasta la leí tres veces. De vuelta a Inglaterra, a pesar del desacuerdo de su mujer, volvió a trabajar en la aeronáutica, esta vez como instructor de pilotos de aviones y helicópteros en un aeroclub, cerca de Portsmouth, del cual actualmente es director. Dice Mac Intosh que ya la inspiración se le ha ido, y para volver a escribir sobre aviones, le sería necesario pilotar esos modernísimos cazabombarderos, y, de esa forma, sentir las sensaciones en los vuelos y en los combates con las nuevas tecnologías, cosa del todo imposible a sus años. Por Tánger ha aparecido dos veces, haciendo vacaciones, un hermano del escritor, Kevin Mac Intosh que, desde la jubilación de su padre, se ocupa de vigilar el mismo faro, convirtiéndose en su sucesor. Se alojaba en la casa de su hermano Sean. En una visita al faro de Ferran Sagarra, Albert Forn y su hermano Sean, le propusieron un cargo en la BENCHEPHARM de Glasgow, por si deseaba abandonar el aislamiento en que vivía, pero les respondió con un no, pues prefería seguir la vida a la que estaba acostumbrado: el faro, las ovejas, la soledad, la pesca..., aunque pocas veces pudiera irse de vacaciones y no disfrutar del bullicio de las ciudades. Tres generaciones haciendo lo mismo y en el mismo sitio. No tiene el espíritu aventurero de su hermano.

A lo que respondió Mateo Morán:

- Me extraña eso de dejar de ser escritor Sean Mac Intosh. Descansará un tiempo por falta de inspiración, o por cansancio, pero desde que encuentre un tema interesante volverá a coger la pluma... Tal vez sea

en la novela histórica, sobre algún tema de las Islas del Oeste, su tierra natal. Un día me enseñó unos papeles escritos tratando de ese asunto... Estuve en Oporto este verano y me encontré con el señor Emidio Rodrigues dos Santos, que casi todo el tiempo se le encuentra sentado en la ferretería de su hijo, en la calle Santa Catarina, donde se dedica, para pasar el rato, a escribir cuentos y alguna obra de teatro. "As Horas da Tarde" le ha publicado algunos de esos escritos, y una de sus obras teatrales fue presentada en el principal teatro de la ciudad. El escribir lo mantiene en forma... No puedo olvidar que fue la primera persona en ayudarme al llegar a Tánger... Si no hubiera estado en la playa en aquel momento, no hubiera sobrevivido... No me canso de darles gracias a todos ustedes por lo que hicieron por mí...

- Lombardi, ¿cómo es que usted siendo italiano, ha sido considerado como repatriado? Fue por su mujer, supongo, y en ese caso yo estaría en sus mismas condiciones si me trasladara a esta tierra– le dijo Honoré Moulin.

- No precisamente por eso; es que ya tenía la nacionalidad española.

-¡Pero si nunca residió en España

- Ése es uno de mis secretos..., y no olvide que estuvimos bajo su dominio. Aquí tenemos casa y algunas propiedades, y, aunque se gane menos, es más fácil establecerse que en Italia... Antes de que me olvide, dentro de dos meses actuará en el Teatro Falla una gran orquesta francesa con la gran pianista Golib Neumann.

-Desde la despedida de ustedes, esa chica ha actuado dos veces en Tánger y otras tantas en Casablanca, patrocinada por la BENCHEPAHARM – dijo el doctor Moulin.

–

- Esta vez no la patrocina esa firma. Ya es una gran pianista de fama mundial, y el mecenazgo de esa industria químico – farmacéutica lo acepta en la actualidad, exclusivamente, por agradecimiento a Julien Bechard, quien siempre la ha valorado mucho. Nada que le pida, se lo niega – recordó Oreste Lombardi.

- Las grandes industrias o complejos farmacéuticos son como pulpos gigantes que extienden sus tentáculos por todo el mundo, abarcándolo todo. Empezaron fabricando medicamentos, artículos de higiene, abonos y otros productos beneficiosos para la Humanidad, y ahora elaboran sustancias

peligrosas para guerras, cuyo negocio supera en muchos puntos a la industria propiamente bélica – aseveró Mateo Morán.

- Lo de los tentáculos del pulpo me parece una opinión muy acertada, porque llegaron a mi casa y me envolvieron a mis tres hijos. ¡A mí, un hombre con medios suficientes para que iniciaran y emprendieran sus vidas como propietarios de sus negocios!... No podré asistir al concierto de Golib Neumann, porque para ese tiempo ya estaré de vuelta en Tánger. De aquí saldré para Barcelona y Francia, y volveré dentro de un mes, camino de Marruecos.... Sigamos hablando de la época dorada de la ciudad internacional, de la “Clinique”, o Clínica, como ustedes se empeñaron en llamarla, de la Misión de los Bienaventurados, de los consulados, de los diversos correos, de la playa, de las tertulias del Boulevard Front de Mer, de las partidas de bridge en el Club Saguere, del Menhoud...; todo único en la Tierra... ¡Ay tiempos!... Porque recordar es vivir... – dijo el doctor Honoré Moulin dando por terminada la tertulia de esa tarde de otoño.

FIN

“Sabe usted compadrito
que el que escribe sin saber,
viene ante el público a hacer
el triste papel de idiota”

Isaac Viera, escritor y poeta

No creo que nadie se atreva a leer este largo cuento de más de cuatrocientas páginas, que solamente fue escrito para entretenimiento del que lo escribió, como el que juega al ajedrez o se dedica a hacer solitarios en su tiempo libre. Grande fue el asombró que causó cuando ya después de haberlo corregido numerosas veces, y creyendo que estaba perfecto, al mirarlo “con lupa”, se encontró con más de setenta errata, errores y otros defectos de envergadura, que, a pesar de estar corregidos, despiertan la sospecha de que deben quedar muchos más que detectar. El pasarlo a ordenador fue para aprender a escribir con este nuevo artefacto, coincidiendo el final de este escrito con el cierre de la última fábrica de máquinas de escribir en la India.

Al tratarse de un período, ya pasado, y de dos guerras, la Civil Española y la II Mundial, sobre las cuales se ha escrito en demasía, y cuyo interés ya ha pasado y bien superadas están por acontecimientos posteriores, poco llamará la atención de posibles lectores, o más bien ninguno. Al ser tan largo el relato, el posible lector, si es que lo hay, perderá, a lo largo de la lectura, el hilo de la trama.